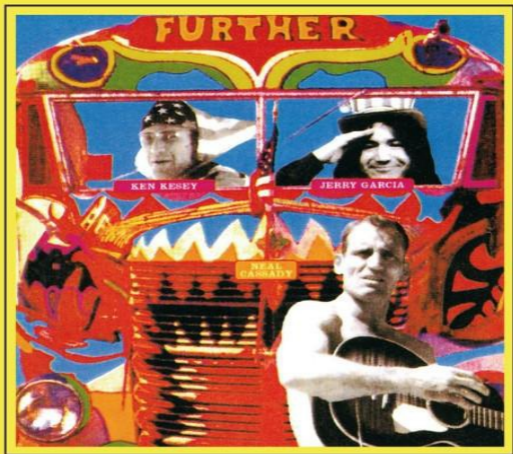


Tom Wolfe

Ponche de ácido lisérgico



ESPA
PDF

Este es el mito fundacional de los *hippies*, la historia de Ken Kesey y los Alegres Bromistas.

Estamos en los años sesenta y Ken Kesey, el autor de *Alguien voló sobre el nido del cuco*, ha reunido a su alrededor a los «bromistas», una desmadrada corte de jóvenes radicales embarcados en novísimos proyectos de vida. Recorren los Estados Unidos de costa a costa en un autobús que conduce Neal Cassady (el mítico Moriarty de *En el camino*, de Kerouac, amado por Allen Ginsberg y por algunos de los

mejores espíritus de su generación), y celebran la vida, el éxtasis orgiástico, las drogas que abren las puertas de la percepción. Y tienen a las fuerzas del orden y al F.B.I. en los talones... La utilización de monólogos interiores, diálogos y múltiples puntos de vista, recursos todos ellos provenientes de la literatura de ficción, combinados con técnicas propias del periodismo, como la investigación exhaustiva, las entrevistas minuciosas, el gusto por «la exclusiva» y un ojo agudísimo para el detalle revelador, dan como resultado este espléndido Ponche de ácido lisérgico. Calificada por los

críticos de obra maestra de la «novela de no ficción», es la mejor crónica que se ha escrito jamás sobre el épico viaje de Ken Kesey y sus compañeros, verdadero «núcleo duro» del movimiento *hippie*, y une al interés de una historia fascinante, contada con escrupulosa fidelidad, la seducción de una atmósfera y unos personajes reales dignos de las mejores ficciones de Updike o de Bellow.



Tom Wolfe

Ponche de ácido lisérgico

ePub r1.0

Titivillus 19.2.2015

Título original: *The Electric Kool-Aid
Acid Test*

Tom Wolfe, 1968

Traducción: Jesús Zulaika Goicoechea

Ilustración de Portada: Alexandra
Schettler

Diseño de Portada: Julio Vivas

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en espapdf.com

I. RELUCIENTES

ZAPATOS NEGROS FBI

Bien pensado, Cool Breeze^[1]. Cool Breeze es un chico con barba de tres o cuatro días que se sienta a mi lado sobre el metal abollado de la trasera abierta de una camioneta. Vamos dando botes. Subiendo y bajando y bamboleándonos

sobre las podridas ballestas como en un barco. Detrás brinca colina abajo la ciudad de San Francisco, todo un incesante tambaleo de ventanas saledizas y arrabales con vistas que brincan y descienden por la colina. Uno tras otro desfilan los letreros eléctricos con copas de Martini de neón, el símbolo de los bares en San Francisco: miles de copas de Martini de neón magenta rebotando y deslizándose colina abajo, y bajo ellas cientos, miles de personas que se vuelven para mirar la camioneta estrambótica y enloquecida en la que vamos, caras blancas que emergen de las solapas como malvaviscos, deslizándose y dando

botes colina abajo..., y bien sabe Dios que tienen mucho que mirar.

Por eso me hace gracia que Cool Breeze diga muy serio, por encima del estruendo que vamos armando:

—No sé... Cuando Kesey salga, no sé si voy a poder pasarme por el Almacén.

—¿Por qué no?

—Bueno, la poli va a andar por ahí husmeando hecha una fiera, y estoy con la condicional, así que no sé...

Muy bien pensado, Cool Breeze. No levantes la liebre. No te hagas notar..., como ahora. A Cool Breeze le aterra tanto en este instante la poli, que va sentado aquí en la camioneta, bien a la

vista de millares de ciudadanos perplejos, tocado con una especie de sombrero de gnomo del Bosque Negro de los Siete Enanitos cubierto de plumas y de colores fluorescentes. Arrodillada en la camioneta, frente a nosotros y también a la vista de todo el mundo, va una chica medio india ottawa llamada Lois Jennings, con la cabeza hacia atrás y una radiante expresión en la cara. Lleva en mitad de la frente un brillante disco plateado que unas veces estalla en luz con el sol y otras emite arcos iris desde sus líneas de difracción. Y sí, señor, lleva un colt 45 de cañón largo en la mano, aunque nadie en la calle puede saber si se trata o no de una pistola de

fogueo cuando la esgrime en dirección a las caras de malvavisco, jia, jia, como Debra Paget en... en...

—¡Keseey va a salir de la cárcel!

Otras dos cosas que la gente mira son el letrero del parachoques trasero de la camioneta, que reza: «Custer murió por tus pecados», y al *enamorado* de Lois, Stewart Brand, un tipo delgado y rubio que conduce y que también lleva un brillante disco en la frente, además de un vistoso adorno de cuentas indias. Pero va sin camisa, con el aderezo de cuentas indias sobre el pecho desnudo y una chaqueta blanca de carnicero con medallas del Rey de Suecia.

Y vemos aparecer a un tipo «lindo»,

cartera de ejecutivo en mano, con el semblante resentido de quien acaba de terminar la jornada, y unos... zapatos — ¡cómo brillan!— (quién diablos serán esos memos de beatniks), y Lois le dispara en pleno malvavisco y el tipo va perdiéndose dando botes colina abajo...

Y la camioneta jadea y brinca, lanzando destellos de rojo plata y de chillona pintura y yo dudo seriamente, Cool Breeze, que hoy haya un solo polizonte en San Francisco que no sepa que este vehículo enloquecido es una patrulla guerrillera del terrorífico LSD.

Los polis conocen ya toda la escena; conocen hasta los atuendos, el pelo largo y suelto a lo Jesucristo, los

abalorios indios, las cintas indias de cabeza, las cuentas devocionales, las campanillas orientales, los amuletos, los mándalas, los ojos de deidad, los chalecos fluorescentes, los cuernos de unicornio, las camisas de duelista de Errol Flynn... Pero siguen sin saber lo de los zapatos. Los viajeros de la camioneta sienten debilidad por los zapatos. Los peores son los negros y relucientes, con cordones. De ahí la jerarquía —aunque prácticamente todos, incluidos los abiertos, les parecen fuera de onda— asciende hasta las botas que de verdad les gustan: ligeras, con estilo, botas inglesas a la última moda; eso si no pueden conseguir otra cosa, porque

las prefieren del estilo de las botas mexicanas hechas a mano, con espléndidas punteras Caliente Dude. Así que ojo con los zapatos FBI: negros, relucientes, anudados... Los que calzaba el FBI cuando acabó por echarle el guante a Kesey.

En la trasera de la camioneta va otra chica, morena y de espeso pelo negro, a la que llaman Black Maria. Parece mexicana, pero me dice con suave e impecable acento californiano:

—¿Qué día naciste?

—El 2 de marzo.

—Piscis —dice. Y añade—: Jamás te habría tomado por un Piscis.

—¿Por qué?

—Pareces demasiado... *sólido* para ser Piscis.

Pero sé que él lo que quiere decir es impasible. Y empiezo a sentir como si lo fuera. Allá en Nueva York, Black Maria, te aseguro que me consideran casi un *dandy*. Pero al parecer una chaqueta azul de seda y una gran corbata con dibujo de payasos y... un... un par de lustrosos mocasines negros no se ajustan demasiado al modelo aceptable para los drogotas de San Francisco. Lois va liquidando los malvaviscos uno a uno; Cool Breeze se eleva a las entrañas de su sombrero de gnomo; Black Maria, que es Escorpio, anda a vueltas con el Zodíaco; Stewart Brand va abriéndose

paso por las calles; los abalorios estallan en destellos..., y esto no es nada especial, es lo normal, lo normal en el mundo enrollado de San Francisco, una diaria rutina que perturba la cabeza de los viandantes, apenas un alimento psíquico para la «gente guapa» mientras a un tipo de Nueva York se le conduce al Almacén para que espere allí al jefe, Ken Kesey, que sale de la cárcel.

Todo lo que yo sabía de Ken Kesey entonces, poco más o menos, era que se trataba de un prestigioso novelista de treinta y un años y que estaba metido en líos a causa de las drogas. Había escrito

Alguien voló sobre el nido del cuco (1962), cuya versión escénica se estrenó en 1963, y *A veces un gran impulso* (1964). Junto a Philip Roth, Joseph Heller, Bruce Jay Friedman y un par de autores más, siempre era citado como uno de los novelistas más prometedores de su generación. Tiempo después fue detenido en dos ocasiones por posesión de marihuana (en abril de 1965 y en enero de 1966), y huyó a México para eludir el riesgo de una sentencia severa. Se enfrentaba a una posible pena de cinco años de prisión, por reincidencia. El azar quiso que un día cayeran en mis manos unas cartas que Kesey había escrito a su amigo Larry McMurtry,

autor de *Horseman, Pass By*, que dio origen al filme *Hud*. Eran desaforadas e irónicas, escritas en un estilo entre William Burroughs y George Ade, y hablaban de escondites, disfraces, paranoia, huidas de la policía, consumo de porros y búsqueda del satori^[2] en las deprimidas tierras de México. Había un pasaje remedando el estilo de George Ade, en tercera persona, que parodiaba lo que el mundo bienpensante de los Estados Unidos opinaría de él en aquel momento:

«En resumen: este joven, apuesto, exitoso, felizmente-casado padre-de-tres-retoños-adorables, era un toxicómano aterrado y fugitivo, que

trataba de evitar ser procesado por tres delitos graves —y quién sabe cuántos delitos menores más— y que al mismo tiempo buscaba forjarse un nuevo satori a partir de viejas quimeras. Más resumido aún: loco como una cabra.

»Un atleta tan apreciado en su día que le fue confiada la dirección de su equipo en el campo y que fue seleccionado para competir en el campeonato nacional de lucha libre amateur, hoy no estaba seguro ni de poder hacer una docena de flexiones. Alguien que había tenido una opulenta cuenta corriente en el banco, y dinero a espuestas, y cuya pobre mujer no había podido reunir hoy más que ocho míseros

dólares para su huida a México. Alguien que apenas unos años atrás había aparecido en *Who's Who*, a quien se había pedido que hablara en círculos tan prestigiosos como el Wellesley Club de Dah-la, y a quien hoy ni se le permitiría hablar en una reunión del VDC (Comité del Día de Vietnam). ¿Qué es lo que había hecho que un hombre que había llegado tan alto pudiera caer tan bajo en tan breve espacio de tiempo? Bien, la respuesta podrá buscarse en una sola palabra, amigos míos, una simple palabra que está en boca de todo el mundo:

»¡Droga!

»Y aunque ciertos ofuscados

defensores de estas sustancias químicas argumentan que nuestro héroe consumía ya drogas antes de su éxito literario, habremos de señalar que existían pruebas de su pericia literaria mucho antes de la llegada de la psicodelia a su vida, ¡pero ni la más mínima prueba del pensamiento lunático que encontramos en él a partir de entonces!»

Y añadía después:

«(Oh, sí, el viento susurra
tiempo atrás..., tiempo atrás...

La viga repica y las paredes ven
... y hay una puerta para ese
pájaro
en el cielo joven,

tiempo atrás...

Oh, sí, el oleaje ríe

tiempo atrás, tiempo atrás,

de cosas de abajo que fueron
muertas

cuando lo malo fue prohibido y
todas

las puertas para los pájaros se
esfumaron.

Entonces, tiempo atrás...))»

Se me ocurrió la idea de ir a México a buscarle, y escribir luego un relato sobre «joven novelista que huye de la vida real». Empecé a indagar aquí y allá, a preguntar en qué parte de México

podría estar. En los círculos *hip*^[3] de Nueva York todo el mundo parecía saberlo con certeza. Era, al parecer, lo que había que saber aquel verano. Está en Puerto Vallarta. Está en Ajijic. Está en Oaxaca. Está en San Miguel de Allende. Está en Paraguay. Acaba de coger un vapor de México a Canadá. Y a nadie le cabía la menor duda de lo que decía.

Aún seguía yo indagando cuando, en octubre, Kesey pasó clandestinamente a los Estados Unidos y fue detenido por el FBI en la autopista Bayshore, al sur de San Francisco. Un agente lo había perseguido por un terraplén y dado caza, y ahora estaba en la cárcel. Así que volé

a San Francisco y me dirigí directamente a la prisión del condado de San Mateo, en Redwood City, y la escena que tenía lugar en la sala de espera era más propia de la entrada de artistas del Music Box Theatre. Se respiraba una atmósfera de jubilosa expectación. Había un joven psicólogo, Jim Fadiman (sobrino de Clifton Fadiman, según pude saber luego), y Jim y su mujer Dorothy se dedicaban alegremente a meter tres monedas del / *Ching* por la ranura del lomo de cierto interminable y macizo libro de misticismo oriental, y me pidieron que hiciera saber a Kesey que las monedas iban en el libro. Vi también a una chica menuda y morena, de cara

redonda, llamada Marilyn, que me contó que había sido una *groupie* de una banda de rock, The Wild Flowers, pero que ahora estaba casi siempre con Bobby Petersen. Bobby Petersen no era músico. Era un santo, según pude colegir por sus palabras. Estaba en la cárcel en Santa Cruz, tratando de defenderse de una acusación de posesión de marihuana alegando que la marihuana era para él una sustancia sacramental. No entendí muy bien qué hacía Marilyn en la sala de espera de la cárcel de San Mateo en lugar de en Santa Cruz, aunque, claro —pensé—, la sala donde ahora estábamos era como una entrada de artistas, y Kesey —la estrella— estaba dentro, en

escena.

Tuve una pequeña discusión con los carceleros acerca de si debía pasar o no a ver a Kesey. Los policías no ganaban nada dejándome entrar. Un periodista de Nueva York no supondría sino más publicidad para aquel *beatnik* glorificado. Ése era el criterio a seguir con Kesey: se trataba de un ensalzado *beatnik* acusado de dos delitos de posesión de marihuana, así que por qué hacer de él un héroe. He de decir que los policías de California son gente «suave». Parecen todos jóvenes, altos, de pelo a cepillo, rubios, con ojos muy azules, como recién salidos de un anuncio de cigarrillos. Sus cárceles no

parecen cárceles, al menos las dependencias que la gente ve. Todo es madera clara, luces fluorescentes y archivadores metálicos de tono castaño; todo muy del estilo de la sala de examen de un edificio nuevo de Correos. Los polis todos tienen un suave acento californiano y son pulcros y correctos como cubitos de hielo. No se apartan un ápice de la norma. Por fin me dejan pasar a ver a Kesey en hora de visita. Dispongo de diez minutos. Le hice una seña de adiós a Marilyn y a los Fadiman y a la alegre sala, y me condujeron en un ascensor a la tercera planta.

El ascensor se abrió directamente a un pequeño locutorio. Un recinto

extraño. Había una hilera de cuatro o cinco cubículos, similares a las cabinas aisladas de los antiguos concursos de televisión, todos ellos con un grueso cristal tras el cual había un preso en carcelaria camisa azul de trabajo. Un grupo de presos dispuestos en hilera, como abadejos en hielo. Al pie de cada ventana hay un mostrador con un teléfono. Se ha de hablar a través de él. Hay ya un par de visitantes inclinados sobre el artilugio, hablando. Y entonces veo a Kesey.

Está de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos fijos en la lejanía, es decir, en la pared. Tiene gruesas muñecas y grandes antebrazos, y

el modo en que los cruza les da un aire gigantesco. Parece más alto de lo que es, quizá a causa del cuello. Tiene un cuello grande, con unos esternocleidomastoideos que sobresalen de la camisa carcelaria como dos sogas de muelle. La mandíbula y la barbilla son enormes. Se parece un poco a Paul Newman, pero es mucho más musculoso, su piel es mucho más gruesa y tiene el pelo rubio, en espesos y alborotados rizos alrededor de la cabeza. Está casi calvo en la parte de arriba, pero en cierto modo ello casa bien con su gran cuello y su complexión de luchador. Me sonrío levemente. Es curioso: no tiene ni una arruga. Después de tanta

persecución y de tanta escaramuza, parece como si llevara tres semanas en un balneario: tiene un aire muy sereno.

Cojo el teléfono, y él coge el suyo; estamos en la Modernidad, no hay duda. Estamos a poco más de medio metro, pero nos separa un cristal del grosor de una guía telefónica. Es como hablar por videófono desde diferentes continentes. Los teléfonos están en bastante mal estado, y su fidelidad no es precisamente alta, sobre todo teniendo en cuenta que no han de salvar más de sesenta centímetros. Se da por supuesto, claro está, que los funcionarios controlan todas las conversaciones. Yo quería preguntarle sobre sus días de

fugitivo en México. El título de mi trabajo seguía en teoría siendo «Joven novelista vive ocho meses como fugitivo en México». Pero malamente podía entrar en tal materia a través de aquella extraña conexión telefónica, y, para colmo, la entrevista no debía exceder de diez minutos. Saco el cuaderno y empiezo a preguntarle... lo que se me ocurre. Había leído en el periódico una declaración suya en la que afirmaba que había llegado la hora de que el movimiento psicodélico fuera «más allá del ácido», así que le pregunté acerca de ello. Me puse a escribir como un loco, en taquigrafía, en el cuaderno. Veía cómo se movían sus labios a medio

metro de distancia. Su voz crepitaba en mi auricular, como si llegara de Australia. Era de locos. Parecíamos entregados a una sesión de calistenia.

—En mi opinión —decía—, ha llegado la hora de superar lo que se ha venido haciendo hasta ahora para pasar a un estadio nuevo. La ola psicodélica tenía su eclosión hace seis u ocho meses, cuando me fui a México. Desde entonces ha ido creciendo, pero sin moverse. Al volver he vuelto a ver lo mismo que veía cuando me marché. Amplificado, eso es todo.

Su voz, suave y de acento rural —un acento rural casi puro—, me llega crepitante y áspera y distorsionada a

través del medio metro de línea telefónica.

—No ha habido creatividad — prosigue—. Y pienso que mi aportación ha sido ayudar a crear el paso siguiente. No creo que vaya a haber ningún movimiento a partir de las drogas hasta que no haya algo distinto hacia lo que dirigirse...

Lo decía con su llano acento rural, y yo, la verdad, no tenía ni idea de a qué diablos se estaba refiriendo. A veces hablaba crípticamente, con aforismos. Le dije que había oído que pensaba dejar de escribir, y le pregunté por qué.

—Prefiero ser un pararrayos que un sismógrafo —me respondió.

Se puso a hablar de algo llamado la Prueba del Ácido, y de formas de expresión en las que no habría separación entre él y quienes le escucharan. Todo constituiría una sola y única experiencia, con todos los sentidos abiertos de par en par: palabra, música, luces, sonido, tacto..., *relámpago*.

—¿Te refieres a algo parecido a lo que está haciendo Andy Warhol? —dije yo.

Se hizo un silencio.

—No quiero ofender —dijo Kesey—, pero Nueva York lleva un par de años de retraso al respecto.

Lo dijo muy pacientemente, con una

especie de cortesía campesina, como si me estuviera diciendo: no quiero ser descortés con vosotros los urbanitas, pero aquí, amiguito mío, están pasando cosas que no imaginaríais ni en vuestros sueños más locos...

Habíamos agotado los diez minutos, y me vi de nuevo en la calle. No había conseguido nada, salvo mi primer roce con un extraño fenómeno: aquel extraño carisma de tierra adentro, la presencia de Kesey. No tenía nada que hacer más que matar el tiempo y confiar en que Kesey pudiera salir bajo fianza y yo pudiera volver a verle para recabar

detalles de mi «Novelista huido a México». Algo poco probable en aquel momento, pues Kesey se enfrentaba a dos acusaciones de posesión de marihuana, y ya había huido del país en una ocasión.

Así que alquilé un coche y me puse a dar vueltas por San Francisco. Mis más intensos recuerdos de San Francisco me situaban en un fantástico sedán alquilado, subiendo y bajando colinas, entrando y saliendo de las vías de los tranvías. Deslizándome en dirección a North Beach, la legendaria North Beach, la vieja patria de la bohemia de la Costa Oeste, siempre llena de monstruos sagrados de esto y de aquello, de

celebridades costeñas, de muchachitas judías y pequeñas *wasp*^[4] de pelo largo que fornicaban con galanes negros... Y ahora North Beach se moría. North Beach no era sino espectáculos de tetas. En el antaño célebre cuartel general de la generación *beat*, la librería City Lights, Shig Murao, oráculo nipón del lugar, se sentaba con su mirada tremebunda, con las barbas colgándole como esas hebras de aulaga y helecho que los arquitectos suelen dibujar en sus bocetos, encorvado sobre libros de Kahlil Gibran junto a la caja registradora, mientras unos dentistas que han asistido a un congreso financiero-presupuestario de la profesión curiosean

en busca de *beatniks* entre espectáculo y espectáculo de tetas. Ahora todo era «despechugue» en North Beach; todo eran bailarinas de striptease con los pechos hinchados por las inyecciones de silicona.

La «acción» —los grupos *hip* que marcan el *tono* pintoresco— se había desplazado a Haight-Ashbury. Pronto los cabecillas de una bohemia triunfadora invadirían también la zona, y los coches no pararían de desfilar, uno detrás de otro, llenos de mirones, y los autocares turísticos anunciarían: «He ahí el hogar de los *hippies*... Miren, miren uno allí...»; y los homosexuales y las putas negras y las librerías y las *boutiques*...

Lo *in* sería Haight-Ashbury y el mundo del ácido.

Pero no sólo moría North Beach. Todo el viejo estilo de vida *hip* —*jazz*, cafés, derechos civiles, «invite a un negro a cenar», Vietnam...— estaba muriendo con rapidez vertiginosa, según pude saber, incluso entre los estudiantes de Berkeley —al otro lado de la bahía, frente a San Francisco—, que había sido el corazón de la «rebelión estudiantil». La situación había llegado al punto de que los negros ya no estaban en la escena *hip*, ni siquiera como figuras totémicas. Era increíble. Los negros, que habían sido la verdadera alma de lo *hip*, del *jazz*, de la propia jerga *hip* (*dig*,

scarf, split, later...)^[5], de los derechos civiles, del licenciarse en el Reed College e irse a vivir a Masón, en North Beach, del follar interracial..., todo aquel espléndido entramado de actitudes de aceptación, de cariño físico, de volcarse con los negros... había terminado, se había esfumado. Era increíble.

Así que empezaba yo a orientarme en medio de aquellos cambios y convulsiones de la bohemia de San Francisco cuando supe que, de forma milagrosa, los tres jóvenes abogados de Kesey, Pat Hallinan, Brian Rohan y Paul Robertson, estaban a punto de conseguir que su cliente saliera bajo fianza.

Aseguraron a los jueces de San Mateo y de San Francisco que el señor Kesey tenía en mente un proyecto de hondo calado social. Había vuelto del exilio con el propósito expreso de convocar una gigantesca asamblea de drogadictos y *hippies*, en el Winterland Arena de San Francisco, para decirle a la Juventud que dejara de tomar LSD porque era peligroso y podía acabar «friéndole» los sesos, etcétera. Iba a ser una ceremonia de «licenciatura del ácido». Ahora debían ir «más allá del ácido». Imagino que era de eso de lo que Kesey me había hablado en la cárcel. Al mismo tiempo, seis de sus amigos íntimos de la zona de Palo Alto

habían ofrecido sus casas como garantía de la fianza de 35.000 dólares impuesta por el tribunal del condado de San Mateo. Supongo que los jueces imaginaban tener bien cogido a Kesey. Si se fugaba ahora, supondría una jugada tan sucia para sus amigos —que perderían sus casas— que Kesey quedaría desacreditado como apóstol de las drogas y como persona. Si no lo hacía, se vería obligado a hablar ante la juventud, y entonces tanto mejor. En cualquier caso, Kesey salía de la cárcel.

El plan, sin embargo, no era muy bien visto en Haight-Ashbury. Pronto descubrí que el mundo enrollado de San Francisco había alcanzado ya tal

magnitud que la vuelta de Kesey y su plan de «licenciatura» del ácido estaba provocando en él la primera gran crisis política. Todos los ojos estaban puestos en Kesey y su grupo, conocido como los Alegres Bromistas. Miles de jovencitos se estaban trasladando a San Francisco para llevar una vida basada en el LSD y en el rollo psicodélico. *Rollo* era el término abstracto de más amplia significación en Haight-Ashbury. Podía significar cualquier cosa: ismos, estilos de vida, hábitos, tendencias, causas que defender, órganos sexuales... *Rollo* y *freaky*^[6]. *Freaky* se refería a estilos y aficiones obsesivas, como en «Stewart Brand es un *freaky* de lo indio», o «esa

chica es una *freaky* de la Astrología», o simplemente designaba a los drogotas con sus singulares galas. Y no era un apelativo peyorativo. Un par de semanas antes, el mundo de la droga había organizado su primera gran concentración en el Golden Gate Park, al pie de la colina que conduce a Haight-Ashbury, en guasona celebración del día en que el LSD fue declarado ilegal en California. El evento había congregado a todas las tribus, a todos los grupos comunales. Acudieron todos los *freakies*, y «montaron» su rollo. Quien lo inició todo fue un drogota llamado Michael Bowen, que de inmediato fue imitado por millares de

asistentes con sus mejores galas. Entonaron cánticos, hicieron sonar campanillas, danzaron abismados en el éxtasis, se colocaron cada uno a su manera y dedicaron sus gestos satíricos preferidos a los polis, ofreciéndoles flores, sepultándoles con tiernos pétalos de amor. Oh, Dios, Tom, qué rollo más fantástico, qué pasada, qué colocón... Miles de amorosos drogotas haciéndole la cabeza un lío a la bofia y a quien se pusiera por delante en una fiesta de amor y euforia. Hasta Kesey, que seguía entonces en la clandestinidad, había osado asistir y se había mezclado con la multitud durante un rato, y fueron todos *uno*, incluido Kesey..., y ahora, de

pronto, helo ahí, en manos del FBI y de otros superpolis, él, Kesey, máximo exponente de la Vida, anunciando que había llegado el momento de «licenciarse del ácido». ¿Qué diablos era aquello? ¿Se estaba Kesey escaqueando? Se estaba gestando, incluso en el mundo *hip*, una consigna nueva: *Parar a Kesey*.

Nos dirigimos al Almacén en la delirante camioneta y, bien, para empezar, empiezo a darme cuenta de que Lois y Stewart y Black Maria integran el ala moderada, reflexiva de los Alegres Bromistas. El Almacén está en Harriet Street, entre Howard y Folsom. Como la mayoría de las calles de San Francisco,

Harriet Street es un conjunto de edificios de madera pintados de blanco y con ventanas saledizas. Pero Harriet Street está en los barrios bajos de San Francisco, y a pesar de la pintura es como si cuarenta borrachos se hubieran arrastrado entre las sombras y hubieran muerto y se hubieran puesto negros y hubieran explotado y lanzado una miríada de espiroquetas que hubieran quedado incrustadas en cada madero, cada listón, cada grieta, cada astilla, cada desconchón de pintura. El Almacén es en realidad el garaje de la planta baja de un hotel abandonado. Su último uso comercial había sido el de fábrica de tartas. Llegamos al garaje y, junto a la

entrada, vemos una camioneta aparcada. Está pintada de azul, amarillo, naranja y rojo chillón, y lleva escrito BAM con enormes letras sobre el capó. Del hueco negro del garaje sale el sonido de un disco de Bob Dylan, con su armónica barata y su voz astrosa, estilo Ernest Tubb, entonando las viejas y chapuceras tonadas...

Dentro hay un inmenso y caótico espacio en el que, en la penumbra, creo ver paseándose unas diez o quince banderas norteamericanas. Las banderas resultan ser un grupo de hombres y mujeres, la mayoría de unos veintitantos años, con mo nos blancos de los que usan los operarios de los aeropuertos,

sobre los que se han cosido trozos de banderas norteamericanas, principalmente estrellas sobre campos de azul, pero también barras rojas que descienden por las perneras de los pantalones. A un lado hay un andamiaje teatral cubierto con mantas a modo de telones, y varias hileras de asientos de cine apilados contra los muros, y grandes cubos de desechos metálicos, y varias sogas y vigas.

Una de las mantas-telones se aparta y una pequeña figura salta de una plataforma de unos tres metros de altura. La figura, que resplandece, es un tipo de poco más de uno cincuenta de estatura, con una especie de casco de aviador de

la Primera Guerra Mundial en la cabeza, que despide unos fulgores curvos y espirales de color verde y naranja. También le brillan las botas; parece estar saltando sobre un par de globos fluorescentes. De pronto se queda quieto. Tiene una cara menuda, fina, ascética, con un gran bigote y ojos enormes. Entrecierra los ojos y esboza una sonrisa maliciosa.

—Acabo de cargarme a un chico de ocho años ahí arriba —dice.

Lanza unas risitas nasales y brinca, refulgente, hacia un rincón lleno de desechos.

Todo el mundo ríe. Colijo que se trata de un chiste entre ellos, porque soy

el único que mira hacia el andamiaje en busca del cadáver.

—Es el Ermitaño —me dicen.

Tres días después veo que se ha habilitado una cueva en el rincón.

Un resplandor más intenso en el centro del garaje. Distingo un autobús escolar... que despide destellos anaranjados, verdes, magenta, lavanda, azul cloro, pasteles fluorescentes de todo tono imaginable en miles de dibujos, grandes y pequeños, híbridos entre Fernand Léger y el Dr. Strange, todos bramando juntos y repeliéndose como si alguien le hubiera dado al Bosco cincuenta cubos de pintura fluorescente y un autobús escolar

International Harvester de 1939 y le hubiera dicho que se pusiera manos a la obra. En el suelo, junto al autobús, hay una pancarta de más de cuatro metros que reza: LICENCIATURA DE LA PRUEBA DEL ÁCIDO, y dos o tres tipos-bandera están trabajando en ella. La voz rasposa de Bob Dylan rasga el aire y la gente se mueve de un lado para otro y los bebés lloran. No consigo verlos pero están por allí cerca, y lloran. A un costado veo a un tipo de unos cuarenta años que es todo músculo —se puede apreciar porque no lleva camisa; sólo unos pantalones caqui, botas rojas de cuero... y su complexión hercúlea—; parece hallarse en un trance

cinético: lanza al aire una y otra vez un gran martillo, que logra coger por el mango cuando cae, sin dejar ni un momento de sacudir brazos y piernas y de balancear los hombros y de mover la *cabeza.*, todo con un ritmo espasmódico, como si en alguna parte Joe Cuba estuviera tocando *Bang bang*, aunque de hecho ya no se oye a Bob Dylan y por el altavoz, esté donde esté, suena una cinta con una voz espectral que está diciendo: «... la mina de ninguna parte... tenemos unos papeles de envolver chicle...». Hay un fondo de extraña música electrónica, con intervalos orientales, que evoca la música de Juan Carrillo. «Vamos a sacarlo de debajo del

mundo... trabajando en la mina de ninguna parte... hoy, todos los días...».

Se acerca uno de los tipos-bandera.

—¡Eh, Montañesa! ¡Eso es divino!

Montañesa es una chica alta, grande y guapa, de pelo castaño oscuro que le cae hasta los hombros; los dos tercios finales parecen una brocha untada de pintura amarillo cadmio (secuela de cuando se lo tiñó de rubio en México). Se da la vuelta y enseña el círculo de estrellas que lleva en la parte trasera del mono.

—Las conseguimos en una tienda de uniformes —dice—. ¿No son fantásticas? El tipo va y me dice: «¿No pensaréis cortarlas para haceros ropas

raras?». Y yo le digo: «No, vamos a coger unas cornetas y a organizar un desfile». Pero ¿veis esto? En realidad las compramos para esto.

Señala una insignia que lleva en el mono. Todo el mundo se inclina para mirar. Hay una leyenda grabada en la insignia con letras curvas *art nouveau*: «No podéis atraparlos».

¡No podéis atraparlos! A buenas horas. Después de las veces que los Bromistas han sido detenidos por la policía de San Mateo, de San Francisco, por los federales de México, por el FBI, por polizontes de todo tipo...

Los niños siguen llorando. Montañesa se vuelve a Lois Jennings.

—¿Qué hacen los indios para que los bebés dejen de llorar?

—Les aprietan la nariz.

—¿Sí?

—Así aprenden.

—Lo probaré... Suena lógico.

Y Montañesa va y saca a su bebé, una niña de cuatro meses que se llama Sunshine, de una de esas cunas portátiles de malla que está detrás del autobús, y se sienta en una de las butacas de cine. Pero en lugar de aplicarle el tratamiento indio se desabrocha el mono de «No podéis atraparlos» y se pone a darle el pecho.

«... la mina de ninguna parte... Nada he sentido ni gritado ni llorado...

—*Branggg tuinggg*—... y he vuelto a la mina de ninguna parte».

El malabarista del martillo sale precipitadamente.

—¿Quién es?

—Cassady.

Lo que oigo me parece maravilloso. Recuerdo a Cassady. Neal Cassady era Dean Moriarty, el héroe de la novela de Jack Kerouac *En el camino*, el Chico de Denver que no paraba de ir de un lado a otro de los Estados Unidos en pos de — o, mejor, dejando atrás— la «Vida», y ahora ahí lo tenía con cuarenta años, en aquel garaje, lanzando al aire un martillo, al ritmo de un íntimo Joe Cuba y... hablando. Cassady no para nunca de

hablar. Aunque eso no describe exactamente lo que hace. Lo que en realidad hace es monologar, con la particularidad de que tampoco parece preocuparle si alguien le escucha o no. Se limita a dar rienda suelta a sus monólogos, si es necesario solo, aunque todo el mundo es bienvenido a bordo. Responde a todas las preguntas, aunque no exactamente por orden, porque no podemos parar aquí, la siguiente área de descanso está a cincuenta kilómetros, «ya entiendes», y desgrana recuerdos, metáforas, alusiones literarias, orientales, *hip*, todo ello recalcado de tanto en tanto por la muletilla «ya entiendes», nada obvia...

II. EL TÓTEM DE LA VEJIGA

Las cosas siguieron durante dos o tres días de esta guisa en el garaje, en compañía de los Alegres Bromistas, a la espera de Kesey. Los Bromistas parecían haberse acostumbrado a mi presencia y apenas me prestaban

atención. Una de las chicas-bandera, una rubia que se parecía a Doris Day y a quien llamaban Doris Delay^[7], me dijo que debía poner algo más de... *color* en mi aspecto. Esas cosas duelen, Doris Delay, pero sé que lo hiciste a modo de amable sugerencia. Y ésa fue ciertamente su intención. Así que me dejé la corbata para demostrar que tenía mi orgullo. Pero a nadie le importó un bledo. Seguí deambulando por el garaje mientras Cassady lanzaba el martillo, sonaban las espectrales cintas, lloraban los bebés, el tiempo se ralentizaba, el autobús fulguraba, los tipos-bandera iban de un lado para otro, los *freakies* entraban de cuando en cuando desde el

sol de Harriet Street y yo no salía más que para dormir unas cuantas horas y para ir al baño.

Al cuarto de baño, sí. En el Almacén no había instalación sanitaria; ni siquiera agua fría. Podías ir al pequeño solar que había al lado, detrás de una valla de tablas, y adoptar la postura adecuada en medio de las intensas vaharadas de orina humana que se alzaban desde el barro, o subir una escalera y a través de una trampilla pasar al viejo hotel, donde a ambos lados de los míseros pasillos muertos se abrían cuartos cuya blanda madera podrida se quebraba con la mirada, y en la que bullía de pronto una vida secreta

de larvas y de organismos ínfimos. Era demasiado sórdido hasta para los Bromistas. La mayoría de ellos se desplazaba hasta la gasolinera Shell de la esquina. Así que me fui a la gasolinera de la esquina, en la confluencia de la Sexta y Howard. Pregunté dónde estaban los servicios, y el tipo me lanzó la Mirada, la aviesa mirada diciendo muy bien, ni siquiera va a echar gasolina pero quiere usar el retrete, y por fin me señala el interior de la oficina, donde está la lata. La llave de los servicios está sujeta con una cadena a una gran lata vacía de aceite Shell. La cojo, dejo la oficina y salgo a la zona de hormigón donde la élite de las tarjetas

de crédito reposta y estira las piernas y se despega los calzoncillos de los rebeldes y ya entrados en años pliegues del escroto, y allí voy yo con la lata en las dos manos, como con un tótem de la vejiga, y doblo la esquina y entro en el servicio y... Bien, ¿y qué? Pero de pronto caigo en la cuenta de que, para los Bromistas, esto es lo *cotidiano*. Viven así. Hombres, mujeres, chicos, chicas, la mayoría de ellos hijos de hogares de clase media; hombres y mujeres y chicos y chicas y niños y bebés viviendo de este modo durante meses, algunos de ellos durante años, cruzando Norteamérica de un punto a otro y volviendo, siempre en autobús,

bajando a México y volviendo, vagando como gitanos por los arcenes de las áreas de servicio, meando en los servicios a escondidas, defendiéndose de las miradas hostiles (incluso tienen películas y cintas de sus trifulcas con encargados de gasolineras del interior de Norteamérica, que tratan de preservar sus retretes de hormigón y sus dispensadores de papel vacíos de los locos de las pinturas fluorescentes...).

Vuelvo al Almacén. Todo sigue igual. Poco a poco va invadiéndome una sensación extraña en relación con todo esto. Pero no son sólo las ropas, las cintas, el autobús y demás parafernalia. He pasado fines de semana de

fraternidades^[8] de gente de pelo a cepillo bastante más extraños —tanto en la vestimenta como en la música—, y auténticamente desmadrados en el apogeo de la juerga. La sensación comienza cuando los tipos-bandera se acercan a mí y me dicen cosas como..., bueno, por ejemplo Cassady está lanzando el martillo, con la cabeza sumida en el caos del universo, cavilando sobre ello como un poseso, y de pronto, *plam*, el martillo se le escapa y cae con ruido en el suelo de hormigón del garaje, y entonces un tipo-bandera va y me dice:

—¿Sabes?, el Jefe dice que cuando Cassady falla nunca es por accidente...

Para empezar, el término «jefe». Los Bromistas tienen dos vocablos para referirse a Kesey. Si están hablando de algo mundano le llaman Kesey, como por ejemplo «a Kesey le han saltado un diente». Pero si se refieren a él como líder o maestro del grupo, se convierte en «el Jefe». Al principio me sonaba a falso. Pero luego se fue convirtiendo en... *místico*, a medida que los vapores místicos ambientales empezaron a invadirme la cabeza. Son unos vapores que puedo oír realmente en mi cabeza, sssssss, un sonido sibilante parecido al que oyes cuando has tomado demasiada quinina. No sé si le sucede o no a todo el mundo. Pero es algo inquietante de

verdad, temible, aterrador, sumamente extraño o sencillamente misterioso, algo que no puedo controlar..., como si entrase en Alerta Roja cuando esos vapores neblinosos empiezan a invadirme...

«... Cuando Cassady falla, nunca es por accidente. Está diciéndonos algo. Está sucediendo algo en el ambiente, algo está entrando en tensión, hay malas vibraciones y quiere disiparlas».

Y se lo creen. Todo en la vida de una persona tiene... sentido. Y todo el mundo se pone en guardia, y trata de descifrar los significados. Y las vibraciones. Las vibraciones nunca tienen fin. Algunos días después, estaba

yo en Haight-Ashbury con un chico —no era un Bromista; pertenecía a otro grupo comunal—, y el chico intentaba abrir un viejo secreter, de esos que al abrirlos despliegan un tablero donde se puede escribir, y al hacerlo se pellizcó un dedo con una bisagra. Y en lugar de decir «ay, mierda» o algo por el estilo, el incidente se convierte en una parábola de la vida, y dice:

—Es *típico*. ¿Lo ves? Hasta el pobre tipo que diseñó este mueble estaba jugando al juego que querían que jugara. ¿Ves cómo está diseñado, cómo se abre hacia afuera? Siempre hacia *el exterior*, hacia..., tiene que ser hacia *el exterior*, hacia *tu* vida, la vieja cantinela de la

arremetida, ¿entiendes? La gente ni siquiera piensa en ello, ¿entiendes? Así es como se diseñan las cosas, y tú estás aquí y ellos están allí y van a seguir arremetiendo contra ti. ¿Ves aquella mesa de cocina? —A través del hueco de la puerta vemos una vieja mesa de cocina de tablero esmaltado—. Pues su diseño es *mejor*. De veras. Es mejor que toda esta mierda llena de adornos; quiero decir que *comprendo* esa mesa de cocina, porque está toda ella ahí, entera, ¿entiendes? Está ahí para *recibir*, de eso se trata, es pasiva, porque, además, ¿qué diablos es una mesa? Freud decía que una mesa es simbólicamente una mujer con las

piernas abiertas, lista para follar, en sueños, ¿entiendes? ¿Y de qué es símbolo esto? —dice señalando el secreter—. Símbolo de «jódete», de que te jodas, ¿entiendes?

Y sigue así un buen rato, hasta que me entran ganas de ponerle la mano en el hombro y decirle que se deje de gilipolleces y se olvide del asunto.

Pero, en fin, es un discurso que no para. Todos están atentos al más mínimo incidente para convertirlo inmediatamente en metáfora de la vida. La vida de cada cual se vuelve en todo momento más fabulosa que el más fabuloso de los libros. Es un camelo, maldita sea..., pero *místico*..., y al cabo

de un tiempo empieza a contaminarte, como una picazón, como una roséola.

También se habla y habla de los juegos. El mundo convencional del exterior, al parecer, está compuesto por millones de personas implicadas, atrapadas en juegos de los que ni siquiera son conscientes. Un tipo al que llaman Peleón^[9] entra desde el sol de Harriet Street y, zas, ni siquiera espera a las metáforas. En mi vida me había visto envuelto tan meteóricamente en una charla abstracta con un desconocido. Empezamos a hablar de inmediato de los juegos. Peleón es un hombre joven, bien parecido, de cara ancha, con melena y flequillo largos exactamente iguales a

los del Príncipe Valiente del cómic; lleva un jersey de cuello alto con unas estrellas metálicas de las que los generales exhiben sobre los hombros, y dice: «Los juegos impregnan de tal modo nuestra cultura que... —ruedan ruedan con estrépito juegos de ego lo juzgan todo jodido sometido a un lavado de cerebro nos contamos a nosotros mismos—... siguen planteando oposiciones». Aquí Peleón pone rígidas las manos y junta las puntas de los dedos como en una pose de kárate...

Pero mi mente está vagando. Me cuesta mucho escuchar porque estoy fascinado por una cajita de plástico con un pequeño cepillo de dientes y un

pequeño tubo de pasta dentífrica que Peleón lleva en la mano, bajo el pulgar. La cajita se mueve de un lado a otro frente a mis ojos a medida que la oposición de las manos de Peleón... Qué curiosa panda de pobres diablos... Aquel tipo con estrellas de general en el jersey dando una especie de sermón de vísperas sobre los pecados del hombre... ¡con un cepillo de dientes!, (¡sí, por supuesto, se lava los dientes después de cada comida, de veras!). Se cepilla los dientes después de cada comida pese a que viven en este garaje, como gitanos, pese a que viven sin agua caliente, sin retrete, sin camas, que duermen en un par de colchones en los

que la suciedad, el polvo, las humedades y las efusiones se mezclan y fusionan con el relleno hasta formar un todo indisoluble..., que duermen echados sobre el andamiaje, en el autobús, en la trasera de la camioneta, con las narices enmohecidas...

—... pero ¿sabes qué? La gente está empezando a ver a través de la bruma de los juegos. No sólo los enrollados y demás, sino la gente de todo tipo. Mira, por ejemplo, California. Siempre ha habido esta pirámide...

Aquí Peleón traza en el aire el contorno de una pirámide y yo contemplo, fascinado, cómo la cajita de plástico se desliza con brillo por un

lado de la pirámide...

—La gente está trascendiendo las memeces —dice Peleón, y su voz es franca y clara y dulce como la del alumno encargado de pronunciar el discurso de despedida al final de secundaria, como si acabara de decir *ojalá los alumnos que vengan detrás recuerden nuestro lema: «trascender las memeces»*...

... es una línea de luz a lo largo del plástico de la cajita, un fulgor rígido que viene del pasado, de dondequiera que pueda venir Peleón. Ah, vuelve a pasarme; otra vez esa picazón amable; acabo de extraer una metáfora, una muestra de trascendental memez, de esa

maldita cajita de aseo de los dientes...

«Trascender las memeces...».

Entra en el Almacén un tipo alto con una especie de con junto azul y naranja, parecido al de un arlequín de los que hacen mimo, y con la cara pintada con una capa de naranja fluorescente que le da un extraordinario parecido con El Espíritu (si recuerdan al personaje de aquel cómic). Es —me dicen— Ken Babbs, un antiguo piloto de helicópteros en Vietnam. Me pongo a hablar con él y le pregunto cómo fue lo de Vietnam, y me dice muy serio:

—¿De verdad quieres saber cómo fue?

—Sí.

—Ven aquí. Verás.

Me lleva al fondo del garaje y señala una caja de cartón que hay en el suelo, en medio de un caos de todo tipo de desechos.

—Ahí está todo.

—¿Ahí está todo?

—Exacto, exacto.

Metó la mano y saco un original de unas cuatrocientas o quinientas hojas mecanografiadas. Lo hojeo y veo que es una novela sobre Vietnam. Miro a Babbs. Me lanza una sonrisa de camaradería, y su máscara resplandece y se llena de arrugas.

—¿Está todo aquí? —digo—.

Entonces me va a llevar su tiempo

hacerme una idea.

—¡Sí, sí, eso es, exactamente! — dice Babbs, y suelta una carcajada como si acabara de oír la cosa más graciosa del mundo—. ¡Sí, sí! Ja, ja, ja! ¡Exacto, exacto! —exclama, con la máscara fulgurando y bailándole en el semblante. Vuelvo a dejar la novela en la caja, y durante los días siguientes veo la novela sobre Vietnam de Babbs allí en la caja, en medio de todo el embrollo, como a la espera de que un tornado la alzase por el aire y la diseminase por el condado de San Francisco, y Babbs anduviera por allí diciéndole a alguna otra alma perpleja: «¡Sí, sí, eso, exacto, exacto!».

Los Alegres Bromistas se estaban

reuniendo con rapidez para esperar a Kesey. Llega George Walker. Walker no va disfrazado. Tiene el aspecto de cualquier universitario rubio con camiseta y pantalones de pana, sano y sonriente y sociable, de cualquier jovencito amable y afortunado de la Costa Oeste, salvo en algunos detalles como el del coche que ha dejado aparcado fuera: un Lotus de carreras pintado de naranja fluorescente. Así, al caer la tarde, se iluminará al derrapar en las curvas de los barrios residenciales de California. Y llega Paul Foster. Foster, según se me informa, es una especie de genio loco; un genio de las computadoras a quien compañías tales

como Techniflex, Digitron, Solartex o Automaton persiguen para ofrecerle montones de dinero para que les haga tal o cual cosa... Si es un genio o no, no sabría decirlo. Lo que sí tiene, sin lugar a dudas, es pinta de loco. Está encorvado en un rincón, en una de las butacas de cine; su figura es flaca y demacrada, pero va envuelta en mucha ropa. Es como si llevara ocho pantalones de payaso uno encima de otro y a cada cual más sucio, todos negros como el hollín, raídos, mugrientos, mohosos. Lleva la *cabeza* prácticamente afeitada —es tan enjuta que parece haber perdido hasta el último ápice de carne—, y cuando contrae los músculos

de las mandíbulas es como si entrara en funcionamiento algún diagrama anatómico excepcionalmente inteligente en el que pequeños músculos faciales, estriaciones, envolturas conectivas, ligamentos, tejidos, nodulos, integumentos cuya existencia nadie hubiera imaginado nunca se agruparan, marcaran, cobraran relieve en una compleja reacción en cadena. Y contrae los músculos de las mandíbulas constantemente mientras se concentra, con la cabeza baja y los ojos encendidos, en un dibujo que está haciendo en un taco de hojas de papel (un extremadamente pequeño pero crucial dibujo, a juzgar por la intensidad

con que se concentra).

Black Maria, sentada en una silla plegable, sonríe inefablemente sin decir nada. Uno de los tipos-bandera, un joven delgado, me habla de mexicanos en guaraches que se colocan... Doris Delay me cuenta que...

—Tienen su propio viaje —explica Peleón—, y aunque no suene a nada del otro mundo, están empezando a trascender las memeces. Está la vieja trinidad: Poder, Posición y Autoridad; y por qué van a tener que adorar a esos viejos dioses y a esas viejas formas de autoridad...

—A tomar por el culo Dios... eihhh... A tomar por el culo Dios...

Es una voz que llega del otro lado de las mantas-telones que hay a un lado. Alguien, desde allí detrás, apostilla lo que acaba de decir Peleón.

—A tomar por el culo Dios. Viva el diablo.

La voz, sin embargo, es una voz muy somnolienta, muy ensoñadora. El telón se aparta y aparece un tipo pequeño y nervudo con aire de pirata. Detrás de él, en segundo plano tras los telones, hay todo tipo de cables, instrumentos, paneles, altavoces, todos apilados en un reluciente montón de equipos electrónicos, y la cinta sigue sonando al fondo... «en la mina de ninguna parte...». El tipo tiene aspecto de pirata,

como he dicho, y tiene el pelo largo y negro peinado hacia atrás a lo Tarzán, y bigote, y un anillo de oro en el lóbulo de la oreja izquierda. Mira hacia nosotros con mirada somnolienta. Es un Ángel del Infierno. Se llama Freewheeling Frank^[10]. Lleva los «colores» de los Ángeles del Infierno^[11]: cazadora con insignias, con las mangas cortadas y con la imagería de la calavera con casco y las alas y los otros símbolos crípticos de su tribu urbana.

—A tomar por el culo Dios —dice Freewheeling Frank—. A tomar por el culo todas las formas de... de...

Sus palabras quedan en el aire con un tono ensoñador, aunque sus labios

siguen moviéndose y él hace un ademán como de agachar la cabeza y sale de la oscuridad a la penumbra, hacia el autobús, volteando las manos, primero hacia un lado y luego hacia el otro, como Cassady, y se ensimisma en sus cosas, como Cassady, y, muy bien, es un Ángel del Infierno..., y Peleón se limpia los dientes después de cada comida, en medio de una estación de servicio de la Shell con economía de lata vacía de aceite...

Y en ese momento llega Kesey.

III. EL TRAJE ELÉCTRICO

Atravesando la cortina de luz del hueco de la entrada y deslizándose rampa abajo en la disparatada penumbra del garaje aparece una furgoneta a cuyo volante va Kesey. El Jefe. En libertad bajo fianza. Casi me sorprende que

aquel carnaval de lo aleatorio no estalle en una algarabía fluorescente de proporciones incalculablemente insanas. Pero el caso es que todo el mundo calla. Y que todo se mantiene en calma.

Kesey se apea de la furgoneta con los ojos bajos. Lleva una camisa informal, pantalones viejos y botas de *cowboy*. Por espacio de un instante parece verme, pero no me saluda, no da muestra alguna de reconocerme. Eso me molesta, pero enseguida me doy cuenta de que no saluda a nadie. Nadie dice nada. Nadie se acelera ni nada parecido. Es como si..., bueno, aquí está Kesey y no hay más que hablar.

Entonces Montañesa grita:

—¿Qué tal la cárcel, Kesey?

Kesey se encoge de hombros.

—¿Dónde está mi camisa? —dice.

Montañesa revuelve entre las cosas que hay tiradas junto a un grupo de butacas de cine y saca lo que ha pedido Kesey: una camisa de ante de color pardo, de cuello abierto y con flecos de cuero rojo. Kesey se quita la camisa que lleva puesta. Tiene unos enormes dorsales anchos que hacen que la parte alta de su espalda se proyecte hacia ambos lados como las «alas» de una raya. Se pone la camisa de ante y se da la vuelta.

Pero, en lugar de abrir la boca, alza la cabeza hacia un lado y cruza el garaje

en dirección al amasijo de cables, altavoces y micrófonos y al llegar hace un ajuste mínimo. «... La mina de ninguna parte...». Y ahora parece que las cosas están bajo control y que la canción empieza a sonar como debe.

De los abismos del fondo del garaje emergen —yo ni siquiera sabía que estuvieran allí— una mujer y tres niños. Son Faye, la mujer de Kesey, su hija Shannon, de seis años, y los dos chicos: Zane y Jed, de cinco y tres años. Faye tiene el pelo largo y de color castaño rojizo y es una de las mujeres más bellas, de aire más beatífico que yo haya visto en toda mi vida. Irradia luminosidad y santidad. Kesey se acerca

a ella y va cogiendo en brazos a cada uno de sus hijos, y luego Montañesa trae a su bebé Sunshine y Kesey lo coge también unos instantes. Perfecto...

Luego Kesey se relaja, y sonrío como si acabara de reparar en algo. Es como si acabara de oír lo que le ha preguntado Montañesa acerca de la cárcel.

—Lo único que me preocupaba era este diente —dice. Se desplaza una placa dental del paladar y se saca un diente postizo empujándolo hacia afuera con la lengua—. Tenía una sensación de lo más horrible —dice—. Me veía ante el tribunal o hablando con los periodistas o cualquier cosa por el

estilo, y esta cosa se me descolgaba como ahora y me ponía a farfullar y a masticar las palabras... —Y farfulla las últimas palabras para ilustrar lo que dice.

Tres semanas más tarde reemplazaría este diente por otro con una estrella anaranjada y rayas verdes, un incisivo con la bandera de los Bromistas. Un día, en una gasolinera, el encargado, un blanco, se interesa por su diente y llama a su ayudante, un negro, y le dice: «Oye, Charlie, ven y enséñale a éste tu diente». Así que Charlie sonrío y enseña los dientes superiores: tiene un diente de oro en el que se ha vaciado un contorno en la lámina frontal de forma

que se ve un corazón blanco de esmalte. Kesey le devuelve la sonrisa y muestra su diente. El negro se queda un momento mirando y no dice nada. Ni siquiera sonríe. Se da la vuelta y se va. Un rato después, ya en la carretera, Kesey dice muy serio, muy compungido:

—Ha sido un error. No tenía que haberlo hecho.

—¿Hacer qué?

—Ser más «negro» que él^[12]— dice Kesey.

¡Ser más «negro» que él! Kesey ha seguido conservando este tipo de jerga rural a través del colegio, de la universidad, de los días de gloria literaria...

—¿Cómo te lo has hecho? —dice Freewheeling Frank, refiriéndose a lo del diente.

—En una pelea con un Ángel del Infierno —dice Montañesa.

—¿Qué? —dice Freewheeling Frank con genuino asombro.

—Sí —dice Montañesa—. ¡El muy bastardo le pegó con una cadena!

—¿Cómo? —dice Frank—. ¿Dónde? ¿Cómo se llama?

Kesey le lanza una mirada a Montañesa.

—Nada, nada... —dice Montañesa.

—¿Cómo se llama? —dice Frank alzando el tono—. ¿Cómo era?

—Montañesa te está tomando el pelo

—dice Kesey—. Tuve un accidente.

Montañesa parece arrepentida. Los duelos de los Ángeles del Infierno no son ninguna broma para Frank. Kesey disipa las... malas vibraciones. Está sentado en una de las viejas butacas de cine. Habla con voz suave, en tono de charla coloquial, con la cabeza inclinada, como si hablara sólo con Montañesa o con cualquier otra persona.

—Es curioso —dice—. En la cárcel hay tipos que han estado presos tantas veces que para ellos la cárcel es todo su universo. Son *freakies* de la cárcel. Se han apropiado de la jerga carcelaria...

Los presentes empiezan a agruparse en torno a él. Se sientan en las butacas, o

en el suelo. Comienzan a ascender los vapores místicos...

—... sólo que no es *su* jerga. Es la de los carceleros, la de los polis, la de los fiscales, la de los jueces. Todo son números. Uno le dice a otro: «¿Qué le ha pasado a fulano?». Y el otro dice: «Está en el 34», refiriéndose al bloque de celdas. «Le han pillado en un 211». (Números para todo; como cuando se capta una radio de la policía). «Le han pillado en un 211, pero a lo mejor le cargan sólo un 213 y le caen de tres a cinco, uno y medio con buena conducta».

»A la bofia le encanta eso. Si juegas su juego se sienten mejor. Persiguen a un tipo y lo acorralan y le apuntan con sus

pistolas y están listos para volarle la cabeza si se le ocurre moverse, pero una vez que lo tienen en chirona van a verle y le preguntan cómo está su mujer, y esperan que el tipo les conteste que bien, gracias, y luego le preguntan por los chicos, como si después de haber jugado a policías y ladrones al tipo le tuvieran que caer bien los polis que le han echado el guante. Y muchos presidiarios entran en el juego, porque no conocen otra cosa.

»Y cuando estás huyendo, también juegas su juego. Una vez estaba yo en Haight-Ashbury y oí que algo golpeaba contra la acera, a mi lado, y era un chiquillo que se había caído por la

ventana. Se arremolinó la gente alrededor, y una mujer lloraba y trataba de levantar al niño del suelo, y yo sabía que lo que tenía que hacer era acercarme y decirle que no lo moviera. Pero no lo hice. Seguí andando. Y aquella noche, en la televisión, oí que un niño se había caído por la ventana y había muerto en el hospital.

Y eso es lo que te hace el juego de los policías y los ladrones. Pero soy yo quien lo está pensando. Imaginando descifrar parábolas, miro a mi alrededor, miro las caras, y todos están mirando a Kesey y —no me cabe la menor duda— pensando: *eso es lo que te hace el juego de los policías y los*

ladrones. Y, pese al escepticismo con el que he llegado, me veo de pronto *viviendo* su experiencia de aquel momento. Estoy seguro. Siento que estoy experimentando algo que el mundo exterior, el mundo del que yo provengo, no podría comprender, y es una metáfora —la escena toda— muy antigua y vasta, mucho más vasta que...

De la luz de Harriet Street llegan dos tipos. Por su aspecto colijo que son gente enrollada. Se acercan a Kesey. Uno de ellos es joven y lleva una chaqueta de chándal y un collar de cuentas indias del que cuelga un amuleto

(es el aspecto habitual en un adepto al ácido de San Francisco). El otro, el más mayor, tiene —curiosamente— un aspecto atildado. Su pelo es negro y largo, pero lo lleva limpio y cuidado; tiene un bigote rizado, como de caballero antiguo, también limpio y cuidado; una camisa con profusión de flores, cara, bien cortada; una cazadora de cuero negra, aunque no de motorista sino de diseño más largo, y unas botas inglesas que le deben de haber costado unos 25 o 30 dólares. Al principio puede parecer un espécimen de Late North Beach, uno de esos vagabundos con guardarropa de mil dólares. Pero tiene un aire de total sinceridad. Su cara

es delgada, de facciones aceradas y ojos encendidos por el fuego de lo auténtico. Dice que se llama Gary Goldhill y que quiere entrevistar a Kesey para *The Oracle*, periódico de Haight-Ashbury, y pregunta cuándo podría hacerlo, aunque inmediatamente después se hace patente que en el bolsillo del pecho lleva algo que no puede esperar.

—El caso, Ken —dice con acento inglés, pero de clase media, un acento agradable de Midlands—, el caso es que hay mucha gente preocupada por lo que dijiste, o lo que dijeron los periódicos que dijiste, sobre «licenciarse del ácido». Hay muchísima gente pendiente de ti, Ken; eres uno de los héroes del

movimiento psicodélico. —Tiene una especie de modo inglés de Midlands de fragmentar las palabras largas en sílabas: «mo-vimien-to psi-co-dé-li-co...»—. Quieren saber qué has querido decir con eso. En Haight-Ashbury está sucediendo algo verdaderamente hermoso, Ken. Hay montones de gente que están abriendo las puertas de la mente por primera vez en su vida, pero las personas como tú tienen que ayudarles. Sólo hay dos direcciones hacia donde podemos tirar, Ken. Aislarnos en un monasterio o montar una religión, como han hecho los de la Liga para el Descubrimiento Espiritual —«Li-ga pa-ra el Des-cu-bri-mien-to Es-pi-

ri-tual»—, e instituir el ácido y la hierba como sacramentos, para que nos los legalicen y no tengamos que pasarnos el día muertos de miedo esperando la llamada a la puerta.

—Puede que sea peor tomarlos como sacramentos —dice Kesey.

—Has estado fuera casi un año, Ken —dice Goldhill—. Quizá no sepas lo que ha estado pasando en Haight-Ashbury en este tiempo. La cosa ha estado creciendo, Ken, y hay miles de personas que han encontrado algo muy hermoso; son gente abierta y amorosa, pero el miedo y la paranoia, Ken, el estar en continuo temor a la llamada a la puerta, está provocando cosas horribles.

Ese miedo es el cul-pa-ble de un montón de «malos viajes», Ken. La gente está teniendo malos viajes, Ken, porque toma ácido y de repente siente que en cualquier momento pueden llamar a la puerta. Tenemos que unirnos para protegernos. Y tú tienes que ayudarnos, Ken, y no ir contra nosotros.

Kesey alza la mirada, la aparta de Goldhill, la dirige hacia la penumbra del garaje. Luego habla con voz suave, distante, con la mirada perdida en algún punto lejano.

—Si no entendéis que os he estado ayudando con todas las fibras de mi cuerpo... Si no entendéis que todo lo que he hecho, que todo lo que tenido que

soportar...

Los vapores místicos ascienden y ascienden...

—Lo sé, Ken, pero la represión...

—Ahora estamos en un período parecido al de san Pablo y los primeros cristianos —dice Kesey—. San Pablo dijo que si te hacen la vida imposible en una ciudad te vayas a otra, y si en ésta te hacen lo mismo te vayas a otra...

—Sí, Ken, pero le estás diciendo a la gente que deje de tomar ácido, y la gente va a seguir tomándolo. Han abierto en su mente unas puertas que ni siquiera sabían que existiesen, y se ha producido algo muy hermoso, y van y leen en los periódicos que alguien a quien

admiraban y seguían les dice que dejen de tomarlo...

—Hay muchas cosas que no puedo decir en los periódicos —dice Kesey. Sus ojos siguen fijos en la lejanía, apartados de Goldhill—. Una noche en México, en Manzanillo, me tomé un ácido y tiré el / *Ching*. Lo maravilloso del / *Ching* es que jamás se anda con ternezas, que te da una bofetada cuando la necesitas.

Y aquella noche me dijo que habíamos llegado al final de algo, que ya no nos dirigíamos a ninguna parte, que era hora de buscar un nuevo rumbo. Y salí a la calle y había una tormenta eléctrica, y rayos por todas partes, y

apunté con el dedo hacia lo alto y un rayo rasgó el cielo y de pronto tuve una segunda piel, hecha de rayo, de electricidad, como si llevara un traje eléctrico, y entonces supe que estaba en nosotros el ser superhéroes, y que podíamos ser superhéroes o nada... — Bajó la mirada—. A los periódicos no podía contarles esto. ¡Cómo iba a hacerlo! No volverían a meterme en la cárcel, me meterían en el manicomio. Los vapores ascienden, ascienden...

—Pero la mayoría de la gente no está preparada para eso, Ken —dice Goldhill—. Apenas están empezando a abrir las puertas de su mente...

—Pero una vez que has entrado por

esa puerta, no puedes limitarte a entrar y volver a entrar una y otra vez... —... y necesitan que alguien les ayude a cruzar esas puertas.

—No me pidas que deje de internarme en el bosque —dice Kesey—. No me pidas que deje de ser un pionero y que vuelva aquí a ayudar a esa gente a cruzar la puerta. Si Leary quiere hacerlo, estupendo. Está bien que se haga, y alguien debe hacerlo.

Pero alguien tiene que hacer de pionero y marcar los hitos que los demás seguirán luego. —Kesey vuelve a alzar la mirada, vuelve a fijarla en la penumbra—. Uno ha de tener cierta fe en lo que está intentando hacer. Es fácil

tener fe cuando ésta se aviene bien a lo que uno ya conoce. Tenéis que tener fe en nosotros en todo momento. Mira Gleason, por ejemplo... Gleason estuvo con nosotros este trecho. —Muestra un espacio de unos cinco centímetros entre el pulgar y el índice—. Estuvo con nosotros mientras sus fantasías coincidieron con las nuestras. Pero en cuanto fuimos un poco más allá, no entendió... y se volvió contra nosotros. No tenía... fe.

¡Falta de fe! La niebla de la bahía se convierte en vapor y silba en el interior del viejo cráneo...

¡Fe! ¡Más allá! Resulta una sensación sobremanera extraña verse

aquí sentado, rodeado de pintura fluorescente, en la pobre y sórdida Harriet Street, y caer de súbito en la cuenta de estar en el garaje de esta inverosímil exfábrica de tartas, en medio de

Tsong-Isha-pa y de la comunión sangha^[13], de Manes y de los pálidos perseguidos en la Puerta, de Zoroastro y del Maidhyoimaongha y de los cinco fieles ante Vishtapu, de Mahoma y Abu

Bekr y de los discípulos entre los farisaicos quraysíes de La Meca, de Gautama y los hermanos en el desierto, que abandonan a la familia de la sangre y los ancestros para abrazar la familia auténtica del círculo interior del

sangha: la verdadera hermandad mística, en suma, sólo que en la Norteamérica de la década de 1960, de pobre y destartalada formica y polietileno, sin un mísero grano de arena del desierto ni una brizna de hoja de palma ni un bocado de maná del desierto ni de árbol del pan al alcance de la mano, recibiendo vibraciones de cintas Ampex y de un martillo malabarista de Williams Lok-Hed, tragando matemáticas drogas de laboratorio, LSD-25, IT-290, DMT, en lugar de la védica agua de soma, viajando... enfundados en monos de aeropuerto con la bandera norteamericana y en un autobús escolar International Harvester

—¡sí, cierto!— en medio de montones y montones de rutilantes zapatos negros y de cabezas de malvavisco...

IV. ¿QUÉ LE PARECE MI BUDA?

La fantasía del momento... Ahora, al anochecer, la mayoría de los Alegres Bromistas se han ido del Almacén, se han ido a tomar una ducha en el apartamento de Gut, un ex Ángel del Infierno que tiene una tienda psicodélica

llamada Joint Ventures^[14], o a cualquier otra parte... En el Almacén sólo quedan Kesey y un par de tipos más. Kesey está de pie en la penumbra de la Central de Control, a un lado, entre las cintas y las latas de películas etiquetadas con bandas adhesivas y los cuadernos y los micrófonos y los cables y los rollos y los amplificadores y los altavoces. Los Archivos de los Bromistas..., y una cinta zumba con voz misteriosa, llena de un sortilegio de Ouija:

«... el venturoso contragolpe... un mensaje nuevo e importante...».

Un mensaje nuevo e importante... La fantasía del momento... Fantasía es una palabra que Kesey ha empezado a

utilizar cada vez más, para todo tipo de planes, de empresas, de visiones del mundo, de ambiciones. Es una buena palabra. Es irónica y no lo es. Puede referirse a cualquier cosa, desde conseguir una furgoneta —«es nuestra fantasía para el fin de semana»— hasta cualquier otro temible afán situado casi en el mismísimo límite..., como la fantasía actual, del momento, que de algún modo va a explicarse en la Licenciatura de la Prueba del Ácido. ¿Pero cómo explicarla? Kesey revuelve entre las latas de películas, entre los variados... Archivos... La verdad es que nunca ha sido posible..., bueno, salir sin más a la palestra y *anunciar* la

fantasía del momento; ni tampoco lo fue en tiempos pasados, cuando parecía tan sencillo hacerlo. Bien, pensemos por ejemplo en Goldhill, que acaba de estar aquí con la verdad en la mirada. Él llegaría a estar más cerca que la mayoría. Kesey lo había podido ver. Goldhill era un hombre abierto... y estaba *maduro*. Tiene su propia fantasía, la Liga para el Des-cu-bri-mien-to Es-pi-ri-tual, y sin embargo pertenece a una especie rara y hasta estaría dispuesto a integrarse en la fantasía de *los demás*, a asociar la suya a la de los Bromistas. Y eso exige ser una *rara avis*. Porque siempre llegará el momento en que habrá que llevar el «circo» de los

Bromistas más y más lejos, hacia la Ciudad Límite. Y es en ese punto donde surgen siempre almas buenas que se horrorizan y dicen: «¡Eh, esperad!». Como Ralph Gleason y su columna en el *Chronicle* y su propia camarilla de gente *hip*. Gleason es una de esas almas buenas... Kesey las recuerda a todas ellas, gentes que pensaban que era un tipo fantástico mientras su fantasía coincidía con la de ellos. Pero siempre que iba un poco más allá —y Kesey siempre iba un poco más allá— se sentían confusos y resentidos... La cinta sigue sonando:

«... el venturoso contragolpe... a través del trabajo duro y la cópula... la

sangre que había para él en la cópula... nos hizo creer que iba a estar veinte años en el candelero...».

¡Sólo los tipos con mucha suerte y los Alegres Bromistas son capaces de entender este gorjeo supersónico!... muy probablemente...

«... el venturoso contragolpe...».

... la fantasía del momento... Ni siquiera tiempo atrás, en Perry Lane, donde todo el mundo era joven e intelectual y analítico, y el cielo —se suponía— era el límite, le era posible ir hasta la gente y decir abiertamente: «Eh, venid un poco más cerca, amigos...». La gente tenía su propia fantasía en relación con él: lo consideraba un «diamante en

bruto». ¡Estupendo! No estaba mal ser un diamante en bruto. En 1958 había ido a la Universidad de Stanford con una beca para estudiar escritura creativa, y lo habían acogido en Perry Lane porque se trataba de un soberbio diamante en bruto. Perry Lane era el barrio bohemio de Stanford. En cuestión de bohemia, Perry Lane era Arcadia, una Arcadia situada justo enfrente del campo de golf de Stanford. Era un grupo de casitas — de madera gastada, de dos habitaciones — situado en un bosque de robles, rodeado no sólo por árboles y follaje sino por enredaderas y zarcillos de madreselva, todo brotes y renuevos y trepadoras y gorjeos dignos de lo mejor

de Arthur Rackham y *Honey Bear*. Y no sólo eso: era un lugar con gran prestigio cultural. Thorstein Veblen había vivido allí. Y también dos premios Nobel de los que todo el mundo había oído hablar pero cuyos nombres nadie recordaba. Las casitas costaban 60 dólares al mes. Ir a vivir a Perry Lane era como entrar en un club. Quienquiera que viviera allí conocía a alguien que había vivido allí, porque si no jamás habría logrado vivir allí; y, naturalmente, todo el mundo llegaba a conocerse bien y había siempre un ambiente de vida comunal. Ninguna puerta se cerraba nunca en Perry Lane, salvo —claro está— cuando se daba una pelea o un enfado.

Una delicia. Perry Lane era la bohemia típica de los años cincuenta. La gente se sentaba a hablar y sacudía la cabeza ante la civilización pragmática, de confortables casas y urbanizaciones de Norteamérica, porque, qué diablos, en Europa qué pasaba si no funcionaba la fontanería de una casa, en Europa eran maestros en el arte de vivir. De cuando en cuando alguien sugería una orgía o una borrachera de tres días, pero el modelo era siempre el viejo romanticismo de sandalias y simplicidad y vuelta-a-los-primeros-principios de Zorba el griego. Y se desplazaban cuarenta kilómetros al norte en periódicos peregrinajes a North Beach,

a comprobar con sus propios ojos cómo se llevaba a la práctica todo aquello.

Las personalidades más preeminentes de Perry Lane eran dos novelistas: Robin White, que acababa de escribir la novela ganadora del Harper Prize, *Elephant Hill*, y Gwen Davis, una suerte de Dawn Powell de la Costa Oeste. En cualquier caso, no había morador de Perry Lane que no «viniera venir» a Kesey desde un kilómetro de distancia.

Llevaba grabado en su persona el aire de Jack London, de Martin Edén, del rústico que busca, del patán con inquietudes intelectuales. Era de Oregón (¿quién diablos es de Oregón?), y tenía

el hablar cansino del Oregón rural y una profusión de músculos y de callos en las manos y la frente surcada de arrugas cuando se abismaba en sus pensamientos... ¿No era perfecto?

White tomó a Kesey a su cuidado y le consiguió —a él y a su mujer Faye— una casita en Perry Lane. A la gente de la comunidad le gustó enseguida la idea. Siempre se podía contar con él para hacer cosas *perfectas*. Como cuando estaban todos cenando —se organizaban muchas cenas comunales— y cierto invitado ajeno al círculo peroraba sobre la inefable exquisitez de la obra de James Baldwin, y Kesey, sin dejar de comer, trataba de terciar en su discurso

diciendo que bueno, ñam-ñam, no sé, no estoy muy de acuerdo con usted en eso..., y el tipo dejó el cuchillo y el tenedor con mucho cuidado y se volvió a Kesey y le dijo:

—Me encantará oír lo que el señor Kesey tenga que decir al respecto tan pronto como aprenda a comer del plato sin sujetar la carne con el dedo gordo.

¡Perfecto! En el instituto de Springfield, Oregón, le habían nombrado condiscípulo «con mayores posibilidades de triunfar», y se había licenciado en la Universidad de Oregón, donde participó muy activamente en los deportes y las fraternidades: el joven norteamericano prototípico, en suma.

Había destacado como luchador en la categoría de los 80 kilos, y como actor principal en el teatro de la facultad. Incluso se había trasladado a Los Ángeles al terminar sus estudios y se había pasado un tiempo llamando a las puertas de Hollywood con idea de convertirse en astro de la pantalla. Pero el apremiante impulso de escribir, de crear, había aflorado como un brote inexplicable e imperioso a través de su espesa costra de buen chico-típico norteamericano, y se había puesto a escribir (llegó incluso a terminar una novela sobre el mundo del atletismo universitario, *End of Autumn*, que no fue publicada ni probablemente se publique

nunca, pero que respondió a su anhelo de escribir sobre aquel mundo). También su pasado familiar era... fantástico. El grupo de Perry Lane había llegado al convencimiento de que sus familiares eran inmigrantes de Oklahoma que habían abandonado sus lares secos y desérticos durante la Gran Depresión, y se habían establecido en Oregón, en las tierras salvajes y empapadas de Oregón, donde habían trabajado duro y matado osos y donde los ríos eran rápidos y los salmones hacían saltar destellos de plata en las aguas primaverales de sus grandes cauces.

Su mujer Faye venía de un origen

similar, aunque procedía de Idaho, y habían sido novios en secundaria en Springfield, Oregón, y se habían fugado y casado en el primer año de universidad. En cierta ocasión habían hecho una apuesta sobre cuál de los dos había nacido en el medio más desvalido y mísero, el de él en La Junta o el de ella en Idaho. Él estaba seguro de que La Junta no tenía rival hasta que llegaron a Idaho, donde a ella no le cupo la menor duda de ser la ganadora de la apuesta. Faye hablaba aún más suavemente que Kesey. De hecho apenas hablaba. Era muy guapa y extremadamente dulce..., como una madona de la región de las colinas. Y su

casita de Perry Lane..., bueno, todas las casitas de Perry Lane hacían gala de una cuidada bohemia, de una *simplicidad* de esféricas lámparas japonesas de papel y telas de algodón crudo y alfombras claras de paja y cubertería de acero inoxidable sueco y ramos de aciano en tiestos modelados a mano. Pero la de ellos era una genuina morada de «renta limitada». Siempre había alguna lavadora rota oxidándose en el porche trasero, y ortigas y zarzas y malas hierbas invadiendo la parte de atrás de la casa. Era algo... *perfecto*... el tenerles allí a los dos, a mano, *aprendiendo*, mientras ellos, los sofisticados moradores de Perry Lane,

hablaban del arte y de la vida.

¡Maravilloso! ...la fantasía del momento... Pero ¿cómo explicárselo a aquella gente? ¿Cómo hablarles de todos esos pequeños arcanos como el Capitán Marvel y el *Flash*... y la *Vida*... y los mismísimos *Supermuchachos*...

«... un mensaje nuevo e importante... el venturoso contragolpe...»

... cuando tenían de él una imagen tan amable y nítida: el rudo hijo de la tierra del Oeste, recién llegado de Springfield, Oregón? Bien es verdad que su padre, Fred Kesey, les había iniciado

a él y a su hermano menor, Joe, conocido como Chuck, en los secretos de la caza y de la pesca y de la natación desde su más tierna infancia, y luego en el boxeo, las carreras, la lucha, el aventurarse por los rápidos del Willamette y el McKenzie en balsas de cámaras de neumático, con enormes masas de agua y rocas y remolinos espumando letalmente bajo sus pies. Pero no para que aprendieran a domar animales, bosques, ríos..., el encrespado y salvaje y convulso Oregón, sino para prepararles para proseguir la senda de grandes logros que él, su padre, había ya iniciado en la vida: ser capaces de reivindicar aquello

que pudieran conseguir por el hecho de ser lo bastante hombres para tomarlo (en la vida, no en la inhóspita frontera...). Kelsey padre había participado en la emigración del Suroeste de 1940, no de gentes de Oklahoma sino de comerciantes protestantes que volvieron la mirada hacia la Costa Oeste, la tierra de promisión para los negocios. Empezó en el valle de Willamette prácticamente de la nada. Creó una cooperativa comercial de granjeros lecheros, la Eugene Farmers Cooperative, y la convirtió en la mayor empresa lechera de la zona, que comercializaba sus productos con el nombre de Darigold. Fue uno de los empresarios de más éxito

de la posguerra en el valle, y no acabó en un vieja casona de campo de madera con pararrayos sino en una casa moderna de un barrio residencial, baja y de color pastel, sita en una calle llamada Debra Lane. ¡El increíble éxodo electropastel de la posguerra norteamericana hacia los barrios residenciales de las afueras! Una oleada que arrasó el valle, llenándolo de superautopistas, coches de fábula, centros comerciales, enhiestas superesculturas eléctricas de la Federal Sign & Signal Company de diez metros de altura; una oleada de libertad y movilidad, de automóviles y dinero para pagarlos y tiempo libre para disfrutarlos

y mansiones donde holgazanear junto a piscinas de tonos pálidos y motoras con las que atronar el país de las maravillas de la tecnología y —en el caso de hombres como su padre— aviones privados... Había cosas de su viejo rincón natal que Kesey de pronto recordaba; por ejemplo, la vieja casa de tablillas blancas en que vivían, y detrás de ella, a cierta distancia, la torreta de la emisora de radio KORE, con la luz roja parpadeando arriba. Por la noche solía arrodillarse para rezar y veía el firmamento y el parpadeo de aquella luz... (siempre pensó que en cierto modo sus rezos iban dirigidos a la luz roja de la torreta). La vieja carretera

describía una curva en aquel punto, y siempre parecía haber alguien pasando por allí a las tres o cuatro de la madrugada, medio dormido, alguien que al ver las luces de la población a lo lejos —en las zonas en que seguía construyéndose— y pensar que el asfalto le conduciría directamente a ella, se salía de la curva y Kesey y su padre acudían en su ayuda para sacarlo del barro... (¡unos persiguiendo las luces de las calles; él rezando a la baliza roja de la radio!). Un pequeño altercado en Gregg's Drive-In, como entonces se llamaba —ahora es Speck's—, en Franklin Boulevard, en el puente sobre el río. Era el gran *drive-in*^[15] de sus

tiempos de secundaria, con un enorme letrero aerodinámico en tono pastel y unas estilizadas letras cursivas que rezaban: *A 22*, y focos y bandejas que se acoplaban a las ventanillas de los coches y camareras en pantalones holgados azules y hamburguesas envueltas en papel encerado humeando con su cebolla aplastada y frita en la plancha y los cilindros de plástico de mostaza y *ketchup* con que se bañaba pan y carne y cebolla. Es un sábado por la noche, cuando todo el mundo sale a dar una vuelta en coche, y hay un tipo que está en el aparcamiento de Gregg's con el coche en dirección contraria, de forma que nadie puede avanzar, y cuanto

más tocan el claxon más decidido a no moverse parece el tipo, como si para él fuera una *prueba*; sube las ventanillas y echa el seguro de las puertas para que nadie pueda agarrarle, y sigue sin moverse, fastidiando a todo el mundo. El tipo aquel *contra* Kesey. Así que Kesey entra en el local y coge una patata de las usadas para hacer patatas fritas y sale y la encaja en el tubo de escape del coche del tipo, y el motor se descompone y ahí tienes, muchacho, me parece que ya no vas a ninguna parte. El tipo le acusa de averiarle el motor y Kesey acaba ante un tribunal de menores, donde intenta explicar al juez cómo es un sábado por la noche en el

drive-in de Gregg's: la Vida, aquella *sensibilidad*, La Vida, el mundo de los *drive-in* de los quinceañeros norteamericanos de finales de los cuarenta y principios de los cincuenta era *precisamente* la esencia de la vida..., pero ¿cómo explicar todo esto a quienquiera que sea? ¡Pues claro que sí! Aquella *sensibilidad*... Allí fuera, de noche, libre, con el motor en marcha y la adrenalina fluyendo en su interior, al volante de su coche por las glorias de neón de la nueva noche norteamericana... Era el mismísimo paraíso el pertenecer a la primera ola de los chicos más extraordinarios de la historia del mundo: apenas quince o

dieciséis o diecisiete años, vestidos *haute couture* con camisas Oxford de color rosa, pantalones de última moda, cinturones serpentinos, zapatos de cordones..., con potencias de 6 cilindros en línea o de 8 en V bajo los pies y todo el encanto del neón arriba, que de alguna forma casaba bien con las proezas tecnológicas de los aviones a reacción, la TV, los submarinos atómicos, los ultrasonidos... ¡Y los barrios residenciales de la Norteamérica de la posguerra: glorioso mundo! Y al diablo con los intelectuales de lengua de víbora que denigraban la civilización pragmática norteamericana... Ellos no podían saber

lo que era aquello, porque de otro modo habrían cultivado ellos también... aquella *sensibilidad*, ¡el ser auténticos supermuchachos!, el integrar la primera generación mundial de pequeños demonios: sentirse inmunes, más allá de la calamidad. Sus padres recordaban el penoso orden habitual —Guerra y Depresión económica—, pero los supermuchachos conocían tan sólo la oleada emocional de la gran recompensa, cuando nada era ya «habitual» o conocido. ¡La Vida! ¡Un lugar glorioso, una edad gloriosa, puedes creerme! Un verdadero Renacimiento de Neón. Y los mitos de estos supermuchachos no eran Hércules,

Orfeo, Ulises y Eneas, sino Supermán, el Capitán Marvel, Batman, la Antorcha Humana, el Submarinista, el Capitán América, el Hombre de Plástico, el *Flash*... ¡Cómo no! ¿En Perry Lane qué pensaban —lo tomarían como algo pintoresco— cuando él decía que estos superhéroes de los cómics eran los honrados mitos norteamericanos? Se trataba *ya* de un mundo de fantasía, aquel mundo electropastel de mamá-papá-hermanito-hermanita en su barrio residencial. Ahí van, en el coche familiar, un sedán blanco Pontiac Bonneville, *¡el coche de la familia!*, una criatura de fantasía, enorme y descabellada, terriblemente potente —

327 caballos—, como veintisiete seductoras noches de lujo lúbrico de berlina, *ya estás ahí, en Fantasilandia*, así que por qué no dejas ese confortable puerto, esa acolchada cama de tu punto muerto y te liberas..., te lanzas hacia adelante y dices: «¡*Shazam!*»^[16], convirtiendo las cosas en lo que ya anhelaban ser: una potencia de 327.000 caballos, una superautopista larga y aérea y rugiente en dirección a... la Ciudad Límite, y a las fantasías últimas, presentes y futuras... Billy Batson dijo *¡Shazam!*, y se convirtió en el Capitán Marvel. Jay Garrick inhaló un gas experimental en el laboratorio y...

... y empezó a viajar y a pensar a la velocidad de la luz como... el *Flash*..., la fantasía del momento. Sí. La fantasía de diamante en bruto de Kesey no duró demasiado. La persona más interesante a sus ojos en Perry Lane no era ninguno de los novelistas o intelectuales de la literatura, sino un joven licenciado en Psicología llamado Vic Lovell. Lovell era como un joven psicoanalista vienes, o al menos una versión universitario-californiana de tal espécimen. Era un tipo delgado, de pelo negro y revuelto, intelectualmente muy frío y apasionado a un tiempo. Introdujo a Kesey en la psicología freudiana. Kesey jamás se

había topado con un sistema de pensamiento semejante. Lovell podía poner de relieve, de forma harto persuasiva, cómo los rasgos mundanos de carácter y los pequeños conflictos de Perry Lane encajaban a la perfección en la metáfora más rica y compleja de la vida jamás formulada, es decir, la de Freud... Y un pequeño gas experimental... Sí. Lovell le habló de ciertos experimentos que se estaban llevando a cabo en el Veterans Hospital de Menlo Park en el campo de las drogas «psicomiméticas», sustancias que producían estados transitorios similares a las psicosis. Pagaban 75 dólares al día a quien se prestaba a tales

experiencias. Kesey se presentó voluntario. Todo era maravillosamente aséptico e immaculado. Le pusieron en la cama de una habitación blanca y le dieron una serie de cápsulas sin decirle lo que era cada una. Una no contendría nada, sería un placebo. Otra sería Ditrán, que siempre daba lugar a terribles experiencias. Kesey detectaba siempre esta última, porque los pelos de la manta que le cubría se convertían de pronto en una capa de púas ominosamente infectas, y se metía el dedo en la garganta para vomitar. Pero una de las cápsulas..., lo primero que supo de ella fue que fuera, en un árbol del jardín, una ardilla dejó caer una

bellota que, en lugar de llegar a tierra sin ruido, produjo un tremendo estruendo, y no en el exterior sino allí mismo, en el cuarto, y sin ser exactamente un ruido sino una enorme y envolvente presencia, visual, casi táctil, un gran impacto de... *azul*... a su alrededor, y de repente se encontró en un universo de conciencia que jamás habría soñado habitar, y no se trataba de un sueño o un delirio sino de parte integrante de su conciencia de vigilia. Mira hacia el techo y el techo empieza a moverse. Pánico..., pero tampoco es pánico. El techo se está moviendo no en un enloquecido torbellino, sino siguiendo sus planos de luz y sombra y

superficie, pero una superficie no tan suave y agradable como la planeó el maestro superenlucidor con la infalible burbuja de su nivel de artesano resbalando dentro del tubo de oscuro líquido-jarabe Karo, no tan perfecta y a prueba de todo como pensabas, muchacho, sino con pequeñas prominencias y ondulaciones allá en lo alto, muchacho, y líneas, líneas como espinazos sobre crestas de olas de blanca arena de desierto cinematográfico, todas con planos largos Metro-Goldwyn-Mayer del ominoso beduino que asoma en la ola próxima, pues sólo el siniestro sarraceno puede ver el camino y tú no sabías, enlucidor,

cuántas tramas secundarias dejabas allá arriba cuando tratabas de alisarlo todo, *todo*, con la burbuja de tu nivel de artesano, para que todos los que miráramos desde aquí abajo no viéramos más que techo, porque todos conocemos lo que es un techo, porque tiene un *nombre*: techo, y por lo tanto no es más que un techo, y no hay lugar para beduinos allí arriba en la Tierra del Nivel, ¿eh, Maestro Enlucidor? De pronto Kesey es como una pelota de *ping-pong* en una riada de estímulos sensoriales, de latidos del corazón, de fluir sanguíneo, de suspiros, de rechinar de dientes, de movimientos de manos sobre el percal de la sábana, sobre los

miles de minúsculos y erizados entramados como de broza ardiendo, fulgor de sol y realce de luz en una barra de acero inoxidable, toda una pequeña película que puede verse desarrollándose en tal realce de luz, ya en Hondo, ya en Technicolor, que pueden seleccionarse como si se pescaran bolas de goma de neón con una pala mecánica en la Galería de las Sorpresas, una pelota de *ping-pong* en una riada de estímulos sensoriales, todos ellos comunes y corrientes, pero... que se *revelan* por vez primera y que tienen lugar... *ahora*... como si por vez primera hubiera entrado en una fase de su vida y hubiera sabido exactamente

lo que les estaba sucediendo a sus sentidos en aquel preciso instante, como si con cada nuevo descubrimiento penetrara él mismo en todo aquello, fuera *uno* con todo ello, y el blanco desierto del techo se convierte en algo rico, personal, suyo, de una belleza indescriptible, como un orgasmo tras los globos oculares, y sus beduinos — beduinos tras los párpados, tras el cine de los párpados; hay espacio para ellos y para muchas cosas más en las sinapsis estroboscópicas de cinco mil millones de pensamientos por segundo—, sus héroes beduinos, con magníficos bigotes de crin doble gemela orlándoles los orificios orbiculares de las bocas...

¡Una persona! El médico vuelve a entrar en la habitación y, oh, maravilla, Kesey puede ver *dentro* del pobre gilipollas de la bata blanca. Por primera vez percibe que la parte izquierda del labio inferior del médico tiembla, pero no sólo ve el temblor, sino que además lo *entiende*; ve —¡casi físicamente!— cómo se entrecruzan las fibras de cada músculo, cómo tiran de la pobre gelatina de su labio hacia la izquierda, cómo —una a una— se repliegan en las cavernas infrarrojas de su cuerpo, a través de entrañas transistorizadas de marañas nerviosas, todas ellas en Alerta Roja, mientras los corchetes internos del muy memo tratan desesperadamente de hacer

que las hijas de perra dejen de retorcerse y se mantengan *quietas allí dentro*, «soy el médico, y tengo ante mí un espécimen humano»..., el pobre memo tiene su propia película del desierto proyectándose en su interior, sólo que cada beduino de bigote de crin supone una amenaza; si al menos el labio, la cara se le quedara nivelada, tan a nivel como la burbuja viscosa del Maestro Enlucidor le había augurado que estaría...

¡Milagroso! Por primera vez podía de verdad *ver en el interior de las personas...*

Y sí, aquella pequeña cápsula que le había resbalado dichosamente por el

gaznate era LSD.

Muy pronto llegó el momento de avanzar hacia otra fantasía, la fantasía de los facultativos clínicos de Menlo Park. La fantasía de tales clínicos consistía en que los voluntarios eran animales de laboratorio con los que tenían que lidiar objetiva, cuantitativamente. No era ningún secreto para nadie que quienes se ofrecían voluntarios para los experimentos con drogas solían ser gente inestable. Así que los médicos llegaban con sus batas blancas y sus carpetas de pinzas, les tomaban la tensión y el pulso y recogían

sus muestras de orina y les hacían resolver problemas sencillos de lógica y matemáticas, como sumar columnas de cifras, y calibrar tiempos y distancias, e incluso hablarle a un magnetófono para grabar lo que decían. Pero los médicos no podían estar más *fuera* del asunto. Ellos jamás tomaban LSD, y carecían de la más mínima comprensión de la experiencia (la cual, por otra parte, tampoco podía expresarse con palabras).

A veces se tienen ganas de pintar las cosas muy grandes... Lovell está en LSD en la clínica, y se pone a dibujar un Buda enorme en la pared (una figura que de alguna forma lo engloba todo). Entra

Bata Blanca y ni siquiera mira el dibujo; se limita a hacer las preguntas de rigor que lleva apuntadas en la carpeta de pinzas, y de pronto Lovell le interrumpe:

—¿Qué le parece mi Buda?

Bata Blanca lo mira un momento y dice:

—Tiene un aire muy femenino. Ahora veamos lo rápido que suma usted esta columna de números...

Muy femenino. Dios nos libre de los clichés que obturan estos sedicentes cerebros experimentadores como esos cierres de fuelle de las peleterías... Kesey tenía el mismo problema con sus clínicos. Uno de ellos era un joven de pelo muy corto y la cara más

inexpresiva, más lisa y blanda y sin dibujo y espantosa y nivelada por la burbuja del Maestro Enlucidor que jamás se hubiera creado, y entraba y abría los ojos como platos una sola vez como para cerciorarse de que aquel armazón muscular que veía allí tendido en la cama seguía siendo *racional*, y luego adoptaba un tono pagado de sí mismo que anegaba la habitación como el polvo de tiza de los destartalados borradores de algodón saturaba las aulas del instituto de Springfield.

—Ahora, cuando yo diga «ya», usted deja pasar el tiempo, y cuando crea que ha pasado un minuto me dice «ahora», ¿lo ha entendido?

Sí, claro que lo había entendido. Kesey estaba en LSD, y cuando volaba con el ácido su sentido del tiempo brillaba por su ausencia. Miles de pensamientos por segundo se encadenaban entre sinapsis, en fracciones de segundo, así que qué diablos era un minuto... Pero de pronto uno de los pensamientos se queda suspendido, fijo..., malicioso, delicioso... Ha recordado que, cada vez que le tomaban el pulso, su corazón latía a setenta y cinco pulsaciones por minuto, así que cuando el doctor Fog dice «ya» Kesey, astutamente, desliza un dedo y se lo pone sobre la muñeca y cuenta hasta 75, y dice:

—¡Ahora!

El doctor Smog^[17] mira su cronómetro.

—¡Asombroso! —dice, y sale de la habitación.

Tú lo has dicho, muchacho, pero como mucha otra gente no tienes ni idea del asunto.

LSD..., cómo se puede..., ahora que esas gruesas iniciales mayúsculas parlotean desde el papel cuché de todos los quioscos... Pero eso era a finales de 1959, principios de 1960, dos años enteros antes de que Mamá&Papá&Hermanito&Hermanita

oyeran las temidas letras y se pusieran a cacarear sobre el hecho de que los doctores Timothy Leary y Richard Alpert estuvieran friendo con dicha droga los sesos de sus alumnos de Harvard. Fue antes incluso de que el doctor Humphry Osmond inventara el término «psicodélico», que sería sustituido después por «psiquedélico» para despojarlo de la connotación de manicomio del prefijo «psico»... ¡LSD! Tropezar con tal sustancia había constituido todo un pequeño secreto, un gran supersecreto, en realidad..., ¡el triunfo de los conejillos de Indias! En poco tiempo *él* y Lovell habían probado todo el abanico de estas drogas: LSD,

silocibina, mescalina, peyote, IT-290 — la superanfetamina—, Ditran —el *mal viaje*—, las semillas del dondiego de día. Habían dado con un descubrimiento que los clínicos de Menlo Park nunca descubrirían. Sutil y gran ironía: se suponía que los Batas Blancas las estaban experimentando en *sus propias personas*. Los Batas Blancas, por el contrario, les habían entregado a ellos la llave misma del gran hallazgo. *Y no tenéis la menor idea, muchachos... Con estas drogas la percepción se te altera hasta el punto de hacerte mirar el mundo con ojos totalmente diferentes. Todos nosotros tenemos gran parte de nuestra mente cerrada hacia el*

*exterior. Estamos cerrados a nuestro propio mundo. Y estas drogas parecen ser la llave de las puertas que nos cierran. ¿Cuántos estaban en el increíble secreto en todo el mundo? Quizá no más de dos docenas de personas. Una de ellas era Aldous Huxley, que había tomado mescalina y escrito sobre la experiencia en *Las puertas de la percepción*, donde comparaba el cerebro a una «válvula reductora». En la percepción ordinaria, los sentidos envían una abrumadora oleada de información al cerebro, que el cerebro filtra y reduce a un mero hilillo que puede controlar y manejar a fin de sobrevivir en un mundo enormemente*

competitivo. El hombre ha llegado a ser tan racional, tan utilitario, que el hilillo en cuestión se va haciendo más y más delgado y desvaído. Le basta con él para la mera supervivencia, pero le oculta la parte más prodigiosa de sus potenciales experiencias sin que él siquiera lo sepa. *Estamos cerrados a nuestro propio mundo.* El hombre primitivo experimentó un día plenamente la rica y centelleante oleada de los sentidos. Los niños la experimentan durante unos cuantos meses; hasta que el aprendizaje «normal», el condicionamiento, cierra las puertas de ese otro mundo, generalmente para siempre. Las drogas —había afirmado Huxley— abren de

alguna forma estas antiguas puertas. Y a través de ellas el hombre moderno puede al fin despegar y redescubrir su divino derecho innato... ¡Pero todo eso no son más que *palabras*, muchacho! *Y se trata de algo que no puede expresarse con palabras.* A los Batas Blancas les gustaba expresarlo con palabras, y hablaban de *alucinaciones* y de *fenómenos disociativos*. Podían entender los cohetes visuales. Dales un buen caso de un cenicero que se convierte en una planta atrapamoscas o de películas tras los párpados o de catedrales de cristal, y podrán rumiar sobre ello, *Kluver, op. cit., p. 43...* Estupendo. *Pero ¡es que no os dais*

cuenta?: la materia visual, en LSD, no era sino el decorado. De hecho, se podía vivir la experiencia sin tener en ningún momento verdaderas alucinaciones. Lo esencial estribaba en... *la experiencia misma...*, esa indescriptible *sensación...* Indescriptible porque las palabras nunca pueden sino refrescar la memoria, y si la memoria no existe... La *experiencia* de la desaparición de la barrera entre lo subjetivo y lo objetivo, lo personal y lo impersonal, el *yo* y el *no-yo...*, ¡qué *sensación!* Uno recuerda cómo de niño vio por primera vez cómo alguien ponía un lápiz sobre una hoja de papel y empezaba a dibujar..., y la línea empezaba a crecer y se convertía en ¡una

nariz!, y no se trataba sólo de una forma trazada por el grafito en el papel sino del milagro de la creación misma..., y tus sueños confluían en aquella mágica... línea creciente, y ya no era una línea sino un *milagro*..., una *experiencia*..., y ahora que estás volando en LSD esa *sensación* vuelve, y la creación es ahora la creación de la totalidad del universo...

Entretanto, en Perry Lane, ya no tenían ante sí al Patán con Inquietudes que todos ellos conocían y amaban. Kesey, de pronto..., bueno, seguía hablando con voz suave, de acuerdo,

pero había vuelto con grandes dosis de energía vital. El grupo de Perry Lane, poco a poco, empezó a gravitar en torno a Kesey. El voluntario Kesey se había ofrendado a la ciencia en el hospital para veteranos de Menlo Park, y las drogas, de algún modo, cobraban realidad y salían de aquel centro y llegaban a Perry Lane: el LSD, la mescalina y el IT-290 principalmente. Estar *al día* en Perry Lane entrañaba ahora un elemento jamás soñado en el pasado: las drogas que hacían volar sin tino, que dinamitaban la mente. Algunas de las lumbreras de Perry Lane vieron cómo se sometía a prueba su condición de enrollados, y se puso de manifiesto

que no lo eran tanto. Robin White y Gwen Davis se pronunciaron en contra de aquel nuevo movimiento drogadicto. Muy bien, perfecto, porque Kesey ya estaba harto de ellos, y el poder estaba en sus manos. Perry Lane adoptó una especie de doble personalidad, es decir, la personalidad de Kesey. La mitad del tiempo era algo parecido a una fraternidad universitaria que se divierte, que ha salido una hermosa tarde de sábado de otoño y que, bajo la moteada sombra de los árboles y los zarcillos de madreselva, juega sobre la hierba al fútbol americano o al baloncesto. Una hora más tarde, sin embargo, Kesey y su círculo estarían tragándose algo de lo

que sólo ellos y unos pocos investigadores de la neurofarmacología de vanguardia tenían noticia en el mundo entero: las drogas del futuro, de la utopía centrífuga de los neurofarmacólogos, el advenimiento de la era de...

Bien, mierda. No creo que vaya a seguir importándonos un comino el arte de vivir de los franceses, muchachos; todo franchute tiene un poco de barriga, como dijo Henry Miller, y se acuesta cada noche con pijama con ribetes en el cuello... Lo único que tenéis que hacer, muchachos, es echar al buzón una carta dirigida al viejo Morris, en Morris Orchids, Laredo, Texas, para pedirle los

cactus de peyote necesarios para cubrir todas las desvencijadas tumbas de las viudas del pobre y plácido rincón de Palo Alto. Sí. Se dieron cuenta de que podían pedir peyote a un lugar llamado Morris Orchids, en Laredo, y uno de los nuevos juegos de Perry Lane —adiós Robin, adiós Gwen— pronto consistiría en ver quién iba hasta la estación a recoger el envío en la oficina *Railway Express*, pues la posesión de peyote —la de LSD aún no— era ya ilegal en California. Allí les esperaban aquellas enormes, condenadas cajas llenas de *género*: mil botones y raíces de peyote, 70 dólares; sólo botones, un poco más. Si te cogían, estabas listo. Porque no

había excusa posible. No existía otra razón posible para la posesión de aquellas malditas plantas fétidas que la de colocarse como posesos. Una vez recibidas, se ponían todos a cortarlas en tiras y a ponerlas a secar; les llevaba días hacerlo, y al cabo las molían hasta conseguir un polvo que encapsulaban en gelatina o cocían hasta reducirlo a una resina con la que rellenaban las cápsulas, o bien se limitaban a preparar un caldo tan horrible, tan inmundo, tan increíblemente repulsivo que era necesario tomarlo helado para anularle el sabor y ayunar un día entero para no tener nada en el estómago y poder mantener en el estómago unos cuantos

sorbos. Pero luego... a volar... Ah,
Perry Lane, Perry Lane...

Kilómetros

Kilómetros

Kilómetros

Kilómetros

Kilómetros

Kilómetros

Kilómetros

bajo los efectos de
aquella soberbia planta de Morris
Orchids, y multitud de visiones de

Caras

Caras

Caras

Caras

Caras

Caras

Caras

innúmeras caras

desfilando tras los párpados, caras que jamás habían visto antes, caras con sus pómulos espectrales, sus ojos preñados, sus carnosidades fibrosas..., y de pronto: ¡el Jefe Broom! Quién sabe por qué, pero el peyote hacía eso... Kesey empieza a visionar, detrás de los párpados, películas de caras, toda una galería de caras extrañas, caras que se agitan tras los párpados, caras que surgen de la nada. Kesey no sabe nada de indios, jamás ha conocido a ninguno,

pero de pronto ahí tiene a un indio de cuerpo entero, el Jefe Broom, la solución, la llave generatriz de la novela...

Ni siquiera había planeado escribir tal libro. Había trabajado en otro, titulado *Zoo*, sobre North Beach. Lovell le había sugerido conseguir un empleo de celador nocturno en el pabellón psiquiátrico de Menlo Park. Podría ganar algo de dinero, y como el trabajo en el pabellón durante la noche no era mucho, podría trabajar en *Zoo*. Pero Kesey se vio absorbido por la realidad del pabellón psiquiátrico. El sistema....:

si hubieran planeado deliberadamente inventar la perfecta anticura de las dolencias que aquejaban a los pacientes de aquel pabellón, no lo habrían podido hacer mejor. La consigna era mantenerlos intimidados y dóciles. Para empezar, jugaban con la debilidad que los había vuelto locos. Anonadaban a los pobres diablos con tranquilizantes, y si aun así se salían de la norma, los arrastraban hasta la «sala de electrochoques», donde les aplicaban el castigo merecido. Maravilloso...

A veces iba a trabajar en ácido. Y podía *ver en el interior de las caras*. A veces escribía, y otras dibujaba a los pacientes, y mientras las líneas del

bolígrafo trazaban morosamente en el papel los rasgos de sus caras era capaz de... el *interior* de aquellos hombres cobraba vida en los trazos, en los accidentes perfilados por el bolígrafo; era la sensación más increíble que uno pueda imaginar: la angustia y el dolor afloraban al papel, afluían a los accidentes de las caras, a los accidentes del dibujo, ahora idénticos —hechos *uno*— en todos los pacientes: negros orificios nasales de estornino, negros ojos de estornino, negros y ciegos y posesos gritos de estornino en cada una de las caras: «¡Yo! ¡Yo! ¡Yo! ¡Yo! Soy yo: ¡yo!»... ver con nitidez en su interior. (¿Cómo explicarle al mundo

todo esto? Diría que tú también estás loco). Pero luego, sin estar en ácido, seguía siendo capaz de *ver en el interior de las personas*.

La novela *Alguien voló sobre el nido del cuco* trata de un proletario llamado Randle McMurphy, un ser corpulento y sano que decide fingirse loco para eludir una corta condena que cumple en una granja penitenciaria. McMurphy piensa que en el hospital psiquiátrico del estado la vida será fácil. Llega al pabellón con sus tupidos rizos rubios rojizos asomándole por debajo de la gorra, gastando bromas e intentando pasárselo bien y animar un poco el cotarro en aquella caterva de

chiflados. Los enfermos no pueden resistirse al recién llegado, y de pronto quieren *hacer cosas*. La tirana que dirige el lugar, la Gran Enfermera, lo odia por debilitar... el Control, el Sistema. Transcurrido cierto tiempo, los enfermos empiezan a sentir inquina contra él porque les fuerza a luchar, a volver a actuar como hombres. Finalmente, la Gran Enfermera se ve abocada a emplear su carta decisiva y neutraliza a McMurphy haciendo que sea sometido a una lobotomía. Pero tal inmolación inspira la sublevación de un paciente indio, el Jefe Broom, que escapa del hospital y se cura: es decir, huye como alma que lleva el diablo

hacia la naturaleza.

El Jefe Broom. Un personaje clave. Desde el punto de vista del oficio literario, el Jefe Broom fue su gran hallazgo. De haber contado la historia a través de los ojos de McMurphy, Kesey habría tenido que terminar poniendo en boca de su corpulento luchador protagonista un montón de peroratas sobre su casera teoría de la terapia mental. Optó, en cambio, por contarla a través del indio piel roja. De este modo pudo presentar la enfermedad esquizofrénica desde la vivencia del propio esquizofrénico, el Jefe Broom, y al tiempo explicar con mayor sutileza el Método McMurphy.

¡Morris Orchids! Escribió varios pasajes del libro bajo los efectos del peyote y del LSD. Incluso consiguió, bajo cuerda, que alguien le aplicara un electrochoque, a fin de poder escribir el pasaje en el que el Jefe Broom vuelve de la sala de los electrochoques. Tras la ingestión de los botones de Laredo escribía sin parar, desafortunadamente. Y al salir de sus efectos se daba cuenta de que gran parte de lo que había escrito no era sino broza desechable. Pero ciertos trozos —como los que narran al Jefe Broom en sus brumas esquizofrénicas— entrañaban una *visión* genuina, un barrunto de lo que podríais ver, amigos míos, si lograrais abrir las puertas de la

percepción...

Nada más terminar *Alguien voló sobre el nido del cuco*, Kesey subarrendó su casita de Perry Lane y volvió a Oregón con Faye. Era junio de 1961. Se pasó el verano trabajando en la fábrica de productos lácteos de su hermano Chuck, en Springfield, para ahorrar algo de dinero. Luego él y Faye se trasladaron a una pequeña casa en Florence, Oregón, a unos ochenta kilómetros al oeste de Springfield, cerca del océano, en plena zona maderera. Allí empezó a reunir material para su segunda novela, *A veces un gran*

impulso, que trataría de una familia de leñadores. Dio en pasearse temprano por la mañana y al anochecer en los «furgones», camionetas que traían y llevaban a los campamentos a los trabajadores forestales. Por la noche solía ir a los bares frecuentados por leñadores. Se sentía lo bastante modesto socialmente como para ponerse a hablar con ellos. Al cabo de unos cuatro meses volvió con Faye a Perry Lane, donde acometería la redacción de la novela.

Alguien voló sobre el nido del cuco se publicó en febrero de 1962, y obtuvo un inmediato reconocimiento literario:

«Un impresionante logro literario» —Mark Schorer

«Un nuevo gran novelista norteamericano» —Jack Kerouac

«Vigoroso realismo poético» —*Life*

«Una asombrosa primera novela» —*The Boston Traveler*

«Una primera novela de singular valor» —*The Herald Tribune*, Nueva York

«Su narrativa es tan efectiva, su estilo tan impetuoso, su concepción de los personajes tan certera, que el lector se ve arrastrado... Tiene un sólido y

gran talento, y ha escrito un sólido y gran libro» —*Saturday Review*

Y en Perry Lane... Se trataba de la confirmación de todo lo que Kesey y los demás habían estado haciendo. Como botón de muestra, ahí estaba la vieja Paranoia de la Droga, el pavor a que aquella desatada y desconocida fiebre drogadicta en la que se hallaban inmersos los condujera gradualmente... *a la ruina cerebral*. Bien, pues he ahí la respuesta: ¡el Jefe Broom!

Y McMurphy..., pues claro que sí. La fantasía del momento..., Kesey era un McMurphy que trataba de hacer que

dejaran el punto muerto, que zarparan de su cómodo puerto, que abandonaran el blando jueguito de ser falsamente osados, de estar falsamente vivos —el juego del intelectual de clase media— y comenzaran a avanzar hacia... la Ciudad Límite..., donde se pasaba miedo, sí, pero donde las personas eran seres humanos integrales. Y si eran las drogas las que abrían las puertas que hacían posible todo esto, que permitían tomar conciencia de lo que había en el interior de uno mismo, pues adelante con ellas...

Ni siquiera la gente de Perry Lane parecía percibir el calado de la nueva obra en la que estaba trabajando. *A veces un gran impulso* trataba del jefe

de un clan de leñadores, Hank Stamper, que desafía al sindicato y por tanto a la comunidad en la que vive al continuar trabajando durante una huelga. Se trataba de un libro insólito: los huelguistas eran los «malos» y el esquirol el héroe. El estilo era experimental, y en ocasiones difícil. Y la principal fuente de referencias míticas no era Sófocles ni *Sir James Frazer* sino... sí, el Capitán Marvel. Los líderes sindicales, los huelguistas, y las gentes del pueblo son las tarántulas, que formulan con alborozo el siguiente voto: «Denigraremos, nos vengaremos de todos aquellos ante quienes no somos iguales..., y “el deseo de igualdad” será

en adelante el paradigma de la virtud, ¡y alzaremos nuestro clamor contra todo aquello que encarne el poder!» Hank Stamper era, de forma absolutamente deliberada, el Capitán Marvel. Antaño conocido como... *Übermensch*^[18] La fantasía del momento...

... en Perry Lane. Es de noche, la noche en que él y Faye y los niños vuelven a Perry Lane desde Oregón. Llegan a la vieja casita y ven una extraña figura en el jardín, que sonrío y bambolea los hombros de un lado para otro y sacude las manos a izquierda y a derecha como si hubiera un tambor en alguna parte, un tambor diferente, ya entiendes, borracho como una cuba, en

realidad..., y, bueno, hola, Ken, sí, ah, bueno, no estabais por aquí, ya entiendes, doble embrague, doble embrague, y me dijeron que no te importaría, que eres generoso y no..., ejem, sí, yo también tuve un Pontiac del 47, se pegaba al asfalto como un pájaro prehistórico, ya entiendes... Sí, Neal Cassady había aparecido en la casita, como recién salido de las páginas de *En el camino*, y... ¿ahora qué viene, Jefe? Ah..., un montón de fiorituras de pintura fluorescente...

Empezaron a reunirse en Perry Lane todo tipo de personas. En la California *hip*, Perry Lane empezaba a causar un auténtico furor *underground*. Kesey,

Cassady, Larry McMurry; dos jóvenes escritores: Ed McClanahan y Bob Stone; la bailarina Chloe Scott, el pintor Roy Seburn; Cari Lehmann-Haupt, Vic Lovell... y el propio Richard Alpert. Entraba y salía de allí, continuamente, todo tipo de gente. Gente que había oído hablar de todo aquello, como los *beats* locales —aún se empleaba este término—, un grupo de chicos que vivía en una casa que llamaban el *Chateau*; un joven de pelo alborotado que se llamaba Jerry Garcia; el Vaquero Cadavérico: Page Browning. Todo el mundo se sentía atraído por el extraño y fabuloso momento que, según se decía, estaba viviendo Perry Lane... El increíble

venado con chiles, por ejemplo, que preparaba Kesey: carne de venado guisada con LSD, que uno saboreaba para acto seguido ir a tumbarse en un colchón, sobre la horcadura del gran roble que había en Perry Lane, en medio de la noche, y jugar con el despliegue de luces del cielo como quien juega con una máquina del millón... Perry Lane.

Eran muchas las almas confusas que pasaban por allí para echar una ojeada. Al principio se sentían cautivadas. Perry Lane era algo demasiado bueno para ser verdad. Era Walden Pond, sólo que sin ningún misántropo tipo Thoreau. Había, por el contrario, una comunidad de gente inteligente, muy abierta, sincera

—«sincero» era un adjetivo que todo el mundo empleaba en aquel tiempo—, que se preocupaba profundamente por los demás, que *compartía*... hasta extremos increíbles, y que se hallaba embarcada en una suerte de..., bueno, aventura vital. Dios, se les podía ver intentando palpar todo aquello para ver si era verdad, y entonces..., poco a poco, empezaban a descubrir que allí había algo que se les *escapaba*... Como la chica de aquella tarde, en la casita de alguien, cuando estaba de visita Richard Alpert (fue un año después de que Alpert empezara a trabajar con Timothy Leary). La chica había conocido a Alpert un par de años atrás, cuando éste

era un joven serio dedicado a la psicología clínica al ciento por ciento: legiones de ratas y gatos en jaulas, con las masas cerebrales, los cuerpos callosos y los quiasmas ópticos seccionados, empalmados, troceados en dados, congelados en aras del Método Científico. Ahora Alpert estaba sentado en el suelo de Perry Lane en la vieja y mansa postura del loto, disertando muy serio sobre un bebé que gateaba a tientas por la habitación. ¿A tientas? ¿A tientas? ¿Qué quieres decir con a tientas? Ese bebé es una criatura sensible de verdad... Ese bebé ve el mundo con una *totalidad* que ni tú ni yo volveremos a conocer jamás. Las puertas de su

percepción no se han cerrado todavía. Sigue experimentando el momento en que vive. La inevitable porquería venidera aún no ha embotado su corteza cerebral. Sigue viendo el mundo tal cual es, mientras henos aquí a nosotros: apenas nos ha quedado una vaga versión histórica del mundo, la que hemos fabricado con palabras y con las necesidades oficiales..., y esto y lo otro y lo de más allá... Alpert vuela y riza el rizo en divagaciones ouspenskianas dedicadas al bebé, mientras el bebé —según la chica puede constatar— se limita a zigzaguear, babear, escorarse y bambolearse por el suelo de la estancia... Pero la chica estaba

aprendiendo... que el mundo se dividía categóricamente en aquellos que habían tenido la *experiencia* y aquellos que no la habían tenido, en aquellos que habían cruzado aquella puerta y...

Extraña sensación la experimentada por aquellas almas buenas al caer en la cuenta de pronto de que allí en Perry Lane —en aquella pequeña comunidad de casitas de tejado de paja, en medio del arbolado y las madre selvas y las libélulas y las ramas y las hojas y la multitud de recoletos rincones en los que se filtraba el sol, mientras gentes laboriosas y convencionales que provenían del túnel de eucaliptos de la Universidad de Stanford transitaban a

paso lento por las calles del campo de golf situado un poco más allá...— estaba teniendo lugar un asombroso experimento que tenía que ver con la conciencia humana, un experimento que exploraba una frontera de la que ni ellos mismos ni nadie habían oído hablar jamás.

PALO ALTO, CALIFORNIA, 21 de julio de 1963. Y entonces, un buen día, llegó el fin de una época, como gustan de calificarlo los periódicos. Un promotor inmobiliario compró la mayor parte de Perry Lane; la idea era demoler las viejas casitas y construir casas

modernas, y pronto empezarían a llegar los *bulldozers*.

Los periódicos pensaron escribir sobre la última noche en Perry Lane, la vieja y noble comunidad de Perry Lane, y tenían en mente el manido cliché de siempre: el Fin de una Época. Esperaban, pues, encontrarse con un puñado de sesudos intelectuales del momento, del estilo de Thorstein Veblen, dispuestos a realizar contundentes y acerbas declaraciones sobre aquella civilización de las máquinas que devoraba su propio pasado.

Pero en lugar de ello se encontraron con una especie de *lunáticos* subidos a un árbol y tumbados sobre un colchón,

colocados como posesos, que no paraban de ofrecer a todo el mundo, a cuanto periodista o fotógrafo se acercaba a verles, cierto guisado de venado con chiles. Pero en todo aquel dislate había algo...

... y cuando llegó el momento de las declaraciones sentimentales y acerbas..., bien, pues nada de eso: aquel tipo fornido llamado Kesey sacó de su casa a rastras un piano, y el grupo entero la emprendió a hachazos con él hasta destrozarlo, y luego le prendieron fuego, refiriéndose a él como «la cosa viva más vieja de Perry Lane». Y no paraban de reír y de alborotar ante el incendio, colocados como monos, intentando

todos ellos, de un modo extraño, asir las estrellas... Iba a ser terriblemente difícil escribir para los periódicos sobre el Final de una Época sin otra cosa sobre la que basarse que aquel material tipo Olsen & Johnson^[19] facilitado por el grupo, pero se las arreglaron para volver a la redacción con la misma historia con la que habían salido, el Fin de una Época, es decir, con el cliché intacto; siempre, claro, que lograran librarse de los gritos del *venado con chiles* que les martilleaban los oídos...

... aunque tampoco habrían entendido nada, de todas formas, por mucho que alguien les hubiera explicado

qué era lo que estaba sucediendo. Kesey se había comprado una casa en La Honda, California, y había propuesto ya a una docena de los del grupo que se fueran con él, que trasladaran todo el cuadro, toda la marchita y maníaca Época a...

Versalles, a su Versalles de Renta Limitada, al otro lado de la montaña, entre los bosques, en La Honda, California. Donde —donde— la luz :::::: de los focos :::::: y el polvo de neón...

«... un mensaje nuevo e importante..., el venturoso contragolpe...».

V. POLVO DE NEÓN

Una genuina postal de Navidad,
el lugar donde vive Kesey en La
Honda. Una casa
de troncos, un arroyo de montaña, un
puentecito de madera.

A veinticinco kilómetros de Palo
Alto, más allá

de Cahill Ridge, donde la carretera

84

atraviesa una garganta de bosques de secuoyas.

¡Un bosque de secuoyas como jardín!

Una genuina postal de Navidad.

Y...

estratégica intimidad.

Ni un vecino en dos kilómetros.

La Honda vivía al estilo del Oeste.

Una colmena de papas trabajadores,
una zona urbana,

pero más allá, detrás de los bosques
de secuoyas.

Las caras de los papas trabajadores

no podían verse

desde la vieja y panorámica
carretera 84.

Sólo un par de locales del Salvaje
Oeste al pie de la carretera,

El Gran Almacén Baw's,

El Motel Hilltom, al estilo turístico
del Salvaje Oeste,

con letreros de madera castaña
mellados en los extremos,

pero pulcramente serrados, ya saben,
como sugiriendo:

el Salvaje Oeste da a todo un toque
rústico, amigos motorizados,

pero los inodoros están
higienizados,

y hay pastillas de amoníaco en cada

mingitorio.

Queremos mantener su Salvaje Oeste limpio y purificado.

¿Quién conquistó el Oeste? La antisepsia, supongo.

El filón Salvaje Oeste de La Honda parece que se debe a los pistoleros Younger Brothers.

Pero, diablos, encontraron un medio amistoso de pagar por su estancia.

Construyeron un almacén de madera, estos célebres forajidos.

Pero se trataba de los Younger Brothers, simples pistoleros.

Ahora son Kesey
y sus Alegres Portentos quienes van
carretera abajo...

... bajo la ::::: luz de ::::: los focos

:::::

A principios de 1964 no son sino un grupo muy pequeño. Por la tarde vemos a Faye, la eterna y beatífica esposa pionera, en la casa, ante la cocina, ante la máquina de coser, ante la lavadora, con los niños Shannon y Zane pegados a sus faldas. Fuera, en la cabaña de madera, cerca del río, Kesey tiene su mesa con la máquina de escribir en la que acaba de corregir *A veces un gran*

impulso, ahora de una extensión de 300.000 palabras. Está allí George Walker, un amigo de Kesey de Oregón: rubio, de veintitantos años y aspecto típicamente norteamericano, de complexión robusta, hijo de un rico promotor inmobiliario. Walker tiene lo que podríamos llamar una disposición risueña para las cosas, y siempre está diciendo «¡Demasiado!», con el más entusiasta de los tonos. Y también está Sandy Lehmann-Haupt. Sandy es el hermano menor de Cari Lehmann-Haupt, a quien Kesey había conocido en Perry Lane. Sandy es un muchacho bien parecido, de veintidós años, alto, delgado y muy nervioso. Había

conocido a Kesey tres meses atrás, el 14 de noviembre de 1963, a través de Cari, cuando Kesey fue a Nueva York para el estreno teatral de *Alguien voló sobre el nido del cuco*. Kirk Douglas interpretaba el papel de McMurphy. Sandy había dejado la Universidad de Nueva York y se había puesto a trabajar como ingeniero de sonido. Era un genio con las cintas magnetofónicas, las bandas sonoras, los sistemas de audio y demás, pero estaba pasando una mala racha. Hasta el punto de que un buen día quiso internarse en un psiquiátrico. Logró disuadirle su hermano Cari, que le llevó a ver el estreno de *Alguien voló sobre el nido del cuco*. Y allí estaba

Randle McMurphy..., y Kesey..., y Cari le pidió a Kesey que se llevara a Sandy al Oeste, a La Honda, para sacarlo del marasmo neoyorquino. Y si había algún lugar capaz de curarle del mal de Nueva York era precisamente aquel donde vivía Kesey, bajo las luces ::::: de foco ::::: de aquella cúpula enramada ::::: detrás de la casa, senda arriba, colina arriba, en el bosque de secuoyas. Sandy se topó de pronto con un fabuloso claro, algo como la bóveda de media esfera de un gran domo, algo muy cercano a lo que quiere decir la gente cuando habla de una «catedral entre los pinos» (sólo que las secuoyas eran aún más majestuosas). Aquel modo en que se filtraba el sol a

través de las hojas de las secuoyas...
Troncos y hojas parecían alzarse
centenares de metros sobre las cabezas.
Un ámbito a un tiempo soleado y fresco
siempre, como si en él hiciera a lo largo
de todo el año el perfecto día de otoño.
El sol llegaba a través de leguas de
hojas y se rompía, como en un lienzo
puntillista, en sombras moteadas y de un
tono verde oscuro, pero también en
brillante luz en el altísimo domo verde
intenso, una perpetua luz verde de foco,
de tarde verde y oro, de quietud, de paz
perpendicular, perfumada de madera,
mientras los coches que se deslizaban
por la carretera 84 añadían un neumático
y leve efecto de sonido: *shhhiii-*

ooooo..., similar a un suave viento.
¡Todo tan lleno de paz; todo tan sedante!

Sandy y Kesey y Walker salían de vez en cuando al bosque con hachas y cortaban madera para la casa. Pero eso no era lo habitual en el hogar de Kesey. Sandy pudo darse cuenta de que Kesey no era un hombre de vida al aire libre; ni alguien a quien le volviera loco la Naturaleza virgen. Era más como si tuviera una visión del bosque como fantástico decorado escénico..., en el que cada día constituiría un *happening*, una forma de arte...

Había colocado altavoces de alta

fidelidad en el tejado de la casa, así que de pronto, en medio del ozono de la gran montaña verde de Dios, irrumpe un negro lunático que sopla en un saxofón de plástico..., o sea, un disco de Ornette Coleman. El sendero que los tres leñadores siguen es un sendero un tanto extraño: hay delirantes móviles colgados de las ramas bajas y un montón de excéntricas pinturas clavadas en los troncos de los árboles; más adelante, un árbol gigantesco con la base hueca, y dentro de ella, brillando en la penumbra verde, un caballo de hojalata (la hojalata está doblada de forma que el pequeño y grotesco animal se halla inclinado, como arrodillado, en una

mala postura).

El terreno que a Kesey más le interesaba era, de hecho, el interior de la casa. Pese a estar hecha de troncos, era más una morada que una cabaña. La estancia principal tenía grandes puertaventanas (se conseguía así un efecto de ventanas con una gran vista panorámica) y vigas vistas y una gran chimenea de piedra en un extremo. Kesey tenía todo tipo de aparatos de grabación, magnetófonos, cámaras de filmación y proyectores, y Sandy añadió al equipo ciertas mejoras, como unos sofisticados sistemas de relés y algunos artilugios más. La gente de Perry Lane les visitaba a menudo (aunque ninguno

de ellos se había mudado hasta el momento a La Honda). Ed McClanahan, Bob Stone, Vic Lovell, Chloe Scott, Jane Burton, Roy Seburn. De vez en cuando llegaban desde Oregón su hermano Chuck y su primo Dale. Ambos se parecían a Kesey, pero eran de menor envergadura. Chuck era un hombre inteligente y tranquilo. Muy normal y campechano. Dale era de compleción fornida, y el más normal y convencional de los dos. Kesey estaba tratando de desarrollar diversas formas de expresión espontánea. Hacían cosas como... tenderse todos en el suelo y ponerse a hablar de esto y de aquello mientras Kesey se colocaba un

micrófono de grabación en cada manga y empezaba a pasar las manos por el aire y por encima de sus cabezas, como un hechicero ejecutando sus pases, y las voces quedaban o no grabadas a medida que los micrófonos se acercaban o alejaban. A veces el resultado era muy...

... en fin, algo así como un maldito galimatías para el oído humano. Aunque, para el receptivo intelectual estándar que hubiera oído hablar del *Armory Show* de 1913 y de Eric Satie y Edgard Várese y John Cage, habría podido sonar como... muy *avant-garde*, ya entienden... Pero de hecho, como todo lo demás allí, se trataba de algo surgido

de... *la experiencia* con LSD. Todo el *otro mundo* al que accedía la mente en LSD existía sólo en el momento presente —*ahora*—, y cualquier intento de planear, componer, orquestar, escribir un guión, etcétera, no hacía sino cerrar la mente a aquel instante único, y hacerla volver al mundo del condicionamiento y del aleccionamiento en el que el cerebro hacía la función de válvula reductora...

Así que intentaban improvisaciones aún más audaces..., como las Cintas Humanas: extendían enormes rollos de papel de carnicería sobre el suelo; cogían lápices de cera de diferentes colores y garabateaban símbolos sobre los que cada uno de ellos debía

improvisar: Sandy ponía los toques de la percusión y producía un sonido como *chii-oong-chung*, etcétera, y Kesey los punteos de guitarra, *broing broing brang*, y Jane Burton las secuencias de sílabas rítmicas, y Bob Stone la Voz en Off que contaba cosas sobre aquel fondo de Jazz Humano... Todo ello grabado en el magnetófono, y ellos volando —¿en qué?— en ácido, peyote, semillas de dondiego de día, endiabladas de tragar (millones y millones de biliosas semillas convertidas en una empapada masa vegetal que te hincha la barriga), pero ¡volando!..., o en IT-290, dexedrina, benzedrina, methedrina — ¡speed!^[20]— o en *speed* y hierba...,

porque a veces se tomaba una combinación de *speed* y hierba para... mantener la puerta LSD abierta en la mente sin tener que padecer el incontrolable tumulto que el LSD produce... Y Sandy toma LSD y la luz ::::: de foco ::::: y la mágica bóveda enramada se convierte en... *polvo de neón...*, que ahora, sin duda, son partículas puntillistas. Partículas doradas, brillantes partículas de un verde-bosque, cada una de ellas embebiéndose de luz, fulgurando y fluyendo como un mosaico electrónico, puro polvo de neón californiano. No hay palabras para describir cuan bello es este descubrimiento, cuan bello es *ver*

realmente, por primera vez en la vida, la atmósfera en la que se ha vivido durante años, y sentir que *dentro* de ti —ascendiéndote desde el corazón, desde el torso, hasta el cerebro— una fontana eléctrica... Y... ¡el IT-290! Sandy y George Walker están en el gran árbol de enfrente de la casa, a horcajadas sobre una rama, y Sandy experimenta... la intersubjetividad: sabe *exactamente* lo que Walker está pensando. No es necesario decir lo que cada dibujo es; basta con desempeñar el papel asignado a cada uno.

—Tú dibujas las telas de araña —dice Sandy—. Y yo las hojas que hay detrás de ellas.

—¡Demasiado! —dice George.

Porque, por supuesto, sabe...; todos ellos deslizándose dentro y fuera de esas combinaciones de mutua conciencia, de intersubjetividad, yendo al retrete exterior, cerca del arroyo, con la grabadora, y poniéndose a parlotear, a charlar siguiendo pautas de asociación libre, como en una conversación espontánea o incluso en un monólogo, y todos ellos, cada uno de ellos, captando palabras, símbolos, ideas, sonidos, que lanzan luego a un lado y a otro, más allá... de los muros de la lógica convencional. Uno del grupo encuentra un juego de piezas de ajedrez: figuras talladas, piezas antiguas, piezas que

alguien ha dejado a la intemperie y que se han humedecido y han acabado por deformarse y por dejar que aflore su ser real. Ésta, por ejemplo, tiene los genitales al aire, colgando, pese a llevar ropajes y una lanza...

... ¿Habéis visto a mi hija? Sostiene que la solicito. Sostiene que todo el mundo sabe que tengo un coño en el cerebro. ¡A mi edad...!

... Sí, señor, tenemos el informe. Tu hija es una putilla cachonda, pero yo soy el rey y no me queda más opción que cortarte las pelotas...

... Majestad, le pido clemencia por...

... ¿Tus pelotas?

... ¡Eso es! Y con esos tapacubos dorados que lleváis ahí...

¡Eso es! *Increíble, de hecho.* Cada uno de ellos tiene una pieza de ajedrez en la mano y se convierte en ese personaje, y se pone a parlotear según la personalidad que adivina en su pieza, y todos empiezan a pensar las mismas cosas a un tiempo. *También yo vi esas pequeñas y extrañas curvas que lleva esa pieza debajo de la mano, no más grandes que la cabeza de una pequeña tachuela, a modo de... tapacubos dorados... Estaba a punto de decirlo... Es la sensación más extraña que he sentido en mi vida...* Intersubjetividad: como si nuestras conciencias se

hubieran abierto y fluyeran juntas, y uno no tuviera más que mirar en el otro la vibración de su boca o su ojo o a la pieza trémula que tiene en la mano...

... ¿No iréis a creer a una chica con tetas eléctricas de anguila, eh, majestad?

... ¿Las tetas que ionizaron la espada del rey Arturo bajo las aguas del pantano?

... Las mismas. Tetas con miles de diminutos bonetes de succión; una chiquilla cachonda y tetuda, me temo, una menor de alto voltaje donde las haya...

... (¿cómo, ni en las más delirantes combinaciones del azar, iba a ocurrírsenos a todos al mismo tiempo la

expresión «una menor de alto voltaje»?).

Pero hay pantanos, también... No todo es ya Jardín del Edén y glorioso descubrimiento para el grupo de Perry Lane. De hecho hay pequeñas quejas en la mágica cañada. Kesey está empezando a *organizar nuestros «viajes»*. Nos da las drogas personalmente, ésta para ti, ésta para ti..., y justo cuando te tiendes y te pones a rumiar tus cosas viene y nos dice «¡vamos!, ¡vamos! ¡Todo el mundo arriba!», y organiza una caminata por el bosque...

Una vez que ha pasado todo, algunos de ellos piden a Kesey ácido y IT-290 para llevárselo a Palo Alto. Nooooo,

dice Kesey, y levanta la cabeza como si quisiera decirlo de la manera más adecuada, dado que se trata de un asunto delicado... «Creo que debéis venir aquí para tomarlo».

Luego, en el viaje de vuelta, alguien dice: Antes todos estábamos en pie de igualdad; ahora es el «viaje» de Kesey. Venimos a su casa. Tomamos su ácido. Hacemos lo que él quiere.

¿Y qué es lo que quiere? Gradual y vagamente va haciéndose patente que la fantasía de Kesey ha vuelto a avanzar, a ir incluso más lejos que la de ellos, sus viejos compañeros de Perry Lane. En cualquier caso, nadie tiene valor para seguir el plan maestro de Kesey:

mudarse todos ellos a su refugio, e instalarse en tiendas de campaña y demás: trasplantar Perry Lane a La Honda. Empezaban a mirar la morada de Kesey como una suerte de Versalles campestre, con Kesey como Rey Sol, que a sus ojos adquiere más y más talla, con su gran mandíbula recortada de perfil contra las secuoyas y las cumbres. Nunca llegaban, sin embargo, al distanciamiento abierto, ni siquiera al desencanto. Sentían inquietud, sencillamente. Intuían que Kesey continuaba su camino hacia adelante, hacia una fantasía que ellos no sabían si querían explorar.

Empezaba a aparecer por el refugio de Kesey otra gente, y ahí residía parte del problema. En el grupo de Perry Lane había quienes no sabían exactamente qué pensar de Cassady. Ahí lo teníamos ante nosotros en el Versailles de Kesey, mostrándose, mostrándose, sin camisa y sacudiendo los brazos y haciendo sobresalir los oblicuos abdominales a ambos costados como un levantador de pesas... Somos gente *hip*, apreciamos el bendito primitivismo. Pero Kesey daba a entender que había que *aprender* de Cassady, que *nos estaba hablando*. Y era cierto. Cassady quería comunión intelectual. Pero lo único que querían

los intelectuales de él era que fuera el buen salvaje, el chico de Denver, la criatura *natural* entre ellos. A veces, Cassady percibía que no lo aceptaban intelectualmente, y se retiraba a un rincón y seguía con su monólogo maníaco y murmuraba: «Está bien, me meteré en mi viaje, me embarcaré en mi propio viaje, es mi viaje, ¿lo entendéis? ...».

O Page Browning: el Vaquero Cadavérico había aprendido también la ruta de la montaña. En Perry Lane no había sido sino un personaje de Renta Baja que, haciendo un alto en su camino, aparecía de cuando en cuando. Pero ahora Kesey sugiere que se puede

aprender de Page Browning. Kesey ve algo leal, valeroso y creativo, *creativo*, bajo esa faz cadavérica y esa nuez y esa cazadora negra de motorista —vestigio de su pertenencia a los Ángeles del Infierno— y esa voz gruesa de foso Shell. De foso Shell primordial..., ¿no podría ser, después de todo, un poco de miedo de clase el de aquellos distinguidos..., intelectuales *hip*? Un poco de Ahor, como lo llamaba Arthur Koestler, de Antiguo *Honor*, ese que se remonta a la niñez, cuando el fino niño de barrio residencial iba en su bicicleta hasta la estación de servicio y allí, en la zona del foso de engrase donde se lubricaban los coches, los tipos duros,

en cuclillas, contaban chistes verdes, con ocasionales referencias clínicas a evacuaciones intestinales y ventosidades sonoras. Y, santo Dios, ¿no recordáis aquellos antebrazos con sus venas basílicas arracimadas en torno a ellos como tubos quirúrgicos, llenos de ese inalcanzable y rudo poder de clase baja, y aquellos ojos que en cualquier momento van a alzar la mirada y van a *reparar*... en nosotros, mofletudos chiquillos distinguidos? Pero Kesey adoraba este material humano de Clase Baja. Estaba dispuesto a mezclarse con él. Más tarde llegaría incluso a mezclarse con las bestias de los auténticos abismos. Ahor de los fosos

Shell, con los mismísimos Ángeles del Infierno...

De hecho sólo algunos de los nuevos visitantes que aparecían en La Honda eran originalmente de clase baja, pero el lugar se hizo mucho más llano que Perry Lane.

Uno de los viejos amigos de Kesey, Kenneth Babbs, se presentó un día en La Honda recién llegado de Vietnam, donde había pilotado helicópteros como capitán de marines. Babbs se había licenciado *cum laude* en la Universidad de Miami, donde había cursado Letras en la especialidad de Inglés. Era asimismo un gran atleta. Había luego asistido a los cursos de escritura

creativa de Stanford, donde había conocido a Kesey. Babbs era alto, fuerte, una genuina criatura rabelesiana. De vuelta de la guerra, apareció como un oso pardo grande y cordial, de atronadora carcajada cósmica. A veces, estuviera donde estuviera, llevaba su vestimenta de vuelo durante días enteros (*ven a volar conmigo...*). Y era capaz, en efecto, de realizar descabellados vuelos. Aportó a la colonia de Kesey gran parte de su nuevo estilo... Sí, introdujo la idea de las *travesuras* (de ahí los Alegres Bromistas), monumentales bromas públicas que el grupo escenificaba de cuando en cuando...

Y llegó también Mike Hagen. Hagen era un tipo que Kesey había conocido en Oregón: bien parecido, de hablar suave y buenas maneras, de buena familia y desahogada situación económica, el tipo de chico que suscita la sonrisa de papá cuando sale por primera vez con su hija quinceañera. Sí, señor, la he educado estupendamente, si se me permite decirlo. Nada de gentuza para mi niña, sólo amables y cristianos chicos que dicen «sí, señor; sí, señora» y se peinan el pelo con agua. Unos diez minutos después de su llegada, Hagen tenía montada su Choza para Follar en la parte de atrás de la casita, un cobertizo armado con viejas tablas y decorado con

retales de alfombras, un colchón con una colcha de estampado indio, velas, pequeños ornamentos centelleantes, un altavoz..., todo para solaz y comodidad de sus chicas. Oh, Dios, las Chicas de Hagen y los problemas que causaron... Completamente Desnudas, Anónimas... (Los problemas llegarían más tarde). Hagen era un embaucador bonachón pero inspirado, de modos tiernos. Tenía especial talento para el regateo, el trueque, la disputa, y era capaz de volver con el coche atestado de relucientes artilugios de grabación y filmación, de micrófonos, altavoces, amplificadores e incluso equipos de vídeo, de forma que el nivel audiovisual

del lugar empezó a mejorar considerablemente...

Un buen día, por ejemplo, un amigo de Kesey de los tiempos de Perry Lane, un escritor llamado Gurney Norman, llegó para pasar el fin de semana procedente de Fort Ord, el campamento militar, acompañado de su amigo Ron Bevirt, un teniente de infantería de veinticuatro años. Bevirt, al principio, causó a todo el mundo un profundo desagrado, porque era el prototipo del militar profesional. Era gordo y de aspecto sucio, y llevaba un pelo a cepillo de estilo militar particularmente detestable. Un tipo carente por completo de refinamiento. Pero a Bevirt le

gustaron ellos, y siguió visitándolos en fines de semana. Solía llegar con montones de comida, que gustaba de compartir con todo el mundo, y no paraba de sonreír y de reírse a carcajadas, y la gente no pudo evitar que él también acabara gustándoles. Al final dejó el ejército y se quedó en La Honda de forma permanente. Incluso empezó a adelgazar y a curtirse y el pelo le creció y se dejó melena a lo Príncipe Valiente, y se convirtió en un tipo muy aceptable y muy en... el ajo. Más tarde llegaría a ser conocido como Peleón, y su nombre verdadero caería casi en el olvido.

Y andando el tiempo, como es natural, los ciudadanos de La Honda y demás gentes empezaron a preguntarse... qué diablos estarían haciendo aquellos mentecatos. ¿Era posible explicarlo? No existía forma humana de explicarles *la experiencia*. No podía expresarse con palabras. Los ciudadanos siempre han tenido la misma fantasía, conocida como la fantasía de la patología. *Esos memos son seres patológicos*. A veces ésta era psicológica: ¿de dónde vendrán esos chicos; de hogares rotos, tal vez? Otras veces, sociológica: ¿estarán *alienados*

estos chicos?, ¿estará nuestra sociedad pudriéndose en su núcleo? Los ciudadanos no podían saber nada de la experiencia del LSD, porque esa puerta jamás se había abierto para ellos. Estar en el umbral de... ¡Dios Santo! ¿Cómo explicarles lo que era la vida allí? La juventud no había tenido nunca más que tres opciones: estudiar, conseguir un empleo o vivir en casa de sus padres. Y cuan aburridas eran las tres... comparadas con la experiencia de... del infinito..., con una vida en la que la temática no es escolástica ni burocrática sino... *Yo y Nosotros*, la gente *en sintonía* en medio de las multitudes amusicales con relucientes-zapatos-

negros, *Yo*, con mis ojos puestos en aquel *agujero* casi invisible de allá arriba, en lo alto del cielo de las secuoyas...

Una noche, Bob Stone estaba sentado en su casa de Menlo Park —aún seguía el curso de escritura creativa en Stanford— y sonó el teléfono y era Babbs, que llamaba de casa de Kesey en La Honda. Vente para aquí, le dijo, estamos a punto de hacer algo que seguro que te interesa. No, dijo Stone. No le apetecía ir; estaba algo cansado, y tardaría una hora en llegar a la montaña y otra hora en volver, y quizá algo más

de tiempo en...

—Venga, Bob —dice Babbs—. No te llevará una hora. Puedes llegar en treinta minutos.

Babbs está de un humor espléndido, y al fondo Stone oye música y voces: sí, no hay duda de que tienen algo entre manos...

—Sé perfectamente lo que se tarda —dice Stone—. Se tarda de cuarenta y cinco minutos a una hora; de noche, más bien una hora.

—¡Escucha! —dice Babbs, que se está riendo y prácticamente chilla en el teléfono—. ¡El viajero intrépido lo puede hacer en media hora! ¡El viajero intrépido puede hacerlo a la velocidad

de la luz!

Al fondo se oyen unas voces que repiten rítmicamente:

—¡El viajero intrépido! ¡El viajero intrépido!

—¡El viajero intrépido! —grita Babbs—. ¡El viajero intrépido se pone en pie y sale de casa y está aquí en un instante!

Y sigue porfiando hasta que la resistencia de su interlocutor cede y Stone coge el coche y sale hacia La Honda. Y llega. Una hora después, como él pensaba.

Y en cuanto se baja del coche enfrente de la casa empieza a oír la Gran Cantinela, que le llega del interior de la

casa y de lo alto de los bosques: es como un repique de tambores y un ulular de cuernos, y los Bromistas aúllan y salmodian:

¡El viajero intrépido!

¡El viajero intrépido!

¡El viajero intrépido!

¡El viajero intrépido!

Stone entra por las puertaventanas de la parte delantera y..., delirantes luces ocres y desvaídas, gongs, tambores, flautas, guitarras a las que se arrancan cadencias de percusión...

¡El viajero intrépido!

¡El viajero intrépido..., el viajero exhalación!

¡El viajero intrépido

que hace rectas las curvas!

¡El viajero intrépido

que hace curvas las rectas!

¡El viajero intrépido,

un rayo de luz!

¡El viajero intrépido,

un relámpago!

¡El viajero intrépido

acorta el circuito!

¡El viajero intrépido

cambia la banda a onda corta!

¡El viajero intrépido

y su pandilla de Alegres Bromistas!

¡El viajero intrépido

y su pandilla de Alegres Bromistas

emprenden viaje hacia el Este!

VI. EL AUTOBÚS

No sabría decir con seguridad a cuál de los Alegres Bromistas se le ocurrió la idea del autobús, pero en ella se adivinaba el «toque» Babbs. Era una *supertravesura*, en cualquier caso. La fantasía original, en la primavera de 1964, había consistido en que Kesey y

cuatro o cinco del grupo consiguieran una ranchera y viajaran a Nueva York para asistir a la Feria Mundial de esa ciudad. De camino podrían filmar, grabar, y una vez allí curiosear por la Feria y ver lo que pasaba. Estarían, además, en Nueva York, para la publicación de la segunda novela de Kesey, *A veces un gran impulso*, que tendría lugar a principios de julio. Tal era la fantasía original.

Entonces, alguien —¿Babbs?— vio en la prensa el anuncio de venta de un autobús escolar International Harvester de 1939. El dueño era un hombre de Menlo Park que tenía una gran casa con mucho terreno y una estupenda colección

de trajes de *tweed* y de franela y once hijos. El autobús tenía literas y bancos y una nevera y una pila para fregar los platos y armarios y estanterías y muchas otras cosas útiles para vivir en la carretera. Kesey lo compró por 1.500 dólares, a nombre de la sociedad Viajes Intrépidos.

Kesey dio la consigna y los Bromistas se pusieron manos a la obra una tarde. Empezaron a pintarlo y a cablearlo para el equipo de sonido, y abrieron un hueco en el techo y acondicionaron sobre éste una gran baca para poder sentarse al aire libre y tocar la música que les apeteciera —llevarían hasta una batería y guitarras y bajos

eléctricos y otros instrumentos— o sencillamente para viajar allí encima. Sandy se puso a trabajar en el tendido de cables, e instaló un sistema mediante el cual podrían emitir desde el interior del autobús, utilizando cintas o micrófonos, y atronar el espacio exterior a través de poderosos altavoces colocados sobre el techo. Habría también micrófonos instalados en el exterior del autobús, a fin de recoger los sonidos de la carretera y transmitirlos al interior. Y un sistema de sonido, dentro del autobús, que pondría en comunicación a unos con otros por encima del estruendo del motor y de los ruidos de la carretera. También, a través

de un mecanismo magnetofónico, se podría grabar-transmitir de forma que, por ejemplo, decías algo y segundos después, tras un intervalo variable, oías tu propia voz y podías replicar y encadenar una secuencia «voz en vivo-voz grabada». O bien podías ponerte unos auriculares y escuchar simultáneamente sonidos del exterior, a través de un oído, y del interior —tus propios sonidos— a través del otro. No iba a haber, en todo el viaje, ni un solo sonido —de fuera del autobús, de dentro del autobús, de dentro de tu propia y dichosa laringe— que no pudiera sintonizarse o integrarse en un encadenamiento sonoro.

El trabajo de pintura, entretanto — todo el mundo arrimaba el hombro en un frenesí de colores primarios, de amarillos, naranjas, azules, rojos—, era una auténtica catástrofe pictórica, salvo las partes a cargo de Roy Seburn, que eran primorosos y monomaniacos mándalas. Una catástrofe, sí, pero había que admitir lo siguiente: el resultado era terriblemente vistoso. El manifiesto, con la indicación de destino colocada delante, rezaba: «Furthur^[21]» (con dos ues).

Hicieron un viaje de prueba al norte de California, y se comprobó de

inmediato que aquel vehículo insensato con aquella gente disparatada en su interior resultaba inmejorable para suscitar la consternación y una vaga y perpleja animadversión entre los ciudadanos. Los Bromistas habían salido de su refugio y se hallaban ahora entre ellos, y esa invasión resultaba estimulante —¡fijaos cómo nos mira esa gentuza!—, e iba a causar santo terror en el país. Pero también había quien alzaba la mirada desde su pobre y laboriosa vida en cualquier ciudad, algún viejo, alguna taquimecanógrafa... que veía el autobús y sentía... gozo, o pura y simplemente envidioso asombro. En cualquiera de los casos —a juicio de los

Bromistas—, aún había esperanza para ellos; no estaban perdidos por completo. Era muy probable, también, que aquel autobús lograra alterar el normal orden de las cosas. Por ejemplo, en relación con la policía.

Una tarde, durante una excursión de prueba a través de los bosques, rumbo al norte, el autobús de los Bromistas se topó con un incipiente incendio forestal. El humo empezaba ya a ascender de entre los árboles. Todos los ocupantes del autobús habían tomado ácido y estaban muy pasados. El ácido iba en un zumo de naranja que llevaban en el frigorífico; te bebías un vaso de cartón lleno de zumo y te quedabas totalmente

pasado. Cassady conducía a toda pastilla entre los árboles en llamas, y hacía girar el volante a derecha e izquierda según el ritmo de su propio antojo, mientras el ulular de una sirena surcaba ese ritmo humano interno.

¿Una *sirena*? Un policía de tráfico, que de inmediato les parece a todos la cosa más graciosa de la historia del universo. El humo sale de los bosques y ellos navegan a través de una fronda de hojas que explotan en el cielo, pero al policía le intriga aquel maldito autobús: Les hace parar a un lado e inicia una especie de inspección de seguridad del enorme vehículo, mientras el humo va invadiendo más y más el cielo. Amigo,

la matrícula está mal puesta y no lleva la iluminación preceptiva, ese intermitente parece que va mal, y qué me dice de los frenos, veamos el freno de mano. Cassady, el conductor, se ha embarcado ya en un largo monólogo dirigido al policía, al que no para de dedicar el tratamiento de «señor»: «Bueno, sí, señor, es un freno Hammond dentado de dos válvulas, ya sabe, señor, se lo instalaron para un rodeo de camiones en Springfield, Oregón, y tuvo que ir marcha atrás por un circuito de biberones y pañales amarillos, en la culminación existencial de Oregón, hay montones de fanáticos de los retretes por allí, ya me entiende, señor, es un estado

muy puntilloso, señor, sí, señor, los frenos aguantan 28.000 libras, 28.000 libras, mire, mire aquí, señor, revisados por un empleado pura sangre de una estación de servicio Shell de Springfield, Oregón, en el invierno del 62, sus botas de caucho jamás se hielan, ya entiende, señor, frenan 28.000 libras, mire, mire...». Y entonces tira hacia atrás la palanca del freno de mano como si estuviera engranada a algo, que no lo está —está suelta y floja—, y pisa a fondo el pedal del freno y el autobús se estremece como si el freno de mano tuviera un poder de retención del demonio, pero el policía está ya fuera de combate, porque el monólogo de

Cassady le ha dejado totalmente aturdido, y además qué diablos está haciendo allí aquella... *gente*. Para entonces los viajeros están ya fuera del autobús, revolcándose sobre la hierba mustia que hay al lado del arcén, riendo a carcajadas, riendo con risitas tontas, alborotando, colgados de lo más alto del cielo por el ácido, porque, amigo, los bosques están ardiendo, el mundo entero está ardiendo, y un monólogo de Cassady sobre la seguridad automovilística le está emergiendo desde la garganta como el humo de un perrito caliente, como si el gran dios *speed* le estuviera friendo las entrañas, y el poli, representante del pueblo de

California en esta situación absolutamente delirante, está pendiente de un freno de mano que, para empezar, no existe. Lo único que puede ver este policía es un hatajo de chiflados vestidos con chillones ropajes anaranjados y verdes, con caretas; chicos y chicas, hombres y mujeres, doce o catorce en total, tumbados en la hierba y emitiendo sonidos monstruosos y dementes..., Dios Todopoderoso, por qué diablos tiene él que vérselas con esa gente... Así que se da media vuelta y dice:

—¿Qué son ustedes, eh...? ¿Gente del espectáculo?

—Eso mismo, agente —dice Kesey

—. Somos gente del espectáculo. Las cosas no nos han ido muy bien, se lo aseguro, y tampoco nos irán mejor en el futuro, pero esta profesión es así...

—Bien —dice el policía—, arreglen todo eso y... —Empieza a retroceder hacia su coche y lanza una última mirada a aquellos chiflados—... Y mucho cuidado la próxima vez...

Y arranca y desaparece.

¡Y eso fue todo! Cómo poner una multa a un puñado de tipos que se revuelca por la hierba mustia con caretas fosforescentes —máscaras griegas, podría decirse, aunque con el *élan* de la luminiscencia—, riéndose tontamente, entonando sus salmodias con

aquellos ropajes raros, en su universo privado, mientras el dios *speed* chisporrotea como una ración de patatas fritas en las tripas de un tipo que ni siquiera para de hablar para tomar aliento. ¿Una multa? Los Bromistas se sentían más inmunes que nunca. Ya no existía razón alguna para permanecer aislados mientras los ojos como huevos de La Honda destilaban bilis. Podrían atravesar la faz de Norteamérica causando perplejidad en la mente de sus gentes... Pero se trataba de una euforia momentánea, y el autobús tenía que partir, y todo aquel hervor fabulador de los Bromistas volvería a asentarse en el puchero de su sesera.

Así pues, aquel autobús de El Bosco partió del refugio de Kesey con un letrero de destino en la parte delantera que rezaba «Furthur» y otro en la parte posterior que rezaba «Precaución: carga extraña». Extraña carga, ciertamente, pero había euforia a bordo, y el autobús surcaba a toda máquina el cálido sol de aquel julio californiano, carretera adelante, y todo lo que habían estado preparando en el refugio de Kesey se hallaba a bordo rumbo a *furthur*. Además, los porros circulaban de mano en mano y era maravilloso viajar e ir tan colgados por los caminos de

Norteamérica. Cassady se había puesto al volante, y con él iban Kesey, Babbs, Page Browning, George Walker, Sandy, Jane Burton, Mike Hagen, Peleón, Chuck —el hermano de Kesey— y su primo Dale, un tipo a quien llamaban Hermano John y tres recién llegados que se habían unido a ellos para el viaje o que simplemente querían ir a Nueva York.

Uno de ellos era un chico joven, bastante agraciado —tenía cierto parecido con el joven y delgado Michael Caine de *Zulú*—, que se llamaba Steve Lambrecht. Era cuñado del abogado de Kesey, Paul Robertson, y quería ir a Nueva York para ver a una chica llamada Kathy. Otra era una chica

rellenita, llena de entusiasmo, muy atractiva, que se llamaba Paula Sundsten. Kesey se enteró de que era de Oregón. Otra era una chica que Hagen, el de la Choza para Follar, se había ligado en San Francisco, en North Beach. Era totalmente distinta a Paula Sundsten. Delgada, de pelo largo y oscuro, se sumía en momentos melancólicos y callados y al momento siguiente se mostraba nerviosa y testaruda; y era guapa y tenía aire de vampiresa de televisión.

Para cuando llegaron a San José, a apenas cuarenta y cinco kilómetros del punto de partida, se había creado ya gran parte de la atmósfera que habría de

predominar durante el viaje. Anochecía ya y muchos de los viajeros volaban por las alturas cuando aconteció que el autobús tuvo una avería. Se detuvieron en una gasolinera, e instantes después uno de los empleados tiene la nariz debajo del capó y echa una ojeada al motor, mientras Cassady pisa el acelerador y las luces fluorescentes de los letreros de la gasolinera levantan caprichosas salpicaduras fosforescentes en el autobús y los faros de los coches pasan por la autopista, y Cassady pisa un poco más el acelerador, y del interior del autobús —a través de los altavoces o simplemente por las ventanillas— salen unos extraños gemidos. Paula

Sundsten ha cogido un micrófono conectado al artilugio del «intervalo variable» y ha descubierto que con él puede emitir extraños, rientes, espectrales sonidos, y gime como un aparecido y grita: «¿Qué tal vuestra estancia en... en San Jo-sé-sé-sé-sé...?», mientras el artilugio del intervalo variable recoge los sé-sé-sé-sé y los duplica, cuadruplica, octuplica... Un incesante eco que reverbera..., y simultáneamente a él una risa enigmática, ligeramente histérica, y un desesperado y leve rasgueo de mandolina que proviene de la amiga de Hagen, que está echada sobre uno de los bancos del autobús tocando la

mandolina y riéndose... de qué forma...

Fuera, otro tipo, un lugareño, se ha acercado al autobús, y el problema estriba en que el autobús no le causa impresión alguna y en que se dispone a hacer lo que todo norteamericano hace cuando el coche de alguien se avería: acercarse y emitir un diagnóstico.

Y está diciéndoles a Kesey y Cassady:

—¿Saben lo que creo que necesitan? Creo que necesitan un buen mecánico. Bien, yo no soy un buen mecánico, pero... —Y, claro está, procede a dar su diagnóstico, mientras Paula gime y crea efectos de la casa de los espectros, y la Bella Vampiresa entona aburridos

lamentos fúnebres y...

—... como digo, lo que necesitan es un buen mecánico, y yo no soy un buen mecánico, pero...

Pertenecía, ¡cómo no!, a la No-gente. Todo el maldito mundo estaba lleno de gente que se sentía obligada a decirte que no estaba cualificada para hacer tal o cual cosa, pero que se hallaba decidida a hacerla de todas formas. Kesey pensó que él era el No-capitán. Y Babbs, el No-médico. El viaje del autobús se estaba convirtiendo ya en una alegoría de la vida.

Antes de dirigirse hacia el este, a

través del país, se detuvieron en casa de Babbs, en San Juan de Capistrano, un poco más abajo de Los Ángeles. Babbs y su mujer Anita tenían una casa allí. Aparcaron el autobús en el garaje y celebraron una última reunión de comprobación antes de partir rumbo al este.

Kesey empieza a hablar con su suave acento de Oregón y todo el mundo se calla para escucharle.

—Esto es lo que espero que suceda en este viaje —dice—. Y lo que espero que continúe sucediendo, porque ya está empezando a suceder. Estamos empezando a hacer cada cual lo suyo, y vamos a seguir haciéndolo de la forma

más abierta posible, y ninguno de nosotros va a oponerse a lo que los otros hagan.

—Chorradas —dice Jane.

Esto hace callar a Kesity un momento, pero enseguida continúa:

—Es Jane —dice—. Y hace lo que debe hacer. Decir que todo son chorradas. Eso es lo suyo y eso es lo que hace. Nadie va a rechazar lo que hagan los demás. Si decir que todo son chorradas es lo propio de uno de nosotros, pues dice que todo son chorradas. Si alguien es un mandón, se pasará el viaje mangoneando a todo el mundo. Lo hará de forma franca y nadie tendrá por qué enfadarse. El mandón

podrá decir: «Siento mangonearte, pero no siento ser un mandón. Porque eso es lo que soy: un tipo que siempre está mandando a todo el mundo». Todos vamos a ser lo que somos, y seamos lo que seamos no vamos a disculparnos por ello. Lo que somos vamos a pregonarlo a lo largo de todo el viaje.

Sueltan amarras y allá van, siendo lo que son, surcando el suroeste, y todo va quedando registrado en película y en cinta. Frigorífico, cocina, fregadero, literas, mantas, ácido, *speed*, hierba..., y Hagen maneja la cámara de cine y todo el mundo con el micrófono en la mano, y

la música atronando sobre el fragor del autobús, *rock and roll*, Jimmy Smith... A Cassady jamás lo han visto tan «lanzado»; va sin camisa, con un sombrero de paja tipo tejano, botando sobre el asiento, cambiando marchas — doble embrague, doble embrague—, manipulando el volante y la caja de cambios, parloteando por el micrófono que lleva junto al asiento como un frenético guía turístico, reseñando cada coche que pasa por la carretera...

—... ahí va un peluquero cortándose el pelo a ochocientos kilómetros por hora, ya entendéis...

—¡Así que recordad estas expresiones: sacrificio, maravilloso, en

vano! —dice Babbs.

—¡Comida! ¡Comida! ¡Comida! —
dice Hagen.

—¡Saque el unguento despegador,
sargento! —dice Babbs, dirigiéndose a
Steve Lambrecht—. Lo único capaz de
despegar un porro; despega el porro de
los labios de cualquiera en un abrir y
cerrar de ojos...

... y sigue con la cantinela, porque
Steve lleva siempre un porro pegado a
la boca, y de hecho sube más alto que
mortal alguno en este mundo, y con
cualquier cosa que se le ponga a tiro, de
modo que le adjudican el apodo de el
Colgado...

—¡Un poco de unguento para el

Colgado!

Y entonces Babbs imita a Cassady:

—... por ahí viene un Cadillac con María Antonieta...

Y los altavoces gimen y la mandolina gime y la risa extraña gime, y gime-e-e-e-e el «intervalo variable», y alguien...

—¿quién?, —qué diablos, *todo el mundo* gime...

—... ¡por fin, después de tres jodidos días, empezamos a movernos!

Al segundo día de viaje llegaron a Wikieup, un antiguo oasis del Salvaje Oeste en el desierto de Arizona, en la

carretera 60. Todo era desierto pardo y gris y sol, y aquel lago que era como un inmenso y cenagoso estanque lleno de algas. El aire era magnífico. Sandy se sentía maravillosamente. Kesey convocó la segunda reunión. Iban a tomar el primer ácido del viaje y a acometer la primera filmación seria. Él y Babbs y la seductora Paula Sundsten tomarían ácido —*¡Wikieup!*—^[22] y los demás registrarían lo que pasaba: Hagen y Walker filmarían, Sandy manejaría el sonido y Ron Bevirt se ocuparía de las fotografías.

Sandy siente su primera punzada de..., ¿de qué? Siente como si... fuera a haber sólo Ácido Autorizado. Como

si... fueran a estar divididos en actores y operarios, en estrellas y gente entre bastidores. Como si... existiera entre ellos un círculo interno y un círculo externo. Y ello era ilógico, porque tanto Hagen como Walker se hallaban más cercanos a Kesey que cualquier otro de los Bromistas (si se exceptuaba a Babbs), y también hacían de «operarios», pero es así como se siente Sandy. No dice nada, sin embargo. No... a la cara, al menos.

Kesey y Babbs y Paula engullen cierta cantidad del zumo de naranja con ácido que hay en la nevera y aguardan a sentir las vibraciones. Paula se encuentra de un humor inmejorable.

Nunca ha tomado LSD, pero parece no tener ningún miedo y sentirse invulnerable y dispuesta a todo, y se toma un buen trago del zumo. Se quedan a la espera de las vibraciones..., y ahí llegan...

Babbs tiene un gran bastón y empieza a agitarlo al aire, y los tres — Babbs, Kesey y Paula— se ponen a dar patadas y a chillar y a correr hacia el lago, y Paula se zambulle y reaparece con la cabeza llena de barro y grandes tiras de algas cubiertas de limo verde, y está tan radiante que parece iluminar la faz de lago y desierto. Ha emergido eufórica...

—¡Ohhhhh! ¡Centellea!

... y se aparta con las manos las largas hilachas de pelo resbaladizo, lleno de limo, y se entrega a la sensación que la anega...

—¡Ohhhhhh! ¡Centellea!

... las gotas de agua sobre las hilachas de pelo sucio son para ella como diamantes, y todos pueden sentir a un tiempo lo que ella siente..., incluso Sandy...

—¡Ohhhhhhhh! ¡Centellea!

... ¡emerge eufórica! Eufóricamente engalanada con largas y viscosas guirnaldas de légamo del estanque; es la *freak* encenagada más feliz de todo el Oeste...

... y Babbs está eufórico por ella...

—¡Gretchen la Bella, la Reina del Cieno! —grita, mientras agita hacia el cielo su bastón.

—¡Ohhhhh! ¡Centellea!

—¡Gretchen la Bella, la Reina del Cieno!

—¡Centellea!

—¡Gretchen la Bella!

Todo es maravilloso. Todos sufren el arrebató de euforia, como en una vasta comunión *arriba*, como si de pronto hubieran tomado ácido todos ellos. Kesey se ha entregado a un jugueteo atlético, y arrebató helechos y otras cenagosas plantas del lago. Babbs y Paula —Gretchen la Bella— gesticulan en dirección al cielo. Hagen lo filma

todo febrilmente. Sandy tiene una serie de grandes cables tendidos hasta la orilla misma del lago, y graba los sonidos. Ron Bevirt no para de apretar el disparador de la cámara fotográfica. Babbs y Paula —Gretchen la Bella— y Kesey siguen zambulléndose una y otra vez en las cenagosas entrañas del lago.

—¡Volved! —empieza a gritar Hagen, cámara en mano—. ¡Estáis fuera de campo!

Pero ni Babbs ni Paula ni Kesey pueden oírle. Están girando sobre sí mismos y alejándose más y más por el paraíso de cieno...

—¡Centellea!

—¡Gretchen la Bella, la Reina del

Cieno!

Pero entretanto, contagiada por el instante, la hermosa *vamp* de Hagen se ha deslizado hasta el frigorífico y ha tomado algo de zumo con ácido, y ahora está fuera del autobús, sobre la arena del desierto, con una blusa negra de piel de serpiente y una capa negra, con el largo pelo negro descendiéndole por ella como en un cuadro prerrafaelista, y una sonrisa cósmica en su cara pálida de bruja, tendida sobre la arena y adoptando poses y recitando pareados. Está colgada por completo, pero recita en exaltados y locos pareados isabelinos:

Me parece que necesitas un
bocado de hierba,
y así todo habrá sucedido deprisa
y habrás caído a tierra entre
untuosos gritos,
¡cortejando mi corazón, volando
libremente!

... y así sucesivamente. Y gana de inmediato el loco corazón de Hagen, que enseguida se aleja del Lago de la Cenagosa Euforia y se planta ante ella con las piernas separadas, cámara en mano, mientras ella declama tendida sobre la arena, y la enfoca como si se tratara de Maria Montez en una escena de amor... Y la hermosa *vamp* ha

emprendido un viaje sin retorno...

De nuevo en el autobús, siguen viaje hacia Phoenix en la cenagosa-eufórica certidumbre de que tanto ellos como la película... —¡la Película!..., sus numerosas alegorías de la vida— llegarían a buen término. Hagen sigue con la película —no cesa ni un instante — en las brincadoras entrañas del autobús. En la Historia de la Película hubo momentos en que todo el mundo acabó exhausto. Uno de ellos fue el de su llegada a Phoenix. Tuvo lugar en medio del revuelo de las elecciones de 1964. Como se trataba de la ciudad natal

de Barry Goldwater, pusieron en el autobús una banderola con la leyenda siguiente: «Si quieren diversión, voten a Barry». Y colocaron también banderas norteamericanas, y Cassady recorrió marcha atrás la calle principal mientras Hagen filmaba y las banderas ondeaban al viento. Los ciudadanos de Phoenix sentían —según los casos— sobresalto, agravio, regocijo, perplejidad, etcétera, y se volvían y daban un respingo o intentaban mantener la compostura con miradas de soslayo, como dando a entender que no iban a dejarse impresionar por cualquier *mierda extraña*, y unos cuantos se sonreían de modo franco, como diciendo: «Soy de

los vuestros... Si pudiera ir con vosotros...».

El hecho de que todos estuvieran en *speed* o en hierba, o en cualquiera de las muchas combinaciones de estas drogas —de las que ni ellos mismos hubieran podido dar cuenta— parecía investirles de un aire de gran vida secreta. Y vivían, en efecto, una gran vida secreta. Los atónitos ciudadanos no podían ver sino las manifestaciones externas de las increíbles cosas que tenían lugar en sus cerebros. Todos los miembros del grupo eran ahora personajes de sus propias películas, de la Gran Película. Asignaban nombres a estos personajes, y utilizaban tales nombres entre ellos.

Steve Lambrecht era el Colgado. Cassady era el Velocidad Límite. Kesey era el Matasiete. Babbs era el Viajero Intrépido. Hagen, que brincaba de un lado a otro con su gran cámara, que filmaba incluso en plena marcha, era el Chapucero. Ron Bevirt, que estaba a cargo de todo el equipo —herramientas, cables, enchufes y demás—, pasó a llamarse el Peleón del Equipo, y más tarde Peleón a secas. George Walker era el Apenas Visible. Y Paula Sundsten llegó a ser..., cómo no, Gretchen la Bella, la Reina del Cieno.

¡Un cuaderno! Para cada nuevo personaje de la Película, un simple cuaderno de colegial en el que cada

personaje de la película puede escribir lo que le venga en gana, en el que todos los demás pueden escribir también si lo desean (¿cómo saber luego quién ha escrito tal o cual cosa?). Y en el de Gretchen la Bella podía leerse:

¡Enterradlos en el barro!,
gritó ella, agitándose por el
jardín
con una ramita de perejil en las
manos,
una ramita que siempre ha
llevado
asida entre las manos.

Es un asunto extraño,
un asunto cada día más extraño,

dijo ella, enrollándose un tallo
en el dedo, pues estamos siempre
húmedos

en su mano... «Naturalmente»,
dijo ella. «Las raíces son
profundas».

No fue ninguna sorpresa, pero
ella

sentía cierta curiosidad
por saber qué diablos era

ESO

Con lo cual él se quedó
muy aturdido, soltó unas risitas
para sus adentros

y tropezó con la sombra de ella
y los arrastró a los dos
a una aventura inenarrable.

Apenas una semana en la carretera y la atractiva y entusiasta y seductora Gretchen la Bella, la Reina del Cieno, Gretch, está ya *sincronizada*. Kesey, el mismísimo Matasiete, la corteja; la cuestión debería haber quedado, pues, zanjada, pero ella se ha fijado en... Babbs... (¿el que tropezó con su sombra?). ¿Mmmmmmmmm? Tantas sombras y rayos de sol del suroeste colándose a través de las ventanillas y brincando por el suelo, sobre los bancos, sobre el armazón de las literas,

brincando por encima del maldito rugido del motor, haciendo que brinquen dos pares de ojos de Gretch, dos pares de ojos de Babbs, cuatro pares de ojos de Gretch, cuatro pares de ojos de Babbs, ocho pares de ojos de Gretch, ocho pares de ojos de Babbs, que sonrían y vibran y rebotan entre sí todos ellos, y arrastrándolos a ambos a una inenarrable aventura, ya entienden... Kesey está un poco enfurruñado —el mismísimo Kesey—, pero su enfurruñamiento brinca también y se deshace en cuentas de sol del suroeste. *Un Plymouth del 46, de árbol de levas sobre las válvulas, avanza por el polvo de Utah*, dice Cassady. La puerta del

frigorífico chirría al abrirse, y glu, glu, glu, glu, este zumo de naranja con ácido está para chuparse los dedos... Hagen y su amiga la Vampiresa Negra se toman una taza cada uno, y la dulce cara de Hagen empieza a moverse en espiral, hace girar al dulce chico cristiano en el sentido de las agujas del reloj y al dulce y taimado chico de la Choza para Follar en sentido contrario al de las agujas del reloj, en un sentido y en otro, y ambos desaparecen, brincando, escalera de mano arriba, pasan por la trampilla y salen a la baca, donde, bajo el poderoso y pesado sol del suroeste y a más de cien kilómetros por hora... Instantes después Hagen vuelve a bajar por la escalera y va hasta

el frigorífico y se toma otra taza de zumo con ácido y sonrío, y el chico cristiano y el taimado chico de la Choza para Follar giran en espiral, en un sentido y en otro, y Hagen sube de nuevo hacia el exterior para...

¡CHAPUCERO!

Si tuviera 10 dólares, podríamos compartir medio pedido de Ritalin con Margo... Yo me tomo el Ritalin como si fueran aspirinas.

Ahora vayamos a hechizar a

los Brooks Brothers...

¿Impresionados?

El condenado autobús sigue brincando en la noche, y el azul plateado del suroeste se filtra en su interior no exactamente brincando sino deslizándose y penetrando en dardos, qué espanto, y los faros de los coches y las largas y caprichosas sombras de sus faros colándose y describiendo extraños meandros en el interior, sobre las literas del amor. Las literas del amor, si no te lavas bien, pueden jugártela. En una de ellas hay un saco de dormir y dentro de él se mete quienquiera que quiera «hacerlo», hacer «tus cosas», muchacho,

y a las claras, y gimiendo, y Sandy mira hacia la litera y ve a un ser humano... meneándose y subiendo y bajando dentro del saco, con los faros de los coches resbalando sobre él y el motor rugiendo..., la fabulosa litera del amor, y todo el mundo —*sincronizado*— puede ver cómo esa litera se llena de esperma, y los diminutos diablillos nadando como posesos allí dentro, en el líquido viscoso, infiltrándose en el barato y velludo relleno del saco, millones, miles de millones, billones de ellos moviéndose como flechas, arteros y diminutos flagelados, afanándose por *dar en el blanco*, como es natural, y cualquier genuina virgen de la faz de la

tierra que se metiese en ese saco de dormir para echar una cabezada después de comer se convertiría en un abrir y cerrar de ojos en un voluminoso y preñado milagro..., ¿pero es que no va a parar nunca este maldito meneo *danzarín*...?

Al ser un autobús escolar y no un autocar Greyhound^[23], las ballestas y los amortiguadores son un desastre y el chirriante y forzado motor convulsiona toda la estructura, y violentas vibraciones que no guardan sincronía con mecanismo alguno de este mundo sacuden a los ocupantes de bancos y

literas. Es casi imposible dormir y los días y las noches siguen su propio y malsano ciclo, y el sol es cegador durante toda la jornada y las caprichosas luces y sombras de los coches se cuelan malévolamente y lentamente por la noche y el ruido no cesa ni un instante. Jane Burton tiene continuas náuseas. Nadie puede dormir, y todo el mundo sigue tomando anfetaminas para mantenerse en vela, estimulantes psíquicos como el Ritalin, cualquier cosa, y siguen fumando hierba para neutralizar la maldita taquicardia que produce el *speed*, y toman ácido para hacer que la experiencia se convierta en algo diferente. Luego todo empieza a bambolearse entre sacudidas,

traqueteos, bandazos a lo largo de la autopista..., e inexplicables demoras y paradas, insoportable frustración a un lado de la carretera, en medio de ninguna parte, mientras la sensación de falta de sueño empieza a convertir cuerpo y cráneo en una cascara reseca en cuyo interior cuaja un humo agrio y grasiento, como el de un incendio en una casa de vecindad. Tienen que entrar en estaciones de servicio para ir al retrete, a orinar o defecar —mantened un ritmo regular, muchachos—..., son doce, ¿o cuántos?, ¿catorce?, ¿hemos perdido a alguien?, ¿hemos recogido a alguien?, bajándose del autobús, que para empezar tiene un aspecto de lo más

extraño, pero lo de toda esa gente rara bajándose de él es ya excesivo..., el empleado de la gasolinera y su Ayudante Número Uno se quedan mirándoles — música negra sale atronadora por los altavoces—, y toda aquella gente rara se apea del autobús, la mitad medio disfrazados, con camisas chillonas de rayas rojas y blancas, y algunos con pinturas insólitas en la cara, como de indios de cómic, con enormes círculos bajo los ojos, con ojos rojos —las narices no son exactamente azules, no lo bastante azules, pero los ojos son rojos—, y se dirigen hacia los Limpios Servicios de la gasolinera, y están ya haciendo cola ante la puerta...

—Un momento —dice el tipo—. ¿Qué es lo que van a hacer? — ¡Llenarlo!— dice Kesey, con voz suave y agradable. —Sí, señor. Éste es un autobús enorme y necesita mucha gasolina. Sí, señor.

—Digo que qué van a hacer *esos*...

—¿Ésos? Supongo que van a los lavabos. Ay, señor mío, éste es el cacharro que más gasolina traga del mundo —dice mientras hace señas a Hagen para que coja la cámara y el micrófono.

—Todos no pueden utilizar los servicios...

—Lo único que quieren es ir al retrete...

Y Kesey coge el micrófono y Hagen se pone a filmar, *brrrrrrrrrr*, pero todo con mucha naturalidad, como si, bueno, muy bien, ¿no lo estás tomando todo, hasta el más mínimo detalle de los amistosos enfrentamientos cada vez que nos paramos en la gran autopista de Norteamérica para echar una o dos meadas, o una docena?

—¡Oiga, escuche! ¡Ni hablar de utilizar los servicios! ¿Me oye? ¿Ve ese motel de allá al fondo? Pues también es nuestro, y tenemos una fosa séptica para el motel y la gasolinera, así que no me la van a desbordar con tanta gente. ¡Y quite esa cosa de delante de mi cara!

Kesey tenía el micrófono en la cara

del tipo, como si la cosa fuera para las noticias de las seis, y se lo vuelve a poner debajo de las narices, exactamente igual que en las entrevistas de la televisión, y dice:

—¿Ve ese autobús de ahí fuera? Cada vez que nos paramos para llenar el depósito nos tenemos que dejar *un buen montón* de dinero, y queremos que vaya a parar a sus bolsillos a cambio de su hospitalidad...

—Una increíble hazaña desde el punto de vista del gasto

—dice Babbs.

—Quiten esas cámaras y micrófonos fuera de mi vista —dice el tipo—. ¡No les tengo miedo!

—Eso espero —dice Kesey, con la misma voz suave y campechana—. Con la cantidad de gasolina que este cacharro se va a beber...

Fishhhhh... Las cisternas no paran de sonar, en un lado y en otro, y el ruido es un gorgoteo y un bramido que llega a través de los muros de bloques cenicientos, y al cabo parece que en el ancho y abierto país estadounidense no hay nada salvo ese ruido de Limpios Retretes y esos chiflados pintarrajeados con pinturas fluorescentes y esas cámaras y esos micrófonos que surgen de la nada, y el tipo acaba por capitular ante todo aquello. No hay modo de hacerlo encajar... *en absoluto* en su

película de Audaz Empresario Norteamericano.

—Bueno —dice—, será mejor que se den prisa o aquí vamos a tener problemas.

Se dispone a llenar el depósito mientras masculla que el país está yéndose al traste.

Pero los Bromistas no se dan prisa. Walker está en el teléfono público poniéndole una conferencia a Faye en La Honda. Babbs hace el payaso con Gretchen la Bella por la plataforma de hormigón de la estación de servicio. Jane Burton está de mal humor —el plan es llegar a Nueva York, ¿no es cierto? —, y piensa que hasta en un autobús

escolar de 1939 se podrían hacer mejor las cosas. ¿A qué diablos esperamos y esperamos y esperamos, jugando a quién sabe qué juegos con viejos carcamales en las gasolineras? Bien, como botón de muestra, ahora estamos esperando a Sandy... ¿Dónde diablos está Sandy? Pero Sandy..., bueno, Sandy lleva sin dormir días enteros y siente un deseo urgente aunque impreciso de *bajarse del autobús* —no de dormir, sólo de apearse— para... ¿qué? Antes de ::::: ¿qué? Y Sandy está allá al fondo, en el motel, inspeccionando aquel bloque electrorrosado que se alza en medio de ninguna parte, y alguien acaba por encontrarle y hacerle volver. Sandy, en

la gran película, recibe el nombre de Apéate.

—Va a haber veces —dice Kesey— en que no podremos esperar a alguien. Una de dos: o estáis en el autobús o estáis fuera del autobús. Si estáis en el autobús y en algún momento os quedáis atrás, lo volveréis a encontrar. Pero si no estáis en el autobús..., entonces qué más da.

Y a nadie le hace falta que se lo explique mejor. Todo iba haciéndose alegórico, sólo comprensible para el grupo, y en especial esto último: «O estáis en el autobús... o fuera del autobús».

La amiga de Hagen, la Hermosa Vampiresa, es una excepción. Ella no parece bajarse jamás del autobús ni para echar una meada. Va recostada en la parte de atrás del autobús, sin ropa, con una manta sobre el regazo y las piernas encogidas en una esquina, con los pequeños pechos desnudos, en silencio, con un extremado aire de bruja. ¿Está en el autobús o fuera del autobús? Le ha dado por no llevar nada encima más que la manta, e incluso se la quita cuando le viene en gana. Puede que eso sea lo suyo, que esté haciendo «su cosa» y *la esté haciendo a la perfección*, y el autobús avanza a toda velocidad rumbo

a Houston, Texas, y ella, en la gran película, se convierte en Como-vino-al-mundo, la chica desnuda que en un momento dado está completamente mustia, aunque con los ojos abiertos, mirando fijamente, y al momento siguiente se echa a reír y hace esto y lo otro y es una Como-vino-al-mundo vivaracha, y los demás tratan de no hacerle ni caso, pero ella ahora está adoptando un aire que nada tiene que ver con el hecho de no llevar nada encima, Dios, qué cosas, se está poniendo tremendamente cargante con la maldita percepción extrasensorial. Va y se acerca a alguien que no ha dicho ni pío y le mira a los ojos con la mi rada

totalizadora y omnicomprendensiva del ácido lisérgico, nuestros cerebros son un solo cerebro, así que *hablemos*, tú y yo, y le dice: «Ooooooooooh, lo *piensas* de verdad, sé lo que quieres decir, pero ¿túuuuuuuueeee eeeeeeeeeeee...?», y termina embarcándose en una risa en trémolo, como si acabara de leerte el cerebro y, bueno, es la cosa más rara de las cosas raras del universo, tu cerebro eeeeeeeeeeeeeeeeeee...

TOTALMENTE DESNUDA

en una manta negra...

tratando de encontrarse,
se despertó una mañana y

se encontró abordada por todos
lados

por HOMBRES

GRANDES

que la rodeaban y la amenazaban
con sus voces, su presencia, su
eterno

deseo que le llega hasta dentro
y la toca obscenamente y se
superpone

a su propio deseo y le hace reír
y

REÍR

con la total
ridiculez
de todo ello...

... pero nadie le negó ninguno de sus momentos, ni los de mustia y ensimismada paranoia ni los de frenética y vivaracha actividad, nadie trató de calmar aquel cerebro inflamado que ahora devolvía a Como-vino-al-mundo a las condenadas y brincadoras — ¡*quietas!*— corrientes del autobús, que palpitaba y rugía a más de cien kilómetros por hora al internarse en Texas, porque así lo había ordenado el propio Kesey allá en San Juan de Capistrano, explicando que habría de darse en ellos una reacción que cubriría toda un gama desde lo negativo a lo positivo, y que nadie debía ponerse negativo respecto a nada, que todos

debían mostrarse positivos en relación con todo —*seguir el flujo*—, y que iba a ser puesto a prueba el temple de cada cual, y que gritar No —pasara lo que pasara— era fracasar. ¿No había pasado ya el propio Kesey aquella prueba? ¿No se había llevado Babbs a Gretchen la Bella sin que Kesey les hubiera puesto mala cara a ninguno de los dos? ¿Y no estaba llamando Walker a La Honda desde las estaciones de servicio de Norteamérica? Todo muy cierto, pero «no te incomodes y sigue el flujo». Y siguieron el flujo, sí, el condenado flujo de Norteamérica. El autobús entra en las estaciones de peaje de las autopistas y los micrófonos instalados encima del

autobús registran todos los ruidos y las charlas y las palabras entre dientes de los empleados del peaje y el chirrido de los frenos y los ruidos de las cajas de cambios, todos los sonidos de la Norteamérica auténtica, esos que nadie nunca registra, y todo ello llega amplificado al interior del autobús, mientras la cámara de Hagen filma los rostros, las caras de Phoenix, los polis, los propietarios de las gasolineras, las gentes errabundas y luchadoras del país, todos trabajando en la película, y todo captado y conservado y apilándose dentro del autobús. Atraviesan los Estados Unidos a toda pastilla con los micrófonos registrándolo todo, el

bramido general, y entonces el micrófono de la baca se pone a sonar de un modo extraño, como en un violento acceso, y al poco *crrrrrrrr...*, parece rasgarse y bramar sobre el asfalto, y luego *zas*, deja de sonar por completo. El micrófono se ha soltado quién sabe cómo del techo del autobús y ha caído al firme y ha ido arrastrándose hasta desprenderse totalmente. Sandy no puede creerlo. Está esperando que alguien le diga a Cassady que pare y retroceda para recoger el micrófono del suelo, porque es un aparato que Sandy ha preparado con mucho cariño y tiempo, es su *cosa*, su parte del poder..., pero en lugar de eso todos se ponen a

bromear y a comentar el ruido que ha hecho al caerse: «¡Uauuuuuuu...! ¿Has oído...? Uauuuuuuu...», como si hubieran entrado en sintonía con algo jamás oído anteriormente, algo único, el sonido de un objeto, un micrófono, golpeando el asfalto de Norteamérica, la carretera abierta, a más de cien kilómetros por hora..., y ellos *lo tenían* grabado en cinta, y lo hacían sonar en el modo de intervalo variable: crrrrrrr... crrrrrrr...

... rrrrrrr. Como-vino-al-mundo se está poniendo más rara por momentos, primero acurrucada en la manta negra, temblando, luego como un fantasma vacilante, con sus pequeñas aréolas de

un rojo oscuro brincando por las endiabladas vibraciones... Y finalmente entran en Houston y se dirigen a casa de Larry McMurtry. Llegan a la casa, que está en las afueras, y la puerta principal se abre y sale McMurtry, un hombre delgado, un tanto pálido, de aire amable y tímido, con su hijo pequeño, y Cassady abre la puerta del autobús para que baje todo el mundo, y Como-vino-al-mundo, de pronto, se pone a gritar: «¡Frankie! ¡Frankie! ¡Frankie!» —el nombre del hijo pequeño que ha dejado atrás—, y se despoja de la manta y salta fuera del autobús y su pie toca suelo en aquel barrio residencial de Houston, Texas, completamente desnuda, y corre

hacia el hijo de McMurtry y lo coge en brazos y lo aprieta contra sus escuálidos pechos, gritando a voz en cuello: «¡Frankie! ¡Oh, Frankie! ¡Mi pequeño Frankie! ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!»), mientras McMurtry, sin la más remota idea de lo que hacer, tiende una mano indecisa hacia el hombro de la mujer desnuda y dice: «¡Oiga! ¡Oiga! ¡Oiga, un momento...!»).

Los Bromistas, entretanto, están bajando del autobús, que está parado. Descansa ya inmóvil junto al bordillo. No hay bramido de motor, ni brincos locos ni vibraciones, ni caprichosos faros de automóvil, ni cintas magnetofónicas, ni micrófonos. Sólo

Como-vino-al-mundo, con un pequeño que no es su hijo en los brazos, sigue brincando y vibrando.

Y allí, en medio de los apacibles olmos de Houston, en Quenby Road, todos caen en la cuenta de que aquella mujer ¿quién de nosotros la conoce siquiera? —ha llegado al final de su viaje. Se ha ido con el flujo. Se ha vuelto completamente loca.

VII. ÁCIDO NO AUTORIZADO

Como-vino-al-mundo. Como-vino-al-mundo. Silencio. Pero, bueno... El que éste y un par de descalabros más en la experiencia de los Bromistas tuviera algo que ver con ese babuino mentecato que es la Droga era algo que ni siquiera

se les pasó por la cabeza a los Bromistas en aquel momento. *La locura* no era un absoluto. Todos ellos se habían embarcado voluntariamente en un viaje y en un estado de conciencia que era un estado «demente» según las pautas aceptadas normalmente. El viaje, y de hecho toda aquella aventura, era una arriesgada zambullida total en lo desconocido, y se daba por hecho que lo que cada persona llevaba dentro iría saliendo a la luz y expandiéndose más y más cada día, de manera gloriosa o de cualquier otra manera. Como-vino-al-mundo había hecho lo «suyo». Se lanzó al vacío con ruido y fue recogida por la policía más tarde, e internada en un

hospital psiquiátrico del condado, y eso fue todo, porque los Bromistas habían seguido su camino hacía tiempo.

El viaje había comenzado como un gran estallido, una eclosión desde la fortaleza boscosa de La Honda hacia la confiada Norteamérica. Y para Sandy, de todas formas, fue entonces cuando el viaje había ido mejor: cuando los Bromistas habían estado entre la gente, cuando los ciudadanos del país les miraban como lelos, esforzándose por dar con la emoción más adecuada a aquella insólita visión: ¿pero qué diablos estaban *haciendo* aquellos majaderos? Pero también estaba aconteciendo lo contrario. En los largos

trechos de las superautopistas norteamericanas, entre parada y parada, el autobús era como una olla a presión, como un crisol, como una de esas cámaras en las que los científicos atómicos de los primeros tiempos solían comprimir agua pesada, aproximando las moléculas más y más unas a otras hasta que los átomos hacían explosión. En el autobús se intensificaba cualquier viso de excentricidad y de competitividad y de acrimonia. Sus ocupantes se mostraban tal cual eran, no había duda. Jane Burton, que ahora era Hambrona, y Sandy —Apéate—dieron en bajarse del autobús siempre que podían, como en Houston, para comer como es

debido. «Como es debido» en todos los sentidos, muchacho. Entraban en uno de esos restaurantesasadores típicos, con grandes lunas con el manido molino de plástico anunciando la cerveza Heineken y las pegatinas de Diners Club y de *American Express* en la puerta, y se comían un buen bistec con patatas fritas y zanahorias y guisantes cocidos y salsa de primera. Jane, rendida por el sueño y con un hambre canina— famélica normalmente y un tanto malhumorada siempre—, se preguntaba qué diablos estaban haciendo allí en el borde sureño del país cuando Nueva York estaba mucho más al norte. Y Sandy con su subliminal urgencia de apearse y al

mismo tiempo de *seguir en el autobús*, en *ese nivel...*, y sin que ninguno de los dos supiera qué pensar de Kesey..., siempre Kesey...

Y el calor. Desde Houston partieron rumbo al este a través del Profundo Sur, y el Profundo Sur en julio era... pura lava. El aire que entraba por las ventanillas abiertas era caliente y arenoso como humo invisible, y cuando se detenían caía de pronto sobre ellos como un manto de lava. El descanso en Houston no les había sentado demasiado bien, porque el calor lo trastocó todo de nuevo y nadie pudo dormir y era como si

lo único que pudieran hacer fuera abrirse paso entre la lava con la ayuda del *speed* y la hierba y el ácido.

Nueva Orleans fue un alivio, porque se bajaron del autobús y pasearon por el Barrio Francés y por los muelles con sus camisas a rayas rojas y blancas y su pintura fluorescente, y la gente se quedaba atónita al verles. Y la policía llegó cuando estaban en los muelles, y la cosa resultó un tanto cómica porque para ellos los polis eran ya pan comido. La policía urbana no era más capaz que la policía rural de hacer funcionar su Película de Polis. Pe león les habló con suavidad, como el alumno más brillante de un curso universitario pronunciando

el discurso de despedida, y Kesey les habló con suavidad y campechanía, y Hagen lo filmaba todo como en un descabellado intento de *cinema verité* y los polis salieron pitando en un rebaño de Fords con sus luces rojas giratorias. *Sayonara* a todos, muchachos...

Siguieron paseando por Nueva Orleans con sus camisas a rayas y sus pantalones cortos, y todos podían ver las piernas grandes y musculosas, de jugador de fútbol americano, de Kesey, que iba en cabeza a grandes zancadas, como si fuera el amo del lugar, como si todos fueran los amos del lugar, y a todos se les levantó el ánimo. Así que se fueron al lago Pontchartrain, en el lado

norte de Nueva Orleans, y tomaron ácido, aunque una dosis pequeña, unos 75 microgramos, y todos se sentían felices y muy altos, y los discos de *rock and roll* atronaban en sus oídos: Martha y los Vandellas y Shirley Ellis y ese tipo de gente... El lago Pontchartrain es como un grande y bello y espacioso — ¡espacio! — parque sobre el agua. Aparcan el autobús en el aparcamiento, y el lugar está rodeado de hermosos árboles y hay un agua hermosa e interminable por todas partes y todo el mundo se pone el traje de baño. Walker, que tiene una constitución hercúlea, se pone un bañador rojo, amarillo y negro, y Kesey, que también es de constitución

hercúlea, se pone un bañador azul y blanco, y el Colgado, cuya constitución es igualmente hercúlea aunque más estilizada, se pone un bañador anaranjado, y el azul del agua y el agostado verde de la hierba y las hojas y... ¿un poco de brisa?..., todo se pone a evolucionar ante sus ojos lisérgicos como una postal fundida... ¡Y el agua! Lo que ninguno de ellos sabe es que se trata de una playa «segregada», sólo para negros, y allí están todos los negros sentados en los bancos, mirando cómo aquellos blancos chiflados se bajan de un autobús extraño y van hacia el paralelo 30 de las aguas segregadas del Profundo Sur de Nueva Orleans. El

Colgado está colgado de verdad, y arde con el calor, y se zambulle y nada un trecho y al poco ve que está rodeado de hombres de color naranja oscuro, de negros que chapotean a su alrededor y le lanzan miradas aviesas. Uno de ellos tiene un incisivo de oro con una estrella vaciada en el frente —de forma que deja ver una estrella de esmalte blanco en medio del amarillo del oro—, y el oro empieza a lanzar reflejos de sol hacia el Colgado, *fisssssss*, al compás de los latidos de su corazón, que se aceleran progresivamente..., esos malditos reflejos de oro y esmalte blanco que se te quedan pegados en la retina..., y Boca Dorada dice:

—Tío, hoy hay mucha basura en el agua...

—No vas descaminado, no... —dice otro.

—Mucha puta mierda en el agua, sí, señor... —dice otro. Y así unos cuantos más.

De pronto Boca Dorada le está hablando directamente a el Colgado:

—¿Qué está haciendo toda esta mierda en el agua, eh, tío?

El Colgado está perplejo, en parte porque el día se le ha vuelto naranja por el ácido: trajes de baño anaranjados, agua anaranjada, cielo anaranjado, negros amenazantes y anaranjados...

—Oye, ¿qué estás haciendo aquí? —

le dice de pronto Boca Dorada en tono abiertamente agresivo. El negro es grande y naranja y sus adiposas y anchas espaldas son como una gran raya marina naranja—. Tío, ¿sabes lo que vamos a hacer contigo? Vamos a cortarte las pelotas. Vamos a sacarte a la orilla y vamos a *cantar* contigo...

—Je, jeeeeeee...! —empiezan los demás en una especie de risa gemebunda.

Esto, quién sabe por qué, hace sonreír al Colgado. Siente cómo la sonrisa se le extiende por la cara como un gran gajo anaranjado de dulce de gelatina anaranjada, y se queda allí en suspenso, chapoteando en el agua y

sonriendo mientras Boca Dorada sigue lanzándole reflejos y reflejos y reflejos...

Y entonces Boca Dorada dice:

—Bien, está claro que sí, que hay *una especie de mierda...*

Y se echa a reír, sólo que ahora amistosamente, y todos ríen y el Colgado ríe y vuelve nadando a la orilla.

Para entonces se ha congregado en torno al autobús loco un gran número de negros. Por los altavoces sale una atronadora música *funky*, un disco de Jimmy Smith. El Colgado se monta en el autobús. Tiene la impresión de que alrededor del autobús hay miles de

negros bailando *rock and roll* e insinuante *boogie*. Todo es anaranjado, y el Colgado mira a la contorsionante masa de negros que se ve a través de cada ventanilla: todo son negros que se contorsionan pegados al autobús, alrededor del autobús, y lo anaranjado se empieza a volver marrón. El Colgado empieza a sentir que está dentro de un gigantesco intestino en el que están dando comienzo las contracciones peristálticas. Siente que el viaje se le está convirtiendo en un mal viaje. Hasta Kesey, que jamás tiene miedo a nada, parece preocupado.

—Será mejor que nos larguemos de aquí —dice Kesey. Pero ¿cómo?

¿Exprimidos y expulsados? ¿Por las contracciones peristálticas marrones del mal viaje? Por suerte para el Colgado, y quizá para todo el mundo, los policías blancos aparecen en este punto y disuelven a la multitud negra y les dicen a los chiflados blancos que levanten el campo, que aquello es una playa «segregada», y por una vez los Bromistas no se disponen todos a una a arruinar la película de la policía. Se integran en la película de los polis y se largan a otra parte con la suya.

Recorren las llanuras de Mississippi y Alabama, Biloxi, Mobile, la carretera

nacional 90, las llanuras y los campos..., y el calor no amaina nunca. Se dirigen a Florida. Sandy lleva sin dormir varios días ::::: ¿cuántos? ::::: es como un insomnio total y todo se está *torciendo* en líneas que se curvan y coagulan. El sol y las llanuras. El maldito calor es tal... Todo se disocia en sus opuestos. La absoluta quietud y el calor abrasador del verano en las tierras del Sur Profundo..., y el corazón de Sandy desbocándose en una constante taquicardia mientras su cerebro vuela y se devana y es tan vital para..., *¡sigue moviéndote, Cassady!* Pero hay dos Cassadys: en un momento dado aparenta cincuenta y ocho años y estar loco —

¡speed!—, y al momento siguiente parece tener veintiocho y ser un tipo apacible —*ácido*—, y Sandy sabe distinguir al Cassady apacible de inmediato, porque la nariz se le pone... larga y suave y casi patricia, mientras que el Cassady salvaje tiene una apariencia ajada y consumida. Y Kesey —*¡siempre Kesey!*—, cuando Sandy lo mira lo ve viejo y macilento, y con la cara torcida... Y más tarde Sandy vuelve a mirar y lo ve joven, sereno, y su cara no tiene arrugas, y es redondeada y suave como la de un bebé mientras se pasa las horas sentado, leyendo cómics, absorto en las hondas y purpúreas sombras Steve Ditko de un

Dr. Strange ataviado con capas y claroscuros, y le oye decir: «¿Cómo habrán sabido que esa gema era un simple artilugio para tender un puente entre DIMENSIONES? ¡Era un medio para acceder a la temida DIMENSIÓN PURPÚREA... desde nuestro propio mundo!» Sandy puede vagar... fuera del autobús, pero todo sigue siendo Kesey. ¡El Dr. Strange! Siempre ve dos Kesseys. Kesey el Tunante y Kesey el Organizador. Atraviesan los vapores del sur de Alabama a finales de junio, y Kesey se yergue de entre los cómics y se convierte en el Capitán Bandera. Se pone una falda escocesa rosa, parecida a una minifalda, y calcetines rosas y

zapatos de charol y gafas de sol rosas, y se ciñe una bandera norteamericana alrededor de la cabeza, a modo de gran turbante, y se la fija por atrás con una flecha, y se sube al techo del autobús que surca el estado de Alabama y se pone a tocar la flauta a la gente que pasa por la carretera. Los ciudadanos de Alabama, arrastrados a la DIMENSIÓN ROSA, ofrecen un fantástico material filmico, y es *¡demasiado!*, como siempre dice George Walker, *¡demasiado-demasiado!* Llegan a una estación de servicio en Mobile y la mitad de los Bromistas se baja del autobús, con sus esplendorosas rayas rojas y blancas, lanzando a su alrededor

pelotas de goma rojas en un despliegue delirante, como en un loco *ballet* de una astuta decoración de promoción de la gasolinera, y el empleado va llenando el depósito mientras les mira y mira al Capitán Bandera y mira el autobús, y después de cobrar mira a través de la ventanilla a Cassady, que ocupa el asiento del conductor, y sacude la cabeza y dice:

—No me extraña que tengáis tanto negro en California...

FORNIA-FORNIA-FORNIA-FORNIA-FORNIA-FORNIA-FORNIA-FORNIA-FORNIA, suena en el interior del autobús en intervalo variable, y ello acaba callando a todo el mundo.

Eran los momentos buenos...
Atraviesan Alabama y, de pronto, Sandy ve al Kesey viejo y macilento, ve al organizador. Sandy ve cómo baja de la baca por la escalerilla, ve cómo le mira con mirada dura y sabe — ¡intersubjetividad!— lo que está pensando. Estás muy desapegado, Sandy, no eres enteramente sincero; puede que estés aquí sentado, cruzando Alabama entre ruidos y traqueteos, pero estás... fuera del autobús... Y Kesey se acerca a Sandy, que está encorvado bajo el techo bajo del autobús, y a Sandy le parece un simio con aquellos poderosos brazos bamboleándose a los lados, como el Increíble Hulk, y de repente Sandy salta

y se pone en cuclillas como si fuera un mono, y balancea los brazos imitándole..., y Kesey le dirige una gran sonrisa y lo rodea con los brazos y lo abraza...

¡Da su visto bueno! ¡Kesey me da su visto bueno! Por fin *he respondido* a algo, he sacado a la luz lo que siento, aun cuando se trate de resentimiento, *he hecho* algo, he hecho lo que me correspondía hacer..., y en ese mismo acto, tal como él nos ha enseñado, ha desaparecido, el resentimiento se ha esfumado..., y estoy de nuevo en el autobús, sincronizado...

¡Siempre Kesey! Y en esa oleada de euforia —*¡Kesey me aprueba!*— Sandy

supo que Kesey era la llave de todo cuanto iba bien y de todo cuanto iba mal en aquel viaje, y a nadie, a ninguno de cuantos se embarcaron en él, de quienes participaban en aquella película, se le habría ocurrido jamás plantarse ante Kesey para anunciarle irrevocablemente: Estoy fuera del autobús. Habría sido como decir: Estoy fuera de... ese algo No Expresado con palabras en que estamos todos inmersos...

Pensacola, Florida, 43° de temperatura. Un amigo de Babbs tiene una pequeña casa cerca de la costa, y

llegan a ella, pero el mar no ayuda gran cosa. El calor forma olas en el aire, como las que crea a su alrededor un radiador. La mayoría de los Bromistas está dentro de la casa o en el jardín. Algunas de las chicas están junto al autobús, asando carne en la barbacoa. Sandy está solo en el autobús, en medio de la penumbra. El insomnio le está matando. Una de dos: o consigue dormir o sigue haciendo cosas. No soporta quedarse allí varado, entre dos aguas, con el corazón martilleándole en el pecho. Va a la nevera y saca el zumo de naranja. El ácido de Nueva Orleans, los setenta y cinco microgramos, no le ha bastado. Es como si no hubiera tenido un

viaje lo bastante alto en todo el trayecto, ningún viaje... maravilloso. Así que se toma un buen trago de Ácido No Autorizado y vuelve a sentarse.

A él le gustaría algo bonito y apacible, allí en el autobús, a solas. Se pone unos auriculares. El izquierdo está conectado a un micrófono que hay dentro de la casa, y a través de él recibe el sonido del piano que está tocando Dale, el primo de Kesey. Dale, pese a sus modos pueblerinos, ha estudiado música durante mucho tiempo y toca bien el piano, y las notas llegan como gotas de amatista líquida que vibraran sin fin en la... atmósfera... de ácido..., y es muy hermoso. El auricular derecho se halla

conectado a un micrófono que recoge los sonidos del exterior de la casa, y en especial el crepitar del fuego de la barbacoa. Así que el concierto de Dale y el chisporroteo de la barbacoa le llegan a Sandy a través de los dos grandes auriculares acolchados que le ciñen la cabeza..., sólo que tales sonidos escapan en cierto modo a su control. No hay sincronización. Es como si los dos sonidos se disputaran su cabeza. La barbacoa chisporrotea y borbotea en su cabeza, y las pequeñas gotas de amatista cristalizan en vidrio roto, y luego en hojalata, en un piano de hojalata. Los auriculares parecen hacerse más y más grandes, enormes

conchas acolchadas que le abrazan por completo la cabeza, la cara, la nariz..., y un sonido furioso lo anega, le hace sentir como si todo fuera a acabar allí mismo, en el interior de aquel globo almohadillado...: *pánico*. Se levanta de un brinco, da unos cuantos pasos con los auriculares aún pegados contra el cráneo, se los arranca y salta fuera del autobús..., donde hay Bromistas por todas partes bajo el sol de la tarde, con sus camisas a rayas rojas y blancas. Babbs tiene el poder y está dirigiendo la película, y ahora trata de filmar algo..., el Flautista del Ácido. Sandy mira a su alrededor. No se lo puede contar a nadie; no puede contar que ha tomado

ácido por su cuenta y que está entrando en un mal viaje; no puede decirlo abiertamente... Corre hacia la casa y entra, y las paredes le brincan en torno, Dios, tan cerca, y todos los ángulos soportan una tensión extrema, como si estuvieran a punto de romperse. Jane Burton está sola en la casa, sentada, de mal humor. Es la única persona a quien se lo puede contar.

—Jane —dice—. He tomado ácido..., y estoy de lo más raro... Le cuesta tanto hablar.

Las olas de calor se solidifican en el aire como esas olas de las canicas de cristal de los niños, y las perspectivas parecen haber enloquecido; las paredes

se alzan y vuelven a caer como en una sala de banquetes de Tiziano. Y el calor... Sandy tiene que hacer algo para tranquilizarse, así que decide darse una ducha. Se desnuda y se mete y... ¡música de flauta, Babbs! Una música de flauta sale pulverizada de la alcachofa, y el calor está dentro de él, y es como si pudiera bajar los ojos y verlo allí, ardiendo, y baja los ojos y..., dos piernas desnudas, un torso que se alza hacia él, y es como si reparara en ellos por vez primera. Tienen existencia independiente, como si pertenecieran a otro ser humano, y describen recodos y ángulos extraños en medio de la cascada de flauta, abultamientos y apéndices

óseos, y es como si jamás hubiera visto ni un ápice de aquello, de aquella carne, de aquel desconocido. Y penetra en lo que ve..., y no es un desconocido..., es su... madre..., y de pronto está de vuelta en ese cuerpo, sólo que es el cuerpo de su madre, y luego el de su padre..., se ha convertido en su madre y su padre. No hay diferencia entre Yo y Tú en aquella ducha de flautas del litoral de Florida. Cierra el grifo bruscamente, y la flauta cesa. Vuelve a ser él mismo, a salvo del pánico —no, de la *aprensión*—, y se pone la ropa y vuelve a la sala. Jane sigue allí sentada. Dios, tienes que hablar con alguien..., ¡con Jane! Pero en la sala todo empieza a hacer *zoom*, a dar

violentos bandazos de perspectiva; todo un lado de la sala se abalanza hacia él y queda justo enfrente de su cara, y luego recula como un rayo hasta donde estaba... Jane! Jane está allí mismo, ante sus narices, a un par de palmos, e instantes después allá al fondo, en el sofá, y vuelve a aproximarse y a alejarse; todo se acerca y retrocede a velocidad de vértigo en aquel calor agobiante... «¡Sandy!». Alguien le está buscando en la casa. ¿Hagen? ¿Quién? Al parecer Babbs quiere que salga en la película: los Bromistas con camisa a rayas rojas y blancas abrasándose al sol. Al parecer Babbs tiene una idea para una parte de la película. En esa parte

Babbs es el Flautista de Hamelín, que toca la flauta mientras los chiquillos vestidos a rayas rojas y blancas corren tras él ejecutando pintorescas danzas. Le tienden a Sandy una camisa de los Bromistas, pero él no la quiere. Se le antoja gigantesca. Le sobra por todas partes, y de un modo malsano, como si su cuerpo estuviera desecándose al sol. En el sol..., la camisa empieza a lanzar *flashes* bajo su cara, al sol, rayos explosivos de sol rojo y sol blanco-plata, y a Sandy le da la impresión de estar moviéndose en un aura de violentos rayos luminosos. Babbs le da la entrada y Sandy acomete una delirante danza junto al tendedero mientras la

cámara no para de filmar. Siente cómo una expresión loca se instala en su cara y cómo los globos oculares se le quedan en blanco y cómo vagos fogonazos de rojo y blanco-plata le explotan bajo los párpados..., y el maldito calor..., y danza como un loco al sol, y acaba dando tumbos hacia un costado.

Es de vital importancia que nadie se dé cuenta de que ha tomado Ácido No Autorizado. Puede confiar en Jane... No es una actitud muy sincera, pero debe mantener la calma. Chuck Kesey deambula por el jardín tocando una tuba, que suena *bu-bua-bubuuu*, muy grave y muy fuerte, y luego se acerca a Sandy y le mira y sonrío por encima de la

boquilla y sigue tocando, *bu-buabu-buuu*, ahora muy suave y delicadamente, y —¡intersubjetividad!— *sabe, entiende*, y es hermoso porque Chuck es una de las personas más maravillosas del mundo, y Sandy puede confiar en él. Si al menos pudiera mantener la calma...

Hay una lata con media libra de hierba al lado del autobús, y Sandy sigue bailando al sol y sin darse cuenta da una patada a la lata y la hierba cae y se esparce por el pardo suelo de tierra. Todo el mundo se disgusta y Hagen se agacha para tratar de separar la hierba de la tierra, y Sandy se pone a cuatro patas para ayudar y empieza a escarbar

con las uñas para recuperar la marihuana, pero cuanto más escarba la tierra se va poniendo más y más parda, y entonces empieza a regodearse con la tonalidad parda de la tierra..., tan parda y tan honda y tan rica..., y sigue escarbando y escarbando hasta ahondar en la tierra y dejar a un lado la hierba, y Hagen dice:

—¡Eh! ¿Qué diablos te pasa?

Y Sandy sabe que lo que tendría que hacer es dar la cara y decir, Estoy colgado, tío, y este marrón es una pasada. Sería una respuesta sincera y se acabaría todo el asunto. Pero no se decide a hacerlo, no se decide a mostrarse con total sinceridad. Y, en

lugar de ello, lo empeora.

Entonces se acerca Kesey con un balón de fútbol y un spray de pintura fluorescente. Quiere que Sandy pinte el balón con el spray, porque luego, al anochecer, quiere ir con Babbs y unos cuantos más a jugar con él en la orilla, y Sandy se pone manos a la obra, pero para él todo es uno, el balón y el brazo de Kesey, así que se pone a pintarle el brazo del modo más calmado y concienzudo, y Kesey dice:

—¡Eh! ¿Qué diablos te pasa?

Y, nada más decirlo, *entiende*, y no le hace la más mínima gracia.

—Estoy... colgado —dice Sandy—. He tomado ácido y..., he tomado

demasiado y me está yendo muy mal...

—Lo estábamos guardando para el viaje de vuelta —dice Kesey—. Queríamos dejar algo para las Rocosas.

—No he tomado *tanto*...

Trata de explicarlo, pero por los altavoces del autobús suena un disco de los Beatles, y la música cae dentro de su cabeza como una lluvia de agujas.

—... pero me siento muy mal.

Kesey parece exasperado, pero trata de mostrar cierta condolencia.

—Mira..., no opongas resistencia. Escucha la música.

—¡Qué escuche la música! —grita Sandy—. ¡Dios! ¡Échame una mano!

Kesey dice, muy suavemente:

—Sé cómo te sientes, Sandy. He pasado por eso. Lo que tienes que hacer es aguantar y esperar a que se pase.

Y eso calma a Sandy: *está conmigo*. Pero entonces Kesey dice:

—Pero si crees que voy a hacerte de guía en este viaje, estás muy equivocado.

Y se marcha.

Sandy empieza a sentir una paranoia aguda. Se aleja de la casa y llega a una especie de claro verde en medio del bosque. Babbs y Gretchen la Bella están tumbados en el suelo, a la sombra, disfrutando del momento, sin hacer nada, pero las piernas de Babbs se desplazan y sus brazos se mueven y las piernas de

Gretchen se desplazan..., y Sandy ve a Babbs y a Gretchen en un *estanque*, nadando lánguidamente. Sabe que están sobre tierra firme, y sin embargo están *en el agua*..., y dice:

—¿Qué tal está?

—¡Mojada! —dice Babbs.

... y... maravilloso..., es precioso: es como si Babbs supiese exactamente lo que pasa por su cabeza —*sincronización*—, y quisiera seguirle el juego. Aquí todos somos un solo cerebro y todos estamos en el autobús. Y de pronto, en aquel claro de Florida, es como si todo volviera a ser como en los mejores momentos del mundo de los Bromistas.

Volvió a la casa al anochecer, entró en el jardín, y había un millón de estrellas en el cielo, diminutas bombillas de neón que podían verse a través de las hojas de los árboles, unos árboles que parecían cubiertos por ese manto de mínimas bombillas, y el autobús se convirtió de pronto en una escultura de bombillas de neón, en millones de bombillas agolpadas para crear un autobús, y la noche misma parecía hecha de polvo de neón: cada partícula era una bombilla de neón, y vibraban todas ellas al unísono como un universo gigantesco y amistoso de

cigarras de neón.

Baja hasta la orilla, donde están todos los Bromistas. Es una pequeña cala, y todo está oscuro y apacible, y Sandy se adentra en el mar hasta que el agua le cubre casi hasta los labios, y se siente seguro y cálido y bien y calmo, y mira hacia las estrellas y hacia un puente que se divisa a lo lejos. Lo único que puede entrever de él es su entramado de luces, hebras de luz que se elevan, se elevan..., y entonces Chuck Kesey se desliza hacia él a través del agua, y sonríe como un enorme pez amigo. Chuck *sabe*, lo cual es maravilloso..., y las luces del puente siguen subiendo, subiendo, hasta fundirse con las

estrellas, hasta que allí a lo lejos hay un puente que se eleva hacia los cielos.

VIII. TOCANDO A LAS MULTITUDES

En Georgia llegaron a un área de descanso y aparcaron a un lado de la autopista, junto a un lago. El Viejo Hermano John se puso un gorro de Robin Hood y cantó un montón de canciones picantes y obtuvo el premio al

Viaje Más Horrible. Babbs clavó una muñeca a un poste y la pintó con pintura fluorescente y le clavó un montón de clavos y le prendió fuego, y ganó otro premio al Viaje Más Horrible. Luego sucedió algo que hizo muy feliz a Sandy. Se le ocurrió pintarse la mano con dibujos fluorescentes y meterse en el agua y salir luego con la mano extendida hacia la cámara de Hagen, de forma que la película mostraría una enorme mano fluorescente abalanzándose hacia la cámara en un frenético escorzo. A todo el mundo le encantó la idea y se puso a ponerla en práctica, y Sandy sintió que ahora compartía parte del poder. Se pintaban, pues, una mano y la abrían y

plantaban la enorme y vibrante palma fluorescente ante las narices del mundo convencional y comatoso que flotaba en torno...

Kesey convocó otra reunión, y sin que nadie tuviera que decir nada todos empezaron a sentir que el viaje se estaba convirtiendo en... una suerte de misión. Kesey dijo que quería que todos hicieran lo que tenían que hacer y que fueran Bromistas, pero que al mismo tiempo fueran sobremanera competentes. Como con las pelotas de goma rojas que solían lanzarse unos a otros al salir del autobús. La idea de las pelotas rojas era que los Bromistas debían estar siempre preparados para cogerlas al vuelo

cuando se las lanzaran, aun cuando en ese momento no estuvieran mirando. Debían estar siempre alerta, siempre pendientes del instante, siempre embebidos en las cosas del grupo, y ser siempre extremadamente competentes.

Uno de los Bromistas que estaba dando muestras de suma competencia era Cassady. El autobús ascendía como un rayo por la costa en dirección a Nueva York. Volaba. Cassady jamás había estado en mejor forma. Para entonces quienquiera que hubiera tenido alguna reserva respecto a Cassady ya la había desechado. Cassady estaba siendo una roca en aquel viaje; alguien con quien se podía contar en cualquier

momento. Cuando todos los demás estaban rendidos por la fatiga o por cualquiera de las numerosas presiones, Cassady estaba allí para seguir adelante. Era como si nunca durmiera, como si no necesitara hacerlo. Pese a su loca forma de conducir, siempre conseguía sacarles de todo laberinto: era como si siempre supiera dónde estaba el punto exacto de salida. Cuando el autobús se estropeaba, Cassady buceaba en sus viejas entrañas y arreglaba la avería. Cambiaba las ruedas; cargaba con ellas, las empujaba, alzaba, atornillaba..., mientras las fibras de sus fantásticos músculos se le marcaban una a una y sus venas basílicas se le henchían de sangre y de

anfetaminas.

Al coronar las montañas Blue Ridge todo el mundo estaba en ácido. Incluido Cassady. Y fue entonces cuando, en la carretera de montaña más empinada, sinuosa y pavorosa de cuantas se hayan construido en la historia del mundo, decidió hacer el descenso sin frenos. El pintoresco autobús empezó a bajar vertiginosamente por las montañas Blue Ridge de Virginia. Kesey iba en la baca para no perderse un ápice de aquello. Desde allí arriba podía sentir cómo el vehículo se escoraba en las curvas, ver cómo la carretera se retorció y zigzagueaba ante sus ojos como un inmenso látigo. Y se sentía

absolutamente sincronizado con Cassady. Hasta el punto de sentir que, si se dejaba dominar por el pánico, el pánico también dominaría a Cassady y recorrería luego el autobús como un gran chorro de energía. Pero no sentía ningún pánico. No era sino un pensamiento abstracto. Tenía una absoluta fe en Cassady; más que fe incluso. Era como si Cassady, al volante, estuviera en estado de satori, tan inmerso en el instante mismo, en el Ahora, cuanto pudiera llegar a estarlo criatura alguna, y como si todos los ocupantes del autobús participaran de ello.

Llegaron a Nueva York a mediados

de julio, y se sintieron como caballos en el último tramo de una carrera en el hipódromo. Se sentían estupendamente. Subieron por la calle Cuarenta y dos y enfilaron Central Park Oeste con los altavoces a todo volumen, e incluso la ciudad de Nueva York tuvo que detenerse para mirarlos. Los Bromistas mostraban alegremente sus manos pintadas, y Kesey y Babbs, con sus camisas a rayas rojas y blancas, se subieron al techo y empezaron a *tocar* a la gente. Es decir: cuando desde la baca tocaban la flauta lo hacían *interpretando a la gente* como si ésta fuera una partitura, como si el pobre y comatoso mundo exterior fuera música. Si un tipo

te miraba con mala cara, tocabas la flauta con tonos de elefante moribundo. Si una mujer te miraba nerviosa y agitada, tú tocabas nervioso y agitado. Era decirles las cosas a la cara, claramente, y la gente no sabía qué hacer. Nueva York —¡vaya canto fúnebre, Nueva York!— era una ciudad llena de gente solemne, gastada, irritable, que iba abriéndose paso por las aceras torpemente. Gente ceñuda que miraba al suelo, que avanzaba arañando el pavimento con los pies como si apartara boñigas de caballo y fuera diciéndose para sus adentros: oh, que esto tenga que pasarme a mí...; gente que les lanzaba miradas de

resentimiento, resentimiento que era una suerte de «regalo» de los Bromistas para con ella, porque le permitía mirar hacia el autobús y decir: *ésos* son los bastardos que tienen la culpa de toda esta mierda. El autobús enfiló la gran entrada situada frente a la Tavern on the Green, un gran restaurante de Central Park, y los Bromistas se pusieron a *tocar* a la gente. De un modo u otro estaban arrastrando a toda aquella condenada ciudad a su película, y Hagen lo registraba todo con su cámara.

Uno de los miembros del grupo de Perry Lane, Chloe Scott, les había conseguido alojamiento en el apartamento de unos amigos —que

pasaban fuera el verano— en Madison Avenue con la calle Noventa. Aparcaron el autobús frente al edificio y se tomaron un tiempo libre. Cassady fue a ver a sus viejos amigos de los tiempos de *En el camino*. Dos de ellos eran Jack Kerouac y Alien Ginsberg.

Dieron una fiesta en el apartamento, y asistieron Kerouac y Ginsberg. Apareció también un tipo que dijo, hola, soy Terry Southern, y ésta es mi mujer Carol. Era un tipo muy divertido, de charla torrencial y tremendamente agradable. Una semana después se enterarían de que no era Terry Southern, y de que ni siquiera se le parecía físicamente. No había sido sino una

pequeña broma, y a todos les pareció estupendo haberle creído y habérselo pasado en grande. Kesey y Kerouac apenas se hablaron. A un lado estaba Kerouac y a otro lado estaba Kesey, y en medio de ambos estaba Cassady, un día heraldo de Kerouac y de toda la Generación Beat y hoy heraldo de Kesey y de... ¿qué?, de algo mucho más salvaje y más extraño que también estaba «en el camino». Fue como un hola y adiós. Kerouac era la vieja estrella. Kesey era el nuevo cometa salvaje del Oeste rumbo a Dios sabía dónde.

A veces un gran impulso vio al fin la luz y las críticas oscilaron desde las

muy buenas a las pésimas. En el diario neoyorquino *Herald Tribune*, Maurice Dolbier aseguraba: «En el yermo de la ficción, se alza esta secuoya gigantesca». Y Granville Hicks escribía: «En *Alguien voló sobre el nido del cuco*, su primera novela, Ken Kesey demostró ser un escritor vigoroso, fabulador, ambicioso. En *A veces un gran impulso* estas cualidades se aprecian aún en mayor grado. La novela cuenta de un modo fascinante una historia fascinante». En el *Saturday Review*, John Barkham decía: «Un novelista de talento e imaginación poco habituales... Un relato turbulento, de gran aliento». *Time* decía que era una

gran novela, pero de estilo elaborado en exceso, y fallida... Algunos críticos parecían desconcertados ante el escenario remoto, forzado, primario de la novela y ante el tema insólito del heroico esquírol y los sindicalistas cobardes. Leslie Fiedler escribió una crítica ambivalente en el *Book Week* del *Herald Tribune*, pero se trataba en cualquier caso de una reseña extensa, en primera plana y firmada por un crítico de gran prestigio. *Newsweek* afirmaba que el libro «rechaza los deberes del arte y acaba siendo por tanto una ampulosa, detallada, ufana y pseudoépica falsificación de la vida». Orville Prescott, en *The New York Times*, lo

calificaba de «aburrido desastre literario», y escribía: «este libro monstruoso es la novela más insufriblemente pretenciosa y enormemente aburrida que he tenido que leer en muchos años». Hablaba de Kesey como del *beatnik* que había servido de modelo para el Dean Moriarty de *En el camino*, de Jack Kerouac, confundiendo a Kesey con Cassady. Los Bromistas se rieron mucho con esta confusión. El tipo se había hecho un lío y..., quizá se sentía desconcertado ante todo el asunto del autobús y su gran asalto a Nueva York: *Detened a los hunos...*

Pero al diablo con ello. Kesey

hablaba ya de que la escritura era una forma artística artificial y anticuada, y sugería, a quien quisiera mirar, que dirigiese la mirada... al autobús. La prensa local, incluidas algunas de las publicaciones más minoritarias y *hip* de la ciudad, dedicó cierta atención al autobús, pero nadie comprendió cabalmente lo que estaba sucediendo. Interpretaron únicamente que se trataba de un grupo festivo. Lo era, en efecto, pero en julio de 1964 ni siquiera el mundo *hip* de Nueva York estaba del todo preparado para el fenómeno de un puñado de jóvenes que cruzaba atronadoramente el continente norteamericano en un autobús pintado

con abigarrados mándalas fluorescentes, dirigiendo sus cámaras de cine y sus micrófonos hacia todo lo que se pusiera a su alcance en aquel país, mientras Neal Cassady tomaba las curvas más bruscas como un súper Hud y la nación norteamericana entera iba desfilando ante el parabrisas como ante una de esas condenadas cámaras panorámicas de Cinemascope que fuerzan los nervios ópticos como la goma elástica de un aeroplano de juguete..., y metámonos un poco más de *speed* y de ácido y fumémonos unos porros como si nos los estuviera despachando ahora mismo Cosmo, la máquina expendedora de «chucherías» autorizadas sólo por el

dios Bromista...

¡Cosmo!

Furthur.

IX. VIAJE A LA CRIPTA

Si alguien había en el mundo capaz de comprender lo que hacían los Bromistas, éste tenía que ser Timothy Leary. Leary y su grupo, la Liga para el Descubrimiento Espiritual, con sede en Millbrook, Nueva York, habían sido expulsados de Harvard, de México, de

un sitio y de otro y habían finalmente recalado en una gran mansión victoriana de Millbrook, situada en una vasta finca propiedad de una acaudalada familia de Nueva York, los Hitchcock. Así que el autobús salió rumbo a Millbrook.

Partieron con la expectativa de ser objeto de la más gloriosa de las recepciones. (Puede que hoy, después de todo lo acontecido desde entonces, resulte difícil de entender esta presunción de los Bromistas). Porque los Bromistas consideraban que su grupo y el de Leary eran dos extraordinarias comunidades secretas, las únicas en todo el planeta embarcadas en el más fantástico experimento en el

campo de la conciencia humana jamás concebido. Se trataba de algo totalmente nuevo. Y ahora las dos comunidades secretas que llevaban en su seno la energía de ese mundo nuevo estaban a punto de encontrarse.

Los Bromistas entraron en los verdes y sinuosos terrenos góticos de Millbrook con las banderas ondeando al viento —el autobús entero iba engalanado con banderas norteamericanas— y los altavoces vomitando *rock and roll* a todo volumen sobre el tortuoso camino de tierra, los intrincados boscajes verdes, sobre estanques y calveros, como un desaforado circo en movimiento.

Cuando tuvieron a la vista la gran mansión de estilo recargado, todo torres y torreones y enrevesadas tablillas, Sandy LehmannHaupt empezó a lanzar desde lo alto del autobús bombas de humo verde que explotaban a ambos costados como grandes floraciones de epifitos mientras el delirante vehículo avanzaba sorteando las curvas hacia la mansión. ¡Aquí estamos! ¡Aquí estamos!

Los Bromistas imaginaban que la gente de Leary iba a salir a la carrera a recibirles cual supervivientes del sitio de Jartum. Pero, en lugar de ello, un par de figuras que estaban tendidas en el césped corrieran hacia el interior de la mansión. Los Bromistas se detienen

frente a la gran casa, que se alza ante ellos sepulcral y gótica, sin nadie alrededor, y saltan del autobús gritando y armando un alborotó de mil demonios. Finalmente se materializan unas cuantas almas. Peggy Hitchcock y Richard Alpert y Susan Metzner, esposa del doctor Ralph Metzner, que es otra figura destacada del grupo de Leary. Alpert mira el autobús de arriba abajo y sacude la cabeza y dice: «Ke-n-n-n Ke-e-e-eseey...», como dando a entender que debería haber imaginado quién era el autor de aquella travesura de colegial. Se muestran amistosos, aunque una pizca... *un momento, un momento,* amigos... A Maynard Ferguson, el

trompetista de *jazz*, y a su mujer, Fio, que también están presentes, les entusiasma el autobús, pero a los demás... Hay una especie de... *vibración*... general..., como de querer decir: Aquí tenemos entre manos algo muy profundo, una labor de meditación, y vosotros, locos californianos, sois una nota discordante.

Al cabo Peggy Hitchcock invita a unos cuantos Bromistas a su casa, una construcción grande y moderna conocida como el Bungalow, situada a cierta distancia de la mansión victoriana. Babbs es uno de los invitados. A Babbs y a los Bromistas no les apetece en absoluto una tarde campestre ociosa,

con meditación o sin ella. Una vez en el Bungalow, Babbs ve en la pared una gran fotografía enmarcada, fechada en 1903. Parece un curso de Yale: un grupo de jovencitos sentados, muy juntos, en hileras, que miran fijamente hacia el objetivo de la cámara.

—¡Ahí está Cassady! —exclama Babbs.

—¡Y ése es Peleón!

—¡Y ése es Kesey!

—¡Y ése es Sandy!

Identifican en la fotografía a todos los viajeros del autobús, mientras la gente de Leary les mira con indulgencia, y a Babbs se le ocurre la idea de «la Mansión Ancestral de los Bromistas».

La gente de Leary les lleva a conocer la gran mansión, pero la visita se convierte en un *tour* en el que Babbs hace de guía.

—Señoras y señores —dice, poniéndose en cabeza—, vamos a dar inicio a la primera visita anual a la Mansión Ancestral de los Bromistas. A este lado pueden ver... —señala un gran retrato al óleo (o de una técnica similar) que cuelga de lo alto del muro con aire lúgubre—... a uno de los grandes antepasados de los Bromistas, tronco y vástago de una fabulosa estirpe, el fabuloso león, *sir* Edward el Pasota. *Sir* Edward el Pasota, todo un bufón de la época. He oído contar que cuando

estaba en vena era capaz de drogar a todo un barrio, el tal *sir* Edward...

... y así sucesivamente. La gente de Leary se limita a seguirles, con semblante más y más adusto, como si presintieran el desastre, mientras Babbs se anima por momentos y comenta cuanto ve, la ancestral escalera, los paneles ancestrales, la chimenea ancestral..., y los ojos reostáticos se le ponen a 300 vatios...

... y luego bajan a uno de los cuatro «centros de meditación», pequeños santuarios donde el grupo de Leary se retira para el grave asunto de meditar sobre las cosas interiores...

—Y ahora, en esta parte de la visita,

el Viaje a la Cripta. Y los Bromistas se ponen a parlotear sin ton ni son del Viaje a la Cripta, mientras Babbs acomete una interpretación paródica del *Libro tibetano de los muertos*, uno de los textos más venerados por Leary y su gente.

—Aquí es donde traemos a nuestros seguidores para colgarlos cuando están altos —dice Babbs—. Es el Viaje a la Cripta.

El mensaje es claro: que te den por el culo, Millbrook, por tu maldita frialdad.

Otros Bromistas juegan bajo una pequeña cascada que hay en medio del bosque. Kathy, la novia del Colgado, a

quien éste ha recogido en Nueva York, está sentada bajo la cascada y el agua le pega el biquini, o el sostén y las bragas, o lo que lleve puesto, al cuerpo de un modo muy hermoso..., y Hagen lo filma todo. Y, en la Gran Película, la chica se convierte en Sensual X.

¿Dónde está Leary? Todo el mundo está a la espera del gran encuentro entre Leary y Kesey.

Pero les llega la nueva de que Leary está arriba entregado a un experimento sobremanera importante, y que no se le puede molestar.

Kesey no se enfadó, pero se sintió muy desilusionado, dolido incluso. Era increíble..., después de todo, aquello

era Millbrook: un puñado de gente con un tenso estreñimiento.

Los Bromistas realizaron unas cuantas intentonas más para animar las cosas en Millbrook, pero se diría que la gente de aquel lugar se retraía y aislaba en uno u otro rincón. Finalmente los Bromistas se largaron. Antes de partir Kesey le preguntó a Richard Alpert si podía conseguirles algo más de LSD. Alpert le respondió que no, pero que podía proporcionarles semillas de dondiego de día. Semillas de dondiego de día... La idea de las semillas de dondiego de día chapoteando en las tripas como un saco de tomainas mientras el autobús brincaba y se

agitaba y daba bandazos y se escoraba en las curvas era más de lo que el cuerpo podía soportar. Así que gracias de todos modos, y *sayonara* a todos y a vuestra Liga para el Descubrimiento Espiritual.

X. GUERRAS SOÑADAS

En el viaje de vuelta al Oeste tomaron la ruta del norte, a través de Ohio, Indiana, Illinois, Wisconsin, Minnesota, Dakota del Sur...

¡Dakota del Sur! Trescientos kilómetros de Dakota del Sur... lo que, para empezar, calmó bastante los

ánimos... De hecho, el viaje de vuelta lo hicieron en un Cadillac psíquico, en una suave y maravillosa máquina, y pronto se encontraron disfrutando de una mente comunal. Ahora podían dejar atrás todos aquellos malditos lazos castradores de la mente y seguir avanzando hacia... ¡más allá!, en el autobús. Por ejemplo: el Colgado tenía pensado quedarse en Nueva York, pero decidió volver con ellos. No pudo desgajarse de la eclosión mental de grupo que ya había comenzado, de lo No Expresado, del todo-enuno... Y se llevó consigo a su seductora y rubia y telepática novia Kathy, que captó de inmediato el inestable, bamboleante y suave ritmo de

loca ensoñación del autobús, y, «contagiada», se convirtió temeraria, inquebrantable, ultra-infra-sensualmente en uno de ellos: la más sinuosa Bromista de sus filas. El grupo la nombró Sensual X, resplandeciente amiga que se dirigía resueltamente hacia... más allá... Y Kesey puso sus ojos en el horizonte de Sensual X y... ¡Le encantó! En el autobús. Y a continuación Sensual X se convirtió en la sensual exnovia del Colgado... ¡La perdió! En el autobús. Al principio, el Colgado se puso furioso, pensó que se la habían jugado... ¡Afrenta! Pero luego, gracias a su identificación con el experimento de los Bromistas, no vio motivo de

resentimiento. En aquel autobús no podía haber rencores, porque todos actuaban con total sinceridad y franqueza.

Les quedaba muy poco LSD, así que consumían sobre todo *speed* y hierba, y atravesaban colocados las tierras del norte. En cuanto a Sandy... Un Gran Gurú de Millbrook había llevado aparte a Jane y a Sandy y les había dicho: Sería conveniente que vosotros tuvierais el viaje de Millbrook solos..., queriendo decir, seguramente, sin sus revoltosos compañeros, lo que equivalía a hacerlo *fuera* del autobús, y Sandy se había... *apeado* de nuevo y vuelto a Millbrook, en compañía de Jane, y el Gran Gurú le

había administrado DMT^[24]— un viaje de treinta minutos similar al del LSD, pero de una fiera intensidad de potro desbocado—, y había experimentado... ¡Fragmentos! La sensación demente de que el mundo se había roto en multitud de fragmentos cristalinos de colores bajo sus párpados. Hiciera lo que hiciese, abriera o cerrara los ojos, el mundo estallaba en millones de astillas eléctricas y el Gran Gurú decía: «Quiero entrar en tu alma metafísica». Pero a Sandy —¡paranoia!— el Gran Gurú le parecía un tipo libidinoso inclinado sobre sus bajos rectococcígeos, un sodomita cachondo, mientras el mundo explotaba y no existía

antídoto posible para aquel ascender como un cohete, como un cohete, como un cohete... Volvieron a Nueva York y Jane se bajó del autobús y quedó atrás, pero Sandy se sintió impelido a seguir en el autobús con el resto de los Bromistas, rumbo al Este, como en un cohete, en un cohete, en un cohete, en un cohete con destino a *Furthur*... Y ahora, en el Medio Oeste, era como si el viaje de DMT en Millbrook hubiera sido la última etapa de un cohete; ahora toda su psique se hallaba comprometida con la velocidad y el movimiento, y era necesario seguir volando a través de las tierras del norte. Ciertas vibraciones del autobús hacían que su cerebro se viera

en una suerte de viaje, y de pronto volvía a experimentar la sensación de ascensión vertiginosa del DMT, y entonces necesitaba estimularse y *seguir en movimiento*. Los suaves campos de trigo y las tierras lecheras de Norteamérica desfilan ante ellos con su belleza y ondulante verdor rurales, y Sandy contempla la serena belleza del paisaje..., y entonces se le ocurre mirar por el gran retrovisor exterior del autobús y... los campos están... en llamas :::::::::: se curvan y cuajan hacia lo alto en espantosas llamas color naranja ::::: Y vuelve la cabeza y mira hacia atrás hasta donde la vista le alcanza y luego otra vez hacia el frente, hacia el

horizonte, y nada ve sino planicie y suavidad y verdor serenos deslizándose de nuevo ante sus ojos. Vuelve a mirar por el retrovisor y las llamas vuelven a alzarse hacia lo alto, y las espigas y la lespedeza se vuelven pardas como película en color que se quema cuando el proyector se calienta en exceso, y las llamas se extienden, y el maíz y el trigo y la lespedeza se convierten en una riada parda que arrasa el paisaje..., zigadenus, hemodoráceas, iris salvajes, lirios azules, sarcobatus, acónito, mandragora, menispermáceas, eryngium, astrágalo, sisymbrium, euforbio, tabaco de coyote, ojo de cangrejo... ardiendo —*un mar de llamas*—, un espejo

retrovisor con un mar de llamas, Narciso, Luna, gemelos, tesis y antítesis, dolencia de la vida, como si se viera forzado a soportar en cualquier momento la revelación visual de un misterio paleopsíquico..., y Sandy aparta la mirada y se obliga a no mirar al retrovisor, y vuelve a ver una vez más el vientre verde de Norteamérica deslizándose ante sus ojos...

... plácidamente. Había cosas que funcionaban con normalidad en todos los niveles. Por ejemplo, sabían manejar mejor el autobús, pese a que Cassady había tenido que volver antes de tiempo en coche con Peleón, que tenía que presentarse en Fort Ord. Los Bromistas

conducían por turnos. Compraban comida, se paraban para mear, filmaban, grababan cintas..., lo hacían todo en equipo. Una vez resueltos ciertos roces personales... —con sinceridad y franqueza—, y tras cruzar el Mississippi y enfilar hacia el Oeste, todo se fundió en una sola Mente Comunal, todo se tornó muy psíquico...

¡Intersubjetividad!

... El propio Sandy iba al volante, a través de la austeridad roosiana de Dakota del Sur, mientras las frías sombras se cernían sobre los verdes y dorados pastos. Ya no hay mares de llamas sino un mar verde y oro, sereno, surgiendo de la corriente de las propias

tierras del norte..., y el sueño no significa nada, porque el tiempo no existe, sólo el Ahora, una perfecta experiencia en la perfecta presión que aplica perfectamente el pie sobre el acelerador..., y conduce 300 kilómetros, registrados fielmente por el cuentakilómetros. Luego va a la parte trasera del autobús y mira el mapa de los Estados Unidos que hay pegado en el techo, y... ¡lo ve! Una línea roja, brillante en aquel techo, traza sobre el mapa exactamente los 300 kilómetros que ha estado conduciendo... Sandy mira a su alrededor, empieza a preguntar, muy excitado, y Sensual X dice que es ella quien la ha trazado...

¿Con qué finalidad?

Sensual no lo sabe. No existe explicación. Ha cogido el lápiz rojo y la línea ha ido de un punto a otro...

... pero no hay necesidad de ninguna explicación. ¡La telepática Kathy! Una sola línea, una sola corriente recorre todo el autobús. Mente de Grupo, y Control Cósmico, en el autobús...

Más tarde pasan a Canadá y llegan a Calgary, a tiempo para asistir al Festival de Rodeo. El insaciable Hagen, el de la Choza para Follar, merodea por el festival en busca de un sexo femenino y vuelve al autobús con una preciosa chica de labios tan deseables como un trago de refresco de uva; no tiene

muchos años, pero qué más da, su disposición es óptima, y se embarca en el autobús, y recibe el nombre de Anónima, y se pone en bragas y sostén, porque prefiere ir así. La denuncia llega a la Policía Montada del Canadá: la chiquilla del Festival se ha fugado de casa, o se ha ido de polizón, y la policía detiene el autobús en un control...

—Adelante, entren, agentes, echen un vistazo al interior...

Hagen pone en marcha la cámara para filmarles.

El jefe de la patrulla, entretanto, vuelve a leer la larga descripción: uno cincuenta y ocho de estatura, pelo oscuro, etc., y examina a Sensual X y a

Gretchen y a Anónima a través de la ventanilla.

Anónima lee la descripción por encima del hombro del Montado, asomada a la ventanilla, y ríe de buena gana ante la descripción de la chica que se busca. Para entonces Anónima tiene la cara pintada al modo Bromista, y también la mitad de su cuerpo de refresco de uva, de modo que ya no se parece gran cosa a la bonita y desvalida criatura que ha descrito su abuelita a la Montada, y éstos les dejan pasar con un gesto de la mano y se disponen a examinar el vehículo siguiente.

Pasan a Boise, en Idaho, y Kesey y Babbs viajan en la baca con flautas, e

interpretan sin clemencia a las gentes de Norteamérica que se agolpan en torno al autobús. Consiguen un eco nada desdeñable. Muecas de disgusto aquí y allá cuando, entre el gentío, algún pobre y servil humano, aprisionado en sus crujientes y relucientes zapatos negros, sabe, sin lugar a dudas, que es *a él* a quien están interpretando en ese momento: están tocando mi canción, la desesperada banda sonora de mi película... Y Kesey y Babbs dan en el clavo una y otra vez, como los legendarios arqueros zen, porque ya no tocan su música *para* la gente sino *dentro* de la gente. Tocan dentro de ella..., oh, flujo inclemente... Y en tal

flujo salen a la luz tantas cosas... Ellos están por encima de las multitudes, mirando desde las alturas de Más Allá del autobús, y los miles de millones de ojos de Norteamérica brillan en dirección a ellos como meollos eléctricos, y los Bromistas disfrutan enormemente con esta pantalla panorámica de Norteamérica y se dejan ir con su flujo con banderas nacionales ondeando en lo alto del autobús y absorben energía —como se absorbe el calor solar— de su potencia y de su neón, y no hay límites para el viaje norteamericano. ¡Exacto! ¡Eso es! Lo que les pasa a Leary y su gente es que han *retrocedido*. ¡Por supuesto! Han

retrocedido al viejo y periclitado mundo intelectual de Nueva York, se han refugiado en el pasado romántico, se han escaqueado del viaje norteamericano. Los intelectuales neoyorquinos han buscado siempre... otro país, una patria de la mente donde todo es mejor y más filosófico y más puro, libre de tanto artilugio y cachivache de consumo, más simple y con más pedigrí: Francia o Inglaterra, en suma... Oh, muchachos, el arte de vivir de los franceses... Leary y su gente han hecho lo mismo, sólo que en su caso es... la India, Oriente, con toda esa vieja monserga de Buda Gautama o el Rigveda invadiéndolo todo como el añublo, y Leary clamando

para que crezca hierba azul en las calles de Nueva York, y decretando que todo el mundo ha de tener una morada con decoración exquisitamente prístina y antigua, en la que ponerse en cuclillas rodeado de esteras de paja y colgaduras paisley y en la que el propio Buda Gautama, del 485 antes de Cristo, pudiera entrar y sentirse al instante en su propia casa. Y sobre todo, silencio, por el amor de Dios, calma, hablad en susurros, gemid, emitid murmullos, meditad, y por el amor de Cristo, nada de artilugios..., nada de magnetófonos ni de vídeos ni de televisores ni de películas ni de bajos eléctricos Hagstrom ni de intervalos variables ni

de banderas norteamericanas ni de neón ni de Buicks Electra ni de estaciones de servicio de fachadas deslumbrantes ni de autobuses delirantes, santo Dios, que vuelan, que utilizan sin cesar el doble embrague rumbo a la costa más occidental de Norteamérica...

Y en Boise coincide que se topan con un entierro o una boda o algo parecido; una multitud engalanada se queda con la boca abierta al ver a los Bromistas haciendo tonterías en una fuente, bajo el sol, y un chico —le acaban de tocar *su canción*, y le ha gustado— corre hacia el autobús y los Bromistas se montan a toda prisa y arrancan justo delante de él y el chico

sigue corriendo tras ellos y Kesey aminora la marcha y cuando le ve acercarse vuelve a acelerar, y así seis o siete manzanas hasta que al fin acelera definitivamente y ven cómo se va quedando más y más atrás, sin dejar de correr, y es como una anticipada...

... ¡alegoría de la vida!

... de las multitudes que sin tardar van a querer subirse al autobús...

De vuelta en casa de Kesey en La Honda, inmersos en el polvo de neón,

más sincronizados que nunca,
abismados en lo No Expresado,

los Bromistas ahora se sitúan
en una clara línea divisoria:
antes del autobús y
después del autobús,
en el autobús o
fuera del autobús,
una drástica y diluviana
línea divisoria de las aguas:
¿Te has embarcado en el Viaje de
la Época?

Un billete de ida a los bosques
del nirvana
de lo No Expresado *ex-secuoya-
cátedra*.

La sincronización más apacible,
la más serena bacanal
para todos...

... salvo para Sandy. Aunque el autobús seguía en movimiento, para Sandy se había detenido. Era como si el autobús hubiera chocado contra un muro y él hubiera salido despedido por la ventanilla y ahora estuviera viviendo en el instante suspendido e interminable previo a *su* choque (¿contra qué?; no lo sabía). Lo único que supo era que iba a estrellarse a menos que los Bromistas recuperasen de pronto la propulsión debida y lo alcanzasen del mismo modo que *Flash*, el personaje de los ubicuos cómics de los Bromistas, se desplazaba a la misma velocidad de las balas y las alcanzaba y las atrapaba en el aire como

huevos...

Sandy vivía nervioso y siempre alerta, desplegando una actividad frenética e incesante que al principio nadie alcanzaba a comprender. El autobús estaba aparcado frente a la casa de troncos, y Kesey, por ejemplo, estaba dentro del autobús haciendo algo, y Sandy estaba fuera, al pie de la puerta, y empezaba a discutir con él sobre algún esotérico pormenor del sistema de sonido. Decía que el trabajo de Kesey con las cintas era muy poco competente. Que para conseguir el efecto sonoro del fuego, por ejemplo, hacía crujir papel de celofán ante el micrófono. Y que si esto y lo de más allá... ¡Siempre quejándose!

Hasta que Kesey se pone contra la pared del autobús con los brazos extendidos a ambos lados, como Cristo en la Cruz — que era exactamente lo que un hermano de Sandy solía hacer cuando éste empezaba a quejarse—, y Sandy se enfurece y grita *¡Que te den por el culo!*, y le hace un corte de mangas. Kesey salta a través de la puerta y levanta a Sandy y lo pega contra el autobús..., y todo termina en un abrir y cerrar de ojos. Sandy está anonadado. Jamás ha visto a Kesey utilizar contra nadie su tremenda fuerza física, y la sola idea de que pueda llegar a hacerlo le resulta abrumadora. Pero todo ha pasado en pocos segundos. Kesey se ha calmado

de pronto y pide a Sandy que le acompañe a la cabaña que hay junto al arroyo. Quiere hablar con él.

Así que van hasta la cabaña y Kesey le habla a Sandy sobre su actitud: le dice que sigue *apeándose*, que sigue *fuera* del autobús constantemente. ¿Por qué? No entiendes, le contesta Sandy. No entiendes mi *apearme*. Es como escalar una montaña. ¿Prefieres subir tú mismo la montaña o que un helicóptero te deposite sobre la cima? La continua ascensión, el continuo *remonte* hace que la experiencia sea más rica. Kesey asiente de un modo un tanto abstraído, y dice: «De acuerdo, Sandy...».

Pero Sandy siente paranoia... ¿Qué

es lo que piensan *realmente* de él? ¿Qué es lo que están planeando? ¿Qué insidiosa broma le preparan? No puede quitarse de la *cabeza* la idea de que están urdiendo alguna broma de enormes proporciones a su costa. Una Broma Monstruosa... No puede dormir, su cerebro funciona a la velocidad frenética del autobús en la carretera, como en un eterno viaje de *speed*...

Entonces Kesey ideó el juego del «Poder». Pegó una diana de dardos sobre una tabla de conglomerado, fijó un eje giratorio en el centro, trazó en la diana unos radios que la dividían en sectores circulares y asignó un sector a cada uno de los Bromistas. Escribió en

cada sector el apodo de cada Bromista: Viajero Intrépido, Babbs; Chapucero, Hagen; Velocidad Límite, Cassady; Peleón, Ron Bevirt; Gretchen la Bella, Paula (en realidad su antiguo nombre y su antigua personalidad se habían esfumado para dar paso a una persona nueva llamada Gretchen la Bella, o simplemente Gretch). Sandy miró en su sector, y vio que en lugar de Apéate — su apodo— ponía «desMONtaTE», en referencia (MONTE) a lo que él le había explicado a Kesey en la cabaña del arroyo. Se sintió lleno de alivio y gratitud. ¡Kesey *sabía*!. ¡Kesey entendía! Sandy volvía a estar en el autobús.

Los Bromistas debían escribir en

trozos de papel unas cuantas «tareas» y hacer un gran montón con los papeles. Luego se hacía girar la rueda, y si ésta se paraba en tu nombre tenías que escoger un papel del montón y llevar a cabo la tarea escrita en él, y los demás puntuaban lo bien que habías realizado esa tarea. Te asignaban de uno a cinco puntos, siendo cinco la puntuación máxima. Gran parte de las tareas eran muy del tipo de los Bromis tas, como «ponerse alguna prenda de otro» y cosas similares. Había un marcador y todos anotaban en él sus puntos. Cada uno se fabricó su propio contador. Sandy hizo el suyo con «metal de esculpir», que primero estiró hasta hacer de él un largo

alambre y luego comprimió hasta convertirlo en un feo ovillo, porque así es como empezaba a sentirse. Page Browning lo cogió y lo moldeó y le dio una forma agradable, la de un pequeño puente. Todo el mundo dijo que así es como debía hacerse, y Sandy sintió que le volvía la paranoia...

El premio al ganador era el Poder. Treinta minutos de poder absoluto en los que su palabra era ley y todos tenían que hacer lo que mandaba. Un juego muy alegórico. Babbs ganó una partida y ordenó que todo el mundo llevara a la sala todas sus pertenencias. Así que los Bromistas fueron llevando todo cuanto poseían y tenían almacenado en

dormitorios, tiendas de campaña, sacos de dormir, autobús..., y armaron con ello una abigarrada montaña de ropa, zapatos, botas, juguetes, botes de pintura, cepillos de dientes, libros, cajas, cápsulas, estuches para la hierba, cartas y papeles y cachivaches personales... Se apiló todo en el centro de la sala, en un maravilloso montón de heterogéneos enseres.

—Ahora —dice Babbs—, vamos a redistribuir la riqueza. —Levanta un objeto del montón y dice—: ¿Quién quiere un cepillo de dientes de 1964 de Gretchen la Bella?

Alguien levanta la mano y se lo adjudica, y alguien lo registra solemne y

legalmente en un cuaderno.

En un momento dado la rueda señala a Sandy, que saca un papel del montón. La letra es de Gretch, y la tarea es la siguiente: «Salir y hacer una hoguera». Sandy lee el papel en voz alta y se queda mirándolo fijamente. Los Bromistas le miran a él, a la espera de que se levante y vaya a encender la hoguera, y él siente las miradas y de repente *comprende*: se trata de una muy inteligente maniobra para hacerle salir de la casa, hacerle salir a la oscuridad para tener las manos libres para preparar la Broma Monstruosa...

Y empieza a soltarlo todo atropelladamente:

—*No puedo hacerlo. ¿Es que no veis lo que me pasa? Se está convirtiendo en algo horrible: no puedo dormir, todo es...*

Para ilustrarlo, pone los dedos de una mano sobre los dedos de la otra, cruzados, formando una especie de enrejado, y mira a través de los huecos intermedios. Quiere mostrar cómo todo se hace añicos, cómo todo se fragmenta —su campo visual entero desde aquel viaje de DMT en Millbrook, y habla del mar de llamas y de la paranoia, la incesante paranoia, y suelta todo lo que lo está angustiando, lo que está lanzándolo vertiginosamente hacia... ¿dónde?

Y de pronto se hace un gran silencio en la casa de troncos. Todas las miradas están fijas en él, absortas, prestándole una to tal... Atención. Al fin se ha sincerado por completo. El furioso impulso cesa, y súbitamente Sandy siente :::: paz.

—¿Cuántos puntos le damos? —dice Kesity.

Y todo el círculo exclama: ¡Cinco! ¡Cinco! ¡Cinco! ¡Cinco!...

—Tres —dice Gretch, la artífice de la «tarea».

Y Sandy siente cómo un microgramo de paranoia vuelve a reptarle dentro como un diminuto acárido...

Los Bromistas cayeron en la cuenta entonces de que algo serio le pasaba a Sandy. Kesey tenía un dicho: «Da de comer a la abeja hambrienta». Así que los Bromistas empezaron a dispensar... atención a Sandy, a tratar de hacerle sentir que estaba en el meollo de todo aquel asunto. Pero él seguía interpretando mal sus gestos. ¿Por qué le miraban con tanta insistencia? Su insomnio empeoró. Una noche fue carretera abajo hasta la urbanización Redwood Terrace para pedir unos somníferos. Se puso a llamar a cualquier puerta en plena noche para pedir un par de pastillas de Sominex. Seguía con la

vieja idea neoyorquina de que uno cruza el pasillo de su casa de apartamentos y pide al vecino una taza de azúcar sin necesidad de conocerle. Así que se pone a llamar a las puertas para pedir Sominex. La gente, como es lógico, o bien siente pánico y cierra la puerta o bien le manda al infierno. La gente de Redwood Terrace tenía ya para entonces una cierta paranoia en relación con aquellos chiflados que vivían en casa de Kesey.

Y durante el día la cosa no mejora. A medida que se le agudiza el insomnio, empieza a tener una visión más fragmentada de la realidad, y finalmente... mira el autobús y el

llamativo caos de sus figuras delirantes se convierte en... ¡el túnel! Un túnel por el que habían pasado en cierta ocasión, un largo túnel en el que le había invadido una intensa claustrofobia y la paranoica certeza de que jamás saldrían de él, y ahora el túnel aparece, con pavorosa precisión, en un costado del autobús. Se vuelve y... allí está el claro bajo la enramada, bañado por la luz de calcio, la catedral entre las secuoyas, la serenidad..., y se vuelve hacia el autobús despacio y ::::::::::: ¡AÚN ESTÁ ALLÍ! ¡EL TÚNEL! :::::: ¡EL AUTOBÚS! :::::: AHORA PINTADO COMO POR UN MAESTRO, POR UN AUTÉNTICO TIZIANO :::::: POR UN

BOSCO :::: UN MATTHIAS
GRÜNEWALD :::: CON LAS
ESCENAS MÁS HORRIPILANTES DE
MI VIDA.

¿La salvación? Kesey anuncia que van a salir de nuevo en el autobús, que se ponen de nuevo en movimiento y parten rumbo al Instituto Esalen, en el Big Sur, a cuatro horas de viaje por carretera. Esalen era —como suele decirse— un «experimento vital», una especie de balneario aislado y de vida ascética encaramado en un acantilado, a unos trescientos metros sobre el Pacífico. Un impresionante escenario

natural, del estilo de las marinas del siglo XIX. Olas rompiendo abajo, aire chispeante arriba y una vista de medio mundo, de montañas y océano y cielo..., todo aquello, en suma, por lo que es célebre el Big Sur. Un albergue y una piscina y un retazo de césped sobre el borde del acantilado y varios manantiales de aguas sulfurosas a unos cien metros, encaramados también sobre un acantilado, donde además de bañarse uno podía contemplar el infinito océano. Detrás del albergue había hileras de pequeñas cabañas y unos cuantos remolques donde se alojaba la clientela, integrada por adultos de una educada clase media que en verano deseaba

liberarse de la Rutina y menear un poco las posaderas.

El principal teórico de Esalen era un especialista en Psicología Gestalt llamado Fritz Perls. Perls era un setentón corpulento, con barba de chivo, que se paseaba en una especie de mono de tela de toalla azul. Tenía un aire de sabio y digno y autoritario oso azul. Era el padre del llamado Viaje del Ahora. Su teoría era que la mayoría de la gente vivía vidas de fantasía; que la gente vivía totalmente en el pasado o en función de lo que esperaba del futuro, lo que por lo general equivalía a vivir siempre con miedo. Perls trataba de enseñar a sus pacientes, discípulos y

clientes de Esalen a vivir el Ahora, el presente, a tomar conciencia del cuerpo y de toda la información aportada por los sentidos, a arrinconar los miedos y aprehender el instante presente. Celebraban «encuentros maratonianos» en los que los integrantes del grupo convivían durante días y sacaban a la luz todo lo que llevaban dentro, dejaban de escudarse tras los usos y costumbres, decían lo que realmente sentían, gritaban, se acusaban, se abrazaban, sollozaban... Una auténtica delicia, claro está («¿quieres saber lo que pienso de ti realmente...?»). Uno de los ejercicios de Esalen era el Viaje del Ahora, en el que uno trata de registrar la

información aportada por los sentidos en el instante presente. Uno hace una rápida serie de manifestaciones en las que entra la palabra «ahora»: «ahora siento que el viento refresca el sudor de mi frente...; ahora oigo un autobús que sube en segunda por el camino de entrada...; ahora me llega un disco de los Beatles a través de un altavoz...».

¿Un autobús? ¿Un disco de los Beatles? Han llegado los Bromistas, señores Viajeros del Ahora. Kesey había sido invitado a Esalen para dirigir un seminario titulado «Un Viaje con Ken Kesey». Nadie había contado, sin embargo, con la *troupe* ruidosa y excitada que lo acompañaba. La

clientela de Esalen había recorrido un largo camino en unas cuantas semanas y empezaba ya a remontar el borde de la Rutina. Y lo que ahora veían... podía suscitar temor en aquel País de la Libertad. Los Bromistas eran amistosos, pero brillaban en la oscuridad. No paraban de hacer locas travesuras en la serenidad de aquellas Aguas Termales. Muy pocos se inscribieron en el «viaje con Ken Kesey», por mucho que fuera un viaje en forma de seminario.

Sandy, entretanto, fluctuaba bruscamente entre la paranoia y los sentimientos de divino... Poder. Y su viaje era siempre el autobús. En un momento dado lo veía tapizado de

escenas —propias del Bosco— de su más íntimo infierno, y al instante siguiente... poseía un total control del autobús. Una noche descubría que, con sólo mirarlo con fijeza, podía «despintar» el autobús. Tenía poderes psicocinéticos. Su mirada poseía un poder de vida y muerte. Las olas rompían al pie del acantilado de Esalen, y él se quedaba mirando el autobús y... lo *despintaba*.

Hacía que todo un costado entero recuperase por completo su luminoso amarillo original. La capa de pintura de los Bromistas desaparecía como por ensalmo. ¿Era un ardid de la mente? Miraba hacia otra parte, hacia el océano

Pacífico, hacia las estrellas..., y de pronto se volvía hacia el autobús y ::::
SEGUÍA DESPINTADO ::::
CONSERVABA ELAMARILLO
VIRGINAL DE LOS AUTOBUSES
ESCOLARES.

Posee el poder, pero ¿podrá él ponerle a salvo de la Monstruosa Broma? Los Bromistas van en el autobús a Monterrey, a ver la película *La noche de la iguana*. Sandy se sienta al fondo para poder vigilarles. Si alguien intenta algo, con la sola mirada podrá... Entran en el cine y él se rezaga y se sienta varias filas más atrás. Para poder vigilarles... Hay unos dibujos animados en la pantalla: *Tom y Jerry*. El ratón,

Jerry, engaña al gato Tom y lo hace caer por un acantilado; el animal se estrella contra el suelo y queda aplastado y el impacto levanta al aire una nube de globos oculares, miles de globos oculares. Todo el mundo ríe, pero a Sandy se le antoja horrible, increíblemente brutal. Salta de la butaca y sale del cine a la carrera y vaga por Monterrey durante una hora u hora y media. Luego vuelve al cine, y ve a Hagen en la entrada.

—¿Dónde diablos te has metido? Kesey te está buscando por todas partes.

Sandy entra en la sala apresuradamente. ¡Kesey! Mira hacia la pantalla y ve que el ratón Jerry burla a

Tom, el gato, que cae por un acantilado y se estrella contra el suelo y queda aplastado, y el impacto levanta al aire una nube de globos oculares, miles de globos oculares... Sandy vuelve a salir del cine a la carrera. Y ahora es Kesey quien le espera fuera. Y lo conforta y lo conduce hasta el autobús, y emprenden el viaje de vuelta al balneario.

Una vez en Esalen, de nuevo en su cabaña, Sandy se queda medio dormido y se abisma en un sueño de... ¡GUERRA! Su Poder contra el de Kesey, cual en un enfrentamiento entre el Dr. Strange y Aggamon, en el que uno de ellos matará al otro en una Guerra Soñada... Despliega al máximo su

energía psíquica..., abre los ojos y entrevé un aparato en la cabaña: ¿una estufa? Pa rece una estufa pero es el arma mortífera de Kesey, y en ese momento el termostato pone en marcha el aparato y se enciende en él una pequeña luz roja..., la pistola de rayos de Kesey, que ha vencido, que le da *muerte*, y Sandy cae de la cama, muerto; yace en el suelo y abandona su cuerpo en proyección astral y emprende vuelo sobre las aguas del Pacífico, desde el acantilado de Esalen, y sobrevuela unos setenta u ochenta kilómetros, y el viento pasa en ráfagas, *huummmm huuummmm, huuummmm huuummmm, huuummmm huuummmm...*, y él es el viento, no es

siquiera un espíritu compacto que vuela sino un ser totalmente difuso, diluido en los éteres más altos, y puede ver el inmenso océano bañado por la luna y otra vez Esalen... Entonces vuelve en sí y está en el suelo de la cabaña, respirando con ruido, *huuuummm* *huuuummm*, *huuuummm* *huuuummm*, *huuuummm* *huuuummm*...

«¡San-dy! ¡San-dy! ¡San-dy!». Es de día, y los Bromistas están fuera de la cabaña, llamándole... ¿De qué Monstruosa Broma se trata?

Lo que en realidad sucede es que Kesey les ha dicho a los Bromistas que presten total Atención a Sandy para que vuelva a ser él mismo, para reintegrarlo

al centro de la situación que viven. Sandy sale, ve que le están mirando y cree ver miradas torvas, agresivas... Pero ahora están de nuevo en el autobús, y avanzan por el Big Sur bajo la luz del sol, y Kesey y los Bromistas han preparado un largo «expediente Sandy», doce páginas de texto y dibujos, muy imaginativos, a la manera de un informe psíquico, exponiendo llanamente todos los miedos de Sandy y disipándolos con camaradería. Y la cosa empieza a funcionar. Luego, mientras recorren la autopista que bordea el acantilado, Kesey hace subir a Sandy a la baca para un Viaje del Ahora. Se sientan allá arriba, al sol, frente al viento, y Kesey

contempla con gozo los dibujos que hay en el techo del autobús.

—Ahora veo cómo la forma verde de la serpiente se vuelve roja y el borde se funde en...

Continúa así durante un rato, y Sandy empieza a disfrutar con el Viaje del Ahora que le propone Kesey... ¡Kesey! ¡Atención Total! Y parece que Sandy vuelve al fin en sí, que se siente *de nuevo en el autobús*. Y entonces, mientras siguen bordeando el acantilado, decide embarcar a Kesey en otro Viaje del Ahora.

—Ahora —dice— veo el mar como un manto de hielo que se escora hacia la orilla... Y ahora veo tres soles...

La vibración del autobús, en efecto, ha vuelto a desencadenar en él la reacción del DMT. Las vibraciones y sacudidas del autobus le producen triple visión, pero en lugar de que su pupila corrija luego tal efecto y enfoque un solo sol, él sigue viendo tres. Kesey mira al cielo, y dice:

—Sí, sí.

Y se divierte con ello, lo cual hace que Sandy se sienta realmente bien...

Pero llega la noche.

«¡San-dy! ¡San-dy!». Los Bromistas tratan de engatusarle para que vuelva a salir de la cabaña. ¿Para... qué? Pues para la Monstruosa Broma, claro está... Pero él posee... Poder. Los Bromistas,

fuera, han encendido velas, y emprenden una marcha con velas en la mano, y bajan por el sendero de un barranco que corta el acantilado en dirección a la orilla. ¿Para... qué? Pues... para la Monstruo... Pero entonces Faye, la mujer de Kesey, se acerca a él en silencio, sonriente, con ternura, y le ofrece una vela y se la enciende, y Faye es la personificación de la sinceridad y el amor, así que Sandy sale y les sigue sendero abajo, mientras la marea resuena en el barranco... ¿Por qué quieren que se una a aquella fantasmal procesión? Pues para gastarle la más Monstruosa de las Bromas, para *matarle* a la orilla del océano..., pero *él* tiene el

poder..., la vela vacila al viento y la llama flaquea, e instantes después recobra toda su intensidad, pero no es el viento..., es él, Sandy, quien con su energía psicocinética puede hacer que primero arda débilmente y luego vuelva a lucir con fuerza con sólo fijar la vista en ella; su mente posee el control absoluto de la llama, y ésta, a su vez, puede controlarle a él, pues ambos son una sola cosa y la misma cosa, *Dios*, y va descendiendo por el barranco y va haciéndose más y más poderoso..., pero una chica llamada Lola se ha parado delante de él. Sandy se acerca y Lola ladea la vela y la cera le cae sobre los dedos, y al parecer le gusta la sensación

y sonrío, y la mano se le va cubriendo de cera y se va volviendo blanca y sin vida, como la de un esqueleto, y su sonrisa, iluminada desde abajo por la vela, se torna cérea, de zombi —LA MUERTE EMPIEZA AQUÍ— y Sandy escapa corriendo sendero arriba.

... sin saber que la procesión ha sido organizada como una ceremonia de amor, un viaje de amor dedicado a él, para hacer que volviera a ser quien era; una celebración en su honor, a la orilla del mar, a la luz de las velas...

... pero Sandy hace rato que se ha ido, que ha corrido barranco arriba por el sendero, y ahora corre por la autopista del acantilado en dirección a

Monterrey, corre hasta que pierde el resuello por completo, y camina un trecho, y vuelve a correr hasta las luces de las casas que hay sobre los acantilados, sobre el mar, casas estivales del Big Sur, y llama a una puerta y grita con incoherencia y dice que va a tirarse por el acantilado..., hasta que llega la policía. ¡Te atraparon! Pero poco importa, porque puede aniquilarlos cuando le venga en gana con uno de sus rayos psicocinéticos...

Lo meten en el asiento trasero y salen a toda velocidad por la carretera 1 hacia Monterrey, y toman las curvas sin aminorar la marcha, cada vez más rápido, cada vez más rápido... —¡No

vaya tan deprisa!— dice Sandy.

—¿Qué?

—¡Que no vaya tan deprisa!

—Oiga —dice el policía—, iré más despacio si deja de clavarme los ojos en la nuca.

—Ahhhhh...

—Mire por la ventanilla o haga lo que le apetezca. Mire el paisaje. Pero deje de mirarme la nuca.

Sandy aparta los ojos de la nuca del poli. Dos huecos hondos y febriles. Otro momento...

La policía de Monterrey retuvo a Sandy en una celda hasta que su hermano

Chris llegó de Nueva York para hacerse cargo de él. Chris se topó con Kesey en la cárcel. Tenemos que sacarlo de aquí, le dice Kesey. ¿A qué te refieres?, pregunta Chris. Tenemos que hacer que vuelva a donde debe estar: con los Bromistas. Chris se llevó a Sandy a Nueva York para someterlo a tratamiento. Y pasaría mucho tiempo antes de que Chris entendiera de qué diablos hablaba Kesey aquel día.

XI. LO NO EXPRESADO

¡Cómo expresarlo!... La fantasía del momento... Jamás oí a ninguno de los Bromistas utilizar la palabra *religiosa* para describir la atmósfera mental que compartían tras el viaje en el autobús y los extraños días pasados en el Big Sur. De hecho evitaban expresarlo con

palabras. Y sin embargo...

Subieron al autobús y partieron rumbo a La Honda en aquel estío de sol helado del Big Sur, y no había necesidad de que nadie lo dijera: ahora todos se hallaban profundamente inmersos en alguna *extraña mierda*, como prefirieron llamar a... lo No Expresado para conjurar cualquier posible maldición. Todo se estaba volviendo muy *psíquico*. Era como cuando Sandy condujo trescientos kilómetros en Dakota del Sur y luego miró el mapa en el techo del autobús y vio marcados con rojo aquellos trescientos kilómetros exactos... Sandy : : : : : había vuelto al país de los escáners cerebrales, donde

los Batas Blancas ni en un millón de años llegarían a comprender dónde había estado realmente..., que era donde ahora estaban todos, un lugar conocido también como Ciudad Límite... De vuelta en la casa de troncos de La Honda, todos sentados en círculo al anochecer, en el cuarto de estar, mientras fuera empieza a hacer frío..., Page Browning piensa: *Creo que voy a cerrar la ventana*, y en ese mismo instante otro Bromista se levanta y la cierra y sonr-í-í-í-e y no dice nada... Lo No Expresado... Y esas cosas suceden una y otra y otra vez... Salen de excursión a Sierras Altas y Cassady deja la carretera principal y enfila una

pequeña carretera de montaña..., para ver adonde lleva. La carretera es tan vieja y poco utilizada que el firme está bastante deteriorado, y suben y serpean en dirección a ninguna parte, pero el aire es limpio y puro, y hacia el final de la pendiente el autobús empieza a renquear y resoplar y se niega a seguir subiendo. Y finalmente se detiene. Descubren que se han quedado sin gasolina: bonita situación, porque ya está anocheciendo y se hallan varados en algún maldito lugar al oeste de ninguna parte, sin gasolinera alguna en cincuenta o quizá ochenta kilómetros a la redonda. No hay nada que hacer salvo tumbarse en el autobús y ponerse a

dormir..., mmmmmmmmm..., escorpiones
con botas sobre rojas zapatillas de
dormir Royal Ambassador de la TWA
sobre su gran Agujón Howard Hughes
en un saco de dormir sobre el suelo de
un cobertizo de mármol en el desierto

EL ALBA

todos despiertan ante el fragor de un
gran traqueteo que asciende por la
pendiente, más abajo, y de pronto
aparece en la cima un camión cisterna
de

CHEVRON

lleno de gasolina, un camión cisterna
monstruosamente grande. Que se para
sin más, como si todos se conocieran de
hace tiempo, y les llena el depósito y sin

decir palabra sigue su camino hacia las Sierras, hacia la absoluta

NADA

Babbs: */Control cósmico, eh, Peleón!*

Y Kesey: *¿Adónde va? No creo que hombre alguno haya pisado jamás aquellos parajes. Estamos bajo control cósmico, y lo hemos estado desde hace mucho, mucho tiempo, y cada vez es mayor, se hace más intenso, es más fuerte. Y entonces descubres la existencia de... Cosmo, y te das cuenta de que es quien dirige el espectáculo...*

Lo No Expresado: el papel de Kesey y el rumbo que estaban tomando los Bromistas... Todos los Bromistas eran

conscientes de ello, pero —como ya he dicho— ninguno de ellos lo expresaba nunca con palabras. Habían decidido no expresarlo con palabras. Era, de hecho, una de las normas «no expresadas». *Si se le llama «esto», ya no podrá ser «aquello»...* Kesey se cuidaba muy mucho de que su papel no resultase explícito. La autoridad no era él, sino algún otro: «Babbs dice...», o «Page dice...». Él no era el líder, sino el «no piloto» de la nave. También era el «no profesor». «¿Te das cuenta de que aquí eres un profesor?». Y Kesey dice: «No exageres, no exageres», y se da la vuelta y se va... Las enseñanzas explícitas de Kesey eran todas crípticas, metafóricas;

eran parábolas, aforismos: «o estáis en el autobús o fuera del autobús»; «dad de comer a la abeja hambrienta»; «nada dura»; «ved con los oídos y oíd con los ojos»; «poned el bien que podáis hacer donde más pueda servir»; «¿qué es lo que dijo el espejo? Que estaba harto de la gente»... Hasta cierto punto era un método comparable al del budismo zen, con sus inescrutables *koan*, en los que, por ejemplo, el novicio pregunta: «¿Cuál es el secreto del zen?», y Hui-neng, el maestro, le responde: «¿Cómo era tu cara antes de que tus padres te engendraran?». Expresar las cosas con cierto número de palabras, definir las, era limitarlas. Si son *esto*, no

pueden ser *aquello*... Y sin embargo ¡ahí están! Todos estaban forjando su propia andadura personal, pero ésta se inscribía en una andadura «comunal», que era —según la llamó Page Browning— lo No Expresado; tal denominación les bastaba, y nadie quería mostrarse más pródigo en palabras.

Y en ello no había teología ni filosofía alguna, al menos no en el sentido de los *ismos*. No se perseguía un orden moral más elevado en el planeta, ni un orden social mejor, ni nada que tuviera que ver con la salvación ni con la inmortalidad ni con la otra vida. ¡La otra vida! Una gran carcajada. Si existía

un grupo dedicado por entero al «aquí y ahora», ése era el de los Bromistas. Me recuerdo intrigado e interrogándome al respecto. Había algo tan... *religioso* en el ambiente, en la atmósfera vital de los Bromistas... Y sin embargo uno no lograba precisarlo, concretarlo. En apariencia se trataba simplemente de un grupo de personas que habían compartido un estado psicológico inaudito, la experiencia del LSD.

¡En efecto! La *experiencia*... ¡Ésa era la palabra!, y a través de ella todo empezaba a encajar. De hecho ninguna de las grandes religiones — cristianismo, budismo, islamismo, jainismo, judaísmo, zoroastrismo,

hinduismo— comenzó con una estructura filosófica determinada, ni siquiera con una gran idea nuclear. Todas ellas empezaron con una abrumadora *experiencia nueva*, lo que Joachim Wach llamó «la experiencia de lo sagrado», y Max Weber «la posesión de la deidad», la sensación de ser vasija de lo divino, de lo Todo y Uno. Recuerdo que cuando por primera vez leí acerca de estas cosas no alcancé a entender cabalmente su sentido. Me limité a aceptar el robusto vocablo alemán que trataba de definirlo. Jesús, Manes, Zoroastro, Buda Gautama...: al principio el maestro no ofreció a su círculo de seguidores una mejor vida en

el más allá o un mejor orden social o más recompensa que cierto «estado psicológico en el aquí y ahora», en palabras de Max Weber. Supongo que lo que yo no alcanzaba a comprender era que se refería a una auténtica experiencia mental vivida por todos ellos, un *éxtasis*, en suma. En la mayoría de los casos —según los libros sagrados y las leyendas— acontecía como un *flash*. Mahoma estaba ayunando y meditando en la ladera de una montaña cercana a La Meca cuando, de súbito, *un flash* y... el éxtasis, una vasta revelación y el inicio del Islam. Zoroastro acarreaba agua de haoma^[25] por el camino y... *un flash* y se

encuentra con la llameante figura del arcángel Vohu Mano, mensajero de Ahura Mazda, y tiene lugar el comienzo del zoroastrismo. Saulo de Tarso va por el camino que lleva a Damasco y... *un flash* y oye la voz del Señor y se hace cristiano. Y sabe Dios cuántas figuras menores han vivido la misma experiencia en el curso de los 2.000 años transcurridos desde entonces... Christian Rosenkreuz y su hermandad de «iluminados por Dios», los rosacruces; Emanuel Swedenborg, cuya mente se «abrió» súbitamente en 1743; *Meister* Eckhart y sus discípulos Suso y Tauler; y en el siglo XX Sadhu Sundar Singh, con *el flash* y la visión a la edad de

dieciséis años y las muchas otras que vendrían después... «A me nudo, al salir del éxtasis pienso que el mundo debe de estar ciego para no ver lo que yo veo, tan cercano y claro es todo... No hay lengua capaz de expresar las cosas que veo y oigo en el universo espiritual...». No hay duda: parecen palabras de un adicto al ácido. Lo que todos ellos vieron en... un súbito *flash* fue la solución al conflicto de la propia condición *humana*, del *yo* individual, atrapado, indefenso y mortal en un vasto e impersonal *ello*, el mundo circundante. ¡Y súbitamente...! ¡Todo en uno...! Todo fluyendo aunado, el *yo* en el *ello*, y el *ello* en *mí*, y en ese fluir percibo un

poder, tan cercano y tan claro, ante el que el mundo entero se muestra ciego. Todas las modernas religiones, al igual que las doctrinas de lo oculto, hablan de Otro Mundo —ya sea el de Brahma o el de los platillos volantes— que el mundo racional y cotidiano es incapaz de ver. El *llamado*, amigos, mundo racional... Si *ellos...*, mamá-papá-hermanito-hermanita, seres amados pero prosaicos, pudieran conocer el *kairós*, el instante supremo... Las *visiones* históricas han sido explicadas de modo muy diverso: se han atribuido a la epilepsia, a la autohipnosis, a cambios en el metabolismo producidos por el ayuno, o a la intervención real de dioses..., o a

las drogas. El zoroastrismo comenzó con un gran baño de agua de *haoma* —el equivalente al *soma* del hinduismo—, y no hay duda de que el *haoma* era una droga. *¡La experiencia!*

Y después de *la experiencia*, después de conocer a los Bromistas, volví sobre mis pasos y leí el paradigma de Joachim Wach sobre el modo de fundación de las religiones, escrito en 1944, y el contrastar lo que leía con todo lo que ya sabía de los Bromistas supuso para mí una suerte de precognición oculta:

A raíz de una profunda experiencia nueva, generadora de una nueva visión del mundo, el fundador, persona

extraordinariamente carismática, comienza a reclutar discípulos. Estos discípulos llegan a constituir un grupo informal pero de gran cohesión interna, ligado por la experiencia nueva, cuya naturaleza les ha revelado e interpretado el fundador. El grupo podría ser considerado un «círculo», en el sentido de estar orientado hacia la figura central, con la que cada adepto mantiene un íntimo contacto. Los adeptos pueden considerarse compañeros del fundador, y se hallan unidos a él por lazos de devoción personal, amistad y lealtad. Un creciente sentido de solidaridad une entre sí a los adeptos, y al mismo

tiempo los diferencia de cualquier otra forma de organización social. El ingreso en el círculo exige una total ruptura con las ocupaciones ordinarias de la vida y un cambio radical en las relaciones sociales. Los lazos familiares y de parentesco y las lealtades de cualquier índole debían quedar —al menos temporalmente— desatendidos o rotos por completo. Las penalidades, sufrimientos y persecuciones que se ciernen sobre aquellos que se unan al grupo se ven compensados por firmes expectativas y grandes esperanzas ... Etcétera. Y en relación con el fundador, se afirma: tiene «visiones, sueños, trances,

frecuentes éxtasis...»; «sensibilidad extraordinaria e intensa vida emocional...»; está «presto a interpretar manifestaciones de lo divino...»; «hay algo elemental [en él], una actitud inflexible y unas maneras y un lenguaje arcaicos...»; «se presenta como un renovador de perdidos contratos con los poderes ocultos de la vida...»; «no suele proceder de la aristocracia, de medios cultivados o refinados; por lo general viene del pueblo llano y permanece fiel a su origen aun cuando el medio haya cambiado...»; «habla crípticamente, con palabras, señales, gestos, metáforas, actos simbólicos de diversa índole...»; «ilumina e interpreta

el pasado y anticipa el futuro en función del *kairós* (el instante supremo).»...

¡El *kairós*! ¡La *experiencia*!

... siguiendo, según Max Weber, uno de estos dos patrones: como profeta «ético» —al modo de Jesús o Moisés—, dictando normas de conducta a sus seguidores y describiendo a Dios como un ente superior que juzga cómo acomodan su vida a tales normas; o como profeta «ejemplar», al modo de Buda, para quien Dios es impersonal, una fuerza, un flujo unificador, un... Todo en Uno. El profeta ejemplar no propone normas de conducta: propone su propia vida como ejemplo para sus seguidores...

En todos estos círculos religiosos, los grupos se hacen más y más compactos al desarrollar sus propios símbolos, terminología, estilos de vida y, gradualmente, meras prácticas de culto, *ritos* en los que a menudo entran la música y el arte, emanados todos ellos de la *nueva experiencia* y extraños e incomprensibles para aquellos que no han tenido tal vivencia. En este punto dichos grupos empiezan a sentir también... «una viva exigencia de propalar el mensaje a todas las gentes».

... a todas las gentes. Dentro del círculo, el asunto del estatus no era nada complicado. El mundo se hallaba pura y simple mente dividido en «iniciados»,

aquellos que habían vivido *la experiencia* de ser vasijas de lo divino, y la gran masa de «no iniciados», «no en sintonía», «fuera de melodía»... O, dicho de otro modo: *en el autobús o fuera del autobús*. De forma consciente, los Iniciados nunca se mostraban despectivos con los No Iniciados, pero de hecho consideraban casos perdidos a la mayoría de la masa informe de almas no iniciadas... *y la música de vuestra flauta, desde lo alto del autobús, no hacía sino poner a esa masamás tensa*. Estos grupos de iniciados, sin embargo, trataban con generosa solicitud a quienes daban muestras de tener posibilidades, a sus hermanos

potenciales...

... los potencialmente «en sintonía»... Empezó a llegar a La Honda «gente guapa», y en casa de Kesey no se rechazaba a nadie. Podían quedarse en la casa, vivir con el grupo, siempre que... parecieran estar «en sintonía»... Montañesa esperaba frente a la casa de Kesey cuando el autobús salió del último recodo de la carretera 84 y enfiló la garganta de secuoyas. Montañesa era una morena corpulenta con camiseta y mono y una motocicleta negra. Tenía sólo dieciocho años, pero era grande y robusta —medía un metro ochenta—, y

ruidosa y desaliñada. Pero curiosamente... tenía unos hermosos dientes y una sonrisa capaz de levantarle el ánimo a cualquiera... Se llamaba Carolyn Adams, pero se convirtió de inmediato en Montañesa. Que yo sepa, nadie volvió a llamarla por su nombre verdadero hasta que nueve meses después la policía acudió a sus ficheros en busca de sus datos y de los de otros once Bromistas...

Cassady le había hablado de la casa de Kesey en La Honda, y Montañesa se había entusiasmado. Había trabajado como auxiliar técnica en un laboratorio biológico de Palo Alto. Tenía un novio que..., bueno, a su modo convencional

de estar «al día» probablemente se consideraba un *beatnik*. Pero aquel novio suyo nunca hacía nada, nunca se ponía en movimiento. Jamás iban a ninguna parte. Jamás salían a hacer nada. Así que Montañesa se decidió a hacer las cosas por sí misma. Y una noche acabó en St. Michael's Alley, uno de los pequeños tugurios bohemios de Palo Alto, en la fiesta de cumpleaños de Cassady, donde oyó decir a éste que el «asunto», el verdadero «rollo», estaba al otro lado de la montaña, en el bosque de secuoyas.

Montañesa tuvo un éxito enorme entre los Bromistas desde el momento mismo de su llegada. Se comportaba

siempre con total sinceridad y franqueza: no hacía falta que la animaran a ello lo más mínimo. Era una criatura grande y llena de una vitalidad ruidosa. Ahí viene Montañesa..., y quedabas hechizado en cuanto veías la luminosa sonrisa en sus labios y sus grandes ojos castaños abiertos, abiertos, abiertos, hasta que estallaban en multitud de puntos de luz enfrente mismo de tus ojos, y sabías que aquella rústica y maravillosa voz estaba a punto de gritarte algo como:

—¡Eh!, ¿sabes lo que vamos a hacer? Vamos a ir al almacén Baw's... ¡y vamos a plantar unas semillas de hierba en las jardineras! ¿Te imaginas?

¡El pueblo entero colocado en menos de seis meses!

Y cosas por el estilo. Pero bajo aquella personalidad bulliciosa y traviesa se escondía probablemente la chica más brillante de todo el grupo, con excepción quizá de Faye. Pero Faye hablaba muy poco, así que incluso este punto podía discutirse. Montañesa resultó provenir de una muy respetable clase media alta de Poughkeepsie, Nueva York, donde había nacido en el seno de una familia unitaria^[26]. En cualquier caso, se integró en el grupo de inmediato. Era decidida y poseía un temple de acero. Y cada día estaba más guapa. Lo único que necesitó fueron

unas cuantas semanas del arroz y los guisos y las comidas irregulares de la morada de Kesey, la consabida dieta macrobiótica involuntaria, por así decir, con la que empezó a adelgazar por momentos y a ponerse más y más guapa. Y nada de ello, claro está, pasó inadvertido a ojos de Kesey: él era el Montañés y ella la Montañesa... Una mujer, pues, a su medida...

Montañesa se instaló en una tienda montada en una pequeña meseta de la colina, a espaldas de la casa, bajo las secuoyas. Page Browning tenía su tienda muy cerca. Y también Babbs y Gretchen la Bella. Y Mike Hagen su Choza para Follar. La Choza para Follar era la obra

estelar de Hagen (¡el Chapucero!). Ninguna de las tablas encajaba como es debido y todos los clavos estaban clavados a medias. Las tablas parecían más bien apiñadas unas contra otras en una suerte de precaria alianza. Un día Kesity cogió un martillo y dio un golpe sobre un clavo del techado y la choza entera se vino abajo con estrépito...

—\Nada dura, eh, Hagen! —gritó Montañesa.

Y su risa retumbó entre las secuoyas.

Y la Cueva del Eremita... Un día Faye miró por la ventana de la cocina y, al pie de la colina, a espaldas de la casa, vio a una pequeña criatura que atisbaba desde el borde del bosque

como un animal hambriento. Era un muchacho delgado y menudo —de poco más de un metro cincuenta de estatura—, pero con una larga barba negra..., que evocaba a uno de los gnomos de Ozark de Barney Google. Estaba allí de pie, quieto, con sus grandes ojos famélicos —parecían sobresalirle de entre las greñas— fijos en la casa. Faye le sacó un plato de atún, que él recogió y comió en silencio. Y ya nunca se marchó. ¡El Eremita!

El Eremita apenas hablaba, pero resultó ser un individuo con estudios, y hablaba con quienes le inspiraban confianza, como Kesey. Tenía sólo dieciocho años. Había vivido con su

madre en algún lugar de los alrededores de La Honda. En la escuela había tenido multitud de problemas. En la escuela y en todas partes. Era un auténtico marginado. Acabó por irse a los bosques, donde vivía descalzo, con una escueta camisa y unos pantalones vaqueros, y cazaba animales y pescaba peces para alimentarse. La gente lo veía fugazmente de cuando en cuando, y los chicos de secundaria solían tratar de atraparlo y de destruir sus chamizos y de hacerle la vida imposible. Su continuo vagar le había llevado a lo alto de los bosques, más allá de la casa de Kesey, a una zona salvaje y nunca desbrozada conocida como «parque de Sam

McDonald».

El Eremita se aderezó su «cueva de ermitaño» al fondo de una barranca oscura y verde y mohosa y musgosa, apartada del sendero que surcaba los bosques camino de la cima. La había llenado de objetos que parpadeaban y destellaban y susurraban. Luego llegó a ser el encargado de guardar en su cueva las provisiones de ácido de la comunidad. Y también tenía otros secretos, como sus diarios..., las Memorias del Eremita, en las que la vida real y la fantasía eremítica corrían parejas en sinuosos ríos poblados de chiquillos y de cazadores perdidos a quienes sólo el Eremita podía

rescatar... Nadie supo su nombre verdadero hasta unos meses después, cuando —como ya he dicho— la policía empezó a hacer pesquisas al respecto...

Entonces Babbs descubrió el Day-Glo, la pintura fluorescente, y se puso a pintar los troncos de las secuoyas a grandes y desmañados brochazos de verde, anaranjado, amarillo... Dios, pintaba incluso las hojas, y el paraje de la morada de Kesey empezó a brillar por la noche. Y a estar en boca de todos. Cada vez llegaba más y más gente para estancias largas y cortas. Cassady llevó a una rubia de tipo escandinavo que siempre estaba hablando de complejos. Todo el mundo tenía complejos. Se

convirtió en June la Mema. Luego llegó una chica que usaba enormes y blandos sombreros rojos y gafas de abuelita, las primeras que los Bromistas habían visto en toda su vida. Y se convirtió en Marge la Falúa. Luego un escultor llamado Ron Boise, un tipo delgado de Nueva Inglaterra con acento nasal a lo Titus Moody, sólo que era un Titus Moody que empleaba la jerga *hip*: «Tío, o sea, me refiero, ya sabes...», y muletillas por el estilo. Bois llevó una escultura de un hombre ahorcado, que los Bromistas colgaron de una rama con un nudo corredizo. Y esculpió un gran Pájaro de Trueno, un enorme monstruo picudo — en la tradición de Thor y Odín, con un

domo ambarino sobre el lomo— en el que cabía una persona. Dentro tenía unos fuertes cables de los que uno podía tirar, y entonces el Pájaro de Trueno empezaba a ulular por toda la barranca con las más estentóreas vibraciones graves que a humano alguno le haya sido dado escuchar. Más tarde llevó una escultura que evocaba al Kamasutra: un enorme hombre de chapa con la cara hundida en la entrepierna de una enorme mujer de chapa. Ésta tenía la pierna izquierda alzada al aire, una pierna hueca, y Babbs metió en su interior una manguera y la sacó por el pie alzado y abrió el grifo y la mujer empezó a expulsar un chorro de agua, y los

Bromistas dejaron el grifo abierto y el agua siguió manando, y era como si su pie izquierdo estuviera dando salida a un eterno orgasmo...

Y... *Sssss... sssss... sssss...*, llegó Bradley. Bradley, Bradley Hodgeman había sido toda una estrella del tenis universitario. Era un tipo bajo pero de complexión muy musculosa. Apareció —o más bien salió a escena: Bradley siempre estaba saliendo a escena— en La Honda un buen día, y su manera de actuar era tan extraña que la gente, incluso los Bromistas, se quedaba absorta mirándole. Hablaba como en «grumos» de palabras («Caído junto al albergue de borrachos..., objetos

volantes insolubles, nitrato..., billetes arrugados en el porche trasero..., interlineado de Ray Bradbury sobre la solitaria ventana de la nariz de cromo, ya entiendes...»), y se movía por la sala con una sonrisa gratuita en el semblante, con el pelo caído sobre la cara, como un surfista, y la espalda encorvada, y de pronto se echaba a reír de forma entrecortada..., *sssss... sssss... sssss...*, hasta que alguien intentaba romper la secuencia de sus risas preguntándole qué tal el tenis hoy en día, y él ensanchaba su sonrisa y abría los ojos en dirección a un horizonte de vasta trascendencia y decía: «Un día le di a la pelota y la lancé a lo alto y... *no volvió a caer*

nunca... , SSSSS ... SSSSS ... SSSSS ...».

La verdad es que a principios de la década de los años sesenta había un montón de jovencitos... diríamos..., sí, *en sintonía*. Yo siempre los había considerado «gente guapa», por las cartas propias de la «gente guapa» que solían escribir a sus progenitores. Normalmente los encontrabas en Los Ángeles, San Francisco y Nueva York. Realizaban regularmente una especie de gira prefijada, lo que daba lugar a un intenso tráfico humano de este tipo entre ciudades. La mayoría eran de clase media; no de la alta sino de la pequeña

burguesía (si es que este viejo cliché aún merece seguir utilizándose); hogares con Cultura pero sin dinero, o con dinero pero sin Cultura. Al menos ésa era mi impresión, a juzgar por la «gente guapa» que yo había conocido hasta el momento. La Cultura, la Verdad y la Belleza eran importantes para ellos... «El arte es un credo, no un oficio», como alguien dijo... ¡Eramos jóvenes! ¡Inmunes! Dios, había suficiente dinero circulando por el país como para que cada cual se dedicase a sus cosas, como para que nos fuéramos a vivir unos con otros... ¡Nuestras propias cosas! Cosas de nuestro propio estatus, no tener que tener un *empleo*, vivir según nuestros

propios criterios... ¡Nosotros... y la gente de nuestra edad! Era... *hermoso*; era... *un sentimiento total*, y el mundo convencional jamás lo había entendido, jamás había comprendido ese poseer una esfera, un estatus propio, ese tener tan sólo diecinueve, veinte, veintiún, veintidós años, y no tener que empezar a ascender por la escalera desde abajo, desde el desamparo, entre otras cosas porque... ¡al diablo incluso con la escalera...! Uno se hallaba ya en un... nivel ante el que el mundo convencional no sentía más que maldito... ¡*desconcierto!* La gente convencional siempre estaba tratando de descubrir qué es lo *que fallaba* en todo aquello...,

y antes jamás se había visto ante una experiencia semejante. La gente convencional les llamaba *beatniks*. Supongo que la «gente guapa» se identificaba con la efervescencia de la Generación Beat de finales de los años cincuenta, pero de hecho existía un elemento motor nuevo en su particular estatus bohemio: las drogas psicodélicas.

Ele... Ese... De... Se-cre-to... Timothy Leary, Richard Alpert y un puñado de químicos como Al Hubbard y el *incógnito* «doctor Spaulding» habían estado «bombeando» LSD en el circuito *hip* con auténtica convicción mesiánica. El LSD, el peyote, la mescalina, las

semillas de dondiego de día, se estaban convirtiendo en la *novedad* secreta del mundo *hip*. Multitud de muchachos que pertenecían a él se estaban ya hacinando en apartamentos «amputados», como solía yo llamarles. Ni las sillas, ni las mesas, ni las camas tenían patas. Vida comunal en el suelo, se diría, pero nadie utilizaba expresiones como «vida comunal», «tribus», etcétera... No tenían una filosofía concreta; tan sólo un poco del budismo e hinduismo residuales del período *beat*, la teoría de Huxley del abrir las puertas de la mente, y ningún es tilo de vida diferente si exceptuamos el mobiliario «sin patas»... Eran..., bueno, *¡gente guapa!*

No eran «estudiantes» o «empleados» o «dependientas» o «alevines de ejecutivo»... ¡Por Dios, no se te ocurra ponerme tus etiquetas-según-las-ocupaciones! Somos Gente Guapa, jóvenes que nos hemos alzado sobre la chatarra de vuestros robots ::::: y entonces solían sentarse a escribir a casa su carta de la «gente guapa». Normalmente eran las chicas quienes escribían a sus madres. Las madres de toda California, de toda Norteamérica, imagino, tuvieron que llegar a saberse de memoria la carta de la «gente guapa». Que rezaba así:

«Querida madre:»

«Pensaba escribirte antes, pero

espero que no te hayas preocupado. Estoy en [San Francisco, Los Ángeles, Nueva York, Arizona, ¡¡¡una reserva de indios hopi!!!, Ajijic, San Miguel de Allende, Mazatlán, ¡¡¡México!!!], y esto es realmente maravilloso. Es un sitio muy bonito. Llevamos aquí una semana. No quiero aburrirte con detalles de cómo sucedió, pero el caso es que no resultó [colegio, facultad, empleo, lo mío con Danny], así que me he venido aquí, y es un sitio realmente bello. No quiero que te preocupes por mí. He conocido a una GENTE MARAVILLOSA y...»... y en el corazón de las madres de todos los Estados Unidos —incluso en el de la más

convencional de todas ellas— clama instintivamente la adrenalina: ¡*beatniks*, vagabundos, negros..., *droga!*

Los días, en casa de Kesey, empezaban... ¿cuándo? No había relojes a la vista, nadie tenía reloj de pulsera. Cuando despertabas, la luz se filtraba con intensa luminosidad a través de las copas de las secuoyas. Lo primero que oías normalmente era a Faye llamando a los niños —Jed, Shannon!—, o cerrando la puerta de un armario en la cocina o poniendo un cazo a escurrir junto al fregadero. La eterna Faye... Luego podía quizá oírse un coche que cruzaba

el puente de madera y aparcaba en el espacio de tierra que había frente a la casa. A veces era alguien del grupo, como Hagen, que volvía a casa. Otras, alguno de los perpetuos visitantes, llegados de Dios sabe dónde, amigos de amigos de amigos, curiosos, buscadores de droga, chicos de Berkeley..., quién sabe. La gente, a esa hora, empezaba a levantarse. Kesey sale de la casa en paños menores, va hasta el arroyo y se zambulle en él para que el agua maternal y fría lo despierte. George Walker está sentado en el porche; lleva sólo un pantalón Levi's, y se explora músculos, brazos, hombros y torso con las manos, buscando imperfecciones, sacándose

granos y espinillas..., en algo así como el aseo de un gato. Cuando había gran actividad era a últimas horas de la tarde; la gente trabajaba en diversos proyectos, pero el más interminable y complicado de todos ellos era La Película.

Los Bromistas pasaron gran parte del otoño de 1964 y el invierno y principios de la primavera de 1965 trabajando en... La Película. Tenían cuarenta y cinco horas de película en color, rodadas durante el viaje en el autobús, y cuando llegó el momento de trabajar en ella se horrorizaron ante lo monstruoso de su metraje. Kesey tenía depositadas grandes esperanzas en La Película. A todos los niveles. Se trataba

del primer film mundial del ácido, rodado en condiciones de total espontaneidad a través de las tierras de Norteamérica. Habían ido registrándolo todo *en el instante*. La «fantasía del momento» era... una total ruptura en el capítulo de la expresión..., pero también algo que habría de asombrar y deleitar a las multitudes, una película que podría exhibirse tanto comercialmente como en los círculos esotéricos del mundo de la droga. Pero La Película era un monstruo de metraje, como ya he dicho. El trabajo y la rutina del montaje de cuarenta y cinco horas de película resultaban algo totalmente abrumador. Además gran parte de ella estaba desenfocada. Hagen,

como todos los demás, se había pasado la mitad del tiempo colocado. Y el traqueteo del autobús tampoco había ayudado demasiado... *¡pero en eso había consistido el viaje!* Sin embargo... Además había pocos planos generales de referencia, planos que mostraran dónde estaba el autobús en tal o cual momento. Pero *¿a*. quién le hacía falta aquellas antiguallas de planos largos, medios, primeros planos, o los esmerados cortes y cortinillas y panorámicas y travellings y viejas tonterías de ese tipo...? Sin embargo..., sumergirse en aquellas leguas de película movida y desenfocada con la montadora en ristre era como adentrarse

en una jungla en la que las lianas crecieran tan deprisa que uno apenas consiguiera abrirse paso entre la espesura con el machete... La película les había costado ya una suma exorbitante, unos 70.000 dólares (el revelado en color había supuesto la mayor parte de esta suma). Kesey había invertido en Viajes Intrépidos todo lo que había ganado con las dos novelas y la adaptación teatral de *Alguien voló sobre el nido del cuco*. Su hermano Chuck, que tenía un floreciente negocio de productos lácteos en Springfield, Oregón, invirtió también algún dinero. George Walker disfrutaba de un fondo en custodia —con ciertas condiciones—

asignado por su padre, y contribuía cuando podía. Para finales de 1965 —según la contabilidad de Faye— Viajes Intrépidos había gastado 103.000 dólares en las diversas empresas de los Bromistas. Los gastos de manutención del grupo ascendían a unos 20.000 dólares al año, una suma modesta si se tenía en cuenta que —además de los dos o tres vehículos que normalmente utilizaban— en La Honda raras veces eran menos de diez personas y que tanto la comida como el alojamiento corrían a cargo de Kesey.

Una olla de dinero a la puerta de la casa... En los estantes de la sala de Kesey se empezaba a formar una

pequeña y curiosa biblioteca, obras de ciencia ficción y de otros temas de misterio, y uno se ponía a leer cualquiera de aquellos libros y no podía evitar sentir unas vibraciones verdaderamente extrañas... Lo de aquella casa era muy parecido a... al libro que encontrábamos en uno de los estantes, la novela de Robert Heinlein *Stranger in a Strange Land*. Era algo desconcertante. Era como si Heinlein y los Bromistas estuvieran ligados por algún lazo no causal e inexplicable. Se trata de una novela sobre la llegada a la tierra de un marciano; un auténtico superhéroe, de hecho, nacido de padre y madre terrícolas tras un vuelo espacial

de la tierra a Marte, pero educado por unos seres infinitamente superiores: los marcianos. Los seres de otros planetas, en las obras de ciencia ficción, son siempre infinitamente superiores. En torno al marciano de esta historia se crea una hermandad mística, basada en un misterioso rito conocido como «la ceremonia de compartir el agua». Y tal hermandad vive en... *¡La Honda!* En *¡la casa de Kesey!* El lugar se llama el Nido. Su vida trasciende las habituales convenciones terrícolas de estatus, sexo y dinero... Nadie que alguna vez haya compartido el agua y la vida en el Nido volverá a preocuparse jamás por tales vanas competiciones humanas. En la

puerta principal hay una olla llena de dinero suministrada por el superhéroe... En el Nido todo es franco, todo está a la luz..., no hay secretos, no hay culpa, no hay celos, no se abaja a nadie por ningún motivo: «... un matrimonio plural..., una *teogamia* de grupo... Por tanto, todo lo que sucedía, o fuera a suceder..., no era un asunto público sino privado. “No hay nadie aquí sino nosotros, que somos dioses”, así que ¿cómo puede nadie ofenderse? Bacanales, intercambio de parejas sin vergüenza alguna, vida en comuna... todo».

Para entonces Kesey no sólo había sonorizado el autobús sino los propios

bosques de los alrededores. Había cables tendidos colina arriba, internándose entre las secuoyas, y micrófonos destinados a captar al azar todo tipo de sonidos. Entre las secuoyas de lo alto del barranco, al otro lado de la autopista, había unos altavoces gigantescos capaces de anegar de sonido la garganta entera. Roland Kirk y su media docena de trompas bramando en las cavidades esfenoidales, «saxofónicas», de las viejas secuoyas.

¡El crepúsculo! Enormes franjas de Day-Glo verde y anaranjado ascienden por las altísimas secuoyas y relucen fluorescentes en el crepúsculo como si la Naturaleza hubiera dicho: ¿Por qué no

fliparse un poco?, y se hubiera permitido desmandarse. En lo alto de la barranca de detrás de la casa, más allá de la Cueva del Eremita, había máscaras y cajas y máquinas y cosas heterogéneas que brillaban, parpadeaban, murmuraban, silbaban, bramaban, y micrófonos que captaban animales, ermitaños, cualquier cosa..., y que lo emitían todo desde las copas de los árboles, cual el sonido de fondo del delirante parloteo de macacos de aquellos viejos programas de Jim de la Selva de la radio. *¡El crepúsculo!* Al anochecer uno podía, por ejemplo, ponerse un gorro de aviador de la Primera Guerra Mundial, sólo que

pintado con chillón Day-Glo, y decorarse la cara con constelaciones fluorescentes, la Osa Mayor, Capricornio..., y deambular por la espesura anochecida como un gran héroe fluorescente, y perorar en la profundidad de los bosques, en lo alto de la colina, con tono sepulcral, como la Sombra, y emitir cualquier viejo mensaje, algo parecido a: *«Aquí la torre de control, aquí la torre de control, despejen la Pista Uno, los microbios pumas se aproximan soltando vieja pelusa por cada poro y pidiendo un alto octanaje, atención, tened cuidado todos cuantos dormís en los barracones de la pista principal, los bultos de vuestros*

colchones son esporas carnívoras, mariposas venéreas enviadas por el Consorcio para vacunar vuestro cerebro contra la polilla, un equipo profesional en cada enchufe... ¡Tapad todos los enchufes! Los microbios pumas avanzan como un ejército de hormigas...», feliz al saber que alguien, cualquiera, podía responder desde la casa, desde cualquier parte, gritando por otro micrófono hacia las colinas de La Honda: «*SOS, SOS, echad abajo las barras de cada juntura, escondeos dentro de vuestros metros plegables, calibrad vuestros cerebros para el recuento...*» Y Bob Dylan cantaba con voz ronca y astrosa en las cavidades

esfenoidales de algún dichoso lugar...

Al anochecer los Bromistas están en la casa y hacen circular unos cuantos porros, saliva-liva-liva-liva..., y todo se va sumiendo más y más en *el instante*, por así decir, y los Bromistas manejan las cintas: las ponen, las paran, las rebobinan, las vuelven a hacer sonar, aprietan el mando de plástico, clic, y se vuelven a parar..., y empiezan a *pasar* un poco de *speed*..., ¡oh, qué mayestática *subida* bajo las secuoyas! Pastillas de Benzedrina y Dexedrina, sobre todo, y cada cual sale a la noche para entregarse a su arrebatado de trabajo o de cháchara..., allí se potencian todo tipo de experimentos, como colocar un

micrófono de contacto contra un vientre desnudo para escuchar el borboteo de los enzimas. La mayoría de las tripas de los Bromistas suenan *glu-glup-gluuuppp* y cosas por el estilo, pero las de Cassady hacen *ping... dingping... ting*, como si su dueño estuviera funcionando a 78 r.p.m. y todos los demás a 33, lo que bien mirado no deja de ser cierto. Y entonces ponen una cinta «contra» un programa de televisión. Es decir, ponen la televisión —el programa de Ed Sullivan, por ejemplo—, quitan el sonido y ponen, por ejemplo, una cinta de Babbs y otro Bromista replicándose mutuamente... La imagen del programa de Ed Sullivan y las palabras de la cinta

de pronto fuerzan a la mente a establecer algún tipo de conexión entre dos tipos de experiencias sobremanera diferentes. En la pantalla del televisor, Ed Sullivan está cogiendo las manos de Ella Fitzgerald, y las coge como si las manos de Ella fueran los primeros petirrojos de la primavera, y sus labios se mueven y probablemente dicen: «¡Has estado maravillosa, Ella! ¡Realmente maravillosa! ¡Señoras y señores, otro aplauso para esta gran, gran dama!», pero la voz que se oye le está diciendo, en perfecta sincronía, a Ella Fitzgerald: «*Los bultos de vuestros colchones son esporas carnívoras, mariposas venéreas enviadas por el Consorcio*

para vacunar vuestro cerebro contra la polilla, un equipo profesional en cada en chufe... ¡Señoras y señores, tapad todos los enchufes! ¡Tapad todos los enchufes! Los microbios pumas avanzan...».

¡Perfecto! ¡El mensaje apropiado!

A los extraños, sin embargo, este tipo de curiosa sincronización normalmente les parecía mera simultaneidad o mero capricho, o algo carente de sentido, en cualquier caso. No podían entender por qué a los Bromistas les entusiasmaba tanto; era inevitable la confusión de los que no estaban «en sintonía»... Como la mayoría de las singulares prácticas de

los Bromistas, ésta tenía su origen en la experiencia del LSD y resultaba incomprensible sin ella. En LSD, si el viaje iba bien, el *ego* y el *no ego* empezaban a fundirse. Incontables cosas que parecían aisladas empezaban también a fundirse: un sonido se convierte en... ¡un *colorí*, azul..., los colores se vuelven olores, las paredes empiezan a *respirar* como el envés de las hojas, al unísono con la respiración humana. Una cortina se convierte en una columna de hormigón, pero se pone a hacer ondas..., la increíble masa de hormigón empieza a curvarse en armónicas ondas como el puente de Puget Sound antes de desplomarse, y uno

puede *sentirlo*, sentir la armonía del universo, desde lo más inmenso a lo más minúsculo y personal —*presque vu!*—, [27] todo fluyendo aunado en ese mismo instante...

Este aspecto de la experiencia del LSD —¡el *sentir!*— enlazaba con la teoría del sincronismo de Jung. Jung trataba de explicar las coincidencias significativas que acontecen en la vida y no pueden explicarse por un razonamiento causa-efecto, como los fenómenos de la percepción extrasensorial. Formuló la hipótesis de que el inconsciente percibe ciertos patrones arquetípicos que escapan a la mente consciente. Tales patrones —

aventuró— son los que unen los acontecimientos subjetivos o psíquicos con los fenómenos objetivos, el *ego* con el *no ego*, como en la medicina psicosomática o en los fenómenos microfísicos de la física moderna, en la que el ojo del observador pasa a ser parte integrante del experimento. Innúmeros filósofos, profetas, científicos de los primeros tiempos, amén de alquimistas y ocultistas, habían tratado de formular la misma idea en el pasado: Plotino, Lao-tse, Pico della Mirándola, Agrippa, Kepler, Leibniz. Cada fenómeno, cada persona es — según esta idea— un microcosmos de la estructura total del universo. Un hombre,

pues, sería como un átomo de una molécula de una uña de un ser gigantesco. La mayoría de los humanos se pasan la vida tratando de entender el funcionamiento de la molécula en la que han nacido, y lo único que llegan a conocer con certeza es el funcionamiento causa-efecto de los átomos que la habitan. Un puñado de mentes brillantes alcanzan a comprender la estructura de la uña de la que forman parte. Algunos genios, como Einstein, llegan incluso a ver que forman parte de un dedo... Así que el *espacio* es lo mismo que el *tiempo*, mmmmmmm... Ocasionalmente, sin embargo, muchos humanos tienen una visión fugaz de otra

uña de otro dedo, o incluso de un dedo entero o del rostro del ser gigantesco, y comprenden instintivamente que ello es parte de una estructura en la que todos estamos inmersos, aunque sean absolutamente incapaces de explicarlo mediante una relación causa-efecto. Y entonces, algún visionario, a través de algún accidente...

—¿... accidente, Mahavira^[28]?

... por algún capricho del metabolismo, tal vez a causa de alguna *droga*, las puertas de su percepción se abren por espacio de un instante y casi ve —*presque vu!*, al ser gigantesco entero, y sabe por vez primera que existe un... *patrón total*... Cada

momento de su vida se halla íntimamente relacionado con la cadena causa-efecto dentro de su pequeño mundo molecular. Cada momento, si fuera capaz de analizarlo, revelaría el patrón total de funcionamiento del ser gigantesco con el que su vida se halla íntimamente en sincronía...

... Y CUANDO EL CAMIÓN CISTERNA DE CHEVRON SIGUE AL AUTOBÚS HACIA... NINGUNA PARTE..., SE VISLUMBRA EL PATRÓN, UN NIVEL NUEVO..., MUCHOS NIVELES...

Los Bromistas nunca hablaban sobre sincronismo utilizando esta palabra, pero cada día se sentían más y más en

sintonía con tal principio. Es obvio que, según este principio, el ser humano carece de voluntad libre. De nada sirve que se empeñe en una eterna pugna para cambiar la estructura del pequeño entorno en el que parece hallarse atrapado. Pero uno podía *ver* ese patrón más amplio y adaptarse a su cadencia — *dejarse ir con el flujo!*—, y aceptarlo, y remontarse por encima del entorno más inmediato e incluso alterar este entorno al aceptar con entusiasmo dicho patrón más amplio: *¡poned el bien que podáis hacer donde más pueda servir!*

La actitud de los Bromistas empezó a hacer suyas gradualmente las vivencias religiosas inveteradamente

experimentadas por los místicos, vivencias comunes a hindúes, budistas, cristianos, e incluso a teósofos y a adeptos a los platillos volantes. Vivencias tales como la *experiencia* de Otro Mundo, de un nivel superior de realidad. Y la percepción de la unidad cósmica de tal nivel superior. Y la sensación de la inexistencia del tiempo, la sensación de que lo que conocemos como tiempo no es sino el resultado de una ingenua fe en la causalidad, en que A en el pasado *causó* B en el presente, que a su vez *causará* C en el futuro, cuando en realidad A, B y C son parte de un patrón que sólo podrá entenderse cabalmente abriendo las puertas de la

percepción y viviendo la experiencia... en ese mismo instante..., en ese momento supremo..., ese *kairós*...

Durante mucho tiempo no fui capaz de entender una práctica oriental muy cara a los Bromistas: las monedas del / *Ching*. El / *Ching* es un antiguo texto chino, conocido también como *Libro de los cambios*. Consta de 64 oráculos, todos ellos enormemente metafóricos. Uno hace una pregunta al / *Ching* y tira tres veces tres monedas y obtiene un hexagrama y un número que remite a uno de los pasajes, el cual «responde» a la pregunta... Muy bien, pero el / *Ching* no parecía algo muy propio de los Bromistas. A mis ojos no casaba con el

cableado de audio, el despliegue de banderas estadounidenses, las oleadas de Day-Glo electropastel por la gran superautopista de Norteamérica. Aunque..., ¡por qué no! El / *Ching era* por excelencia el libro del *Ahora*, del instante presente. Porque, como dijo Jung, el modo en que las monedas caen se halla indefectiblemente ligado a la naturaleza del instante en que caen, a la naturaleza de ese patrón global, y «forma parte de él, una parte insignificante para nosotros pero con el más profundo de los significados para la mente del pueblo chino...», esas cosas

QUE SÓLO LOS PERROS CON
SUERTE Y LOS ALEGRES

BROMISTAS OYEN... y tantos otros misterios del *sincronismo* a partir de entonces... Hay otro libro en las estanterías de la sala que todo el mundo parece consultar, un librito titulado *Viaje a Oriente*, de Hermann Hesse. Hesse lo escribió en 1932 y sin embargo... ¡el *sincronismo*! Es un libro que trata... exactamente de... ¡los Bromistas! ¡De los Bromistas y de su gran viaje en autobús de 1964! «El sino me tenía deparado el participar en una gran experiencia», comienza el libro. «Al tener la gran fortuna de pertenecer a la Liga, se me permitió participar en un viaje único». Y continúa con la narración de un extraño, tortuoso viaje a

través de Europa, en dirección al este, emprendido por los miembros de tal Liga. Comenzó, al parecer, como un simple viaje, un mero trayecto para llegar de aquí a allí, pero paulatinamente fue adquiriendo un profundo aunque inclasificable sentido. «Mi felicidad nació ciertamente del mismo secreto del que nace la felicidad en los sueños: de la libertad para vivir todo tipo de experiencias imaginables de forma simultánea, para intercambiar sin dificultad lo externo con lo interno, para desplazar Tiempo y Espacio a voluntad, como cuadros escénicos en un teatro. Y mientras los hermanos de la Liga viajábamos por el mundo sin

automóviles ni barcos, mientras conquistábamos el mundo sacudido por la guerra con nuestra fe y lo transformábamos en el Paraíso, hacíamos —a través de la creatividad— que el pasado, el futuro y lo ficticio convergieran en el momento presente». ¡El momento presente! ¡El ahora! ¡El *kairós*! Era como si el autor hubiera estado en ácido y *en el autobús*.

Todos los viernes por la noche celebraban un «consejo». El término fue idea de Babbs, de sus días de milicia en Vietnam. Faye preparaba arroz con judías y carne, una especie de estofado,

y todos entraban en la cocina y se servían de la cazuela y comían. Hacían circular algún porro, saliva-líva-liva-liva-liva... Luego se levantaban y se iban a una de las tiendas del terreno llano, la de Page, y se sentaban apiñados unos contra otros, con las piernas encogidas bajo la barbilla, y se ponían a proponer temas de discusión. En ciertos aspectos era un poco como un campamento de verano: la reunión del Consejo de Honor en el bosque después de la cena: todo es olor a madera quemada y a humedad de lona con rocío; cantan las cigarras y los grillos y la gente se golpea los tobillos para quitarse los mosquitos y demás bichos

molestos. Pero, por otra parte, el olor de la hierba recién cosechada al quemarse y... tantos aspectos más... no son precisamente de campamento de verano. Normalmente esperan a que Kesey dé comienzo a la reunión. Suele empezar con algún punto concreto, algo que ha visto, algo que ha estado haciendo..., y expone lo que ha pensado al respecto.

Empieza a hablar de los sistemas de intervalo que ha estado experimentando con magnetófonos. En el cobertizo trabaja con varios sistemas de intervalo variable en los que un micrófono transmite a través de un altavoz, que a su vez tiene frente a él otro micrófono. Este micrófono recoge lo que se acaba de

decir, pero un instante más tarde. Si uno lleva auriculares conectados al segundo altavoz, podrá ponerse a hacer el contrapunto de lo que acaba de oír, como en un eco. O se pueden utilizar magnetófonos, haciendo pasar una cinta por las cabezas sonoras de dos magnetófonos antes del rebobinado en el carrete de recepción, o pueden utilizarse tres micrófonos y tres altavoces, cuatro magnetófonos y cuatro cabezas sonoras, y así sucesivamente, hasta que quien escucha logra una percepción cabal del intervalo...

Una persona, explica Kesey, tiene en su interior todo tipo de intervalos. El más básico entre ellos es el intervalo

sensorial, el determinado por el tiempo transcurrido desde que los sentidos reciben una sensación hasta que el receptor es capaz de reaccionar. Un treintavo de segundo, en el caso del individuo más alerta del mundo, y mucho más tiempo en el caso del común de los mortales. Ahora Cassady está luchando contra la barrera de ese treintavo de segundo. Lo hace tan rápido como el más diestro de los humanos sería *capaz* de hacerlo, pero no puede superar ese intervalo. Es el vivo ejemplo de cuan cerca se puede estar sin llegar a conseguirlo. No se puede ser más rápido. No se puede, por pura velocidad, salvar ese intervalo. Todos

estamos condenados de por vida a mirar la *película* de nuestras vidas..., nos pasamos la vida actuando según lo que acaba de suceder: lo que acaba de suceder un treintavo de segundo antes. Pensamos que estamos en el presente, pero no es así. El presente que conocemos no es sino una película del pasado, y jamás seremos capaces de controlar el presente a través de medios normales. Ese intervalo o «demora» ha de salvarse de otro modo, a través de algún tipo de ruptura total. Y, simultáneamente a esta «demora» sensorial, existen multitud de otros desfases. Los históricos y sociales, por ejemplo, a causa de los cuales la gente

vive según lo que sus ascendientes u otras personas percibieron veinticinco o cincuenta o cien años atrás, y nadie podrá ser creativo sin antes haber salvado esos desfases. Una persona podrá salvar parte de ellos mediante el intelecto o la teoría o el estudio de la Historia y demás, y aproximarse mucho al presente de este modo, pero seguirá pugnando contra uno de los peores desfases existentes: el psicológico. Las emociones permanecen en un segundo plano a causa del aprendizaje, la formación, el modo en que uno fue educado, los bloqueos mentales, los complejos..., de forma que la mente desea ir en una dirección y las

emociones en otra...

Cassady está hablando:

—Narices azules^[29], ojos rojos, y no hay más que hablar del asunto...

Y, al menos en esta ocasión, se calla y guarda silencio.

¡Pues claro! El desfase emocional... Cassady, locuaz dios Vulcano, de pronto lo ha plasmado todo en una imagen breve e inmediata, como en un poema zen o un poema temprano de Pound: pequeños y ardientes ojos rojos de animal reprimidos por pequeños y fríos complejos puritanos...

El discípulo de Cassady, Bradley, dice:

—Dios es rojo.

Y calla él también. El muy bastardo, al menos esta vez, está *en sintonía*: lo ha condensado todo en tres palabras, aún más lacónicamente que Babbs, y lo ha hecho como si no hubiera tenido que pensarlo; le ha salido espontáneamente un juego de palabras con la frase «Dios está muerto»^[30], diciéndonos, a nosotros que estamos en la *onda* de lo analógico, que Dios no está muerto, que Dios es rojo, que Dios es ese rojo animal reprimido que todos llevamos dentro, ese ser total, que lo siente todo, completo, franco..., que ha acabado inmolido por todos esos desfases...

Kesey se ríe y dice:

—Puede que esta noche sí estemos

sincronizados de verdad...

Alguien se pone a hablar de un jovencito que había sido detenido por posesión de marihuana; los polis le dijeron algo y él les contestó algo y los polis empezaron a golpearle. Todo el mundo se compadece del pobre chico enchironado y comenta la desdichada tendencia de la policía a golpear a la gente, y Babbs dice:

—¡Sí, sí! ¡De acuerdo, de acuerdo, de acuerdo! Pero es algo que está en su película...

En su película..., de acuerdo, de acuerdo, de acuerdo... Todos lo captan honda e intuitivamente. *Honda e intuitivamente...* y, sin que nadie tenga

que decir nada, ha quedado claro. Todo el mundo, en todas partes, tiene su propia película, su propio guión, y todo el mundo se dedica en cuerpo y alma a su película, sólo que la mayoría de la gente ignora que se halla atrapada en ella, ignora el pequeño guión de su película. Los presentes pa sean la mirada por la tienda, y nadie tiene necesidad de decir nada en voz alta. Pero todos lo saben de inmediato ::::: esto, de algún modo, casa —*sincroniza*— directamente con lo que acaba de decir Kesey sobre la pantalla cinematográfica de nuestras percepciones, pantalla que nos separa de nuestra propia realidad ::::: y

sincroniza también, en ese mismo instante, con la película real, física —La Película—, en la que han estado trabajando como locos, ese gran pantano de celuloide, con kilómetros y kilómetros de película montada y retorcida que se va acumulando a su alrededor cual la miríada de entrecruzadas, sincronizadas aunque aún caóticas y batalladoras vidas humanas, las suyas, las de todo este jodido mundo —*en este mismo instante*—, y Cassady, en su película, titulada *Velocidad límite*, es a un tiempo un drogata aficionado al *speed*, las anfetaminas, y un ser único cuyo anhelo es la Velocidad: más rápido, maldita sea, contorsionándose,

vibrando, sacudiéndose, pugnando contra ese treintavo de segundo de la barrera-pantalla cinematográfica de nuestros sentidos, tratando de penetrar en el... *Ahora*.

... La película de Montañesa se titula *Chica grande*, y el guión describe a una chica que creció fuerte y enérgica en un medio distinguido, *fin de siècle*, de Poughkeepsie, Nueva York, oh, alumnas de Vassar, y que no encajaba en ninguno de los destinos proyectados por sus mayores para aquellas delicadas damitas de jersey de rayas y discretas joyas que destellaban al sol mientras paseaban por los verdes céspedes de Poughkeepsie, una chica grande que

rompió con todo y maduró y se hizo ruidosa y descarada y acabó fortaleciéndose en la desigual contienda..., y cuando avanza la trama descubre que se ha hecho más grande en un sentido diametralmente diferente, y luminosa, y bella...

... Uno mira en torno y ve al Eremita acurrucado en un rincón de la tienda; el Eremita, a quien todos quieren aunque les crisper los nervios —¿por qué?—, y a quien mandan «a tomar por el culo» aunque luego se arrepientan. Su película se titula *El mal viaje de todo el mundo*. El Eremita es el mal viaje de todo el mundo; se hace cargo de tales viajes, asume los malos viajes ajenos, en la

peor de las versiones que uno se atreva a imaginar...

... Y Page, con su chaqueta negra y su Cruz de Hierro en la solapa... Su película se titula —¡cómo no!— *Zelote*. Es como si todos ellos, mientras aspiran el olor de la hierba, recuerden el sueño que Page —según les ha contado— tuvo mientras dormía en un catre de una cárcel de Arizona, en la que estaba por..., en fin, por iniciar a los ciudadanos en las Fantasías Dimensionales, sí, bueno, en el sueño hay un joven llamado Zelote que llega a la ciudad, vestido de negro, y arenga a los ciudadanos y les convence para que hagan todas las barbaridades anheladas

secretamente y que nunca se han atrevido a hacer, como destrozar los escaparates de la Fat Jewelry Co., Inc., y largarse con todas las joyas allí expuestas, o follarse a esas mulatitas de culos respingones, o cualquiera de esas cosas prohibidas..., dirigidos, animados, enardecidos por el ardiente y reluciente y negro jinete Zelote, tras lo cual, en la fría y azul mañana siguiente, los ciudadanos se miran unos a otros: *¿quién habrá hecho esto?*, ¿quién habrá tomado esas drogas y cometido esos saqueos y sido capaz de tales crueldades?, ¿qué diablos nos habrá pasado a todos los vecinos?, ¿qué le habrá pasado a esta ciudad? Bueno,

¡mierda!, no somos nosotros, es él, él es quien nos ha inficionado e inflamado la cabeza, esa maldita víbora, Zelote... Y los vecinos cargan calle abajo golpeándose ora el pecho ora la calva, pidiendo a gritos la piel de Zelote, gritando su nombre como quien pronuncia la mayor de las infamias, y Zelote se aleja con indiferencia y se adentra en el negro mediodía, y las gentes se han de conformar con ver cómo su negra espalda y la negra grupa de su caballo se van perdiendo en la siguiente colina, llevándose su cruzada de... iniciación... a la ciudad siguiente...

... sí...

—Sí, esta noche estamos sincronizados de verdad.

... y, por supuesto, todo el mundo, todos los que están allí en la tienda miran a Kesey y se preguntan: ¿cuál es *su* película? Bien, en principio podríamos titularla *Randle McMurphy*. Randle McMurphy aguijoneando, engatusando, dirigiendo a todo el mundo para que todo el mundo se embarque en una película un poco más grande, con un poco más de acción, haciendo que la trama se aleje de cualesquiera puertos seguros, al abrigo. Hay todo un escenario maravilloso esperándote, amigo mío, allá en la Ciudad Límite... Pero no te detengas ni siquiera en ella...

... y todas estas cosas nos mantienen apartados del presente —está diciendo Kesey—, apartados de nuestro mundo, de nuestra realidad, y mientras no logremos entrar en nuestro propio mundo no podremos controlarlo. Si algún día somos capaces de acometer esa ruptura, entonces lo sabremos. Será como si tuviéramos una pianola que tocara a kilómetro por minuto, y las teclas fueran hundiéndose ante nuestros ojos en fantásticos acordes, y no hubiéramos oído nunca ésa melodía, pero nos halláramos tan embebidos en ella que nuestras manos comenzaran a seguirla con una sincronización perfecta. Cuando uno logra la ruptura, empieza a

controlar la pianola...

*... y propagad el mensaje a todas
las gentes...*

XII. LA REDADA

CONSIDERANDO que el filón Salvaje Oeste de La Honda parece deberse a los pistoleros Younger Brothers;

y

CONSIDERANDO que buscaron
refugio en el
pueblo y que,
diablos, encontraron
un modo amistoso
de pagar por su
permanencia en él; y

CONSIDERANDO que levantaron
todo un moderno
almacén, ellos,
notorios
forajidos;
pero se trataba
de los Younger
Brothers,
meros
pistoleros; y

CONSIDERANDO que ahora el
tal Kesey
y sus Alegres
Maravillas del otro
lado de la carretera,
malditos y
groseros-Salvaje
Oeste
chiflados y
drogados
y putrescentes
beatniks,
pintan los
troncos de los
árboles con pintura
fluorescente; y

CONSIDERANDO que tocan

tambores de
hojalata con palos
y raíces
mientras un hombre
de hojalata
con lomo de
hojalata
hunde su sonrisa
en la entrepierna de
hojalata
de una zorra de
hojalata que eyacula
por un juanete;

y
CONSIDERANDO que estos
chiflados no hacen
más que emitir

arrullos,
entonar lamentos
fúnebres, hacer el
tonto
y ulular y
alborotar,
y que son peores
que pistoleros; y

CONSIDERANDO que sabemos
lo que estos
mentecatos están
haciendo...

POR LA PRESENTE LE
FACULTAMOS PARA :::::::::::::::

Para entonces los Bromistas se

habían hecho tan fuertes que empezaron a sentirse inmunes hasta frente al más obvio de todos los peligros: la policía.

Los ciudadanos de La Honda estaban cada día más preocupados con Kesey y los Bromistas, y lo mismo el sheriff del condado de San Mateo y los funcionarios federales de Narcóticos. Al no saber a qué diablos se debía la loca vida que llevaban los moradores de la casa, al parecer dieron por supuesto que lo que allí se hacía era consumir drogas duras: heroína, cocaína, morfina... A finales de 1964 empezaron a vigilar la casa de Kesey. Los Bromistas lo sabían, y solían jugar con los agentes encargados de su vigilancia. El

funcionario al frente de los federales antinarcóticos de la zona era un chino de San Francisco, William Wong. Los Bromistas hicieron un letrero gigantesco y lo pusieron en lo alto de la casa:

¡ESTAMOS LIMPIOS, WILLIE!

Era muy divertido, el juego de los polis. Los agentes, por la noche, andaban por los bosques, por el arroyo, y a veces uno de ellos metía los pies en el agua y soltaba alguna imprecación. Los Bromistas registraban todo esto a través de los micrófonos remotos colocados en el bosque, y entonces, por ejemplo, la voz de Montañesa —emitida

desde el interior de la cabaña— se mofaba desde un altavoz situado en lo alto de las secuoyas: «¡Eh, polizontes! ¿Por qué no entráis en la casa y os secáis un poco los pies? ¡Dejad de jugar a los polis y entrad a tomar un café caliente!».

Los agentes se limitaban a jugar su eterno juego de policías. A ojos de los Bromistas, se trataba sólo de eso.

Hacia el 21 de abril de 1965, los Bromistas recibieron el soplo de que se había dictado un mandamiento judicial que facultaba a los agentes para efectuar una redada. ¡Delicioso! Los agentes se disponían a jugar a fondo su juego intimidatorio. Los Bromistas pusieron un

enorme letrero en la entrada de la casa:

PROHIBIDO EL PASO. EN CURSO CUENTA ATRÁS DE CINCO DÍAS

como si se hubieran embarcado en la más terrible y depravada orgía drogadicta, demoledora de cerebros, de la historia del mundo. Pero en realidad se habían embarcado en una limpieza a fondo de la casa. El tercer día de la cuenta atrás, el 23 de abril de 1965, a las once menos diez de la noche, se produjo la redada. Oh, Dios, jamás policía alguna jugó mejor su juego... Ahí los tenían: los más perfectos polis del mejor juego de policías: el sheriff,

diecisiete ayudantes, el agente federal Wong, ocho perros policías, coches, furgones, pistolas, agentes de antivicio, sogas, *walkie-talkies*, megáfonos... ¡Cosmo! La puesta en escena completa de una maldita redada... Y los Bromistas siguieron tal montaje hasta el final, tomándolo tal como ellos lo veían: como una gran farsa, como una ópera bufa. Los polis dirían luego que sorprendieron a Kesey tratando de hacer desaparecer por el inodoro una bolsa de marihuana. Kesey adujo que lo único que hacía era pintar unas flores en la taza del retrete. El cuarto de baño era ya un *collage* de manicomio: fotos, recortes, murales, mándalas y todo tipo

de cosas raras..., una especie de versión casera del autobús. Los polis irrumpieron en la casa por sorpresa y el agente Wong agarró a Kesey por detrás. Kesey fue acusado luego, entre otras cosas, de resistirse a la detención, y él alegó que estaba en el cuarto de baño cuando un varón no identificado se acercó a él y lo agarró por detrás, y él, como es lógico, la emprendió a golpes con el agresor. Las carcajadas, ante esto, fueron antológicas. Al resistirse —explicó Kesey—, levantó en vilo a Wong y lo lanzó a la bañera, encima de Page Browning, que estaba tomando un baño. Browning también fue detenido por resistirse a la autoridad.

¡Demasiado!

Incluso cuando los invasores los tuvieron a todos —trece Bromistas— alineados contra la pared, y se pusieron a registrarles en busca de drogas, aquello seguía siendo el más disparatado juego de policías que jamás se hubiera visto en película policíaca alguna. Uno de los agentes metió la mano en el bolsillo de Mike Hagen, y cuando la sacó tenía en ella un frasco con un líquido claro, y entonces todos los Bromistas se pusieron a gritar: «¡Eh! Juego limpio! Juego limpio! Jugad limpio, polis! Jugad fuerte pero limpio!», etcétera. Del frasco, fuera lo que fuere o se supusiera que contuviese,

no se oyó hablar nunca más. En una caja que había en el exterior, los invasores encontraron una jeringuilla llena de un líquido extraño... que resultó ser aceite Tres-enUno, que utilizaban para lubricar el equipo magnetofónico... Kesey y doce de los suyos, entre ellos Babbs, Gretch, Hagen, Walker, Montañesa, Page, Cassady y el Eremita, fueron acusados de diversos cargos: posesión de marihuana y de utillaje para el consumo de narcóticos (la jeringuilla), resistencia a la autoridad y quebranto de la moral de unos menores (Montañesa y el Eremita). Incluso entonces todo aquello no pasó de ser el consabido juego de polis-cárcel-jueces-abogados,

con momentos estelares tales como su puesta en libertad bajo fianza y su salida de los calabozos de San Mateo y la aparición de la madre del Eremita. El Eremita —averiguaron a través del registro policial— se llamaba Anthony Dean Wells. Nadie le había preguntado nunca su nombre. Lo cierto es que su madre abofeteó a Kesey con la edición de bolsillo de *Alguien voló sobre el nido del cuco*, y le gritó:

—¡Vayase a su cubil! ¡Debería haberse quedado en el nido en lugar de andar volando sobre él, pedazo de loco!

En fin, fue el acabóse. Cuando la policía los fichó, Babbs, preguntado por su profesión, respondió que «productor

de cine», y Montañesa que «técnica cinematográfica». Así que Babbs apareció solemnemente en la prensa local como el gran productor cinematográfico detenido en la redada junto al gran novelista Kesey. Fue el no va más. Los periódicos de San Francisco mostraron vivo interés por el caso y enviaron reporteros a entrevistar a Kesey en su Antro de la Droga, y por primera vez, si bien de un modo sesgado, se dio a conocer al gran público el estilo de vida de los Bromistas.

La publicidad no pudo tener un efecto más benéfico, al me nos desde la óptica de los círculos intelectuales *hip*

donde los Bromistas podían esperar tener cierta influencia inmediata. Acusar a alguien de posesión de marihuana era como decir «Le he visto tomarse una copa». Se referían a Kesey como a una especie de «Cristo *hip*», un «místico moderno», émulo de Jack Kerouac y William Burroughs. Como todo el mundo podía leer llanamente en la prensa, Kesey había ido incluso más lejos. Había dejado de escribir. Ahora trabajaba en un vasto proyecto cinematográfico experimental titulado —según reseñaban con solemnidad los periódicos *El Viajero Intrépido* y sus *Alegres Bromistas parten en busca de un apacible lugar hip*. «Los escritores»,

declaró a un reportero, «viven constreñidos por normas artificiales. Están atrapados por la sintaxis. Regidos por un maestro imaginario con un bolígrafo rojo que les asignará una nota pésima a la menor infracción de las normas. Hasta mi obra *Alguien voló...* parece un elaborado anuncio publicitario».

El LSD no se mencionaba nunca en estas crónicas. Kesey aparecía en ellas como un visionario que había renunciado a su fortuna y a su carrera como novelista en aras de la exploración de nuevas formas de expresión. En la prensa californiana pasó de la mera fama literaria a la

celebridad. Si el propósito de la redada había sido acabar con aquellos drogotas, el juego de policías no podía haber resultado mayor fiasco.

Tras la puesta en libertad bajo fianza de Kesey y los Bromistas, la lucha legal continuó de modo interminable..., pero todos ellos siguieron libres. Kesey tenía un equipo de agresivos, brillantes, jóvenes abogados ocupados de su caso: el cuñado del Colgado, Paul Robertson, en San José; Pat Hallinan y Brian Rohan, en San Francisco. Hallinan era hijo del abogado Vincent Hallinan, célebre defensor de los desheredados. Tiempo después fueron retiradas las acusaciones de todos los inculpados salvo las de

Kesey y Page Browning, e incluso éstas acabaron reducidas a una sola: posesión de marihuana. Según las cuentas de Rohan, los Bromistas tuvieron que desplazarse a Redwood City, sede del condado de San Mateo, quince veces en el curso de los últimos ocho meses de 1965. Fue interminable, pero en ningún momento perdieron su libertad...

¡Sí! Y los drogotas, jovencitos, chiflados, turistas intelectuales de todo tipo empezaron a peregrinar a casa de Kesey en La Honda.

Hasta Sandy Lehmann-Haupt volvió al redil. Había transcurrido un año y de nuevo estaba bien y había volado a San Francisco. Kesey y cuatro o cinco

Bromistas fueron en coche al aeropuerto de San Francisco a recogerle. En el viaje de vuelta Sandy les brindó un alegre y breve informe de lo que le había pasado en el Big Sur antes de venirse abajo.

—Entonces empecé a tener sueños de guerra... contra alguien —dijo Sandy. Y no quiso decir quién era ese alguien.

—Sí, lo sé —dijo Kesey—. Contra mí.

¡Lo sabía!

Y las brumas místicas volvían a invadir el aire desde la bahía...

Norman Hartweg y su amigo Evan Engber llegaron a La Honda desde Los Ángeles con idea de hacer de tibetanos durante unas semanas y ver lo que pasaba en casa de Kesey. Resultaba bastante extraño su deseo de officiar de tibetanos precisamente allí, pero ésa era la intención de Norman. Norman era un autor de teatro de veintisiete años, oriundo de Ann Arbor, Michigan. Era un tipo delgado, de uno setenta y cinco de estatura, cara delgada y rasgos acusados, y con barba. La nariz ligeramente respingona le daba un aire aniñado. Iba tirando en la vida con una

columna en el semanario *Free Press* de Los Ángeles, réplica de la *Village Voice* de Nueva York, y con trabajos en películas de vanguardia, y vivía en una habitación situada debajo de la pista de una discoteca del Sunset Strip. Primero había conocido a Susan Brustman, amiga de Kesey, y luego al propio Kesey, que le había invitado a La Honda para que montase *La Película* y... participase en la vida comunal. Norman —quién sabe por qué— se había hecho la idea de que quienes vivían con Kesey eran..., bueno, una especie de monjes, de novicios, gente que se pasaba la vida meditando, con las piernas cruzadas, entre cánticos, alimentándose de arroz, experimentando

vibraciones, paseando apaciblemente por los bosques y pensando en grandes cosas... ¿Por qué si no vivían en la espesura de los bosques, en medio de ninguna parte?

Así que Norman viajó desde Los Angeles con Evan Engber, que ocasionalmente dirigía teatro y más tarde fue miembro de la Jug Band del Dr. West, amén de estar casado con Ivette Mimieux, la actriz de cine. Subieron por la ruta de la costa, la carretera 1 de California, y luego, en San Gregorio, tomaron la carretera 84 y siguieron hasta internarse en los bosques de secuoyas, y doblaron un gran recodo y se plantaron en casa de Kesey. Pero,

santo Dios, aquello no tenía un aire demasiado tibetano. Y no precisamente por el hombre colgado de un árbol, ni por la escultura de un tipo «comiéndole» el sexo a una dama. (Dios, los tibetanos no tienen un pelo de tontos...). Sino más bien por extraños detalles aquí y allá. El buzón, por ejemplo, que es rojo, blanco y azul: las Barras y Estrellas. Y un gran letrero enmarcado en lo alto de la casa: ESTAMOS ATRAPADOS POR LAS NORMAS. Y la verja de la entrada, al otro lado del puente de madera; está hecha de enormes hojas de sierra de leñador y tiene en lo alto una mascarilla mortuoria..., y un enorme letrero, de unos cinco metros de largo, que reza:

LOS ALEGRES BROMISTAS DAN LA BIENVENIDA A LOS ÁNGELES DEL INFIERNO. La música sale a toda potencia de unos altavoces que hay encima de la casa; es un disco de los Beatles: *Help, I ne-e-e-e-d somebody...*

Y en ese momento, en ese preciso instante, Engber siente un dolor punzante en el hombro izquierdo.

—No sé lo que es, Norman —dice—, pero es insoportable.

Cruzan el puente y se bajan del coche y entran en la casa en busca de Kesey. Frente a la puerta, unos perros de color pardo arrastran la panza por el suelo entre nubes de pulgas, y escupen mosquitos de los frutales. Engber se

agarra con fuerza el hombro. La brillante luz verde y oro se filtra a través de las puertaventanas y baña el más endiabrado de los desórdenes. En el recinto principal hay grandes pipas colgadas de las vigas del techo, toda una hilera de pipas que pende cual un enorme y vertical xilófono. También hay muñecas colgadas de las vigas, muñecas montadas de forma extraña, con cabezas que salen de las caderas, piernas del cuello, brazos de la juntura de las piernas, piernas de los hombros..., y ombligos de pintura fluorescente. Y globos, y botellas de *chianti* pegadas a las vigas en extraños ángulos, como si a mitad de su caída hacia el suelo

hubieran quedado de pronto suspendidas en determinados puntos de las vigas. Y en el suelo, sobre las sillas, encima de las mesas, del sofá, juguetes y magnetófonos y piezas de magnetófonos y piezas de piezas de magnetófonos y equipo de filmación y piezas de piezas de equipo de filmación y cintas y película diseminada por todas partes, trenzada entre cables y enchufes, formando grandes marañas en espiral, grandes ovillos de celuloide, y un gran titular de periódico recortado y pegado en la pared: ¡VIVA TODO LO LÍMITE...!

En medio de todo el desorden, sentada en un extremo, hay una chica

larguirucha de aire escandinavo que rasguea una guitarra que no sabe tocar y que alza la mirada hacia Norman y dice:

—Todos tenemos complejos e inhibiciones..., y tenemos que librarnos de ellos...

Sí... Sí... Supongo que es cierto. Más allá..., al otro lado, hay un tipo muy pequeño con una enorme barba negra. El gnomo levanta la vista y mira a Norman. Entrecierra los ojos y de pronto exhibe una enorme e inexplicable sonrisa, mientras mira de frente a Norman y luego a Engber, y luego sale apresuradamente por la puerta, resoplando y riéndose entre dientes. Sí... Sí... Supongo que eso también está

bien.

—No sé qué diablos me ha pasado
—dice Engber agarrándose el brazo—.
Pero cada vez me duele más.

Norman se pasea por la casa hasta que encuentra un cuarto de baño. Sólo que es un delirio de cuarto de baño. Las paredes, los techos..., todo es un vasto *collage*: chillones manchones de rojo y naranja, chillones anuncios y chillonas fotos en color recortadas de revistas, trozos de plástico, de tela, de papel, franjas de pintura fluorescente, y, descendiendo en diagonal por una pared desde el techo, una delirante recua de rinocerontes —miles de ellos, diminutos — persiguiéndose unos a otros a través

del País Chillón-Chiflado. Encima del espejo que hay sobre el lavabo, ve una pequeña mascarilla mortuoria pintada con pintura fluorescente. La mascarilla cuelga de una tira adhesiva. Norman levanta la mascarilla y debajo de ella ve un mensaje mecanografiado pegado al espejo:

«Ahora que he logrado captar tu atención...».

Norman y Engber salen al exterior y enfilan el sendero que lleva a los bosques. Buscan a Kesey. Pasan junto a chillones troncos fluorescentes y tiendas y una especie de cueva extraña que hay al fondo de un barranco, con objetos fluorescentes que relucen en la entrada,

y luego se internan en recónditos claros verdes, bajo las secuoyas, en los cuales se filtra una luz como de foco... Y siguen topándose con cosas extrañas. De pronto ven una cama completa, con su anticuado armazón de hierro, su colchón, su colcha..., pero toda ella resplandeciente, llena de delirantes franjas y espiras de anaranjado, rojo, verde, amarillo fluorescente... Luego, en un árbol, un extraño caballo de juguete. Luego, sobre un tocón, un teléfono —¡un teléfono!— que brilla en el hondo verdor y del que salen bellos y rutilantes cordones de diversos colores. Luego un televisor, con la pantalla llena de descabellados dibujos fluorescentes.

Luego llegan a un claro, un fogonazo de luz solar, y de pronto ven a Kesey que se acerca hacia ellos por una pendiente. A Norman le parece el doble de grande que cuando lo conoció en Los Ángeles. Lleva unos vaqueros Levi's blancos y una camiseta blanca. Camina muy erguido, y al hacerlo deja que se balanceen libremente sus enormes y musculosos brazos.

Norman dice:

—Hola...

Pero Kesey no hace sino mover la cabeza y sonreír muy levemente, como diciendo: «Dijiste que vendrías, y aquí estás». Mira a su alrededor, y luego, ladera abajo, hacia el terreno llano

donde están las tiendas, hacia la casa, hacia la autopista..., y dice:

—Estamos trabajando en muchos niveles...

Engber se agarra con fuerza el brazo, y dice:

—No sé lo que me pasa en el brazo, Norman, pero es un dolor insoportable. Tengo que volver a Los Ángeles.

—Vale, de acuerdo, Evan...

—Volveré en cuanto se me pase.

Norman sabe que no volverá —y no se equivoca— pero él quiere quedarse.

De acuerdo, Montador
Cinematográfico, Escritor de Artículos,

Participante-Observador, ya estás aquí... Manos a la obra con tu montaje, con tu escritura, con tu observación... Pero, de algún modo, Norman no empieza a montar la película, ni a escribir su columna. Percibe casi de inmediato cómo va envolviéndole aquella atmósfera extraña. Es una atmósfera de..., ¿cómo describirlo? Están todos dedicados a algo, inmersos en algo, pero nadie va a expresarlo con palabras para que él pueda entenderlo. Expresarlo en palabras..., el primer problema estriba en que le cuesta enormemente entrar en las conversaciones que se desarrollan en aquella casa, en aquellos bosques. Todo

el mundo es muy cordial; la mayoría se muestra sociable y comunicativa. Pero todos hablan de..., ¿cómo describirlo?, de... la *vida*, de cosas que suceden a su alrededor, de cosas que están haciendo, o de cosas tan abstractas y metafóricas que él no alcanza a penetrar. Entonces cae en la cuenta de que lo que realmente sucede es que no están en absoluto interesados en ninguno de los temas tratados normalmente por los intelectuales *hip* de Los Angeles: asuntos en boga, libros, películas, nuevos movimientos políticos... Él y sus amigos no han hablado durante años más que de creaciones intelectuales, ideas, elucubraciones, «caramelos» mentales,

lados oscuros de la vida..., productos que han erigido en sucedáneo del hecho de vivir... Sí. Y sin embargo allí en La Honda ni siquiera se utilizan los vocablos de la jerga intelectual: casi todo se designa con la palabra *cosa*.

La *cosa* de Cassady, por ejemplo, es... ¡Dios todopoderoso, Cassady...! Pero es con Cassady con quien vislumbra por vez primera la alegoría cotidiana de la casa de Kesey, el vivir alegórico, el hecho de que toda acción sea una demostración de una lección vital —como el modo gestáltico de conducir de Cassady—, pero ése es un vocablo *tuyo*, Norman... Siempre que hay que conducir, conduce Cassady. Es

la *cosa* de Cassady, o su *cosa* en cierta parcela de la vida. Ahora han estado en una montaña, en Skylonda, en la cima de Cahill Ridge. De vuelta a casa, Norman va detrás, y en los asientos trasero y delantero van dos o tres Bromistas más. Conduce Cassady. Se lanzan montaña abajo cada vez más rápido, y los árboles pasan veloces a ambos lados como en un parque de atracciones, sólo que Cassady no mira la carretera ni sujeta el volante como es debido. Su mano derecha hurga en los mandos de la radio. Sintoniza una canción de *rock and roll* —*I'm nurding ut noonh er-lation...*—, y luego otra —*vronnnh babee suckoo pon-pon...*—, y lleva el ritmo golpeando el volante

con el pulpejo de la mano izquierda, y el coche entero parece estremecerse al compás, y ha vuelto la cabeza por completo para mirar de frente a Norman y sonrío como si estuviera manteniendo con él la más cordial y deliciosa de las conversaciones, pero quien habla es sólo Cassady, que emite una especie de increíble fibrilación oral, una demente nostalgia: «... un Plymouth del 46, ¿sabes?, con cambios suaves como la manteca y aparece a un lado un Chrysler del 47 con un tipo, un cabeza de malvavisco nervioso que reduce la velocidad con un cambio capaz de osificar el mundo, ya me entiendes...», y todo se lo dirige a Norman con la

sonrisa más dichosa del planeta...

¡Condenado loco... El camión!

En el último momento Cassady logra echar el coche hacia el interior de la curva y el camión pasa junto a él limpiamente, como un negro proyectil, como una inmensa lágrima de diez toneladas de alquitrán lanzada a una velocidad vertiginosa... Y Cassady sigue hablando, inclinado sobre el volante, dando palmaditas y parloteando. Norman está aterrizado; Norman mira a los otros para ver si..., pero todos siguen sentados, tranquilos, y continúan así durante todo el maníaco viaje como si nada fuera de lo normal hubiera acontecido.

sacudiendo la cabeza con tal aire de autoridad y convicción que deja anonadado a Norman.

Más tarde Kesey entra en casa y, en el curso de una conversación, deja caer:

—Cassady ya no necesita pensar.

Y se va. Es como si, por alguna razón, quisiera proporcionar a Norman parte del rompecabezas.

Kesey siempre está haciendo este tipo de cosas. Parece que, merced a alguna especie de radar, tuviera la facultad de materializarse en los momentos cruciales: en la cabaña, frente a la entrada, en el cobertizo, en el bosque... Los momentos cruciales pueden ser de índole personal o de

grupo: Kesey, de repente, surge como el Capitán Shotover de la obra de Bernard Shaw *La casa de la angustia*, y dice unas palabras, por lo general crípticas, alegóricas, o meramente descriptivas, pero nunca una declaración o un juicio. Normalmente cita a alguno de los «sabios» locales: Page dice..., Cassady dice..., Babbs dice... *Babbs dice que si no sabes lo que hay que hacer a continuación, lo que tienes que...*, e inmediatamente después desaparece.

Por ejemplo..., bueno, da la impresión de que en el grupo nunca hay discrepancias, ni discusiones ni conflictos a pesar de la diversidad de personalidades —tan extrañas en

algunos casos— que continuamente tienen roces y colisionan y se enfrentan. Bien, pues se trata de una impresión falsa. Lo que sucede es que no airean sus diferencias entre ellos. En lugar de hacerlo, acuden a Kesey, están siempre atentos a Kesey, hacen corro en torno a Kesey.

Hay un chico a quien llaman Pancho Almohada que es un auténtico pelmazo. Está siempre haciendo lo inimaginable para resultarte odioso, y al final ya no aguantas más y lo mandas al cuerno, y entonces él puede sentirse herido y echarte en cara... *todo*. Ésa es su *película*. Una noche Pancho está en casa y lee un libro sobre alfombras

orientales, lleno de bellas láminas en color, y no hace más que «dar la vara» con lo bonitas que son las alfombras que está viendo...

—¿Te das cuenta?, estos tipos estaban ya en la onda hace *diez siglos*. Tenían mándalas que no habrías imaginado en toda tu vida..., ¿me oyes? Mira, tío, con esto vas a flipar, sólo una miradita...

... y te pone el libro debajo de las narices: ésta es una preciosa litografía en color de una alfombra de Isfahan, con sus brillantes rojos y naranjas y oros y vibrantes y luminosas líneas que parten del medallón del centro...

—No, gracias, Pancho. Ya he visto

suficiente...

—¡Venga, hombre! Mira, ¿sabes?, tengo que *compartir* todo esto, tengo que hacer que lo *veas*, ¡no puedo disfrutar de esto yo solo! O sea, ¿sabes?, quiero *compartirlo* contigo, ¿lo entiendes? Mira, mira esta otra...

Y así una y otra vez, metiendo el maldito libro en las narices de todo el mundo, a la espera de que alguien le mande a tomar por el culo y él pueda ya marcharse muy digno y satisfecho...

Dad de comer a la abeja hambrienta... Pero, santo Dios, este pelmazo es «demasiado». Así que los Bromistas *aguantan*, y no esperan más que una cosa: que aparezca Kesey. Al

cabo se abre la puerta y entra Kesey.

—¡Hola, tío! —dice Pancho, y va corriendo hacia él—. ¡Tienes que echar un vistazo a esto que he encontrado! ¡Quiero que no te lo pierdas! ¿Sabes?, ¡tengo que enseñártelo, porque te va a *flipar* de verdad!

Y le pone el libro delante de los ojos.

Kesey mira la lámina de la alfombra de Isfahan o de Shiraz o de Bakhtiari o de dondequiera que sea como si la examinara atentamente. Y al cabo dice suavemente, con su hablar cansino de Oregón:

—¿Por qué voy a meterme yo en tu mal viaje?

Y lo hace sin alzar la mirada, como si lo que está diciendo tuviera algo que ver con el medallón de diamante o la orla de tortugas y palmas...

—¡Mal viaje! —grita Pancho—. ¿Qué quieres decir con «mal viaje»?

Y tira el libro al suelo. Pero Kesey está ya en otra parte de la casa. Y Pancho sabe que, en realidad, no está dando a compartir la belleza de las alfombras, sino su mal viaje, y todo el mundo sabe de qué se trata, y él *sabe* que ellos lo saben, y el incidente ya ha pasado y... hasta luego, Pancho Almohada.

Y sin embargo a Norman empezó a darle la impresión de que hasta Pancho estaba más «en sintonía» que él con la *cosa* comunal. Se sentía inútil. Nunca llegó a montar la película. Kesey y Babbs, en algún momento, sugerían hacer un poco de montaje. Pero él, antes de ponerse manos a la obra, quería ver la película entera a fin de saber dónde habría de ir cada pasaje. Y lo mismo le sucedía con el grupo. Quería un «pase» completo del grupo por su personal máquina montadora, para ver cómo era el cuadro en su conjunto y cuál era el objetivo perseguido por el grupo.

Parecía que los Bromistas no dejaban ni un instante de sondearle, de sondearle, de sondearle... para descubrir sus debilidades. Bradley —¡él precisamente!— la emprendió con él una mañana; empezó a llamarle todo lo que le venía a la cabeza, al parecer con ánimo de que reaccionara. Norman estaba estudiando un método de sánscrito, y trataba de aprender el alfabeto. Pensaba que era una buena idea, ya que no estaba haciendo nada más. Y fumaba un cigarrillo. Y entonces Bradley inicia su ofensiva:

—Cada vez que lees un libro o fumas un pitillo —le grita—, me estás *agrediendo*. Mira a Pancho. Pancho

trabaja en algo. Pancho se pasa el tiempo escribiendo poesía, y cada día me enseña un poema...

Lo cual es ridículo, porque los poemas de Pancho son malísimos. Pero se ha logrado el objetivo: acusar a Norman de vago, de «personal». Leer es una actividad que sólo proporciona placer a quien lee. No proporciona nada al grupo. Y fumar es algo que se agota en el hecho mismo. Así que le dice a Norman que es un vago y que no aporta nada a la comunidad. *Lo cual es cierto. Tiene razón.* Pero lo que Bradley quiere es empezar una pelea o algo parecido. A Norman le hace gracia y se ríe de Bradley. *Bradley...* Pero aunque quien

le ha incordiado haya sido sólo Bradley, su actitud parece ser una muestra de lo que el grupo siente al respecto. De otro modo, Bradley probablemente nunca habría dicho nada. Norman se queda cada día más y más quieto, como una almeja. Y da la impresión de que todos se ríen de él...

—No *de* ti, sino *contigo* —le dice una y otra vez Kesey, tratando de bromear con él para que se libere de sus inhibiciones y sentimientos de inferioridad.

Pero lo único que realmente vino bien en tal sentido fue la llegada de Paul Foster.

Foster era un tipo alto, con el pelo

rizado, de poco menos de treinta años, terriblemente tartamudo. Era matemático y había trabajado en Palo Alto como programador de ordenadores. Y al parecer había ganado mucho dinero. En un momento dado había empezado a frecuentar a ciertos músicos que le habían iniciado en ciertas sustancias... «expandidoras de la mente», y ahora la vida de Foster parecía fluctuar entre períodos de cabal y honrada programación informática, durante los cuales llevaba corbata y un iridiscente traje verdeazulado de algún tipo de poliéster, y se comportaba en el mundo convencional como un tipo formidable, y otros períodos vitales de... *speed*, el

Divino Gran Rotor, durante los cuales se investía de su Ropaje de Importancia. Éste consistía en una chaqueta convertida en un auténtico *collage*: capas y capas de cintas, insignias con leyendas, reflectantes, premios de galletas Cracker Jack..., todo ello amontonado y ondeando al aire cual una lunática chaqueta de mangas estrambóticas surgida de la mismísima corte de Luis XV. Al llegar, se instaló en el árbol. Sandy había habilitado una morada en un árbol; una plataforma con una tienda encima. Paul habilitó su casa *debajo* de ella. Perfecto: un dúplex arbóreo. Paul Foster había llegado con una cantidad enorme de pertrechos. Los

metió todos en el árbol, y a partir de entonces se dedicó al cuidado doméstico de su morada-tronco. Abrió una ventana en lo alto, y una verja, y estanterías para libros. Sus libros eran muy raros. Una enciclopedia —si bien de 1893—, y libros en las lenguas más extrañas: tagalo, urdu... (parecía tener conocimientos de estos insólitos idiomas), y muchas, muchas más cosas... Tenía un gigantesco saco que llevaba consigo a todas partes, lleno de los más variopintos y extraños bártulos: trozos de brillante cristal y de hojalata y carcasas de radio-transistores —sólo las carcasas— y clavos y tornillos y tapas y tubos, y dentro de tal saco de

singulares desechos había otro saco pequeño —una réplica del grande en miniatura— lleno de *diminutos* desechos igualmente singulares..., y uno no podía evitar pensar que dentro de este saquito habría otro *aún más* pequeño con desechos *realmente* minúsculos, y que la cosa seguiría así hasta el infinito... Foster tenía también un montón de plumas y rotuladores de colores, y se pasaba el tiempo sentado en su casa arbórea mientras el viejo e incansable Rotor, el buen dios del *speed*, se estrujaba las meninges en busca de juegos de palabras, juegos de palabras, juegos de palabras..., hasta concebir letreros como el que colocó a

la entrada del lugar, en la curva donde el camino de acceso, al dejar la carretera 84, se adentraba en el puente: «No girar hacia la izquierda sin ir colocado.»^[31]

La gente solía ir a visitarlo y él la atendía en su árbol, y por la noche su casa se iluminaba de forma delirante, pues resplandecía con dalinianos brochazos de pintura fluorescente, y él se pasaba la velada dibujando, dibujando, dibujando o trabajando en un enorme y loco álbum de recortes...

Norman y Foster tenían muchas cosas en común. Ambos eran artistas bastante aceptables, ambos tenían cierto bagaje de erudición, erudición, erudición... Foster, con su terrible

tartamudeo, valoraba mucho la intimidación, lo mismo que Norman. Claro que Foster se integraba en el mundo Bromista con mucha más rapidez que Norman. Había algo extraño a este respecto. No había normas. No había período oficial de prueba, ni se votaba si tal aspirante era ya o no uno de los suyos, ni había bolas negras, ni espaldarazos... Y sin embargo había cierto período durante el cual uno se probaba a sí mismo, y todos sabían cuándo estaba teniendo lugar ese período y nadie decía una palabra al respecto. En cualquier caso, Norman podía hablar con Foster, y eso cambiaba mucho las cosas: ya no se sentía tan

terriblemente solo. Además, de pronto cayó en la cuenta de que no era sólo él..., de que los Bromistas sometían a prueba a todo el mundo, a fin de que los neófitos sacasen a la luz sus complejos e inhibiciones hasta el punto de actuar con total franqueza, de vivir con espontaneidad el momento presente. Y si para lograrlo había que hostigar al aspirante...

Foster, en la casa comunal, está planteando una de sus disparatadas charadas lógicas, y tartamudea como un poseso:

—Su-u-u-u-pón que-que lo que per-per-per-cibes es sólo un...

Y prosigue su profuso razonamiento

viaje feo! Bien, yo lo único que sé es que...

—¡Lo ves! —dice Montañesa con una gran sonrisa triunfal, casi una carcajada. Está tan contenta con el resultado que no para de aplaudir—. Cuando te enfadas, dejas de tartamudear.

Foster vuelve a quedarse petrificado. La mira fijamente. Y al cabo se da media vuelta y sale por la puerta sin decir ni media palabra.

Y lo divertido del asunto es que Montañesa tiene razón.

¿Qué era...? Una especie de..., ¡bueno, sí!, de *terapia de grupo*, de

maratoniana sesión de terapia de grupo, en la que todos permanecían juntos durante días, explorando las debilidades de cada cual, haciendo que todo aflorase al exterior. Sólo que no era una terapia de grupo para gente de mediana edad, para gente psíquicamente deteriorada, ¡sino para gente Joven, Joven e Inmune! ..., una terapia que no estuviera «parcheando» desastres subjetivos, sino dotando a la vida de herramientas para acometer una increíble ruptura, una ruptura *más allá de la catástrofe*. Desde que el mundo es mundo, las grandes empresas del hombre han sido siempre luchas contra la catástrofe, la enfermedad, la guerra, la pobreza, la

esclavitud..., los seculares jinetes del Apocalipsis... Pero qué hacer en el aterrador vacío de *más allá de la catástrofe*, allí donde —se supone— todo es posible... Y Norman tropieza con otro de los extraños, proféticos libros de la biblioteca de Kesey, *El fin de la infancia*, de Arthur Clarke, en el que... la generación de la Ruptura Total nace en la Tierra, y ya desde su más tierna infancia da muestras de poderes mentales muy superiores a los de sus padres, y sus miembros se emancipan y crean una colonia en la que viven todos juntos, no como individuos sino como integrantes de un gran ser colectivo, en el sentido biológico de colonia animal,

hasta que finalmente la Tierra, cumplida su misión, se convulsiona y empieza a desmoronarse, y ellos, los niños... «Algo empieza a suceder. Las estrellas se vuelven más y más mortecinas. Es como si una gran nube fuera encapotando, con rapidez vertiginosa, todo el cielo. Pero no es exactamente una nube. Parece poseer cierta estructura... Puedo vislumbrar una nebulosa red de líneas y franjas que no cesan de cambiar de posición. Es casi como si las estrellas se hallaran enredadas en una fantasmal tela de araña. La red, toda ella, empieza a brillar, a palpar de luz, como si estuviera viva... Y una gran columna

ardiente, cual un árbol de fuego, se alza por encima del horizonte del oeste. Está muy lejos, al otro lado del mundo. Sé de dónde procede: al fin *están* en camino, al fin van a formar parte de la Supramente. Su período de prueba ha terminado; están dejando atrás los últimos restos de materia... Se ilumina todo el paisaje..., con una luz más intensa que la diurna; los rojos y los oros y los verdes se persiguen unos a otros por el cielo... Oh, no puede expresarse con palabras; parece injusto que sólo yo pueda contemplarlo... Jamás imaginé tales colores...».

En suma, amigo mío, helos ahí colgados, fuera de sus entrañables

cabecitas, y rumbo hacia... la Ciudad Límite. Sí, señor, esta noche estamos sincronizados de verdad...

... pero aquí no hay chorros de agua de ningún querubín ni niño del agua de la Academia Francesa, ni ningún reverente oriental-Buda Gautama de ondeante toga de lino soltando su viciado aliento de desapego espiritual con tufo a Roquefort. Lo que los Bromistas harán, en cambio, es intentarlo por la autopista principal, la de ocho carriles, con farolas de cuello de garza hasta donde la vista se pierde, y emitirán en todas las frecuencias, y harán ondear banderas norteamericanas, y pondrán en marcha el Day-Glo

fluorescente y el neón de la Norteamérica electropastel de los años sesenta, y cablearán y amplificarán —a 327.000 caballos de potencia— un autobús de fantasía en una película de ciencia ficción, y darán la bienvenida a bordo a todo el mundo, sin reparar en lo increíblemente Menestral o Renta Baja o grosero que...

XIII. LOS ÁNGELES DEL INFIERNO

Dudo que alguno de los Bromistas entendiera realmente a Montañesa. Salvo Kesey. Montañesa, las más de las veces, tenía un carácter totalmente extravertido. Era ruidosa y franca y cándida como un fornido defensa de

fútbol americano, y a nadie se le ocurrió jamás pensar que tuviera un lado oculto. Salvo a Kesey, como he dicho. A veces Kesey y Montañesa se metían en el cobertizo y se tumbaban en colchones y charlaban. Kesey le explicaba su punto de vista sobre todo tipo de cosas, la vida, el destino, el Ahora..., mientras Montañesa... —de cuando en cuando alguno de sus pensamientos aventura una incursión en el suave flujo verbal que le llega desde el colchón donde está tendido Kesey—, bueno, sí, le hablaba de la forma más llana posible sobre los últimos cuatro o cinco años de su vida. Pero Kesey no alcanzaba a entenderla cabalmente. Porque Montañesa, a veces,

se sentía endiabladamente sola.

¿Sola? Santo Dios, pero si Montañesa se acoplaba siempre a las situaciones tan armónicamente como una trepadora a un tallo, como Sheena, la Reina de la Selva... En la jerarquía de los Bromistas ocupaba ya un puesto muy alto. Nadie estaba más cerca de Kesey que Montañesa; a veces —parecía— ni siquiera Faye. Pero aun así... Kesey era esencial en la vida de Montañesa con los Bromistas. Sin él, y sin Peleón, podía apoderarse de ella una extraña soledad... Peleón era, aparte de Kesey, la única persona con la que podía hablar. Sin Peleón... Las cosas pueden ser soterradamente tensas en una

comuna; en cierto nivel todo es estupendo, pero uno ha de estar dispuesto a forzar un poco las cosas para conseguir que siga siéndolo.

Es ciertamente extraño. Esa tarde los aspersores giran y ro cían y vigorizan el césped de Poughkeepsie. En agosto el sol hace que se formen retazos amarillentos allí donde no alcanza la sombra de los árboles. Bueno, qué le vamos a hacer. Resulta que la solución, doctor, se llama Kesey. Ese ruido que ahora se oye por encima del girar de los aspersores, doctor, probablemente provocará una fibrilación en más de un pobre y tierno corazón. Es como si una locomotora procedente de Skylonda se

acercara, a través de las secuoyas, por las curvas de la carretera 84. Son los Angeles del Infierno que avanzan en formación, o más exactamente veintenas de estos monstruos a lomos de sus Harley-Davidson 74. La señorita Carolyn Adams, de Poughkeepsie, Nueva York, está a punto de mirar a la cara a esta amenaza primordial, de lanzar disparatadas órdenes a los Ángeles del Infierno, órdenes que ellos obedecen, pues el violento sol les ciega los ojos. La energía fluye de Kesey, doctor, y no hay ni una sola maldita cosa de la que ningún corazoncito tenga que tener miedo...

Kesey conoció a los Ángeles del Infierno una tarde en San Francisco a través de Hunter Thompson, que a la sazón escribía un libro sobre ellos. El libro, de hecho, resultó ser una obra notable: *Los Ángeles del Infierno: una extraña y terrible saga*. El caso es que Kesey y Thompson estaban tomando unas cervezas y Thompson dijo que tenía que ir al garaje Box Shop a ver a unos Ángeles del Infierno, y Kesey le acompañó a la cita. Cuando llegaron, un Ángel del Infierno llamado Frenchie y otros cuatro o cinco más estaban trabajando en sus motos, y todos ellos se entendieron inmediatamente con Kesey.

Kesey era un tipo tan duro como ellos. Acababa de ser detenido por posesión de marihuana, lo cual, a ojos de los Ángeles, certificaba que era Buena Gente. Le explicaron que uno no podía fiarse de la gente que no ha estado en la cárcel, y bueno, a Kesey estaban a punto de imponerle cierta pena de prisión. Kesey diría más tarde que su detención por posesión de marihuana les había impresionado de veras, pero que el hecho de que fuera novelista no les podía haber importado menos. Pero también estaban enterados de eso, y ahí tenían a un tipo famoso que se mostraba amistoso y se interesaba por ellos, y sin ser marica ni periodista ni ninguno de

los asquerosos lameculos que aquel verano no paraban de rondarles.

Y aquel verano de 1965 eran muchos los que solicitaban a los Ángeles del Infierno. El verano de 1965 había conferido una infausta fama a su grupo. Su reputación se había encumbrado hasta la más alta cima de la notoriedad. Una serie de incidentes, seguidos de una asombrosa serie de artículos aparecidos en revistas —entre ellas *Life* y *Saturday Evening Post*—, había hecho que la gente del Lejano Oeste viera cada fin de semana de la vida de los Ángeles del Infierno como una invasión de hunos violadores de infantes. Intelectuales de la Zona de San Francisco,

particularmente de Berkeley, en la Universidad de California, empezaban a otorgar una aureola romántica a los Ángeles del Infierno, y hablaban de «alienación» y de «generación en rebeldía» y de conceptos de ese tipo. La gente empezaba a buscar a Thompson para tratar de que les concertara una entrevista con los Ángeles (no con todo el grupo, Hunter, con uno o dos cada vez nos bastaría). Bien, Kesey no necesitó que fueran uno o dos..., ni nada de eso. En cuanto él y aquellos tipos pegaron unas cuantas caladas a un porro, los Ángeles de Infierno estaban ya «en el autobús».

Lo siguiente que los ciudadanos de

La Honda supieron del asunto fue que en la casa de Kesey había un gran letrero —de cinco metros de largo por uno de alto— pintado de rojo, blanco y azul, que rezaba:

LOS ALEGRES BROMISTAS
DAN LA BIENVENIDA A LOS
ÁNGELES DEL INFIERNO

El sábado 7 de agosto de 1965, de entre los muchos días del Señor, fue un día de verano claro y radiante y lleno de luz en La Honda, California. Los ciudadanos se preparaban para enfrentar el día cerrando a cal y canto sus puertas. Los polis se preparaban apretando el

acelerador de toda una flotilla de diez coches patrulla con luces giratorias y una buena provisión de municiones. Y los Bromistas se preparaban colocándose. Estaban en la verde garganta, en la cabaña y sus alrededores, bajo las secuoyas..., drogándose como posesos. Sentían, además, una buena oleada de adrenalina —otra dádiva del Señor— corriéndoles por las venas. Nadie llegó a decirlo claramente, pero todos sabían que se les venían encima los Ángeles del Infierno en carne y hueso, unos cuarenta de ellos en una «incursión» en toda regla, ese tipo de «incursiones» de los Angeles del Infierno en la que harían de las suyas,

toscos y astrosos y arrolladores y baladrones e incendiarios..., *en mane*. Los Bromistas tenían muchos visitantes para la ocasión. Era prácticamente todo un auditorio, y todos a la espera de que aparecieran las estrellas. Había mucha de la vieja gente de Perry Lane: Vic Lovell, Ed McClanahan y otros... También estaban Alien Ginsberg y Richard Alpert y un montón de intelectuales de San Francisco y de Berkeley. *Taquicardia* en todos los pechos..., pero Kesey estaba tranquilo e incluso se permitía reír un poco, fuerte como un buey, con su camisa de ante, el Hombre Montaña... Y hacía que todo pareciese en orden, que todo pareciera

inevitable, parte inevitable del flujo del ahora, del instante... Diablos, si el mundo convencional del condado de San Mateo, California, había decidido declararles fuera de la ley por algo tan inocuo como la marihuana, entonces podían dejarse llevar por el flujo de las cosas y mostrarles lo que era realmente una «familia» de Proscritos. Los Ángeles iban a poner en sincronía muchas cosas. Los proscritos, por definición, eran gentes que habían abandonado el punto muerto y se habían instalado en alguna suerte de Ciudad Límite. Y la belleza de ello residía en que los Ángeles lo habían hecho, como los Bromistas, por propia elección.

Primero se habían situado fuera de la ley —para *explorar*, siempre adelante—, y luego habían sido detenidos por ello. El viaje de los Ángeles eran las motos, y el de los Bromistas el LSD, pero ambas cosas constituían un increíble medio de acceso a un instante orgásmico, el *ahora*, y en menos de cuarenta y ocho horas los Ángeles estarían tomando ácido, «a bordo». Y los Bromistas asumirían... Ahor, el ancestral horror, el pavor del chiquillo de clase media ante los Ángeles del Infierno, los *Ángeles del Infierno*, en sucia carne mortal, y si conseguían integrar a aquella oscura, honda, soterrada fuerza en su propia órbita...

¡Keseey! Qué diablos..., hatajo de taquicárdicos... La voz tosca y ronca de Bob Dylan entona sus viejas y astrosas canciones a todo volumen a través de los altavoces instalados en lo alto de las secuoyas, en lo alto del barranco de tierra, frente a la autopista —*He-e-e-ey mister tam-bou-rine man...*—, como parte del programa de la No Emisora KLSD de Sandy Lehmann-Haupt, el indómito *disk-jockey* Lord Byron Plástico en persona, Sandy, emitiendo por un micrófono desde una cabaña y haciendo girar los discos para todos vosotros... Cassady está tan *revolucionado* que parece un mecanismo, una rueda dentada

humana... Montañesa está lista... ¡Eh, Kesity! El Eremita sonríe... Page echa chispas... Hombres, mujeres, niños, pintados y disfrazados, van de un sitio a otro en el pequeño valle bañado por el sol... Y *argggggggghhhhh*... Y hacia las tres de la tarde empiezan a oírlo.

Era como una locomotora a unos quince kilómetros de distancia. Eran los Angeles del Infierno en formación, acercándose por la montaña en sus Harley-Davidson 74. Los Ángeles se hallaban ya al alcance del oído; tomaban las curvas de la carretera 84 reduciendo la marcha —*zragggggggg*—, y acelerando, y la locomotora sonaba con más y más fuerza hasta que el ruido

sofocaba lo que decías y ya no se oía a Bob Dylan, y *^agggggggg*, ahí estaban doblando la última curva, los Ángeles del Infierno, con sus motos, su barba, su pelo largo, sus chaquetas vaqueras sin mangas con la insignia de la calavera y demás parafernalia, luciendo su más egregio y desastrado aspecto, y luego van cruzando uno a uno, a toda velocidad, el puente de madera y van llegando a la entrada de la casa, derrapando hasta pararse entre estallidos de polvo, y era como una película o algo semejante... Todos aquellos proscritos brincando y acelerando a fondo sobre el puente, tomando la cerrada curva con los brazos

extendidos sobre los manillares y derrapando hasta parar, uno tras otro y tras otro y tras otro...

Los Ángeles, por su parte, no sabían qué esperar de aquel lugar. Nadie les había invitado jamás a ninguna parte, al menos no como grupo organizado. No solían figurar en la lista de invitados de la gente. Esperaban ver qué es lo que se cocía allí en La Honda, de qué se trataba todo aquello; probablemente armarían alguna pelea antológica antes de que todo aquello acabara, y habría cabezas rotas..., pero, en fin, era lo previsible cuando de ellos se trataba... Los Angeles del Infierno, siempre que afrontaban situaciones desconocidas, se

mostraban lúgubres y precavidos, y olfateaban al adversario, pero allí nadie parecía darse cuenta de su actitud recelosa. Había tanta gente ya tan colocada, tan pasada con una u otra cosa, que prácticamente todo el mundo se diluía al instante en el ambiente. Los Bromistas parecían disponer de miles y miles de «dosis» de la droga preferida de los Ángeles: la cerveza, amén de LSD para quien quisiera probarlo. La cerveza hizo muy felices a los Ángeles, y el LSD les puso extrañamente pacíficos, y en ocasiones catatónicos, en contraste con los Bromistas y otros de los intelectuales recién llegados, que volaban con el ácido.

June la Mema le dio a un Ángel a quien llamaban Libre Frank una dosis de ácido, que él tomó por una anfetamina potenciada o algo parecido, y que le brindó la experiencia más maravillosa de su vida. El anochecer le sorprendió subido a una secuoya, acurrucado contra un altavoz, siguiendo con fruición los sonidos y vibraciones de *The subterranean homesick blues* de Bob Dylan.

Pete, el corredor de coches preparados, miembro de los Ángeles del Infierno de San Francisco, sonreía y hurgaba en un barreño de cervezas y decía: «Dios, tío, esto es una auténtica maravilla. Al venir no sabíamos lo que

nos esperaba, pero la verdad es que es una pasada. Esta vez es “ja, ja” en lugar de “toma caña”». La barranca, muy pronto, empezó a retumbar con la característica risa jubilosa, ebria de cerveza, surgida de la panza de los Ángeles del Infierno, que sonaba como sigue: Jua, jua, jua, jua, jua!

Sandy Lehmann-Haupt, el Lord Byron Plástico, había cogido el micrófono y su perorata de *disk-jockey* atronaba entre las secuoyas y llegaba hasta el otro lado de la autopista: «¡Aquí la No Emisora KLSB, con 800 microgramos en la cabeza, la emisora destinada a hacerte estallar el cerebro y desatarte las ligaduras, desde la copa de

las secuoyas de Venus!»). Luego acometió un largo *blues* hablado sobre los Ángeles del Infierno, de unas cincuenta estrofas —algunas, puro galimatías de ácido; otras, descabelladas historias sobre aplastar tortugas en la autopista y delirios por el estilo—, que acababan siempre con el estribillo:

*¡Oh, pero qué grande es ser
Ángel
y andar sucio todo el día!*

Pero ¿qué diablos...? ¿Cómo tenía aquel tipo de aire demente la osadía de

proclamar por las autopistas de California que los Ángeles del Infierno estaban siempre sucios...? Pero... ¿cómo diablos resistirse a aquel maldito y delirante y pegadizo estribillo...? Y muy pronto los Ángeles, como todo el mundo en La Honda, se habían unido al coro:

*¡Oh, pero qué grande es ser
Ángel
y andar sucio todo el día!*

Luego se puso ante el micrófono Alien Ginsberg, tocando los platillos y danzando de un lado a otro, con la barba

hasta el ombligo y entonando cánticos hindúes e inundando con ellos California, USA, *Haré Krisna haré Krisna haré Krisna haré Krisna...*, qué coño es eso de peludo Krisna^[32], quién es *esefreak* peludo que canta..., pero nadie puede resistirse y todo el mundo, aunque no quiera, acaba pasándolo en grande con aquel tipo estrafalario. Ginsberg dejó a los Ángeles del Infierno completamente estupefactos. Encarnaba muchas de las cosas que los Ángeles odiaban: era judío, intelectual, neoyorquino..., pero era «demasiado», el más formidable de los tipos genuinamente anticonvencionales que habían conocido en toda su vida.

¡... y andar sucios todo el día!

Esos sucios chalados... Al anochecer los polis se alineaban en la autopista, coche tras coche, al otro lado del arroyo, a cierta distancia de la verja, preguntándose qué diablos... La escena adquiría tintes cada vez más extraños. Los Bromistas tenían todo su arsenal electrónico encendido: el *rock and roll* atronaba entre las copas de los árboles, los focos bañaban la barranca, la emisora KLSD aullaba a todo volumen sobre la cabeza de los policías, la gente, con su parafernalia fluorescente, se

movía dando tumbos en la penumbra, los Ángeles reían «jua, jua, jua», Cassady, despojado de la ropa, con su enorme anatomía desnuda, agitaba los brazos y daba vueltas como una rueda dentada bajo un foco del porche de la casa de troncos, blandiendo una botella de cerveza con una mano y agitando la otra en dirección a la policía:

—¡Eh, vosotros, jodidos bastardos! ¿Qué cojones os pasa? Venid a ver lo que os espera... ¡Maldita sea vuestra alma llena de mierda! —Reía y se agitaba y giraba sobre sí mismo—. Venid, venid... Os vais a llevar vuestro jodido merecido.

El colmo, muchachos..., ahí tenemos

un inmenso y obsceno cuadro de degradación, depravación y total desprecio mostrándose impudicamente ante nuestros propios ojos, un cuadro en el que no faltan ni los mismísimos Ángeles del Infierno, y no hay nada que podamos hacer sino impedir que se desmadren. Técnicamente, la policía podía haber irrumpido en el terreno argumentando que Cassady se estaba exhibiendo desnudo, o alguna otra acusación por el estilo, pero en realidad no se estaba transgrediendo ninguna ley concreta (salvo todas las de Dios y de los hombres), y se pensó que la mejor política era limitarse a una total contención de aquellos locos. Irrumpir

en sus dominios, por mucho que se empleasen diez coches llenos de agentes armados, con la sola excusa de que se había cometido una falta de indecencia pública... El escándalo habría sido demasiado grotesco como para aventurarse a hacerlo. Y las luces de los coches patrulla giraban y salpicaban el barranco de tierra con un efecto de roja luz estroboscópica, y las radios conectadas con la central y completamente abiertas crepitaban con sulfurosas y eléctricas (220 voltios) voces de barítono y sibilantes ruidos parásitos... —*He-e-e-e-ey mis-ter tam-bou-rine man*—, con lo que la barranca de La Honda se convirtió en un lugar

absolutamente demencial...

Entretanto, los Ángeles descubrían algo horrible. Normalmente, en la mayoría de los sitios objeto de sus incursiones, solían someter a prueba el temple de la gente. Qué miras tú, gilipollas. Y en cuanto veían el impacto o llano terror dibujado en el semblante del destinatario, se sentían felices. Si no obtenían tal efecto y veían que alguien se ponía farruco y les plantaba cara, era el momento de romper cabezas y de hacerle al tipo un nuevo agujero del culo. Pero aquellos jodidos Bromistas eran gente a prueba de pruebas. Los Ángeles no supieron lo que era la permisividad hasta llegar a casa de

Kesey. *¡Déjate llevar por la corriente!*
El más grande y malo y duro y terrorífico de aquellos Ángeles del Infierno era un enorme monstruo a quien llamaban Chiquito. El siguiente más grande y malo y duro y terrorífico era un tipo alto y esquelético apodado Buitre: de tez morena, con barba y largo pelo oscuros, todo peludo y enmarañado y con nariz de pico de ave y nuez increíblemente prominente y caída... Idéntico a un enorme buitre. Chiquito y Buitre, cuando estaban entre gente ajena al grupo, tenían la costumbre de acercarse el uno al otro y sacar la lengua y ponerse a darse mutuos y linguales lametones; un húmedo despliegue de

lengüetadas, mayormente para escandalizar a los «estrechos» (lo que solían conseguir con creces). Así que se acercaron a aquella chica grande y ancha, Montañesa, y se pusieron a «darse» la lengua, slup, slup, slup..., y miraron a Montañesa y no podían creerlo: la chica les miraba y se sonreía y le explotaban puntos de luz en los ojos y de pronto empezó a reírse de ellos con grandes carcajadas, jua, jua, jua..., como diciendo claramente: Vaya memez. Era increíble. Y luego, cuando se estaban pasando un porro entre ellos y se lo ofrecieron a Montañesa, ésta estalló:

—¡Pero qué..., nada de eso! ¡Qué

diablos habéis hecho con vuestra boca sucia en este porro! ¡Era un porro immaculado y lo estáis dejando perdido con esas bocas llenas de mierda!

Que se recuerde nadie había osado jamás rechazar una chupada de un porro «pasado» por los Ángeles del Infierno, al me nos no por razones de higiene, salvo aquella chica loca que les tomaba el pelo en su propia cara... Y esto a los Ángeles les encantaba.

La cosa llegó hasta un punto en que Montañesa ve cómo Chiquito se mete en el delirante cuarto de baño con un par de latas de cerveza, en ademán de buscar un lugar recoleto donde tomarse unas cervezas en paz, pero da la casualidad

de que es el baño utilizado por las chicas, y Montañesa le grita a voz en cuello a Sonny Barger, el líder máximo de los Ángeles del Infierno:

—¡Eh, Sonny! Dile a ese enorme montón de mierda que se mantenga lejos de nuestro cuarto de baño limpio...

En un tono zumbón, por supuesto.

Y Sonny recoge el aviso:

—¡Sí, tú, montón de mierda...! ¡Fuera de ese retrete limpio! ¡No quieren que lo utilices!

Y Chiquito mira furtivamente hacia el exterior a través de la puerta; es una mirada insolente, pero obedece y sale...

¡Y ya está! ¡Está sucediendo! Los Ángeles del Infierno están en nuestra

película, hemos logrado meterlos... Montañesa y un buen puñado de Bromistas habían conseguido una relación perfecta con los Ángeles de Infierno. Eran amistosos con ellos, acaso más amistosos de lo que nadie jamás lo había sido con el grupo en toda su vida, pero sin el menor asomo de apocamiento, sin permitirles que se «pasasen» lo más mínimo. Era la combinación perfecta, pero los Bromistas ni siquiera necesitaban pensar en ello en tales términos. Se limitaron a comportarse tal como eran, y así fue como resultó la cosa. Todos los principios sobre los que habían estado trabajando, sobre los que habían

hablado y hablado en el aislamiento de La Honda..., bueno, pues *funcionaban* de maravilla...

Déjate llevar por la corriente..., y qué corriente... Aquellos tipos, aquellos Bromistas... En concentraciones tumultuarias como aquélla los Ángeles del Infierno solían poner en práctica otro número titulado *¿A quién se van afollar?* Y la cosa aún no había llegado a eso cuando una rubia de fuera de La Honda, una invitada llegada de lejos, una jovencita bonita y melosa y tierna, todo un manojito de hormonas, hizo saber a tres Ángeles que estaba dispuesta, y los cuatro se encaminaron hacia el cobertizo y se entregaron a un feliz y

avenido regodeo. Pronto se enteraron los demás Ángeles de la existencia de aquella «nueva mamaíta^[33]» del cobertizo, y al poco un buen número de ellos se había amontonado ante la puerta, bebiendo cerveza y riendo y entrando por turnos y haciendo comentarios críticos al respecto. La chica, con el vestido rojo y blanco hecho un ovillo a la altura del pecho, tenía dos o tres Ángeles encima de ella, entre las piernas, sentados sobre su cara... en la morbosa luz ocre del cobertizo, en medio de un trajín de lengüetadas y ojos lascivos y gorgoteos y sorbetones y frondas de vello púbico, y el sudor y el semen le brillaban sobre

las zonas cruciales de vientre y muslos, y se retorció y gemía, no en señal de protesta sino en una suerte de ebrio acceso de sólo Dios sabía qué, mientras hombres sin pantalones estaban de pie a su alrededor, jaleando, reprobando, esperando su turno, o su segundo turno o su tercer turno..., hasta ser penetrada por lugares diversos unas cincuenta veces como mínimo. Al final, unos cuantos Angeles fueron a buscar a su exmarido, que andaba vagando de un sitio para otro, colgado, y lo llevaron al cobertizo, y en el fulgor y las miradas lascivas y el olor a almizcle de aquel cuchitril del sexo le instaron a que él también gozara de ella. Se hace un

silencio —mierda, esto está yendo demasiado lejos—, pero la chica se incorpora con ojos ofuscados y le dice a su exmarido que la bese, y él lo hace, y brillan las secreciones y el hombre da un par de tumbos y la monta y entra en ella, y los Ángeles le jalean, jua jua, jua...

... pero se trata de su película, en serio, de la película de la chica, y nosotros nos hemos dejado llevar por la corriente...

Tanta cerveza..., la cerveza constituye sin duda una juerga exótica para los Bromistas. Montañesa y Kesey están arriba en la iluminada enramada, y la luna llena se filtra entre las copas de

los árboles. Están charlando a la luz de la luna, y Sandy sube hasta la enramada paseando y se sienta con ellos, en ácido, y mira a sus pies y el suelo del bosque se ondula bajo la luz de la luna, y ríe y fluye como una corriente en la enramada mágica. Y están allí sentados y..., ¡un *buitre*! Buitre vaga ladera arriba y sube hacia ellos, y allí, a la luz de la luna y la penumbra de la mágica enramada es... un *auténtico* buitre, el mayor buitre jamás nacido en el planeta, con su pico, su negrura absoluta, el cuello largo y glótico, el lomo de carcasa y las oscilantes alas, las correosas y nodulares patas... Uaaauuuuuuu... Y Kesey se pone en pie de un brinco y alza

los brazos y los agita hacia él, como tratando de ahuyentar a un buitre real, y dice:

—¡Aaaaaggg! ¡Un buitre! ¡Eh!
¡Fuera, buitre! ¡Qué se lleven de aquí a este buitre!

Es un gesto zumbón, por supuesto, y Buitre se ríe, *jua, jua, jua...* No es real, pero es... *real*, un buitre real; uno puede ver la escena con dos mentes diferentes... Uaaauuuuuuu..., y Buitre brinca y agita los brazos..., y la... conexión, la *sincronización* entre el nombre, el hombre y el pájaro es ya una fusión perfecta, y ya no importa si es un buitre o un hombre porque ambos han llegado a ser una sola cosa, y todos

pueden verlo...

Todos lo ven perfectamente, Buitre se va, Sandy se va, y Kesey y Montañesa se quedan solos en la ondulante enramada iluminada por la luna. Pasa un rato..., ¿dónde?..., Kesey y Montañesa..., y fluyen juntas tantas cosas, desde las luces y el delirio y los sonidos sibilantes y parásitos de allá abajo, y hay tantas cosas claras, tantas cosas fluyendo en armonía aquella noche, bajo la luz de la luna, por encima del tráfago y los bramidos de allá abajo...

La fiesta de los Ángeles del Infierno

aún duró dos días más y la policía no llegó a moverse de su sitio. Todo el mundo —Ángeles y Bromistas— disfrutó de un tiempo en paz, sin peleas ni cabezas rotas. Había habido una sesión de sexo múltiple con una chica, pero era ella quien se había prestado. Era su película. De hecho, en el curso de las seis o siete semanas siguientes, los Bromistas disfrutaron de una larga fiesta con los Ángeles del Infierno. Las nuevas a este respecto fueron extendiéndose como algo legendario por los círculos intelectuales *hip* del área de San Francisco y Berkeley. En cualquier caso, en tales círculos se instaló definitivamente a Kesey y a los

Bromistas en una categoría muy superior a la de cualquier grupo intelectual más o menos excéntrico. Ellos habían superado el peor de los obstáculos psicológicos con que siempre se topaban los intelectuales: el de la vida *real*. Los intelectuales tenían el complejo de que jamás llegaban a *asir* la vida real. La vida real pertenecía a los negros *funky* y a los boxeadores profesionales y a los toreros y a los descargadores de muelles y a los vendimiadores y a los *espaldas mojadas*... *Nostalgie de la boue*^[34]. Pues bien, los Ángeles del Infierno eran «vida real». No podía haber nada más real, y Kesey se los había ganado. La gente de San Francisco y Berkeley

empezó a visitar La Honda más que nunca. Para los intelectuales era como una atracción turística. Y Kesey les hablaba de los Ángeles del Infierno.

—Le pregunté a Sonny Barger cómo elegía a los miembros del grupo, a los nuevos Ángeles, y él me dijo: «No los elegimos: los *reconocemos*».

Y todo el mundo se quedó pensando en el significado de esas palabras.

En La Honda casi siempre había algún Ángel del Infierno. Los Ángeles del Infierno estaban incorporando el LSD a la ya larga lista de sus estimulantes y drogas preferidas: cerveza, vino, marihuana, benzedrina, Seconal, Amytal, Nembutal, Tuinal,

etcétera. Algunos de ellos tenían *bummers* terroríficos (*bummer* era el término utilizado por los Ángeles para designar un mal viaje sobre una moto, y pronto se convirtió en el término del mundo *hip* para designar un mal viaje de LSD). El único momento malo en La Honda en tal sentido tuvo lugar un día en que un Ángel enloqueció en la primera subida del ácido y trató de estrangular a su compañera en los escalones de entrada de la casa de Kesey. Pero estaba demasiado pasado ya para que la agredida se llevara otra cosa que un buen susto.

Así que se creó una alianza maravillosa, formidable, impía entre los

Bromistas y los Ángeles del Infierno, y a todas horas del día y de la noche podía oírse a los Ángeles cambiando marchas y enfilando la carretera 84 camino de la casa de Kesey, y la gente de La Honda sabía que volvía a llegar aquella plaga y que no se podía hacer nada salvo resignarse. Más de un Bromista sentía también este tipo de reservas. Los Ángeles eran como una bomba de relojería. Hasta el momento todo iba bien —un día los Ángeles incluso barrieron y limpiaron el lugar—, pero eran muy capaces de desmadrarse y de organizar una carnicería en cualquier momento. Y eso le ponía a uno la adrenalina en la garganta. El peligro

potencial era real, pues a decir verdad eran contados los Bromistas que podían hablar realmente con los Ángeles (quienes más podían hacerlo eran Kesey y Montañesa, pero sobre todo Kesey). Kesey era el imán y la fuerza, el hombre de ambos mundos. Los Angeles le respetaban, y con él jamás se permitían la menor guasa o desaire. Era uno de los tipos más templados que habían conocido en toda su vida. Un día, al fin, el temple de Kesey habría de pasar su prueba del fuego con los Ángeles... Fue un momento realmente extraño.

Kesey y los Bromistas y los Ángeles habían dado en la costumbre de ir al cobertizo a sentarse en un gran círculo y

poner en práctica la *cosa* de los Bromistas: hablar y parlotear de esto y aquello y cantar, bien colocados de hierba y sin saber jamás en qué iba a acabar la cosa. Normalmente todo salía de perlas. Los Ángeles se aficionaron enseguida a la *cosa* de los Bromistas. Parecían poseer la facultad de captar intuitivamente y de inmediato de qué iba todo aquel rollo, y en cierta ocasión Kesey se puso a tocar una guitarra española y Babbs una guitarra eléctrica de cuatro cuerdas, y Kesey empezó a cantar una canción improvisada, sobre «las vibraciones», una canción tipo *blues*, y los Ángeles se pusieron a cantar con él, y la cosa adquirió tintes

realmente religiosos durante un rato, con todo el grupo cantando a coro: «Oh, las vi-bra-cio-nes... Oh, las vi-bra-cio-nes...».

El caso es que un día Kesey y unos cuantos Bromistas y un buen puñado de Ángeles —entre los cuales estaba Sonny Barger, del Capítulo de Oakland, el jefe supremo de todos los Ángeles del Infierno—, estaban sentados en un corro en el cobertizo, charlando y pasándose unos canutos. El tema, en aquella ocasión, era «la gente gilipollas».

Hay gente que es gilipollas y a la que la reconoces enseguida, explicaba Kesey, y los Ángeles asentían, sí, tienes mucha razón, etcétera.

—Pensad por ejemplo en... —dice Kesey, y menciona el nombre de un Ángel que no está presente—. Pues es un gilipollas.

Un gilipollas..., ah, amigo...

—Oye, Kesey —dice Barger, en la más genuina vena Ángel del Infierno—, ese que mencionas es un Ángel, y nadie, *nadie*, le llama gilipollas a un Ángel.

... el guante está echado. Parece transcurrir una eternidad; todos los ojos están fijos en la cara de Kesey; todos pueden oír cómo la sangre se les desboca por las venas. Pero Kesey ni si quiera pestañea, y su voz no se altera ni un ápice al responder con su habitual hablar cansino de Oregón:

—Pero es que lo *conozco*, Sonny. Si no lo *conociera* no le llamaría gilipollas.

Claro... Bueeeeno... Todo el mundo, Ángeles y Bromistas... dicen bueno..., es que Kesey lo *conoce*... Nada se puede hacer más que tratar de penetrar en el sentido de lo que ha dicho, y todos se quedan allí sentados, quietos, reflexionando sobre ello, y al cabo de unos segundos, el momento crucial, el de la rotura de cabezas y la bronca de mil demonios, ha pasado. *Bueeeeno..., sin...*

Dos o tres días después algunos Bromistas caen en la cuenta de que *siguen* sin saber qué diablos había

querido decir Kesey al responderle a Sonny aquello. Que *conocía* al tipo. No tenía el menor sentido. Era un concepto vacío, sin nada dentro... Bueno, ¡y qué! En el momento de decirlo fue la respuesta perfecta, lo único que podía haber dicho. Kesey estaba siempre de tal modo en el instante que podía salir airoso de cualquier atolladero, superar la vieja historia de me empujas, te planto cara, del enfrentamiento violento, y en menos de un pestañeo el momento de peligro, el jodido momento crítico, había pasado...

Los Bromistas llegaron a intimar

bastante en el plano personal con varios Ángeles. En particular con Barriga y Libre Frank y Terry el Vagabundo. De cuando en cuando alguien llevaba a uno u otro de los Ángeles a la morada del árbol, y lo iniciaba en las drogas psicodélicas. Los Bromistas disponían de una enorme provisión de DMT. Como alguien había dicho en cierta ocasión, el LSD es un largo y extraño viaje, mientras que el DMT es como un cañonazo. Allí en la morada del árbol, en medio de las centelleantes chucherías, les daban a los Ángeles el DMT, y Montañesa tuvo ocasión de ver a algunos de ellos (a Libre Frank, por ejemplo) recién bajados de la

casaárbol: se ponían a vagar de aquí para allá, sin rumbo, ligeramente escorados, con los ojos desorbitados, vidriosos.

—Tan desnudos como jamás podrán volver a estarlo unos Ángeles —le contaría luego a Kesey.

XIV. UN MILAGRO EN SIETE DÍAS

Oh, las vi-bra-cio-nes...

Oh, los unitarios...

Seminaristas apóstatas...

Entended a los maravillosos

Bromistas y Angeles del

Infierno...

¿Angeles de qué?

¿Por qué esa consternación?

Alzaos, vosotros los
antediluvianos,

deleitaos con

los Bromistas y los Angeles del
Infierno... El destino de Noé

se halla donde se halla:

helo ahora en el monte Ararat,
el buey Apis en *Aprés le
déluge*^[35],

un maravilloso filme con un
millar de parias: *¿Ángeles de qué?*

Ángeles del Infierno...

Amado Señor, disponte a zarpar
en la mar azul de los Ángeles.

Oh, las vi-bra-cio-nes...

Entre aquellos que empezaban a
preguntarse acerca de los misterios de
La Honda

había algunos pastores unitarios
conocidos como los Jóvenes Turcos;
Bob Kimball, Dick Weston y Paul
Sawyer decían: «¡Liberaos de
vuestros claustros cerebrales y
emerged! Ved cómo funciona la supuesta
magia fumadora de hierba de Kesey.
Los Jóvenes Turcos veían que los
unitarios se estaban convirtiendo en

seminaristas fantasmales, kantianos yermos desgajados del cristianismo primitivo.

Oh, hace un siglo éramos la vanguardia, y derrotábamos a la gentuza fanática del fundamentalismo... ¿Y hoy? La Juventud *bosteza* ante nuestra inanidad.

Oh, las vi-bra-cio-nes...

Oh, los unitarios... Seminarista apóstatas...

Entended a los maravillosos Bromistas y Angeles del Infierno...

¿Ángeles de qué...?

Una soleada tarde Sawyer encontró a nuestros héroes fluorescentes en la playa de Pescadero;

estaban con Alien Ginsberg en su mejor forma barbuda.

La escena estaba cargada de energía, y sin embargo había una extraña serenidad

incluso cuando llegaron los Ángeles del Infierno, *fétidos* pero llenos de calor.

Ahora bien, Sawyer iba con su hija quinceañera, y la chiquilla tenía miedo de que algo pudiera... *ir mal*.

Cuando Kesey dijo: *¡Al autobús!*, ella dijo: «Papá, no..., no quiero ir».

Así que su hija se quedó, pero Sawyer
estaba decidido a descubrir
el secreto de esa vibrante comunión: la
del Negro Ángel & el Fluorescente
Bromista.

Oh, las vi-bra-cio-nes...

Oh, los unitarios... Seminarista
apóstatas...

Entended a los maravillosos
Bromistas y Angeles del
Infierno...

¿Ángeles de qué...?

*¡Al autobús!, y fue tan estupendo, con
aquellos Ángeles apurando grandes*

jarras de vino

y gozando del océano bañado por el sol
como eufóricos monstruos de la
naturaleza,

y pasándose porros, y jua, jua, jua...,
pero se abre paso entre sus roncros
bramidos

una precognitiva nota gnóstica, de
Iglesia Primitiva: *¡Paz en éxtasis!*

¡Keseey sabe con precisión lo que
persigue! No una desbandada de
beatniks «moterros»

sino un viaje más vital que todo ese
parloteo kantiano que circula por el
mundo.

¡Ha alcanzado lo inalcanzable! ¡Ha
enseñado y ha *aprendido de* aquello

que no se puede enseñar ni aprender!
Los Jóvenes Turcos se lo deben a su
Iglesia: han de dar un giro al viaje
de los Bromistas.

Oh, las vi-bra-cio-nes...

Oh, los unitarios...

Seminarista apóstatas...

Entended a los maravillosos
Bromistas y Ángeles del Infierno...

¿Ángeles de qué?

¿Por qué esa consternación?

Alzaos, vosotros los
antediluvianos,

deleitaos con
los Bromistas y los Ángeles del
Infierno...

El destino de Noé
se halla donde se halla:
helo ahora en el monte Ararat,
el buey Apis en *Après le déluge*,
un maravilloso filme con un
millar de parias:

¿Ángeles de qué?

Ángeles del Infierno...

Amado Señor, disponte a zarpar
en la mar azul de los Angeles.

Oh, las vi-bra-cio-nes...

Así que Kesey fue invitado a
participar en la conferencia anual de la

Iglesia Unitaria Californiana que se celebraría en Asilomar, un bello parque nacional a la orilla del mar, en Monterrey. El tema de aquel año era: «Sacudir los cimientos.»

El hecho de que Kesey hubiera sido detenido recientemente por posesión de narcóticos no podía haber importado menos a los unitarios —incluidos los más viejos— reunidos en los verdes claros de Asilomar, a la orilla del mar. Los unitarios tenían una larga tradición de progresismo en tales cuestiones, y de hecho se hallaban a la vanguardia del movimiento por los derechos civiles de California. Habían llevado a cabo bastantes acciones de desobediencia

civil y escaramuzas con la policía por tal motivo. Sí, señor. Pero *esto...*

... *esto...* Los unitarios se hallaban reunidos allí en multitudes Intelectuales de Camisa Deportiva..., intelectuales que vivían sin grandes comodidades, de camisas deportivas de manga corta e informales pantalones con fondillos holgados y cintura muy alta, ceñida al costillar, y que fumaban despreocupadamente en pipa... Y de pronto llega Kesey. Pero el caso es que no viene solo. Viene en el autobús, en medio de una nube de torbellinos fluorescentes, con Bromistas disfrazados agitando los brazos en todas las ventanillas. En el semblante de los

unitarios de mediana edad, pastores y laicos, que retacaban sus pipas para una agradable y relajada semana de Camisa Deportiva, se dibujó la consternación al ver cómo aquel vehículo estrafalario llegaba con estruendo a los terrenos del campamento. Las cosas se pusieron... tensas desde ese mismo instante.

Imagino que es como si les restregáramos por las narices cómo somos, pensó Kesey. Los unitarios son gente que defiende el derecho a disentir y el inconformismo y un montón de otras causas justas, y nosotros nos ponemos a restregarles por las narices cómo somos..., un puñado de drogadictos, un par de

exconvictos, un homosexual, hombres y mujeres que viven en un autobús...

Pero... la Juventud Unitaria, los quinceañeros unitarios no se inquietaron lo más mínimo. Se arremolinaron alrededor del autobús en cuanto éste se detuvo. Lo cual, como es lógico, no hizo sino poner más tensos a sus padres. Al anochecer, la Iglesia Unitaria de California se hallaba dividida en dos facciones: quienes estaban *en* el autobús y quienes estaban *fuera* del autobús.

La primera aparición de Kesey en la tribuna de oradores inquietó tanto a las tres cuartas partes de la gente de Camisa Deportiva que la conferencia estuvo a punto de irse al traste. Los programas

principales tenían como escenario un edificio rústico —parecido a un teatro de verano— situado en los jardines del campamento. Kesey apareció en la tribuna con una reluciente chaqueta yin-yang: una chaqueta irisada con un enorme símbolo yin-yang pintado en la espalda en rojo, blanco y azul.

—Vamos a estar aquí siete días —dijo Kesey—, así que vamos a tratar de obrar un milagro en siete días.

... y no lo vamos a conseguir hablando de ello, hermanos, sino *haciéndolo* de veras, todos juntos, y tampoco lo voy a conseguir yo hablándoos, sino que lo conseguiremos todos haciendo cada cual su *cosa* con

total franqueza y bien y disfrutando de ello...

Muchas de las mujeres de la conferencia empezaron a mirar embelesadas a aquel fornido y viril hombre de acción que ahora ocupaba la tribuna. Y a los Camisas Deportivas varones no se les pasó por alto el fulgor de embeleso de sus medias naranjas.

Paul Sawyer, en la primera fila, era consciente de la tensión que se estaba gestando en el ambiente; pero hasta el momento todo iba bien. La conferencia, además, tenía como lema «Sacudir los cimientos», así que había que dejar que las cosas siguieran su curso. Sawyer estaba sentado junto a Montañesa. ¡Qué

asombrosa criatura, allí sentada a su lado, ataviada con una amplia túnica de color púrpura! Se daba la curiosa coincidencia ¿coincidencia? —de que Montañesa también había sido educada en el unitarismo, y había sido miembro de la gran esperanza de aquella iglesia: la JRP, la Juventud Religiosa Progresista. Y ahora..., pero ¿se había ella alejado tanto de lo que en verdad *debía* ser la JRP? Podía discutirse...

Kesey, en el estrado, no está hablando de modo formal, está más bien *ejecutando*, haciendo magia... Les habla del tipo de símbolos que utilizamos y de los juegos que jugamos, y de que no se puede saber cómo es una emoción hasta

que se tiene la vivencia de *ambos lados* de ella, y acto seguido coge la gran bandera norteamericana que preside la tribuna y *la pisa*, la restriega contra el suelo...

... grandiosa manifestación de asombro en el auditorio, en el que hay muchos quinceañeros...

Sawyer, ya «en sintonía», capta la intención de Kesey: no sólo describir una emoción, sino suscitarla, hacer que el auditorio la experimente, y para ello manipula el símbolo de esa emoción (a veces tenemos que acceder a la conciencia de las cosas por la puerta trasera...). Sawyer oye *sollozos*, se da media vuelta en su silla y a su espalda

ve a un grupo de adolescentes de Salt Lake City; ve el horror que los embarga... *¡la Bandera!...*, y siente la energía demente del desatino que se les ha inculcado desde su más tierna infancia —como una vibración perversa del pasado, de la histeria contra las brujas de Salem, del grito primordial de *¡muerte al infiel!*—, y siente que no puede permitir que sigan así las cosas. De modo que se levanta y se encara a la multitud y dice:

—Un momento... Esa bandera es un símbolo al que ligamos nuestras emociones, pero no es la emoción misma y no es lo que realmente nos importa. A veces ni siquiera nos damos

cuenta de lo que realmente nos importa, porque los símbolos acaparan nuestra atención y nos apartan de ello. Recuerdo que cuando estaba en el colegio solíamos cantar *America the beautiful* mientras alguien recorría el pasillo llevando la bandera. Yo siempre quise ser el que llevaba la bandera por el pasillo, pero jamás pude hacerlo. Bien, ¿qué es lo que yo sentía realmente? ¿Patriotismo? ¿O era más bien...?

No llega a terminar la frase. Una voz grita:

—¡Hazlo!

¿Qué?

—¡Hazlo!

Es Montañesa que, encantada con el

giro que están tomando las cosas, le sonríe luminosamente desde los pliegues purpúreos de su túnica.

Antes de que pueda siquiera darse cuenta, Sawyer dirige al auditorio en el himno *America the beautiful*, y *Oh, la belleza de tus espaciosos cielos...* resuena en la sala mientras él alza con firmeza en sus manos la bandera y recorre el pasillo en un sentido y en otro, dando a entender... ¿qué? ¡Que no importa!, ¡que eso es exactamente!, que no hay que explicar las cosas..., ¡que hay que *hacerlas!*

Como en la mayoría de las

conferencias, los asistentes contaban con un programa cuidadosamente elaborado e impreso de comidas, charlas, seminarios, actividades de grupo, etcétera. Pero los Bromistas pronto darían al traste con todo lo previsto: ellos no se ajustaban jamás a programación alguna, y daban por descontado que nadie debía hacerlo. Los Camisas Deportivas tenían planeado, por ejemplo, un gran seminario destinado a seducir la imaginación de los jóvenes —algo en la línea de «la Rebelión Estudiantil en la Era de la Mediocridad: Reto y Responsabilidad»—, y a la hora programada la Juventud, los estudiantes

rebeldes en la era de la mediocridad estaban junto a la playa, apiñados en torno al maldito autobús, donde los Bromistas ponían en práctica su propio programa, sin horarios... Amigos y vecinos, aquí todo sucede en el *Ahora*, y todos podéis participar en el juego del Poder

Alguien se hace con el Poder y ordena que se juegue un partido de fútbol americano en la playa, pero con el Eremita de balón. Instantes después, un buen grupo de Bromistas y pastores y participantes en la conferencia empiezan a agarrar al Eremita, que entre risitas ve cómo lo alzan en vilo y lo manejan como lo haría un *quarterback* y se lo disputan

fieramente como si en verdad fuera un balón de fútbol americano. Y el partido sigue de esta guisa. Pero pronto el lado triste de este juego —*¡alegoría!* empieza a calar en las conciencias: la utilización de un ser humano como una mera ficha en el juego del poder, siempre el más débil... ¡Ahhh! Uno de los pastores jóvenes, que pertenece a los Jóvenes Turcos, tiene ahora el poder, y ordena que se adentren todos en la orilla del Pacífico y se limpien los pies unos a otros. Rito de humildad, alegoría de la vida, y no hay necesidad de palabra alguna para explicarlo... Todos se sientan en el agua y se lavan los pies mutuamente, y los del Eremita con

especial cuidado, y a los Bromistas les complace enormemente todo esto. Piensan que es maravilloso. Y los adolescentes miran con nuevos ojos al Joven Turco autor de la feliz idea. Lo ha conseguido. ¡Los Bromistas le felicitan!

Los Jóvenes Turcos pasaban cada día más tiempo con los Bromistas; hasta altas horas de la madrugada, mientras en el autobús sonaba la música... Los Bromistas traían del mar unas enormes algas y se paseaban de aquí para allá agitándolas y golpeando con ellas los costados del autobús, como si fuera un tambor gigantesco, y jugaban al juego del Poder y elegían el *Viaje del Ahora* y jugaban a los no-juegos de la vida, y

charlaban y charlaban, pero más que charlar *estaban*, estaban *vivos*... Los Jóvenes Turcos se hallaban ya *en* el autobús. Con la falta de sueño y aquel ritmo vital y aquella extraña «sacudida de los cimientos», empezaron a experimentar con verdadera hondura la vivencia *mística*...

Una mañana, hacia las siete, después de toda una noche en vela con los Bromistas, Paul Sawyer volvía a la cama paseando cuando fue abordado por una delegación de los organizadores de la conferencia. Querían aclarar la situación. Querían pedir a Kesey y a los Bromistas que se fueran. Kesey tal vez era sincero, argumentaron, y tal vez no.

Pero en cualquier caso estaba perturbando la conferencia y creando un cisma entre los asistentes, amén de suponer un ejemplo atroz para los jóvenes. Al parecer el doctor... —mencionaron un nombre—, uno de los miembros más progresistas de la Iglesia y líder del movimiento por los derechos civiles, se había marchado ya en señal de protesta, y con él se habían ido otros dos pastores.

«Un momento —dijo Sawyer—. Hemos organizado esta conferencia para sacudir los cimientos. Y, en efecto, los cimientos empiezan a sacudirse, y es el momento de comprobar si mantenemos o no el coraje de nuestras convicciones.»

«Bien, sí, Paul, pero mira las *cosas* que están haciendo. Los funcionarios del parque están bastante molestos. Para empezar, existen serias sospechas de que están fumando marihuana. Hay un olor peculiar en las proximidades del autobús. Pero dejemos eso aparte. Porque de todos modos el propio autobús supone un verdadero engorro sanitario, con toda esa gente viviendo junta dentro, al lado del agua. No es higiénico. Pero dejemos también eso. Está también el incidente de las duchas. El personal del parque sorprendió a dos de esos... *Bromistas* duchándose juntos, un hombre y una mujer, en la ducha de hombres... *Nosotros* podríamos hacer la

vista gorda, pero ¿qué clase de ejemplo es ése para la gente joven? Y ésa a la que llaman Montañesa... Cada vez que ve al doctor George Washington Henry, uno de nuestros más distinguidos pastores y teóricos negros, le grita: “¡Henry, melón!”»

«¿Henry, melón?»

«Sí. Parece que el otro día le vio comiéndose un melón, y, según insiste ella, “disfrutándolo”, y a partir de entonces, cuando le ve, le grita “¡Henry, melón!””, a voz en cuello. Y ya sabes la voz que tiene la chica... Supongo que eso es lo de “mostrarse con absoluta espontaneidad y franqueza”, o como lo llamen, pero..., la verdad..., *Henry,*

melón...»

Lo que quieren, en definitiva, es echar de allí a aquella pandilla. Pero Sawyer se mantiene en sus trece y dice que si se expulsa a Kesey y a los Bromistas, él también se va. Ello planteaba la posibilidad de que se fueran con él todos los Jóvenes Turcos, lo que podría crear un cisma aún peor entre ellos. Así que los más viejos accedieron a olvidarse del asunto.

«Creemos que te equivocas, Paul. Kesey está *manipulando* la conferencia.»

Kesey, en efecto, se hallaba en

aquellos días enormemente interesado en el fenómeno del... Control. Había descubierto que los Bromistas habían sido capaces de controlar el curso de la conferencia, no mediante ningún plan preconcebido y maquiavélico, sino simplemente haciendo que la conferencia se integrase en su película. La conferencia seguía unos horarios, pero los Bromistas siempre llegaban... *Ahora*, y en un abrir y cerrar de ojos todo el mundo estaba trabajando en su película. Kesey empezó a organizar reuniones diarias con los Bromistas.

«De ahora en adelante —les dice—, vamos a llevar siempre las mismas ropas. Cada uno de los Bromistas tendrá

una identidad clara ante los demás, de forma que vaya a donde vaya y los demás le vean, esté *en su papel*, y ponga a la gente en sintonía con su *cosa*, la que esté haciendo.»

Kesey lleva su chaqueta yin-yang. Montañesa, su túnica purpúrea. Babbs, unos increíbles pantalones de rayas de muchos colores, hechos por Gretchen la Bella. Y así sucesivamente.

Montañesa objeta:

«Creo que deberíamos olvidar nuestra identidad y nuestra ropa y limitarnos a hacer nuestra *cosa*, y a que esta *cosa* se mantenga abierta a todo el mundo.»

«Tienes razón, pero de nada servirá

si ellos no tienen una idea clara de cuál es nuestra *cosa*.»

Así que cada cual siguió con su disfraz, y el asunto funcionó. Se hacía más y más evidente que los Bromistas estaban en posesión del secreto del... Control, en todas y cada una de las situaciones.

Kesey sabía calcular a la perfección las fases de su proyecto. Hasta el viernes habló mucho, tanto en la tribuna como en la playa, junto al autobús, y se había llegado a un punto en el que la gente podría empezar a decir: «Muy bien, este tipo dice que hablar no resuelve las cosas, que hablar de ellas no es lo mismo que *hacerlas*, pero no

para de hablar.» De modo que el viernes por la tarde salió del autobús con la boca tapada por una enorme cinta adhesiva. Y anduvo todo el día de esta guisa, silencioso, amordazado, como diciendo: «Se acabó el hablar.»

A los adolescentes de Asilomar les pareció genial. Cada vez había más jovencitos en torno al autobús, mientras los Bromistas andaban blandiendo manojos de algas y jugaban como niños por todas partes. Es de noche, y una chica siente la necesidad de entrar «en sintonía», y no hay nada que desee más en el mundo que tomar LSD con los Bromistas. Nunca ha probado el ácido. Los Bromistas le dan un poco, y ellos

toman también su dosis, y están junto al autobús, a la orilla del océano, y Dios, la chica empieza a desvariar como una loca. Se pone a gemir: tiene un mal viaje. Lo que faltaba. Un incidente de este tipo podría echar por tierra todo lo que han logrado hasta entonces. Kesey les dice de inmediato lo que hay que hacer: dedicarle una Atención total. Así que se apiñan a su alrededor, todos ellos, y la colman de amor y de Atención, y ella salva el mal viaje, regresa del lado oscuro y empieza a disfrutar de la experiencia, y todo es ya maravilloso. Es como si todas las teorías y creencias de los Bromistas hubieran sido sometidas a prueba en el

mundo exterior, lejos de La Honda, y funcionaran, y ellos tuvieran en sus manos el... Control.

Último día, domingo: los adolescentes de la conferencia organizan un espectáculo. Al parecer es una tradición, y este año se dedica todo él a los Bromistas. Cada chico encarna a un Bromista (en la parodia están prácticamente todos ellos). El más logrado es el Eremita, que corre y se escabulle y suelta risitas tontas y risas solapadas. E imitan también a Kesey y a Babbs y a algunos más. El gran broche final es un número musical: *Kelp, I need*

somebody!, cantado con la melodía de los Beatles *Help!, I need somebody*^[36].

Los Camisas Deportivas miraban, resignados. Habían capeado el temporal, y cuando menos habían logrado evitar el cisma interno. ¿Lo habían evitado realmente? Mrnrnm...mmmm...

Paul Sawyer miraba a Kesey... y veía una figura profética. Kesey no había *enseñado*, ni había *predicado*. Antes bien había creado... una experiencia, una conciencia que iluminaba con más hondura que la simple racionalización. En cierto modo se inscribía en la tradición de los grandes profetas. El mundo moderno conoce a los profetas sólo a través del

lenguaje rígido, reverente de los textos y estudios eruditos de las diversas religiones. Kesey, de algún modo, había creado un *aura* profética, y a través de los Bromistas mucha gente de la conferencia había no ya observado sino *experimentado* una hermandad mística, si bien harto pintoresca... Un milagro en siete días.

Al año siguiente hubo dos conferencias de la Iglesia Unitaria. Una se celebró, como todos los años, en Asilomar. Y los Camisas Deportivas asistieron a ella como de costumbre. La otra tuvo lugar en Sierras Altas. Los

Jóvenes Turcos habían organizado su propia conferencia en Sierras Altas, al aire puro de las cumbres. Pero no resultó tan «redonda» como ellos esperaban. Faltaron ciertas cotas de «decibelios» psíquicos. La era de la palabrería, sin embargo, había quedado atrás. Estaban ya *en* el autobús. Para siempre. Al año siguiente Sawyer estuvo viviendo un mes en Haight-Ashbury; quería indagar las posibilidades de un nuevo tipo de ministerio dirigido a los jóvenes. Un ministerio *en* el autobús, por así decir...

Oh, las vi-bra-cio-nes...

Y aconteció que a una de las delegadas de la conferencia unitaria en Asilomar se le ocurrió imprimir una pequeña reseña personal del pasado evento, y la envió por correo a los participantes. Los Bromistas la leyeron en voz alta en la sala de estar de la casa de Kesey:

«Y el profeta Kesey se presentó ante nosotros...», e hizo tal y tal cosa.

«Y el profeta Kesey dijo:...» esto y lo otro.

«Y el profeta Kesey hizo una señal...» que quería decir Dios sabe qué.

«Y fue para bien, porque como el profeta Kesey dice...»

... y repetía una y otra vez la frase «profeta Kesey», ornándola con la retórica bíblica. ¡Y lo decía todo en serio! ¡Con absoluta sinceridad! ¡Con embeleso! ¡Una auténtica adepta! Y seguramente pensaba que Kesey no iba a caber en sí de gozo cuando la leyera.

Los Bromistas se quedan mirando a Kesey. Tiene la cabeza baja, y dice con un tono de melancolía:

—No estamos en el viaje de Cristo. Ese viaje ya se hizo, y no funcionó. Uno demuestra lo que predica, y obtiene 2.000 años de guerras. Sabemos adonde conduce ese viaje.

En cualquier caso, fue un momento muy emotivo. La pobre mujer había

tratado de ponerlo todo en palabras (y había utilizado tantas...). Había tratado de poner por escrito el papel desempeñado por Kesey y el rumbo general que estaban tomando los Bromistas. Todos los Bromistas... *Sólo Dios sabe hasta qué punto estamos en un viaje...* Todos ellos tenían religión, es cierto. Pero era como si... en la *cosa* de los Bromistas se estuviera ahora gestando una suerte de conclusión, de... ascensión, y nadie pudiera aún darle un nombre apropiado sin que le acusaran de haber perdido el juicio. Una gran columna ardiente que se alza sobre el horizonte del oeste, tal vez...

El propio Kesey parecía un poseído.

El caos de su casa habría bastado para sumir a cualquiera en el más absoluto desvarío. Su casa se estaba volviendo un circo: aparecían en ella todos los *freaks* de California: drogotas, vagabundos, estudiantes, chiquillas desaliñadas en busca de emociones, de experiencias con LSD o de sólo Dios sabía qué... Incluso negros, como Heavy^[37], que apareció en el bosque, en plena noche, entre las tiendas, croando como una rana mugidora:

—No os preocupéis, no tengáis miedo; ha llegado Heavy, el fumador de *hash*...

Esta fauna variopinta acabó por sacar de quicio también a Babbs.

—¡Esto es un zoológico! —le dice a Kesey—. ¡A esto es a lo que nos lleva toda esa monserga del amor!

Pero Kesey le responde:

—Cuando has conseguido algo como lo que nosotros hemos conseguido, no te puedes dormir en los laureles. Tienes que moverte. No puedes quedarte ahí contemplándolo, poseyéndolo; tienes que avanzar y pasárselo a otra gente. Porque sólo funciona si inicias en ello a más gente.

Así que todo el que quería podía quedarse, fuera o no Bromista, y cuanto más... Qué más daba. Kesey, además, tenía que bregar con los tribunales, y era víctima de innúmeras mentiras, «soplos»

malévolos, falsas incriminaciones y politiqueos policiales... Parecía haber envejecido diez años en tres meses. Ahora aparentaba una edad indefinida, entre los treinta y los cuarenta años. Tomaba mucho *speed* y fumaba mucha hierba. Su aspecto era demacrado, y cuando tenía aire demacrado la cara parecía escorársele hacia un lado. Un día salió del cobertizo dando tumbos, y Sandy, que le vio, dijo que uno de sus ojos miraba en una dirección y el otro en otra, como si hubieran sido víctimas de alguna torsión traumática..., aunque el fantasma de los malos viajes volvía a rondar también a Sandy...

¡No hay vuelta atrás, amigo! Ahora

estamos en la nave espacial, volamos por... Control... y Atención..., vamos con la corriente y no debemos eludir los rollos extraños, por muy extraños que sean... Kesey estaba experimentando con el ácido: tomaba 500, 1.000, 1.500 microgramos en lugar de la habitual dosis de 100 a 250. Él siempre había estado en contra de esto. De los *freakies* del ácido, tipos que competían a ver quién tomaba más, y que solían acabar con la cabeza ida, «sonados». Pero ahora era como si ningún experimento pudiera quedar sin intentarse. Una noche Kesey tomó unos 1.500 microgramos, y otros Bromistas tomaron dosis menores, y se echaron todos en el suelo y

empezaron a poner en práctica la Radio Humanoide: balbuceos, ecolalia, aullidos, toda suerte de expresiones no verbales...; a hablar, por así decir, «en Lenguas». La idea era dar con la frecuencia o el «modo» que les permitiera comunicarse con seres de otros planetas, de otras galaxias... Estaban, claro está, altos como cometas, pero un pensamiento surcó su delirante parloteo dendrítico como una subliminal leyenda: *Y si..., y nunca lo sabrás hasta que no lo hagas, hasta que no ten gas el*

¡Poder! Están sentados alrededor de

una gran mesa redonda, en la sala de estar de la casa de Kesey. Es una mesa de madera que ahora está llena de iniciales e inscripciones grabadas por los Ángeles del Infierno: «Frank de Oakland», etcétera, y Kesey y los Bromistas juegan al juego del Poder. Gana Page Browning, y ordena: Vamos a tomar DMT y a cogernos de la mano, todos sentados alrededor de la mesa.

Y *fiuuuuu...*, todas aquellas fantásticas burbujas de neón subiéndoles del corazón directamente al coco y estallándoles en... *¡espejos craneales!*, de un caleidoscopio nipón que hace surgir a Grant a través de una puerta de paja teselada, sobre lo grabado por los

Ángeles del Infierno en esta mesa, traído a La Película porque ahora, Hondo, en la nave espacial uno puede entrar en contacto con *cualquiera*, sólo tiene que imaginarlo en La Película, y uno está tan absolutamente en el *instante* que, se mueva a donde se mueva, el momento entero se desplaza con él, no *causando* las cosas, amigo, sino *fluyendo...*
Déjate llevar por el flujo, déjate ir

FUERA

Kesey oye una voz que le dice que se levante de la mesa, y él lo hace, y Page y otros Bromistas siguen sentados, totalmente colgados, cogidos de la mano y... entonan una lúgubre salmodia, con los ojos cerrados, porque, si vas de

DMT, *el abrir los ojos no cambia nada...*, y las películas de detrás de los párpados siguen proyectándose y anegando la sala, y Kesey sale de la casa a la oscuridad, al frescor del pequeño valle de secuoyas, y...

SOY EL AS Y FAYE ES LA REINA
ROJA

¿UN VARAPALO?

como en un fognazo, el calentador de agua que hay detrás de la casa, en la oscuridad..., *significa...* que si él hace un gesto va a

ESTALLAR

y él hace un gesto y el calentador estalla, queda hecho añicos en una

explosión de mil demonios..., y la voz dice

VE A LA CARRETERA
PRINCIPAL

y él va y cruza el puente de madera y sale a la carretera 84 en medio de la oscuridad, y de la casa no se divisa ya más que un fulgor mínimo y titubeaaaaaante, y se levanta un viento... *Extraño rollo*, comandante... En esta barranca, con todas estas colinas y todos estos árboles, no hay nunca viento, y es muy extraño porque el viento se alza debajo de la caja torácica y de cada hoja y de las catedralicias enramadas de cúpulas de dosel, y ahora... él... es

DIOS

Es delirante y de locos y de
colgados y real: la mitad del
mesencéfalo diciendo

ESTÁS MUY COLOCADO

y la otra mitad

diciendo que sin embargo

ERES DIOS

Un coche que viene de La Honda
desciende por la colina y toma la última
curva de la carretera 84, y sus luces
rasgan la espesura de secuoyas

EL ENEMIGO

se aproxima hacia él a 80 kilómetros
por hora mientras él vacila y tantea el
suelo con los pies sobre la misma línea
central. Pero no hay por qué alarmarse o

preocuparse. No tiene más que

HACER UN GESTO

y el coche aminora la marcha y llega hasta él, trepidando en medio de este viento extraño, tratando de capear el temporal de

ESTA OLEADA

y él sabe con absoluta certeza que tiene... todo el Poder del mundo, y que puede hacer lo que le venga en gana con el Enemigo, y de la forma que quiera..., y extiende el brazo

Y HACE UN GESTO

y el coche se para. El enemigo le escudriña. Y llegado este punto él puede hacerlo todo

DESTRUIR

CREAR

GALVANIZAR

HACER VOLVER

ENVIAR

... sólo tiene que decidirlo; su poder es demasiado grande para utilizarlo y demasiado formidable para malgastarlo. Vuelve sobre sus pasos y cruza el puente en dirección a la casa y el viento está cesando. Los espejos craneales... *suenan...*

Más tarde sabe que era la droga. Y sin embargo... Walker pasaba en coche por las cercanías de Skylonda en ese preciso instante, y de pronto se percató de que se alzaba el viento, y se dijo: «¡Qué extraño! ¡Es increíble!»

Oh, sí, comandante, fue la droga, ya me entiende..., y sin embargo..., estaba absolutamente inmerso en la desnuda Bocanada de *Alucilusión* de aquel instante, allí fuera, y estaba ::::: el Poder y la Llamada, y esta película es lo bastante grande para englobar el mundo entero, un reparto de millones, de miles de millones de gentes marginales, desechadas... Torre de Control a Satélite Uno

CONTROL

XV. NUBE

Hay un enorme y pesado cartel en la verja de la entrada:

LOS ALEGRES BROMISTAS DAN
LA BIENVENIDA A LOS BEATLES

Los Beatles iban a actuar el 2 de septiembre por la noche en el Cow Palace, en las afueras de San Francisco.

Los periódicos, la radio y la televisión no hablaban de otra cosa. La idea de Kesey, la fantasía del momento, era que después del concierto los Beatles fueran a La Honda a montar un buen «desmadre» con ellos, los Bromistas. Ahora bien, en cuanto a conseguir que tal fantasía se hiciera realidad...

Pero había que admitir que el cartel hacía su efecto.

LOS ALEGRES BROMISTAS DAN LA BIENVENIDA A LOS BEATLES

En la carretera 84, mami-papi-hermanitas-hermanitos en sus descapotables de capota dura Rabia de Ocelote 400, aminoran la marcha y se detienen y se quedan mirando. Ante el

cartel anterior, el que rezaba LOS ALEGRES BROMISTAS DAN LA BIENVENIDA A LOS ÁNGELES DEL INFIERNO, se limitaban a aminorar la marcha. Después de todo, no especificaba *cuándo*. Podía ser dentro de treinta segundos: cientos de aquellas bestias bajando por la montaña en una avalancha de espiroquetas y piojos, escupiendo tuétano de la última violación canibalesca perpetrada en su vagabundeo por carretera.

Bien, con los Ángeles del Infierno había funcionado. Colocaron el cartel LOS ALEGRES BROMISTAS DAN LA BIENVENIDA A LOS ÁNGELES DEL INFIERNO, y los Ángeles ciertamente

se presentaron en La Honda: aquellos increíbles cocos de la clase media entraron a formar parte de la película de los Bromistas en carne y hueso, en su variopinta y madura y tosca persona de Ángeles. Así que pusieron el cartel de LOS ALEGRES BROMISTAS DAN LA BIENVENIDA A LOS BEATLES y, quién sabe, a lo mejor los Beatles también se presentaban. Existía, claro está, una pequeña diferencia. Kesey *conocía* a los Ángeles de Infierno. Les había invitado personalmente. Ah, pero ha llegado la hora de poner a prueba unas cuantas profesiones de fe. Control, Atención... Imaginad a esos pequeños «monstruos» en nuestra película...

Kesey está charlando con Montañesa en el cobertizo. Están echados en colchones, y Kesey parlotea sin parar y Montañesa trata de asimilar lo que oye. Desde la conferencia de Asilomar, Kesey está muy inmerso en la cosa religiosa. Milagros... Con trol... El *Ahora...* La Película..., y le habla y le habla a Montañesa en el cobertizo, y los temas que toca son en verdad hondos y recónditos... Montañesa trata de concentrarse, pero las palabras se deslizan ondulantes como grandes olas de... Las palabras se deslizan y ella capta los sonidos pero es como si su corteza cerebral no lograra sintonizar con el significado... Su mente sigue

vagando y girando en torno a una serie de datos distintos, siempre los mismos. Como... en un eterno y desesperado cálculo. En suma, Montañesa está embarazada.

Y pese a toda esta desesperación rondándole y girando en torno a su *cabeza*, algo de lo que Kesey dice le llega y «prende». Es algo harto excéntrico, aunque verosímil. Como suelen serlo los sueños de Kesey. Todo estriba en imaginarlos en la película. A los Beatles. Es como un experimento que pondrá a prueba todo lo que los Bromistas han aprendido hasta entonces. No podemos *hacer que* los Beatles vengan a nuestra casa. No podemos

hacer que lo hagan en el sentido habitual, literalmente. Pero podemos imaginar que están en la película y conseguir que se integren en el gran flujo de las conexiones no causales, y entonces todo sucederá *motu proprio*. El cartel pone en marcha la película: LOS ALEGRES BROMISTAS DAN LA BIENVENIDA A LOS BEATLES, y nuestra película se convierte en su película, la de mamá y papá y el hermanito y la hermanita y la de todos los jovencitos de Berkeley y la de los drogotas y protodrogotas de la península de San Francisco, y al cabo nuestra fantasía se convierte en la fantasía de los mismísimos Beatles... Qué

maravilla cuando la sientan por vez primera... Pese a todo lo que le ronda y le da vueltas a la cabeza, Montañesa no puede evitar maravillarse ante la fantasía del momento, porque ha habido ya tantos y tantos... rollos extraños que han funcionado... Meter en la película a los Ángeles, por ejemplo, a los demonios más temidos de Norteamérica..., y acabar encontrando entre ellos Buena Gente, como Buitre y Sonny y Chiquito y Frank y Terry el Vagabundo, que se Portaron tan Fantásticamente, y tipos Maravillosos como Barriga... Y los pobres y torturados angelitos intelectuales de Asilomar, desde Henry Melón hasta la

dichosa Rachel... Durante toda una semana Kesey había embaucado —*embaucado* podía ser la palabra— a aquella gente y se había hecho con el control de toda la Iglesia Unitaria de California. Aquella gente ya nunca sería la misma, lo cual quizá era para bien. Un verdadero milagro, sin duda, ya que llevaba siendo la misma tanto tiempo... Control :::: y sonaba tan plausible, dicho por Kesey con aquel hablar cansino de Oregón... Muy pocos seres humanos tenían la *osadía* de hacer valer su voluntad sobre la corriente; quizá no más de cuarenta en todo el planeta en cualquier época... El mundo es plano, y se halla sostenido por cuarenta, o quizá

por cuatro, seres humanos, uno en cada esquina del planeta, como las tortugas y elefantes cósmicos de los libros de mitología, porque nadie más osaría hacerlo. Montañesa tiene dieciocho años y está encinta, pero ahí está Kesey...

¿Y los *milagros*? Aún no has visto ningún milagro, Job, hasta que no veas cómo los Bromistas «meten» en su película a los Beatles.

Dos de septiembre. La máquina de coser de Faye es lo primero que oyen cuando se despiertan. Faye y Gretch sacan el gran baúl de los disfraces, lleno de todo tipo de disparatados avíos

teatrales, espadas de matasiete y sombreros con penacho y camisas de duelo de Errol Flynn y botas de Robin Hood y carcajs y máscaras femeninas y capotes fluorescentes de peón caminero y fajines y medallas y saris y pareos y viseras y boquillas y campanillas y cascos de obrero metalúrgico y cascos de aviador de la Primera Guerra Mundial y esclavinas del Dr. Strange y alfanjes y estuches peneanos y monos y camisetas de fútbol americano y mandiles y fulares y pelucas y sonajas de brujo y pantalones de montar de Jim de la Selva y charreteras del Capitán Easy y mallas de los Cuatro Audaces... y las pinturas faciales «Page Browning»

de los Alegres Bromistas. Los Alegres Bromistas se preparan para zambullirse, totalmente colgados, en la más inmensa multitud enloquecida de la historia de San Francisco: van a ir a ver a los Beatles al Cow Palace.

Un miembro del círculo, por así decir, «externo» de los Bromistas, un tipo llamado C, de Palo Alto, se las había ingeniado para conseguirles treinta entradas para el concierto de los Beatles (se consideraba algo imposible, pero lo había logrado a través de quién sabe qué trato). C. era uno de los proveedores de ácido de los Bromistas. Otro era un tipo de cierta edad conocido como el Químico Loco, un genio de la

química aficionado a quien también volvían loco las armas. El caso es que C. llegó a una especie de trato y consiguió también el ácido necesario para surtir a todos cuantos participaran en el viaje a San Francisco. Antes de que los Bromistas —del círculo íntimo y del «externo» y jovencitos visitantes... — subieran al autobús, Kesey sonrió de oreja a oreja y se puso a distribuir el ácido. Venía en cápsulas, pero tan sumamente concentrado que apenas cubría una parte del interior de la envoltura, de forma que las cápsulas parecían vacías. Los Bromistas lo llamaron «gas de ácido». Así que tomaron el gas de ácido y se

acomodaron en el autobús. Cassady no estaba —se había ido a alguna parte—, y condujo Babbs. Kesey se subió a la baca para dirigir la película. Sí, la película iba a ser harto pintoresca. El autobús iba superpreparado: el equipo de sonido, con dos grandes altavoces en la baca, discos y cintas, toda la banda de los Bromistas sobre la baca, los tambores de George Walker, bajos y guitarras y trombones; penachos sobresaliendo por las ventanillas, destellos fluorescentes, bamboleantes charreteras —sí, malditas charreteras fulgurantes— y el álbum de la película *Help!*, de los Beatles atronando por los altavoces, y en lo alto Kesey y Sandy y

Montañesa y Walker y el Colgado y una nueva Bromista, una chica pequeña llamada Mary Microgramo, y guitarras y tambores... *He-e-e-e-elp I ne-e-e-e-ed somebody...*, y todo el estentóreo carnaval de un autobús que brincaba y vibraba y traqueteaba a través de Skylonda y Cahill Ridge y Palo Alto, y tomaba la Harbor Freeway en dirección a San Francisco, de nuevo todo un maldito circo en movimiento... Todos estaban ya altos en ácido, pasados de verdad, y accedían —uno a uno, Montañesa y Sandy y Norman, que iba abajo, dentro— a aquel estado en el que el movimiento y el fragor del autobús y la percusión y la melodía de la música

eran una sola cosa, y es como si Babbs condujera al exacto compás y ligereza de la música de los Beatles, porque ahora son todos una misma cosa, y pasan, cada vez más altos, colocados como babuinos, junto a moteles y letreros eléctricos y mortecinas luces en Burlingame, cerca del aeropuerto, junto al motel superamericano Hyatt House que se eleva hacia el cielo como una espira..., y avanzan a toda máquina y a la cadencia *exacta* de la música de los Beatles —que es la banda sonora de esta película, ya entienden...—, y dejan la autopista en la salida del Cow Palace y bajan por la sinuosa —*ne-e-e-e-ed somebody*— rampa del desnivel, colina

abajo hacia la penumbra, mientras una marea de millones de coches se desliza hacia el sur por la autopista y el sol, pasado él también, se cierne como una bomba sobre las colinas. Llegan a un semáforo, y se detienen ante la luz roja y los frenos suenan como una flauta de hierro colado —un «la» y un «do» sostenido—, y el autobús se para, y la canción *Help!* —en ese mismo instante — termina, y entonces se oye una música extraña, la de la parte de la película *Help!*, en la que el árabe se desliza por detrás de Ringo, y en ese extraño momento el viento se levanta sobre la autopista, y a la derecha hay una fábrica abandonada, de ladrillo y

cristal —sobre todo cristal, grandes hojas de cristal del tipo de las fábricas de los años veinte—, un cristal que parece alabearse extrañamente al viento y que centellea como láminas de un enorme sol de la tarde, como un gigantesco ente de mil ojos que palpita en explosiones de luz al unísono *exacto* con la extraña música árabe..., y en aquel preciso instante Kesey, Montañesa, Sandy, el Colgado, todos ellos..., ninguno de ellos necesita mirar a los demás porque no sólo *saben* que todos están viéndolo a un tiempo, sino que *sienten*, lo sienten fluir a través de un solo cerebro, Atman y Brahmán, todos aunados en el autobús y todos

aunados con prismas y retorcida masa y
ondulación reflectora y explosivo sol,
con ladrillos y cristal y Bromistas y
Beatles y bombardeo solar y
reverberaciones de música árabe...,
entonces, en ese preciso instante, todos
ellos, todos en uno, todos en un solo
flujo cerebral, ven el desvencijado
letrero que se recorta contra el cielo por
encima del edificio:

NUBE

Y de pronto es como si los
Bromistas pudieran «meter» al universo
entero en... su película...

Entonces, curiosamente, al verlo allí, tan condenadamente alto, Montañesa piensa: Qué coño es eso. Parece un matadero. Y es, de hecho, el Cow Palace^[38]. Y no consigue centrar la vista en el enorme edificio a causa de los interminables kilómetros y kilómetros de anillos de vallado de matadero que lo circundan, cercas de alambre de espino y millones de coches que se apiñan, que van siendo hacinados en el frío fondo de la penumbra. La visión, curiosamente, no aterra a Montañesa. Es sólo un matadero, nada más.

Pero a los otros Bromistas les parece un campo de concentración. Vamos a entrar en una cárcel, aunque sólo para el resto de nuestras vidas. Se bajan del autobús sin orden ni concierto, y en el suelo siguen desplazándose con el terreno y la alambrada del campo de concentración que culebrean en el horrible crepúsculo, mientras millones de minúsculos *freaks* pasan a su lado precipitadamente, con aire de pirados, gritando a voz en cuello. Los Bromistas llevan las entradas en la mano como si se tratara de la última tabla de salvación que quedara en el mundo, pero ni siquiera pueden leerlas, los muy memos. Están más que pasados. Las letras de las

entradas se hacen grumos y caen y desaparecen en el tropel *defreaks* minúsculos. Treinta Bromistas con bamboleantes charreteras y penachos miran desesperadamente a las diminutas entradas que se escabullen de sus manos ante la alambrada de espino que rodea el redil del campo de concentración. Van a detenernos y a encerrarnos de por vida. Tal posibilidad se les antoja casi una certeza, y es casi como si se dijeran: bueno, para eso hemos venido... Treinta acidoadictos, con inocentes niños pegados a sus faldones, ataviados con su mejores galas, colgados como piojos con el temible LSD, zigzagueando, escorándose con las palpitaciones del

delirio. En público, catatónicos de LSD, y no sólo en público sino en medio de una poderosa y palpitante multitud fanática de los Beatles, y en medio de 2.000 policías experimentados y feroces, con su mejores arreos represivos: *Exterminad a esos monstruos...*

... pero... nadie les pone la mano encima ni les dirige la palabra; miles de polis y ni uno sólo les molesta... Porque somos *demasiado* obvios. Para Norman, de pronto, no puede estar más claro. Somos demasiado obvios y les hemos roto los esquemas. No pueden fijarse en nosotros, o bien... los hemos succionado y «metido» en la película y

se han *volatilizado*, los muy bastardos...

En el interior del Cow Palace el caos es atronador, indescriptible. Kesey y Babbs guían como pueden a aquellos locos pintarrajeados con Day-Glo hacia sus asientos. Se acomodan y forman un gran grupo en un sitio disparatado, en las alturas, al borde de un abismo que domina el escenario y una miríada de minúsculas *freaks* vocingleras. Las minúsculas *freaks*, decenas de miles de jovencitas, están ya absolutamente enloquecidas (y los Beatles aún no han salido a escena). Los grupos teloneros se suceden en el escenario... *Y ahora... ¡Marta y los Vandellas!*, y los zumbidos y chasquidos eléctricos vibran hasta

llegarte a la aorta y sacudirte los huesos como una aspiradora acústica, y las minúsculas jovencitas *freaks* no paran de gritar a grandes ráfagas que evocan las violentas rachas de lluvia en una tormenta: *quiiiu, quiiiu, pou, pou, pou...* Qué maravilloso, qué sutil, se dice Norman. Desde la horda de minúsculas *freaks* vocingleras les llega un maravilloso y sutil despliegue de luz, cientos de luces que explotan en el mar de luz de los focos y que rebotan contra todo, qué absoluta maravilla, qué sutil es todo lo que han preparado para nuestra...

(... Montañesa sonrío... Las increíbles luces explotan ante sus ojos;

es un gran mar de luces que explotan en su retina en grandes y sulfurados y anaranjados cohetes retinianos, imágenes y postimágenes que no podrá olvidar mientras viva...)

... diversión, y al cabo de veinte o treinta minutos Norman, colgado, cae en la cuenta de que son *flashes* fotográficos: centenares, millares de minúsculos *freaks* con cámaras *con flash* que apuntan hacia el escenario o que simplemente disparan en un auténtico orgasmo óptico. Ráfagas de gritos, *rock and roll*, *blam blam blam*, un mar *de flashes*..., la perfecta locura, por supuesto.

Montañesa sonríe y lo absorbe

todo...

Otros Bromistas, también colgados, van poniéndose tensos por momentos. Incluidos Kesey y Babbs. Las vibraciones son pésimas: en el aire hay como una locura envenenada...

Cuando un grupo de músicos se retira del escenario, la horda piensa: *ahora* los Beatles, pero no son los Beatles quienes salen sino otros teloneros, y el mar de chicas se pone más y más impaciente y el griterío se hace más y más fuerte, y a Norman se le desliza en el cerebro —castigado por los crueles *flashes*— un pensamiento ::: los pulmones humanos no pueden gritar con más fuerza :::: pero cuando la voz

se puede ver en la sala, y es como un animal-colonia con millares de tentáculos rosados que se agitan..., sí, como un solo animal múltiple que agitara sus miles de tentáculos rosados...

... una vibrante locura envenenada, y la minúscula angustia generada por la masa va llenando el universo... Kesey cae en la cuenta: es *un ser*. Toda aquella masa se había convertido en un único ser.

... Montañesa sonrío y les insta a seguir..., el grito no cesa ni un instante, ni durante ni después ni entre actuaciones; poco importaría que los Beatles se estuvieran limitando a «hacer

que» interpretaban sus canciones. Pero hay algo... que sí... importa, y Kesey lo percibe. Uno de los Beatles, John o George o Paul, enfila el largo mástil de su guitarra eléctrica en una dirección, y la minúscula horda se ondula en el sentido de la línea de energía que tal gesto ha generado, y luego en la dirección opuesta, pero siguiendo con precisión esa línea energética. Ello hace que John y Paul y George y Ringo sonrían: toda aquella inmensa bestia de minúsculos *freaks* ondulándose hacia un lado y hacia otro... *Control*... Es absolutamente evidente... Los Beatles han hecho que aquella masa humana se convierta en un solo ente, salga de su

tal estallido, cuando nadie hubiera podido concebir sonido alguno capaz de hacerse oír en el fragor reinante, se alza de pronto... *raaaaaaammmmmmmmm...* *raaaaaaammmmmmmmm*, un estruendo de sillas plegables que se desploman y se aplastan contra el suelo, donde quedan destrozadas en medio de un mar de tentáculos rosados, hechas trizas, pequeños trozos y astillas que instantes antes eran sillas plegables, restos que pasan de mano en mano, que viajan sobre los tentáculos rosados, de unos a otros, como un hervidero de repugnantemente infectas y monstruosas cucarachas. Y entonces las jovencitas empiezan a desmayarse, como

mirar para darse cuenta de lo evidente: los minúsculos *freaks* y los Beatles son una sola criatura, y esta criatura padece un total y ponzoñoso y loco cáncer. Los Beatles son la cabeza; los minúsculos *freaks*, el cuerpo. Pero la cabeza ha perdido el control del cuerpo, y el cuerpo se rebela y se vuelve loco... Ésa es la causa de todo cáncer. Y las vibraciones de ese cáncer llegan a los Bromistas —que forman un grupo compacto y absolutamente colgado— en nauseabundas oleadas. Kesey, y Babbs, y todos ellos lo perciben al instante... Incluso Norman.

... Montañesa parece sumamente sorprendida. Quiere ver el final del

espectáculo. Pero Kesey y Babbs han decidido que tienen que irse... antes de que sobrevenga el Estallido Monstruoso, de que lo envuelva todo el gran cáncer...

... Esperad un minuto, dice Montañesa.

Pero los Bromistas se levantan todos a una en medio de un frufú de penachos y charreteras, pintados de Day-Glo y colgados hasta las cejas, y la gente a su alrededor empieza a levantarse y a imitarles..., pero es como si fuera de... *hormigón*. Cuanto más se abren camino hacia las salidas, más claustrofóbico se les hace aquel redil y la interminable serie de cercas que lo circundan.

Recorren largos pasillos, todos de hormigón, donde se apelotonan ya centenares de personas con aire desolado, porque... —los Bromistas captan la vibración— todos tienen la misma sensación: supongamos que esto estalla *ahora* y se produce el pánico y todo el mundo se precipita hacia las salidas, y no hay salidas... Sólo hay muros de hormigón y techos de hormigón que penden como un peso de un millón de toneladas y rampas hacia ninguna parte..., hacia abajo, hacia arriba, y todos forman un gran amasijo humano, y otra vez hacia abajo, y al fin fuera, y está el cielo, pero es un cielo negro, es de noche y hay una luz mórbida y ocre,

de focos, pero tan sólo han logrado salir a otro redil, porque hay muchas más cercas concéntricas de alambre de espino llenas de gente frenética... *en desbandada*, arremolinándose en su interior como ratas, tratando de alcanzar la salida, que es un torniquete, un torniquete vertical con barras, una especie de guillotina de hierro, y para salir hay que meterse en ella, de uno en uno, con gente apelotonada a ambos extremos, e incluso entonces sólo se ha logrado salir a otro redil, un aparcamiento, con más cercas concéntricas de alambre de espino, y ahora son los minúsculos *freaks* y los coches quienes se aglomeran en el

terreno, todos tratando de salir, siete u ocho coches pugnando por enfilear el morro por un hueco por donde sólo puede salir uno. Jaulas, jaulas, jaulas..., y no se ve el final. Incluso fuera, más allá, cuando los coches han logrado ya escapar y están en fila con los faros encendidos, incluso entonces... se hallan atrapados por las colinas, otro gran redil que confina todo el lugar en..., en... Los Bromistas están en silencio, parados por la aprensión ante la Eclosión del Gran Cáncer que viene...

... Salvo Montañesa, que dice: «Esperad un minuto...»... y el Colgado, con su enorme y eufórica sonrisa de

colgado, fraterniza como un loco con los minúsculos *freaks* a medida que van saliendo, y dice a quien le quiere escuchar: «Los Beatles, cuando salgan de aquí, van a ir a casa de Kesey...» Y la noticia se propaga entre la multitud, corre de forma delirante de boca en boca...

Kesey vuelve a entrar en busca de supervivientes. Quiere ver si ha quedado atrapado dentro algún Bromista. Les dice a los demás que suban al autobús y que le esperen, y vuelve a sumergirse en los rediles. Los Bromistas llegan al autobús y su moral se recupera un poco. Ponen a todo volumen los amplificadores y los

altavoces y se suben a la baca con su descabellada indumentaria y se ponen a jugar con los tambores y las guitarras eléctricas. Los millares de chiquillas de aire astroso siguen saliendo al aparcamiento, aún como motos en marcha aunque retenidas, y, cómo no, ven el autobús y a aquellos tipos extraños pintarrajeados con Day-Glo. Un grupo de jovencitos denuncian que el negocio de la música está amañado, y agitan pancartas y gritan y piensan que los Bromistas les apoyan... Los Bromistas sonrían y les devuelven el saludo con la mano... Todos los jovencitos piensan que los Bromistas defienden cualquier cosa que ellos

defiendan... Empiezan a arremolinarse en torno al autobús —son los minúsculos *freaks* y se ponen a bombardearlo con bolitas de caramelo, de las duras, de las que pensaban arrojar a los Beatles. Los Bromistas siguen encima de la baca, y las bolitas golpean los costados del autobús, y los jovencitos se apiñan alrededor gritando... ¿Así que *esto* es lo que sienten los Beatles al convertirse en blanco de toda esta energía insensata y loca...? ¿Por qué esas andanadas?

Al fin Kesey vuelve con el último Bromista objeto de rescate: Mary Microgramo, que parece un campo de batalla tras el más largo y encarnizado

de los combates, y Kesey dice que es hora de mover el culo y largarse. Babbs pone el motor en marcha y el autobús sale despacio, abriéndose paso con su gran mole hacia la libertad.

¡El *caneen* Lo vimos. Estaba allí. Malas vibraciones: todos coinciden. Jaulas interminables. Los Bromistas se mecen, se bambolean. Están en ácido hasta las cejas.

«Mierda», piensa Montañesa. «Se me ocurre venir con una panda de viejos que en su vida han visto un concierto de *rock and roll*...»

En el viaje de vuelta pusieron de

nuevo la cinta de los Beatles, la de la película *Help!* Pero no sirvió de nada. Estaban demasiado desanimados. Salvo Montañesa y el Colgado. Montañesa dijo que le habría gustado quedarse y ver el final del espectáculo. Bueno..., qué diablos. El Colgado se sonríe pensando en los Beatles, en lo de que iban a ir a La Honda... Al menos eso era lo que había estado diciendo a todo el mundo. ¿Adónde si no iban a ir al salir del Cow Palace? Aunque, en realidad, la «fantasía del momento» —la inminente llegada de los Beatles a su casa de La Honda— apenas se le había pasado por la cabeza a algún Bromista durante la última hora (ni siquiera a

Kesey). Salir de allí como fuera, ésa había sido su preocupación primera. ¿Dónde estaban los Beatles? Quién diablos lo sabía. Aquellos pequeños muñecos de vinilo probablemente se habían extraviado en algún pliegue del tiempo... En cualquier caso, no era demasiado probable que aparecieran por La Honda...

Al cabo el autobús dobla la última curva de la montaña y enfila hacia la casa, y luego cruza el puente y los faros iluminan el patio... y lo que ven es espantoso y cómico a un tiempo. Es como una versión amplificada de la pesadilla del hombre que lo único que quiere es llegar a casa y acostarse. Los

Bromistas tienen visita. De hecho es una visita de trescientas o cuatrocientas personas. Están todos apretados en el gran patio, entre la casa y el cobertizo, con ojos desabridos y grandes como platos. Es como si todo drogota, *freak*, vagabundo y bicho raro de la Costa Oeste se hubiera dado cita para una gran concentración, el primer megafestival de su especie, en el que, como guinda, no falta un par de centenares de *freaks* minúsculos. La mitad de ellos están en cuclillas, con los ojos desorbitados, mirando hacia lo alto como si alguien los hubiera lanzado contra la fachada de la casa y luego hubieran resbalado hasta el suelo como babosas. Han venido,

como es natural, para la gran juerga con los Beatles. Para la fiesta. La convocatoria del Colgado, en la mejor tradición de los Bromistas, ha obtenido un éxito sonado. El letrero aún cuelga sobre la entrada:

LOS ALEGRES BROMISTAS DAN LA BIENVENIDA A LOS BEATLES

Kesey no está de humor para nada y se dirige hacia la casa. La turba de drogotas *-freaks* -parias-babosas se queda mirándole con los ojos redondos, desorbitados, como si Kesey fuera a sacarse a los Beatles de la manga. Luego se pone a refunfuñar, como un hatajo de presos a quienes no se les ha dado de comer ese día pero que dudan si es el

momento adecuado o no para la rebelión de los esclavos. Es la debacle, pero al mismo tiempo es tremendamente cómico. La expresión de su semblante.

Eso y la aparición de Owsley.

Un tipo menudo y descarado, bajo y de pelo oscuro, vestido como un adicto al ácido —el usual atuendo del errabundo—, pero con una voz nasal extrañamente engreída, como de drogata con veleidades de promotor de pista de patinaje. Y, de entre la multitud de parias-babosas, tal sujeto se materializa ante Kesey y le anuncia:

—Soy Owsley.

Kesey no dice «hola, yo soy Kesey». Se limita a mirarle, como diciendo: muy bien, tú eres Owsley y ahí estás..., ¿y qué?

Owsley parece sorprendido... *Soy Owsley*. Kesey nunca ha oído hablar de él. Es como si Owsley, al verse de pronto en un lugar donde nadie ha oído hablar de él, no supiera qué hacer. El y Kesey están de pie, frente a frente, midiéndose con la mirada, hasta que Owsley saca una bolsita y la abre y está llena de cápsulas de ácido. Porque él es Owsley, el mayor fabricante de LSD del planeta (lo cual resultará bastante ajustado a la verdad, laboratorios de la Sandoz Chemical Corporation

incluidos).

Montañesa mira y sonríe.  Las cosas se están poniendo cada vez más divertidas en la patrulla Beatle! El tipo lleva su saquito de  cido. Montañesa se da cuenta enseguida de que es un sabelotodo. Kesey mira la bolsita llena de cápsulas. Lo que no puede negarse es que el pequeño sabihondo tiene una buena provisión de  cido.

El mayor fabricante de ácido del mundo, sin excluir a ninguno, est  de pie en la oscuridad, en medio de ninguna parte, entre un gentío de parias-babosas, bajo las umbrías secuoyas.

Luego, poco a poco, los Bromistas ven cómo la mayoría de esa chusma, al

ver que los Beatles no llegarán jamás, va marchándose y perdiéndose en la oscuridad por la autopista, en busca de Dios sabe qué... Kesey y Owsley y los Bromistas se sientan junto a un gran tocón, en torno a un fuego. ¿Y quién diablos aparece en ese momento? ¡El Químico Loco! Y es algo así como si un elegante y sutil genio de la neurología de la clínica Mayo y un viejo y afable y orondo médico rural se encontrasen frente a frente... en el más enigmático y difícil caso de la historia de la medicina. Owsley y el Químico Loco se ponen a discutir sobre drogas. Es como un debate. Los Bromistas, incluido Kesey, se mantienen al margen, y los dos

hombres siguen obstinándose en sus respectivas posiciones. Dale duro al pequeño sabihondo, Químico Loco, está pensando Montañesa. Y la mayoría de los Bromistas piensa lo mismo. Pero Owsley, el pequeño sabihondo, está dejando maltrecho al viejo: es joven, sagaz y rápido, y el Químico Loco..., el Químico Loco es un hombre viejo y ha tomado demasiada droga. Tiene la cabeza «floja». Trata de polemizar y los sesos se le vuelven gelatina. Owsley, piensan los Bromistas..., bueno, a lo mejor no ha tomado ácido en su vida. O puede que lo haya tomado una sola vez. Es algo que perciben. Y el pobre Químico Loco ha tomado demasiado...

—afila su artillería mientras no para de engullir droga— y tiene los sesos «flojos», y Owsley lo hace trizas. El Químico Loco recibió, pues, un verdadero varapalo. Y no volvió a aparecer por allí más que una o dos veces..., había sido tan humillante. Así que los Bromistas, les gustara o no, acabaron por contar entre sus huestes al pequeño sabihondo de Owsley, que hacía un ácido estupendo y tenía dinero. Entre ellos y Owsley iban a inundar de LSD la faz del planeta.

Poco a poco, fue saliendo a la luz la historia de Owsley. Aunque aparentaba menos, tenía treinta años, y un nombre en verdad sonoro: Augustus Owsley

Stanley III. Su abuelo era senador de los Estados Unidos por Kentucky. Owsley, al parecer, había tenido problemas en su adolescencia; había ido de colegio en colegio hasta cursar secundaria en un instituto público, que abandonó después; consiguió, sin embargo, gracias a su talento para las ciencias, entrar en la Escuela de Ingenieros de la Universidad de Virginia, pero lo dejó también, y acabó ingresando en la Universidad de California, en Berkeley, donde conoció a una guapa y *hip* estudiante de últimos años de Químicas llamada Melissa. Y abandonaron juntos la universidad y Owsley instaló su primer laboratorio de ácido en el número 1647 de Virginia

Street, en Berkeley. El negocio fue viento en popa hasta la redada policial del 21 de febrero de 1965. Se libró de la cárcel, sin embargo, porque en California no existió ninguna ley que prohibiera la elaboración, ingestión o tenencia de LSD hasta octubre de 1966. Trasladó el negocio a Los Ángeles, al 2205 de Lafler Road, bautizó su empresa con el nombre de Baer Research Group y pagó 20.000 dólares en billetes de 100 a la Cycle Chemical Corporation por 500 gramos de ácido lisérgico monohidrato —elemento base del LSD—, que convertiría en un millón y medio de dosis de LSD a un precio al por mayor de entre uno y dos dólares la

dosis. Y compró otros 300 gramos a la International Chemical and Nuclear Corporation. Su primer gran pedido llegó el 30 de marzo de 1965.

Tenía talento, el tal Owsley. Andando el tiempo produciría varios millones de dosis de LSD, en cápsulas y comprimidos. Grababa en ellos caprichosos distintivos que daban cuenta de su «fuerza». El más famoso entre los adictos era el *Owsley blues*, con la figura de Batman como emblema, que te «metía» 500 microgramos de superhéroe en el cerebro. Los adictos al ácido hablaban de los *Owsley blues* como viejos borrachos que hablaran de aquel célebre *whisky* —cuyo envejecimiento

garantizaba el gobierno— producido antaño en la tierra natal de Owsley: el *bourbon* de Fairfax County, Virginia. Owsley fabricaba un ácido magnífico, decían los adictos. En el plano personal, no era un tipo que cayera precisamente simpático a los clientes o a los polis. Era... arrogante; era un sabihondo. Pero aquel pequeño y arrogante sabihondo hacía el ácido como es debido. De hecho el ácido de Owsley se hizo internacionalmente famoso. Cuando la ola del ácido llegó al Reino Unido, a finales de 1966 y principios de 1967, el guiño más *hip* que uno podía emplear en los medios «entendidos» era decir que tenía «ácido de Owsley». En el mundo

del ácido, era el certificado de la bondad del producto, la garantía. Y confería un toque de distinción. Fue en estos medios adictos donde los... Beatles tomaron LSD por vez primera. Pero adelantémonos un poco en la historia: tiempo después de enrolarse con Kesey y los Bromistas, Owsley fundó un grupo musical llamado Grateful Dead. De la experiencia de los Grateful Dead con los Bromistas nacería el sonido conocido como *acid-rock*. Y sería éste el sonido elegido por los Beatles, tras su iniciación al ácido, para una famosa serie de álbumes que incluiría *Revolver*, *Rubber soul* y *Sergeant Pepper's Lonely Heart's Club*

Band. A principios de 1967 los Beatles tuvieron una idea fabulosa. Se hicieron con un enorme autobús escolar y lo llenaron con treinta y nueve amigos y se lanzaron a recorrer la campiña inglesa, colgados hasta las cachas... Iban a... hacer una película. No una película cualquiera sino una película totalmente espontánea, con cámaras de mano, filmando las cosas como y cuando acontecían, ¡de forma absolutamente improvisada! Divirtiéndose, desvariando, volando en el instante, en un caos visionario... ¡Un verdadero ensueño! ¡Arte negro! ¡El caos! Acabaron con kilómetros y kilómetros de película, una monstruosidad, un

embrollo del demonio, todo «movido» y desenfocado... ¡Feliz cuelgue! Película que ellos consideraron una total ruptura en el ámbito expresivo, al tiempo que un alarde comercial —emitido incluso por la televisión británica— que podría apreciarse también fuera del mundo esotérico de los adictos al ácido...

LA PELÍCULA

... se tituló *Magical Mystery Tour*.

Y... el gran letrero ornaba la verja de los Bromistas en la noche, en ondas y olas intergalácticas de clamorosa y owsleyana y electro-químico-delirante sincronía...

LOS ALEGRES BROMISTAS DAN LA BIENVENIDA A LOS BEATLES

XVI. LA BANDA PETRIFICADA

¡Hablamos de sincronía!

... es de noche y los Bromistas están sentados en la sala de la casa de Kesey, hablando, pasándolo bien con un montón de sucesos extraños. Como el del día del gran Apagón de Nueva York, el gran

fallo eléctrico que paralizó el metro, los ascensores, las luces, el aire acondicionado, los televisores, los relojes, los edificios y demás vitales mecanismos de la gran capital cancerígena del Este. A los Bromistas les divierte aquel cataclismo, y tratan de entender lo que había significado. ¡Qué consternación en la capital cancerígena por antonomasia! Una inmensa *oleada* de electricidad había invadido súbitamente los cables y lo había mandado todo al diablo. Las grandes empresas públicas ignoraban qué había podido causar tal oleada, pero ¡por Dios!, tenían a sus expertos trabajando en ello, y pronto lo averiguarían y jamás

volvería a producirse una catástrofe de tales dimensiones.

¿Una *oleada*, Mahavira?

Pero lo que más regocijaba de aquel suceso a los Bromistas era una noticia publicada en los periódicos: al parecer un chico había hecho novillos en Nueva York aquel día, y había acabado yéndose al cine, y cuando salió —hacia las cinco y cuarto de la tarde— y emprendió la vuelta a casa empezó a sentirse culpable, y cogió un palo de la cuneta y se puso a golpear con él cuanto parquímetro encontraba a su paso. Al llegar a la esquina, dio un golpe a un gran poste de la luz que vio al alcance de la mano y

EN ESE PRECISO INSTANTE

todas las luces

de Nueva York se apagaron

DE PRONTO

y el chico corrió a casa en la oscuridad, y entró gritando, confesándole a su madre...: he sido yo, he sido *yo, pero ha sido sin querer...*

Y Kesey y los Bromistas lo pasan en grande comentándolo. El chico tenía razón, y ahí estaba lo gracioso. O al menos tanta razón como las compañías eléctricas. Porque no había duda de que se había producido una *gran oleada*, amigos míos, y que esa oleada había pasado a través de aquel chico del mismo modo que había pasado a través

de todas las cosas y de todos los seres vivos que existían en aquel lugar en aquel instante. Lo mismo que Severn Darden había apagado las velas de su tarta de cumpleaños y *en ese preciso instante...*, y por mucho que revisaron todos los transformadores de la Con Ed no averiguaron cuál era la *causa*.

¡COSMO!

... y en cuanto uno se entera de la existencia de Cosmo, sabe que es él quien dirige el espectáculo... Es como si fuéramos hilos de cobre trenzados en un gran cable que corre por una ranura: los Bromistas, los Beatles, el Comité del Día de Vietnam —*¿El Comité del Día de Vietnam?*—, todos deslizándonos

por una ranura y todos vibrando por obra de Cosmo. La mayoría de la gente vive vidas bidimensionales. Lo único que pueden ver es la cara de la ranura, un corte transversal, de modo que los hilos de cobre parecen una masa apretada de pequeños círculos independientes entre sí, más grandes o más pequeños según se miren desde más cerca o más lejos. No pueden..., no saben ver que esos «círculos» no son sino cortes transversales de hilos que se deslizan infinitamente hacia atrás y hacia adelante, y que hay una gran oleada fluyendo por todo el cable, y que nadie que en verdad esté en la integral y desnuda esencia de la cosa...

Hay comida en el *ting*^[39]
Mis camaradas tienen envidia.
Pero no pueden hacerme daño.
Buena suerte.
... el I *Ching*

... tiende a reaccionar contra el desorden político, porque lo que a él le importa es la honda experiencia religiosa básica, las fuentes más profundas de la vida; la política pasajera no tiene para él la menor importancia.

Joachim Wach

Y éste era el telón de fondo —el telón de fondo de «lo esencial» y «lo infinito»— cuando una organización conocida como Comité del Día de Vietnam invitó a Kesey a hablar en una gran concentración antibélica que se iba a celebrar en Berkeley, en el campus de la Universidad de California. No sabría decir a qué brillante lumbrera se le ocurrió la feliz idea de invitar a Kesey. Ni siquiera los organizadores podrían luego precisarlo. O al menos ninguno de ellos, pese a las numerosas indagaciones y recriminaciones y revuelo que se levantó al respecto, se atrevería a

confesarlo. «¿Quién diablos ha invitado a ese bastardo?», fueron sus palabras literales. El escándalo que tuvieron que soportar fue mayúsculo. El principal problema del Comité del Día de Vietnam estribó en que no supo ver más allá del maravilloso jolgorio político que había organizado. Pero ¿cómo imaginar lo que iba a suceder? Desde su atalaya de aquel otoño de 1965, lo único que podían vislumbrar era que iban a «barrer» el país. Berkeley, la Nueva Izquierda, el Movimiento para la Libre Expresión, Mario Savio, la Generación Rebelde, la Revolución Estudiantil, en la que los estudiantes iban a tomar las universidades, como en América Latina,

y a administrar un enema de fuego en el frío recto de la vida norteamericana... Podía leerse en todas las revistas del país. Y si no te lo crees, ven y echa una mirada, señor Jones... Etcétera.

Los organizadores nunca miraron más allá, como he dicho, pero tampoco les habría servido de nada hacerlo. Quizá no hubiera habido forma humana de hacer ver al Comité del Día del Vietnam cómo iban a tomar su gran fiesta Kesey y los Bromistas. *Venid a manifestaros contra la guerra del Vietnam...* Desde la privilegiada posición cósmica que habían llegado a ocupar los Bromistas, había tantas razones para considerar patética aquella

iniciativa... que no sabían siquiera por dónde comenzar...

Sin embargo, se invitó a Kesey, y así fue como empezó la diversión. Los manifestantes llegaron a Berkeley desde setenta y una ciudades y veintiocho estados —tengan el valor que tengan tales datos—, miles y miles de estudiantes y profesores, en cualquier caso, llegados de todas latitudes. Habría seminarios durante todo el día, y una concentración que comenzaría por la mañana, y treinta o cuarenta oradores para caldear el ambiente, y a las siete y media de la tarde, una vez los ánimos convenientemente encendidos, saldrían de Berkeley y marcharían hacia

Oakland; quince o veinte mil personas marchando en fila hacia la Terminal Militar de Oakland. La Terminal Militar de Oakland era la base desde donde partían para Vietnam hombres y pertrechos. Y para avivar un poco las cosas, alguien había robado una gran partida de gelignita, y la gente veía en su imaginación cómo Oakland, Berkeley, San Francisco... saltaban por los aires en un gran seísmo ge lignítico de polizontes, *peaceniks*, *birchers*^[40] y probablemente negros y mujeres y niños inocentes. Nadie tenía la menor idea del grupo que había robado la gelignita, ni de su filiación ideológica, pero eso no hacía sino añadir más «morbo» a la

cosa.

El miedo a la gelignita pareció brindar a Kesey la inspiración necesaria para concebir su broma. Lo que salvaba a Kesey era que jamás se ponía serio cuando lo que quería expresar podía expresarlo con alguna broma cósmica. La fantasía de Kesey para la ocasión era irrumpir en la gran concentración antibélica remedando una invasión militar en toda regla. Una fantasía en verdad inspirada. Iban a aderezar el autobús como una fortaleza rodante, erizada de armamento, y los Bromistas vestirían ropajes militares. Conseguirían coches que también aderezarían de tal guisa, y a la cabeza del convoy

marcharían, en formación de combate..., los Ángeles del Infierno, exhibiendo todo su arsenal de esvásticas. *Esvásticas*. Aquello les «rompería los esquemas», o al menos pondría a prueba su temple hasta extremos desconocidos hasta entonces.

Primero pintaron todo el autobús de un rojo oscuro, como de sangre seca. El delirante caos de Day-Glo quedó cubierto por una capa sanguinolenta y sucia. Pero qué más daba. *El arte no es eterno*. Luego, sobre la sangre seca, pintaron símbolos militares, esvásticas, águilas norteamericanas, cruces de hierro, cruces vikingas, cruces rojas, hoces y martillos, calaveras y tibias y

todo tipo de enseñas sombrías e inquietantes. Aquella misma noche comenzaron las lluvias estacionales, y como había dicho el Jefe, el arte no es eterno. La pintura empezó a correrse y dibujos y colores dieron lugar a la más lamentable mezcolanza que pueda imaginarse. Pero no venía mal: era más o menos lo apropiado para la ocasión. Al día siguiente apareció Barriga con Pequeña Gente, su chica. Barriga vivía entonces una especie de período de transición entre los Angeles y los Bromistas. Vestía su vieja chaqueta vaquera sin mangas de los Ángeles del Infierno, pero le había quitado las insignias y las leyendas y la calavera

con el casco (se veía dónde habían estado por los retazos de tonalidad más clara de la tela). Era lo que podría llamarse una chaqueta «adiós-pero-no-os-olvido, Ángeles del Infierno». Lo cierto es que Barriga asombró a los Bromistas al pintar en el autobús una hermosa y enorme águila norteamericana, un tanto primitiva, es cierto, pero con mucha fuerza expresiva. El bendito y voluminoso Ángel tenía talento. Los Bromistas estaban encantados. Tenían la sensación de haber contribuido de algún modo a que sacara a la luz su vena artística. Barriga consiguió animar a todo el mundo. Construyeron una torreta artillera sobre

la baca del autobús, e instalaron en ella dos grandes cañones grises. Norman hizo una ametralladora de madera y cartón y la pintó de verde oliva. Otros se dedicaron a hacer, de prisa y corriendo, armas de madera de las formas más diversas y ridículas. La máquina de coser de Faye no descansaba ni un momento. Los allegados de los Bromistas —tanto del círculo íntimo como del «externo»— llegaban constantemente de todas latitudes. Lee Quarnstrom, que pertenecía al círculo «externo», se presentó con un enorme arsenal de insignias militares, galones, barras, estrellas, charreteras... Kesey equipaba

el autobús con cintas magnetofónicas y micrófonos y amplificadores y auriculares y guitarras eléctricas. Hagen preparaba su cámara de 16 milímetros y se abastecía de película. Bob Dylan y los Beatles y Joan Baez y Roland Kirk y Mississippi John Hunt zumbaban y atronaban por los grandes altavoces instalados en lo alto del barranco. Entonces llegó Allen Ginsberg de Big Sur, con su compañero Peter Orlovsky y una cohorte de pálidos hindúes del Chester A. Arthur High School. Ginsberg se pasó la noche entonando mantras y haciendo sonar campanillas y tocando los platillos. Cassady tomó *speed* y entró en un estado de excitación

súbita, agitándose y lanzando patadas y bailando como al compás de una larga costura de la máquina de coser de Faye. Ginsberg parecía cantar al compás de la escobilla de un adepto al jainismo. Cassady empezó a hacer vibrar sus cuerdas vocales con increíble rapidez, cada vez más deprisa, hasta el punto de que si la progresión de rapidez hubiera continuado hasta el amanecer se habría convertido en pura vibración y, como decía el viejo Charles Fort, se habría integrado en el positivo absoluto. Fue una velada estupenda. Y harto extraña.

A la mañana siguiente, 16 de octubre, el gran día... Los Bromistas, como es lógico, se pasaron la mañana

tumbados aquí y allá, extenuados de la noche anterior, y salieron hacia Berkeley muy tarde. El arte, amigo mío, no es eterno. El plan era encontrarse con los Ángeles del Infierno en Palo Alto, y marchar por la autopista en formación. Pusieron cintas de los Bromistas, y Cassady se puso al volante. Subieron al autobús ataviados con sus delirantes ropajes militares: Peleón, Hagen, Babbs, Gretch, el Colgado, June la Mema, Roy Seburn, Dale Kesey y demás gente —gente de todo tipo—, incluidos el Químico Loco —que no quería perderse el evento— y, en el último minuto, Mary Microgramo. Y finalmente el propio Kesey, que vestía un

chubasquero anaranjado de los que utilizan los obreros en las autopistas para que los automovilistas puedan verles. Llevaba galones en las mangas y una especie de charreteras flojas y bamboleantes en los hombros. Y un gran casco de la Primera Guerra Mundial, pintado de naranja fluorescente, en la cabeza (le quedaba tan grande que le tapaba por completo la frente, de forma que sus ojos parecían dos pequeñas bombillas parpadeantes). Kesey se subió a la torreta artillera, y el autobús partió. Antes de llegar a Palo Alto, en Woodside, la policía les detuvo y les acribilló a preguntas y les examinó de arriba abajo. Los Bromistas hicieron lo

de costumbre: saltaron del autobús esgrimiendo cámaras y magnetófonos y micrófonos, y filmaron y grabaron todo cuanto hacían y decían los policías, hasta que, al cabo de un buen rato, pudieron seguir viaje. Pero habían perdido mucho tiempo.

—Ajá —dijo el Químico Loco—. La primera escaramuza. —Fin de la Alerta Bromista— dijo Babbs.

Pero Babbs se equivocaba: la policía siguió parándoles y acribillándoles a preguntas y examinándoles de arriba abajo. Seguían perdiendo tiempo. Llegaron a su cita en Palo Alto y... ni rastro de los Ángeles del Infierno. Esperaron y esperaron, y al

cabo desistieron y siguieron por la autopista rumbo a Berkeley.

Cuando llegaron al campus de Berkeley había casi anochecido, y su llegada, en un principio, no causó ninguna impresión desmesurada. Otra cosa hubiera sido, claro está, la aparición de toda una falange de Ángeles del Infierno, con su aspecto híbrido entre la Gestapo y los Tontons Macoutes... Se habría armado un buen revuelo. El caso es que el autobús entró en el aparcamiento y se detuvo junto al edificio del Sindicato de Estudiantes, y los Bromistas, a guisa de defensores antiaéreos, se pusieron a apuntar a pájaros y aviones con sus armas de

madera. El gran evento antibélico no había cesado en toda la jornada. Los participantes, unos quince mil, jóvenes inconformistas y bohemios, se hallaban congregados en la gran pradera de césped —una suerte de explanada enorme— del campus universitario, y los altavoces del sistema de megafonía atronaban y agitaban y atizaban el ambiente. Había un gran estrado para los oradores. Habían intervenido unos cuarenta, con verbo vociferante o fulminante o —aún peor polemista y convincente. Lo que se pretende en estos casos es ir generando empuje y tensión y suspense hasta que, llegado el momento — la marcha, en este caso, —la señal

pone en pie a la gente que, cual un solo y compacto cuerpo de creyentes, se dispone a marchar y a arrostrar los golpes de porra en la cabeza y demás acciones represivas.

Participaban en la concentración un nutrido grupo de conspicuos «operarios de la lengua», como Paul Jacobs y M. S. Arnoni, que subió a la tribuna vistiendo un uniforme carcelario porque su familia había sido exterminada en un campo de concentración alemán durante la Segunda Guerra Mundial. Había, ante ellos, un extenso mar de estudiantes y de jóvenes de otros campos, inconformistas y bohemios (guerreras y botas, derechos civiles, ¡abajo la guerra del Vietnam!).

«... Clamarían desde sus tumbas o desde los campos y ríos en que fueron arrojadas sus cenizas, e implorarían a esta generación de norteamericanos que no callara ante las atrocidades genocidas cometidas contra el pueblo de Vietnam...» Y las palabras se propagaban con atronador tenor retórico a través del sistema de megafonía.

La primera persona del círculo del Comité del Día de Vietnam que advirtió que Kesey se acercaba a la tribuna de oradores fue Paul Krassner, director de la revista *The Realist*. La mayoría de los Bromistas seguía en el autobús, jugando

con la artillería, para perplejidad de los mirones de los alrededores. Kesey, Babbs, Gretchen la Bella y George Walker subieron a la plataforma. Kesey llevaba su chubasquero anaranjado fluorescente y su casco de la Primera Guerra Mundial. Krassner manejaba su revista como si fuera una empresa de una sola persona, y sabía que Kesey estaba suscrito a ella. Así que no le sorprendió gran cosa que Kesey lo conociera a él. Lo que le llamó la atención sobremanera fue que Kesey se pusiera a hablarle como si llevaran ya charlando largo rato y ahora, tras una interrupción, reanudaran la conversación que tenían entre manos... Era una

sensación extraña. Uno podía «sentir» cómo el carisma —para emplear tal término— emanaba de aquel tipo pese a su disparatado atuendo fluorescente, o incluso lo «succionaba» a uno, como en cierta ocasión alguien había escrito de Gurdjieff: «No podías evitar sentirte arrastrado, casi físicamente, hacia él..., ser como succionado por una enorme aspiradora espiritual.» En aquel momento, sin embargo, Krassner pensó en *Flash Gordon*.

—Mira ahí arriba —dice Kesey, señalando el estrado con un gesto.

El orador es Paul Jacobs. Jacobs tiende a la retórica, y el micrófono y los altavoces siempre confieren alas a los

oradores. Pueden oír su propia voz expandiéndose —atronadora, poderosa como un dios— por un océano de oídos prestos y semblantes ansiosos, y se sienten omnipotentes y se vuelven más y más retóricos y pomposos y tenantes... *Está escrito, pero os lo digo también yo..., los chacales de la historia...* Desde donde están, a un extremo de la plataforma, Kesey y Krassner pueden oír muy poco de lo que Jacobs dice, pero oyen el sonido que resuena y re tumba y reverbera, y oyen a la multitud que devuelve el fragor y aúlla como un eco, y ven a Jacobs, rechoncho y espeso y encorvado sobre el micrófono, agitando las manos para acentuar lo que dice, y

allí, al anochecer, recortado contra el encendido cielo, ven su mandíbula prominente, que sobresale como un melón cantalupo...

Kesey le dice a Krassner:

—No escuches las palabras, sólo el sonido, y mira los gestos... ¿Qué ves?

Y Krassner, de pronto, desea desesperadamente acertar. Es la llamada del viejo carisma. Desea dar con la respuesta correcta.

—¿Mussolini...?

Kesey asiente con la cabeza: Exacto, exacto... Pero no deja de mirar la mandíbula prognática.

Para entonces han subido a la plataforma unos cuantos Bromistas más.

Han encontrado enchufes y tendido largos cables para las guitarras y los bajos y los instrumentos de viento. Kesey será el penúltimo en hablar. Clausurará el acto algún otro orador incendiario y luego..., la oleada final y la marcha hacia Oakland.

En cuanto sube al estrado, Kesey causa sensación. El chubasquero brilla en el crepúsculo, y también el casco. A su espalda hay más chiflados fluorescentes con cascos y gafas y cazadoras de aviador y guerreras del ejército... Babbs, Gretch, Walker, el Colgado, Mary Microgramo y chiquillos pintarrajeados con Day-Glo, y la mitad de ellos con guitarras eléctricas e

instrumentos de viento, gesticulando y moviéndose por la plataforma como manchones fluorescentes. La siguiente conmoción la causa la voz de Kesey, absolutamente carente de retórica. Es una voz suave, y tiene el hablar cansino de Oregón, y es como si charlara amigablemente con las 15.000 personas del auditorio:

¿Sabéis?, no vais a parar la guerra con esta concentración, con esta marcha... Eso es lo que ellos hacen... Ellos organizan concentraciones y marchas... Ellos llevan con sus guerras diez mil años, y vosotros no vais a parar ésta de este modo... Diez mil años, y éste es el juego que ellos

juegan para que todo siga igual... Organizar concentraciones y marchas..., el mismo juego que estáis jugando vosotros..., su juego...

Acto seguido se mete la mano en el enorme chubasquero fluorescente y saca una armónica y se pone a tocar, a unos centímetros del micrófono, *Hogar, hogar de las montañas*, soplando y soplando en el condenado artilugio..., *hogar..., hogar... de las monta-a-a-a-a-ñas...*

La multitud se queda súbitamente quieta; la mayoría de los asistentes se preguntan si han oído bien, y levantan la cabeza y la vuelven a un lado y a otro para mirarse. En primer lugar, es el tono

coloquial que de repente les llega, y luego las notas que de cuando en cuando arrancan a sus guitarras eléctricas esos chiflados fluorescentes que hay detrás de él, y el murmullo general que invade el micro... ¿Es que hemos oído bien...?

Kesey no ha dejado ni un momento de soplar en la condenada armónica, *Hogar, hogar de las monta-a-a-a-a-ñas...*

... ahhh, ya, es eso... Imaginan que se trata de un número planeado para el «espectáculo»: interpretar *Hogar, hogar de las montañas*, para luego poder decir algo así como ¡Ya, ya conocemos ese tipo de *hogar*! ¡Conocemos de sobra esas *montañas*! Son el jodido hogar y

las jodidas montañas de Norteamérica...

... pero, en lugar de ello, vuelve la voz de tono cansino y familiar:

He estado mirando al orador que acaba de hablar..., y no he podido oír lo que decía..., pero he oído el sonido de lo que decía..., y he oído el sonido vuestro que le llegaba a él..., y he visto los gestos...

... y aquí Kesey se pone a parodiar a Paul Jacobs, gesticulando con las manos y encorvándose sobre el micrófono...

... y lo que he visto es esa mandíbula sobresaliendo así..., recortada contra el cielo..., y ¿sabéis a quién he visto... y a quién he oído? A Mussolini... He visto y oído a

Mussolini, aquí mismo, hace sólo unos minutos... Sí, estáis jugando a su juego...

Y se pone de nuevo a tocar la armónica, a soplar y soplar *Hogar, hogar de las montañas* con la familiar y triste cadencia de la armónica-en-torno-al-fuego-del-campamento... y los Bromistas le acompañan con sus instrumentos: Babbs, Gretch, George, el Colgado bullen allí arriba en un gran despliegue de Day-Glo.

... y se oye ¡pero qué diablos...!, y unos cuantos abucheos..., aunque en general es confusión..., pero, santo Dios, ¿qué están haciendo esos imbéciles...?

... Todos hemos oído y visto antes todo esto, pero seguimos haciéndolo... Fui a ver a los Beatles el mes pasado..., y oí a 20.000 chicas gritando todas juntas... Y tampoco oí lo que gritaban..., pero no hacía falta oírlo... Están gritando ¡Yo! ¡Yo! ¡Yo!... ¡Soy yo! Es el grito del ego, ¡y ése es el grito de esta concentración! ¡Yo! ¡Yo! ¡Yo!... Y por eso se organizan las guerras..., por el ego..., porque hay montones de gente que tiene ganas de gritar ¡Fijaos en mí! Sí, estáis jugando a su juego...

... y sigue tocando la armónica...

... y los asistentes empiezan a venirse abajo. Es como si la concentración, el día entero, no hubiera

sido sino una larga y cuidadosa operación de inflado de un globo de helio, a fin de prepararlo para el despegue..., y de pronto alguien hubiera abierto la válvula de escape. Y no es exactamente lo que está diciendo quien ocupa la tribuna. Es el sonido y la visión de la maldita armónica y la estúpida música china que tocan los *freaks* que brincan a su espalda. Es la única cosa que el espíritu marcial no puede soportar: la bufonada, la broma, la chirigota, la tomadura de pelo...

... el Comité del Día de Vietnam hierve de indignación a un extremo del estrado: «¿Quién diablos ha invitado a ese bastardo?» «Lo invitaste tú.»

«¡Bueno, pensamos que, como era escritor, estaría en contra de la guerra!»... «¿Es que no tenías suficientes oradores?», pregunta Krassner. «Si quieres sacar a la calle a la gente, tienes que echar mano de todas las celebridades posibles.» «Ahí tenéis lo que ha conseguido vuestra adoración por las celebridades», dice Krassner. Si hubieran tenido uno de aquellos grandes ganchos utilizados en la noche del aficionado en tiempos del vodevil, habrían desalojado a Kesey del estrado de inmediato. ¡Bueno!, ¿y por qué no sube alguien y lo saca de ahí sin contemplaciones? Está arruinando todo el acto. Pero entonces ven a los

chiflados pintados con Day-Glo, hombres y mujeres y niños que se agitan por la plataforma, electrizados y resplandecientes en la caída de la tarde, arañando sus guitarras y tocando sus instrumentos de viento... ¡La mayor concentración antibélica de la historia de Norteamérica acabando en una algarada al son de *Hogar, hogar de las montañas...*!

... de pronto cesa la condenada armónica. Kesey se inclina sobre el micrófono:

Sólo se puede hacer una cosa... Sólo hay una cosa que nos puede servir de algo... Y es la siguiente: que todos la miremos de frente, que miremos de

frente a la guerra, nos demos la vuelta, le demos la espalda y digamos: ¡que le den por el culo!

... y sopla y sopla la armónicaaaaaaaaaaaaaa...

... La multitud escucha esto último en silencio. La expresión —*que le den por el culo*— suena tan extraña, tan chocante, incluso aquí en el bastión de la Libertad de Expresión, a través de los altavoces de la megafonía y propagándose por encima de las cabezas de las 15.000 almas...

... Hogar, hogar de las montañas... Y suena la armónica..., y los Bromistas empiezan ahora a «desmelenarse» con sus instrumentos, acompañando a la

armónica, sonando como una versión delirante y de garito de Juan Carrillo, que inventó noventa y seis nuevos tonos en el asiento trasero de un *jeep* Willys, comprado con lo que había ahorrado centavo a centavo durante la guerra, centavos de cinc, ya me entienden, hasta que se le formaron pústulas azules debajo del dedo-cítara, ahí debajo, ya me entienden...

... Mírala y date la vuelta y di: que le den por el culo...

... y di... que le den por el culo...

... sopla y sopla la armónica...

... que le den por el culo...

... sopla y sopla-que le den por el culo..., amigos míos...

No se podía probar que el culpable fuera Kesey. Pero algo había muerto en aquella concentración antibélica. Habló el Incendiario de turno, el Comité del Día de Vietnam intentó insuflar un último y masivo soplo del viejo espíritu, y finalmente dio la señal y la gran marcha hacia Oakland dio comienzo en la penumbra del crepúsculo. Quince mil almas..., hombro con hombro, como en las viejas estampas de huelguistas. En la línea de Oakland-Berkeley les esperaba una falange en formación de flecha de la policía y de la Guardia Nacional. El Comité del Día de Vietnam marchaba a

la cabeza hecho una frenética pina, tratando de decidir si forzar o no las cosas, si buscar la *confrontación física* —cabezas rotas, bayonetas...—, o dar media vuelta en cuanto se les ordenara que lo hicieran. Nadie parecía tener una opinión formada al respecto. Alguien decía: «No tenemos elección, hay que darse la vuelta», y alguien le respondía llamándole Martin Luther King. Y eso era, a la sazón, casi lo peor que se le podía llamar a cualquiera en el ámbito de la Nueva Izquierda. Martin Luther King se había dado la vuelta en el puente de Selma en el instante crítico. No podemos arriesgarnos a que los cráneos de nuestras fieles gentes sean

víctimas de la fractura y la degradación a manos de quienes no vacilan en recurrir cobardemente a su arsenal represivo, había dicho con su voz sepulcral de Negro Docto en Ciencias Sociales..., la gran y solemne prédica de Tío Tom... ¡Ajá! El negro de Alabama Tío Tom, ya, ya, cabeza de Booker T. Washington de manteca de cacahuete de tribuna de conferencias de medalla de Premio Nobel..., ya, un *Tío Tom*... Cuando todo hubo acabado, Martin Luther King se convirtió para la Nueva Izquierda en un pobre Bobo de opereta, y ahí estaban ahora los del Comité del Día de Vietnam llamándose Luther King —y otras cosas increíbles

— unos a otros... Pero nadie tenía el férreo celo necesario para transmitir una moral de victoria —Dios, dónde está nuestro celo intransigente; quién nos ha pintado con Day-Glo y jodido la cabeza...—, y no se podía hacer más que refunfuñar un poco ante la Guardia Nacional y darse la vuelta y retirarse. Y eso hicieron. ¿Qué diablos nos ha pasado? ¿Quién es el culpable de todo esto? Vaya por Dios, ha sido el Hombre Enmascarado...

Así que la gran marcha dio media vuelta y se encaminó hacia el Civic Center Park de Berkeley, y los manifestantes se quedaron por allí comiendo hamburguesas y escuchando a

una *jug band*^[41] —que más tarde se daría a conocer como *Country Joe and the Fish*— y preguntándose qué diablos había pasado. Luego alguien empezó a lanzar gas lacrimógeno desde un tejado, y Bob Scheer, con gran valor, se puso a decir a todo el mundo que se tendiese en la hierba porque el gas lacrimógeno tiende a subir..., pero la banda se quedó donde estaba, petrificada, con las manos y los instrumentos como congelados, en una postura idéntica a la del instante en que el gas los había envuelto. Al parecer los miembros de la banda estaban ya bien colocados, y la combinación del gas y de sea lo que fuere lo que hubieran tomado o fumado los dejó petrificados,

de forma que se quedaron tiesos, rígidos, *in medias res*, como posando para Iwo Jima, para una escultura de la mayor concentración antibélica de la historia de Norteamérica. La concentración había resultado un gran fiasco, y aquella banda petrificada era como la viva expresión gráfica de cuán lejos había llegado el noble empeño.

XVII. PARTIDAS

PREPARAOS PARA MÉXICO

Y entonces Kesey puso palabras crípticas en el tablón de anuncios de su casa de troncos:

Que todo pensamiento, que todo rumbo nuestro, mire hacia México.

Cada bocado que comáis, cada libro que leáis, cada *subida*, cada *bajada*, cada acto de Day-Glo...

Pero nunca llegó a decir por qué o cuándo iban a partir.

MONTAÑESA REGRESA A POUGHKEEPSIE

Montañesa está imbuida totalmente del despegue psíquico de los Bromistas y es el auténtico radiómetro de su andadura superpsíquica.

Jamás nadie se sumergió más plenamente en el psicodélico riesgo total

ni brilló con más resplandor en los recodos del espacio interior.

Pero ni la propia Isis es inmune a la crisis que asalta a la psique de una mujer cuando lleva en su seno a un hijo. No iba a ser nada fácil estar a cinco mil kilómetros de Kesey, pero ¡tenía que parar!

y tratar de imbuirse más plenamente... y volver al

Este por un tiempo.

SANDY REGRESA A NUEVA YORK

La senda era suave como terciopelo, pero Sandy lo oyó llegar...

¡Ahor!... alzarse, materializarse entre las brumas de su devoción.

El demonio del *speed* comienza a retorcerse, a dejar a Sandy encogido, atrapado en un mal viaje, aturdido de nuevo en una implosión medio demente y demoníaca de DMT

que le causa síndromes corticales psicocídicos, psicósomáticos, e incluso parálisis sinartrótica en un lado de su cara flaca.

Trata de curarse él mismo, de purificarse de su veneno psíquico, pero de nada sirven... las artes de los Bromistas, las artes de este lugar luminoso y mágico.

Hasta el I *Ching* recomienda escáneres cerebrales, electroencefalogramas, todo el arsenal clínico para estos casos, lo cual cuesta dinero... ¡Kesey! Déjame empeñar el Ampex, el magnetófono de cuatrocientos dólares, ya que fui yo quien lo traje.

Un momento, en primer lugar —y también luego— se le ha grabado en la corteza sinartrótica este pensamiento: Kesey se negó a darle el Ampex, la máquina de salvación de los Bromistas.

Y Sandy regresa al Este para someterse

al arsenal clínico, pero éste no será el final de la historia, Guerrero de los Sueños...

XVIII. BRUJERÍA TASMANA DE COSMO

«¿PUEDES
PASAR LA
PRUEBA DEL ÁCIDO?»

Llega la llamada
cincelada en cada globo ocular de

los Bromistas
en caracteres góticos Lincoln
mientras gemimos
en este cementerio, entre lápidas de
piedra de la luna,
con un filosófico
«Se trata de *tu* persona...
¿puedes pasar la Prueba del
Ácido?»

Babbs y Kesey avanzan con paso
inestable
por un cementerio de California,
aullando
profundamente
en la sincronía,
colgados en LSD, en el borde

de la condenada y escarpada pendiente
de una búsqueda misionera:
¿puedes pasar la Prueba del Acido?

¡Lápidas sepulcrales!

Panteones, féretros y huesos
desnudos datados con carbono,
una transfusión de sueños
del Pecho de la Comunidad:
¿puedes pasar la Prueba del Ácido?

La mente del grupo
vuela muy alto, comandante, pero no
a ciegas
bajo la luz de la luna;
se inspiró
en la ceremonia necesaria

para el lanzamiento hacia lo alto,
para expandir
el mensaje de los Bromistas hasta
los confines
de la tierra. Una fiesta de la mente:
una nave lunar,
la Prueba del Ácido...

... y Kesey salió de la extraña noche
en el cementerio con la visión de estar
poniendo «en sintonía» al mundo, y de
haber dado con un modo extrañamente
práctico de hacerlo, conocido como
LA PRUEBA DEL ÁCIDO,

pues, como ha quedado escrito, ...
manifiesta una urgente necesidad de

propagar el mensaje a todas las gentes..., crea un ritual, en el que a menudo hay música, danza, liturgia, sacrificio..., para alcanzar una expresión objetivada y estereotipada de la experiencia religiosa original y espontánea.

¡Dios!, cuántos movimientos anteriores a ellos habían tropezado con el mismo problema... Toda visión, toda vislumbre del... círculo... original siempre dimanaba de la *nueva experiencia...*, del *kairós...*, y ¡cómo explicarlo! ¡Cómo transmitirlo a las multitudes que nunca han vivido esta experiencia en su interior? *No es posible expresarlo con palabras.*

Habría que crear condiciones para que pudieran sentir algo aproximado a tal *sentimiento*, a tal sublime *kairós*. Habría que hacer que accedieran al éxtasis... Monjes budistas abismados en el amor cósmico a través del ayuno y la contemplación; hindúes inmersos en el Bhakti, el ferviente amor de la posesión de Dios, extáticos, anegándose de Krishna a través de orgías sexuales o entregándose a los banquetes de las bacanales; cristianos llegados a la Ciudad Límite a través del onanismo gnóstico o del Corazón de Jesús o del Niño Jesús con su llaga abierta..., o de...

LAS PRUEBAS DEL ÁCIDO

Y de pronto Kesey ve que ellos, los Bromistas, tienen de hecho la pericia y los instrumentos necesarios para crear un estado de ruptura mental jamás visto en este mundo, absolutamente perfilado, iluminado, amplificado y... controlado..., amén de contar con la más eficiente de las llaves jamás diseñada por el hombre para abrir las puertas de la mente: el ácido de Owsley.

Kesey llevaba meses tratando de llevar a la práctica la fantasía... de la Cúpula. Consistía en una gran cúpula geodésica instalada sobre un soporte cilíndrico. Tendría el aspecto de un gran hongo. Con muchos niveles. La gente subiría por una es calera que llevaría a

lo alto del cilindro —¿quieres una entrada?..., *bue-e-e-e-ennno...*—, y el hongo tendría un gran suelo de gomaespuma donde la gente podría tumbarse. Hundidos en la gomaespuma, por debajo del nivel del suelo, habría proyectores de cine, proyectores de vídeo, focos. Aquí y allá —en lo alto de la cúpula, por todas partes— habría altavoces, micrófonos, magnetófonos (preparados para grabar y reproducir en vivo, en diferido, a intervalo variable...). La gente podría tomar LSD o *speed* o fumar hierba y tumbarse en la gomaespuma y vivir la experiencia, encerrados y sumergidos en un planeta de luces y sonidos jamás conocido hasta

entonces. Luces, películas, vídeos, cintas de vídeo de ellos mismos, fulgurando y formando torbellinos sobre la cúpula, desde los haces de los reflectores que se alzarían del suelo, de entre sus cuerpos tendidos. El sonido azotaría los oídos por toda la cúpula como un tifón. Películas y cintas del pasado, cintas y vídeos e imágenes y emisiones del presente, cintas y sonidos humanoides del futuro..., todo a un tiempo, unido, *ahora...*, aquí y ahora..., el *kairós...*, penetrando en la dilatada corteza cerebral...

La cúpula geodésica, como es lógico, era obra de Buckminster Fuller. Los reflectores se debían principalmente

a Gerd Stern —Gerd Stern, del grupo USCO—, aunque Roy Seburn trabajó mucho con ellos y Page Browning demostró un talento que sorprendió a todo el mundo. Pero la cúpula mágica, el planeta nuevo, era obra de Kesey y los Bromistas. La idea iba incluso más allá de lo que más tarde se conocería como espectáculos con «combinación de medios expresivos», hoy día habituales en las discotecas psicodélicas y otros montajes... Los Bromistas poseían el supramedio, una cuarta dimensión... el ácido... Cosmo... Todo-uno... Control... La Película...

Pero ¿por qué una cúpula? La respuesta a todas las fantasías, públicas

y privadas, de los Bromistas, la solución total..., ya la habían encontrado: la fiesta de los Ángeles del Infierno. Aquella «orgía» de dos días no había sido una fiesta sino un auténtico espectáculo. E incluso más que un espectáculo. Había sido una increíble concentración de energía. No sólo los Bromistas sino gente de toda procedencia, drogatas, no drogatas, intelectuales, curiosos y hasta policías habían entrado «en sintonía» y se habían dejado arrastrar por la increíble energía del evento. Y todos habían «entrado» en la Película. Fue un espectáculo en el que no había existido separación entre animadores y asistentes (no había sido

cuestión de comprar una entrada y decir: muy bien, ahora divertidme). En la fiesta de los Ángeles del Infierno todos se habían colocado juntos y todo el mundo había hecho su *cosa* y había amenizado a los demás, y los Ángeles habían sido los Ángeles y Alien Ginsberg había sido Alien Ginsberg y los Bromistas habían sido los Bromistas y los polis habían sido los polis... Y hasta los polis habían hecho su *cosa*: inundar el barranco de tierra con la maldita luz roja de los focos giratorios de sus coches patrulla y gruñir y aullar e importunar a los automovilistas.

¿PUEDES

PASAR LA PRUEBA DEL ÁCIDO?

Quienquiera que quisiera tomar LSD por vez primera y vivir la experiencia sin perder la sesera... Leary y Alpert predicaban el «estado mental y el escenario». La experiencia del LSD, el disfrutar de una vivencia fructífera, libre de malos viajes, dependía del «estado mental y el escenario». Había que tomarlo en un lugar tranquilo, atractivo, una casa o apartamento decorado con objetos de gusto refinado, como tapices turcomanos, alfombras griegas de piel de cabra, caros jarrones azules, luces suaves (no globos de papel japoneses,

sino pantallas chinas de tela y sin borlas)..., un refugio campestre de la Bohemia Acomodada, de unos 60.000 dólares al año: un marco ideal, en suma, con el *Réquiem* de Mozart brotando con solemnidad litúrgica del equipo de alta fidelidad... Y el «estado mental» era el estado anímico. Debías prepararte para la experiencia meditando sobre el estado de tu ser y decidiendo lo que esperabas descubrir o alcanzar en tu viaje al interior de ti mismo. Debías disponer, asimismo, de un guía que hubiera tomado LSD y conociera las diferentes fases de la experiencia, alguien a quien conocieras y en quien confiaras... ¡Pues a la mierda con todo

eso! Eso no hacía más que perpetuar las taras del pasado, los eternos *desfases* respecto de algo que debía suceder *Ahora*. Que el escenario fuera todo lo intranquilo y chillón que las artes de los Bromistas pudieran hacerlo, y que el estado mental fuera simplemente el de tu... *cerebro*, amigo, y que el guía, ese guía digno de confianza que debería cogerte de la mano y ponerte paños calientes, fuera una pandilla de locos pintarrajeados de Day-Glo cuyo lema, entre otros, era: «Nunca confíes en un Bromista.» La Prueba del Acido sería algo así como la fiesta de los Ángeles del Infierno más las ideas que integraban la fantasía de la Cúpula. Todo el mundo

tomaría ácido, en el momento en que lo deseara, seis horas antes de que empezara la Prueba o nada más llegar a la Cúpula, y en el punto del viaje en que quisiera incorporarse al planeta nuevo. En cualquier caso, todos estarían en un planeta nuevo.

¡Los misterios de la sincronía! Muy extraño..., las Pruebas del Ácido resultaron ser, de hecho, una forma de arte ya presentida en aquel extraño libro, *El fin de la infancia*, una forma llamada «identificación total»: «La historia del cine brindó la clave a sus acciones. En primer lugar, el sonido, luego el color, luego el estereoscopio, luego el Cinerama... habían hecho que

las viejas “imágenes en movimiento” se fueran pareciendo más y más a la realidad. ¿Y cuándo se llegaría al final de la historia? Sin duda, el estadio final llegaría cuando los espectadores olvidaran que eran espectadores y se convirtieran en parte de la acción narrada. Alcanzar este estadio implicaría la estimulación de todos los sentidos, y acaso también la hipnosis... Alcanzado este objetivo, se daría un enorme enriquecimiento de la experiencia humana. Un hombre podría convertirse —durante un rato, al menos— en cualquier otra persona, y podría tomar parte en cualquier aventura —real o imaginaria— concebible... Y cuando

el “programa” llegara a su fin, habría adquirido una memoria tan viva como cualquier experiencia real de su vida..., y de hecho indiferenciable de la realidad misma.» ¡Cuan condenadamente cierto!

La primera Prueba del Ácido acabó muy al estilo de las viejas fiestas de ácido de La Honda, es decir, como un asunto privado y más bien informe. Iba a ser público, pero los Bromistas no eran precisamente unos linceas para la mecánica de las cosas prácticas, como alquilar un local y gestiones de este tipo. La primera prueba iba a tener lugar en

Santa Cruz, pero no lograron alquilar la sala a tiempo. Tuvieron que conformarse con la casa de Babbs, llamada el Spread^[42], situada a las afueras de Santa Cruz, en una comunidad conocida como Soquel. El Spread era como una granja de pollos destartalada. La arveja silvestre y la cuscuta se iban apoderando de la finca por momentos, al menos en los retazos donde el terreno no se hallaba calcinado o acamado hasta convertirse en una pasta arcillosa. Había perros pardos y gordos y vehículos rotos y máquinas herrumbrosas y abrevaderos podridos y neumáticos recauchutados y una pequeña casa con suelos de linóleo y esos viejos y grasientos butacones

sobre los que siempre se ciernen nubes de moscas de la tapicería que apenas se mueven medio centímetro cuando tratas de espantarlas con la mano. Pero había también delirantes creaciones de Day-Glo por paredes y techos, obra de Babbs, y el lugar era recoleto y aislado. En cualquier caso, los Bromistas tuvieron que conformarse con el Spread.

En cuanto a la publicidad que dieron al evento, hubo de limitarse al día mismo de la Prueba. Norman Hartweg pintó un cartel en un cartón y lo clavó en uno de los tableros utilizados por Babbs como señal de entrada en la película, y lo colgó en la Hip Pocket Bookstore: ¿PUEDES PASAR LA PRUEBA DEL

ÁCIDO?

La Hip Pocket Bookstore era una librería de libros de bolsillo que Peleón y Peter Demma, que pertenecía al círculo externo de los Bromistas, regentaban en Santa Cruz. Dejaron dicho en la librería aquella tarde que el evento iba a ser en casa de Babbs. Amén de unos cuantos inconformistas locales que habían visto el anuncio en la librería, quienes se presentaron aquella noche en casa de Babbs fueron los Bromistas y sus amigos y un puñado de gente de Berkeley que en los últimos tiempos había frecuentando La Honda. Y Alien Ginsberg y su camarilla.

La cosa empezó como una fiesta:

proyecciones de películas sobre las paredes, y luces y cintas magnetofónicas y música aportada por los Bromistas (además del LSD, por supuesto). La extraña música atonal china de los Bromistas, emitida en todas las frecuencias, a lo John Cage... Era prácticamente una fiesta más de las de La Honda, pero hacia las tres de la madrugada sucedió algo... La gente no implicada de verdad, la que se había «apuntado» sólo por la juerga, la que no conocía bien a los organizadores, como los tipos de Berkeley, se había ido a esa hora, y al cabo la Prueba fue cosa de unos cuantos... Acabó con Kesey a un extremo de la sala y Ginsberg al otro,

con sus respectivos acólitos agrupados en torno a ellos como en torno a los dos polos de un imán, Kesey y los suyos frente a Ginsberg y los suyos, el súper-Oeste y el súper-Este..., ambos tratando el tema de Vietnam. Kesey expone su teoría de las multitudes hechas una pila, cogidas de la mano y dando la espalda a la guerra. Ginsberg expone la suya: que todas las guerras son fruto de malentendidos. Nadie que esté peleando en una guerra ha querido jamás participar en ella, y si los contendientes pudieran sentarse tranquilamente a discutir el asunto llegarían a la raíz de su malentendido y lograrían aclararlo... Entonces, de la retaguardia del grupo de

Kesey, se alza la voz del único hombre de la sala que ha estado a menos de mil quinientos kilómetros de una guerra, Babbs, que está diciendo:

—Sí, todo es *tan obvio*...

Todo es tan obvio...

¡Cuan mágico pareció en aquel momento el comentario! La mágica octava hora del ácido... Cuan claro estaba todo entonces... Ginsberg lo había dicho, y Babbs, el guerrero, lo había ratificado, y todo se había reducido a eso, y de súbito todo estaba tan..., tan... claro...

La Prueba del Ácido en casa de Babbs, claro está, había quedado en una especie de ensayo. No llegó a..., al

exterior, al mundo... ¡Pero...! Pronto... los Rolling Stones, el segundo grupo pop de más rabiosa actualidad en Inglaterra, actuarían en San José, a sesenta kilómetros de San Francisco, el 5 de diciembre, en el Civic Auditorium. Kesey, que ya la ha contemplado antes, puede volver a ver la escena: una miríada de diminutos *freaks* frenéticos y colocados y una multitud variopinta saliendo en oleadas del Cow Palace después de la actuación de los Beatles, como una bestia de tentáculos rosados, aún estremecida por el éxtasis e intoxicada por la droga y sin saber qué hacer ni qué rumbo tomar... Era todo tan obvio...

Durante tres o cuatro días los Bromistas buscaron un local en San José y, como es lógico, no lograron dar con ninguno... (parecía lógico, y hasta pertinente casi, que tratándose de los Bromistas las cosas no estuvieran listas hasta el último minuto). De lo único que había certeza era de que encontrarían uno en el último momento. La Película sería capaz de crear al menos eso. ¿Y si las multitudes no se enteraban de dónde iba a ser hasta el último minuto? Bueno, quienes tenían que estar —aquellos que estaban «en el ajo»—, estarían. O estabas *en* el autobús o *fuera* del autobús, y ello era aplicable a todo el mundo, incluido San José, California. En

el último minuto Kesey habló con un *beatnik* local conocido como Big Nig^[43] y le convenció para que les permitiese utilizar su viejo caserón.

Kesey había conectado con un grupo de *rock and roll*, The Grateful Dead, liderado por Jerry García, el chico barriobajero que había vivido en el Chateau de Palo Alto con Page Browning y otros marginados y *bimipenbeatniks*..., gente de la que en un tiempo había que deshacerse cuando se presentaba en Perry Lane y trataba de arruinar las fiestas. García recordaba... cómo solían ir y cómo eran expulsados por «Kesey y los bebedores de vino». *Los bebedores de vino*..., la bohemia de

clase media de Perry Lane. Desde entonces ambos, Kesey y García, habían ido enrollándose, metiéndose «en la onda», cada uno por su lado, desde diferentes direcciones, y ahora García era una..., sí, una maravillosa persona, apacible, enrollada, amén de un gran guitarrista. Al principio Garcia había llamado a su grupo The Warlocks, es decir, los brujos o hechiceros, y habían «ido tirando» tocando para bebedores de cerveza en bares de *jazz* y locales por el estilo en Palo Alto. Para los Warlocks, esta música para bebedores de cerveza, aun cuando se tratara de *jazz*, no era sino música para *hips* convencionales. Habían llegado también

a hacer esta distinción. Pero, para Kesey, podían simplemente *tocar*, hacer su *cosa*. El teclista de los Grateful Dead —a quien llamaban Pig Pen tenía un órgano eléctrico Hammond, que llevaron a la vieja casa de Big Nig junto con las guitarras y bajos eléctricos del grupo y las guitarras y bajos eléctricos y flautas e instrumentos de viento y juegos de luces y proyectores de cine y magnetófonos y micrófonos y equipos de alta fidelidad de los Bromistas, todo ello en disparatados ovillos de cables y fulgores de acero inoxidable y parpadeantes diales de amplificadores... desplegados ante los atónitos e incrédulos ojos de Big Nig.

Su casa es vieja y dispone de una instalación eléctrica que apenas podría dar servicio a una humilde tostadora. Los Bromistas se han vestido con todas sus galas. Paul Foster lleva puesto su Ropaje de Importancia, y ahora luce una enorme cabeza llena de rizos, un gran bigote rizado que se bifurca hacia ambos lados hasta enlazar con unas grandes y ensortijadas patillas. Page Browning es el rey de los maquilladores. Se transforma en un auténtico diablo, con la cara toda pintada de anaranjado brillante y los ojos convertidos en centros de dos grandes estrellas plateadas pintadas sobre el naranja y el pelo rociado con polvo de plata y los

labios pintados con pintalabios plateado. Los Bromistas están sentados con barritas de cera al pastel y plumas de colores, y se ponen a elaborar a toda prisa octavillas con la leyenda «¿Puedes pasar la prueba del ácido?», y la dirección de Big Nig. Cuando las masas empiezan a salir del Civic Auditorium, del concierto de los Rolling Stones, con la cabeza pasada, hecha gelatina, los Bromistas se infiltran entre ellas. Un demonio anaranjado y plata, un tipo delirante con ropaje abotonado... ¡Bromistas, Bromistas!... que entregan las octavillas con el desafío de la prueba del ácido, una pandilla de demonios, de auténticos hechiceros que

vienen a canalizar las salvajes energías sin objeto que se han ido generando en el concierto.

Van llegando a casa de Big Nig, y en un abrir y cerrar de ojos el ácido y la locura universal se adueñan del lugar: el órgano eléctrico vibra en cada boca del estómago, los jovencitos danzan, pero no *rock*, ni *elfrug* ni el... ¿cómo?... el *swim*, tío, sino en *éxtasis*..., brincan como derviches, alzan las manos por encima de la cabeza como arrebatados acólitos del mismísimo Papi Grace^[44], y las luces de Roy Seburn barren las cabezas y Cassady parlotea sin tregua y Paul Foster ofrece a todo el mundo pequeñas y extrañas cosas que va

sacando de su Bolsa Excéntrica, viejos silbatos, grillos de hojalata, llaves quemadas, espectrales mangos de plástico... Los ojos de la gente se encienden como bombillas, los fusibles saltan, se hace la oscuridad..., ¡uauuuuuuu...!, las cosas se agitan y vibran y enloquecen en la oscuridad..., y de pronto alguien pone unos fusibles nuevos y el viejo armazón de la casa de Big Nig se estremece de nuevo, los cables se retuercen y fragmentan como serpientes en muda, los órganos vuelven a administrar vibromasajes de vientre, los plomos se funden, las mentes gritan, las cabezas explotan, los vecinos llaman a la policía, doscientas, trescientas,

cuatrocientas personas ajenas a los Bromistas entran en La Película, saben *de qué va* la cosa, al menos..., una masa más cohesionada y más *alta* que cualquier otra en la historia —parece que no hay duda—, y Kesey hace pequeños ajustes, un interruptor, por ejemplo, lubricado con vaselina n.º 634-3 diluida con tetracloruro de carbono, etc., y se *encrespan*, comandante, se *encrespan*, pero con sentido, cuatrocientos individuos «sintonizados» rumbo a «la experiencia», la primera experiencia de ácido en masa, la eclosión de lo Psicodélico, la Generación de las Flores y todo lo demás, y Big Nig quiere el

alquiler.

—¿Cómo lo vais a hacer?

¿Cómo lo vais a hacer...?

—O sea, bueno, ya sabes... —le dice Big Nig a Jerry Garcia—.

No le cobro nada a Kesey por usar la casa, se la dejo *gratis*, ¿sabes? Y lo que cada uno tiene que hacer ahora es *contribuir* un poco, tío, ayudar con el alquiler...

Con el alquiler...

—Sí, bueno, me refiero... —dice Big Nig. Mira a Garcia fijamente, con la más profunda de las miradas de autoridad negro *hip-soul* que uno pueda imaginar, amable y un tanto entrometido...

Sí, bueno, me refiero...

Pero Garcia, por su parte, no sabe qué es lo que estalla antes, la música o la carcajada anaranjada. Mira por el rabillo del ojo hacia ambos lados y ve cómo su propio pelo negro le orla la cara: un pelo largo, hasta los hombros, en punta como el de un soldado sudanés..., y entonces la grande y franca cara negra del gran Big Nig aparece frente a él gesticulando y fundiéndose cómicamente en el reluciente y jubiloso-de-ácido mar rojo de caras, más allá de ellos dos, en los galácticos lagos rojos de las paredes...

—Sí, bueno, me refiero..., para el *alquiler*, tío —dice Big Nig—. Ya

habéis *fundido* seis fusibles...

¡Fundido! ¡Seis fusibles! Garcia hunde la mano en su guitarra eléctrica y las notas brotan como una enorme carcajada anaranjada, y las chispas eléctricas de los fusibles fundidos brincan llenas de color sobre el rutilante mar de caras. Las risotadas son antológicas. Está naciendo una nueva estrella, como una bombilla en un seno materno, y Big Nig quiere su alquiler..., una nueva estrella está naciendo, un nuevo planeta se está formando, Ahura Mazda fulgura en el útero del mundo, aquí mismo, frente a nuestros propios ojos, y Big Nig, el pobre y patético negro, quiere su alquiler...

Curioso pensamiento. Un gran negro *funky* con ese aire patético y «carca»... Nunca, en los veinte años de la historia *hip*, hubo negros con aspecto «carca». Los negros fueron siempre el arquetipo del espíritu *soul*. Pero ¿qué significa *soul*, o *funky*, o *cool*, o *baby*... en el nuevo mundo del éxtasis, del Todo-Uno ..., del *kairós*...?

Si al menos existiera el lugar perfecto, un lugar lo bastante grande para albergar multitudes y lo bastante aislado para esquivar a los polis, con sus toques de queda y sus eternos hostigamientos... Poco tiempo después

dieron con el lugar perfecto. Fue por az...

¿Por azar, Mahavira?

La tercera Prueba del Ácido iba a tener lugar en Stinson Beach, a unos veinticinco kilómetros al norte de San Francisco. Stinson Beach era ya un lugar de reunión de los drogatas locales. En los pequeños bungalows de la playa se podía vivir todo el invierno por casi nada. En la playa había también un centro re creativo, un agradable y sólido edificio de ladrillo... Todo muy halagüeño, sí..., pero en el último minuto el trato se vino abajo y finalmente se decidieron por Muir Beach, a unos kilómetros al sur. Los

impresos que anunciaban Stinson Beach se habían ya distribuido por todos los círculos drogadictos de San Francisco (¿PUEDES PASAR LA PRUEBA DEL ÁCIDO?), y en ellos se anunciaba el Vodevil de Cassady & Ann Murphy y una lista de celebridades que *acaso* se presentarían por allí y que incluía a quienquiera que estuviera en la ciudad (o se le ocurriera aparecer por ella), desde los Fugs hasta Ginsberg y Roland Kirk. En la retórica publicitaria de los Bromistas siempre había algún bonito y sutil potencial o subjuntivo, pero ¿quién podía negar la posibilidad de que tal o cual personaje «entrara» de verdad en la Película...?

Sea como fuere, en el último momento hubo cambio de planes y se decidieron por Muir Beach. El hecho de que alguna gente no supiera nada de tal cambio y apareciera en Stinson Beach y se quedara petrificada en la oscuridad y jamás encontrara el lugar correcto... no parecía angustiar en absoluto a los Bromistas. Formaba parte de algún extraño orden analógico del universo. Norman Hartweg se tragó su LSD —que aquella noche venía en cápsulas de «gas de ácido»— y pensó en Gurdjieff. Gurdjieff jamás anunciaba sus reuniones hasta el último minuto. Nos reunimos esta noche, y punto. Quienes llegaran, llegarían; y, ya sólo en tal detalle, se

encerraba un mensaje cuya formulación, en este caso, era —no faltaba más— la siguiente: *o estás en el autobús o estás fuera del autobús.*

Quienes estaban *en* el autobús, incluso los que no pertenecían al grupo de los Bromistas —como Marshall Efron, el orondo Mercurio de la California *hip*, o los Ángeles del Infierno...—, encontraron el lugar. La policía, sin embargo, no logró dar con él. A los polis, al parecer, les despistaron los impresos de Stinson Beach.

Muir Beach disponía de una gran construcción tipo cabaña de troncos — para bailes, banquetes, celebraciones...

— que se alzaba sobre pilotes en medio de un terreno baldío de glaciales yerbas de las marismas. Muir Beach, en invierno, era una vasta y nocturna playa vacía. Había varias pequeñas cabañas turísticas con puertas azules a ambos lados, todas vacías. La construcción principal, compuesta de tres grandes salas, medía unos treinta metros, y era todo troncos y vigas y maderos vistos, un gran navío de madera oscura y aire rústico. Los Grateful Dead se instalaron en ella con su equipo y los Bromistas con el suyo, que ahora incluía un órgano eléctrico Hammond para Gretchen la Bella y un gran estroboscopio.

¡Luces estroboscópicas! El

estroboscopio fue originalmente un instrumento destinado a estudiar el movimiento, el modo, por ejemplo, en que las piernas de una persona se mueven cuando corre. En una cámara oscura se dirige una luz brillante, que se enciende y se apaga, hacia las piernas de una persona que está corriendo. La luz parpadea con rapidez, tal vez con una rapidez triple a la de los latidos del corazón. Cada vez que la luz está encendida, vemos una nueva fase en el movimiento de las piernas de quien corre. Las imágenes sucesivas tienden a congelarse en la mente, porque la luz se apaga antes de que el normal desdibujamiento óptico del movimiento

pueda retenerse en la retina. El estroboscopio posee ciertas propiedades mágicas en el mundo de los adictos al ácido. A determinadas velocidades, las luces estroboscópicas se hallan tan sincronizadas con el patrón de las ondas cerebrales que pueden provocar ataques epilépticos en quienes padecen este tipo de dolencia. Los adictos al ácido descubrieron que el estroboscopio podía suscitar en ellos muchas de las sensaciones de la experiencia del LSD sin necesidad de tomarlo. *¡El estroboscopio!*

A ojos de la gente situada bajo el potente estroboscopio todo parecía fragmentarse. Bailarines en éxtasis...,

las manos alzaban el vuelo emancipándose de los brazos, se congelaban en el aire..., las brillantes caras se desmembraban: una rutilante elipse de dientes, un par de matizados y descollantes pómulos..., todo fluctuaba y se fragmentaba en imágenes, como en las viejas películas parpadeantes... — ¡una persona dividida en trozos!—, todo un mundo «clavado» como sobre el tablero de un coleccionista de mariposas; se trataba, cómo no, de la *experiencia*. El estroboscopio, los proyectores, los micrófonos, los magnetófonos, los amplificadores, el Ampex de intervalo variable..., todo se hallaba colocado en un brillante ovillo

en el edificio de troncos, un amasijo comunal, y Babbs trabajaba en los diales, y hablaba por los micrófonos para probarlos. Comenzaban a llegar los drogotas de todo tipo. Marshall Efron y Norman (Norman ya bastante colgado).

... y entonces, por la puerta principal, entró Kesey...

Todo el mundo lo mira. Su expresión es estática; tiene la cabeza ligeramente alzada. Va a *hacer* algo; todo el mundo está expectante, porque lo que va a hacer parece enormemente importante. Todo el mundo se siente «succionado» por la carismática «aspiradora». Kesey se dirige al centro de control, sin dirigir la palabra a nadie, y se sumerge en una

galaxia de diales, y hace un... único y minucioso ajuste..., ¡sí!, un interruptor, de doble polaridad, de una sola operación, de doble corte..., en una alegoría de Control...

Babbs está allí, pasado, pero poniendo en orden los intrincados y brillantes ovillos de cintas y proyectores y demás elementos del equipo. Cada uno de los Bromistas —también pasado— tiene entre manos una tarea apremiante. Norman mira fija mente los diales, pero está tan colgado que ni siquiera ve los números; los números se retuercen y se escabullen como enormes y luminosos parásitos bajo la lente de un microscopio... Pero... *todos funcionan*

en ácido... Babbs dice: «Una de las razones por las que hacemos esto es para aprender a funcionar “en ácido”.» ¡Por supuesto! Preparémonos para el Día..., cuando haya multitudes, millones de seres, civilizaciones enteras «en ácido», buscando el satori, el Día se estará aproximando, la ola se estará expandiendo...

Los asistentes, unos trescientos, están sentados en el suelo. ¡Y caen todos en el remolino! Sí. La noche en casa de Big Nig, en San José, gran parte de los jovencitos que los Bromistas habían acorralado a la salida del concierto de los Rolling Stones no habían tomado LSD, aunque los drogotas presentes,

colgados con diversas drogas, bastaron sobradamente para crear esa vibración por contagio conocida como «colocón de contacto». Pero esto es diferente. Prácticamente todo el mundo que ha encontrado el lugar, después del cambio de Stinson Beach, está lo suficientemente enrollado como para saber el papel que juega el ácido en la Prueba del Ácido. Un gran porcentaje de los presentes ha tomado LSD unas cuatro horas antes, ha superado el turbión de los primeros estadios y está preparado para... disfrutar... Los dos proyectores pasan La Película. El autobús y los Bromistas empiezan a desfilan por las paredes de la sala,

Babbs y Kesey comentan las imágenes, el autobús avanza pesadamente, gigantesco, y brinca y vibra en medio de grandes oleadas de cabezas y colores... Norman, absolutamente colgado, sentado en el suelo, está medio asustado, medio en éxtasis, aunque algo en alguna parte de su mente identifica lo que experimenta como su patrón vivencial en la Prueba del Ácido, que consiste en permanecer sentado y observar, aguantando el turbión primero de la droga, hasta las tres o las cuatro de la madrugada, las horas mágicas, en que podrá ponerse a bailar..., ¡pero el turbión es esta vez tan fuerte...! La Película y la máquina de luces de Roy

Seburn lanzan rojos e intergalácticos mares de ciencia ficción hacia todos los rincones del recinto, y los coloridos del aceite y del agua y de la comida se aplastan entre hojas de cristal y se proyectan a un tamaño enorme de forma que el propio cieno de la Creación celular parece «ectoplasmarse» en el éter, y entonces aparecen los Grateful Dead con su inmenso *vibrato* submarino emitiendo vibraciones, trémolos, desde los escollos aleutianos hasta los acantilados mitológicos del Golfo de California. ¡El insólito sonido de los Grateful Dead! ¡Agonía en éxtasis! Un sonido... submarino, la mitad de las veces turbio, tremendamente fuerte pero

como generado bajo una catarata, y al mismo tiempo lleno de una especie de espectral sonido *vibrato*, como si cada cuerda de sus guitarras eléctricas midiese treinta metros y todas ellas vibrasen en una sala llena de gas natural, amén del gran órgano eléctrico Hammond, que suena como un Wurlitzer de cinematógrafo, un artilugio diatérmico, un aparato de radioaficionado, un camión de la basura con trituradora a las cuatro de la madrugada, todo en la misma frecuencia... Y entonces, de pronto, otra película:

EL HOMBRE RANA

Babbs y Gretchen y Hagen la habían

puesto en escena en Santa Cruz; era la historia de Babbs el Hombre Rana, que emergía de las aguas del Pacífico con su traje negro de neopreno, sus aletas y sus gafas redondas de ojos de insecto, el monstruo bromista y travieso que se enamora de la Princesa, Gretchen, en medio de oleadas de otros fotogramas —¿de la Película del Autobús?— que se fragmentan estroboscópicamente, y el Hombre Rana la corteja y la seduce y la pierde en proyección submarina en las profundidades del Pacífico.

¡BABBS! ¡GRETCHEN!

Norman nunca ha visto antes una película en ácido, y la película se hace cada vez más honda, más honda, más

honda en perspectiva..., es la película más tridimensional que haya existido nunca, hasta que los ve allí mismo, ante sus ojos, con sus colas de duende de neopreno, y el Pacífico está tan lejos y es tan negro allende las marismas que rodean el edificio de troncos de Muir Beach, y de pronto Babbs y Gretch están en carne y hueso en la sala, y en dos puntos diferentes...: ante mí en la playa y aquí mismo, en esta sala del edificio de troncos de la playa, y Babbs ante el micrófono y Gretch a poca distancia, ante el órgano Hammond..., ¡qué *sincronización*...!, que puedan ponerse a narrar y orquestar su propia vida de este modo, en intervalo variable, estrato

sobre estrato de intervalos variables

ELLLLLLLLLL

en el remolino... aparece nada menos que el mismísimo Owsley. Owsley, de tiros largos, con su atuendo de drogota de 600 dólares, ha emergido de su subterráneo de espionaje y paranoia para presenciar con sus propios ojos el experimento de los Bromistas, y en medio del vertiginoso contagio... toma LSD. Nadie le había visto hacerlo antes. Toma LSD y

BRRRRRRRRR

el remolino lo envuelve y lo sumerge en el abismo panópticoestroboscópico-estereoscópico-Bromista, en intervalo variable pleno...

CRIATURAS TALES

como los Ángeles del Infierno entran en tromba en escena, todo pintarrajeados chillonamente de Day-Glo, y se amontonan en el suelo, bajo la luz negra, y empiezan a pasarse entre ellos, cual mansos y beatíficos budas, varios elementos de la parafernalia esotérica de los Ángeles del Infierno: cadenas, Cruces de Hierro, cuchillos, insignias, monedas, llaves, llaves inglesas, bujías, y se embelesan en la contemplación de tales arcanos que parpadean en medio del Day-Glo. El diablo de Naranja-Plata se desliza entre los danzarines y exhibe sus muecas de fanático ante cuantas caras ve en torno, y Kesey está en

cuclillas en me dio de los relucientes
ovillos de cables y bobinas, ante los

CONTROLES

Kesey contempla el remolino
estroboscópico..., ¡los danzarines!,
¡lanzándose y siendo lanzados!, *¡en
éxtasis!*, ¡girando!, ¡levitando!,
¡personas fragmentadas, en trozos!,
¡como pelotas de pingpong!, en su
desnuda esencia cremosa, y lo que
contempla alcanza una

SINCRONIZACIÓN

que jamás ha visto antes. Adictos al
ácido de todas partes abismándose todos
juntos en el rollo... Ahora, dejemos que
compruebe lo que es el

CONTROL

Kesey maneja el estroboscopio y acciona el interruptor de mercurio

HACIA ARRIBA y todo el mundo se acelera, y

LUEGO

el torbellino entero, hasta tal punto están todos sumidos en el todo... Danzan más y más deprisa; las manos parecen desgajárseles de los brazos y saltar al aire como confeti en el fulgor estroboscópico; las caras, beatíficas, se fragmentan y se funden unas con otras, pues yo soy tú y tú eres yo en la brujería tasmana de Cosmo. Se acciona el interruptor hacia

ABAJO

y todos se desaceleran..., o Nosotros

nos desaceleramos... *Ello* —Cosmo— se desacelera, aún en perfecta sincronía..., un cerebro, una energía, un solo flujo de intersubjetividad. Es *posible*, esta alquimia tan soñada por todos los adictos al ácido... Está teniendo lugar ante sus ojos.

CONTROL

En la Prueba del Ácido, curiosamente, después del turbión de la primera fase, se daban largos intervalos del más exquisito aburrimiento. Exquisito, por inesperado tras el frenesí general del comienzo. No iba a suceder nada, al menos nada de lo que solía

sucedier en estos casos. Quienes no estaban... *en* el autobús... se darían cuenta muy pronto de que no había nada programado. Los Grateful Dead no tocaban por *tandas* de temas; no tocaban ocho canciones y luego hacían una pausa de veinticinco minutos y luego volvían a tocar..., hasta completar cuatro o cinco *tandas* antes de retirarse. Podían interpretar un tema durante cinco minutos o durante media hora. ¿Quién llevaba cuenta del tiempo? ¿Quién podía medir el tiempo en un universo fragmentado en trozos? Los Grateful Dead eran capaces de colocarse tanto como el que más. Los que no estaban... «en sintonía» miraban en torno y veían

todo tipo de drogotas, incluidos los que dirigían el espectáculo, los Bromistas, salpicados contra las paredes como trozos de gelatina. Esperando; sin que entre ellos hubiera nadie con aspecto de volver a poner en marcha todo aquello. Los que, colgados o no, no querían esperar iban quedándose medio adormilados, mientras la Prueba seguía para los que estaban en el ajo. La banda de los Bromistas empezó a interpretar la extraña cacofonía china de cosecha propia, con Gretch ante el nuevo órgano eléctrico. Norman creyó llegado el momento y se levantó y se puso a bailar. Incluso jugueteó un poco con los proyectores y compuso algunos efectos

luminosos, aunque no quedó muy satisfecho, pero las horas mágicas se acercaban ya como terciopelo eléctrico. Kesey habló suavemente por el micrófono. Estaban en la bonanza que sigue al huracán, al meollo del rollo.

Al amanecer hay una luz condenadamente fría en la playa y en las hierbas de la marisma. Y una sombra purpúrea sobre el océano, como una inmensa y gélida magulladura. De pronto se abre la puerta principal y aparece Owsley.

Owsley se tambalea y anda a tientas y grita:

—¡Supervivencia!

Parece un silbido de vapor que brotara forzosamente de un pequeño orificio.

—¡Supervivencia!

Owsley, el Rey del Ácido, con su atuendo de *drogota* de 600 dólares, vacila en el alba azul-magulladura, con los ojos como cráteres del desastre, y emite como un silbido:

—¡Supervivencia!

Pero al ver a Kesey parece como alcanzado por una oleada de adrenalina, porque recupera la voz y se dirige a él:

—¡Kesey!

El caso es que Kesey no puede volver a hacerlo. Es el final. Las

Pruebas del Ácido han terminado. Kesey es un maníaco y las Pruebas del Ácido son demenciales y todo se está yendo al traste. Tomar LSD en un grupo tan enorme desencadena demasiadas fuerzas, demasiada energía vandálica, y hace que sobrevengan cosas muy destructivas y extrañas... El ácido es suyo —de Owsley—, y él dice que es el final. Nadie entiende lo que está diciendo. Sólo entienden que está pirado y que todo es obra de Kesey.

Poco a poco, las piezas van encajando. Owsley ha vivido un gran viaje de su propio ácido. Al parecer ha tomado LSD, una buena dosis, y la luz estroboscópica y los increíbles estratos

de intervalos variables empezaron a mecerlo y a envolverlo en ondas y acabaron arrojándolo a una torsión del tiempo, o a una dimensión temporal paralela. Los adictos al ácido siempre estaban hablando de estas cosas. Podían citar a sesudos pensadores al respecto, e incluso a científicos, como C. D. Broad y su teoría de una *segunda dimensión temporal*: «acontecimientos separados por un lapso temporal en una dimensión pueden hallarse aunados sin lapso alguno en la otra, del mismo modo que dos puntos de la superficie terrestre que difieren en longitud pueden ser idénticos en latitud»; o J. W. Dunne y su teoría del serialismo, o del infinito retroceso; o

Maurice Maeterlinck... Los adictos al ácido siempre estaban hablando de estas cosas, y a Owsley le había tocado experimentarlo en carne propia. Había tomado ácido. Había sido atrapado en el torbellino, había girado con él y había acabado totalmente colgado por los efectos especiales de los artilugios de intervalo variable de los Bromistas..., y la leyenda del viaje de Owsley acabó contándose como sigue:

Retrocedió hasta el siglo XVIII..., ¡el conde Cagliostro! No ya el llano Giuseppe Balsamo de Palermo, la Oakland del Mediterráneo, sino el buen conde, el alquimista, el vidente, el mago, el maestro de la precognición, el

pronosticador de loterías, el creador alquímico que desde los elementos básicos de..., *este diamante*, el mayor y más deslumbrante de la historia..., *aquí*, cardenal Louis de Rohan..., *¡santo cielo!*..., perseguido por taumaturgo, arrojado a esta negra y vertiginosa mazmorra, la Bastilla, rezumante de agua repulsiva y de musgo carbonatado y de retorcidas y desmembradas ratas, diseccionadas a la centelleante luz del diamante, algo increíble, una pata de rata aquí, un hueso metacarpiano de rata allá, dientes de rata, ojos de rata, rabos de rata que brincan y quedan en suspenso en el aire como luces urbanas..., aquel ruido..., el populacho

en las calles..., bien la salvación... o..., la Bastilla empieza a desintegrarse en cubos de fieltro absorbente...

... y así sucesivamente. El mundo empezó a fragmentarse sobre él. Empezó a hacerse trizas, a desmembrarse en sus componentes, y él ni siquiera había vuelto aún al siglo XX, se hallaba atrapado..., ¿dónde?, ¿en el París de 1786? El mundo entero se venía abajo hecho pedazos, ahora molécula a molécula, y nadaba como burbujas de grasa en una taza de café, y desaparecía como un hervidero de anguilas en el cieno intergaláctico, en los gases envolventes... Incluido su propio cuerpo. Perdía la piel, el esqueleto...,

sus venas pulmonares serpeaban y penetraban en el cieno como anguilas, destilando fósforo, y sus ganglios nerviosos... se desenredaban como gusanos calientes y caían sinuosamente en los sumideros galácticos, mientras su sustancia toda iba disolviéndose en una nada gaseosa hasta finalmente verse convertido en una sola célula. *Una célula humana*: la suya. Eso era todo lo que quedaba del mundo conocido, y si perdía el control de esa única célula ya no quedaría nada. El mundo se habría — por así decir *terminado*. Tenía que reconstruir el mundo a partir de aquella única célula, mediante un titánico acto de voluntad... Demasiado abrumador.

¿Por dónde empezaría? ¿Por la carretera 1 de California, para poder largarse de allí en el coche?... ¿o iba a tener que contentarse con la sucia Rué Ventrú, con el populacho de la Bastilla esperándole? ¿O empezaría por el coche? ¿Por el diferencial? ¿Cómo harán los malditos coches? ¿O por la playa? ¿Por todos esos condenados granos de arena? ¿Por las hierbas de las marismas? ¿Por las cabañas de los turistas? ¿Tendría que reponer todas aquellas puertas azules? ¿O por el océano? ¿O lo dejaría seco, y así no tendría que crear todos esos sucios y oscuros animales ciegos de las profundidades abisales? ¿O por el cielo? ¿Hasta dónde llegaba el cielo?

¿Hasta la Osa Mayor? ¿Hasta la Osa Menor? ¿Hasta la constelación del Delfín? ¿Y si el cielo fuera realmente una infinita serie de esferas concéntricas de cristal que emitiera una infinita serie de gelatinosas vibraciones submarinas? ¿Por los Grateful Dead? ¿Por los Bromistas? ¿Por Kesey? Kesey quedaba excluido definitivamente; Kesey y las bestias ciegas de las profundidades abisales... Hace un esfuerzo heroico y comienza. Pero cuando se ha recreado a sí mismo..., es un trabajo excesivo. Es algo abrumador. Crea su coche. Crea el aparcamiento y el comienzo de la carretera por la que saldrá. Irá rehaciendo el resto a medida que vaya

avanzando con el coche. *¡Al diablo!*
¡Lárgate! Deja que el resto del mundo conocido se las arregle como pueda, déjalo ahí en medio de los gases. Se monta en el coche y sale a toda velocidad; y se estrella contra un árbol. Un árbol que ni siquiera había recreado aún. Pero el choque, de algún modo, hace que todo se reconstruya y que el mundo vuelva a existir. Ahí está: renacido del gran cieno burbujeante. El coche se ha estrellado, pero él ha sobrevivido. ¡Sobrevivido!

¡SUPERVIVENCIA!

... y Owsley entra en el edificio de troncos en busca del loco de Kesey. El muy hijo de perra también ha recuperado

la existencia.

XIX. EL FESTIVAL DE LOS VIAJES

¡El mal viaje de Owsley! Una experiencia que llegó a obsesionar al propio Owsley. Siempre que se hablaba del LSD —lo cual sucedía casi siempre en el entorno de Owsley—, Owsley volvía a contar su experiencia en Muir

Beach. Parecía horrorizarle e intrigarle al mismo tiempo... Aquellos morbosos —aunque maravillosos— detalles... Todo el mundo escuchaba atentamente. ¿Podían darse tales cosas? En cualquier caso, daba la impresión de que Owsley consideraba a Kesey un demonio y que pensaba cortarle el suministro de LSD.

Richard Alpert tampoco estaba muy contento con las Pruebas del Ácido. Alpert, como Timothy Leary, había sacrificado su carrera académica como psicólogo por el movimiento psicodélico. Ya era bastante difícil conseguir que las gentes convencionales no pusieran el grito en el cielo en el tema del LSD en circunstancias

normales, e incluso en las mejores circunstancias, conque para qué hablar si el alucinógeno en cuestión se utilizaba en orgías escandalosas y dementes en lugares públicos. A los adictos al ácido partidarios de las posturas de Leary y Alpert les resultaba difícil creer que los Bromistas estuvieran montando una «broma» semejante. Temían que en cualquier momento las cosas pudieran llegar a una especie de debacle, a una suerte de cuelgue de masas que la prensa pudiera aprovechar para acabar para siempre con el movimiento psicodélico. La policía los vigilaba estrechamente, pero podía hacer muy poco al respecto, salvo alguna detención ocasional por

posesión de marihuana, ya que a la sazón no existía ley alguna que prohibiera el LSD. Los Bromistas siguieron organizando Pruebas del Ácido en Palo Alto, Portland, Oregón, dos en San Francisco, cuatro en Los Ángeles y sus alrededores..., y tres en México, y no ha habido ninguna transgresión de la ley, teniendo... *sólo todas las leyes divinas y humanas...* Un maldito escándalo, en suma, y nosotros *impotentes...*

Las Pruebas del Ácido eran de esa clase de provocaciones, de ese tipo de *escándalos* que crean un nuevo estilo o una nueva visión del mundo. Todos parlotean, bufan, hacen rechinar los

dientes ante el mal gusto, la inmoralidad, la insolencia, la vulgaridad, la puerilidad, la locura, la crueldad, la irresponsabilidad, el fraude..., y el caso es que acaban en un estado tal de excitación, en tal epítasis, en tal servidumbre, que no pueden dejar de pensar en ello. Se convierte en una absoluta obsesión. Y ahora os van a mostrar cómo se debería haber hecho.

Las Pruebas del Ácido supusieron todo un *hito* en el estilo psicodélico. Y en prácticamente todo lo asociado a él. No me refiero simplemente a que los Bromistas fueran pioneros en la organización de estos eventos, sino a que todo partió de las Pruebas del

Ácido y todo desembocó luego en el Festival de los Viajes de enero de 1966. El Festival lo sacaría todo a la luz pública. Los espectáculos que integraban «técnicas diversas» provenían directamente de la combinación de luz y proyecciones cinematográficas y estroboscopios y cintas magnetofónicas y *rock and roll* y luz negra... de las Pruebas del Ácido. El «rock del ácido» —la música del álbum *Sergeant Pepper* de los Beatles y la música electrónica de alto *vibrato* de Jefferson Airplane, The Mothers of Invention y numerosos grupos más...— fue creado por los Grateful Dead en las Pruebas del Ácido. Los Grateful Dead

eran la contrapartida *audio* de las proyecciones luminosas de Roy Seburn. Aunque indirectamente, y sólo en parte, Owsley también era responsable. Owsley había vuelto de su mal viaje y había empezado a invertir dinero en los Grateful Dead y, por ende, en las Pruebas del Ácido. Quizá imaginó que —hubiera él tenido o no un mal viaje las Pruebas eran la moda del futuro. Quizá pensó que el «rock del ácido» era el sonido del futuro, y que él podía convertirse en una especie de Brian Epstein de los Grateful Dead. No sé. En cualquier caso, empezó a comprarles un equipo jamás soñado por grupo de *rock and roll* alguno, incluidos los Beatles:

todo tipo de sintonizadores, amplificadores, receptores, altavoces, micrófonos, bobinas, cintas, cuernos de teatro, luces, grúas, plataformas giratorias, instrumentos musicales, mezcladores, sordinas, mesocrómicos auxiliares..., todo lo existente en el mercado. El sonido atravesaba tantos micrófonos y era procesado por tantos mezcladores y aparatos de intervalo variable y amplificadores y salía por tantos altavoces y realimentaba tantos micrófonos que finalmente brotaba como de una refinería química. Había algo totalmente nuevo y delirantemente extraño en el sonido de los Grateful Dead, y prácticamente todo lo nuevo en

rock and roll— «rock jazz», he oído que lo han llamado —viene de ese sonido de los Dead.

Incluso el arte de los carteles psicodélicos, los remolinos cuasi *art nouveau* de letras y diseño y vibrantes colores, el espectral y electropastel Day-Glo... venían sin duda de las Pruebas del Ácido. Más tarde otros empresarios e intérpretes recrearían los estilos de los Bromistas con una sofisticación que éstos jamás hubieran osado imaginar. *El arte no es eterno, amigos*. Los carteles se convirtieron en obras de arte, de un arte integrado en las pautas culturales tradicionales. Surgieron otros grupos que tocaban el

«sonido» de los Dead con mayor éxito —más comercialmente que los propios Dead. Vinieron quienes repitieron y repitieron los espectáculos de «técnicas diversas» hasta convertirlos en puro «caramelo» ambrosíaco para el cerebro, con su correspondiente relleno cremoso... Kesey, ante todo ello, decía: «Saben *dónde* está, pero no saben *lo que* es.»

En realidad fue Stewart Brand quien concibió la idea del Festival de los Viajes de enero de 1966. Brand y un artista de San Francisco, Ramón Sender. Brand tenía veintisiete años y era un

exbiólogo que había conocido los cultos indios del peyote en Arizona y Nuevo México, y había creado una asociación llamada Norteamérica Necesita a los Indios. Un buen día, justo después del lanzamiento de un satélite Explorer que habría de fotografiar la tierra, tomó LSD, y mientras las viejas sinapsis empezaban a alborotarle en el cerebro a 5.000 pensamientos por segundo, le asaltó uno de esos interrogantes capaces de inflamar la mente humana: *¿Por qué no hemos visto todavía una fotografía de todo el planeta?*, y se puso a recorrer Norteamérica —desde Berkeley (California) a la calle Ciento dieciséis de Nueva York— vendiendo insignias

con esta leyenda a izquierdistas, derechistas, fundamentalistas, teósofos, descontentos, y a cualquiera con la salud o el atisbo de paranoia o la afectación en el alma...

Él y su amigo Sender concibieron la idea de aunar todas las nuevas formas de expresión que estaban en boga en el mundo *hip* en aquel momento y organizar, de modo abierto, una Súper Prueba del Ácido. Alquilar una sala y convocar a multitudes. Y encontraron un empresario dispuesto a ello: Bill Graham, un neoyorquino con mucho prestigio en los medios *hip* de San Francisco por ser miembro del San Francisco Mime Troup, grupo de mimo

que solía tener problemas por montar pantomimas políticas en el parque. El Festival de los Viajes fue programado para las noches del viernes, sábado y domingo del 21, 22 y 23 de enero, en el Longshoremen's Hall de San Francisco. Se anunciaba como una gran fiesta que simularía una experiencia en LSD, aunque sin LSD, mediante efectos de luces y música. La gran noche, la del sábado, iba a ser la de la «Prueba del Ácido», y las estrellas serían Ken Kesey y los Alegres Bromistas.

Kesey y los Bromistas estaban preparados para el Festival. Hasta Montañesa se hallaba dispuesta. Había pensado detenidamente las cosas y

estaba de vuelta en el autobús. Los Bromistas acababan de organizar una Prueba del Ácido en el Fillmore Auditorium, una gran sala de baile situada en medio del distrito Fillmore, uno de los grandes suburbios negros de San Francisco. Fue una noche delirante. Aparecieron, colgados hasta las cejas, centenares de adictos al ácido y vagabundos y bohemios de la zona de la Bahía. Paul Krassner había vuelto a la ciudad, y oyó el rumor que circulaba por... el Medio: todo el mundo «tomaría ácido» hacia las cinco o las seis de la tarde para prepararse para la Prueba del Ácido que empezaría a las nueve de la noche en el Fillmore Auditorium. Así

que Krassner llega y..., ¡mierda!, lo que ve es lo siguiente:

... una sala de baile surrealista que hierve con un par de miles de personas colgadas como simios, con disparatadas ropas y ofensivos maquillajes, con una estridente banda de rock and roll y luces estroboscópicas y una máquina de truenos y globos y serpentinas y equipos electrónicos..., y la espalda de la chaqueta de un tipo proclama: Por favor, no creas en la magia, y una chica baila —sus pestañas miden unos diez centímetros— y hasta los malditos guardas de Pinkerton están colgados por contacto...

Kesey le pide que coja el micrófono y comente sobre la marcha lo que está viendo. «Lo único que sé», declara en medio del estruendo de la sala, «es que si fuese un poli y entrase aquí en este momento, no sabría por dónde empezar.»

Bien, pues los polis entraron y no supieron por dónde empezar. A fin de hacer cumplir una ordenanza municipal, entraron a clausurar la Prueba del Ácido hacia las dos de la madrugada, cuando la cosa se hallaba en su apogeo más demencial. Montañesa había cogido un micrófono y gritaba consignas de ánimo a los bamboleantes bailarines. Babbs lanzaba haces de luz hacia unos drogotas

que vagaban en zigzag, absolutamente zumbados, y les dirigía preguntas fantasmales a través de otro micrófono... Eh, vosotros, ¿qué os pasa?, ¿es que *habéis p-e-r-d-i-d-o la c-a-b-ee-e-e-z-a*? Page Browning sonreía con su sonrisa de fanático. Los polis empezaron a gritarles que echaran el cierre a la fiesta, pero no lograban hacerse oír y se pusieron a desenchufar micrófonos, altavoces, estroboscopio, amplificadores..., aunque había tantos..., un auténtico amasijo de cables y enchufes..., y mientras ellos desenchufaban ocho, Montañesa volvía a enchufar diez, y al cabo Montañesa se subió al anfiteatro con un micrófono en

la mano y empezó a impartir instrucciones tanto a bailarines como a polis —*más alta esa música, más vino...*—, y los polis no lograban dar con ella. Finalmente ordenaron a los Bromistas que empezaran a desalojar la sala, y éstos obedecieron, salvo Babbs, que se sentó en una silla y se negó a moverse. Hemos dicho que te muevas, le dicen los policías.

—No tengo por qué hacerlo —dice Babbs—. Soy el jefe. *Ésos* trabajan para *mí*.

—¿Sí?

Uno de los policías agarra a Babbs por el chaleco fluorescente, y no consigue sino separar a éste de su

dueño. Babbs sonríe con expresión maníaca, pero de pronto adquiere una expresión seria y feroz.

—¡Está detenido!

—¿Por qué?

—Por resistirse.

—¿Resistirme a qué?

—¿Va a venir por las buenas o tendremos que llevarle?

—Como guste —dice Babbs, sonriendo con una expresión aterradora en el semblante, como si el siguiente paso fueran ocho golpes de karate a hígados y estómagos. Y de pronto se llega a una especie de punto muerto, de empate: ambos contendientes se miran ferozmente, pero ninguno lanza golpe

alguno. Se organiza un gran lío, por supuesto. En el último minuto aparecen en escena dos abogados de Kesey que calman los ánimos de los polis y de Babbs, y todo va apagándose en el valle como parte del *Welthassle*^[45].

Los abogados..., sí. El proceso de Kesey por posesión de marihuana, a raíz de la gran redada de La Honda, llevaba seis meses «rebotando» de una instancia a otra del sistema judicial del condado de San Mateo. Los abogados de Kesey estaban impugnando la orden que había dado luz verde para la redada a las diferentes policías. El caso había

empezado con una vista ante el Gran Jurado, diligencia que, como es lógico, es siempre secreta. La acusación del condado argumentaba que disponía de todo tipo de pruebas de que Kesey y los Bromistas habían suministrado droga a menores. Los abogados de Kesey trataban de invalidar todo el proceso alegando que el mandamiento judicial que autorizaba la redada había sido ilegal. La alegación no prosperó, y Kesey se hallaba ahora ante la disyuntiva de comparecer en juicio y afrontar el subsiguiente escándalo o eludir un juicio abierto y dejar que los jueces decidieran a partir de la transcripción de su comparecencia ante

el Gran Jurado. Se acordó finalmente que Kesey dejara decidir al juez. Lo más probable era que la sentencia fuera leve. Además, cabía —incluso después— la posibilidad de recurrir basándose en el hecho de que el mandamiento había sido amañado. Se trataba de una fórmula equivalente, aunque de un modo indirecto, a alegar *nolo contendere*^[46]. El 17 de enero de 1966, cuatro días antes del Festival de los Viajes, el juez declaró a Kesey culpable y lo condenó a seis meses de trabajo en una granja penitenciaria y a tres años de libertad condicional. Más o menos lo que esperaban sus abogados. No era una sentencia muy dura. Por ironías del

destino, la granja penitenciaria se hallaba muy cerca de La Honda, y el trabajo de los presos consistía esencialmente en el desbroce del terreno boscoso situado tras la casa de Kesey. Tenía verdadera gracia. Enramadas bañadas de luz para las multitudes convencionales. Más ironías: McMurphy, en *Alguien voló sobre el nido del cuco*, comenzó su azarosa andadura con una condena de seis meses en una granja penitenciaria. Kesey había sido un McMurphy externamente por espacio de cuatro años. Ahora, ciertamente, tal vez le sería dado ser un McMurphy internamente. Tal vez..., en fin, no iba a ser el maldito fin del

mundo. Y entonces sucedió algo inesperado y enojoso.

La noche del 19 de enero, dos noches antes del Festival de los Viajes, Kesey, Montañesa y unos cuantos Bromistas más fueron al apartamento de Stewart Brand en North Beach, San Francisco, para ultimar los planes del Festival. Poco después de medianoche, Kesey y Montañesa subieron a la azotea del edificio y tendieron sobre la grava una vieja colchoneta azul que alguien solía llevar en la trasera de su ranchera y se tumbaron en ella y se pusieron a contemplar la apacible ruina de North

Beach. Era un barrio recoleto, bohemio, singular. Un arrabal con vistas. Divisaban las luces de la bahía y de los barcos de pesca y de los garitos, y otras luces que trepaban por las colinas de San Francisco, y —más cercanos— los cuadriláteros de asfalto de las otras azoteas, los rectángulos y cuadrados y las diferentes alturas y las escaleras..., y contemplaban con deleite el diseño arquitectónico, agradable y apacible y un tanto pseudoartístico, pero así era North Beach... Montañesa, con su pelo castaño oscuro y sus grandes ojos castaños, que se muestran ariscos y traviosos..., y a Kesey se le ocurre que parecen *más bien los de un cachorro de*

setter irlandés a punto de pasar del torpe y despreocupado retozar a los deberes de la devoción.

Montañesa se entusiasma con el Festival de los Viajes.

—Con ese altavoz nuevo tan enorme —dice—, vamos a cablear todo el local tan increíblemente que se podrá oír ¡hasta el pedo de una pulga!

Del torpe y despreocupado retozar a los deberes de... Kesey se siente viejo. *Él, antaño un semental tan pletórico de tono muscular...*, siente su cara desencajada por la tensión, por... el eterno acoso, los abogados, las mentiras legalmente consentidas en unos y otros, el politiquero, la adulación, los

sermones, la vieja y escorada sonrisa diplomática...

—... ¡el pedo de una pulga!

—Todavía no está hecho —dice Kelsey.

—¿Con los días que nos quedan para prepararlo? Siempre íbamos al local la noche anterior y siempre lo teníamos preparado por la mañana...

Y etcétera, etcétera... Kelsey y Montañesa están echados boca abajo, con la barbilla apoyada en las manos, mirando desde la cuarta planta hacia el callejón de abajo, y de cuando en cuando, inadvertidamente, empujan la grava y ésta cae desde la azotea a la calle.

... sí...mmmmmmmm..., a la una y cincuenta y tres de la madrugada, la policía del distrito 19 recibe la llamada de una mujer del número 18 de Margrave Place diciendo que unos gamberros borrachos están tirando piedras contra su ventana. Poco después de las dos entra en el callejón un coche patrulla. A Kesity y Montañesa les divierte ver llegar a la policía. Mira, un coche de la poli ahí abajo, ahí mismo... A unos cincuenta metros, en la ladera de una colina, parpadea una luz roja. Parpadea una luz roja y un coche de la policía entra despacio en la calleja. Ah, la eterna *sincronización*, amigos míos... Los polis están entrando en el edificio.

Me pregunto a qué. ¿Saco alguna *conclusión* al respecto? ¿O me limito a *seguir echado, colgado e incrédulo, mientras dos polis suben los cinco pisos para llevarme a la trena...?* Oh, la lógica del disfrute y la sincronía. Kesity y Montañesa lo ven todo a un tiempo, ahora, tan claramente... Es tan increíblemente obvio que resulta fascinante. Lo ven todo, lo *entienden* todo perfectamente... *Lárgate, date el piro, corre, vuela, escóndete, esfúmate, desintégrate...* La alerta roja es tan clara..., parpadea y parpadea, rojo, oscuridad, rojo, oscuridad, rojo, oscuridad, rojo, oscuridad..., y, sin embargo, ¿voy a *irme?*, ¿a *perdérmelo*

todo?, ¿a volverme tan lento en la sincronía interferométrica? Es como aquella vez tan extraña en aquellas pruebas eliminatorias de lucha olímpica, en 1960, en el Olympic Club de San Francisco..., era el primer *round* contra un tipo enorme y fornido, y se tomó un par de cápsulas de vitaminas antes del combate, y se sintió estimulado, acelerado..., no dopado, oh, mamá-papá-hermanito-hermanita-seres queridos pero de mente estrecha..., todos los atletas olímpicos se dopan, son adictos a la fuerza a las pastillas, ved cómo los conducen, saturados de relucientes y nervudos músculos y con el pelo a cepillo, hasta la mesa del

gimnasio, donde al lado de cada plato hay una fila de pastillas, cual la obligada copa de vino en la mesa del gourmet: cápsulas de hierro, cápsulas de calcio, cápsulas para las contracciones del colon y para los músculos del corazón, cápsulas de vitamina B₁₂, fuerte como pura anfetamina, que hace que los vasos sanguíneos se vuelvan negras serpientes, cápsulas para una dentadura sana y feroz, para unos brazos de levantador de pesas, para un cuello de gorila, para afilar los colmillos e insuflar energía salvaje al plexo solar..., toda una hilera de jóvenes toros de pelo a cepillo creados a base de química, atiborrados a la fuerza día tras

día, plato tras plato..., acelerado y acelerado y acelerado a la espera de que el arbitro alzase la mano para dar comienzo al combate, ya..., y es tan fascinante..., es como un motor acelerado al máximo con el embrague en..., es algo que intriga, que no intimida, el modo en que el enorme tipo le coge por encima de la rodilla con su gigantesca mano y se pone a tirar hacia abajo... Kesey es dos personas, una «acelerada» allí encima, sobre la estera, y otra «acelerada» en el aire, en las alturas, como un cuerpo astral, observando..., ¡muy interesante!, nadie podría ser más fuerte que ese tipo que le derriba tirándole de la rodilla..., no hay

peligro, amigos, sólo fascinación..., y así el tipo gana un trofeo por el derribo más rápido del torneo..., mientras el motor sigue revolucionado y en *sincronía* con un mal viaje diferente...

... *¡fascinante!*

... por la desvencijada puerta de la azotea surgen dos policías, los agentes Fred Pardella y Thomas L. O'Donnell, del distrito 19...

Lo que sucedió después daría lugar —muchos huidizos meses después— a dos juicios en San Francisco que se saldarían ambos con desacuerdos del jurado, el segundo de ellos por once a uno contra Kesey. Según los agentes Pardella y O'Donnell, al llegar a la

azotea encontraron a los sospechosos — Kesey y la joven Adams— con una bolsa de plástico que contenía cierta cantidad de una sustancia vegetal de color pardusco. El agente O'Donnell procedió a requisar dicha bolsa en calidad de prueba, y Kesey forcejeó con él para impedirselo y logró lanzarla al rectángulo de la azotea contigua, y a punto estuvo de arrastrar con ella al agente Pardella, ante lo cual el agente O'Donnell sacó la pistola y detuvo a Kesey y a la chica. La bolsita de plástico requisada contenía 3,54 gramos de marihuana.

Mal asunto; y no había vuelta de hoja. Un segundo delito de posesión de marihuana suponía de forma automática una sentencia de cinco años de cárcel sin posibilidad de libertad condicional. En el mejor de los casos, corría el riesgo de que hicieran efectiva la sentencia de tres años que le había impuesto el juez del condado de San Mateo, pues una de las condiciones fijadas era que no siguiera frecuentando a los Bromistas. Montañesa quiso cargar con toda la culpa en tal sentido. «Estábamos despidiéndonos», explicó a la prensa. «Él no tenía que seguir

viéndose con una gente tan alocada y atolondrada como nosotros. Era la última vez que íbamos a vernos.» Bueno..., Montañesa lo intentó. El funcionario del condado de San Mateo encargado de la libertad condicional de Kesey le aconsejó que, por el amor de Dios, se mantuviera al margen del Festival de los Viajes, porque de lo contrario acabaría en la cárcel, pero Kesey —y con él todo el asunto— se hallaba ya muy lejos de ese tipo de «amenazas», rumbo a la vieja Ciudad Límite...

Kesey salió del juzgado municipal de San Francisco el 20 de enero en compañía de Montañesa y Stewart

Brand, y los tres montaron en el autobús de los Bromistas para recorrer todo San Francisco anunciando el Festival de los Viajes. Se bajaron todos en Union Square. Kesey llevaba unos vaqueros Levi's blancos con las leyendas CALIENTE en el fondillo izquierdo y FRÍO en el fondillo derecho y TIBET en el centro, y unas botas azul celeste. Los Bromistas pusieron en escena la Máquina del Trueno de Ron Boisie, y anegaron de vibraciones locas Union Square, en pleno trepidante corazón de San Francisco.

La segunda detención de Kesey sirvió al menos para dar una gran publicidad al Festival de los Viajes. La

noticia fue recogida por todos los periódicos de San Francisco. En los medios *hip*, intelectuales e incluso sociales de San Francisco, la nueva del Festival de los Viajes se extendía como la pólvora. *El temido LSD*. Los adictos al ácido. Una experiencia de LSD sin LSD, se anunciaba..., y la gente lo creía de verdad. Pero sobre todo era la idea de un nuevo estilo de vida la que se estaba abriendo paso. ¿No crees que se trata de la... *nueva ola*...?

Y cómprate la entrada, por el amor de Dios —idea absurda para Norman Hartweg—, *y tendremos un promotor...*, todo absurdo, pero llegaron a millares al Longshoremen's

Hall para el Festival de los Viajes, miles de personas incluso la primera noche, que fue en gran medida una noche india, una extraña celebración propuesta por la asociación de Brand «Norteamérica Necesita a los Indios», pero la afluencia masiva se produciría el sábado por la noche, la velada de la Prueba del Ácido. Norman está absolutamente colgado en LSD..., y muchos de los *freaks* que están entrando también están en ácido. «Una experiencia de LSD sin LSD», qué risa... De hecho los drogotas entran a oleadas, pasados hasta las cejas, millares de adictos al ácido saliendo a la luz pública por vez primera. Es como

cuando los Bromistas fueron al concierto de los Beatles luciendo sus mejores galas, con un aspecto tan estrafalario y tan absolutamente *colgados* que nadie daba crédito a lo que veía. No podían creer que alguien fuera capaz de *arriesgarse* tanto en público. Bien, los muchachos están teniendo una experiencia de LSD sin LSD, eso es todo, y eso es lo que parece. Un remolino delirante, gigantesco. Muy bien. Luces y películas barren el local; cinco proyectores de cine en marcha, y Dios sabe cuántos artilugios luminosos, interferométricos, y hay mares intergalácticos de ciencia ficción por todos los muros, y altavoces

que tachonan la sala por doquier como arañas llameantes, y estroboscopios que estallan en luz, y luces negras que bañan objetos pintados de Day-Glo, y pintura fluorescente para ser utilizada a discreción, y farolas en cada entrada que parpadean rojo-amarillo, y dos grupos musicales, los Grateful Dead y Big Brother and the Holding Company, y una cuadrilla de extrañas chicas en leotardos que saltan por los extremos y tocan silbatos para perros..., y los Bromistas. Paul Foster se ha enrollado cinta aislante negra alrededor de los zapatos y de los tobillos, y se ha vendado piernas y caderas y torso hasta la caja torácica, desde donde parte una camisa blanca y

luego una serie de vendas blancas que le cubren la cara y el cráneo y apenas le dejan libre una rendija para los ojos, sobre los que lleva unas gafas oscuras. Lleva también una muleta y un cartel que dice: «¡Perteneceís a la Generación Pepsi y yo soy un *freak* con espinillas!» ¡Rotor! Y hay drogotas por todas partes, con sarapes y sartas de mándalas y cintas de cabeza y abalorios indios —es el gran momento histórico para estas cosas— y uno de ellos lleva un jubón de piel con la leyenda «Aquí Abajo el Culo del Guerrero Indio Brujo Mojo» estampada en la espalda. ¡Mojo! Oh, los malditos estroboscopios haciendo que cada masa encefálica se vuelva una

coliflor de la que brotan corrugadas pelotas de *ping-pong*... —*no puedo soportarlo*—, y una chica se quita la blusa y se pone a bailar con los pechos desnudos: bajo las luces del estroboscopio, sus grandes tetas de leche y miel culminan en un múltiple haz de erectos pezones rojo rubí. Es un baile extático, un hermoso ondular de pechos sin sostén que brincan y de turgentes nalgas que serpean y de brazos múltiples que se retuercen y se agitan a un lado y a otro. Miles de serios intelectuales y de cultivados y convencionales *hippies*, al estilo de North Beach, observan con la boca abierta y aprenden. El doctor Francis Rigney, psiquiatra de la Beat

Generation, mira sin perder detalle, y todos los Grandes Papis supervivientes del período *beat*, Eric «Gran Papi» Nord y Tom «Gran Papi» Donahue, y la gente de la prensa..., todos vibran con la máquina del trueno de Ron Boise. Un jaleo de mil demonios, ya entienden...

Y en el centro del local..., la Torre de Control de los Bromistas. Era un armazón perfecto. Babbs había supervisado la instalación del enorme andamio de tubos y plataformas en el centro de la sala. La torre se hacía más y más alta a medida que los Bromistas seguían añadiendo equipo, micrófonos y amplificadores y focos y proyectores y todo lo demás, la genuina arquitectura

del Control, en suma. Babbs en los controles y Hagen arriba, filmando. La Película prosigue. Kesey, entretanto, se ha instalado en una plataforma de control aún más alta, en una suerte de balcón, con un traje espacial completo, plateado, con su enorme casco esférico. Al principio lo había concebido como disfraz, para poder estar allí sin que los diferentes tribunales se sintieran contrariados y ofendidos, pero todo el mundo reconoció de inmediato al Hombre del Espacio, por supuesto, y él permaneció encaramado allá arriba, sobre el remolino humano, con un aparato de proyección, para escribir mensajes sobre acetato y proyectarlos

luego a tamaño gigantesco sobre las paredes.

El Colgado bailaba en una espiral de dicha pura, sin adulteraciones, más colgado que nunca, lo cual, en él, era decir mucho. Norman, también colgado, tenía una misión: circular entre las multitudes con la cámara cinematográfica. Sólo que no llevaba batería portátil, y tenía que enchufar la cámara a una toma de la pared y andar de un lado para otro con un largo cable a sus espaldas. Pegaba el ojo al visor, y el remolino reinante iba confluyendo gradualmente en su único ojo..., y todo se aunaba, el Yo, la vasija, y lo que afluía a él, Atman y Brahmán, y él lo

acogía en su retina hasta... el *satori*, hasta alcanzar ese estado perfecto y caer en la cuenta de que era Dios. Después de viajar interminablemente por entre la contorsionante masa abigarrada y extática, ¿cómo era posible que el cable de la cámara siguiera aún enchufado a la pared? ¿Pero qué diablos importaba que estuviera o no enchufado?..., *deus ex machina*, con el mundo confluyendo en un único ojo. Se le antoja algo crucial llegar al Nodulo Central, a la Torre de Control, a la gran jirafa eléctrica del micrófono direccional que registra la música desde la cima de la alta torre..., *y ahí está*, la ve allí en aquel momento, y se pone a trepar por el andamiaje con

la gran cámara al hombro, pegada al ojo, acogiénolo todo en él, con el cable y el enchufe culebreando a su espalda, entre las multitudes. Y ¿quiénes pueden ser esas figuras airadas? Pues Babbs y Hagen; Babbs gesticulando hacia Norman para que se baje del andamiaje, porque está molestando, *no hay sitio, bájate de ahí, maldita sea...*, y se oye una risa cósmica, porque es evidente que no saben quién es él, es decir, no saben que es Dios. Norman, el manso, el apacible, el reservado, el que siempre está en segundo plano, lanza una carcajada cósmica hacia ellos y sigue subiendo. En cualquier momento —lo ve con claridad meridiana—, puede

hacerlos desaparecer en la sima... de su ojo, pues ellos, Babbs y Hagen, no son sino dos míseros coágulos en la corriente del mundo.

—Norman, si no te bajas de ahí, ¡voy a tirarte abajo yo mismo! Babbs tiene el mismo aspecto descomunal e indómito, la misma actitud que ante los polis de San Francisco en el Fillmore, y la mente de Norman se escinde ligeramente en el quiasma, como una falla de San Andrés: una parte es su irreductible miedo a que le tiren de allí y a romperse la crisma (él, Norman), pero la otra es la risa cósmica de Dios ante lo inútil de la pretensión de Babbs. Vibra ligeramente, pues, entre Dios y

no-Dios, pero entonces la risa le llega en una oleada, y se produce el hecho de que él, Norman, ahora se atreve a hacer lo que está haciendo, a *desafiar*; es su nuevo *yo*, y en realidad no hay nada que ellos puedan hacer para evitarlo... Babbs se queda mirando esa risa, esa figura colgada, con la enorme cámara al hombro, que escala por el entramado de andamios. Y se limita a alzar al aire los brazos, resignado a que Norman siga subiendo. *Dios* en la misma Torre de Control. *Bien, si soy Dios, puedo controlar todo esto.* Mira hacia abajo, hacia el remolino. Hace un gesto... ¡y sucede!: se produce una ondulación en la masa de *allí*, y lo repite y se produce

una ondulación en la masa de *aquí...*, y está tan claro lo que va a suceder, puede predecirlo, un gran estallido de baile en éxtasis en aquella masa, bajo la luz de los estroboscopios, *va a producirse ahora*, y, en efecto, se produce..., una vibración a lo largo de la grieta, de la falla..., se trata de *sincronismo*, y estamos en el juego, y la gente lo *hace...*, *¡que la música comience!*, y la música comienza... —satori— en el Nodulo Central, como estaba escrito..., pero yo te digo..., y en ese mismo instante aparece un mensaje en rojo sobre una de las paredes:

QUIEN SEPA QUE ES DIOS

QUE SUBA AL ESCENARIO

¿Cualquiera que lo sepa? Las mitades quiasmáticas vibran, el Dios y el no-Dios, y entonces comprende: es Kesey quien lo ha escrito. Kesey, que está allá arriba, en su especie de balcón, con su traje espacial, ha escrito ese mensaje con el aparato de proyección y lo ha plasmado sobre la pared en aquel mismo momento. ¿Qué hacer, Arcángel mío...? Norman mira con incredulidad..., ¿qué es lo que se resiste a creer? Ve subir al escenario a un negro de cabeza anárquica —una cabeza de genuino pelo de negro—, con una cinta alrededor de la frente, a la altura del

nacimiento del pelo, de forma que éste le brota como un gran diente de león gris, y una enorme camisa que flota bajo las luces, y es Gaylord, uno de los pocos negros presentes, que sonrío con la sonrisa rutilante de los colgados en ácido, y se pone a bailar una sugestiva y leve danza divina..., el Dios Gaylord. Qué diablos. Norman dirige un gesto a la multitud, y ésta no se agita. Ni aquí ni allá. Predice que esa masa se elevará en levitación extática, y la masa no se eleva. De hecho se pega al suelo como si la hubieran aplastado contra él, y los ojos de luna triste miran hacia arriba con la mirada fija del ácido. Sayonara, Dios. Y sin embargo... Y sin embargo...

El gran carnaval loco duró tres noches. Fue un gran evento en todos los órdenes. En el material, por ejemplo, el Festival de los Viajes recaudó 12.500 dólares en tres días, sin apenas gastos generales. Y dio origen a un nuevo tipo de club nocturno-sala de baile. Dos semanas después, Bill Graham negoció con el auditorio Fillmore la celebración de un Festival de los Viajes todos los fines de semana. Y fue un éxito rotundo. Era como si los adictos al ácido vieran en el Festival de los Viajes la primera convención nacional de un movimiento *underground*^[47] que hasta entonces sólo

había existido en el sigilo de los grupúsculos. Pronto se asombrarían al comprobar cuan numerosas se habían vuelto sus filas..., y se sentirían eufóricos ante el hecho de poder mostrarse a la luz del día, pasados como babuinos, sin que ni el cielo ni la ley cayeran sobre sus cabezas. La prensa seguía pensando que se había tratado de una experiencia de LSD sin LSD. Pero en el mundo *hip* de San Francisco nadie creía ni por asomo tal falacia, y fue precisamente aquel fin de semana cuando dio comienzo la era Haight-Ashbury.

El Festival de los Viajes cambió muchas cosas. Pero tan pronto como

amainó el revuelo, Kesey, en lo relativo al ceñudo y torvo mundo de los juzgados de San Mateo y San Francisco, se encontró en el mismo punto de partida. Los muy bastardos no cesaban de hostigarle. Habían logrado ya expulsarle de La Honda. El auto del juez De Matteis le ordenaba abandonar La Honda y vender la propiedad a alguien que no tuviera nada que ver con él o con sus actividades, y mantenerse alejado del condado de San Mateo, salvo para entrevistarse con el funcionario encargado de su libertad provisional o para viajar en coche por la autopista Harbor o en avión sobre el territorio del condado de San Mateo, y librar, en

suma, de su persona y de su influencia a dicho condado. Así que Kesey y Faye y los niños se mudaron al Spread, la casa de Babbs en Santa Cruz. A su llegada, el 23 de enero, le esperaba una orden de detención por violación de la libertad condicional.

En fin, ésa es su Película, Tonto, y todos sabemos cómo acaba. Tres años en la cárcel de San Mateo, amén de los cinco u ocho o veinte que le piden en San Francisco, para que todos los drogadictos de los Festivales de los Viajes aprendan la lección mientras el hierro está aún al rojo... Kesey convocó una reunión de inmediato..., ¿recordáis aquella pequeña abjuración mía de hace

un par de meses, cuando os hablé de prepararme para México...?

Estaban reunidos en el Spread.

—Si la sociedad quiere que sea un proscrito —dijo Kesey—, seré un proscrito, y un proscrito de los buenos. Es algo que la gente necesita. La gente necesita que haya proscritos.

Los Bromistas lo comprendieron todo enseguida.

De modo que he aquí la fantasía del momento: Kesey saldría esa noche para México, y cruzaría la frontera en la parte de atrás de la camioneta de Ron Boise. Boise estaba pasando un tiempo en casa de Babbs, y tenía una camioneta que utilizaba como una especie de estudio

móvil. Llevaba en ella todo el equipo de soldadura —sopletes oxiacetilénicos y demás—, y solía trabajar estacionado en las marismas de los alrededores, convirtiendo viejos guardabarros de automóviles en posturas eróticas del Kamasutra. También el coche psicodélico de Roy Seburn, su autobús en miniatura, había sido entregado allí a la voracidad de los sopletes cuando dejó de funcionar definitivamente. Nada dura. El arte no es eterno. Saldrían rumbo a Puerto Vallarta. Kesey utilizaría el carnet de conducir de otro Bromista como documento de identidad en caso de necesitarlo en México. Entretanto, y a modo de densa cortina de humo, una

última y gran broma: el Viaje del Suicidio. Kesey escribiría una nota de suicidio. Luego D..., que se parecía extraordinariamente a Kesey, se vestiría como él y montaría en una vieja ranchera que había por allí y conduciría costa arriba en dirección a Oregón, y elegiría un acantilado apropiado y haría chocar la ranchera contra el tronco de un árbol y dejaría la nota de suicidio sobre el asiento y tiraría las botas azul celeste junto a la orilla de forma que pareciera que se había zambullido en el agua y se había adentrado en el mar para nunca más volver a una vida abrumada de problemas. La idea era que como D... se parecía tanto a Kesey —máxime con

su atuendo de Bromista—, si coincidía que alguien lo veía conduciendo en dirección a Oregón recordaría luego a un individuo que casaba cabalmente con la descripción de Kesey. Que descubrieran ellos el enredo. Y aun en caso de que no se lo «tragaran» totalmente, al menos haría que las cosas se calmaran. ¿Por qué vamos a tomarnos tantas molestias...? *Puede* que el muy imbécil esté de veras en el fondo del océano... Condenados drogadictos...

—Espero que a D... no se le ocurra meter la pata —dijo Montañesa.

Pero se sentía optimista. Todo aquel asunto rezumaba *e'lan* *** de gran Broma.

Aquella noche Kesey y Montañesa se colocaron con hierba y se pusieron a redactar una hermosa esquila de suicidio: «Mis últimas palabras. Votad a Barry^[48] y veréis qué divertido.

Yo, Ken Kesey, en plenas (ejem) facultades físicas y mentales, por la presente se lo dejo todo a Faye, Sociedad, metálico y obras (y aquí se me ocurre que nadie va a tragarse todo esto, pero también se me ocurre que así es aún más divertido...).»

Mierda, era realmente divertido. Iba brotando de sus cerebros tomadura de pelo tras tomadura de pelo, y todas esas monsergas metafóricas sobre el destino, todas esas memeces que a un poeta

memo que se precie le vendrían a la cabeza al ver cómo la Parca se le empieza a pegar al culo:

«Viento, viento..., no me traigas a este lugar, llévame hacia adelante...»

¡Más! ¡Más! ¡Que suene más alta la música! ¡Que se sirva más vino!

«... Océano, océano, océano, al final acabaré derrotándote; esta vez seré yo quien te doblegue. Hollaré con mis talones tus famélicas costillas...»

Y la cosa sigue y sigue de esta guisa, remedando una crónica íntima del futuro trayecto loco por la costa rumbo al norte, en busca de un acantilado idóneo, un acantilado a su gusto, desde donde —presumiblemente— saltar, y la escena

toda burbujea en su cerebro y en el de Montañesa mientras están allí echados en la raída alfombra del salón de la casa de Babbs. Dios, por qué no le «echamos» un poco de ácido al asunto... Así creerán que el pobre diablo drogadicto se tomó una dosis del temido LSD antes de romperse el culo para siempre... Dios, y antes de estrellar la maldita ranchera contra un árbol, ha ido sangrando verosimilitud por todo el litoral californiano:

«... He vuelto a perder el océano. Maravilloso. He viajado centenares de kilómetros en busca de mi particular acantilado, y ahora estoy tan atrapado tras el ácido que no puedo encontrar el

océano y acabo estrellándome contra una secuoya...»

Maravilloso. ¿Estás listo, Ron? Kesey monta en la camioneta de Ron Boise y ambos parten en dirección a San Diego, hacia la frontera mexicana, Tijuana y la tierra de todo proscrito que se precie.

XX. LA PRUEBA DEL PONCHE DE ÁCIDO LISÉRGICO

Lo que les sucedió a los Bromistas tras la huida de Kesey a México fue algo muy similar a lo que les sucedió a los miembros de la Liga tras la huida de Leo en la obra de Hermann Hesse *Viaje a*

Oriente. En fin, era algo condenadamente extraño, esa particular *sincronía...*, esa exactitud..., ¡los Bromistas!, ¡y el gran viaje en autobús de 1964!, su película completa. No: su película continuaba. La fantasía de Hesse coincidía en todo momento con la suya. Y continuó *así...* durante todo el tiempo hasta esa extraña línea divisoria...

El jefe de la Liga de *Viaje a Oriente* se llamaba Leo. No se le conocía abiertamente como el jefe: como Kesey, era el «no-capitán» de la hermandad. Y Leo, de pronto, «en medio del peligroso anquilosamiento de Morbio Inferiore», se fue; justo cuando la Liga se hallaba

más hondamente empeñada en su Viaje a Oriente, en la fase crítica de un viaje que suscitaba alternativamente denuncia y maravilla. «A partir de entonces, en nuestra comunidad dejaron de existir la certeza y la unidad, aunque aún nos mantuviera unidos la gran idea. ¡Cómo recuerdo aquellas primeras disputas! Eran algo tan nuevo, tan ajeno a nuestra hasta entonces perfectamente unida Liga... Se desarrollaban con respeto y cortesía..., al menos al principio. Al principio no daban lugar ni a encarnizados conflictos ni a reproches o insultos personales...; al principio seguíamos siendo una hermandad unida, inseparable, a lo largo y ancho del

mundo...» Las cosas fueron empeorando progresivamente, y el narrador, H., partió después del Morbio Inferiore. Y el narrador, Hartweg, partió después de...

¡Extraña, tal sincronía!

Una vez se hubo ido Kesey, Babbs se convirtió en líder del grupo. No hubo asamblea, ni votación, ni siquiera una palabra en tal sentido de Kesey. Es Babbs quien se convierte en jefe...: la mente... comunal lo supo inmediatamente, sin la menor vacilación. Empaquetaron todo lo que había en La Honda y lo enviaron a Oregón, a casa de los padres de Kesey. Los Archivos los guardaron primero en el Spread y, más

tarde, en la casa de Chuck en Oregón. Algunas cosas las regalaron a otros «colegas» del ácido, como la gran mesa redonda llena de inscripciones grabadas por los Ángeles del Infierno, que fue a parar a un nuevo grupo psicodélico, los Artistas Anónimos de Norteamérica, asentado en un lugar llamado Rancho Diablo, en Skylonda. Los Bromistas se llevaron consigo todo aquello que podía servirles para las Pruebas del Ácido.

Viajaron en el autobús hasta Los Ángeles, adonde Babbs había decidido trasladar el escenario de las Pruebas del Ácido. Apenas habían llegado cuando empezaron los primeros roces..., «en nuestra comunidad dejaron de existir la

certeza y la unidad, aunque aún nos mantuviera unidos la gran idea. ¡Cómo recuerdo aquellas primeras disputas!». *Babbs da demasiadas órdenes...* Kesey, el «no-capitán», se limitaba a expresar un deseo y a esperar a que éste cristalizara en la Mente comunal. *Babbs dirige el grupo como si estuviera en el ejército..., como si fuéramos boy scouts...* Las bromas de Babbs, de pronto, les parecieron a los Bromistas puros sarcasmos. Sus comentarios crípticos, su franqueza, se les antojaron crueles. Algunos del grupo dieron incluso en compadecer a pobres diablos como Pancho Almohada, el universalmente denostado y necio y

pelmazo-en-ácido Pancho Almohada.

Pancho, siempre en las angustias de la autoflagelación, seguía muñéndose de ganas de estar *en el autobús*. El pobre desgraciado se gastó sus últimas reservas terrenales en viajar de San Francisco a Los Ángeles y logró dar con el autobús un buen día en Lemon Grove. Se acercó con una enorme sonrisa de hermandad en el semblante y empezó a subir los escalones. Babbs, al verlo, salió a su encuentro a la puerta.

—No creo que nadie te quiera aquí —dijo.

—¿Qué quieres decir? —dijo Pancho—. ¿No puedo subir al autobús?

—No hay nadie en el autobús que

quiera que subas.

La sonrisa de Pancho se borra, por supuesto, y sus ojos empiezan a moverse de un lado a otro como bolas de billar, tratando de ver quién está dentro del autobús... *Me conocéis todos, ¡soy Pancho!*

—Bueno..., sé que hay gente a la que le pongo los nervios de punta —dice Pancho—, pero he venido de muy lejos para estar con vosotros, chicos, y me he gastado todo lo que tenía en el viaje...

—Nos tiene sin cuidado —dice una voz, *dentro del autobús.*

—Mira —dice Pancho—, tendré la boca cerrada. Haré lo que queráis. Lo

único que quiero es ayudar en las Pruebas. Haré todo lo que...

—Nos da igual —dice la voz de alguien, *dentro del autobús*.

—... todos los trabajos que queráis, haré recados..., tiene que haber millones de cosas...

—Nos da igual.

Pancho sigue allí de pie, sin habla, con la cara enrojecida por completo.

—¿Ves? —dice Babbs—. Lo que te he dicho. Nadie del autobús quiere que te quedes.

Pancho, aturdido, baja de espaldas, despacio, los escalones y se pierde en Lemon Grove.

Bien, los Bromistas se rieron a gusto

con el asunto de Pancho. ¡El jodido Pancho Almohada! ¡El rey de los malos viajes! ¡El tío más pesado del mundo! Un mal viaje hecho persona: ::::: pero aquella risa a costa de Pancho les dejó un mal sabor, un regusto metálico en la boca :::::

Babbs había conseguido una vieja mansión en Los Angeles, llamada Sans Souci, un increíble y enorme caserón que se caía en pedazos y tenía una cúpula y una balaustrada de piedra. Todo en ella era ruinoso, pero «con estilo». Cuando el propietario se encontró con una pandilla de *beatniks* en su caserón recién alquilado, se quedó helado, pero era demasiado tarde. En

fin, el caso es que un día en que estaban todos en casa, uno de los Bromistas alzó la voz y dijo algo nada propio de los Bromistas. Dijo:

—Quiero expresar lo siguiente: no soporto a Margie y quiero que se marche.

Increíííííble. Se refiere a Marge la Falúa. Todos los ojos confluyen en Babbs, que ahora encarna el papel de Kesey y debe resolverlo todo. Babbs se vuelve a Marge la Falúa y dice:

—¿Qué piensas tú de eso?

Marge dice:

—Creo que es ridículo.

Y lo dice con tan tranquila y llana convicción que nadie vuelve a decir

nada al respecto.

Un incidente minúsculo..., pero un incidente más en el progresivo cisma entre los leales a Babbs y quienes «ya no le soportaban». Más tarde caerían en la cuenta de que, en muchos casos, se trataba simplemente de que culpaban a Babbs por el misterioso sentimiento de pérdida que percibían en su empresa. Miraban a su alrededor en busca de una explicación, y la explicación era Babbs. Lo que habían perdido, claro está, era la mágica amalgama del carisma de Kesey. «Parecía que cuanto más cierta se hacía su pérdida, más indispensable se hacía su persona; sin Leo, sin su hermoso rostro, su buen humor y sus cánticos, sin

su entusiasmo por nuestra gran empresa, la empresa misma —de un modo misterioso— parecía perder sentido.»

Lo cierto es que Babbs trasladó las Pruebas del Ácido a Los Ángeles con una determinación asombrosa. Los Bromistas estaban ahora fuera de su territorio, el área de San Francisco, pero actuaron con una eficiencia que jamás habían sospechado poseer. Era como si todos ellos se estuvieran ateniendo a la exhortación que Babbs había formulado unos meses atrás: «Tenemos que aprender a funcionar en ácido.» Actuaban colgados hasta las cejas, pero

llevaban a cabo las Pruebas del Ácido como si las hubieran organizado con precisión milimétrica.

Babbs se encontraba en excelente forma, como digo, y había conectado con un personaje notable, un adicto al ácido, poeta, actor y autor de teatro llamado Hugh Romney, que había vivido una larga trayectoria desde los días de la Beat Generation hasta la cultura del LSD, para finalmente «descubrir el *Management*^[49]», como él lo llamaba, «y cuando uno descubre el *Management* ya no puede sino dedicarse a él». Así que Romney y su amigo Bonnie Jean estaban ahora *en el autobús*, y todos los Bromistas se habían aprestado a la tarea

de —nada más y nada menos—
*convertir a todo Los Ángeles al
Management...* Sííí... La primera
Prueba tuvo lugar en Northridge, la
iglesia de Paul Sawyer en San Fernando
Valley, no lejos de Los Angeles. Sawyer
no había perdido nunca su voluntad de
experimentar, y también estaba *en el
autobús*. Y si los Camisas Deportivas
pudieran ver estos... *nuevos rituales
experimentales...*, *que incluían música,
danza y sacrificio...* —¿sacrificio?—,
bueno..., no fue estrictamente una
Prueba del Ácido, sino un *happening*,
vocablo que había llegado a ser inocuo
y «desactivado» en los círculos
culturales, incluida la Iglesia Unitaria

Universalista del Valle de Paul Sawyer. Era ésta un magnífico edificio moderno en forma de inmensa cebolla de las Bermudas, algo parecido a un gran... Domo, con una acústica soberbia que parecía concebida expresamente para aquel empeño: la fantasía del momento. Así que los Bromistas fueron y tendieron los cables e instalaron los equipos de luces y sonido, y en su momento se presentaron en el *happening* centenares de personas, llegadas a compartir con los Bromistas la magia y el chile con pina, plato ideado y servido por los Bromistas, de sabor más bien infame — aunque «chile con pina» pese a todo, concepto exótico en sí mismo por

absurdo—. Y Cassady cogió un micrófono y se puso a parlotear, y Romney cogió otro micrófono y se puso a parlotear... (Romney era fantástico), y Babbs y Paul Foster, que *vagaba* por el quinto cielo con el Dios Rotor y no tartamudeaba en absoluto... La gente bailaba en absoluto éxtasis, y «conectaba» con el meollo del asunto — hasta las personas más convencionales, que llegaron también a coger micrófonos —, y en el *happening*, de pronto, ya no hubo la menor separación entre protagonistas y asistentes, la menor condescendencia del tipo «vaya, mirad la cara de susto que ponen los muy carcas», tan habitual en todo *happening*.

Cientos de personas se vieron «arrastradas» por la vivencia de una auténtica *experiencia*, que fue tomando cuerpo como un tifón de ensueño, todo paz en el suave y líquido y centrífugo y vertiginoso límite... Todo el mundo estaba en La Película, *en el autobús*, en suma, y era algo fabuloso... Todos parecían tan... *¡en onda!*, como los Bromistas, que ahora se disponían a sumergir en la *nueva experiencia* a centenares, millares, millones de personas, a gentes que se apresurarían a asistir en los días que siguieron :::::

::::: Como Clair Brush, por ejemplo. Sí. Clair era una chica de veintitantos años, una guapa pelirroja que trabajaba

para Art Kunkin, editor del semanario del mundo *hip* local, la *Free Press* de Los Ángeles. Su viejo amigo Doc Stanley la había llamado antes de la Prueba en la iglesia de Paul Sawyer y le había dicho: Clair, va a haber un *happening* en la Iglesia Unitaria del Valle que no deberías perderte, etcétera, etcétera... Pero uno de los cometidos de Clair en la *Free Press* era precisamente confeccionar el calendario de los eventos del mundo *hip*, y aquélla era la gran temporada de los *happenings* y ella había asistido ya a una docena y cada uno de ellos se había anunciado como el que iba a marcar la pauta del futuro e invariablemente había resultado un

auténtico aburrimiento. Así que no fue.
Ummmmmm :::: Sin embargo ::::

::::: Al oír los comentarios de los que sí habían asistido, decidió no perderse el siguiente :::::

::::: que tendría lugar en Watts el 12 de febrero —aniversario del nacimiento de Lincoln— de 1966. *¡Watts!* El mismísimo Watts, donde apenas cinco meses atrás había estallado la maldita revuelta negra, lugar que simbolizaba todo lo catastrófico y sin solución en la vida norteamericana, y *¿qué diablos es esa extraña nave espacial que se está acercando a Watts, al Youth Opportunities Center*^[50]— *¡Ayuda a la Juventud!* —*para ofrecer el más*

catastrófico de los viajes? :::::

::::: «Creo que lo que me decidió», me contaría Clair más tarde, «fue la narración que alguien me hizo de cómo participó y se divirtió espontáneamente Art Kunkin aquella noche en la iglesia. La mayoría de la gente se entregó a la improvisación, como le habían indicado, pero Arthur y yo somos tremendamente reservados cuando hay demasiada gente por medio.

»En fin. El caso es que se escogió Watts —bueno, en realidad fue Compton, una ciudad anexa en la periferia de Wattspor razones que desconozco. Las explicaciones más verosímiles que he oído apuntan al

deseo de organizar la fiesta en un barrio recientemente afectado por la revuelta negra, en señal de solidaridad con él; aunque la verdad es que era un sitio bastante cómico...— ¿irónico?— para celebrar un evento de ese tipo.

»El edificio era un almacén, una dependencia del Youth Opportunities Center que permanecía aún vacía. La gente del centro estaba utilizando o iba a utilizar ese edificio como taller de trabajos manuales, quizá relacionados con la automoción, o con la reconversión profesional... Fue alquilado legalmente por veinticuatro o cuarenta y ocho horas por el grupo de Kesey, con dinero contante y sonante, y

el vigilante del centro estuvo presente todo el tiempo durante la Prueba del Ácido.

»La publicidad se hizo del modo habitual: la *Free Press*, el calendario KPFK, etc., y asistieron unas doscientas personas. Cuando yo llegué, aún no había empezado la cosa... La gente estaba sentada en pequeños grupos sobre esteras y mantas dispuestas a lo largo de las paredes. El local, el recinto principal, era enorme..., mi sentido de las dimensiones es bastante malo, pero diría que mediría unos 50 por 25 metros. Había otro recinto más pequeño en el costado este, y un baño en el oeste, y el recinto grande tenía un pasillo que iba

de un lado a otro de la pared sur y en el que había ventanas abiertas y sin cristales a la altura de la cintura... A través de ellas se podía ver lo que sucedía en el interior.

»Llegué en mi coche, con dos personas que había recogido en el camino, pero los dejé enseguida y fui a reunirme con unos amigos que tenían vino rosado y estaban sentados en una estera acolchada tendida en el suelo. Como he dicho, no habían desplegado ninguno de los efectos..., pero al poco alguien anunció (creo que fue Neal Cassady, pero entonces yo aún no le conocía) que la velada iba a dar comienzo. Se proyectaron películas

sobre la pared sur, con un comentario..., películas de *Furthur*, del autobús, de la gente del autobús..., el comentario, bastante insulso, era una especie de glosa viajera y la película me pareció confusa y muy poco inspirada.

»No olvide que soy una novata en esas lides. Nunca había estado colgada con hierba ni con pastillas ni con ninguna otra cosa... Mi experiencias más “fuertes” las había tenido con alcohol. Conocía a algunos adictos al ácido, pero no pensaba demasiado en el asunto. Había probado la hierba unas cuantas veces y no había experimentado gran cosa, excepto quizá el sabor desagradable.

»Puede que ahí esté el porqué de que tanta gente entendiera la película, y se riera tanto, el porqué de tantos asistentes... Estoy segura de que yo pertenecía a la minoría de los que no tenían ni idea de lo que podíamos esperarnos... Seguro que se hizo circular cómo iba a ser la cosa, pero a mí no me llegó. Seguro que muchísimos de los presentes habían oído hablar de las “cosas” de Kesey, y que eran muy conscientes de lo que se estaba cocinando, pero no la cándida Clair. Es la historia de mi vida.

»La película seguía; se pasaron unas diapositivas de flores y formas y figuras, de esto y de lo otro..., y luego trajeron

al centro del recinto un gran cubo de plástico, de los de basura, e invitaron a todo el mundo a que se sirviera un poco de ponche. Nadie se apresuró demasiado a aceptar la invitación: la gente se acercaba despacio, como paseando, y se servía el líquido en vasos de papel, y como el ponche era el refresco principal en casa de Del Cioso y de Hugh Romney y de otros amigos míos, pensé que era absolutamente natural que la ofrecieran en aquella fiesta..., y me serví un vaso, y luego otro, y vagué de aquí para allá un rato, y me serví un tercero...»

... Irónicamente —para Clair, en cualquier caso—, fue Romney quien

tuvo la inspiración de servir «Ponche Lisérgico», como él llamó al bebedizo. Habían..., sí..., «sazonado» el ponche con una dosis más que generosa de LSD. Era una broma, en parte, pero sobre todo era la natural culminación de las Pruebas del Ácido. Era un gesto, un gesto de pura generosidad ofrecer a los asistentes la dádiva de aquel ácido; era «poner en onda» a todo el mundo, era invitar a todo el mundo a participar en el éxtasis del Todo-Uno de los Bromistas..., a convertirse en vasijas divinas al unísono..., y todo estaba allí, en el ponche y en el vaso. Cassady se bebió de inmediato más de tres litros. En realidad había dos cubos. Romney

cogió el micrófono y dijo:

—Este de aquí es para la gente pequeña y ese otro para la gente grande; este de aquí es para los gatitos y ese otro para los tigres.

Y siguió así unos minutos. Estaba haciéndolo él todo; sólo le faltaba poner un letrero con las siglas LSD en cada cubo «sazonado». Romney estaba tan concienzudamente «en el ajo» que jamás se le ocurrió que pudiera haber un puñado de almas más simples que quizá habían recalado por azar en aquel remoto rincón de Watts sin saber absolutamente nada..., o que pensaban que todas aquellas instrucciones veladas de Romney se referían quizá a la

ginebra, como sucede con esos dos boles de cristal llenos de ponche que se colocan a ambos extremos de la larga mesa blanca en las bodas..., o que sencillamente no habían oído bien, como Clair Brush...

«Estaban Severn Darden y, por supuesto, Del Cíose. Conocía a los dos de la Second City^[51] de Chicago. Severn y yo estábamos bajo la luz de un estroboscopio (era la primera vez que veía algo parecido, y es una maravilla), haciendo una improvisación: él era un marido celoso, y yo una mujer infiel, algo muy sencillo y divertido. Él me estaba ahogando y zarandeando (con suavidad, claro está), y de repente me

empecé a reír... y a reír..., con la risa más primitiva, más desgarradora de las entrañas de todas las risas que yo había conocido hasta entonces. Venía de muy dentro, de un lugar mucho más hondo de lo que yo había podido sentir en toda mi vida..., y continuaba..., y era incontrolable..., y maravillosa. Algo me hizo volver en mí y caí en la cuenta de que no había nada gracioso en aquello, de que no había nada de qué reírse. ¿De qué me había estado, pues, riendo?

»Miré a mi alrededor y vi que las caras de la gente estaban distorsionadas..., las luces centelleaban por todas partes..., en la pantalla (unas sábanas), al fondo del recinto, se

proyectaban tres o cuatro películas a un tiempo, y las luces del estroboscopio centelleaban más vertiginosamente que antes..., y el grupo, los Grateful Dead, tocaba... pero yo no podía oír la música..., la gente bailaba..., alguien se acercó mí y yo cerré los ojos y quien se había acercado a mí proyectó imágenes en la parte interior de mis párpados (creo que sucedió realmente..., pregunté y me dijeron que tal máquina existía), y nada había en perspectiva, nada poseía el menor viso de normalidad o realidad... Sentí miedo, porque sinceramente pensé que aquello sólo estaba en mi cabeza, que me había vuelto loca.

»Busqué a una persona que me inspirase confianza, paraba y preguntaba a todo el mundo qué diablos estaba pasando... La mayoría se reía, no se creía que yo no lo sabía. Encontré a un hombre al que no conocía mucho pero que me caía simpático desde la primera vez que me lo presentaron. Le pregunté qué estaba pasando, y si sólo era cosa mía, y él se echó a reír y me abrazó y me dijo que el ponche había sido “sazonado” y que estaba teniendo mi primera experiencia con LSD..., y que no tuviera miedo, que ni lo aceptara ni lo rechazara..., que para mantenerme siempre abierta no tratara de resistirme ni de intentar que “aquello” cesara. Me

tuvo abrazada durante mucho tiempo, y llegamos a estar tan juntos como dos personas puedan llegar a estarlo..., nuestros huesos se fundieron, nuestra piel era una piel, no había ni un centímetro de nuestro ser en que estuviéramos separados, en que él se detuviera y yo empezara. Cercanía tal no se podría describir sino en términos melodramáticos..., y sin embargo sentí que nos habíamos fundido, que nos habíamos hecho uno de la forma más genuina, y que nada podría separarnos, y que aquello tenía sentido allende cualquier cosa de las que hasta entonces hubieran existido. (Nota: un año y dos... tres meses más tarde..., leí acerca de la

“impronta”, acerca de que era posible que siguiéramos siendo importantes el uno para el otro en cualesquiera circunstancias. Y creo que es verdad... La persona en cuestión sigue siendo muy especial en mi vida, y yo en la suya, pese a no tener contacto alguno y vernos sólo de manera muy esporádica... Compartimos algo perdurable... ¡Oh, Dios, no hay forma de hablar de esto sin que “suene” a sensiblería!)

»Ya no tenía miedo, y empecé a mirar a mi alrededor. La escena que acabo de narrar tuvo lugar en el recinto más pequeño, iluminado tan sólo por luz negra^[52], que hace que la gente adquiriera una gran belleza de color y de textura. Vi

unas diez personas sentadas justo debajo de la luz negra (tras la que había una sábana blanca que se veía de un luminiscente azul lavanda), pintando maniqués incorpóreos con pintura fluorescente..., y pintándose entre sí..., la ropa, etcétera. Me quedé bajo aquella luz, y me cayeron en el pie y en la sandalia unas gotas de pintura, y fue algo exquisito... Volví a aquella luz varias veces. Era algo apacible y bello, algo que no puede describirse... Mi piel, bajo aquella luz, tenía profundidad y textura..., era aterciopelada y purpúrea. Recuerdo que deseé ser de aquel color para siempre. (Aún hoy lo deseo.)

»En el recinto grande había una gran

actividad. La gente bailaba y el grupo tocaba, aunque yo no lograba oír nada. No puedo recordar ni una sola nota de aquella música (las vibraciones eran tan intensas). Tengo gran sensibilidad para la música: canto, toco algunos instrumentos..., y por eso se me antoja tan extraño lo que me pasaba. Me puse al lado de los músicos y dejé que me anegaran las vibraciones. Me empezaban por los dedos de los pies y ascendían y vibraba con ellas cada ápice de mi ser..., viajaban a través de mi sistema nervioso (recuerdo haberme visto como uno de aquellos gráficos que estudiábamos en Biología, donde podía verse la urdimbre de los nervios) y

recorrían cada milímetro de mi cuerpo, hasta llegarme a la coronilla, donde estallaban en gloriosas estructuras de líneas y colores... (¿similares quizá a los dibujos de Steinberg?). Recuerdo los colores intensos, pero siempre con líneas negras...; no eran formas definidas, pero tenían ciertos contornos y delineaciones...

»El estroboscopio se estropeó a media velada... Supongo que se rompió algo en su interior... Pero para mí fue un alivio porque, aunque me había encandilado, perturbaba la parte de mí que trataba de mantenerse anclada en la realidad... Jugar con el sentido del tiempo era algo que yo nunca había

hecho, y que me parecía irresistible aunque aterrador.

»El ponche se había servido a eso de las diez. La entrada casi desde el principio, había estado atestada de gente que entraba y salía, y de policías. A lo largo de la velada hubo, como mínimo, unos seis tipos de policías: los de la ciudad de Compton, los patrulleros de autopista, los ayudantes del *sheriff*, los agentes del Departamento de Policía de Los Ángeles, los de la brigada contra el vicio y los estupefacientes... Creo recordarlos en grupos de cinco o seis, de pie justo dentro del umbral, mirando, a veces charlando con los que pasaban a su lado, pero sin hacer gestos hostiles ni

proferir amenazas. Supongo que debieron de darse cuenta de que, fuera lo que fuere lo que estaba sucediendo, era algo contra lo que no se podía hacer nada..., y que una cárcel con ciento cincuenta personas en ácido tendría que ser algo terriblemente engorroso..., de modo que se limitaban a mirar, a hacer comentarios y a marcharse cuando llegaban a relevarles... Así que eso es lo que hicieron durante toda la velada.

»También pasaron por allí las fuerzas vivas del vecindario. Creo que hacia medianoche, no estoy segura, porque no tuve ningún sentido del tiempo hasta las seis de la mañana más o menos, cuando por fin me senté (desde

las diez había estado paseándome, bailando, de pie, pero sin querer sentarme en ningún momento..., no sabría decir por qué). Eran dos mujeres y unos siete hombres. Uno de ellos llevaba un traje blanco y una gorra del Santuario (yo creí que se trataba de Elijah Muhammad)^[53]. Sonrieron, observaron, charlaron con algunos de los presentes... Se quedaron una media hora y se marcharon deseándonos a todos una feliz velada. No se veía ni rastro del ponche por ninguna parte, por supuesto; la habían retirado inmediatamente. Aquellos emisarios de las fuerzas vivas, como es lógico, eran negros. Al parecer ni sospechaban

siquiera que aquella fiesta pudiera ser otra cosa que una reunión de gente joven, y parecían encantados de darnos la bienvenida al vecindario. Recuerdo que una de las mujeres llevaba un niño, y que muchos de los asistentes se agachaban a jugar con él: no debía de tener más de dos años.

»El guarda del edificio estuvo presente durante toda la velada. De cuando en cuando desaparecía; imagino que se iba a la oficina a dormir un rato, o que simplemente se alejaba un poco del ruido y el caos..., pero al rato volvía a comprobar si todo marchaba como es debido. Era un tipo simpático, y se le veía contento, aunque muy, muy

desconcertado por las extrañas actividades que veía desarrollarse en su edificio.

»A la Prueba del Ácido yo la definiría como una soberbia puesta en escena. Todo estaba cuidadosamente dispuesto y calculado para producir el “efecto LSD”, así que no tengo ni idea de dónde acababa la puesta en escena y dónde empezaba mi propia cabeza. Las películas que proyectaban eran tan vividas..., con formas definidas y primeros planos de flores y árboles y a veces solo color rodeado de líneas negras y paisajes que pasaban a toda velocidad y planos cortos de manos y cosas por el estilo..., pero también

evitaba verlas durante mucho tiempo para no quedarme “colgada”.

»Fuera había grupos de gente..., era una noche fría y clara..., algunos se dejaron dominar por el pánico, cogieron el coche y salieron disparados... Yo quería volver a casa, pero sabía que conducir en aquellas condiciones habría sido una locura. Bonnie (la chica de Hugh Romney) estaba sola, y nos tocamos las manos y nos sonreímos, con complicidad, con simpatía... *Furthur* estaba aparcado en la calle. Me acerqué y me senté en él, y oí y sentí el espíritu de la gente que vivía en aquel autobús..., nosotros (el autobús y yo) emprendimos un viaje a través del

tiempo, y conocí tan bien a sus dueños... Volví al recinto y encontré al hombre de la cara mitad oro, mitad plata y la cabeza alborotada por los rizos que poco antes me había parecido tan pavoroso y extraño...» [...era Paul Foster...] «... y lo miré y comprendí. Los disfraces de los Alegres Bromistas me habían parecido estrafalarios, pero ahora me parecían apropiados y hermosos. Recordé un póster que habíamos tenido en el techo de la *Free Press* cuando las oficinas estaban bajo el Fifth Estáte..., un cartel de la obra *The Beard*^[54] en el que se leía “Grah roor ograrh... león leona... oh grahr” (así como suena), y entonces comprendí

el significado exacto de aquel galimatías.

»Me invadió un gran fogonazo de lucidez. Hoy lo he olvidado, pero hubo un instante en que todo encajó y todo tuvo sentido, y dije en voz alta: “¡Oh, por supuesto...!” ¿Cómo no había visto todo aquello antes? ¿Cómo había podido no caer en la cuenta de todo aquello, cómo había podido resistirme tanto a la evidencia? Pero aquella lucidez no duró, y jamás he vuelto a tenerla.

»Había una bruja muy amable, que emitía las mejores y más cálidas y encantadoras vibraciones. Llevaba un traje de terciopelo rojo, y era una dama de cierta edad y una bruja en el mejor de

los sentidos. Yo estaba contenta de que estuviera allí, y la dama sonreía y “comprendía” y disfrutaba, y ayudaba solícitamente al puñado de gente que no estaba reaccionando bien.

»Había una chica que luchaba con Dios. Estaba con amigos, y creo que se le pasó al cabo de unas horas. Había un hombre que se quedó “ido” por completo. Quiero decir catatónico, porque queríamos hacer que volviera en sí y no podíamos “llegar” a él... Era un especie de amigo mío, y me sentía un tanto responsable de que volviera como es debido a la ciudad... El hombre tenía un historial de internamientos psiquiátricos, de pérdida de contacto

con la realidad y demás, y cuando me di cuenta de lo que pasaba le rogué que no tomara más ponche, pero no me hizo caso..., y le fue realmente mal. Que yo sepa, éstas fueron las dos únicas personas con malas experiencias, pero obviamente no podía estar al tanto de lo que le pasaba a todo el mundo.

»Ya te hablé de cómo grababan... (“¿A QUIÉN LE IMPORTA?... A mí me tiene sin cuidado...”), y cómo ponían lo que habían grabado en la Prueba siguiente. El negocio del espectáculo...»

... El negocio del espectáculo..., *siiii*..., y nooooo... Clair volaba en LSD, y se preguntaba qué le estaba pasando y si se estaba volviendo loca y

cosas así, y entonces se oyó un grito desgarrador:

«¿A quién le importa?»

Y luego:

«¡Ray! ¡Raaaaayyy...! ¡A quién le importa!»

Ni un grito tan demente como éste habría logrado hacerse oír —o al menos no con tanta nitidez— en medio del fragor y el caos de la Prueba del Ácido, por encima incluso de los aullidos de los Grateful Dead, si no hubiera sido recogido por un micrófono y amplificado a través de unos gigantescos altavoces.

«¡A quién le importa!»

Era precisamente lo que

«necesitaba» oír alguien como Clair, que pensaba que era *ella* la que se estaba volviendo loca..., los alaridos de una mujer enloquecida, flipada, amplificadas como si se estuvieran arrancando de cada entraña e invadieran lo más hondo de cada cerebro. Así que el protector e improvisado guía de Clair la rodeó con sus brazos y le dijo: «Es una cinta que han montado ellos mismos. No es más que una broma. El autor es Hugh Romney.» Bueno, era una explicación plausible. Hugh era actor, y un gran artista satírico y un gran bromista... De hecho, entre los alaridos, se oía la voz de Hugh —era él, sin duda — a través del micrófono:

«Damas y caballeros, ¡en la sala de al lado hay un poli desmembrado! ¡Que alguien vaya a recomponerlo!»

«¡Ray! ¡Raaaaayyy...! ¡Demasiado perfecto!»

Entonces volvió a sonar la voz de Romney:

«¿Alguien tiene tranquilizantes? En la sala de al lado hay una persona en apuros.»

La sala contigua era la antesala del gran recinto donde Clair había empezado la velada. En ella había una chica sentada en el suelo, alucinando de un modo dramático. Un caso para los veteranos del ácido. Estas cosas suceden, y lo que necesitas es..., y los

Bromistas y otros hierofantes del mundo del ácido oyeron que había una chica sentada en la sala contigua que gritaba *¿A quién le importa?*, y que estaba alucinando. Norman Hartweg y Hugh Romney entraron en la sala y la vieron: si se pasaba por alto lo distorsionado de su semblante, era una chica bastante guapa, con una pierna lisiada, que gritaba *¿A quién le importa?*, y ¡*Ra-a-a-aay!* Ray, el propio Ray en persona... Y Romney mira a Ray y ve la estampa al instante: Ray es un tipo corpulento de pelo cortado a cepillo, con una camiseta y una chaqueta sin mangas (o quizá un chaleco o cualquier otra cosa), que exhibe sus músculos a los cuatro

vientos. Tiene el aire de un marinero que hubiera ido a parar allí con un puñado de *hippies* y que ahora se preguntara qué coño estaba pasando...

«¡*Ray!*!»

El peor tipo del mundo para tratar con la chica de «¿A quién le importa?». Es un trabajo de expertos, y aquí tenemos expertos, algunos de los más grandes expertos en ácido del mundo: Romney, Norman, Peleón, que llega en este momento, y Babbs —ahí lo tenemos también—, y todos se apiñan en torno a la chica..., ¡*Atención!*, ¡recordad a Rachel Rightbred!, ¡le ha pasado lo mismo! Y le brindan su pericia de drogotas:

—... no te opongas...

—... déjate llevar...

—... ni aceptes ni rechaces...

—... déjate llevar por la corriente...

—... estamos contigo...

—... estás en manos de expertos...

... *expertos...*, y he ahí a los

Bromistas parloteando encima de ella, retahila tras retahila de palabras.., y entonces Romney encuentra algo de Thorazine, un tranquilizante utilizado para abortar malos viajes de LSD, y dice:

—Vamos, tómate esto...

... tómate esto..., la chica de «¿A quién le importa?», y Ray miran a aquel tipo estrafalario rodeado de tipos

estrafalarios, todos colgados como monos, tratando de darle una cápsula de Dios sabe qué —*brujería*—, y Ray tira la Thorazine y la Chica «¿A quién le importa?», tira la Thorazine, y las cápsulas caen rodando por el suelo, y la Chica «¿A quién le importa?», empieza:

—

harruummmppparuummmparrumpppparru
—murmurando entre dientes,
sumergiéndose y saliendo de sus
alucinaciones, riendo tontamente unos
segundos...

Y ellos dicen: «Ah, está volviendo en sí», y entonces:

—¡A quién le importa...! ¡Ray...!
¡Ra-a-a-a-ay...! ¡Oh, qué más da...!

¡Sexo! ¡Ray! ¡Sexo! ¡A quién le importa!

¡Aquella frase!..., se pega a la cabeza de Romney. No se la puede quitar de ella. El grito de la chica retumba ahora en la sala, porque Babbs ha traído el micrófono y lo sostiene ante ella, justo enfrente de Ray, solícito, como diciendo «esto va a arreglarlo todo». La cabeza de Ray gira y gira como la de un pelele. Babbs lo está recogiendo todo en el micrófono para convertirlo en *parte de la Prueba del Ácido*, no como un incidente aislado sino como parte del Todo-Uno, un *alucine* anacorético..., *¿A quién le importa?* Romney mira a Babbs y *¿A quién le importa?*, y, bien, a Babbs le

importa, a una parte de él, porque la otra tiene su devoción puesta en la Prueba, en los Archivos, es un caso de *mal viaje* para los Archivos, un *mal viaje* grabado en cinta para los Archivos, ¿a quién le importa?, en los Archivos de los Bromistas, y el grito se propaga por la sala, y penetra en cada cerebro, incluido el de Clair...

Romney no puede quitarse de la cabeza ese grito demente, ¿*A quién le importa?*, y para él se convierte en la «Prueba ¿*A quién le importa?*», y vuelve a coger el micrófono, ahora con una misión, y su voz surca los meandros del micrófono:

—Escuchad, esa chica está

perdiendo la sesera, y ¿a quién le importa? ¡Esa chica se está desmoronando!, y ¿a quién le importa? ¡Esa chica se está haciendo pedazos!, y ¿a quién le importa? ¡Esa chica se está quedando endurecida, seca, con los ojos totalmente fríos, como de nylon!, y ¿a quién le importa?

... y estaba perfectamente claro. Aquéllos a quienes le importase harían algo, aportarían su energía —aunque sólo fuera eso—, verterían sobre ella su Sustancia Dimensional..., lo harían, si verdaderamente les importase... Para Romney se convirtió en una Prueba; lo podía sentir, podía sentir que era una prueba destinada a averiguar cuánto le

importaba...

¿A quién le importa?, grita la chica.

¡A él le importa! El lo siente, y siente que crece en él...

... mientras las cintas giran y lo registran todo.

Al final, la velada de la Prueba de Watts acaba por agotar a los asistentes, y quienes no están «en el ajo» empiezan a levantar el campo, y sólo los contumaces Bromistas y algunos conversos como Clair permanecen en el recinto, y Norman sabe que se acerca, que está llegando la hora mágica, y Peleón se pone en pie, con su disfraz

azul de paje, y ejecuta una danza lenta, divertida, bella al son de la música, y resulta perfecto..., y Page está detrás de él a cargo de los proyectores, los de cine y los de diapositivas, y se pone a montar una especie de fabuloso *collage*, proyectando imágenes cinematográficas sobre imágenes fijas..., y los Bromistas, sentados, miran asombrados y maravillados, y él realiza pequeños cambios., compone formas abstractas e imágenes de las diapositivas y..., *todo ello casa...*, todo...

Hacia las seis de la mañana, más policías, ahora de la brigada de estupefacientes, seis, de paisano..., y uno de los tena ces conversos de las tres

de la madrugada se acerca a ellos y anuncia con expresión radiante de total sinceridad sumida en ácido:

—Miren, ahora tengo más Conciencia, mucha más... Conciencia, en la uña del meñique... Mi Conciencia es tan superior a la suya que..., eeh...

Por la radiante tensión de su semblante resulta obvio que no hay metáfora, concepto que pueda concebirse en lengua inglesa capaz de expresar *cuan* superior es su Conciencia, así que su cara vuelve a adoptar su expresión dulce y sincera, leve mente exhausta, y dice:

—¿Qué tal si nos consiguen cigarrillos? No nos queda ninguno...

Por extraño que parezca, uno de los policías sale y vuelve con un cartón de Kool, y va pasando cigarrillos. A eso de las nueve sólo siguen allí los Bromistas, Clair y unas cuantas personas más..., y más policías..., que finalmente le dicen a Babbs que debería encargarse de que fuera marchándose todo el mundo, que el sol de Los Angeles ya ha salido y los buenos negros de Watts empiezan a salir para el trabajo... Y los Bromistas salen al sol de Los Ángeles en grupo: el Diablo con la cara naranja llena de estrellas plateadas, un tipo alto, de pelo alborotado, con la mitad de la cara de oro y la otra mitad de plata, delirantes gentes pintadas con Day-Glo... salen del

pandemónium de una ya helada incubadora al sol de las nueve de la mañana de Los Ángeles...

Y Clair Brush concluye:

«Creo que, más o menos, eso fue todo... Supongo que he divagado a conciencia... ¿Me duró aquello? ¿Soy diferente? No lo puedo recordar. Parece que sí, pero no estoy segura. Cuando estoy bajo una luz negra, o un estroboscopio, todo me vuelve vívidamente...

»Del Cióse me diría más tarde que me paseaba de un lado a otro como “extasiada, en el sentido de llena de maravillado asombro”. No puedo imaginar una descripción mejor.

»He tomado LSD un par de veces más. Cada vez fue diferente y mucho menos dramática, más personal, más suave. La única similitud importante es el efecto físico que, en mí, consiste en contracciones muy parecidas a los dolores del parto, y un estremecimiento de las terminaciones nerviosas..., anunciador..., durante largos ratos, de la sensación de estar al borde del orgasmo sin que haya mediado el menor contacto... Esto me ha ocurrido las tres veces... Por lo demás, todas han sido diferentes.

»¿Si pienso volver a tomarlo? Oh, puede que algún día... Pero no tengo prisa, no quiero correr a comprarlo al

amable camello de la esquina. Creo que lo mejor es tomarlo con un amante, pero un amante que quieras que permanezca en tu cabeza mucho, mucho tiempo. Y de éstos no abundan. Es una intimidad de la que no puedes librarte fácilmente.

»Eso es todo, sí, todo. Suficiente, espero.»

Hacia la una de la tarde empieza a sonar el teléfono en el apartamento de Romney, y le despierta:

—Romney, ¡os tendrían que pegar un tiro!...

—¡Siete personas detenidas!...

—¡Colgados como piedras!...

—¡Qué atrocidad!...

Y finalmente una llamada de la policía de Los Ángeles:

—¿Es usted Hugh Romney? Escuche, tenemos aquí a un *tipo de dos colores*...

Oh, la Sus-tan-cia Di-men-sio-nal... Tenía que ser Paul Foster. Cuatrocientas, quinientas, seiscientas personas habían pasado la noche en aquella casa de locos montando una maldita orgía..., y los polis no pudieron «empapelara a ninguna; así que, al mortecino sol de las nueve de la mañana de Los Ángeles, ven a un personaje larguirucho que sale dando tumbos del edificio, como un druida, con la mitad de la cara de oro y la otra mitad de plata, y detienen al

pobre diablo por..., bueno, por borrachera pública o cualquier cosa por el estilo... Pero a la una de la tarde quieren que alguien vaya a hacerse cargo de este petimetre de dos colores.

¡Dios, tío! ¡Es demasiado hasta para nosotros! Nosotros nos lavamos las manos de todo esto ::::: Atrocidad :::::

::::: ¿qué ::::: hemos hecho exactamente? y :::::

::::: incluso hubo algunos de los Bromistas, la facción anti Babbs, para quienes la Prueba había sido una completa debacle. Por una parte, ponían en duda que fuera ético echar ácido en el ponche, y consideraban, por otra, que el tratamiento aplicado a la chica de «¿A

quién le importa?», el haber transmitido su alucine a través de los altavoces, había sido cruel. Poco después de volver de La Jolla a Los Ángeles, el cisma se manifestó abiertamente, con toda su virulencia. Fue un gran pequeño Morbio Inferiore, la «Línea Divisoria» de la revista *Life*.

La Prueba del Ácido de Watts, en Los Ángeles, y antes el Festival de los Viajes de San Francisco, habían hecho que la creciente y rápida ola psicodélica estallase a la luz pública con una intensidad que nadie jamás habría imaginado. Leary y Alpert y sus experimentos habían gozado de gran publicidad, pero transmitían la

impresión de ser algo aislado, capitaneado por un par de doctores de Harvard que se mostraban solemnes y harto misteriosos al respecto. Aquellas veladas de LSD de San Francisco y Los Ángeles, con jovencitos colgados y delirante *rock and roll*, propagaron la impresión de que el temible LSD había prendido en la juventud como una infección —lo cual, de hecho, era cierto—. Y muy pocos cayeron en la cuenta de que todo ello había emanado de una única «toma eléctrica»: Ken Kesey y los Alegres Bromistas.

Un equipo de la revista *Life*, dirigido por el fotógrafo Larry Schiller, que estaba en el mundo del LSD y que

había realizado las fotografías en la Prueba de Hollywood, entrevistó a los Bromistas y sacó fotografías y dijo que iban a publicar un gran reportaje sobre el mundo del ácido, y que esperaban poder dedicarles la portada. Así que llevaron el autobús a un gran estudio fotográfico, y Schiller les invitó a todos a participar. Entonces... Babbs se negó a entrar. Pero el resto del grupo, Norman, Hagen, Cassady y un puñado de ellos más entraron en el estudio y Schiller sacó un montón de fotos. A Norman le pareció todo bastante convencional. Para empezar, el tipo utilizaba película en blanco y negro, cuando el elemento más obvio en los

Bromistas era el color, el Day-Glo..., cuanto más llamativo mejor, cuantas más vibraciones mejor... Luego Schiller los sentó a todos juntos, en grupo, sobre un fondo negro, y en medio puso a Cassady de pie, agitando las manos de arriba abajo como si fuera un cuervo. Sacó las fotografías con iluminación estroboscópica, de forma que parecía que Cassady tuviera muchos brazos, como el gran dios Siva. La luz estroboscópica, en aquella época, era una novedad en la fotografía psicodélica, y los medios de comunicación jamás se cansaban de utilizarla. Recrea la experiencia del ácido, etcétera. Luego Schiller pidió a

ciertos Bromistas que posaran para tomas individuales: personajes pintorescos como Cassady; Paul Foster, con sus grandes y alborotadas patillas y su Ropaje de Importancia; Norman..., quizá porque tenía barba. Lo habitual, en suma... Los demás salieron a hacer compañía a Babbs. Finalmente se fueron los que se habían quedado para las fotografías individuales, y al salir vieron que el autobús ya no estaba. Se había ido sin dejar rastro. Babbs, Montañesa, el Colgado, Walker y los otros... se habían largado.

Hagen no podía creerlo.

—Vaya..., nos han gastado una *broma* —dijo.

Los Bromistas... y los Embromados.

Estando las cosas como estaban, la broma adquirió una dimensión fundamental. Las víctimas de la broma acabaron volviendo al destartalado Sans Souci, pero Babbs & Co. se habían largado del caserón, llevándose todo el dinero y la comida. Babbs dejó el mensaje de que ellos, el núcleo interno, se iban a organizar una Prueba del Ácido por su cuenta, y que se reunirían con los demás, los Satélites, para la celebración de la Prueba del Ácido de UCLA^[55], programada para el 19 de marzo. «La gran idea nos mantenía aún unidos...» Y Hagen, Paul Foster, Roy Seburn, Marge y unos cuantos más se

dedicaron a preparar la Prueba de UCLA. Pero la UCLA se echó atrás en el trato a causa de la notoriedad cosechada con la Prueba de Watts. Y fue el principio del fin. Empezaron todos a disgregarse. Fue una época extraña, y produjo un sentimiento extraño. Nadie podía explicarse por qué Babbs se la había jugado a Cassady; a los otros, tal vez..., aunque que se la hubiera jugado a Hagen era también bastante extraño..., pero a Cassady... Era increíble.

Cassady dijo «a tomar por el culo» y se fue a San Francisco. Norman y Paul Foster se fueron a casa de Hugh Romney. Al cabo de un tiempo a Norman se le presentó la oportunidad de

ir a Nueva York con Marge la Falúa y Evan Engber, así que cogieron un coche y salieron hacia el Este.

«Apenas Leo nos hubo dejado, se acabó la fe y la concordia que existía entre nosotros; fue como si la sangre del grupo se nos hubiera escapado por una invisible herida.»

Un día Paul Foster puso en marcha el gran Dios Rotor y se sentó y se puso a trabajar en una intrincada e iluminada cartulina. Cuando la terminó, se veía una orla negra y hermosa, y en el centro las palabras

IN MEMORIAM

en florida letra inglesa antigua, y al pie: 23 de enero de 1966. El día en que desapareció Kesey. Nada más: sólo *In memoriam* y la fecha. Y la colgó en la pared.

XXI. EL FUGITIVO

Menea el culo, Kesey. Muévete.
Lárgate. Vete. Esfúmate. Vuela.
Escóndete. Desaparece. Desintégrate.
O sea, ¡corre!

Acceeeeeeeeeeeeeeeeeelera, acelera-
acelera-acelera-acelera-acelera, o ¿es
que vamos a asistir a una tardía

reedición mexicana de la escena de la azotea de San Francisco y quedarnos aquí sentados con el motor en marcha contemplando con fascinación cómo los polis suben una vez más a *echarte el guante...*?

ACABAN DE ABRIR LA PUERTA DE ABAJO, ARIETE DEL ROTOR, ASÍ QUE DISPONES QUIZÁ DE CUARENTA Y CINCO SEGUNDOS, SUPONIENDO QUE SEAN LENTOS Y ACTÚEN FURTIVA Y CAUTELOSAMENTE

Kesey está sentado en un pequeño cuarto del piso de arriba de la última casa de la playa, ochenta dólares al mes, en la paradisíaca y azul bahía de

Banderas, en Puerto Vallarta, en la costa oeste de México, estado de Jalisco, a un paso de las verdes espesuras de la selva, donde florecen los lujuriantes y húmedos y babuinescos anhelos de la paranoia... Kesey está sentado en el cuartito desvencijado del piso de arriba, con el codo apoyado en una mesa y el antebrazo en perpendicular hacia el techo y con un pequeño espejo en la palma de la mano, de forma que antebrazo y espejo son como el gran retrovisor lateral de un camión: puede mirar hacia atrás por la ventana y verles sin que ellos le vean...

VAMOS, HOMBRE, ¿ES QUE NECESITAS UNA COPIA DEL

GUIÓN PARA VER CÓMO SE
DESARROLLA ESTA PELÍCULA?
TE QUEDAN UNOS CUARENTA
SEGUNDOS HASTA QUE
LLEGUEN A POR TI

... un Volkswagen ha estado yendo y viniendo de un extremo a otro de la calle sin ninguna razón humana aparente salvo la de estar trabajando con los falsos operarios de la compañía telefónica de ahí fuera, que ahora se han puesto a silbar...

AHÍ VIENEN OTRA VEZ

... silban al modo tardo y moreno-guarache de los jornaleros mexicanos, sin ninguna razón humana aparente salvo la de estar obviamente en sincronía,

«conchabados», con los del Volkswagen. Ahora avanza por la calle un sedán de tono tostado, sin placa de matrícula pero con un número blanco estarcido —*exactamente igual a los utilizados en las cárceles*—, con un policía y dos tipos sin chaqueta y con camisa blanca, que por supuesto no son presos...

¡UNO SE VUELVE PARA
MIRAR ATRÁS!

SI VIESES TODO ESTO EN
UNA PANTALLA
CINEMATOGRAFICA SABRÍAS
PERFECTAMENTE LO QUE
HACER MIENTRAS ESTÁS ALLÍ
SENTADO EN LA TERCERA FILA
CON LA BOCA LLENA DE

PALOMITAS: «PERO ¿QUÉ MÁS
NECESITAS, SO IMBÉCIL?
LÁRGATE
INMEDIATAMENTE...»

... pero se acaba de tragar cinco dexedrinas y el viejo motor gira y acelera estupendamente, fascinado y eufórico, y nadie se marcharía de este confortable puerto —ochenta dólares al mes— de la paradisíaca y azul bahía de Banderas después de haberse «metido» una buena dosis de *speed* en las venas. Toda una escena «de policías» la que está viendo por el espejo de mano... Puede inclinarlo y verse la cara, sumida en la entropía a causa de la tensión, y luego inclinarlo en otro sentido y ver —

¡una señal!— cómo un gorrión gordo y lustroso surca el menguante sol y se cuelga por un agujero de una de las farolas: el hogar.

¡MÁS CAMIONES DE LA
COMPAÑÍA TELEFÓNICA!
AHORA SON DOS AGUDOS
SILBIDOS... SIN RAZÓN
HUMANA APARENTE SALVO LA
DE VENIR A PRENDERTE.
PUEDE QUE AÚN TE QUEDEN
UNOS TREINTA Y CINCO
SEGUNDOS

... Kesey tiene una cazadora Cornel Wilde lista para salir corriendo, colgada en la pared, una cazadora de pana tipo JungleJim, provista de sedal, cuchillo,

dinero, DDT, pastilla de jabón, bolígrafos, linterna y hierba. ¿Ha comprobado ya mediante pruebas prácticas si podrá salir por la ventana, pasar por un hueco del techo de más abajo, deslizarse por un tubo de desagüe, saltar un muro e internarse en la espesura de la selva en cuarenta y cinco segundos...? Bueno, ahora sólo treinta y cinco, pero lo único que se necesita es un poco de ventaja, aprovechar el elemento sorpresa... Además, resulta tan fascinante estar allí en proyección subastral, con la fresca fuerza de la dexedrina dentro, sincronizado a un tiempo con *la mente de ellos* y con la suya propia —con

todas sus oleadas y afluentes y circunvoluciones—, haciendo que ésta fluctúe en uno y otro sentido y racionalizando la situación por centésima vez, segundo a segundo, del modo siguiente: si ya tienen aquí a todos esos hombres, los falsos operarios de teléfonos, los policías del sedán color tostado, los policías del Volkswagen, ¿a qué diablos esperan?, ¿por qué no han irrumpido ya por las podridas puertas de este edificio mísero...? Pero antes incluso de terminar de formularse la pregunta, le llega la señal:

¡ESTÁN ESPERANDO!
SABEN QUE TE TIENEN
COGIDO, IMBÉCIL. LO SABEN

DESDE HACE SEMANAS. PERO ESTÁN SEGUROS DE QUE ESTÁS RELACIONADO CON TODO EL TRÁFICO DE LSD QUE SALE DE MÉXICO Y QUIEREN LOGRAR LA MAYOR APREHENSIÓN POSIBLE CUANDO POR FIN SE DECIDAN A HACER LA REDADA. COMO CON LEARY: SIN DUDA ESPERARON HASTA ESTAR SEGUROS DE QUE TENÍAN ENTRE MANOS ALGO QUE MERECE LA PENA. TREINTA AÑOS. PARA UN DOCTOR DE HARVARD EN POSESIÓN DE MARIHUANA. SE MUEREN DE

GANAS DE ACABAR CON ESTE ASUNTO. LO CONSIDERAN DEMASIADO PELIGROSO. Y NO LES FALTA RAZÓN... SI NO EN SUS FANTASÍAS, AL MENOS EN SU EVALUACIÓN DE LA ACTUAL Y SIEMPRE CRECIENTE AMENAZA PSICODÉLICA

SE OYE UN RUIDO ABAJO
¿SON ELLOS?

¿LE QUEDAN TREINTA SEGUNDOS?

... quizá es Black Maria que le trae cosas buenas para comer y algo que le pueda servir para su nueva identidad: Steve Lamb, un reportero de maneras suaves y un completo gilipollas...

¡CORRE, ESTÚPIDO!

... shhhhhhhhhhhhhhhhhhhhh. Habrá una sonrisa tan serena y mitigada y secreta en la cara de Black Maria...

Aceleeeeeeeeeeeeeera, acelera-acelera-acelera-acelera. Podía haber sido todo tan apacible, tan sólo él y el Colgado y la veladamente ardiente Black Maria en aquel paraíso azul de ochenta dólares al mes en la bahía de Banderas, en Puerto Vallarta. Siempre, claro, que la argucia del suicidio y el resto de la falacia del Fugitivo principal hubiera funcionado...

El viaje a México había sido fácil, porque con Boise todo era fácil. Boise siempre *sabía*. Recogieron al Colgado

en Los Ángeles, y luego a Jim Fish, y bajaron bordeando la costa hasta la frontera de Tijuana. Ningún problema para entrar en México. El paso fronterizo de Tijuana es como el puesto de peaje de una gran superautopista, una inmensa plataforma de hormigón y diez o quince cabinas de aduanas en hilera para todos los coches que llegan a Tijuana desde San Diego u otras poblaciones norteamericanas, todo de pintura verde plástica y hormigón, como en la Norteamérica suburbana de las superautopistas. Así que cruzaron la frontera con Kesey escondido en la trasera de la vieja camioneta de Boise, y el corazón ni siquiera se les puso

demasiado desbocado. ¡Arriba el ánimo, que vuelva a alentar en el cosmos un poco del *élan* de los Bromistas! Al más genuino modo Bromista, se gastaron las tres cuartas partes del dinero que llevaban en un equipo estéreo-auto Madman Muntz que podía utilizarse con sus otros aparatos de sonido, magnetófonos, cintas, etcétera.

El siguiente problema eran los visados, porque todo parecía indicar que la estancia iba a ser larga. Podía ser peligroso intentar conseguir el de Kesey en Tijuana, ya que Tijuana es en realidad un anexo de California, el arrabal de San Diego, y era muy posible que estuvieran al tanto de su caso.

—Lo pediremos en Sonoita, tío — dice Boise—. Allí les trae al fresco todo. Les pones un par de dólares encima de la mesa y ya no ven nada de nada.

Sonoita está al este de Tijuana, justo al sur de la frontera de Arizona. Kesey utiliza su documento de identidad falso y lo arreglan todo en Sonoita. ¡Fugitivo! Es la vida real, y ahora sin el menor asomo de duda...

Luego descienden hacia el sur por las penosas carreteras 2 y carretera 15, brincando y traqueteando a través del polvo pardo y de gallinas escuálidas y de bosta animal y de las vaharadas polvorientas del oeste de México, de

poblaciones como Coyote, Caborca, Santa Ana, Querobabi, Cornelio, El Oasis (ja), Hermosillo (je), Pocitos Casas, Cieneguito, Guaymas, Camaxtli, Mixcoatl, Tlazolteotl, Quetzalcoatl, Huitzilopochtli, Tezcatlipoca (el que se aparecía en la encrucijada de la Reina de la Lechería y la Reina de las Ratas adoptando la apariencia de una rata, una rata de las piedras de Popoluactli), Tetzcotl, Yaotl, Titlacahuan (aquel de quien somos esclavos), Ochpaniztl (sacerdotal Ángel del Infierno sobre una moto hecha de la piel de vaselina de Chica-que-Folla-con-Todo-el-Grupo Conoce a Basura Blanca...). Una sucesión de cráneos y muerte en el oeste

de México, la tierra de las ratas. No hay ni rastro en ella del pintoresquismo de los burros o los chales o los sombreros a lo Zapata o los grandes trozos de sandía de un rosa de televisión en color o los nenúfares o las plumas de oro o las largas pestañas o las altas peinetas o las *tortillas* y los tacos y el chile en polvo o los vendedores de camote flautistas o las muletas o los toreros o los oles o los grupos de mariachis o los lirios de agua o la sangre de dalia o las pequeñas cantinas o los sarapes o las marías morenas de las películas, de reluciente pelo negro y ardientes y menudas y redondas y respingadas y pubescentes nalgas. Nada del viejo México que

conocemos y amamos en el curso de esos viajes programados de veintiún días. Sólo el jodido polvo pardusco y los cadáveres hinchados de las ratas en la carretera, las cabras, vacas, pollos con las cuatro patas mirando al cielo en las encrucijadas podridas —de calavera de Tezcatlipocan— de México.

Para Kesey la tierra por la que huía no era sino un irredento desierto infestado de pulgas. Pero Boise la hacía soportable. Boise siempre *sabía*. Boise era un tipo arrugado de cara enjuta, y tenía el acento quejumbroso y monótono y agudo de Nueva Inglaterra más horrible que imaginarse pueda, y era un ser por completo ajeno al mundo que

ahora visitaban, pero estaba *allí, ahora, y sabía*. La camioneta se avería por decimocuarta vez...

—No hay problema, tío. Vamos a poner una piedra aquí, debajo de esta rueda... Luego sacamos la pinchada, la arreglamos y listo.

Más llanura, tierra de ratas, de mosquitos y pulgas..., en la nada total, como las líneas de perspectiva en un cuadro surrealista, pero Boise te hace comprender que todo es lo mismo, aquí y en cualquier parte. Boise rastrea lascivamente las calles al pasar brincando por los pueblos de pollos muertos, como si se tratara de un sábado por la noche en el Broadway de North

Beach, y echa el ojo a una guapa mexicana blanca que camina por un lado de la carretera exhibiendo sus honestas pantorrillas,

¡TE QUEDAN SÓLO VEINTICINCO SEGUNDOS, IDIOTA!

y dice:

—¿Qué tal si la ligamos y nos la follamos, tío?

Con el acento quejumbroso de Nueva Inglaterra de siempre, como si estuviera diciendo: «¿Te apetece una coca-cola?» Kesey mira la cara arrugada y los labios finos de Boise; parece un viejo decrépito, pero en sus ojos hay un brillo risueño y lascivo, de total certidumbre y de insensata viveza a

un tiempo. Y Boise, en aquel momento, está en el pequeño núcleo de los Bromistas Perfectos, en el círculo íntimo, y asciende al *sangha* definitivamente.

En Guaymas, en el golfo, Jim Fish decide marcharse. *¿Un prematuro ataque de paranoia, Jim Fish?* Y coge un autobús de vuelta a los Estados Unidos, dejando a Kesey, Boise, el Colgado y el equipo... Pero ¿no ha sido siempre así? O estás en el autobús o estás fuera del autobús. Kesey iba recuperando el ánimo. Boise lo resolvía todo:::este loco de Nueva Inglaterra está *aquí*, en esta tierra de ratas...

—Eh, tío... —Boise señala con un

gesto una obra junto a la que pasan, y dice—: ¿Has visto *eso*?

Como diciendo: «ahí lo tienes todo, en esa obra».

Una cuadrilla de obreros intenta dar estuco al techo de un edificio que está terminando. Un hombre gordo hace la mezcla en una bañera. Otro muy flaco va sacando la mezcla de la bañera con una paleta y la va subiendo con cuidado hasta el techo. Un poco de mezcla queda fija en el techo..., y tres o cuatro obreros que hay en un andamio de tablonés va allanándola a pequeños toques y pasadas, pero la mayor parte de la mezcla cae al suelo, donde tres o cuatro hombres más, en cuclillas, se

encargan de recogerla y echarla de nuevo a la bañera, y el tipo flaco vuelve a sacar otra pequeña cantidad con su pequeña paleta y todos se quedan mirando fijamente la escena para ver qué pasa. Están todos en cuclillas, con guaraches, míseras sandalias bajas, de tiras de cuero entrelazadas, unos en el andamio, otros en el suelo, a la espera de ver qué pasa, qué es lo que tiene el destino deparado a la pequeña carga de nada que está subiendo el hombre flaco en aquella mísera obra...

Y, en efecto, todo está allí..., todo el Viaje Mexicano...

—Tienen un dicho: «Hay...» —
Boise gira el volante para no atropellar

a un vendedor de helados que está en medio de la carretera—... tiempo^[56]».

¡VEINTE SEGUNDOS, IMBÉCIL!

Guaraches, que son *el* calzado Cutre.

Todo está sincronizado. México es el paraíso de lo Cutre. No es que carezca de valor..., es la perfección. Es como si todas las cosas Cutres de las tierras Cutres de Norteamérica, todos los *drives-in*, los aparcamientos de casas rodantes, las Reinas de los Productos Lácteos, los supermercados mínimos y rápidos, los Sunset Strips^[57], las tiendas de accesorios para automóviles, las urbanizaciones de fosa séptica, las tiendas de souvenirs, los *snack bars*, los guardamuebles, las salas de estar

Daveniter, los hoteles con hornillos eléctricos en las habitaciones, los tenderetes de libros de bolsillo en las estaciones de autobuses, las *jukebox* a monedas de los pequeños restaurantes, los servicios de hormigón visto de las gasolineras (con los bordes de los retretes llenos de orina), los aseos de los autobuses Greyhound (con sus toallitas de papel y los restos de vomitona deslizándose por la loza de la taza), los almacenes de prendas del Ejército y la Marina con calzoncillos Bikini Kodpiece, los anaqueles Super Gigantes con camisas verdes de sarga a juego con pantalones holgados para honrados trabajadores, las casitas de

ocho mil dólares con tabiques de plástico que se pliegan en acordeón y con el bebé durmiendo en una cuna plegable de malla plástica, las mesas de *picnic* con banquetas incorporadas utilizadas en los comedores, los *sandwiches* de barbacoa Jonni-Trot con una bebida carbónica de frutas, las marquesinas de tablillas de aluminio, los perfiles de aluminio, los cafés con leche tibios en tazón de loza y platillo con un charquito pardo y unas cuantas cenizas, el encargado negro que raspa la parrilla de comida rápida con un Kitchy-Brik gredoso y que no atiende tu pedido hasta que no haya terminado con la limpieza de la parrilla, la sala de espera

del consultorio médico en el que se atiende por turno de llegada, llena de humildes asistentas que mantienen los vestidos bien pegados a los asientos de vinilo reluciente y que no osan moverse por miedo a que el vestido se ahueque y se les pueda ver algo, las chaquetas de cuadros escoceses para viajar en automóvil de Sears y las gorras de lona con visera, los vestidos de fibra sintética de las camareras, con su aspecto de celofán lechoso, los cucuruchos de helado Cutres, los refrescos Cutres, los emparedados Cutres de ensalada y carne, los bocaditos de queso Cutres, las Cutrehamburguesas..., es como si todas

las cosas Cutres de todas las tierras Cutres de Norteamérica hubieran estado buscando su país, su Canaán, su Is-ra-el, y lo hubieran encontrado en México. México posee su propia estética Cutre. Es enormemente hermoso...

Llegaron a Mazatlán, el primer gran centro turístico que quienes viajan de los Estados Unidos encuentran en la costa oeste de México. Los turistas, en Mazatlán, se dedican a la pesca. A lo largo de la Avenida del Mar y del Paseo Claussen, las paredes blancas exhiben bonitas y artísticas escenas Cutres de pesca y en el interior de las arcadas de los hoteles hay grandes y brillantes peces espada azules colgados, y *gringos*

con gorras de visera de pico de pato llegados para pescar peces espada. Música de mariachis, al fin, con las trompetas que quiebran y dejan caer las notas para luego volver a hendir el aire con fuerza renovada. El Colgado tiene la brillante idea de ir al bar O'Brien, frente a la playa, donde en cierta ocasión, tiempo atrás, recibió una buena tunda a manos de trece maricas mexicanos. Al Colgado le encanta volver a visitar los escenarios de sus desastres de antaño. *También le encanta, cuando está en la playa, pasarse horas explicándoles que su mayor y más terrorífico temor es ser atacado por un tiburón en el agua...*

mientras no para de arrancarse las postillas de las picaduras de pulga hasta que las piernas le sangran copiosamente..., y entonces se levanta, se mete en el agua y se aleja nadando...

O'Brien suscita la paranoia de inmediato. Es una pausa en la película Cutre. Está en penumbra y la banda mexicana toca... de una forma que sugiere a los posibles clientes Cutres que la cosa sale por un ojo de la cara. Las almas Cutres de todo punto cardinal tienen pavor a estos oscuros, pintorescos restaurantes, porque saben instintivamente que por este tipo de ambiente de camelo se paga caro, a un

dólar la copa probablemente. O'Brien está atestado. Entonces, a través de la penumbra, descubren... a unos drogotas. Un grupo de jovencitos con pelo a lo Jesucristo, campanillas orientales y muchos abalorios, y sarapes, y mándalas: drogotas norteamericanos, en suma. El Colgado los reconoce inmediatamente. No sólo son drogotas norteamericanos sino que son de San José, y algunos de ellos han estado en las Pruebas del Ácido. *Exactamente lo que necesita el Fugitivo para que se venga abajo todo el montaje del suicidio. «Adivina a quién he visto en México...»* El Colgado, como es lógico, merced a su amor por los desastres, les

hace un gesto para que se unan a ellos. Kesey es presentado como Joe, y nadie le presta especial atención salvo una chica menuda y morena, de aire mexicano y largo pelo negro.

—¿En qué mes has nacido? —le pregunta a Kesey. Por su acento no parece mexicana. *«Suenan» a Lauren Bacall hablando a través de un tubo.*

—Soy Virgo —dice Kesey. *No tiene sentido responder a las tres primeras preguntas si uno puede abreviar respondiendo a la cuarta.*

—Eso me había parecido. Yo soy Escorpio.

—Maravilloso.

La escorpión morena —no hay duda

— conoce muy bien al

Colgado. Lo conoció hace tiempo. Pero el Colgado pertenece ya al pasado, y acontece que, conociera o no al Colgado, ella y Kesey están una noche tomando el fresco en el muelle, junto a una playa Cutre de Mazatlán, todo suciedad y descuido, pero las olas y el viento y las luces del puerto ponen una pincelada amable y la luna incide en una especie de poste de hormigón y hace que la chica quede en la oscuridad, sumida en las sombras, y él sigue en la luz, la luz de la luna, como si algún dibujante hubiera trazado una línea divisoria entre ambos cuerpos. *Black Mañana*, decide Kesey.

Así que Black Maria se une al grupo del Fugitivo, y parten hacia Puerto Vallarúa. Puerto Vallarúa se halla fuera de las tierras Cutres. Es el México de las postales. La paradisíaca y azul bahía de Banderas y una playa impoluta y blanca y casitas latinas blancas recortadas contra la selva, que es de un verde oscuro y salvaje, y limpio. Exuberantes y verdes frondas reptan hacia lo alto por detrás de las casas de la playa. Hay rumores de guacamayo, o de algún ave similar. Escondidas y venenosas orquídeas y manchas naranjas y pétalos que parpadean cuando se mueve el follaje. Una hermosa selva gótica, romántica. El Colgado discute

con el untuoso hombrecito de la inmobiliaria y consigue la última casita del extremo de la ciudad por ochenta dólares al mes. La renta es baja porque, a juicio de los turistas, la selva está demasiado cerca; y hay demasiados chiquillos mexicanos y pollos y polvo de estiércol de los campos. Boise emprende el viaje de vuelta a los Estados Unidos y Kesey, el Colgado y Black Maria se instalan en la casa. Pueden utilizar la planta de arriba: un piso y una escalera en espiral que sube a la terraza. En la terraza hay una especie de cabaña techada con paja, el punto más alto de los alrededores, una perfecta atalaya y un refugio confortable.

Kesey decide arriesgarse a llamar por teléfono a Estados Unidos para que Faye y los demás sepan que está bien. Va al centro y llama a Peter Demma a la Hip Pocket Book Store de Santa Cruz. Un leve ruido metálico —las telefonistas de la central—, y al cabo:

—¿Peter?

Desde una lejanía Cutre de muchos kilómetros:

—¡Ken!

Peter está muy sorprendido, naturalmente.

Así que Kesey se pasa los días sentado en la cómoda casita de la linde de Puerto Vallarta, bebiendo cerveza y fumando innumerables porros y

escribiendo de cuando en cuando en un cuaderno. Consigna en el papel unas cuantas pinceladas de su aventura y se las envía a Larry McMurtry.

«Larry:

»La llamada a Estados Unidos, 8 pavos cada una; además, si hay alguien a quien me gusta endosar mis mejores trozos de bobadas en prosa, ese eres tú...»

Por ejemplo, lo referente a Black Maria. Es una chica tan magnífica en tantos sentidos... Es tranquila y tiene una suerte de belleza melancólica. Sabe cocinar. Parece mexicana y habla mexicano. Puede hasta discutir en mexicano. Llego incluso a sondear al

alcalde de Puerto Vallarta sobre lo seguro que pueda estar Kesey en esta ciudad. «Hay tiempo», responde él. La extradición lleva una eternidad. No sabe cuánto me alegra saberlo...

Y sin embargo Black Maria no es del todo una Bromista. Quiere ser parte de todo esto, quiere «meterse» de lleno en esto, pero *lo hace sin convicción*. Es como la parte mexicana de su persona de Black Maria. Posee todos los atributos de lo mexicano: parece mexicana, habla mexicano, incluso su abuelo era mexicano... Pero no es mexicana. Es Carolyn Hannah, de San José, California, a todos los efectos, incluida la sangre. Kesey escribe en el

cuaderno: *El traslado del oscuro cuerpo indio*

¡¡¡DIEZ SEGUNDOS,
MALDITO IDIOTA!!!

fuera de la tierra india debilitó la sangre india con sopa de pollo y bolas de pan ázimo. Gran parte del fuego oculto tras la belleza oscura y melancólica se halla en la hondura de esas simas. Porque ella lo hace sin fe. Y sin embargo aquí se está estupendamente, en este mirador de techo de paja que hay en la azotea. Un coche enfila la calle: el Colgado y Black

Maria vuelven a casa. Kesey mira por encima del borde hacia el coche que avanza levantando polvo, y escribe en el cuaderno que es una magnífica atalaya, un lugar *que le permite verles sin que ellos me vean*. Son muchas las cosas... sincronizadas.

El Colgado y Black Maria avanzan ahuyentando a los chiquillos y levantando polvo, y Black Maria apunta hacia lo alto de la casa y le dice al Colgado:

—Mira, allí está Kesey. —Luego mira a través de la ventanilla hacia la selva—. Apuesto a que cree que no le

vemos.

SE ACABÓ TODO. El Colgado trae un telegrama de Paul Robertson, de San José, y es algo muy grave. No es siquiera una advertencia,

CINCO SEGUNDOS —TE
QUEDAN CINCO SEGUNDOS
—, ¿ES QUE VAS A
QUEDARTE AHÍ SENTADO
ESPERÁNDOLES?

es algo consumado. SE ACABÓ TODO, dice. Y quiere decir, como se sabrá más

tarde, que la argucia del suicidio se había descubierto y los polis sabían ya que Kesey estaba en Puerto Vallarías. ¿Descubierto? Dios, la broma del suicidio había resultado una auténtica ópera bufa. Para empezar, D —como temía Montañesa había metido la pata. Había conducido costa arriba en busca de un acantilado próximo a Humboldt Bay, a unos 400 kilómetros al norte de San Francisco, cerca de Eureka (California), no lejos de la frontera con Oregón, en plena tierra de secuoyas. Llegó a la última colina antes de alcanzar su punto de destino y la ranchera se negó a seguir subiendo. Así que llamó a la población más cercana

para pedir una grúa, y la ranchera del suicidio fue remolcada por un camión grúa los dos últimos kilómetros. D pagó el servicio y dio las gracias al chófer. Siempre está bien conseguir un poco de ayuda para suicidarse. A continuación D tiró las inconfundibles botas azul celeste de Kesey a la orilla, al fondo del acantilado, pero en lugar de caer en tierra cayeron en el agua y se hundieron sin producir siquiera una burbuja. A continuación, el maldito acantilado del suicidio, romántico y desolado y batido por las olas, resultó tan condenadamente desolado que nadie vio la ranchera en unas dos semanas, pese al cartel de «vota a Ira Sandperl para presidente»

del parachoques trasero. Al parecer la gente pensó que el viejo trasto había sido abandonado. La policía del condado de Humboldt se acercó finalmente a ver qué había pasado el 11 de febrero. La nota de suicidio, que tan inapelablemente convincente les había parecido a Kesey y a Montañesa mientras fumaban unos porros y se remontaban a alturas de *Weltschmerz*^[58] shelleyano..., despedía un fuerte tufo a «montaje» hasta para los muy convencionales policías de Humboldt. El caso presentaba ciertas graves contradicciones. Como el detalle de la ranchera estrellada contra una secuoya. Bueno..., ni siquiera a D, en la más

torpe de sus meteduras de pata, se le habría ocurrido pedirle al tipo de la grúa: Verá, ahora que me ha ayudado a subir hasta aquí la ranchera, qué tal si me ayuda a empotrarla contra ese árbol... Luego, la reciente y feliz llamada de Kesey a Peter Demma, en Santa Cruz. Demma se había quedado absolutamente anonadado al oír a Kesey. Mucha gente que le tenía aprecio temía realmente que estuviera muerto. Y ahora Kesey llamaba a Demma— estaba *vivo* — y le confiaba un mensaje para Faye y sus íntimos. Esto fue un sábado. Al día siguiente, 13 de febrero, domingo, Demma entró en el restaurante mexicano Manuel de Santa Cruz, y se encontró con

su viejo amigo Bob Levy, y Levy, para empezar la conversación, dice:

—¿Sabes algo de Ken?

—¡Acaba de *llamarme* por teléfono!

—dice Demma—. ¡Desde

Puerto Vallarúa!

Muy interesante.

Daba la casualidad de que Levy trabajaba como reportero para el *Register-Pajaronian* de WatsonviUe, población cercana a Santa Cruz. A la tarde siguiente, lunes, el *Register-Pajaronian* de WatsonviUe publicaba en primera plana un artículo a cinco columnas cuyo titular rezaba:

NOVELISTA DESAPARECIDO

REAPARECE EN MÉXICO

Al día siguiente, martes, el *Mercury* de San José recogió la historia y añadió un poco más de «pimienta» al asunto publicando un artículo titulado:

EL CADÁVER DE KESEY SE
LO PASA EN GRANDE EN
PUERTO VALLARTA

¡DOS SEGUNDOS, OH
CADÁVER MÍO!
NO ES BLACK MARÍA QUIEN
SUBE
ARRASSSSSSSTRANDO LOS

PIES POR LAS ESCALERAS,
AL OTRO LADO
DE LA PUERTA, IDIOTA, ES
UN POLI QUE SUBE
PESADAMENTE LAS
ESCALERAS NO HAY
SONIDO EN EL MUNDO
PARECIDO A ÉSTE
UN AGUDO SILBIDO DE LAS
TELEFONISTAS EL
VOLKSWAGEN DA MARCHA
ATRÁS EN LA CALLE
AHORA NO HAY DUDA, NO
HAY DUDA
¡COGE LA CAZADORA
CORNEL WILDE Y HUYE,
IMBÉCIL! ¡QUE EL CEREBRO

SE HAGA CARGO DE LA
SITUACIÓN!

ACEEEEEEEELERAAAAAAA
GIRA Y EN LAS CÉLULAS
PIRAMIDALES GIGANTES DE
BETZ DE LA CORTEZA
CEREBRAL PRECENTRAL
LEVANTA Y LARGA
AMARRAS LA CAPA
GANGLIONAR SE
ESTREMECE Y RÍE
TONTAMENTE LAS SINAPSIS
SE ILUMINAN COMO LOS
ALEATORIOS *FLASHES* DE
LOS BEATLES JIUUUUU
FULGURANDO NECIAMENTE
DESDE EL HOMÚNCULO

MECÁNICO PERDISTE TU
FOGONAZO OH GRAN
MASTICADOR, SALIVADOR,
VOCALIZADOR,
ENGULLIDOR, LAMEDOR,
PICADOR SUCCIONADOR
FRUNCIDOR DEL CEÑO
MIRADOR PARPADEADOR
HUSMEADOR MENEADOR
DEL PULGAR
AGUIJONEADOR GRITADOR
DE «POR EL CULO»
METEDOR DEL DEDO
HURGADOR DE NARIZ
SALUDADOR BEBEDOR
ALZADOR DE BRAZOS
INCLINADOR DE CUERPO

GIRADOR DE CADERA
FLEXIONADOR DE
RODILLAS SALTADOR
CORREDOR

¡CERO:::000000000:::CORR

¡Hijo de perra! Las marchas entran al fin, y brinca, agarra la cazadora Cornel Wilde, salta por la ventana de atrás, se desliza a través del agujero, se deja caer por el tubo de desagüe..., y ahora salta el muro, tío, e intérnate en la espesura de la selva...

OURRRRRRRRRRRRR

¿QUÉ ES ESO?

Tiene la cabeza baja, pero puede verlo

¿QUÉ ES ESO?

Allá arriba, en la ventana de la que acaba de saltar

¡MORENO!

Puede sentirlo. En las fibras eferentes parasimpáticas, detrás de los globos oculares, hay una vibración que zumba:

ARRRRRRRRRRRR

Son dos, uno de ellos un mexicano moreno y regordete con una pistola de culata dorada, el otro un sabueso norteamericano del FBI que ve cómo escapa como un mono por encima del muro y se adentra en la selva, mientras el mexicano moreno esgrime el arma de culata dorada, pero el cerebro que hay detrás de aquella cara es de esa parda tierra mexicana que se desmenuza y no

hay por qué preocuparse: no acertaría ni a un perro meando

SUMÉRGETE

en las tupidas frondas —donde estallan los tonos violetas y naranjas— de Puerto Vallarta..., el homúnculo mecánico ahora funciona a la perfección y se interna a galope tendido en las pintorescas selvas de México...

Un momento después Black Maria entra en el apartamento. Ve que Kesey se ha ido y que la cazadora Cornel Wilde de las correrías selváticas ya no está allí colgada. Otra vez la misma canción. Bien, volverá cuando tenga que volver,

cuando se sienta exhausto, y las cosas volverán a su cauce durante un tiempo. Kesey se había vuelto un auténtico paranoico, pero eso no era todo. Le gustaba el juego del Fugitivo. Tío, se larga a la selva y se esconde durante dos o tres días en la espesura y fuma montones de hierba y al cabo aparece de nuevo en casa. La cosa había empezado antes incluso del telegrama. Disponían de todo un código de señales que habían urdido entre ellos. O, mejor, que él sólo había urdido. Cuando no había «moros en la costa», ella debía colgar una camisa amarilla del Colgado en la cuerda de tender de la ventana trasera, la que daba a la selva. Era una ca misa

amarilla con un estampado negro y castaño (una prenda de *mariquita*, en opinión de Black Maria). La bandera era desplegada y Kesey volvía a casa rendido, después de haber corrido por la selva y por la playa hasta perder el resuello.

Y sin embargo la situación tenía su encanto. Era de locos, pero tenía su encanto. Kesey era la persona con más magnetismo que había conocido en toda su vida. Irradiaba algo, una especie de poder. Sus pensamientos, las cosas de las que hablaba, eran de una gran complejidad, y metafísicas y crípticas, pero sus maneras eran llanas y familiares, casi pueblerinas. Hasta

cuando rezumaba una intensa paranoia parecía poseer una absoluta seguridad en sí mismo. Era una cosa harto extraña. Era capaz de hacer que te sintieses parte de algo muy... A ella incluso le había dado un nuevo nombre: Black Maria. Ahora ella era... Black Maria.

De chiquilla, en San José, California, siempre había tenido la sensación de que todo lo que realmente era se hallaba sepultado bajo capas y capas de juegos que ella no podía controlar. Externamente no había ningún problema. Sus padres eran ambos profesores, y la vida en San José era cómoda y apacible, al modo de los barrios residenciales californianos. Pero

la mayoría de las veces nadie parece entender lo que supone crecer en este país. Pequeñas Islas de los Pingüinos llenas de chiquillos que juegan al Señor de las Moscas, un mundo de tribus de pigmeos, invisible a los ojos adultos de Isfahan..., pequeños diablos, tribus de «sementales», tribus de «calaveras», tribus de rateros, incluso tribus de espías..., amén de una masa amorfa de casos perdidos. Hasta que... entra en escena el movimiento psicodélico, en especial la hierba y el ácido... Va naciendo un nuevo marco vital y de pronto brota por doquier toda clase de..., bueno, de *gente maravillosa* que tiene muchas cosas en su interior, cosas

hasta entonces sepultadas por los eternos juegos sociales vigentes a su alrededor. Y súbitamente se encuentran unos con otros.

Una noche, estando muy colgada, experimentó la unidad, el Todo-Uno. En el cuarto había una luz a su espalda, y la luz incidió en su cuerpo desde atrás y se quebró en haces y fulguró ante sus ojos, bañando el suelo y las paredes con radios luminosos entreverados de sombras. El cuarto se hizo pedazos ante ella, se dividió conforme a aquel patrón de barras de luz que vibraban. Y de repente todo se hizo muy claro, el modo en que el cuarto se ensamblaba, en que las partes casaban, en que las partes del

todo se acoplaban como si alguien hubiera resuelto para ella un rompecabezas indio de anillos. Todo casaba con claridad meridiana, y el mundo en realidad no se hallaba dividido en juegos y bandos carentes de sentido. Antes había sido así a causa de una ilusión que se desvanecía en cuanto se conocía la clave. Y ahora había gente maravillosa que sabía la clave; ahora tal experiencia era algo que se podía compartir.

Su madre le había dado dinero para el segundo semestre en la Universidad estatal de San José, y aunque era consciente de que heriría a su madre en un principio, sabía lo que tenía que

hacer. Cogió el dinero y se fue a México con una maravillosa gente de su edad. Fue un poco más complicado, en realidad. Conocía al Colgado de la Universidad de San José, y sabía que se iba a México, a Mazatlán. Siguió, pues, al Colgado (aún no sabía nada de la «broma» de Kesey), ya que si había personas merecedoras del calificativo de maravillosas, el Colgado era una de ellas.

Mazatlán empezaba a ser el lugar de la costa oeste mexicana preferido por los adictos al ácido. Aún no había sido invadido por los turistas vocacionales, que peregrinaban más al sur y solían anclar en Acapulco. Mazatlán, además,

no era tan típica e insoportablemente mexicana..., tan *triste*... como el verdadero Centro del Ácido en México, Ajijic, en el lago de Chápala. Aquellos pobres pueblecitos del lago de Chápala, Ajijic, Chápala, Jocotepec..., con el lago en trance de secarse exhibiendo su espumosa y embarrada capa de hojas de nenúfar, y la miríada de estetas norteamericanos fracasados vagando voluntariosamente por los alrededores en sandalias, trotamundos de cuarenta y ocho años que se dedicaban a dar coba a los jóvenes drogotas de la nuevageneración *hip*. Muy triste. Es algo en verdad triste ver cómo un inconformista norteamericano dice «a

tomar por el culo» esto y lo otro y abandona la comodidad y los grandes centros comerciales y la locura bélica de esta civilización y se va a vivir entre gentes auténticas, las honradas gentes del pueblo, en la tierra de los sentimientos naturales, México, y a la mierda los cuartos de baño con bonitos azulejos..., y se sienta allí, en México, entre míseros mestizos en cuclillas, y, tío, qué honesto y real es todo esto..., y vive como un auténtico mendigo, y no es más que un pobre fracasado que envejece y que ya no tiene adonde ir.

Pero Mazatlán..., el mundo drogota de Mazatlán era un mundo alegre y risueño. Así que Black Maria se había

instalado y había escrito a su madre una carta muy... «Gente Maravillosa»...

Y se encontró con el Colgado e, inesperadamente, con el célebre Ken Kesey y otra gente maravillosa. Pero habría que decir algo acerca de la gente maravillosa... De los Alegres Bromistas, más exactamente. Había oído hablar de los fabulosos Alegres Bromistas en San José. Y Kesey y el Colgado no paraban de hablar de ellos en Mazatlán: el fabuloso Babbs, la fabulosa Montañesa, el fabuloso Cassady, el Eremita, Peleón y todos los demás. Ahora ella tenía incluso un nombre Bromista, Black Maria, pero aún no había llegado a ser una Bromista.

Y también era sensible a los «perfiles» del mundo de Kesey. Tarde o temprano Kesey volvería a reunirse con los suyos...

Bueno..., saca la camisa del Colgado cuando ya no haya moros en la costa. La ondulante camisa de mariquita del Colgado. Y que disfrute de su escapada selvática un buen rato. Si le encanta jugar al Fugitivo, más vale dejarle a su aire.

SUUUUUUUUUUUAAAAAAAAAAP

Abriéndose paso entre las exuberantes frondas de Puerto Vallarta, Kesey deja atrás la selva y sale a la carretera...

¿COCHES? ¿UN MEXICANO Y UN NORTEAMERICANO EN UN VOLKSWAGEN DE COLOR TOSTADO CLARO?

no, no hay ningún coche, amigo; cruza la carretera y baja hacia la orilla rocosa del océano, con el corazón palpitándole en el pecho; deja que su cuerpo se asiente en su cazadora Cornel Wilde de las escapadas, y escucha

¡PLOP!

las olas golpean las rocas; una pequeña vacación en la pintoresca Puerto Vallarta, con el mar batiendo la orilla en el crepúsculo. Kesey se concentra en la marea —¿alguna analogía en esto?—, pero la marea carece de propósito, es

ociosa. El corazón le late a una velocidad de taquicardia, y las olas están sincronizadas con algo diferente, con algo que ahora golpea las rocas

BANNNNNG

un ruido de puerta metálica en la carretera, como los ominosos ruidos metálicos de puertas de coche anuncian siempre en *Hud* una maldad inminente..., quizá que el moreno mexicano y el norteamericano de pelo a cepillo están allá arriba en la carretera, yendo de un lado para otro, y el mexicano moreno mascullando *yo ya debería haber terminado mi jornada de trabajo, señor...* Kesey mira hacia mar adentro, saca una libreta de la cazadora.

Procura que la tapa rosa sea perfectamente visible, para aparentar que es un inocuo artista que dibuja el oleaje rizo a rizo, como Leonardo —que sin duda *debió ser* un drogota— los más mínimos instintos, un artista sentado junto a la orilla dibujando los pequeños rizos que crea el agua al llegar hasta la playa y recular luego hacia el mar, y los diminutos pliegues que se rizan sobre sí mismos en el borde extremo del agua, todo..., rizo a rizo, como un adicto a la methedrina conectado al gran Dios Rotor... Más re saca, y de pronto

¡BANG!

... están DISPARANDO contra él. Les importa un bledo todo.

¡SIN CUARTEL!

tenemos las armas y el derecho, firmado aquí, en este trozo de papel, un solo movimiento y te vuelo la puta cabeza, y *ya te has movido*, Kesey...

¡SIN CUARTEL!

¡BANG!

pero no sucede nada. Silencio; sólo se oye el oleaje.

HA SIDO PURA PARANOIA,
AMIGO

además, ¿por qué habrían de querer liquidarte con rifles de matar elefantes? Deben de ser unos obreros que están usando dina mita. Así que sube hasta la carretera y se asoma y, en efecto, hay unos obreros que sudan y jadean

mientras las verdes frondas se agitan en lo alto de la colina. Se sentará aquí y mirará cómo los obreros utilizan la dinamita.

ESTUPENDO

se limitará a observar cómo utilizan la dinamita mientras los coches de los gringos pasan a toda velocidad por la carretera costera y las prototípicas matronas turísticas miran por la ventanilla y dicen: «*Eh, cariño, ése es Ken Keee-zee...*»

De nuevo en la selva, Cornel Wilde. Con el corazón aún martilleándole en el pecho, al borde de la fibrilación, a través de la espesura sombría y húmeda. Bien, sí, señor, mire aquí un momento,

¿qué es esto? Un chamizo de tres lados en medio de la selva, una especie de cabaña de leñador, con un catre y una pequeña provisión de papayas-mango, frutos menudos y de tonalidad pálida. Se echa en el catre, se baja la bragueta para airearse el sudor de los testículos y hurga en la cazadora y saca tres colillas de porro y las ata con una hoja y hace una especie de coño y lo enciende. Abre con el cuchillo una de las frutas, y ve cómo mana de ella un manso zumo blanco, y la deja a un lado.

UNA TRAMPA PARA FUGITIVOS DE LA SELVA

este pequeño y confortable y perfecto refugio en el que esconderse, una

cabaña, un catre, fruta de mansa leche blanca para comer, un porro improvisado..., oh, volver a la civilización sólo una vez y ver esos interminables recipientes color beige llenos de helado de treinta y un sabores diferentes y tener que elegir entre ellos, entre puntiagudo cucurucho o vaso...

¡PARANOIA!

pero ésta es la selva real, comandante. Moscas de un par de alas, anopheles de alas moteadas, culex tarsalis, phlebotomus (que te pican y te causan una fiebre de ocho días y la verruga del Perú y la leishmaniosis cutánea), tábanos de cabeza verde que transmiten el mal del conejo, loa loas de la

tularemia, moscas tse-tse, pulgas mexicanas, chinches, niguas, hormigas de terciopelo, ladillas que te reptan por el escroto y te suben por la barriga hasta debajo de las axilas y te llegan a las pestañas y te inficionan un bonito tifus mexicano de las ratas, gusanos de la mariposa de franela, cantáridas, chinches indios, garrapatas, ácaros del picor (muy eficientes transmitiendo la sarna y la viruela rickettsiosa), la garrapata hembra de la costa del Pacífico, que se oculta en el pelo de la nuca y chupa la sangre hasta hincharse como una bolsa (la parálisis te asciende desde los dedos de los pies y acaso te llegue a los pulmones antes de que esa

gran «salchicha» llena de sangre se desprenda y caiga, con las diminutas patas agitándose como pelos de gusano)

¡DDT!

se agacha y saca el bote de DDT de la cazadora y se pone a espolvorear el suelo alrededor del catre, delimitando un gran perímetro defensivo contra las amenazas vivientes de la selva..., lo cual, bien mirado, resulta divertido: estás en el suelo a cuatro patas, en mortífera batalla con aquellos seres microscópicos mientras

ELLOS

están a punto de encerrarte durante cinco, ocho, veinte años..., arrastrado finalmente hasta el límite de tus

creencias confesas. Creías que un hombre debía desplazarse desde su seguro centro hacia las lindes exteriores; que el proscrito, más aún que el artista, es quien pone a prueba los límites de la vida y que... La Película :::: sumergiéndote totalmente en el Ahora y prestando total Atención a las cosas hasta que todo discurra aunado, *sincronizado*, e imaginándolo todo integrado en la Película... tu voluntad regirá el flujo y controlará todas las selvas grandes y pequeñas

PENÚLTIMO PORRO DE TODO MÉXICO

lo saca del bolsillo y lo enciende. *Puede que deje la hierba durante un tiempo.*

Se-guuu-ro.

ENTONCES TIENES QUE CREER
TODA ESA MIERDA QUE HAS
ESTADO PREDICANDO ACERCA
DEL CAMBIO MEDIANTE LA
ACEPTACIÓN. ¡TENDRÁS QUE
CREERLA! ¡PORQUE DE LO
CONTRARIO ESTÁS PERDIDO,
MUCHACHO, Y ERES UN
MUERTO AMBULANTE, YA
PARA SIEMPRE INAUDIBLE
COMO LAS VOCES QUE
SUSURRAN SALMODIAS
BITONALES EN LAS
CATEDRALES!

Y ahora que he captado tu
atención..., si se sienta muy quieto, el

frigor amaina en sus oídos, y puede concentrarse, prestar total atención..., y un mundo llano, llano, llano fluye y se sumerge en el *ahora*, sin pasados terrores, sin augurios de horrores futuros, sólo el *ahora*, *esta* película, las vibrantes armas paralelas, y puede *sentir* cómo se integran en el flujo, en el suyo, cada phlebotomus de la verruga peruana, cada hormiga de terciopelo, cada pulga y acaro de las ratas, cada chinche y cada garrapata, cada lagarto, gato, palmera, el poder de la más vieja de las palmeras, sujeta a su voluntad, y ha llegado a ser inmune...

XXII. ¡DIABLO!

Montañesa seguía con Babbs, Gretch, Walker... en aras de la gran idea —y lo hacía con toda convicción—, pero, enfocara las cosas como las enfocara, todo acababa conduciendo a Kesey. Montañesa estaba embarazada de casi ocho meses. El autobús, La

Película..., todo se hallaba estancado, se hundía en una ciénaga. Un día llegó un paquete por correo, de México, y era una cinta de Kesey para Montañesa. Y allí estaba su voz. La calidad de la cinta era tan mala que Montañesa apenas pudo entender nada. Lo único que alcanzó a descifrar fue que estaba en algún lugar de la selva mexicana, y totalmente paranoico, y fumando un montón de marihuana.

¡OH, QUERIDO CADÁVER!

Entonces Babbs tomó la decisión de llevar el autobús a México. También ellos estaban un tanto paranoicos a causa del revuelo causado por las Pruebas del Acido. Dos días después de

que saliera a la luz el hecho de que Kesey estaba en Puerto Vallara, la prensa sabuesa de California lanzó otra fuerte andanada: LOS AMIGOS DE KESEY EN UNA FIESTA DE LSD EN LOS ÁNGELES..., un artículo sensacionalista sobre la Prueba de Watts. Pero lo que más influía en ellos era que no podían soportar más la situación; ni siquiera Babbs. Había que poner en marcha aquel maldito autobús: eso era lo esencial.

A Montaesa aún le quedaba otro mal trago por pasar. Debía comparecer ante un tribunal de San Francisco por posesión de marihuana, en un proceso derivado de su detención en la azotea.

Toda la mierda social de la que los Bromistas habían logrado liberarse tras arduos años de iniciación, ahora les volvía a caer encima en grandes oleadas de lava. Montañesa debía esperar sentada, con un hijo en las entrañas, como un prisionero de guerra en una jaula de bambú, mientras el mundo convencional la exhibía como en una feria, y peroraba y amonestaba y reprendía y meneaba la cabeza y gimoteaba un poco a su costa. Drogada, seducida y abandonada. La pobre y descarriada adolescente. Pero Montañesa logró sacarle el «lado» Bromista al asunto incluso entonces, aunque para ello no hubo de hacer gran

cosa: se limitó a dejarles que jugaran a su juego para finalmente salirse con la suya. La fantasía de aquellas gentes en relación con Montañesa era un nuevo amanecer para aquella infortunada jovencita, no un viaje directo a México... Pero, en fin, era la fantasía de «ellos»...

Montañesa compareció ante el tribunal el 20 de marzo, con un vestido rojo diez centímetros por encima de la rodilla (mucho antes de que la minifalda fuera una moda generalizada), y preñada hasta las cachas. Apareció en la sala del brazo de Peleón el Caballero. Peleón estuvo soberbio a lo largo de todo el proceso. Él era su cordura. Peleón llegó

al tribunal vestido con una camisa de pana verde, pantalones amarillos de un tejido de rizo elástico y botas rojas, y cuando los periodistas lo atosigaron a preguntas en demanda de material lacrimógeno, les tomó el pelo con increíble mano izquierda: fue soberbio.

—Debemos hacer cuanto esté en nuestra mano —declaró, con la expresión de sinceridad propia del presidente de un Consejo de Estudiantes bajo su melena de Príncipe Valiente— para conseguir que Carolyn Adams [el nombre «de fantasía» por el que el tribunal la conocía, naturalmente] reaccione y abandone esta vida delictiva. —Al hablar vibraba todo él,

amarillo y verde. Y concluyó—: Ha cometido muchas equivocaciones.

—Equivocaciones que deberían incluirte a ti —dijo Montañesa, con gran regocijo de los presentes.

El lado lacrimógeno de la historia estuvo en la fantasía elaborada por el público asistente, incluido su abogado. Fue como si la hubieran mirado y se hubieran puesto a reflexionar y hummmmmmm..., aquella pobre chica de veinte años, descarriada y fugada de casa, apenas salida de la adolescencia, ya entienden, con un embarazo de más de siete meses tras ser seducida por el diabólico Kesey, que había permitido que asumiera sola toda la

responsabilidad en un proceso por posesión de marihuana, *amén de* haberla abandonado con un hijo en las entrañas. Grrrrrrr..., el fiscal se mostró de acuerdo, su abogado se mostró de acuerdo, el juez se mostró de acuerdo... Así se desarrolló el juego de la Justicia. Y ¿dónde estaba el diabólico Kesey, que había desaparecido a la carrera rezumando droga por cada poro de la piel? Era como si todo el mundo hubiera decidido ser bueno con ella a fin de acentuar la naturaleza malvada de Kesey.

Su abogado, Steven Dedina, declaró: «Carolyn no es una drogadicta, no tiene adicción a las drogas. Su sola adicción

es una eterna sobredosis de solicitud para con personas que están lejos. Si no fuera por tal adicción, la acusada no se encontraría en este lugar concreto en este momento concreto.»

Así pues, el 22 de marzo Montañesa quedó libre con una multa de 250 dólares por posesión de marihuana. Pero si Kesey la había dejado en un aprieto, se trataba de un aprieto que ellos no lograrían entender ni en un millón de años.

El viaje a México en el autobús fue un auténtico martirio. Montañesa, con su avanzado embarazo, mantuvo la entereza

y reprimió la bilis mientras el autobús brincaba y resoplaba y daba tumbos por el desierto. Se sentía como un huevo de cien kilos. ¡Pero estaba de nuevo en la carretera! Eso era lo importante. Cualquier cosa era mejor que lo que había estado haciendo en los últimos meses. Y lo que ahora emprendía tenía su importancia. El autobús parecía averiarse cada veinte o treinta kilómetros, y Babbs se bajaba y lo reparaba tras ímprobos esfuerzos. Las vibraciones del exterior eran deplorables. Cadáveres, principalmente. Cactus achaparrados, polvo pardo de estiércol y cuerpos hinchados de perros, coyotes, armadillos..., y una vaca con la

panza llena de gas, muerta, henchida y muerta... Y en el autobús, Babbs, Gretch, Faye y los niños, Walker y Montañesa.

La fantasía, esta vez, la había concebido el Colgado. El Colgado se había puesto en contacto con ellos, y Hagen ya había viajado a verles en un coche destartalado. Ahora el autobús tenía una cita secreta con ellos en Mazatlán. Kesey había huido a Mazatlán tras el gran susto de Puerto Vallarta.

En Puerto Vallarta Kesey había tenido motivos reales para preocuparse, en cualquier caso. Arturo Martínez Garza, jefe de los federales mexicanos, había ordenado una batida en su busca

en Puerto Vallarta el 16 de febrero, dos días después de que la historia saliera a la luz en la prensa californiana. Los agentes federales habían importunado a todo norteamericano de aire bohemio que encontraron en las calles. Pero Kesey ya se había esfumado. Había vuelto a Mazatlán. El Colgado había concertado la cita —tal día a tal hora— en la playa de Mazatlán.

Babbs iba al volante día y noche a través de aquel horizonte de cadáveres, en un intento desesperado por llegar a tiempo a la cita: aquel cacharro se averiaba una y otra vez y todo el mundo estaba enfermo, no sólo Montañesa..., así que él conducía como un poseso,

como si le fuera en ello la vida. Y al fin llegaron a Mazatlán, al mar, a la gran curva del malecón... Lo habían conseguido. Todo se había debido al «flujo», un flujo deprimente y horrible, pero habían logrado cambiar su curso y lo habían conseguido, y ahora avanzaban hacia el lugar de la cita... Ni rastro de Kesey. Ni del Colgado ni de Hagen.

Un plantón quizá previsible, pero después de todo lo que habían pasado... Era excesivo. No les apetecía quedarse allí sentados junto a la playa, en aquel autobús disparatado y chillón —jamás se había visto nada semejante en México—, pero se resignaron y permanecieron en él, rendidos, viendo pasar las horas

muertas. Entre los mexicanos, sin embargo, causaron sensación. Jamás habían visto nada semejante, en efecto. «¡Diablo!», exclamaban. La mujeres escondían a sus niños bajo las faldas. En torno al autobús se congregó un gran corro de lugareños, que miraban fijamente a aquellos locos y sonreían exhibiendo sus repelentes encías color magenta.

¡Eiiiiiiii! Un coche viejo sin cristales se acerca y aminora la marcha. La primera cara, en la ventanilla del conductor, con expresión incrédula, es la de Hagen. Y la cabeza gris que atisba por la ventanilla trasera, una cabeza que asoma apenas por el borde, con suma

cautela, ¿será quizá...? Hagen detiene el coche y se baja. Luego se abre la portezuela trasera y, sin dejar la cautela, se apea un hombre de pelo gris con la cabeza ladeada, llena de sorpresa y asombro y de disgusto ante aquel gentío que no para de repetir «¡Diablo!».

Lleva una caprichosa camisa desvaída de turista y unos pantalones muy holgados. Camina como un actor de teatro de repertorio. Parece haber envejecido diez o quince años; tiene aire de honrado padre de familia en su viaje organizado de veintiún días a México. He ahí al Fugitivo.

Mierda, es todo demasiado absurdo..., esta cita secreta y demás. El

autobús que centellea con el Day-Glo en la playa de Mazatlán, el gentío que exclama «¡Diablo!», y que les jalea como en una pelea de gallos, Montañesa, bella y obsequiosa, con el pelo hasta la cintura y teñido de rubio-amarillo en la última Prueba del Ácido... Podrían haberse puesto a vender entradas.

Montañesa: estás contemplando al Nuevo Superfugitivo: Steve Lamb, un gilipollas de cuarenta y cinco años y pelo gris. Identidad en regla. Carnet de conducir del Colgado, con su nombre, Steve Lambrecht, mutilado para que se lea Steve Lamb y la fecha de nacimiento falsificada para que tenga cuarenta y

cinco años en lugar de veinticinco. Cordero^[59] de maneras suaves entre varones de verdad, Steve Lamb es un reportero de cuarenta y cinco años, un tipejo aficionado a la ornitología, amén de locutor en la emisora de radio KSRO, en el 590 del dial. Sí, señor, se ha traído la grabadora para registrar los cantos de los pájaros. Además uno nunca sabe cuándo salta la liebre de la noticia y el diligente reportero está siempre preparado, incluso en vacaciones. Este Steve Lamb de tan suaves maneras ha aprendido el secreto de la invisibilidad, que radica en reptar por la rutina, por la parte más baja y detestable de la sima que la sociedad ha

cavado para aquellos que con razón temen su poder, oh, Poderosa Banda 590...

Pero todo este afán de anonimato ya no parece que merezca mucho la pena, con este autobús que empieza a fulgurar en medio del crepúsculo mexicano. ¡Cojones! ¡Diablo! ¡Cosmo! ¡Mostrémonos como somos en esta tierra de lo Cutre! Se intercambian miradas llenas de un destello Bromista. ¡Exageremos las cosas: hagámoslas más grandes y más brillantes para que nadie sea capaz de verlas! Kesey y Montañesa y Babbs y Gretch y Faye y los niños están allí de pie, en medio de aquellas vistas Cutres..., y en el borde del corro,

recién apeada del viejo coche, surge una jovencita de aspecto mexicano y largo pelo negro... Black Maria mira fijamente hacia el mar.

XXIII. LA MAREA ROJA

La jodida marea roja, tío..., todo el mundo en Manzanillo con los nervios de punta. Trópico de Cáncer, 45 grados de temperatura, sin viento, montones de mosquitos y la marea roja matando los peces. Miles, decenas de miles de condenados peces muertos flotando

panza arriba en la marea roja. El hedor... no podrías ni creértelo, y hay algo en el aire, algo escupido por el mar que hace que los ojos te piquen como demonios. Hay quienes lo sienten en los pulmones, como si fuera una gripe. No hay calamidad mayor que la marea roja, porque aquí en Manzanillo vivimos todos de la pesca. Todos menos los gringos locos. Y encima de la marea roja, surgidos como de la propia marea roja, tenemos a los norteamericanos locos. Una jodida plaga ellos mismos, de un lado para otro en ese autobús criminal, endemoniado. Entran en la plaza, llegan cerca del gran Jacaranda en ese autobús diabólico cubierto como

de flores del cólera fluorescentes, más chillonas y llamativas que los capullos rojos del gran Jacaranda de Manzanillo,

¡MAREAROJA!

y las viejas y los niños dicen: «¡Diablo!», y se santiguan, y a los locos norteamericanos les parece muy divertido. Pero a nosotros no.

El más grande de todos, con su gran sonrisa burlona y sus ojos de bombilla norteamericana y sus pantalones de mil colores, viene a la plaza del mercado con una rubia a la que llama Gretch y unos cuantos niños rubios pegados a los talones, y mueve la cara sonriente de un lado a otro hasta que está seguro de que todo el mundo le mira, y entonces lanza

los grandes brazos de mono al aire y alza los ojos al cielo y grita:

—¡SITIO DE LA COMIDA! ¡SITIO DE LA COMIDA^[60]! ¡LLEVADME AL SITIO DE LA COMIDA!

—¿Se refiere al mercado, señor?

El hombre sonrío y se queda mirando con gran intensidad al pobre mestizo como si éste acabara de decir la cosa más penetrante de toda la historia de México, y dice:

—¡Sí! ¡Sí! ¡Eso! ¡Eso! ¡Eso!

Y todo el mundo deja paso, asombrados, al extraño grupo que se adentra con decisión en la plaza del mercado.

Aquí se habla mucho de estos locos.

Muchos piensan que son alemanes, refugiados de alguna especie de conspiración fallida. Confunden su hablar extraño con el alemán. Algunos piensan que son gánsters yanquis que han venido aquí a esconderse. Pero yo creo que han salido de la marea roja.

¡ELAGUAJE!

¡No hay duda! En el océano, donde el agua era de un azul verdoso intenso, o, en el peor de los casos, y cerca de la orilla, de un amarillo verdoso, hay ahora grandes franjas de agua rojiza, como si una canalización dividiera el propio océano y se extendiera kilómetros y kilómetros, caliente y turbia, espesa y mucosa. Los peces, al entrar en ella,

mueren casi al instante. Yo he visto cómo entraba un mújol en una de esas franjas. Pasó de las aguas azules verdosas a la marea roja y de pronto se es coró sobre el lomo, como paralizado, y empezó a hundirse, a pugnar por enderezarse, a agitarse desesperadamente, como aturdido, y salió de nuevo a la superficie, donde giró sobre sí mismo, centelleando a la luz del sol, y dejó de moverse y volvió a ladearse, inmóvil, y se fue hundiendo y desapareció bajo las aguas, y al cabo de un rato volvió a salir a flote, ya muerto, para unirse al pestilente y muerto banco de peces, cangrejos, róbalos, mújoles, arenques, caballas, camarones,

percebes, coquinas, peces vela, peces espada, marsopas, tortugas..., inmensas masas de hediondo y viscoso tejido orgánico flotando en una pavorosa colonia muerta sobre la marea roja. Muerta fulminantemente...

... ¿a causa de qué? A causa del plancton. Todo el mundo sabe que es el plancton el causante de la marea roja..., como si a algo así se le pudiera catalogar como una causa. Porque el plancton está siempre ahí, millones de organismos invisibles, millares en un simple vaso de agua salada. Es él quien posee ese reflejo azul verdoso y da el color a nuestro océano, aunque en otros lugares su reflejo es rojo y tiñe de esa

coloración al Mar Rojo, sin causar daño alguno a los seres vivos que lo pueblan, y al Mar Bermejo su tono bermejo y al Lago de Sangre esa leche rosadoroja de azufre. Pero aquí, frente a la plácida Bahía de Manzanillo, en el océano Pacífico, este diminuto, invisible... hummm..., dinoflagelado, el *Gymnodinium brevis*, de una sola célula y dos flagelos, se desplaza de un lado a otro con rapidez y comienza a multiplicarse. Y de pronto, si se le observa al microscopio, como en su día hizo Charles Darwin, parece *estallar*, y se divide en dos dinoflagelados, y éstos en cuatro, y así sucesivamente, en una progresión vertiginosa, hasta caber diez

millones de ellos en un vaso de agua marina, que se vuelve roja al reflejar la luz su pigmentación roja, hasta que finalmente, y a causa de los millones de jodidos estallidos, un potentísimo veneno llamado aconitina invade el agua... Pero *¿por qué?* *¿Por qué* se ha desencadenado *ahora* esa maligna cadena de estallidos del plancton...?

... un vasto e inmortal Grupo de Microorganismos de veinticinco kilómetros de largo y cinco de ancho... En verdad inmortal. El primer minúsculo *Gymnodinium brevis*, mientras la marea roja se expande, sigue viviendo sin duda con el mismo vigor que el cien mil millonésimo. Pues se

multiplican simplemente por división celular. Los grandes peces espada mueren, las marsopas mueren, todas las criaturas del mar mueren, y los pescadores mueren, pero el *Gymnodinium* es inmortal, al igual que el hermano instantáneo de cada *Gymnodinium* que haya existido desde el comienzo de los tiempos..., no hay pasado, no hay futuro, sólo el Ahora..., inmortales, los muy hijos de puta. No es una *causa*, señor, no ha habido *punto de partida* en el tiempo; es sólo el punto de intersección del doscientos mil octillonésimo *Gymnodinium* y todos sus antepasados y descendientes con nuestro ahora en este viejo lugar llamado

Manzanillo donde la marea roja nos está poniendo al borde de la histeria. Lo único que sabemos es que ayer había pesca, y que hoy los peces están muertos, y que el plancton venenoso y los locos norteamericanos están vivos, y que mañana tendremos que encontrar la causa y el remedio..., ¿o es que cabe la *posibilidad* de que el ayer y el mañana no sean sino una extensión del Ahora que abarca inmortalmente una superficie de veinticinco por cinco kilómetros cuadrados...?

Entonces, Ahora, Esaú, Judit, Basemat, Reuel... en suspensión en el

mucus. Qué mal viaje. Montañesa está echada en la cama de su cuarto, mirando el techo. Vaya chapuza de enlucido... Y todos en suspensión en un mucus abrasador (cuarenta y tres grados centígrados)... Ella, Kesey, Faye, sus hijos, George Walker, la nueva chica: Black Maria... tienen una casa junto a la playa; nueva, con certificado de construcción Cutre recién expedido; bloques de ceniza y yeso; podría arañar con los dedos y abrir un boquete en ellos. A unos cincuenta metros más allá, al otro lado de la carretera de la playa, La Choza Cutre: una fábrica de piensos animales Purina. Sí. Habitada por Babbs, Gretchen la Bella y los niños de

Babbs. Es un pequeño y peculiar edificio hoy vacío, alicatado con brillantes azulejos. Todos se hallan apiñados y varados como moscas en este mucus abrasador de Manzanillo, y por si fuera poco padeciendo la pestilente marea roja. Hagen, con la pierna escayolada; Julius Karpin, el Drogota Más Duro del Oeste, de Berkeley (miembro del círculo externo de los Bromistas), con otra pierna escayolada. Eligieron Manzanillo por las razones siguientes: era un lugar aislado, había pocos norteamericanos en el verano (estaba fuera del circuito turístico), constituía un islote seguro y apartado. Varados en una ciudad al

borde de la histeria, sin carreteras que lleven al norte ni al sur; son nueve o diez horas infernales de autobús a Guadalajara, la única vía para volver al mundo. Durante el día no se puede salir ni hacer nada a causa del calor; por la noche no se puede salir por culpa de los mosquitos; la selva que hay más allá de la Choza Cutre está llena de sucios cocoteros y de todo tipo de inmundicias selváticas; el picor te recorre, vivo como una entrepierna llena de niguas; hay todo tipo de bichos exóticos; picaduras, inflamaciones, ampollas..., el paraíso de los mosquitos, con escorpiones, por añadidura, que salen del polvo de estiércol y que se parecen

a las langostas como las ladillas a los cangrejos. Quietos, como petrificados en esta mierda; esperando; ¿a qué? En primer lugar, a la *pasta*; todos los días suplicando en el altar del Telégrafo, a la espera de dinero de los Estados Unidos. Se supone que los abogados de Kesey están tratando de conseguir dinero, y día tras día alguien —como por ejemplo Black Maria, la nueva chica de Kesey— baja a Telégrafos a preguntar —utilizando un alias— si ha llegado algún telegrama de algún abogado de San Francisco, o del abogado de la capital mexicana con quien los abogados norteamericanos de Kesey han contactado para que arregle las cosas

con la policía mexicana. Se apellida Estrella. ¿Porque es una estrella de la abogacía? Quién coño sabe. Aquí estamos, en la Isla del Diablo, nosotros los fugitivos; sin ningún sentido del tiempo; de los Estados Unidos solo llegan noticias increíblemente malas. Ron Boise, que padecía de reumatismo cardiaco, ha muerto de un ataque al corazón a la edad de treinta y dos años; Norman Hartweg ha tenido un accidente de coche camino del Este con Marge la Falúa y Evan Engber, y está en un hospital de Ann Arbor, paralizado casi por completo. Cosas increíbles salidas del Karma tiempo-muerte. Y aquí no existe el tiempo. Sólo un *ahora* en calma

chicha que se extiende eternamente hacia atrás y eternamente hacia adelante.

Así que Montañesa está tendida en la cama y mira hacia arriba a través de las oleadas de calor que se alzan en el mucus abrasador (cuarenta y tres grados centígrados) de Manzanillo, y no está colgada con nada; quizá está un poco ida, pero no drogada. No, ni siquiera está ida. Pero todo es un poco como en aquella distorsión del tiempo que producía el ácido. Como si se vieran todos arrastrados permanentemente a un tiempo primitivo. Ésta es una situación permanente: Kesey no podrá volver nunca, porque lo encerrarían para siempre; y ella tampoco puede volver.

¿A qué? ¿A que la metan de nuevo en la jaula de bambú para someterla a peroratas y sermones y gimoteos compasivos hasta ahogarla? Ninguno de los dos puede volver, porque no hay nada a lo cual volver. Ahora todo está aquí. En México. Como lo vaticinó aquel día Kesey en La Honda y ella empezó a aprender español, idioma que ninguno de ellos (salvo Black Maria) sabe realmente. Siempre enclaustrados como en un capullo, aislados de los dignos y ahora nerviosos nativos. Sólo que son los Bromistas los primitivos: abandonados a sus propios recursos, reviviendo la vida primitiva del hombre, con tan sólo la esperanza cada día más

exigua de un milagro benéfico dimanado del sagrado Telégrafo, un milagro que acaso rompería ese maleficio... de hace tres mil años.

Hace tres mil años, Montañesa baja hacia el agua, hacia un remanso; lo hace todos los días para lavar la ropa, pañales y otras prendas sucias; todos los días camina en el agobiante calor, bajo el salino sol, a través de la maleza y la arena llena de estiércol; va a lavar la ropa a la orilla del... Nilo, y la hija del faraón baja también a lavarse en el río, y sus doncellas van bordeando la ribera, y cuando la hija del faraón ve la canasta entre los lirios, manda a su criada a cogerla... Es como si estuviera bajando

al río y se estuviera viendo a sí misma, de doncella, tres mil años atrás, bajando al río, en el mismo instante, en... Oriente Próximo. Siempre es, de algún modo, ese Oriente Próximo sacado de alguna vieja Biblia ilustrada... Calor asfixiante (cuarenta y tres grados centígrados), espadañas y el eterno engorro de la colada; nada para leer salvo *Nova Express*, de William Burroughs, los libros de Nietzsche y de Dostoievski de Kesey y una Biblia. *Nova Express* puedes leértela en un par de horas, pero con la Biblia puedes *demorarte...*, y poco a poco, sin que nadie diga nada, sin necesidad siquiera de colocarte, te encuentras en otra

dimensión temporal: las tribus bíblicas, las mujeres tribales bíblicas que lavan en el río; y vives como los hijos de Isaac y Rebeca en el Libro Primero, e incluso tomas identidades bíblicas; eliges y encarnas un personaje de la Biblia, *realmente*; es hace tres mil años..., te has remontado atrás... a los tiempos remotos del... Génesis, a Esaú, y Kesity es Esaú, el velludo; y Esaú era un hábil cazador, un hombre del campo, y Jacob era un hombre sencillo, y vivían en tiendas. 13: ¿Se parecían? Describámoslos: Esaú era el cazador diestro, y Jacob el hombre tranquilo, amante del hogar. 14: ¿Quién era el primogénito? Esaú. 15: ¿Valoraba su

derecho de primogenitura? Veamos: un día que estaba hambriento, desfallecido, se la vendió a su hermano Jacob por un plato de lentejas, o por cualquier otra comida. Así millares de seres, por el placer presente, se arriesgan a perder el alma, o la pierden de hecho. 16: ¿A quién se la vendió, y a cambio de qué? Véase 15. 23: ¿A quiénes eligió Esaú como esposas? A Judit y a Basemat, hititas (Génesis 26, 34). 24: ¿Aprobaron sus padres su elección? No; se afligieron mucho con ella. Y Basemat dio a luz a Reuel... hace tres mil años. Porque en este lugar no existe el tiempo, sólo un eterno *ahora* que se extiende infinitamente por el mundo entero y por

la historia de este mundo. Porque el mundo busca su propio nivel, que es el mar, y todos los seres vivos del mar morirán, pero el *Gymnodinium brevis*, que no conoce otro tiempo que el *ahora*, vivirá por siempre, y has oído que fue dicho por tus ancestros que la Tierra era redonda, pero yo te digo que...

Kesey estaba tumbado fuera de la casa grande en una hamaca. Y Black Maria, en pantalones negros ceñidos, se había puesto a rumiar sus cosas, a contemplar el mar dándoles la espalda, lo cual molestaba a todo el mundo. Ellos, de cuando en cuando, se reían

solapadamente, y eso, claro está, la ponía aún más tensa de lo que estaba. Julius y Mike Hagen tenían sus respectivas escayolas pintarrajeadas con Day-Glo, con llamativas y gloriosas figuras similares a las del autobús. Kesey, echado en la hamaca, leía a Nietzsche :::: quién hubiera imaginado que aquella vieja valquiria patilluda fuera un drogote de tal calibre, un tipo tan en el ajo...

Así pues, pequeños ciclos dentro de otros ciclos... Hagen seguía produciéndose heridas traumáticas. En Barcelona había tenido un accidente de moto, pero siguió practicando el motociclismo y acabó con un hombro

lesionado de forma crónica. En Canadá volvió a sucederle algo parecido. Y ahora en México, con la pierna rota y la escayola llena de Day-Glo, se nota algo muy desagradable allí dentro, debajo del yeso, y descubre una garrapata, y corta y abre la escayola y localiza otras dos más, y ve que la pierna rezuma pus... Junta ambos lados del corte y venda toda la escayola con cinta adhesiva.

—¿Por qué te has vendado esa preciosa escayola, Mike? —Me he estado buscando garrapatas.

Un par de días después ni siquiera podía andar hasta la Choza

Cutre. No hubo más remedio que entregarlo a los oficios Cutres del

Hospital Civil.

—Dame algo de *speed*, Julius, para poder lidiar con esos cabrones.

Kesey trata de animarle diciéndole que podrá filmar la boda de Montañesa y George Walker.

—¡Oye! —dice Hagen—. A lo mejor conseguimos que ese tipo, el *mayor jefe*^[61], celebre aquí la ceremonia.

Hagen empieza a menearse de un lado a otro a la pata coja y a chasquear los dedos. *La dextrina está empezando a alborotar y hacer cosquillas al tipo de aquí dentro...*, dice señalando la escayola.

—No digas chorradas —dice Montañesa.

—¡Qué amable!

—No digas chorradas.

Montañesa tiene un aspecto espléndido de amazona, pero parece muy deprimida, con su vistoso pelo amarillo de la Prueba del Ácido hasta la cintura (aunque con un círculo negro, parecido a una gorra, en la parte superior de la cabeza, donde asoman las raíces naturales). *Como Mike, pospondrá mientras pueda todas esas tonterías mundanas que odia. Sólo hace tres semanas que sabemos que le encantaría casarse legalmente, para que su hijo pueda disfrutar de plenos derechos mexicanos... Pero ella sabe desde hace nueve meses cuál es la*

fecha límite para ese matrimonio.

George, Faye y el Colgado vuelven de comprar comida en el mercado, y George lleva los pantalones azules de terciopelo del Colgado, una camisa a rayas verticales anaranjadas y blancas, muy anchas, que le ha hecho Gretchen la Bella, botas altas hasta la rodilla que él mismo se ha decorado con listas diagonales de Day-Glo anaranjadas y blancas, y el pelo lleno de motas color naranja de la última Prueba del Ácido. Todo está arreglado en el ayuntamiento para la boda entre la señorita Carolyn Adams y el señor George Walker, y en el Hospital Civil para el nacimiento del niño.

—... y compraremos una cunita blanca...

—No digas chorradas.

—... y filmaremos la boda en la playa, al atardecer, con micrófonos y todo. Babbs tenderá el cable y el altavoz..., y pondremos música, y podremos oír a Gretche ¡tocando al órgano *La Marcha Nupcial*... !

—No digas chorradas —dice Montañesa.

Así que Montañesa y George se casaron sin estridencias en la ciudad. Y Montañesa dio a luz en el Hospital Civil, y fue una niña rubia y sana a quien

puso el nombre de Sunshine^[62]. Al nivel del mar...

Kesey en la casa grande... *Siempre hay un zalamero triángulo reverberando en la casa, con los cuatro cuartos individuales amenizados por las interminables variaciones sobre el tema «Faye y yo y George y Montañesa»...*

Montañesa sigue taciturna.

—Mira esa pared. Es horrible. No, en serio. Mírala. Podría arañarla y hacer un agujero en cinco minutos.

—¿Por qué no lías un porro?

—¿No podríamos ruinárnoslo en mi

cuarto para que no tenga que darme un susto cada vez que Faye da un portazo?

—Mmmmmmmmm...

—No importa. Ha sido una pregunta un poco tramposa. Además, si me quedo aquí me mantendré despejada.

Los ánimos van mejorando ligeramente en medio del torpor de la marea roja. Los Bromistas empiezan a hacer pequeñas cosas propias de ellos. Hagen ha vuelto del Hospital Civil cojeando, pero con sus cosas de tipo adorable de siempre. Nada de equipos estereofónicos ni de proyectores ni de cintas de vídeo con que armar bulla en

la Isla del Diablo..., pero ha dado con la mejor de las cosas existentes en los alrededores, y ha conseguido «sacársela» a un pobre lugareño: una tortuga. Una gigantesca tortuga marina de unos veinticinco kilos de peso. El monstruo causa un gran alborozo en todos ellos, pero nadie sabe qué diablos hacer con él, ni siquiera Faye, la esposa pionera y cocinera jefe, la dietética, la técnica y experta mecánica... Ningún caldero del mundo sería capaz de contener tal mole animal. Así que le dibujan una enorme calavera y dos tibias cruzadas en la concha y la devuelven al mar, con el feliz pensamiento de que le acaban de conceder otros doscientos

años de vida. Nadie en el México de Zecotopetl, el dios de la muerte, se atrevería ahora a atraparla para prepararse un estofado...

Babbs, después de muchos días de vida hosca y taciturna en su reducto de Purina, sale a darse una vuelta... y saluda en tono lascivo: «¡*Hola, Je-e-e-ed!*!» al hijo de tres años de Kesey. Nadie sino Babbs en su mejor pose de Belze-baabs sería capaz de saludar a un infante de tres años con semejante tono de demencia lúbrica.

Se presenta en la casa Page Browning, con talante de fiesta, encantado con los guaraches y con el país de lo Cutre. ¡Guaraches en todos

los pies de México! Ni a alguien tan desaforado como él se le habría ocurrido jamás inventar un artilugio más diabólico y engorroso...

—¡Los tienen a todos amarrados con los guaraches! No puedes correr, no puedes andar, nunca te quedan bien, te hacen daño en los pies. Lo único que puedes hacer es quedarte sentado y quieto. Así es como mantienen a raya a este pueblo. ¡Los tienen a todos amarrados con esta maldita mierda de calzado! —Y sigue así un buen rato...

Un día, de pronto, aparece Sandy Lehmann-Haupt, de vuelta de un largo viaje, en una motocicleta. Viene desde Nueva York a lomos de una motocicleta,

recorriendo media Norteamérica y atravesando las tierras Cutres hasta este extremo occidental de México, hazaña nada despreciable ni para un Neal Cassady. Kesey le mira y no puede creerlo. Parece más fuerte, más sano, más tranquilo, más seguro de sí mismo que nunca. Lo mira y siente un presagio al que no puede poner nombre...

Incluso les visita Bob Stone. Surgido de los viejos tiempos de Perry Lane. Llega en un coche alquilado en Hertz. Fue en avión hasta Ciudad de México, donde alquiló un coche. *Esquive* le ha encargado escribir un reportaje sobre Kesey en el Exilio. Ah..., así que el viejo mundo aún espera... Stone,

siempre hipersensible, ve al FBI y a los federales detrás de cada cocotero..., o escorpiones, y al mismo tiempo, sin embargo, se zambulle de cabeza, como siempre, en cuanto caótica debacle los Bromistas se encarguen de montar, y grita, por ejemplo, «Cuidado, que esto es muy peligroso», mientras hace el salto del ángel desde el primer acantilado que encuentra a mano.

No paran de tomar dexedrina. Stone y Babbs se van en el coche de Stone, colgados como bellacos, rumbo a Tepic, otra ciudad del país Cutre. Vuelven soltando risitas y comentando su extraña experiencia con el Animal de la Carretera. Iban viajando por el polvo de

estiércol, tras días sin dormir y ciegos de dexedrina, de tierras de matorrales y burros, y cayó la noche y todo se hizo muy extraño. Stone ve unos pequeños puentes mexicanos y piensa que son lagartos gigantes, y Babbs también los ve. La carretera se convierte en una fina cuerda floja tendida sobre la tierra de nadie de los monstruos, y de pronto... ¡los monstruos se apoderan de la carretera! Ante sus ojos, allá adelante, aparece el mayor monstruo que hayan visto jamás ojos humanos, tan descomunal que parece a horcajadas sobre la carretera como una tarántula con patas de tres metros de altura a cada lado de ella, y con el inmenso y sucio

abdomen y las mandíbulas cerniéndose sobre el centro, un monstruo ávido de *comida*, y el coche avanza hacia él, y ellos no se atreven a pararse ni a avanzar...

—¡No! ¡No te acerques! —grita Stone.

—Tenemos que hacerlo —dice Babbs—. Tenemos que pasar a través de él.

—¿A través de él?

—Tenemos que hacerlo —dice Babbs—. Porque si no jamás podremos *seguir*...

Entonces, repentinamente, el *poder seguir* su camino se les antoja la cosa más crucial de la historia de la

humanidad...

—¡Ya lo sé! Pero es que es tan...

—¡Tenemos que hacerlo! —dice

Babbs.

Se aprestan a enfrentarse con el desastre, con Armagedón, con el fin de todas las cosas...

... ¡y pasan *a través de él!*...

... es una jodida enorme máquina de obras públicas que avanza pesadamente por la carretera a velocidad guarachemexicano, con los mestizos que van encima mirando llenos de asombro al coche que acaba de pasar por *debajo* de ellos a cien o ciento diez kilómetros por hora...

Stone y Kesey van camino de

Sonora. Se sienten estupendamente, con una buena dosis de *speed* en el cuerpo. Stone piensa que va detrás de un cristal tintado, en un taxi, aunque es él quien conduce. Así que, como en un taxi, recogen a un jovencito, un norteamericano, que hace autostop de vuelta a California. Le pueden llevar hasta Sonora. Nos vamos a California, dice Stone, y salen a toda marcha.

—¡California! —exclama Kesey, con el acento campesino más burdo que es capaz de simular.

—Sí —dice Stone—. Le estoy llevando a este amigo —señala a Kesey— a California para que vea cómo sale el sol. No ha visto nunca salir el sol.

—Bah —dice Kesey—, me estás tomando el pelo. El sol no sale.

—Jamás te tomaría el pelo —dice Stone—. El sol sale, y vas a verlo.

Extraña sensación la de ir en taxi a través de las tierras mexicanas de ninguna parte, con Kesey tras un cristal tintado.

—Bahhhhh... —dice Kesey.

El chico, entretanto, está mortalmente quieto.

—¡No te miento! —dice Stone—. Mira allá arriba. Ahí lo tienes: ¡el *sol*!

—Uyyy, uyyyyy, *Dios*, tenías razón, ahí está, ¡el *sol*! ¡Bueno..., si lle-e-e-e-na todo el cielo...! ¡Si ilumi-i-i-i-na todo el valle...! ¡Si se refle-e-e-e-ja en

el océano...!

Unos kilómetros después, el chico dice en un tono como despreocupado, de la manera más natural que es capaz de simular:

—Eh, amigos, creo que me bajaré en Tepic en lugar de en Sonora. Acabo de acordarme de que tengo que ver allí a una persona.

Y se apea del coche.

¡Nunca confíes en un Bromista!

Y Cassady... Cassady irrumpe también en la costa Cutre en uno de sus vehículos Cassady, acelerando acelerando acelerando a la eterna velocidad Cassady, con una nueva Excalibur propia de Cassady. Lleva un

enorme martillo de dos kilos con el mango envuelto en cinta de Day-Glo, que maneja como una maza de gimnasia de la mañana a la noche, lanzándolo al aire y cogiéndolo al caer, imprimiéndole giros dobles, triples, cuádruples, giros normales, giros excéntricos, meneando sinuosamente hombros, codos, rodillas, pies... a un ritmo espasmódico. La Broma y el Cisma, al parecer, han quedado olvidados ya hace tiempo. Si hay alguien capaz de romper esta jodida marea roja y despejar el aire mucoso que se expande vertiginosamente por los canales oceánicos, ése es Cassady... Así que los Bromistas fuman hierba y se suben al tejado de la casa grande y se

sientan, mientras Cassady ofrece una exhibición de su pericia con la maza en el crepúsculo, embarcado en un alado viaje en el que logra situarse escasamente a una treintava parte de segundo del Ahora. Cassady ejecuta su desatada danza norteamericana de la maza al lado de un estanque de agua quieta, y los Bromistas ven el reflejo de Cassady en el agua, y su propio reflejo mirando desde arriba a Cassady, pero mirando *hacia* arriba desde la superficie del estanque, en un perfecto encadenamiento asimétrico, parpadeante de Day-Glo y de crepúsculo, invocador de apariciones del pasado, una puerta de luna para el mundo en el inmenso acto

de contemplarse a sí mismo, Domnu, *sativa y rajadas* a un tiempo, *fons et origo*, Película del instante... Ahora.

¡Harry mango-húmedo!

Y la Bocanada de *Alucilusión* empieza a batir sus alas como las aspas de cuero de una rueda de la fortuna de feria, un pájaro Cutre, pero que conoce el agujero del cielo. Kesey está en la casa grande, y el viento se ha levantado y el cielo está nublado, y la Bocanada aletea, y el enlucido Cutre se halla tapizado de páginas de cómics del Capitán Marvel, de secuencias enteras del Dr. Strange, del Submarinista, del Increíble Hulk, de los Cuatro Fantásticos, de la Antorcha Humana...

de los Superhéroes, en suma. Todos los drogatas creen que son obra de dibujantes adictos a la methedrina, a juzgar por la minuciosa dedicación fluorescente de sus manos. ¡Superhéroes! *Übermenschen!* Qué extraño resultaba que Nietzsche, aquel curioso y pequeño Peter Lorre misántropo con patillas y profesoral levita Tübingen de una negrura acerba, hubiera estado tan en el meollo del asunto...

... y Kesey oye que Bob Stone le dice:

—Nietzsche está ahora en el cielo, Ken, diciéndonos: «Entiendo lo que estáis haciendo..., pero no se os ocurra

leer mis libros»...

... sí, la vieja Valquiria estaba en el ajo. El mundo no era una hilera de causas y efectos proyectada eternamente hacia adelante, sino algo finito que se repite eternamente, de forma que todo lo que alguna vez ha sido y alguna vez será se halla apresado en el *ahora*, en un Eterno Retorno, a la espera tan sólo de los Superhéroes para volver a emerger; y a partir de ahí se da una nueva y total Revaluación en la secuencia. Combinando la inspiración de Nietzsche con su propia inspiración del *atenerse al presente...*, del hombre que ve por siempre su propia película y no logra jamás llegar al paraíso que se halla

detrás de la pantalla: como vislumbró Nietzsche, la vida es un círculo y por ello es el ir, no el llegar, lo que cuenta. *Vive en el instante. Numerosos sabios lo han dicho. Yo lo he intentado. Dediqué a ello mucho tiempo y mucha energía. Y descubrí que aquellos sabios se engañaban..., ¡por la sencilla razón de que estamos siempre en la inminencia de vivir en el presente pero jamás llegamos a vivirlo realmente! ¡Ahhhhhhh!*

Sin embargo, tal como los Bromistas y muchos de sus allegados creen, él sabe que de algún modo ha tenido un atisbo de la gran bestia aleteante, y que ha trapasado ya este lado de la pantalla, y

que accede a la verdadera y plena y desnuda esencia del misterio..., a lo que popularmente suele llamarse «iluminación»..., y rememora:

Es de noche y ha bajado hasta el agua, alto en hierba, y se ha sentado, y la luz de los letreros eléctricos —¿de Coca-Cola?— de la ciudad le llega a través de la bahía, y cada línea de luz se destaca recta, con nitidez, la línea primitiva, la de la Edad de Piedra, la de la hierba...

EL PLANO CAMBIA A

noche, mismo escenario, alto en ácido,

las líneas no le llegan rectas sino en perfectos semicírculos, la línea del ácido, la línea del presente, el círculo perfecto, como las arañas a las que inyectaban ácido y tejían pequeñas y perfectas telas circulares...

EL PLANO CAMBIA A

noche, mismo escenario, alto en opio, la única vez que ha tomado una droga dura en su vida, las líneas empiezan trazando círculos pero acaban en forma de pequeño gancho, como esos pequeños garfios dibujados en el agua en las estampas japonesas, como los pequeños

garfios que vemos en ese extraño cómic, *El Espiritu...*, ahora es la línea del futuro, que completa el círculo sin necesidad de cerrarlo todas las veces, que llega a su término con sólo conocer el comienzo del viaje

EL PLANO CAMBIA A

noche, una tormenta con aparato eléctrico en medio del calor mexicano, alto en ácido, el relámpago rasga el cielo..., *jallí!, jallí...!*, y la electricidad pasa a través de él y sigue su camino, una segunda piel, un ropaje de electricidad, y si el tiempo fue alguna

vez «ahora» es *jahora!*..., y lanza la mano hacia el cielo para hacer que el rayo estalle donde él señala..., *jahora!*, tenemos que eliminarlo, abolir el desfase entre el fogonazo y el ojo, y *conseguirlo*, volver a entrar en el *Ahora*..., como Superhéroes... abiertos..., hasta que cae sobre la playa y Montañesa lo encuentra agarrado a su garganta y asfixiándose como si lo estuviera atragantando la arena...

Allende el ácido. Han hecho el viaje, han conseguido cerrar el círculo, todos ellos, y o bien emergen como Superhombres, cerrando la puerta tras ellos y remontándose y pasando a través del agujero en el joven cielo, o bien se

quedan vagando en el rizar el rizo del desfase... ¡Casi meridiano! *Presque vu!* ..., muchas sabias cabezas lo vieron..., Pablo les hablaba de ello a los primeros cristianos: si bebéis el vino para la venida del Espíritu Santo..., tarde o temprano la Sangre acabará fluyendo dentro de vosotros *para siempre...* Zoroastro les hablaba de ello a sus discípulos: no podéis seguir tomando agua de *haoma*^[63] indefinidamente para *ver* las llamas de Vohu Manah; tenéis que *convertiros* en las llamas... Y el Dr. Strange y el Submarinista y el Increíble Hulk y los Cuatro Fantásticos y la Antorcha Humana juegan en las paredes Cutres de la casa grande como

estroboscópicos Cassadys con su martillo, *fons et origo* :::: y o bien haces esto permanente en tu interior o habrás de encaramarte torpemente a la torre del vigía cada vez que necesites echar una breve ojeada al horizonte ::::

XXIV. LA DETENCIÓN MEXICANA

Hagen, entretanto, era cada vez más... Hagen. El del encanto irresistible..., y al parecer una bella neófita de California había insistido en seguirle hasta México. *Querido papá: No te preocupes por mí. Estoy en*

México con una gente maravillosa...
Su padre, claro está, intuyó que había *beatniks* y droga de por medio, y puso en juego todos sus resortes para averiguar dónde estaba su hija y hacer que volviera a casa. Tal fue al menos lo que más tarde se dirían a sí mismos los Bromistas para explicar la misteriosa catástrofe que se les vino encima a continuación, en la carretera de Guadalajara.

Hagen, Kesey y Ram Rod^[64] iban en una furgoneta hacia Guadalajara una noche cuando se toparon con un control de carretera de los federales mexicanos. ¿Qué hacer? ¿Girar en redondo? ¿Embistir contra la barrera y

atravesarla? ¿Montar la pamema? Hasta el momento todo había ido tan bien con las autoridades locales que se sentían fuertes y seguros de sí mismos, así que Kelsey decidió detenerse e intentar el viejo ardid de «meterlos» en la película. Bien sabe Dios que los Bromistas se las habían visto antes con multitud de polizontes.

Pero..., claro, no sabían hablar «mexicano», de modo que con aquellos federales ni siquiera pudieron poner en marcha la Película. Los agentes sujetaron a los tres, e inmediatamente registraron la furgoneta en busca de marihuana. Y la encontraron. Y eso zanjó la cuestión. Bajo la lluvia, en

medio de la noche, en las tierras Cutres. Los polis mexicanos no importunan tanto a la gente por la hierba como sus colegas norteamericanos, pero tienen las mismas leyes al respecto, y no les agrada lo más mínimo tener a esos drogotas como huéspedes en su país. Kesey, además, estaba —policialmente— «caliente», como ellos dicen. Un auténtico desastre, en una palabra.

La carretera 15 discurre paralela a las vías férreas que ascienden hacia Guadalajara desde la frontera de Guatemala. Entre la carretera y las vías hay erizados y oscuros espacios de alta maleza: matorrales, broza, espinos, hojas afiladas como cuchillas. Kesey

sonríe con tristeza y empieza a desplegar su monserga de «bueno, nos han echado el guante, amigos»..., su pantomima de la sinceridad, de «así son las cosas», etc. Los federales cogen su tarjeta de turista, que está falsificada. Bien, dice Kesey, ustedes ganan, amigos, y añade: déjenme ir detrás de esas matas un segundo antes de llevarnos con ustedes. Tengo que echar una meada. Gringos y mexicanos y lo que sea..., cuando aprietan las ganas de mear, todos somos iguales, ¿no es cierto? Así que los federales dicen «de acuerdo» y Kesey se interna en los matorrales...

... por el rabillo del ojo ve que se acerca un tren por la vía secundaria, y

que toma la última curva despacio...

... ¡mueve el culo!, ¡pon en marcha el rotor!... Kesey se lanza maleza adentro hacia la vía, hiriéndose las piernas con espinos y afiladas hojas, y las luces del tren bañan trémulamente las erizadas masas de vegetación de una tonalidad ocre extraña y mórbida, y él se abre paso a través de la broza y trepa por un costado del tren y se encarama a un enganche y sube por una escalerilla hasta el techo del furgón. Arrecia una súbita racha de lluvia, un relámpago rasga el cielo e ilumina toda la escena, y su cuerpo..., y los federales corren hacia el tren bufando entre la maleza, como mexicanos de película cómica, y

el esfuerzo hace que les estallen los botones de la panza, y gritan: *¡hoy!*, *¡pronto*^[65]! y entonces

PAMMMMPAMMMMMMMMMMPAMMMI
¡los muy bastardos *disparan* contra él!
¡Mamá no permite que aquí se fume hierba! Su irritación es grande, hacen profesión de sus creencias..., otra vez la oscuridad, y Cosmo permite que lo vuelvan a ver durante el fugaz fogonazo de un rayo..., y más carreras y bufidos y

PAMMMMPAMMMMMMMMMMPAMMMI
cómicos polis latinos..., hasta que el tren gana velocidad y él se mantiene pegado al techo del furgón y avanza rumbo a la Ciudad Límite de alguien, situada quién sabe en qué lugar...

... un lugar que resulta ser Guadalajara. No tiene dinero, ni hierba, ni nada de nada. Se encamina a la inevitable plaza de los mariachis, se acucilla en la oscuridad, empapado y tiritando. Se pregunta si en esa ciudad tolerarán a los vagabundos gringos. Por la mañana un mexicano se acerca y entabla conversación con él. Habla inglés. Es un tipo delgado de unos veintitantos años, muy guapo —del tipo de Rodolfo Valentino—, casi femenino.

¡MARICA!

le ofrece a Kesey su cuarto de hotel para descansar

¡MARICA!

agotado y trémulo, acepta. El hotel no es

mucho mejor que una pensión de mala muerte, pero es limpio. El joven, Mario, tiene una habitación pequeña, pulcra y ordenada. Un cómodo refugio.

—Venga, échate a dormir.

Kesey trata de resistirse a la fantasía del sueño

¡LA OFENSIVA DEL MARICA!

pero el sueño le vence y se queda dormido, y despierta mucho después, absolutamente «intacto». Mario tampoco tiene un centavo, pero envía un telegrama a cobro revertido a Manzanillo con el nuevo alias de Kesey, Sol Almande. *Salamander*^[66], ¿comprendes?, el animal que vive en el fuego. Espera durante todo el día, y el

día siguiente, y Mario no es otra cosa que una persona adorable.

¿CUÁL ES SU JUEGO?

Baja a orar al sagrado altar del telégrafo. Los empleados guaraches de Telégrafos están sentados entre papeles que revolotean, entre montones de telegramas. *Hay tiempo*^[67]. Tienes que saber cómo abordarles, le dice Mario. Sube al piso de arriba, y al poco el Guarache Jefe revuelve entre el montón de telegramas en busca de uno dirigido al ardiente Almande. Pero no hay nada. A la mañana siguiente Kesey decide arriesgarse y va al consulado norteamericano simulando ser un pobre pescador yanqui, de pelo canoso e

incipiente calvicie, que se ha quedado varado y sin un centavo y que tiene que volver a Manzanillo. Una chica del consulado, la señorita Hitchcock, le da veintisiete pesos para un billete de tercera clase en el autobús de Manzanillo, y se embarca en él, y Mario sacude la mano en tierna señal de adiós. Ése fue tu mal viaje, Kesey: no entender aquella pura y humilde demostración mexicana de ternura..., no entender que eso era todo lo que pretendía Mario, que se trataba sencillamente de un ser humano *muy simpático*^[68]. El viaje en autobús fue horrible: dieciocho horas brincando por las tierras Cutres, la mitad del tiempo sin carreteras

asfaltadas... Tierras Cutres, sí, pero llenas de rostros abiertos... Las gentes te miran como los adictos al ácido, con expresión absolutamente abierta, queriendo encontrar algo en lugar de ocultar algo. Numerosas paradas para orinar, y Kesey, irritado, no puede sino desesperarse a la espera de que el conductor reanude la marcha. Tiene hambre, y está deshecho. Al cabo de unas diez horas de viaje, están parados y el conductor va hasta el fondo del autobús y mira a Kesey con una expresión abierta y simpática, y le da seis pesos, así, sin una palabra, apenas diecisiete centavos, pero suficiente para unos *tacos* o algo parecido, y el

conductor se da la vuelta y regresa a la parte delantera a sentarse ante el volante. ¡Una tierra extraña esta tierra de lo Cutre! A veces esta gente *sabe*. ¡Hay esperanza! No sólo para los pocos elegidos, los Superconscientes, sino también para las insospechadas multitudes que se abren y miran. Gentes que aquí, en las tierras Cutres, esperan.

De nuevo en Manzanillo, volvía a fluir la adrenalina. Hageny Ram Rod habían dado con sus huesos en la cárcel. Al igual que casi todo en México, el marco carcelario era a un tiempo duro y suave. Las celdas estaban muy sucias, e infestadas de garrapatas, piojos, escorpiones... La comida era infame.

Pero podías hacer que te trajeran todo lo que te viniera en gana si podías pagar por ello, desde sabrosas enchiladas hasta hierba y *speed* y ácido. Así pues, Hagen y Ram Rod se mantuvieron en chirona deliciosamente colgados y míseros.

En cualquier caso, Kesey empezó a intuir que, tarde o temprano, acabarían deteniéndole. No eran los mexicanos quienes más le preocupaban. Los mexicanos siempre estaban dispuestos a negociar al respecto. Quienes de verdad le preocupaban eran sus compatriotas fanáticos. Los cazadores de hombres del FBI. Conocía el caso de Morton Sobell, el espía atómico, que de pronto apareció

un buen día en una población fronteriza custodiado por un agente del FBI y cruzó con él la frontera. Si el FBI te atrapa físicamente en México, los mexicanos les echarán incluso una mano. A ellos y a los entusiastas cazadores de drogotas del condado de San Mateo. Corría el rumor de que había polis de San Mateo que pasaban sus vacaciones en México con la exclusiva finalidad de atrapar a Kesey y dar lugar a unos sabrosos titulares en la prensa. La casa grande y la Choza Cutre, a medida que aparecían más y más drogotas de visita, se estaban convirtiendo en refugios cada vez menos seguros. Los visitantes se presentaban con abiertas sonrisas de camaradería;

eran chicos de California, o incluso de Nueva York, que de un modo u otro se habían enterado de *dónde estaba Kesey*. Siempre llegaban con el convencimiento de que, naturalmente, los Bromistas iban a estallar de gozo al verles..., *nosotros, el exiguo y sacrosanto círculo; nosotros los iniciados del mundo del ácido...*, de que iban a recibirles con la sonrisa desbordada, de oreja a oreja... En el mundo del ácido de los Estados Unidos, como es lógico, era algo de muy buen tono saber *dónde estaba Kesey*. Suponía estar muy en el ajo. *Sí..., he visto a Kesey allá en México...* Varios Bromistas, además, llevaron a amigos. Chicas también, claro está. Y Page se

presentó con una rubia alta, con aire de doncella danesa, a quien todos llamaban Doris Delay. Aquello se parecía cada vez más a La Honda; era como su anexo tropical: La Honda en el Trópico de Cáncer. Los recién llegados se acomodaban donde podían, en la casa, en la Choza Cutre, en el autobús. A una chica llamada Jeannie, una noche, le picó un escorpión. Se despertó todo el mundo: ¿qué hacer? Consideraron el asunto durante un rato y al final decidieron dejarse llevar por el *flujo* e irse a dormir. La chica sobrevivió.

Kesey se mostró muy permisivo ante la situación. No se rechazó a nadie. *Pon a prueba mis creencias*. En cualquier

caso, ya no era posible creer que pudiera existir el menor atisbo de secreto en torno a la película del Fugitivo. Era sólo una cuestión de tiempo, o de excesiva desidia... Todo aquello, sin embargo, ponía muy tenso a Kesey, que solía coger el coche y conducir hasta un acantilado y sentarse a fumar hierba mientras contemplaba el mar... Como acostumbraba a hacer Black Maria.

Black Maria estaba pasando un verdadero infierno interior. Es decir: se sentía terriblemente sola. *¿Sola?* Uno se pregunta cómo una persona franca y abierta puede sentirse sola en medio de tanta gente auténticamente franca y

abierta que hace tantas cosas en común y que se pasa todo el tiempo colocándose en compañía. ¿Se sentía alguna vez sola *Montañesa*? ¿Se desesperaba alguna vez *Montañesa*? Impensable. *Montañesa* se hallaba perfectamente *sincronizada* con todo aquello. Y ella, Black Maria, era tal vez la única persona en la historia de aquel grupo que se sentía sola... en la jerarquía de los Bromistas.

¿La jerarquía de los Bromistas? Se suponía que entre los Bromistas no existía jerarquía alguna. Hasta Kesey era considerado el «no capitán», el «no maestro». En aquella hermandad, ciertamente, nadie era más que nadie, ya que no existía la competición, no

existían los juegos de poder... Habían dejado todo aquello atrás, en el mundo convencional..., pero... Llamémoslos juegos de poder, o como se nos antoje, pero el caso es que en aquel momento, entre las mujeres, Montañesa iba primero —era la más cercana a Kesey—, y luego Faye, o puede que Faye fuera la primera y Montañesa la segunda. Y Black Maria era quizá la tercera, pero a tan lejanísima distancia que en realidad ya no importaba. Entre los hombres estaba Babbs, siempre el preferido..., y, bien, no existían los *juegos de poder*..., pero en ocasiones daba la impresión de que el viejo juego de la *personalidad*..., de que la belleza física y todas aquellos

viejos encantos de la *agresividad*, de la *sociabilidad*, incluso las aptitudes atléticas... resultaban allí tan rentables como en todas partes.

Sin embargo, poco a poco, Black Maria acabó convirtiéndose en una Bromista. Era algo que se percibía en el aire: era una de los suyos. Había alterado el flujo de las cosas; y sin haberlo aceptado siquiera.

La chica de Page, Doris Delay, pasaba ahora por la misma experiencia. Había algo que quería preguntar, pero ¿cómo preguntarlo? Al cabo se decidió: se acercó a Sandy Lehmann-Haupt y le dijo:

—¿Qué quieren decir con *nunca te*

fies de un Bromista?

XXV. EL AGENTE

SECRETO NÚMERO UNO

Una tarde Page llega como una tromba a la casa grande y dice:

—¡Eh! ¡Hay un tipo al otro lado de la carretera sacándonos fotografías!

Es cierto. Hay un tipo que mira a hurtadillas desde el borde de la ventana

de una casita a medio construir —otra maravilla Cutre de bloques de ceniza— situada al otro lado de la carretera de la playa. El sol arranca destellos del objetivo de la cámara. Kesey siente la adrenalina bombeándole para la fuga, pero Page cruza corriendo la carretera en dirección a la casita como si fuera el dueño del lugar, seguido de cerca por Babbs.

En el interior de la casita encuentra a un mexicano, que viste como un hombre de negocios —traje de brillo metálico, camisa blanca y corbata— y aparenta unos treinta y tantos años.

—¿Qué diablos hace aquí? —dice Page.

—¡Hola, amigo! —dice el tipo, muy tranquilo. Habla inglés—. A lo mejor compro esta casa. ¿Qué tal la playa, le gusta?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Muy bien! —dice Babbs.

Babbs exhibe su sonrisa fingida con tal intensidad que el tipo parece perder el temple unos instantes, aunque lo recupera de inmediato.

—¿Sí?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Muy bien!

—Sí. Me alegro. Me gusta saber la opinión de otras personas en estos casos. Bien, ¡hasta la vista, amigos!

Y se dirige hacia la puerta en

ademán de marcharse.

—Mándenos algunas fotos si salen bien—dice Babbs.

—¿Algunas fotos?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Muy bien! ¡Muy bien!
¡Muy bien!

—¿Qué fotos?

—Las nuestras. Nos gustan las fotografías. Tenemos un álbum entero de ellas. Nos gustan mucho las que nos sacan sin que nos demos cuenta, ¿sabe? Apuesto a que nos ha sacado unas muy buenas.

—Sí. —El mexicano se queda muy pensativo—. Les diré, amigos. Quizá puedan ayudarme...

—¡Sí! ¡Sí! ¡Muy bien! ¡Muy bien!

¡Muy bien!

—Pertenezco al servicio secreto de la Marina Mexicana, y a lo mejor pueden ustedes ayudarnos... Tenemos informes de que hay submarinos rusos operando en estas aguas.

—¡Sub-ma-rinos! —dice Babbs, con asombro absolutamente fingido.

Para entonces hay unos cuantos Bromistas congregados frente a la casa grande, observando cómo Babbs y Page hablan con el mexicano a la puerta de la casita Cutre.

—Sí —dice el mexicano—. Tenemos informes de que unos submarinos rusos se acercan a esta orilla por la noche. ¿Han notado ustedes

alguna actividad de este tipo?

—¡No-ta-do! —dice Babbs—.

Bueno, ¡ya lo creo que hemos notado algo! ¡Tiene que venir por aquí una noche de éstas! A veces hay tantos de esos aparatos que no puedes ni irte a dormir de la cantidad de señales luminosas que emiten. Se reflejan en las ventanas, parpadeando como demonios..., un código muy cerrado, sí señor. Muy difícil. Pero lo descifraremos. Tenemos a unas cuantas buenas cabezas trabajando en ello. Mire, a este mismo... —dice, señalando a Page, y sigue parloteando sobre la descarada actividad de los submarinos rusos en aquellas aguas...

Entretanto Cassady cruza la carretera lanzando al aire el martillo..., giros sencillos, dobles, triples..., hacia lo alto, haciéndole describir rizos, cogiéndolo, al caer, de espaldas, y así sucesivamente, pero sin mirar hacia ellos ni un instante. Luego coloca un ladrillo de pie sobre una valla, a unos cinco metros del mexicano, sin decir ni media palabra ni dirigirle la vista en absoluto, y se pone a agitar brazos y piernas a un lado y a otro en su particular interpretación de Joe Cuba. Luego se da la vuelta y cruza la carretera en dirección a la casa grande.

—Sí —dice el mexicano—. Por favor, ¿puedo hacerles una pregunta?

Uno de nuestros informes dice que un ruso podría haber desembarcado aquí de uno de los submarinos. Mide poco menos que un metro ochenta, es un hombre fuerte, de unos treinta años... Tiene... el pelo rubio y rizado, y bastante escaso por la parte de arriba... ¿Han visto a alguien de esas características?

—¡Un ruso! —dice Babbs—. ¿Ha estado usted en el «sitio de la comida»?

—¿El sitio de la comida?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Muy bien! El mercado. En el mercado no se oye hablar más que ruso. Están por todas partes. ¡Lo sabe ya todo el mundo, tío!

El tipo levanta la *cabeza*, y se queda mirando a Babbs a través de las gafas oscuras como si así pudiera enfocar mejor a su interlocutor.

... y entonces...

UUUFIUUUFIUUUFIUUUFIUUUFIU
¡BAMMM!

... Cassady, que ya ha cruzado la carretera de la playa y está a unos siete metros de distancia, se vuelve de pronto y lanza el martillo de dos kilos como si fuera un puñal y alcanza de lleno el ladrillo colocado sobre la valla, a unos cinco metros del mexicano, y lo hace trizas.

—Sí —dice el mexicano—. Gracias, amigos.

Se da media vuelta y echa a andar a buen paso por la carretera de la playa, sube a un sedán y se aleja.

Al día siguiente, sin embargo, el pequeño petimetre vuelve, y camina con energía por la carretera de la playa, y Babbs lo ve y sale a su encuentro.

—¡Amigo! —dice el mexicano—. ¿Ha visto algún ruso hoy? Y le dedica una sonrisa chispeante, como de dar a entender qué gran broma la de ayer, eh, tíos, qué bien nos lo pasamos...

En vista de lo cual Babbs se queda un instante pensativo, y al cabo dice: vámonos al Palacio Polinesio y

hablamos de hombre a hombre del asunto.

El mexicano dice que muy bien y ambos echan a andar hacia la ciudad, hacia el restaurante polinesio. Bien, al menos esto alejará al tipo de la casa grande. Kesey está preparado para esta contingencia, listo para salir huyendo en uno de los coches. Podría huir por la selva, pero la selva es tan desagradable... Pero la carretera tampoco era un camino de rosas. Si de veras quieren cercarlo, montar rápidamente una barrera en la carretera 15 no les costaría gran cosa. Bien, habrá que largarse de la casa grande, en cualquier caso. Así que Kesey y Stone

montan en el coche de Stone y se dirigen al acantilado que mira al océano y se fuman un par de porros para evaluar la situación.

Aparcan en el acantilado y contemplan la infame marea roja. La jodida y ponzoñosa marea roja. Analizan la situación desde diversos puntos de vista, y finalmente Kesey toma una decisión: de nada vale huir: ni por la selva ni por la carretera. Se trata del juego *de ellos*, de *su* juego de policías y ladrones. Es *su* película, y ellos conocen su película al dedillo, y saben cómo termina, y nosotros *también* sabemos cómo termina. La Justicia triunfa siempre tras una alegre cacería, y el

Fugitivo, en la última bobina, acaba mordiendo el polvo de estiércol a fin de mostrar el horror de su vida drogadicta. Lo único que se podía hacer era convertir *su* película en la película de los Bromistas, e imaginar a aquel personajillo del traje metálico dentro de tal película. No hay nadie a quien se pueda acudir corriendo para decirle: Mami, esta película ya no me divierte, es demasiado real, mami... ¡Hay que afrontar las creencias propias, mi comandante, no hay más remedio...!, o si no retirarse con el rabo entre las piernas... Se ponen a hablar de las películas de fugitivos que han visto en las que el fugitivo acaba ganando, y

llegan a *Casablanca*, la de Humphrey Bogart. Bogart es un fugitivo que regenta un restaurante en Casablanca, en el desierto marroquí. La acción transcurre durante la Segunda Guerra Mundial, y Bogart es cómplice en la lucha que llevan a cabo ciertos miembros europeos de la Resistencia, y el personaje filonazi o de la Francia de Vichy (muy parecido a un agente del FBI), el poli villano de la película, en definitiva, le interroga:

—¿Por qué vino usted a Casablanca?

—A tomar las aguas —dice Bogart.

—Aquí no hay aguas —dice el poli malo—. Estamos en mitad del desierto.

—¿Sí? —dice Bogart—. Pues me informaron mal.

¡Eso es! ¡La Película! Así que Stone y Kesey vuelven y se reúnen con Babbs y el mexicano en el bar del restaurante polinesio.

El petimetre mexicano y Babbs se lo están pasando divinamente. Sobre la mesa hay seis u ocho botellas de cerveza, y el mexicano está muy animado y comunicativo. Gesticula con ampulosidad, e insta a los recién llegados a sentarse y a unirse a ellos. Y sigue hablando. Quiere saber el nombre de Kesey, y Kesey le dice que su nombre es Sol Almande. Babbs también le ha mentado al decirle el suyo en el curso de

la charla, y Stone le dice que trabaja para la revista *Esquire*. El mexicano examina un comprobante de gastos de *Esquire* que le muestra Stone como si se tratara de un documento extremadamente sospechoso. Luego saca su cartera del bolsillo interior de la chaqueta y la abre, y muestra una gran placa en la que hay grabado un número 1.

—¿Qué es eso? —dice Babbs.

—¡Eso! ¡Soy el agente *número uno*!

—¡El a-gen-te se-cre-to nú-me-ro uno! —dice Babbs—. ¡Sí! ¡Sí! ¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Muy bien! —dice el Agente

Número Uno, echando la cabeza hacia atrás y mirando de lado a Babbs.

Es como un cruce entre el Zorro y Nerón. Y acto seguido pasa a dar cuenta de sus famosos casos.

—¿Que Elizabeth Taylor viene a Ciudad de México? Sí. Pues es cosa mía. La conozco muy bien. Sí. Me voy a su hotel, y allí está ella con toda esa gente..., ufffff... —Alza las manos y baja la barbilla hasta la clavícula, como dando a entender que duda que ellos puedan hacerse cargo de la cantidad de gente que había con la Taylor—. Todos aquellos «funcionarios» haciendo esto y lo otro, hasta en el pasillo, fuera de la habitación..., y uno de ellos, un gran maricón, me dice que no puede entrar «nadie, ¡nadie!», «¿Nadie, eh?», le digo

yo. Es un gran maricón. A mí no se me escapa uno. Tienen un aspecto especial, los maricones. Tienen los cojones del tamaño de habichuelas, se les ve en la cara, en la voz... Son suaves como la seda, los maricones... «¡MARICÓN!», le digo.

»Su voz emite un débil “oh”, ya sabéis, como un ridículo hilillo.

»“¡APÁRTATE, MARICÓN!”, le digo.»

El Agente Número Uno casi salta de la silla al reconstruir la escena; los ojos se le salen casi de las gafas de sol, y está tan enardecido que parece como galvanizado por un millar de voltios. Luego vuelve a asentarse en la silla.

—Bue-e-e-e-no —dice al cabo con voz muy queda, y sonrío como alguien que se dispusiera a echar una cabezada. Del modo en que lo ha explicado, uno puede ver al maricón desmoronándose, deshaciéndose, convirtiéndose en pequeñas pizcas de gelatina y abriendo la puerta de la *suite* de la señorita Taylor.

Ya no hay nada capaz de detener al Agente Número Uno. Le borbotea en el cerebro una hazaña tras otra. Acorralado como una rata, les planta cara a sus enemigos. A punto de ser abatido por una ráfaga de proyectiles, saca el revólver y dispara un tiro, *un tiro*, amigo, y el asunto queda zanjado. Los

muy hijos de perra creen que han sido más listos que él, y están preparados para atacar, pero él ya ha movido su pieza y les está esperando en el sitio preciso, como un cubo bajo un grifo... E historias por el estilo. Lo extraño, sin embargo, es que ninguno de estos fabulosos casos tiene que ver ya con celebridades. Son siempre casos de posesión de marihuana en los que están implicados ciudadanos norteamericanos. Sí.

Finalmente coge la cámara y saca una fotografía de cada uno de ellos.

Kesey dice:

—¿Por qué no vienes mañana por la noche a nuestra fiesta?

Habrá un montón de gente.

— Vuestra fiesta?

—S . Damos una fiesta de despedida mañana por la noche.

— De despedida?

—Sí. Nos vamos de México. Volvemos a California y damos una fiesta de despedida.

—Bueno, amigo, gracias. All  estar .

Y así empezó la primera Prueba del ácido mexicana.

El Agente Número Uno no era el poli más brillante de las Américas, pero era obvio que los Bromistas estaban ya

agotando su tiempo en el viejo México. Era hora ya de hacer que la Película continuara en todos los proyectores. Tenían el autobús. La nueva fantasía era montar en el autobús y ponerse en movimiento. Recorrer las tierras de México y organizar Pruebas del Ácido, y *estar en el autobús*, y hacer que la película de los Bromistas funcionara en todo momento y a toda máquina.

Celebraron la Prueba de Manzanillo en el patio de la Choza Cutre de Babbs, bajo los auspicios de Purina Piensos Animales. Fue una Prueba nada multitudinaria, y acogió tan sólo a los escasos drogatas de los alrededores. No iban a estar los Grateful Dead, claro

está, así que contrataron por diez dólares al conjunto latino del restaurante polinesio para que se desplazara hasta la Choza y tocara en los intermedios. Serían los propios Bromistas quienes se ocuparían de la música. Tenderían todos los maravillosos rollos de cable, y Gretch se pondría al órgano, y proyectarían las películas y pondrían las luces y todo lo demás. La noche del evento, muy calurosa, se llenó de relámpagos, y fue precioso, y los músicos Bromistas desgranaron sus extrañas tonalidades chinas, que gimieron electrónicamente en los pagos Cutres mexicanos. Pero ni rastro del Agente Número Uno.

Kesey esperaba realmente que el tipo apareciera. Estaba lo bastante loco como para encajar perfectamente en la Película. Era —él mismo— una criatura de ficción. En cualquier caso, era preferible tenerlo allí recogiendo datos para su carrera de fábula que acechando entre los cocoteros y afanándose por hacerles víctimas de alguna última y extrema fantasía policial. Bueno, si se daba el caso, saldrían y se irían a cantar y a desmadrarse a orillas de la marea roja...

Los músicos del restaurante polinesio, que iban y venían tras cada intermedio, volvieron y tocaron. Era estupendo dejarse «intoxicar» por la

síncopa latina. Luego un tiempo muerto y luego..., ¡qué mierda es eso...!

¡HOY! ¡PRONTO^[69]!

... un grito agudo que llega desde más allá de la Choza Cutre. ¿Dónde he oído yo antes ese grito, Cosmo?

¡HOY! ¡PRONTO!

Todos se quedan quietos, a la espera del ataque. Los mexicanos suelen hacer las cosas a lo grande. Bueno, veamos cómo hacen su redada..., veamos cómo los federales ponen en práctica su fantasía de mariachis, quebrando las notas altas y volviendo a hacerlas remontar y bufando y avanzando en tromba con culatas doradas y estrellas en los dientes...

¡HOY! ¡PRONTO!

Pasad, pasad, amigos, aquí cada cual se paga lo suyo...

... y en una esquina aparece el propietario del restaurante polinesio, hecho una furia porque su conjunto latino lleva más tiempo del debido con aquellos locos, que el intermedio ya ha pasado hace rato y él ya tiene demasiados problemas con los malos tiempos de la marea roja para que sus músicos se queden por allí remoloneando con aquellos gringos locos...

—¡Hoy! ¡Pronto! —dice gritando—. ¡Daos prisa! ¡Moved el culo y volved a mi negocio!

Y les conduce a empujones, como a un rebaño, fuera del delirio de Purina Piensos Animales.

¡HOY! ¡PRONTO!

Los relámpagos de la tormenta de calor surcan el cielo con violencia..., una buena señal. La Película continúa.

Los Bromistas salieron de Manzanillo al día siguiente, sin la menor noticia del Agente Número Uno (ni una palabra, ni una señal), con el autobús en todo su esplendor y una pequeña caravana de coches. Pusieron rumbo a Guadalajara, donde organizaron una Prueba del Ácido en un restaurante. La Prueba duró dos noches, y en ambas apareció un mexicano bien vestido, con

la inevitable y resplandeciente camisa blanca de las noches mexicanas sobre su recio diafragma, acompañado de una corista, y ambos se quedaron hasta el final de la velada, aunque no tomaron ácido. Sonreían y bailaban y parecían divertirse. Resultó ser el jefe de la policía local. No estamos solos.

El autobús llegó a Aguascalientes, a 572 kilómetros al noroeste de Ciudad de México, cargado con todo el utillaje de las Pruebas del Ácido. Aguascalientes está situado a dos mil metros de altitud, en *tierras frescas*^[70] de un clima paradisiaco a finales del verano; es una ciudad extraña, construida sobre una vasta red de túneles por... una raza

desconocida. Bromistas, sin duda, en la distorsión del tiempo de muchos milenios atrás. De pronto Sandy se muestra extraordinariamente entusiasmado. Sandy lleva la moto en el autobús. Cada día está más fuerte; la aventura mexicana parece sentarle bien.

¡Las aguas termales!, dice Sandy. ¡Tenemos que probarlas! Un cálido y sedante baño de agua mineral empapando todos los huesos de este paraíso de final de verano... *La limpieza viene después*. Aguascalientes: todas aquellas *tierras del fuego*^[71] fueron apiladas piedra a piedra a fin de levantar un pequeño trozo de Paraíso en las alturas.

Montañesa escuchaba todo aquello y sabía que, bueno, no había más que hablar: se quedarían en Aguascalientes todo el día. Si había algo a lo que Kesey no sabía resistirse era a la perspectiva de un largo baño caliente. Era capaz de estarse una hora entera en la bañera, en cualquier momento del día o de la noche, y en las aguas de la paradisíaca Aguascalientes sin duda cuatro o cinco.

Así que Kesey y un puñado de Bromistas fueron y se sumergieron hasta las mandíbulas en las fuentes termales. Hagen fue el encargado de quedarse a cuidar el autobús y el equipo de las Pruebas del Ácido. Sandy se fue a dar una vuelta en la moto.

Al poco Sandy volvió al autobús. Su aspecto era más enorme y saludable que nunca. Llevaba una chaqueta anaranjada que emitía destellos de Day-Glo y la moto muy pintada con pintura fluorescente. Irradiaba fortaleza. Subió al autobús y fue hasta el extremo trasero, y segundos después se bajó con el pesado Ampex en brazos.

—¿Qué haces con eso? —le dice Hagen—. Necesito algo pesado para ponerlo atrás en la moto: voy a hacer una prueba de velocidad —dice Sandy—. Tendré que llevar un montón de cosas cuando vuelva a Nueva York, y quiero comprobar el peso que puedo manejar bien en este trasto.

—Bueno..., no sé —dice Hagen. (Tío, aquí hay algo raro.)—. El equipo del grupo no puede salir del autobús. Ya sabes lo que dice el jefe.

—No me lo *llevo* del autobús, en realidad —dice Sandy—. Sólo voy unas manzanas más allá para ver cómo se maneja la moto con el peso.

Mientras hablan, Sandy está atando el enorme bulto del aparato sobre el asiento trasero de la moto. Es tan pesado y voluminoso que no parece factible que pueda recorrer con él ni veinte kilómetros.

—No creo que debas... —dice Hagen.

—Enseguida vuelvo —dice Sandy.

Y sale a toda marcha con la trasera vencida por el peso.

Pasa una hora, pasan dos, y no ha vuelto. Hagen está preocupado. Aparece Kesity, que vuelve de los baños. «¡*Vamonos!*», dice. Ha comprendido de inmediato lo que pasa. El fatídico Ampex por el que Sandy había discutido un año atrás. El hijo de puta se lo ha llevado.

Montan en un coche y toman la autopista del norte hacia Zacatecas. Les lleva una buena ventaja, pero no podrá ir muy lejos con toda esa carga en la trasera de la moto. Pasan a toda velocidad por las encrucijadas llenas de letreros de Coca-Cola y Carta Blanca

del viejo México, y dejan atrás Chicalote y Rincón de Romos y San Francisco, y se paran en todas partes y preguntan a gritos a los vaquerizos que ven en los almacenes-cantinas de las esquinas:

—¡Eh! ¿Han visto a un gringo loco en una moto..., todo vestido de naranja?

«No.» «No.» «No.»

... los muy cabrones están demasiado pegados al suelo en sus guaraches para molestarse siquiera en decírnoslo... Siguen a toda marcha surcando el polvo de bosta durante un tiempo, pero finalmente desisten y regresan al autobús.

—Mierda —dice Montañesa—. Ese

Ampex es el alma de la Prueba del Ácido.

Todo el complejo funcionamiento de los aparatos, el intervalo variable, el sincronismo, la grabación de cintas para el Archivo... No podrían hacer nada sin el Ampex... A los Bromistas no les cabía la menor duda al respecto: el equipo pertenecía a los Bromistas. No al Bromista Sandy Lehmann-Haupt, sino al conjunto de los Bromistas. A la familia Bromista, a la orden de los Bromistas, y tal derecho estaba por encima de todo otro lazo del mundo convencional, de todo contrato, de toda ley sobre los bienes muebles... Porque ¿quién es mi madre o quiénes son mis hermanos? Y

miró a un lado y a otro y vio a quienes se sentaban a su lado, y dijo: ¡Mirad a mi madre y a mis hermanos! Porque quienquiera que cumpla la voluntad de Dios es mi hermano, y mi hermana, y mi madre...

Y no les quedaba sino la visión de aquel hijo de puta enfilando la Autopista Nacional Mexicana a lomos de su Suzuki, empeñado en llevar... sus *pertenencias* a Nueva York. Nueva York. ¿Así que para eso quería recuperar la fuerza? Nueve mil jodidos kilómetros en una máquina de ciento veinte kilos para venir en busca del artilugio electrónico de su propiedad, y para volver luego hacia la frontera

lanzando destellos de Day-Glo a la caída de la tarde...

A unos mil quinientos metros de allí, Sandy descansaba a la sombra de un gran cobertizo de chapa ondulada. Ante él, bajo el sol, se veía la pista del aeropuerto de Aguascalientes, en la que unos cuantos mexicanos de tez tostada, en mono, se movían de un lado para otro sin hacer nada concreto. Sandy, en cierto modo, había cumplido su palabra. No había ido más allá de un par de manzanas, como había prometido. Luego había torcido hacia la derecha y había llegado al aeropuerto de la ciudad,

donde había aparcado tras el cobertizo. Y se había puesto a esperar... ¿Estaba Kesey realmente tan inmerso en el Ahora, era un maestro de la precognición tal que iba a lanzar la flecha zen —o, mejor, la iba a *atraer* hacia él— e iba a llegar directamente al aeropuerto y le iba a hacer subir de nuevo al autobús y, en ese mismo instante, le iba a hacer saber de modo irrevocable quién tenía el Poder, el control sobre su pensamiento para siempre...?

La paranoia, curiosamente, le duró sólo unos segundos, el tiempo que necesitó para recuperar el resuello bajo la sombra del cobertizo. De hecho

estaba extrañamente tranquilo, como si la persecución ya hubiera terminado en lugar de haber apenas comenzado. Lo había *hecho*. Había sido *su* película. Los había «metido» a todos en *su* trama. Mike Hagen. «Bueno..., no sé», había dicho. «Ya sabes lo que dice el jefe.» Sí, lo sabía. Había estado tres años en el autobús. El viaje había entrañado liberación y cautividad a un tiempo; liberación, poder, voluntad..., hasta extremos increíbles..., pero ¿la voluntad *de quién?*, ¿la de la mente comunal? Bien, él nunca había tenido ninguna «guerra de ensueño» con la mente comunal, nunca había sido esclavizado por la mente comunal, nunca se había

visto sometido al juicio inapelable de la mente comunal, ni a la espera de la palabra críptica y única que le dijera: «Está bien, Sandy.»

Como es lógico, no iba a poder llevar el enorme bulto del Ampex en la moto a lo largo de casi cinco mil kilómetros. Para cuando llegara a la frontera, después del interminable traqueteo, el aparato no sería sino un montón de reluciente y curiosa chatarra, como los transistores de la Bolsa Excéntrica de Paul Foster. Pero lo tenía todo previsto. En Aguascalientes había un servicio ferroviario de transporte de mercancías: llevaría el Ampex y lo facturaría (a pagar en destino) a Nueva

York, y él viajaría en la moto libre como un pájaro. Y eso hizo.

Un año más tarde, hablé con Sandy en Central Park, a la orilla del lago que hay junto a Central Park South. Sandy tenía muy buen aspecto: fuerte, tranquilo. Iba con una guapa rubia a la que yo ya conocía. Trabajaba como ingeniero de sonido en una compañía discográfica. Hablamos de sus aventuras con los Bromistas hasta la caída de la tarde, y nos contamos mutuamente lo que sabíamos de las andanzas recientes de Kesey, y como empezó a oscurecer nos levantamos y salimos del parque. Y

durante toda la larga charla Sandy habló con cariño de Kesey, de su experiencia vital con los Bromistas, sin el menor poso de resentimiento. Era ya de noche y estábamos fuera del parque. Antes de separarnos, Sandy se volvió a mí y me dijo:

—¿Sabes? Siempre estaré en el autobús...

«¡Leo! ¡Leo! Eres Leo, ¿no? ¿Es que ya no me conoces? Fuimos hermanos de Liga, y tendríamos que seguir siéndolo. Hicimos juntos el viaje a Oriente.»

Los Bromistas se trasladaron a Ciudad de México y alrededores, donde organizaron un par de Pruebas del Ácido. Aunque sin demasiado éxito. Los drogatas norteamericanos del circuito Ajijic-San Miguel de Allende-Ciudad de México asistieron ufanos a ambos eventos... *Sí..., nos encontramos con Kesey y los Bromistas en México y nos cogimos un «colocan» increíble.* Se presentaron también unos cuantos indios, y tuvieron un viaje taciturno.

Los abogados de Kesey, entretanto, intentaban que las autoridades de Inmigración de Ciudad de México le

concedieran un visado de larga duración, y su ánimo fluctuaba de la esperanza al desaliento. Aunque a medida que pasaba el tiempo la balanza se inclinaba más hacia el desánimo. Al parecer, coches llenos de mexicanos bien vestidos seguían por todas partes a los Bromistas y al autobús. Stone era siempre quien más espías veía, pero seguía conduciendo. Cassady, al volante del autobús por las tierras frías de México, se había propuesto un nuevo reto: recorrer todo el país sin utilizar los frenos y sin parar para nada, saliéndose de la carretera a los terrosos arcenes llenos de zarzas para evitar carros o coches o animales, suavizando su estilo

—los espasmos *espastocinéticos* a lo Joe Cuba, las repentinas líneas rectas— hasta adoptar una nueva línea..., *la nueva línea...*, Kesey lo ve también en el eterno Cassady, ¡pues claro!, en él antes que en nadie..., del Fuego al Agua, de la Edad de Piedra a la Edad del Ácido, y en un instante..., *ahora...*, más allá...

¡Mueve el culo, Kesey! Era hora ya de hacer que su futuro volviera a los Estados Unidos, a San Francisco, y de plantar cara a los polis y a quien fuera. Las autoridades mexicanas apuntaban la posibilidad de expulsarle del país, tal vez en el plazo de un mes, alegando el tecnicismo de la carencia de visado.

Pero para ellos, de todas formas, las tierras Cutres se hallaban ya agotadas. Las habían recorrido de punta a punta, colocados con la fabulosa *maría* mexicana. Se habían hartado de ellas. Sí..., de veras, mi comandante, ya no había más aguas termales que tomar en las tierras Cutres de México.

La fantasía del momento era llevar la broma del proscrito hasta sus últimas consecuencias, ser un Bromista Fugitivo Extraordinario en el mismísimo seno convencional de los Estados Unidos. ¿No han visto nunca un Bromista Fugitivo? Pues vea esta película: va a sumergirle de lleno en...

Kesey había urdido un buen

melodrama para su vuelta. Si quieres que nadie lo vea, píntalo muy grande y muy chillón. Pensaba volver siguiendo el modelo de «la carta robada»^[72]. Si te muestras con ruido y a las claras, nunca sabrán que eres tú.

Para su entrada en los Estados Unidos, Kesey eligió Brownsville, Texas. Era el paso situado más al este de la frontera mexicana, prácticamente en el Golfo de México, y el menos utilizado por los drogatas norteamericanos para volver a su patria. La mayoría de ellos cruzaban la frontera por el paso más occidental, el de Tijuana: el camino más corto para volver a California.

Así que se puso un sombrero de

cowboy, y justo antes de divisar el Puesto de Aduanas e Inmigración de Brownsville, alquiló un caballo mexicano blanco y hundido de lomo, se montó en él y, con el sombrero encajado de modo absurdo y tocando la guitarra y cabeceando como si estuviera borracho, se acercó a la frontera dando bandazos sobre el viejo caballo blanco. Identidad: el cantarín Jimmy Anglund.

—¿Cuánto tiempo ha estado en México?

—Demasiado, maldita sea.

—¿Puedo ver su visado?

—No lo tengo.

—¿Y dónde está?

El *visado*..., y cómo coño quiere

que lo sepa. He ido a tocar en un rodeo a ese jodido sitio, Matamoros, y que me aspen si no me han emborrachado hasta las cachas esos putos mexicanos, y sus putas mujeres y sus putos *margaritas*, y luego me desplumaron en las calles, el dinero y los papeles, me dejaron limpio, y entonces cogí una cogorza aún mayor y allí me quedé, como una cuba, en el maldito México, hasta que me tapié las tripas con ladrillos, y aquí estoy..., soy un buen chico de Boise, Idaho, y vuelvo a casa. No más México, no más Las Vegas...

—¿Tiene algún modo de identificarse?

—Lo único que tengo es esto.

... y le muestra al funcionario una tarjeta de crédito del Bank of America, a nombre de James C. Anglund, Las Vegas, Nevada.

Le dejan pasar y enfila carretera adelante rasgueando torpemente la guitarra y cabeceando a lomos del caballo, pero vienen tras él y le quitan el caballo..., para evitar que el animal pueda pasar alguna *enfermedad* del otro lado, de las tierras Cutres, ya me entiende...

El cantarín Jimmy Anglund se puso a hacer autostop en medio del polvo, con la Cutre-guitarra bajo el otro brazo.

XXVI. EL JUEGO DE POLICÍAS Y LADRONES

Jimmy el Cantarín,
dando la lata, ronco y con flemas,
mete las canas
en la llovizna polvo y barro de
Brownsville,

y se pone a hacer autostop.

y sube por la panza de Texas,
jugando,

¡jeiii!, al juego de policías y
ladrones.

Superhéroe solitario,
héroe de la superautopista de
Cosmo,
nunca miente.

La honradez es el mejor disfraz
en el juego de policías y
ladrones.

¿Veis, polis?

He aquí mi Cutre-guitarra
y mi traje de ante de *cowboy*,

llenos de moho, ñipados,
drogadictos.

Y las botas rojas de Bromista
de Guadalajara.

Mi sombrero tejano
os dice en qué juego estoy:
en el juego de policías y
ladrones.

No soy Clark Kent.

No soy Steve Lamb.

Popeye el Marino, yo soy lo que
soy
en el juego de policías y
ladrones.

Vino un coche

que no le llevó demasiado lejos

en el juego de policías y ladrones.

Al volante

en este jodido asunto —polvo y barro— del autostop

había un tiburón del Mississippi con sonrisa de ebonita.

Carretera ingrata

pesado deber, pesada carga en el juego de policías y ladrones.

Mierda.

El Chico de Cosmo

se quedó

en la estación de autobuses
(luz-café, huevos que te miran...).

En el autobús

en el juego de policías y
ladrones.

Un húmedo autobús Greyhound
que apesta a vaho de orines
durante todo el viaje a Salt Lake
City

en el autobús

en el juego de policías y
ladrones.

Oh,

el viajar en segunda clase
con los amortiguadores clavados

en el culo

me recuerda

a los tipos del FBI que me
seguían los talones.

¡Sé franco, superhéroe!

en el juego de policías y
ladrones.

Cogió un vuelo

a San Francisco, muy de noche,

¿alerta policial?,

¿por el héroe de la camisa de
ante?,

¿con las armas montadas para
disparar?,

¿al superlechuguino con botas
rojas de pisaverde?

Ni hablar.

Este traje Bromista de llameante
paranoia de orlón,
destructor de la mente oficial
es apenas visible,
este risible *cowboy*,
cardíaco tambor
camino de un mal viaje diferente
en el juego de policías y
ladrones.

Desde el aeropuerto,
escoltado por untuosos Bromistas
majaretas
Neal y Hugh,
pandilla de Day-Glo de cómic
del Capitán Marvel,

la película comienza:

¡A LA MIERDA TODOS LOS
POLIS!

Burlad a los *estupas*,
burlad a los federales,
burlad al sheriff de San Mateo,
burlad al jefe de policía de San
Francisco,
burlad a los jueces y a los
tribunales.

No flaquearemos, no
fracasaremos,
seguiremos hasta el final,
os burlaremos en las playas,
os burlaremos en las pistas de
aterrizaje,
os burlaremos en los campos, en

las calles, en las colinas
y en los árboles.

Estupenda trama
emocionante película
en estos árboles.

Mirad: los pobres diablos a
quienes se pretendía dar caza
¡echan sal en las heridas del
mismísimo J. Edgar Hoover!

¡Sí! El juego de policías y
ladrones.

Kesey se refugia en casa de su viejo
amigo , en Palo Alto. Se encuentra en un
extraño estado mental. Ahora *está* en la
película de los polis, en el Juego de
Policías y Ladrones, y a la larga los

polis acabarán ganando, porque se trata de *su* película... *¡Te cacé!* A menos que haga suya la película, lo cual supondría una audacia extrema y un riesgo extremo. Aquí me tenéis, muchachos... En el juego de policías y ladrones te arrastras y te escondes en un estado de continua taquicardia, y ellos disfrutan imaginándote en tu miseria de reptil..., así que...

¡DEJA DE ESCONDERTE!

La fantasía de ahora, en suma, es convertirse en una especie de Pimpinela Fluorescente, que aparece aquí y allá, a plena luz del día, para luego esfumarse y dejar tras de sí una estela de leyenda. Será como uno de esos criminales de

película que envían a la policía floridas notas en clave acerca de las chicas *au pair* que piensan estrangular..., y que luego estrangulan, dejando al mundo con el alma en vilo ante el siguiente hueso hioides que será quebrado la próxima semana. Sólo que él no ha estrangulado a nadie: lo único que ha hecho es fumar hierba. Aunque nadie lo diría, sin embargo, a juzgar por el revuelo que ello ha armado en San Francisco...

Extraño huésped para tener en casa..., y su amigo no sabe exactamente qué papel jugar en el asunto, y ve cómo Kesey fluctúa alocadamente, sin orden ni concierto, de la paranoia y las hipermedidas de seguridad al absoluto

menosprecio de toda precaución personal. Kesey se levanta sobre las doce o la una, come y sale al jardín trasero y se sienta allí con su camisa de ante y se pone a tocar una flauta de Bromista. Si a alguien se le ocurre hacer sonar algo un poco más extraño que un transistor en un jardín de Palo Alto, se arriesgará a ser tachado de jodido insurrecto..., así que para qué hablar de un musculoso Hombre Montaña con camisa de ante tocando una delirante flauta. Luego, por la noche, un par de chupadas de porro aquí, un par de chupadas de porro allá, eso ayuda, mi comandante..., Kesey y algún que otro Bromista más se ponen a charlar, a

desvariar tranquilamente

parloteando

tamborileándose la corteza

ra-ta-tánnn

ra-ca-ta-plán

insensateces, gimoteos, aullidos

chillón azuzamiento, chirriante

glosolalia,

¡encrespados

gritones!

¡macroscopias!

¡roturas de tímpanos! ¡A LA

MIERDA LOS POLIS!

hasta las dos de la madrugada la casa

reverbera con rasgueos de Cutre-

guitarras, gritos lunáticos, cintas y

ululante euforia de hierba capaces de

despertar de su dulce túnel del sueño a

los vecinos de Palo Alto para los quince próximos años..., pero de pronto, a las cuatro de la madrugada, tras resistir más que nadie en la demente algarabía, Kesey decide que es hora de tomar precauciones de máxima seguridad, y desaparece en la bodega y se acurruca en una angosta cavidad tras unas cajas de embalaje, entre las telarañas. Bien, al menos esos bastardos no le cogerán con un golpecito en el hombro tipo Gestapo..., *Está bien, Kesey...*

Esa película..., pero luego se despierta y vuelve a poner en funcionamiento la película casi de inmediato... Neal, Hugh Romney, Kesey y un pequeño destacamento de los

Ángeles del Infierno salen rumbo a un «festival de los viajes» de tres días de duración que está teniendo lugar en el State College de San Francisco desde la noche del sábado 1 de octubre... La semilla que uno ha sembrado... Las Pruebas del Ácido han prendido ya en el mundo universitario. El State College de San Francisco se ha convertido en la auténtica *universitas* de los adictos al ácido, al igual que la universidad estatal de Ohio lo es de los locos por el fútbol americano. Están llevando a la práctica el concepto de la Prueba del Ácido con el más total y fiel de los eclecticismos...

Alfa,

Beta,

Delta, Mano de Póquer.

Películas en el fumadero.

¡Universitarios!

Collares de cuentas,

campanillas sacras,

sandalias y

mándalas

ipsicodélicos!

Los Ángeles del Infierno llevan al Fugitivo a toda máquina, en formación de combate. Les encantan esas cosas. Pueden dejar flipados a cualesquiera polis que avisten, tanto si se acercan en son de paz como en aviesa patrulla. Por alguna razón difícil de explicar, hay luz en todos los edificios del campus. El festival se celebra en el gimnasio, lleno

de andamiajes y de gente que barre los techos con películas y proyecciones luminosas... Hay torres de control, y los Grateful Dead ocupan la plataforma del escenario..., todo como en un cuidado homenaje a las Pruebas del Ácido originales, y entonces, de pronto,

KESEY

va a estar en el gimnasio, hablará a través de los altavoces desde una emisora situada en el campus..., la cosa —esta fantasía— está magníficamente organizada, e incluso hay Ángeles del Infierno montando guardia a la puerta del estudio. Sólo que para cuando se acaba de tender el cableado y va a empezar la charla y Cassady coge el

micrófono del gimnasio y anuncia a

KEN KEEEEEE-SEEEEEY

son casi las cuatro de la madrugada.

Kesey está hablando desde su escondite del estudio, en medio de un auténtico maremágnum de cables que sale del estudio y recorre todo el campus antes de internarse en el gimnasio. El Ángel del Infierno Freewheeling Frank, colgado en ácido, irrumpe en el estudio y ve a Kesey sentado en un taburete, con una guitarra eléctrica en las manos y envuelto en cables desde las piernas hasta el cuello, rasgueando la guitarra, recitando poemas por el micrófono, bañado por la luz fluorescente ambiente y por la del letrero EN EL AIRE, que

anegan todo el estudio... *El dios del LSD... Está tan colgado que me da miedo... Este dios me recuerda a esos satélites que dan vueltas y vueltas por los caminos del cielo...* Entonces Frank se acerca a él y lo abraza y siente una repentina oleada de electricidad y se sienta en el suelo y se pone a tocar la armónica, y Kesey sigue parloteando para los centenares de almas que estarán viendo los remolinos de luces que se proyectan en el gimnasio: «Vosotros que estáis de pie o sentados o vagando de aquí para allá..., eso que veis por el suelo, a vuestro alrededor, en el techo, esa demencia de color en movimiento... ¡es vuestro propio cerebro!» Y se

levanta y sale del estudio...

Está furioso porque no ha atrapado mi mente..., piensa Frank, ha atrapado tantos millones de mentes que ya no le queda ni una sonrisa en la cara...

Pero en el gimnasio no quedan millones, ni siquiera centenares de almas, porque es tan tarde que la concurrencia se ha visto reducida al grupo de los drogatas más contumaces, muchos de los cuales están ya tan pasados que han experimentado ya las más audaces distorsiones del tiempo y del espacio. *Todo* es real, Manes, la *maya Chohan* de *madame Blavatsky*, la emisión de Ken Kesey a través del sistema de megafonía... Kesey aparece

al fin y se pasea por el recinto casi desierto de la fiesta, pero todos están tan alucinados que apenas pueden verle... pese a su traje de orlón y llameante paranoia...

¡Qué importa, sin embargo! Ahora la nueva corre de boca en boca entre los adictos al ácido de Haight-Ashbury: Kesey ha vuelto, el *Hombre*, el Castro que ganó para ellos lo que hoy tienen... Las semillas que...

... *sembramos*... Allá en el Manzanillo de la Marea Roja y las Tierras Cutres, Kesey y los Bromistas habían permanecido tan aislados que

apenas recibían noticias de San Francisco. Era una perfecta Isla del Diablo. Sólo lograban hacerse una vaga idea de lo que estaba aconteciendo en el mundo de los drogatas de Haight-Ashbury. Pero ahora era como si no tuvieras en absoluto que buscarlo. Lo tenías allí mismo, delante de los ojos. Era un completo carnaval... Lo único que tenías que hacer era ir a darte una vuelta por Haight-Ashbury. Y Kesey se aventura a hacerlo y... Diablos, un tipo musculoso con botas y sombrero de *cowboy* se pasea por Haight-Ashbury..., parece un tipo *sano*. Los polis están demasiado ocupados tratando de identificar a todos esos nuevos

melenudos, esos *beatniks*..., esos chiflados parecen aún más raros que los antiguos *beatniks* de North Beach. Despiden un resplandor azul, como los televisores. *Hippies-chalados*..., con ese pelo a lo Jesucristo, tipos con pelo hasta los hombros y barbas hasta el pecho, larguiruchos y delgados y macilentos como... ¡tísieos! Sargento, remolonean por allí, delante de los comercios de Haight-Ashbury, cerca de la Tienda Psicodélica, como si alguien hubiera dejado a un puñado de tísicos pegados a los escaparates y ahora estuvieran vagando por la acera, mirándote con esos enormes ojos de zombi... No hacen más, sólo mirarte

fijamente... Y con un montón de extrañas mierdas indias norteamericanas e indias de la India, cintas de cabeza con abalorios, collares de cuentas y campanillas religiosas... Y los que están *vivos* se pasean arriba y abajo de Haight-Ashbury con disfraces, o semidisfraces, como esa especie de chaquetones de portero con trencillas y galones, pero con vaqueros y botas *mod*... ¡Los polis! Oh, qué cacao mental el de los polis...

Los polis conocían perfectamente a borrachos y toxicómanos de toda laya, y habían *oído hablar* del LSD, pero *aquello* que estaba invadiendo las calles... Los adictos al ácido tomaban el

pelo a la policía con todo descaro..., era algo de locos. Haight-Ashbury había sido siempre un pequeño y vivo barrio de vecindad, situado sobre la franja de la colina que va a dar a la entrada del Golden Gate Park, en el que blancos y negros vivían puerta con puerta y en paz. Los alquileres habían subido mucho en North Beach. Muchas parejas jóvenes llenas de entusiasmo bohemio se habían mudado a Haight-Ashbury. También se habían trasladado a vivir allí algunos de los viejos miembros de la generación *beat*. Frecuentaban un local llamado El Unicornio Azul. Pero el Festival de los Viajes de ocho meses atrás fue lo que realmente «disparó» el éxodo masivo.

¡Ocho meses...! Y de pronto fue como si las Pruebas del Ácido hubieran arraigado y florecido hasta el punto de ser vividas por la gente como un estilo de vida integral.

Los Grateful Dead se habían mudado a Haight-Ashbury, y ya no se trataba del viejo vivir en comuna en el que todo el mundo se acomoda donde puede. Vivían al estilo Bromista, como grupo, con un nombre y una misión, que era la música y la concepción psicodélica del mundo... Sí... Un tipo delgado, casi demacrado, orlado todo él por un *increíble* y fantástico pelo castaño claro a lo Jesús y una inmensa barba, y con gafas redondas de montura de alambre,

llamado Chet Helms, tenía otro grupo llamado Family Dog. Vivían también al estilo Bromista, en un garaje, y organizaban bailes con música de *rock and roll* en medio de montones de símbolos indios. Habían participado en el Festival de los Viajes. Helms era un adicto al ácido, pero tenía una cabeza sumamente práctica. Tras asistir al Festival de los Viajes, «vio venir» la nueva época. Empezó a organizar Festivales de los Viajes todas las semanas, en la sala de baile Avalon (en la confluencia entre Van Ness y Sutter). Y vendía entradas. Bill Graham, el empresario del primer Festival de los Viajes, había optado también por

dedicarse al mismo asunto, y estaba organizando Festivales de los Viajes en el Fillmore Auditorium, otra sala de baile situada entre Fillmore y Geary. Graham y Kesey habían protagonizado ya una pequeña escaramuza en el primer Festival de los Viajes, al discutir sobre detalles de organización (quién debía estar a cargo de la puerta, etc.), y el incidente había acabado con un desdichado momento en el que Graham le tendió la mano a Kesey para hacer las paces y éste se limitó a mirarla y a marcharse. Pero Graham, en sus festivales, se ceñía estrictamente al patrón Bromista de la Prueba del Ácido. Tanto el Fillmore como el Avalon

ofrecían Pruebas del Ácido con el misceláneo despliegue de medios técnicos propio de los Bromistas: música de *rock and roll* y proyecciones de películas y espectaculares juegos de luces amebiano-intergalácticos... La sala Avalon incluía incluso estroboscopios y zonas del local donde jugar en el suelo con pinturas de Day-Glo, bajo la luz negra. Todo menos... la cuarta dimensión..., Cosmo..., el *instante* de las tres de la madrugada..., la experiencia, el *kairós*... *Saben* dónde *está*, pero *no saben* lo que *es*... Aun así, aquellas salas de baile fueron como un gran anuncio y una gran puerta de acceso a...

La Vida.

Los nuevos grupos comunales estaban también en el ajo. Como los Diggers, capitaneados por un tal Emmett Grogan, cuyo héroe era Kesey. Les encantaba gastar bromas. Tenían, por ejemplo, un Marco de Referencia, un enorme marco de unos tres metros de altura: lo plantaban en la calle y pedían a la gente que pasara a través de él..., «así todos tendremos el mismo marco de referencia». Luego empezaron a dar comida gratis a los necesitados, drogotas, borrachos, etc., a las cuatro de la tarde en uno de los extremos del Golden Gate Park. La comida se la «sacaban» a los mayoristas, a quienes

servían de propaganda. Era todo un espectáculo verles allí todos los días metiendo el cucharón en las grandes lecheras metálicas para servir sus guisos a los desheredados... Cerca de la confluencia entre Fulton y Scott hay un gran caserón gótico viejo y destartalado, un gigante medio en ruinas, conocido como la Embajada Rusa. Un nuevo grupo, la Compañía de Calíope, se ha instalado en él. Lo lidera un actor, Bill Tara. Pintorescos personajes como Paul Hawken, Michael Latón, que siempre lleva un gorro ruso de astracán, y Jack el Buena Potra, un irlandés risueño y canoso, con barba de terrier de pelo duro y gorra de taxista y traje ancho y

caído de *tweed* comprado en la Tienda de las Prendas Ligeramente Sucias..., se reúnen en el gran salón desnudo aunque con magnífica y vieja madera tallada y techos de más de cuatro metros de altura... Jack el Buena Potra habla de su novia Sandra, una jovencita recién llegada del condado de Bucks, Pennsylvania:

—Entro —dice, señalando con la cabeza el piso de arriba, donde tiene su cuarto—, y ¿qué diréis que veo? A mi chica con un porro de este tamaño, como un *puro*, tío..., y está escuchando la radio y pegándole al porro, tío, de verdad, a un *Corona corona*^[73], escuchando la radio y dándole al

porro... ¡Fue *precioso*! Me hizo volver a los viejos tiempos...

¡Pues claro! Es la nostalgia esotérica de aquellos primeros días de *descubrimiento*, la primera apertura de las puertas de la mente con la marihuana, y ¡lo que *solías hacer* en aquella etapa!... Aquél no hacer nada mientras escuchabas la radio..., ¿*entendéis*? Es precioso: todos estos jovencitos que empiezan a llegar en tropel a Haight-Ashbury... en busca de La Vida... ¡Es una verbena! ¡El Jardín del Edén! ¡La Honda en la gran ciudad! ¡A plena luz! Y con todo al alcance de la mano. Hay dinero por todas partes. No hay problema. Dios, en tres horas

puedes conseguir nueve o diez pavos alargando la mano para pedirlos. Dios, cuando los ciudadanos normales ven a un chaval con barba y abalorios y flores y una leyenda alrededor del cuello que dice: *Mi corazón es más orgulloso que mi estómago*, sienten que se les rompen los esquemas y le sueltan monedas, billetes de dólar... Es demasiado. Y si las cosas se ponen muy feas, siempre queda...

—¿Alguien quiere un empleo normal? —dice una chica llamada Jeannie que vive con ellos en la Embajada. Michael Latón dice que sí, que él lo quiere. Resulta que Jeannie trabaja tres o cuatro horas por la noche

en un pequeño salón de limpiabotas de Broadway, en North Beach; es un local de chicas limpiabotas en *topless*, y necesitan un voceador en la acera para que anime a entrar a la gente. Michael Latón se queda con este..., sí, empleo «normal», y se planta en la acera todas las noches, con esmoquin y sombrero de copa, azuzando a dentistas que se acercan por North Beach salivando ante la perspectiva de unas limpiabotas en *topless*. Una vez dentro, los tipos se encaraman a los taburetes y ponen los pies en los estribos y miran las tetas de Jeannie, que brincan y se bambolean durante noventa segundos, el tiempo que tarda en dar lustre a sus zapatos por dos

dólares bajo la atenta mirada de un negro grande y lúgubre que vigila de pie, con una pesada botella de cerveza a mano, dispuesto a rompérsela en la cabeza a cualquier listo o maníaco sexual que intente propasarse con las chicas, y los clientes salen siempre diciendo lo mismo: «¡Lo gracioso es que te los limpian estupendamente!»

—... así que me meto un poco de ácido, lo justo para *un flash*, ya sabéis —dice Michael Latón—, y aparecen dos marines, un sargento enorme y otro, con galones en las mangas, hasta aquí arriba... Yo estoy ya planeando en las alturas, y ellos son como *hormigas*. Estoy colgado hasta las patas, y les

grito: «¡Si ahora paran la guerra, os quedáis sin trabajo, tíos!» Y el sargento dice: «¿*Sííí*? Y, tío, entonces la cosa se *invierte* y ahora son ellos los que están a tres metros de altura, ¡y la hormiga soy yo!, y...

¡Una auténtica verbena! Lo que Latón les había dicho a los marines no tenía nada que ver con la política, era sólo una broma, porque la cosa política, todo aquello de la Nueva Izquierda, de pronto era algo como del *pasado* en el mundo *hip* de San Francisco, e incluso en Berkeley, verdadero bastión de la Revolución Estudiantil. Un tipo muy joven con el que siempre se había podido contar para las manifestaciones

en favor de los vendimiadores, y que incluso había trabajado en cosas tan peligrosas como el CORE^[74], en Mississippi, aparece un buen día..., y todo el mundo sabe inmediatamente que se ha convertido en un adicto al ácido. Lleva el pelo muy largo, al estilo Jesucristo. Y ropa-disfraz. Pero sobre todo ahora adopta una actitud condescendiente —y en consecuencia un tanto despectiva— hacia quienes aún siguen luchando en los viejos movimientos políticos de los derechos civiles, contra la guerra del Vietnam, contra la pobreza, por la libertad de los pueblos. Los considera aún atrapados en los viejos «juegos políticos», y piensa

que involuntariamente hacen el caldo gordo a los opresores al «jugar» a su juego y utilizar sus tácticas, mientras que él, con la ayuda de la química psicodélica, se dedica a explorar las regiones infinitas de la conciencia humana... Paul Hawken, inquilino de la Embajada, por ejemplo, en 1965 era un conocido activista de estas lides: vestía chaquetas de chándal, pantalones vaqueros y trenkas, participó en la marcha de Selma, trabajó como fotógrafo para el CORE, en Mississippi, arriesgó la vida al sacar fotografías de las condiciones de trabajo de los negros, etcétera. Ahora lleva un gran chaquetón de húsar con alamares dorados. El pelo

le cae por la frente y le sobresale del perímetro del cuello en bárbaros rizos negros estilo Mykonos.

—O sea que ya no eres tan entusiasta del CORE y demás... Se echa a reír.

—¿Y qué fue de aquellas cosas en las que andabas metido el año pasado?

—Todo ha cambiado. Tendrías que haberles visto saliendo hacia Sacramento.

Se refería a los estudiantes que salieron de Berkeley para una manifestación en Sacramento.

—Sí —dice Tara.

—Todos eran miembros de fraternidades, con camisa deportiva y pelo a cepillo y coche propio y carteles

pintados, ya sabes, idénticos a esos modelos de los anuncios. Gente de pasta.

—Sí —dice Tara—. Gente que no para de hablar de *canales*. De decir que van a hacer esto y lo otro a través de los *canales existentes*, o que no pueden hacer eso o lo de más allá utilizando los *canales existentes*... Siempre están hablando de *canales*.

—Sí —dice Paul—. Y agitando los puños. —Levanta el puño y lo agita con exagerado gesto teatral—. Y diciendo: «Vamos a Sacramento a manifestarnos, ¡y vamos con nuestras chicas!» Todo ha cambiado. No son más que un puñado de tipos de fraternidades en sus

Mustangs^[75]

¡Un puñado de tipos de fraternidades en sus Mustangs! En el mundo intelectual-Art de California no existe mayor vituperio imaginable que éste: *un puñado de tipos de fraternidades en sus Mustangs...* ¡Toma ya! Oh, Mario Savio, Dylan, Joan Baez..., oh, Libertad de Expresión y movimiento anti-Vietnam..., ¿quién en su sano juicio habría soñado jamás que la cosa pudiera llegar a esto en doce meses..., a caer en manos de los vástagos del consumo y la prosperidad..., *un puñado de tipos de fraternidades en sus Mustangs?* Y — por increíble que parezca— todo ha

resultado como el *provocador* Kesey lo vaticinó en su día, haciendo sonar su maldita armónica y diciendo: *Lárgate y mándalo todo a tomar por el culo...*

¡Hips carcas! ¡Bohemios de los Boy Scouts! Las grandes concentraciones de Berkeley, que solían congregarse a diez mil personas, ahora sólo consiguen un millar... ¡Todo ha cambiado! Hasta el asunto de los negros. De repente los negros han desaparecido de la escena *hip*, con la sola excepción de un par de traficantes de droga como Supernegro y un par de personajes como Gaylord y Heavy. La explicación que circula en Haight-Ashbury es que los negros no entran en el rollo del LSD. Lo que

siempre ha movido a los negros del mundo *hip* ha sido lo *cool*^[76]. Y el LSD les destroza esa coraza de lo *cool*, al igual que a ti te hace salir a la luz y mostrarte tal como eres, con tus complejos y demás... Además a los negros les trae al fresco esa *nostalgia del lodo* tan cara a todos los jovencitos blancos de clase media que llegan a Haight-Ashbury y se amontonan donde sea y viven en un nivel *básico*, ya saben, en mugrientos colchones (que ni siquiera encontraríamos en el piso negro más miserable de Fillmore) que tienden en el suelo, bebiendo brebajes con gas de la misma botella, pasándosela de boca en boca, haciendo caso omiso del viejo

prurito norteamericano de la higiene, ya entienden, e incluso mirando con empatía esas extrañas plagas medievales que brotan en las entrepiernas..., ¡*las ladillas!* Ya sabes, tío..., te miras hacia el bajo vientre y ves esas pequeñas *cicatrices*, bueno, son como pequeñas *postillas* o algo parecido, unas jodidas marcas diminutas, y te quieres coger una, y la arrancas, ¡y se pone a *correr!* ¡Oh, mierda! Y entonces ves que todas te corren por la piel y empiezas a explorarte el pubis y las bolas y compruebas que están *vivas*. Es como una jungla que jamás has visto antes, en tu propia entrepierna, en tu propio vello, una jungla viva, un jodido bestiario,

como pequeños cangrejos de caparazón blando que podrían bailar en la cabeza de un alfiler, y sigues cazándotelos, pero cuando vuelves a mirar ves otros ocho correteándote por las estepas y las sabanas y te quedas prácticamente ciego mirando fijamente ese pequeño continente africano que tienes ahí abajo, entre las piernas, y ha llegado la hora del A-200, tío, ¡el A-200! Pyrinate líquido.., la única solución..., ¡esa *botellita verde*, tío!, ¡la recuerdas, ¿eh?! Y así sucesivamente... ¡*Nostalgia del lodo!* La...

... Vida... Hasta en un lugar como La Jolla, al norte de San Diego, la playa más chic de la costa del Pacífico, uno de

los surfistas jóvenes más conocidos, un tal T , aparece un día con un motocarro de esos que suelen utilizar los repartidores de los *drugstores*, y va de casa en casa, y los chicos salen y... *¡sírvelte tú mismo!*... El tipo lleva todas las píldoras y cápsulas que a uno se le ocurra imaginar, amén de montones de onzas de marihuana, y... La Vida está pujante. Incluso pandillas de entusiastas surfistas como «la banda de la casa de la bomba^[77]»— ¡el misterioso mar y demás!— están incorporándose a La Vida, y algunos de sus miembros salen de la playa, se alejan de «la casa de la bomba» y de las sempiternas series de olas perfectas para el surf que

acostumbraban aguardar como sacristanes frigos, y suben al aparcamiento, donde se sientan en coches con cristales tintados de un tono amatista, y gozan plenamente del sol del Pacífico que les llega a través de esos extraños cristales especiales, y los polis se preguntan qué diablos hacen sentados en esos coches todo el día en lugar de estar en la playa, y les increpan y registran los coches y no encuentran nada, pero ¡ojo!: *Sabemos que estáis bebiendo cerveza, chicos...* ¡Cerveza! Artie, uno de los jefes de «la banda de la casa de la bomba», se va a conocer Haight-Ashbury, porque ésa es la palabra que corre ya subterráneamente

de boca en boca en La Vida de todo instituto de enseñanza media de California, por mucho que tal nombre no se haya mencionado jamás en los periódicos... ¡Haight-Ashbury! Todos conocen la nueva leyenda; han oído hablar incluso de Owsley, ahora conocido como el Conejo Blanco, el genio paranoico del ácido... Artie llega a Haight-Ashbury y pasea por el interminable laberinto de ventanas saledizas y casas míseras con vistas..., y ¿a quién ve sentado sobre un bordillo de Haight Street? AJ , de los viejos tiempos de «la casa de la bomba». Está sentado en un bordillo de la calle y tiene a su lado una bolsa de compras del

Emporium.

—¡Hola, J !

J se limita a levantar la mirada hacia él, y dice:

—Ah, hola, Artie —como si lo más natural del mundo fuera que ambos estuvieran en Haight-Ashbury, que llevaran allí incluso años, y luego dice —: Toma una onza. —Mete la mano en la bolsa y le tiende un puñado de hierba, gratis, a la vista de todo el mundo... Artie se despide y busca la comuna de Anchovy^[78]. Anchovy, un tipo poco conocido en La Jolla en los viejos tiempos del surfing —no era surfista—, se había convertido en una persona maravillosa, en el buen pastor de

Haight-Ashbury para los chicos de La Jolla que vivían en la zona. Artie recorre el barrio y ve que es... ¡una verbena! Todo el mundo trabajando para el *Management* de un modo maravilloso: sacando LSD de Owsley de máquinas expendedoras de caramelos, fumando marihuana, tomando methedrina y follando y montando escenas eróticas donde y cuando les viene en gana, prácticamente en medio de la calle... Anchovy organiza *love-ins*^[79], que él llama Líneas Aéreas Trans-Amor, en el campus universitario de San Diego, y en ellos la gente se «desmelen» en el césped al son del *rock and roll* más estentóreo de la

historia de la música y fuma hierba en medio de una maldita *nube verde*, por el amor de Dios, y lo filma todo para... los *archivos...*, y así entabla lazos con *gente real*, con Buena Gente..., por ejemplo con una pandilla de «motereros» —los Portadores de Féretros— que es la versión local... de los Ángeles del Infierno... Ah..., hummmmm... Arde está apoyado contra un árbol fumándose un falso canuto (lo ha liado de tabaco normal, de Bull Durham, porque hay que *aparentar* que se está «en la onda» todo el tiempo...). Pero de hecho la situación ha llegado a un punto insostenible: nueve policías diferentes organizan una redada masiva destinada a erradicar la

plaga de la droga de los centros de secundaria del condado de San Diego, y caen sobre la Colonia Tijuana, es decir «los Barrios Bajos Tijuana», que es el nombre con el que el mundo *underground* de La Jolla conoce los apartamentos que mucha gente de La Vida comparte ese verano cerca de la playa, y algunos viejos miembros de la «casa de la bomba» son detenidos, pero así es La Vida, el mundo está dividido en surfistas adictos al ácido y surfistas «cabezas cuadradas». Además, fue para desternillarse de risa..., la cara que pusieron los polis al ver los techos de la Colonia Tijuana, ornados con inmensos entramados circulares de hileras

superpuestas de latas de cerveza que al bambolearse dibujaban en el aire ondas plateadas de increíbles reflejos...

¡La Generación de la Libertad Vigilada! No la Generación Perdida ni la Generación *Beat* ni la Generación Silenciosa, ni siquiera la Generación de las Flores, sino la Generación de la Libertad Vigilada, la generación de los jovencitos que a todo lo largo de la costa eran detenidos por fumar marihuana, y que, por ser la primera vez, quedaban en libertad vigilada, a prueba... ¿*Libertad vigilada?*..., ¿con este paraíso en la tierra a mano?, porque está *a mano*, de veras, porque no hay forma humana de detener esto: es como

un canto rodado que rodara y rodara colina abajo..., puedes verlo, mirarlo, hablar acerca de él y gritar y exclamar: «¡mierda!», pero no puedes detenerlo... La cuestión es adonde irá a parar. Actualmente, en Haight-Ashbury, puede tomar dos direcciones. Una es la budista, la de Leary. Hay adictos al ácido como Michael Bowen y Gary Goldhill que quieren crear la Liga para el Descubrimiento Espiritual e integrar a todo el movimiento en una iglesia, a la que asignarían un objetivo e incluso conferirían respetabilidad legal. Y ambos han renunciado a mucho por este sueño. ¡Goldhill es un tipo maravilloso! Es un inglés que estaba escribiendo un

trabajo experimental para la televisión de su país, y la BBC le envió a los Estados Unidos para solicitar una jugosa beca —la Guggenheim u otra similar—, y fue de vacaciones a México y en San Miguel de Allende se topó con un puñado de norteamericanos adictos al ácido, que le dijeron: Eh, tío, cuando llegue la estación de las lluvias tienes que volver a tomar unos cuantos hongos mágicos, y, en efecto, los tipos le mandaron un telegrama desde Guadalajara o algún sitio parecido: LLEGARON LLUVIAS. HONGOS CRECIDOS, y Goldhill, movido por la curiosidad, volvió y tomó los hongos, como había hecho Leary, y descubrió el

Management, y lo mandó todo al diablo, incluido el juego televisivo de la BBC, y se dedicó a La Vida... Y Bowen tiene un apartamento con las paredes llenas de telas indias pintadas y jergones por todo el suelo y teteras y tazas indias de artesanía y tres pequeños cristales colgados del techo por hilos casi invisibles, que captan la luz como joyas en el aire..., un lugar desprovisto de toda la mierda y toda la batería de artilugios de la moderna vida de plástico de Norteamérica, porque, como Leary ha dicho, una casa debería ser un lugar de pureza en el que Buda Gautama pudiera entrar desde su 485 a. de C. y sentirse en su propio hogar. Porque

algún día la hierba crecerá en las calles, en pastoril pureza; porque la vida es mierda, una prisión de malos *karmas*, una lucha sin fin contra la catástrofe, de la que sólo acabaremos liberándonos a través de la total purificación del alma, esa total pasividad en la que uno llega a ser *sólo*... la vasija del *Todo*..., el Todo-Uno...

... y la otra dirección es la de Kesey, que ha llegado a ser el estilo de vida predominante en Haight-Ashbury..., *más allá de la catástrofe*..., algo así como aprovechar lo que funciona y se mueve, cada cable, cada tubo, cada rayo, cada voltio, cada decibelio, cada haz de luz, cada foco y

cada combustión de la Norteamérica de neón y ondeante bandera y Day-Glo..., y conectarlo a algún terminal místico capaz de conducirte al límite occidental de la experiencia...

El Día... se acercaba, pero el movimiento carecía de un gran líder carismático, de un visionario capaz de aunar todo aquello. Leary era demasiado viejo, tenía casi cincuenta años, y en cierto modo era alguien muy remoto, recluido allá en Millbrook, Nueva York... En cuanto a Kesey..., se le suponía en el exilio, empantanado en algún escondrijo mexicano infestado de caimanes... Y sin embargo ahí llegan los Alegres Bromistas a San Francisco

procedentes de México, tras cubrir su propia ruta... La Compañía de Calíope les cede su Almacén de Harriet Street para que vivan durante un mes. Tara quiere convertirlo en un teatro; se trata del viejo garaje de un hotel abandonado de los barrios bajos donde Jack Dempsey solía entrenarse en un anfiteatro especial, cuyo suelo de madera inclinado se había convertido en morada de bichos y de borrachos..., pero irrumpe el *¡Poder Coloreado!*, los Bromistas con su multicolor autobús fluorescente, y los adictos al ácido comienzan a congregarse en torno al fulgor de Day-Glo del recinto, como el Chico Telepático, que recibe mensajes

no verbales —*necesitamos camas*— y que sube por una escalera de mano y empieza a montar plataformas en el andamiaje del teatro..., mientras siguen llegando los Bromistas desde los cuatro puntos cardinales: el Eremita —que retorna de oscuras aventuras en el Napa Valley—, Stewart Brand y Lois Jennings —de vuelta del suroeste—, Paul Foster, que ha regresado de la India..., y se reúnen con la pandilla mexicana de veteranos: Cassady, Babbs, Gretch, Montañesa, Faye y los niños, Ram Rod, Ha-gen, Page, Doris Delay, el Colgado, Black Maria...

... y súbitamente llega la nueva, el acontecimiento esencial, que se propaga

a través de los tambores de la jungla por todos los rincones de Haight-Ashbury: *También Kesey ha vuelto :::: El Hombre ::::*

Tal fue el telón de fondo de la cumbre *underground* entre Kesey y Owsley. Fue un encuentro auténticamente demencial. Para empezar, se celebró en el apartamento de Margot St. James, cuya ambientación sugería que su propietaria había leído alguna vez una novela histórica sobre los banquetes romanos. La reunión, al principio, tomó la forma de un debate. Owsley, el Conejo Blanco, estaba

sentado a un lado, y Kesey, el Fugitivo, al otro. Owsley iba vestido como un adicto al ácido de clase alta: pelo largo, camisa de duelista de abombadas mangas, chaqueta sin mangas, abalorios y amuletos y mándalas colgándole del pecho, pantalones ajustados y botas altas. Kesey llevaba su camisa de ante, unos pantalones ceñidos de pana color jengibre y las botas rojas de Guadalajara. Y estaba de un humor festivo, jocosos, de soltar risitas... En torno a ellos, de pie, se hallaban Margot, varios Bromistas, adictos al ácido de Haight-Ashbury, de la Universidad Estatal de San Francisco, de Berkeley, y dos o tres Ángeles del

Infierno (entre ellos Terry el Vagabundo).

Kesey expone su teoría de ir «más allá del ácido». Cuando estás en ácido, encuentras lo que querías encontrar, pero tenemos que empezar a lograr lo mismo sin ácido; de nada sirve abrir la puerta y pasar al otro lado si luego siempre hay que volver. Tenemos que avanzar hacia el siguiente paso... Tal teoría, lógicamente, deja a Owsley un tanto desorientado.

—¡Tonterías, Kesey! —dice a gritos—. Son las *drogas* las que hacen eso. Todo lo hacen las drogas, tío. Nada de eso habría sucedido sin las drogas...

Etcétera.

Kesey sigue ladeando la cabeza y soltando risitas al modo de los rústicos del interior, y dice:

—No, no son las drogas. De hecho... —ríe entre dientes, con regocijo— voy a decirle a todo el mundo que trate de hacerlo sin drogas.

Etcétera.

Los presentes empiezan a seguir el intercambio como si se tratase de un partido de tenis, girando la cabeza de un lado a otro. Acontece que un desdichado jovencito de la Universidad Estatal de San Francisco cae en esta especie de ensimisma miento cuando ha adelantado espacialmente unos treinta centímetros a Terry el Vagabundo. Sigue acercándose

poco a poco al centro de la polémica, sin dejar de girar la cabeza a uno y otro lado, hasta que inadvertidamente se ha situado delante de Terry el Vagabundo y le está tapando el campo de visión, lo cual ya es bastante malo, pero en ese momento concreto, además, se le ocurre sacar un cigarrillo y encenderlo, todo ello prácticamente ante las mismas narices de Terry el Vagabundo, o a un par de palmos de ellas, lo que para Terry viene a ser lo mismo.

Del cigarrillo del chico brota una nube de humo, y Terry el Vagabundo dice:

—Eh, tío, ¿qué tal si me das un pitillo?

Lo dice con un tono que sería preciso oír para comprender cabalmente su significado. Es el tono «patentado» de los Ángeles del Infierno para lanzar una suave y risueña amenaza, que evoca el empleado por un ladrón de casas al llamar al perro guardián: «Eh, ven aquí, bonito... (PARA QUE PUEDA APLASTARTE LA CABEZA CON ESTE LADRILLO).» LO dice, pues, con suavidad, pero en la sala se hace un silencio sepulcral.

—Eh, tío, ¿qué tal si me das un pitillo?

El chico olfatea el desastre. La sensación le asciende desde el plexo solar hasta los labios de lombriz. Pero

no entiende exactamente lo que pasa. Mete rápidamente la mano en el bolsillo de la camisa y saca el paquete de cigarrillos y lo hace brincar hasta que salta uno y se lo ofrece a Terry el Vagabundo, que lo coge y se lo mete en el bolsillo. Un segundo después, con la suave sonrisa-mueca de amenaza asomándole por entre el pelo de la barba, Terry el Vagabundo dice:

—¿Qué tal si me das otro?

El chico balbucea «vale» y hurga en el bolsillo y saca otro y se lo da y Terry el Vagabundo se lo guarda en el bolsillo. El chico, entretanto, se ha quedado petrificado, como un conejo inmovilizado por los hipnóticos ojos de

un puma. Sabe que ha llegado la hora de largarse, pero no puede moverse. Está paralizado, y fascinado por su propia e inminente perdición. Es como si no se pudiera hacer nada salvo vivir hasta el final la situación. Vuelve a meterse los cigarrillos en el bolsillo..., y en ese *preciso* instante, cómo no, vuelve a llegarle la lechosa atropina:

—¿Qué tal si me das otro?

Vale... Y Terry el Vagabundo coge el tercer cigarrillo y el chico vuelve a meterse el paquete en el bolsillo, y entonces Terry el Vagabundo dice:

—¿Qué tal si me das otro?

Vale... Y Terry el Vagabundo coge el cuarto cigarrillo..., y ahora todos los

ojos de la sala contemplan al conejo y a la serpiente, que jadea ante el hueso hioides que está a punto de quebrar...
¿Cuántos cigarrillos pueden quedarle al chico, amigos? ¿Ocho, diez? Y cuando se le acaben, ¿qué va a suceder? *¿Qué tal si me das la camisa?*

Vale..., uhhh...

¿Qué tal si me das las botas?

Vale..., uhhh...

¿Qué tal si me das los pantalones?

Vale..., uhhh...

¡Y ahora la PIEL , gilipollas!

¡Mi... piel!

¡Sí, tu PIEL, gilipollas! ¡Y tu CULO! ¡Hasta el último vestigio de tu orgullo y de tu honor!

grave. No ha habido cabezas rotas. Los Ángeles del Infierno se han portado peor otras veces. El chico salió incluso de aquella casa con medio paquete de cigarrillos. Aunque atravesado en la garganta. De una forma u otra, los Ángeles del Infierno simbolizaban el lado de la aventura de Kesey que causaba pánico en el mundo *hip*. Los Ángeles del Infierno eran demasiado reales. *¿Proscritos?* Eran proscritos por propia elección, desde el principio: habían habitado siempre la Ciudad Límite. *¡Furthur!* El mundo *hip*, la inmensa mayoría de los adictos al ácido, seguían jugando al eterno juego de los intelectuales de clase media... ¡Mira

mis alas! ¡Libertad! ¡Vuelo! Pero... ¿no esperarás realmente que vaya a tirarme desde ese acantilado? Es el eterno juego en el que, por ejemplo, Clement Attlee, calvo como Lenin, enérgico como un tanque de juguete, arenga incendiariamente a los obreros portuarios de Liverpool..., para finalmente ser enterrado con pantalones a rayas, banda de color magenta cruzada en el pecho y sendas monedas con la efigie de la reina sobre los párpados. En el fondo de su corazón, los adictos al ácido de Haight-Ashbury saben que jamás podrán lograr que su fantasía llegue tan lejos como para abarcar también a los Ángeles del Infierno. En

voz alta, en público, los incluyen en ella... (ahora, de pronto, los Ángeles del Infierno son los Proletarios Vitales Puros del movimiento, la minoría predilecta, en sustitución de los negros). Pero en privado los adictos al ácido siguen fieles a su clase, y a sus pánicos viscerales... Lo malo de Kesey era que él creía lo que decía.

Pero volvamos a la película. Kesey se presenta de pronto una tarde en la clase de escritura creativa de Ed McClanahan en Stanford. Asoma la cabeza por la puerta, sonrío bajo el sombrero de *cowboy* y dice:

—Feliz cumpleaños, Ed...

En efecto: Ed cumple años. Acto seguido el Fugitivo, con su camisa de ante y sus botas rojas de Guadalajara, entra y empieza a dar una charla a los estudiantes. Les explica por qué quiere ir más allá de la escritura y acceder a... formas más eléctricas... Y, sin más, desaparece, el maldito Pimpinela.

Poco después, el 7 de octubre, los adictos al ácido de Haight-Ashbury organizan el primer gran *be-in*^[80], el primer Festival del Amor, con motivo de la entrada en vigor en California de la ley que prohíbe el LSD. Miles de adictos al ácido se congregan en el lugar con sus mejores galas-disfraces, y hacen

sonar sus campanillas, y entonan sus cánticos, y bailan en éxtasis, y se ensimisman en su fantasía cada cual a su modo, y dedican a los policías su gesto satírico preferido, y les ofrecen flores, sepultando a los muy bastardos bajo un mar de frescos pétalos de amor. Oh, Dios, Tom, fue fantástico, un auténtico alucine..., miles de amorosos drogotas rompiendo los esquemas mentales de los polis, y el resto de los asistentes disfrutando de una fiesta de amor y euforia. Y quién dirás que aparece en medio de todo aquello, en la franja estrecha del Golden Gate Park... Pues Pimpinela en persona, con sus botas rojas de Guadalajara y su sombrero de

cowboy, y en cuanto entre la multitud corre la voz como la pólvora... —*¡Está aquí Kesey! ¡Está aquí Kesey!*—, Kesey, el maldito Pimpinela, se esfuma.

Por si alguien no hubiera captado la *gestal*^[81] implícita en todo esto, Kesey se apresuró a jugar sus mejores bazas con la prensa. Se reunió con Donovan Bess, un periodista del *Chronicle* de San Francisco, y le contó la historia de su huida a México y sus planes de Fugitivo. La historia, adobada con grandes titulares sensacionalistas en el *Chronicle*, fue un auténtico «bombazo»: Entrevista secreta con un fugitivo buscado por el FBI. Pero la frase que desató la imaginación de los lectores fue

la siguiente:

«Pretendo permanecer en el país como fugitivo, y ser como sal en las heridas de J. Edgar Hoover.»^[82]

Y entonces —y ésta fue una «broma» realmente hermosa— llegó la entrevista en la televisión. El Fugitivo en televisión, mientras todo el mundo, agentes del FBI y ciudadanos, ven con impotencia cómo el rostro de Kesey, El Fugitivo, fulgura en todos los hogares y bares y hospitales y comisarías del área de la Bahía de San Francisco. Una «broma» hermosa de verdad. Tras las sigilosas negociaciones y los preparativos de rigor, Roger Grimsby, celebridad televisiva de San Francisco,

concertó una entrevista con Kesey para la KGO, filial local de la ABC. La «fantasía» era que Grimsby grabaría una entrevista con Kesey en un escondrijo del barrio de Portrero, alejado tanto de HaightAshbury como de North Beach, y la emitiría el viernes 20 de octubre, dos días después. La fantasía se cumplió como un sueño. Grimsby grabó la entrevista, y todo salió bien, y el viernes por la tarde la cara de Kesey se coló radiante en cada casa, en cada bar, en cada hospital y en cada comisaría, y volvió a repetirlo de viva voz:

—Pretendo permanecer en el país como fugitivo, y ser como sal en las heridas de J. Edgar Hoover...

¡Mirad como la chusma
perseguida

echa sal en las heridas de J.
Edgar Hoover!

¡Sí! El juego de policías y
ladrones...

Lo único que faltaba era un gran
broche final. ¡El número extraordinario
del Fugitivo! Kesey, en esta fantasía, se
presentaría en carne y hueso —*¡Kesey
en persona!*—, a apenas unos palmos de
la mayor colección de polizontes de la
historia del movimiento drogadicto, y a
continuación

DESAPARECERÍA

como el mago Mandrake. Los Bromistas organizarían un festival de los viajes monstruo, la Prueba del Ácido de todos los tiempos, la definitiva, la noche de Halloween^[83], en el mayor local de San Francisco: el Winterland. Y estarían invitados todos los adictos al ácido de la Costa Oeste, o de todo el país, o de toda la galaxia. Los polis, como es lógico, acudirían en tropel a la odiosa bacanal en busca de Kesey y de otros delincuentes y facinerosos. ¡No faltaba más! ¡Eran parte integrante de la fantasía! Sería un auténtico baile de disfraces. Nadie sabría quién es quién. A medianoche, Kesey, con antifaz y disfrazado de Superhéroe, al estilo del

Capitán América y otros personajes del panteón de Marvel Comics, subiría al escenario y ofrecería su visión del futuro, de la vía «más allá del ácido». *¿Quién diablos es ese apocalíptico...?*, y cuando la mano de la ley se apresurara a echarle el guante, él se asiría de un brinco a una soga colgada del techo en el centro del escenario y subiría por ella utilizando sólo los brazos, sin ayudarse de las piernas, con la capa ondeándole a la espalda, metro tras metro hacia arriba, hacia arriba... hasta una trampilla del techo, sobre cuyo hueco, a bordo de un helicóptero, le esperaría Babbs, el Capitán Medianoche de los Marines de los Estados Unidos, y

ascenderían al ozono del cielo de California mirando hacia abajo por última vez para contemplar las estupefactas caras vueltas hacia lo alto de todos los burlados, anonadados, vencidos, perplejos, alucinados, con el culo al aire... polizontes y sabuesos... ¡Sí! ¡Sí! ¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Muy bien!

muy bien muy bien muy bien muy bien un mundo plano plano plano plano... Veinticinco minutos después del programa televisivo de Grimsby, emitido la tarde del viernes 20 de octubre, Kesey y Peleón van por la autopista Bayshore hacia Palo Alto en una vieja furgoneta roja. La fantasía del

momento..., esta película es demasiado *real*, mami..., pero lo cierto es que les ha salido bien. Acaban de estar en la ciudad, en el escondrijo, viendo a Kesey el Fugitivo en la televisión, y la travesura ha sido preciosa... El FBI y todos los polis de todos los cuerpos *burlados* de la manera más mortificante... El sol incide oblicuamente sobre la autopista, y las multitudes de «relucientes zapatos negros» avanzan en sus potentes coches de fantasía de 300 caballos en plena hora punta y salen de la autopista y se encaminan hacia a sus cómodas casas residenciales...

NOS HA SALIDO BIEN

miles de coches surcando la rápida autopista como máquinas Futur-omáticas de sal cristalizada, con pilotos traseros alargados como barras rojas de caramelo... Es relajante... la hora punta, e hipnótica: emite un ronroneo monótono y destellos de caramelo rojo cuando el sol hiere los pilotos de las caravanas de automóviles, y el sol brilla ahora en el lado de la furgoneta donde Kesey, tranquilo y relajado, se quita el disfraz, el sombrero de *cowboy* y las gafas de sol.

MIRAD CÓMO LA CHUSMA
PERSEGUIDA

ECHA SAL EN LAS HERIDAS DE
J. EDGAR HOOVER

Peleón, al volante, sólo es vagamente consciente de los coches que avanzan a su lado en la hora punta, cascarones brillantes llenos de caras enhiestas y afeitadas...

¡KESEY!

De pronto Peleón ve que por la izquierda se le acerca un coche lleno de caras bien afeitadas y lustrosas; son muchos, y todos les miran con fijeza..., a él y a Kesey, y segundos después grises brazos de Alumicrón surgen de las ventanillas y se agitan de arriba para abajo y señalan el arcén con el dedo, entre muecas y gritos inaudibles en la marea de la hora punta, y uno de los ocupantes del coche sostiene en el aire

su cartera y muestra y agita la placa hacia ellos...

¡CORRE!

¡LÁRGATE!

¡DESAPARECE!

Pero no hay escapatoria. Lo comprenden de pronto, en un fogonazo... Para empezar, están atrapados en la hora punta; y por si fuera poco la vieja furgoneta no puede competir con el potente sedán de los polis. ¡Vira hacia el lado opuesto! Peleón trata de escabullirse entre los coches para dejarlos atrás, como en un partido de baloncesto, pero es inútil. Los polis siguen pegados a un costado, haciendo muecas y agitando las manos, quedando rezagados y alcanzándoles de nuevo

¡ALLÍ!

Kesey señala con la mano el arcén de la autopista, desde donde desciende un terraplén, y Peleón tuerce hacia la derecha y pisa el freno y se detiene

¡MUEVE LAS PIERNAS!

Kesey salta de la furgoneta y salva el barandal y se lanza terraplén abajo en medio de una nube de polvo...

Peleón se queda sentado al volante, y el sedán frena con un derrape delante de él, cortándole el paso. Parecen abrirse veinte puertas al unísono, y de ellas brotan en todas direcciones caras bien afeitadas y cuerpos de Alumicrón gris, que segundos después saltan el barandal y se precipitan terraplén abajo...

TODOS CON RELUCIENTES ZAPATOS NEGROS

Uno de los agentes ordena a Peleón que salga de la furgoneta, y Peleón obedece y se sienta en el arcén. Qué extraño. El gran enjambre de coches con pilotos de caramelo rojo siguen pasando a su lado como en un trance hipnótico. Peleón se pone en la postura del loto, y se queda con las piernas cruzadas sobre el asfalto, mirando hacia adelante, sin moverse. Hay tres pares de

RELUCIENTES ZAPATOS NEGROS FBI

también inmóviles a su alrededor. *Todos llevan esos zapatos negros y brillantes...* Entonces uno de ellos va

hasta el coche y coge algo y vuelve con una pistola de señales y se planta ante él con ella en la mano. Peleón se pregunta si se propondrá dispararle una bengala. Una muerte muy Day-Glo. El hilo anímico, el cuerpo causal, la ablación, los Upanisads, Krishnamurti, el ropaje *kármico* del alma, la conciencia del nirvana..., todo a un tiempo en aquel instante anímico, como un guiso enlatado..., y eso que Peleón ni siquiera está colgado. Al otro lado de la autopista, en la orilla de la bahía, grandes y rollizas gaviotas describen una O amplia y extraña en el aire, descendiendo por debajo del nivel de la autopista y volviendo a remontarse,

regurgitando basura por el gznate (es un vuelo en O con su belleza, pese a todo...),

EL VERTEDERO DE VISITACIÓN

el lugar adonde acuden en masa las gaviotas, el lugar que han elegido para cumplir su *karma*..., ah, estamos tan sincronizados esta tarde..., y las gaviotas se atiborran de basura en el vertedero y luego describen una deslizante e hinchada O en el cielo, y entonces Peleón cae en la cuenta de que hoy cumple veintisiete años.

Resbalando por el terraplén, levantando polvo a su alrededor como en una película del Oeste, con la mancha de los terrenos planos del vertedero más

adelante, Kesey salta una valla protectora de la erosión situada al pie del terraplén y

RAAASSSSS

un saliente de la valla se le engancha en el pantalón, en la entrepierna, y le desgarran las costuras internas de ambas perneras, que empiezan a aletear como zahones de *cowboy* de Renta Baja, y corre a través de los terrenos embarrados de Visitación, de las agotadas y míseras casas marginales, último trozo maldito de tierra urbanizable antes de que todo se hunda en el cieno y la basura vegetal, y los niños del barrio que juegan a la pelota en la última calle, fronteriza con el

fango, se quedan mirándole

¿Y AL FANTASMA QUE ME PISA
LOS TALONES?

y es como si el mundo se volviera de pronto un incesante juego de pelota de chiquillos en la linde del cieno, como si la masa de millares de niños del arrabal fuera menguando hacia el horizonte como un río de golfillos

¿Y ESA MANCHA DE
ALUMICRÓN A MI ESPALDA?

las zancadas de los relucientes zapatos negros que le persiguen por los barrizales de Visitación se detienen de pronto por completo y

¡TE ATRAPAMOS!
en el juego de policías y ladrones.

XXVII. LA LICENCIATURA

Acusan a Kesey de tres delitos: el que dio origen a su primera condena — que nunca llegó a cumplir— en el condado de San Mateo por posesión de marihuana; el que motivó su detención bajo la misma acusación en San

Francisco, a raíz de lo cual huyó a México; y el delito federal de huida para eludir su procesamiento. Era, pues, un delincuente y un fugitivo... que, amén de sus delitos, iba a restregarle al FBI por las narices su incapacidad para atraparlo. Y todo a causa de la droga... Lo encerrarían y tirarían la llave al mar... Durante tres días llevan y traen a Kesey del juzgado del condado al federal y de la cárcel de Redwood City a la de San Francisco. Haría falta un milagro para conseguir que quedara en libertad bajo fianza, una inspiración, una visión, algo ::::: hummmmm, una visión ::::: lo conseguiremos ::::: los abogados de Kesey, Pat Hallinan, Brian Rohan y

Paul Robertson tienen una visión. A la mañana siguiente asisten en el juzgado de Redwood City a una audiencia sobre la fianza. Es una sala decorada al nuevo estilo de Juzgado Moderno, a base de grandes planchas de madera clara sin vetas, y mobiliario bajo..., los *amistosos estrados* de los barrios residenciales. Todo radiante bajo las lámparas fluorescentes. Kesey se sienta en el banquillo de los acusados con una camisa azul de trabajo. Robertson está de pie exponiéndole al juez una visión que ha tenido su cliente, el señor Kesey, relativa a ir «más allá del ácido»; una inspiración, un milagro, una luz entrevista, aunque no es necesario entrar

en los detalles de aquel instante en la playa de Manzanillo..., no... aquellas luces... En cualquier caso..., el señor Kesey tiene un plan de gran valor cívico... Ha vuelto voluntariamente del exilio, de su seguro refugio en México, arrojando un riesgo cierto de detención y encarcelamiento, a fin de convocar una concentración masiva de todos los consumidores de LSD pasados, presentes y potenciales, en la que les dirá que había que ir más allá del nocivo hábito de tomar LSD... Robertson está en vena. Es una exposición sobremanera brillante. Kesey sigue sentado, muy erguido, en el banquillo, junto a sus abogados, y mira

al juez con mirada fiera. Pero las palabras de Robertson son como una niebla. Kesey desaparece envuelto en ella, y reaparece luego en una neblina, tras una metamorfosis que se opera a la vista de todo el mundo: ha encontrado la religión, la contrición, la redención, ha comprendido el error de sus malos hábitos, y ahora se dispone a contar a la Juventud la triste lección aprendida... Faye y los niños están en la sala. Y también muchos de sus viejos camaradas de Perry Lane: Jim y Dorothea Fadiman, Ed McClanahan, Jim Woltman y otros... Varios de ellos ofrecerán sus casas como garantía de la fianza, que se fijará en 35.000 dólares. El arrepentimiento y

la redención revolotean en el aire como querubines. Los periodistas tomamos precipitadas notas en nuestros cuadernos... Ahora Kesey está de pie ante el juez, con los brazos cruzados, y el juez le endilga un sermón. Puede que para cierta juventud descarriada sea un león literario y un personaje romántico, pero para el tribunal que le está juzgando no es más que un necio pueril, un egotista inmaduro... El juez le sigue amonestando, le hace tragar el sermón como si se tratara de aceite de hígado de bacalao, pero es obvio que se trata de un circunloquio para finalmente, y dadas las circunstancias, concederle la libertad bajo fianza. Sin embargo Kesey

está que arde... Todos pueden ver cómo aprieta los dientes y apresta los labios para hablar... Y, cómo no, también lo ven Hallinan y Robertson. Están junto a él, como bandidos al acecho. Al menor indicio de que vaya a hablar lo agarrarán por el cuello... *Manten la boca cerrada, maldita sea. No lo estropees ahora. No es más que aceite de hígado de bacalao...* Pero el juez ha terminado, y el asunto está zanjado. El tribunal del condado de San Mateo decreta su libertad bajo fianza.

Y a partir de entonces todo el dique se viene abajo. El FBI retira la acusación de haber huido para eludir el procesamiento. De pronto no parecen

muy interesados en el caso, pese a la sal en las heridas de J. Edgar Hoover y demás... Ahora, de nuevo en San Francisco, Kesey está delante del juez con una camisa sport descolorida, pantalones de trabajo y botas. El juez tiene preparado un magnífico discurso, en el que afirmará que el caso ha sido desorbitado por la prensa, cuando a su juicio se trata sólo de un vulgar caso de drogas, y que Kesey no es ningún titán, sino un imbécil común y corriente... Y Kesey le mira fijamente, y está a punto de decir algo, y Hallinan y Robertson están al acecho, listos para estrangularle. Pero el asunto, una vez más, está zanjado y Kesey queda en

libertad bajo fianza. También en San Francisco. Es increíble. No han pasado más que cinco días y ha recuperado la libertad.

En la cárcel de San Francisco,

antes de conseguir la libertad bajo fianza,

Kesey conoció a un jovencito con uñas mágicas. «Dadles una chupada», dijo el chico,

y todos les dieron un lametón.

Le chuparon las uñas y se cogieron un buen colocón.
Veintisiete psiques

partiendo como misiles Nike
hacia las alturas de hormigón
fregado con lejía de la cárcel de
San Francisco.

El chico tenía LSD en sus
uñas mágicas.

Ahora bien...

Kesey contó esa historia
a los periodistas locales

que se apretaban a su alrededor en la
sala del tribunal,

tras la audiencia para la libertad
bajo fianza,

sólo para probar cuan inútil
era el intento de erradicar la droga
con cosas como policías y prisiones.

¡Qué intenten parar a un chico con
uñas mágicas!

Los titulares decían

¡ORGÍA DE LSD EN LA CÁRCEL
DE SAN FRANCISCO!

Ah...

Ciertos adictos al ácido locales
gritaron: «Judas!» ¡El muy Judas ha
puesto al descubierto un escondite de
droga!,

mientras él, astutamente,

se libra de la cárcel pagando una
fianza.

¡Se ha ido de la lengua de las uñas
mágicas que esconden ácido!

A decir verdad...

estas buenas gentes entran en
fibrilación,

temen las vibraciones de esos
granujas

de la maldita Licenciatura del Ácido
planeada por Kesey y los Bromistas:
su última concentración de Day-Glo
en Winterland.

O sea, quiero decir,

ya sabes,

¿es que no *lo ves venir*?

diez mil niños de las flores y la
hierba y el ácido,

del *speed* y el *popper*^[84], de la
avispa y el nitrato de amilo.

Diez mil adictos al ácido, *beatniks*,

hippies consumados,

quinceañeros aspirantes a *hippies*
bajan de lo alto de Haight Street,

haciendo sonar las campanillas y
entrechocar los abalorios,

apestando a hierba, arrastrando las
botas de gnomo, postrándose en masa
ante el Profeta —¡ha vuelto!— en
las entrañas de Winterland.

¡Todos son gemidos psicodélicos
ante el ronroneo polifónico

de la banda musical de los
Bromistas!

Es pan comido para este superhéroe
acaparador de grandes titulares, este
asombroso Cagliostro, Elmer Gantry,
Nerón de Day-Glo...

En el piso de arriba de la Embajada Rusa, en un cuarto pardo y desvencijado, de mala muerte... Parece inflamable, incluso capaz de una combustión espontánea, al siguiente acceso de tos quizá..., y entonces se acabó. Jack el Buena Potra está sentado en la cama, bueno, en el colchón que hay en el suelo, con la espalda apoyada en la pared..., sin nada encima más que la gorra de taxista y los vellos canos de la cara y del pecho de Camembert..., una manta marrón que le cubre hasta la cintura... Si queréis saber sobre Kesey, ¡echad un vistazo a esto! Clavado en la

pared, en una enorme hoja de papel de dibujo, hay un mensaje:

QUERIDO KEN:
LOS CHICOS DE LA
CELDA TE SALUDAN.
QUIEREN SABER
QUÉ PASA CON SU
DINERO. ¿TIENEN
QUE PREGUNTÁRTELO
A TI O AL
JUEZ O A QUIÉN?

Sandra, la chica del condado de Bucks, está sentada hecha un ovillo a los pies del colchón. Es un ovillito muy

pálido, tierno, adolescente. Un bocadito que podría comerse de un bocado, sentado bajo el único objeto de mobiliario del cuarto, una pequeña lámpara extensible, y ya no juguetea con la radio, se limita a estar sentada hecha un pequeño ovillo que escucha cómo Jack me cuenta lo de la carta:

—Sí, tío, han estado molestando y deteniendo a muchos colegas del ácido a raíz de lo que contó Kesey.

—Quieres decir que la poli...

—Exacto. Un asunto muy feo. Al parecer hay cantidad de gente que no está muy contenta con Ken Kesey. Y le han mandado la carta.

Bien, es obvio que lo que dice no es

del todo cierto, porque la famosa carta está ahí, en la pared. Pero la idea queda dicha...

La escaleras inflamables crujen, y entra en el cuarto un individuo menudo y moreno, en camiseta y vaqueros, con un envase redondo de plástico de queso de untar y un cuchillo en su vaina...

—Jack! —dice el recién llegado en un susurro extraño.

... uno de esos cuchillos largos con mucha fantasía de nácar en el mango que se venden en las tiendas de *souvenirs* de Chinatown.

—Un asunto muy feo —me dice Jack el Buena Potra. No hace ni caso al tipo.

—Jack, mira esto —dice el tipo.

—Estupendo, Frenchy —dice Jack.

—Jack..., es una *maravilla* —dice

Frenchy.

—Parece que hay cantidad de gente... —me repite Jack.

—Es una maravilla —dice Frenchy —. Jack..., ¿sabes dónde hay algo de morfina?

—No —dice Jack, y continúa—: Hay cantidad de gente...

—Es una maravilla... —dice Frenchy.

—... que no está nada contenta con Ken Kesey, y le han mandado esa carta.

—Jack...

Y Frenchy se pone en cuclillas y abre el envase plástico y saca el

cuchillo de la vaina y hunde la hoja en el queso. ¡Qué hoja! De unos treinta centímetros de largo, con un montón de demonios chinos grabados en ambas caras. Saca la punta llena de queso y se unta con él la lengua. Sandra sigue en silencio, hecha un ovillo, saboreando la vida en su plenitud. Jack sigue hablándome de la perfidia en las altas esferas...

No sé a qué dinero se refiere con «quieren saber qué pasa con su dinero». Pero el quid de la cuestión está bastante claro. Kesey se ha vendido para librarse de una sentencia de cinco años, o incluso más larga. Y luego pondrá el broche convocando a todos esos

chiquillos a Winterland para decirles que dejen de tomar LSD... Un escaqueo en toda regla...

Kesey está en un brete, no hay duda. Si hubiera rebatido con contundencia, como un auténtico superhéroe, las admoniciones de los jueces, probablemente habría sido el final..., y le habrían caído muchos años. Por otra parte, si ahora se limita a devolver la mirada al modo oriental mientras expone la fantasía del momento (ir «más allá del ácido»), en Haight-Ashbury lo van a interpretar como un auténtico escaqueo...

Todos aquellos amorosos adictos al ácido... habían estado viviendo un

tiempo muy intenso..., un verano de euforia, una época mirífica, de hecho: LSD y centenares de gentes maravillosas ya en escena, y no más juegucitos. Se expandirían como una ola por el mundo y acabarían con toda palabrería vana, la sepultarían bajo el amor y la conciencia, y nada podría detenerles. He de reconocerles esto a los adictos al ácido. Quieren realmente acabar con los juegucitos. Su corazón es puro. Nunca he detectado entre ellos a más de un par de cínicos o buscavidas. Pero ahora, con el momento al alcance de la mano, todo el mundo se pregunta..., hummmmmmm..., quién va a situarse a la cabeza con la antorcha... Entonces comienza un

jueguito más, llamado política..., hummmmm... Como digo, ¡su corazón es puro! Sin embargo, Chet Helms y Family Dog tienen su rollo, Bill Graham tiene su rollo, y los Grateful Dead el suyo, y los Diggers el suyo, y la Compañía Calíope el suyo, y Bowen el suyo, e incluso Gary Goldhill tiene el suyo... Es un poco como el movimiento socialista en Nueva York después de la Primera Guerra Mundial... La Revolución es inminente, todo el mundo lo sabe, todo el mundo está de acuerdo, y sin embargo, Dios, todo el mundo tiene su manifiesto, los Lovestonitas, los socialistas de Dubinsky, el CPUSA (bolchevique), los Wobblies..., todos

tienen sus propias máquinas de escribir y sus multicopistas, todos desarrollan una actividad frenética y todos critican acerbamente las malas traducciones que los demás grupos hacen del Mensaje... No es que los adictos al ácido de Haight-Ashbury se estén ya peleando unos con otros, pero ¿qué es lo que hacen en relación con Kesey? ¿Quedarse sentados y dejar que él y los Bromistas hagan su rollo? ¿Dejar que Kesey intente apartar del LSD a un montón de jovencitos impresionables, como afirman los periódicos que está haciendo? ¿O dejar que de pronto lleve a cabo un gran juego de poder en Winterland y se ponga al frente de todo

el movimiento? Política, en suma...

Y a los Bromistas..., luego..., los encontré en Harriet Street, en el garaje de Calíope, el viejo garaje, la antigua fábrica de tartas de los bajos del viejo hotel. Seguía atisbando en la disparatada penumbra, en medio de la madera podrida y los sucios rincones y las astrosas mantas y los andamios y los desvencijados asientos de teatro y el luminoso autobús que se *alzaba*, enorme y lustroso y los infames colchones donde la gente se tumbaba y dormía y la gasolinera Shell de la esquina donde todo el mundo iba a mear..., y no conseguía explicarme por qué estaban tan exultantes... El enigma me superaba.

Cuando ahora pienso en ello..., creo que todos trataban de decirme algo... Peleón, con su discurso sobre el mundo, un lugar lleno de juegos y de fútiles antagonismos, y sobre la pretensión de los Bromistas de decirle al mundo cómo debía vivir..., con su brillante cajita del cepillo de dientes... ¡Era un buen tipo! Intentaba describirme todo el cuadro con unas pinceladas rápidas. Ahora no se trataba de policías y ladrones en México, se trataba de...

Los Bromistas llegan de todas partes... El viejo Cisma está olvidado... Paul Foster ha vuelto de la India demacrado, sin bigote ni patillas, con la cabeza afeitada, pero con el gran

Dios Rotor rugiendo, avanzando tenazmente... Page me habla de los guaraches..., Montañesa, Doris Delay, el Eremita, el Ángel del Infierno Freewheeling Frank, Cassady lanzando el martillo, Babbs, Gretch, George Walker..., el Colgado entrando en el garaje con un turbante árabe a lo Torrence^[85] de Arabia... Finalmente llega Kesey, y Faye y los niños... Los tipos-bandera, el autobús refulgente, la niebla mística...

En los estudios de la emisora KPIX de la avenida Van Ness, en el programa televisivo de John Bartholomew Tucker,

estoy sentado entre el público, en la penumbra, frente a la parte posterior a contraluz de focos, cámaras, *dollies*, ovillos de cables... Bien, va a ser divertido...

EL PELIGRO DEL LSD

... la frase aparece en grandes letras en la pantalla de los monitores del estudio, con un dibujo de tres terrones de azúcar al pie..., el símbolo del LSD, como las cuatro X utilizadas para el *whisky*..., y la voz en off está diciendo

«... y el escritor Ken Kesey...»

En el claro, más allá de la jungla de los soportes de los focos y los cables..., en medio de un gran estanque de luz, está Kesey con la camisa de ante y las botas rojas de Guadalajara, sentado en una de esas sillas giratorias Saarinen^[86] de fibra de vidrio de un tono blanco lechoso que tanto parecen gustar a los presentadores de TV... Tucker —es su programa— tiene un aire de Ivy League^[87] californiana..., y Frankie Randall, su otro invitado, parece un amante de los yates de Las Vegas que en cualquier momento se va a poner a contarnos algo muy frustrante que le ha sucedido a su descapotable El Dorado en algún aparcamiento de Los Ángeles.

Vemos, pues, que en este programa hay *equilibrio*, como suele decirse... Es un programa que te colma la cabeza como un sueño de vigilia..., caramelo para el cerebro..., una pequeña charla con Randall sobre la Habitación Persa y sobre lo bueno que es cenar en Sardi's y tumbarse en las arenas de Malibú...

—Bien, ¿y adónde irás cuando salgas de aquí, Frankie?

—Bueno, John, la semana que viene estaré en el lago Tahoe... Y luego, con gravedad, presentaría al gran estadista de Psicodelfia^[88], que hablaría de los peligros del LSD, del ácido, y les diría a los jóvenes que se apartaran de él, como un excomunista regenerado, de

vuelta de la lucha de clases, con un puñado de chispeantes historias y una moraleja final... ¡De perlas! Un ligero barrunto de los antros de la droga y luego una ducha fría.

—Bien, dime, Ken, ¿podrías darnos una idea de cómo es un viaje de LSD?

—Sí, es como si te estallase la mollera...

Tucker le mira fijamente.

—Bien..., ahora, ahora vas a... decirle a la gente que no lo tome más, ¿no es eso?

—Voy a decirle a la gente que hay que pasar a la fase siguiente.

—¿La fase siguiente?

—Es hora de avanzar y pasar a la

siguiente fase de la revolución psicodélica. No sabría decir con precisión cómo va a ser esa fase, pero sé que hemos alcanzado cierto punto y que ya no avanzamos más, ya no creamos, y que por esto mismo debemos pasar a la fase siguiente...

¿La fase siguiente?..., y la entrevista continúa de este tenor... Santo Dios, nadie tiene la menor idea de lo que está diciendo este corpulento *cowboy*... ¿Y qué me dice de los *peligros*, amigo mío, de esos *terrones de azúcar* que hemos mostrado antes? Frente a mí, entre los cables y las luces, un técnico y un ayudante de producción garabatean frenéticamente con una tiza

en un gran tablero de indicación de «entradas» y lo plantan a unos palmos de Tucker y de Kesey, apenas unos centímetros fuera del campo de la cámara:

¡NO OLVIDÉIS HABLAR DE
LOS PELIGROS DEL LSD!
DE LO PELIGROSO QUE ES
EL LSD
SOBRE TODO PARA LOS
JÓVENES

... y Kesey se limita a mirarles y a dedicarles la mayor y más inescrutable de sus sonrisas de rústico de tierra

adentro, que en pantalla «da» como si de pronto hubiera dirigido la mirada hacia un viejo amigo que le estuviera diciendo: «Vaya farsa, Keeessey...»

Más tarde, ese mismo día, Kesey y los Bromistas vuelven a las pantallas de TV de San Francisco: están llegando en el autobús a Winterland para ultimar los preparativos de la PRUEBA DE LICENCIATURA DEL ÁCIDO. Hay micrófonos de televisión apostados en la entrada... Kesey lleva un mono de hombre-bandera y un gigantesco sombrero de paja.

—¡Ken! ¡Ken!

Un locutor se sitúa en posición.

—Ken, ¿podrías avanzarnos algo del

mensaje que vas a dirigir a los jóvenes en la Prueba de Licenciatura del Ácido? Y Kesey dice:

—Voy a decirles esto: nunca confiéis en un...

RAAAAAIIIII...

Un golpe de realimentación hace que el micrófono se llene de ruidos parásitos.

—¿Podrías repetir eso, Kesey?

—RAAAAAIIIII... —dice Kesey.

—Ja, ja... No, lo que estabas diciendo antes.

—Nunca confiéis en un Bromista — dice Kesey.

La pantalla muestra entonces una riada de tipos-bandera bajándose del

autobús.

¡Nunca confiéis en un Bromista!...
¡Mierda!... Esto, inevitablemente, vuelve a inquietar las conciencias en Haight-Ashbury. Surge un nuevo brote de paranoia. Adictos con aire de tísicos se deslizan de un lado para otro de la acera, ante los escaparates de Haight Street. Otros, en cuclillas, hablan atropelladamente en salas decoradas con grabados indios. La cosa está tomando un sesgo estajanovista hacia la izquierda. Kesey no es un desviacionista de derechas sino un desviacionista de izquierdas. No va a escaquearse diciéndoles a los jóvenes que dejen de tomar LSD (eso es sólo para la galería).

Por el contrario, se dispone a montar una broma monstruosa que hará naufragar el movimiento psicodélico de una vez por todas... De todas formas, los adictos al ácido de Haight-Ashbury, en cierto sentido, son como una tribu, no hay duda. Todo son tambores de la selva y hablillas; les encanta el cotilleo, nadan en él como peces en la corriente de una cueva... Un pensamiento terrorífico hierve en el cerebro universal... La Prueba de la Licenciatura del Ácido está programada para el lunes 31 de octubre en la sala Winterland. La noche de Halloween. A la noche siguiente el Partido Demócrata de California celebra en Winterland una gran concentración de

apoyo al gobernador Brown, que se enfrenta a Ronald Reagan. Kelsey y los Bromistas celebran su gran evento en Winterland, ¿no es cierto? Lejos, pues, de ser una «licenciatura del ácido» será una Prueba del Ácido de increíbles proporciones. El ponche lisérgico azotará el aire como un tifón; centelleará en todas las venas; 6.000 adictos se colgarán con LSD hasta la locura, rebotarán contra las paredes como pelotas de golf eléctricas... El cielo se vendrá abajo... Pero eso no será todo. ¡No se detendrán ahí, los muy maníacos! Los Bromistas untarán todas las puertas, barandillas, paredes, sillas, sistema de calefacción, fuentes de agua... con

DMSO... mezclado con LSD. ¿Lo captan? El DMSO es casi un viejo ideal alquímico, el disolvente universal. Te pones una gota en la punta del dedo y al cabo de treinta segundos lo sientes en la boca. Te traspasa la piel y todo el organismo a velocidad de vértigo. DMSO con LSD... ¡Qué visión! A la noche siguiente todos los miembros del Partido Demócrata de California se quedarían totalmente flipados, colgados como primates. Ocho mil obesos y enfisematosos senadores, miembros de la Cámara Baja del estado, miembros masculinos y femeninos del Comité Nacional, congresistas y el propio gobernador se pondrían a aullar como

demonios, a correr de un lado para otro emitiendo gorjeos y escupiendo y agitándose y brincando como palomitas en una sartén... Y al día siguiente, como es lógico, la policía caería sobre el movimiento psicodélico con el látigo en la mano...

¡Señor! Qué caos... Los adictos al ácido ya no saben si Kesey está vendiéndoles o metiéndole un gran petardo al culo universal. Están fascinados. Rondan por el Almacén y atisban en la penumbra. Se quedan en la puerta y los ojos les brillan: parecen consumidos por una fiebre hepática... Entran al Almacén, contemplan el autobús, miran fijamente a Kesey, a

Montañesa, a Cassady, a Babbs... Entra todo un pelotón; se mueven de aquí para allá con un tintineo de abalorios, bamboleantes y ruidosos como gauchos, se quedan mirando el autobús y exclaman «Jooooooooo!», «Jooooooooooooo!», y se sonríen unos a otros, como diciendo «¡Dios, qué pasada!», y de pronto todos los Bromistas se quedan callados.

—Polis —dice Montañesa con profunda repugnancia.

—¿Cómo lo sabes?

—Mírales el calzado.

Llevan botas con los cordones anudados, como los operarios que instalan líneas telefónicas.

—Jamás verás a un drogota con unas botas pesadas como éstas... —dice Montañesa.

Pero no es más que un momentáneo mal viaje. La verdad es que los Bromistas están como en el cielo. Ahora tienen a toda la ciudad —policía incluida— en su película. Kesey aparece continuamente en la televisión, en la radio, en los periódicos. Es una celebridad, la perfecta celebridad, el Chico «malo-bueno», rebosante de todos los secretos gozos pecadores de los contumaces pero con una promesa de ser bueno en los labios. Van de un lado a otro de la ciudad en el autobús, dejando atónito al cerebro comunitario... Se

internan incluso en Fillmore, el gran distrito negro, con los altavoces vomitando *rock and roll* y las banderas norteamericanas ondeando al viento y un gran letrero en el autobús que reza:

PODER COLOREADO

se adentran en el gueto en una gran mancha de remolinos de Day-Glo. Los negros de Fillmore no saben qué diablos pensar. ¿Son esos jovencitos blancos *serios*, y únicamente se equivocan en el término empleado? ¿O es todo una burlaaaaaaaaa...? Para cuando quieren decidirse entre ambas posibilidades,

hace tiempo que el autobús se ha ido con la música a otra parte. Luego los Bromistas colocan encima del autobús el siguiente cartel:

LICENCIATURA DE LA PRUEBA DEL ÁCIDO

y el autobús recorre Haight-Ashbury y el centro de San Francisco y North Beach y Berkeley anunciando la mayor concentración mundial de adictos al ácido. Los Bromistas aletean en todas las ventanillas. George Walker, sobre la baca, toca la batería, y Page la guitarra eléctrica. Montañesa se asoma por la

parte de atrás del autobús; está radiante y grita a las anonadadas multitudes sus consignas sobre las elecciones a gobernador y las diversas detenciones de Kesity

«¡Kesity para gobernador!»

«¡Un hombre de convicciones!»

«¡Su historial habla por él!»

«¡La opción de los idiotas!»

«¡Un porro en cada cubil!»

«¡Sin droga no hay esperanza!»

De nuevo eran *inmunes*. Toda la maldita ciudad estaba «en la película». Y después...

... Winterland. Sí... La parte más difícil de la fantasía había sido dar con el lugar adecuado. Siempre era así. La

sala Winterland, el mayor local cubierto de la ciudad, era perfecta; se utilizaba para galas de patinaje sobre hielo y espectáculos de ese tipo. La dirección no quería tratar directamente con Kesey y los Bromistas. ¡Dementes! ¡Presidarios...! Y aquí es donde interviene Bill Graham. Kesey y Graham no se tienen la menor simpatía, pero Graham acepta ser el productor, el empresario, la mano diestra a cargo del control, y firma el contrato. El objetivo primero de Graham es mantenerse en la cresta de la nueva ola. Pero alberga también cierto prurito estético y moral. En el fondo es un creyente... Hummmmm... Y está Kesey... En fin,

Hallinan y Rohan redactan un contrato entre Graham y Viajes Intrépidos. Se firma y se hace un depósito; y todo es legal, todo está listo.

Luego están los Grateful Dead. Kesey quiere que actúen en la Licenciatura de la Prueba del Ácido. Son esenciales, afirma. Pero los Grateful Dead tienen un contrato para actuar la noche de Halloween en un baile de disfraces que se celebra anualmente en el California Hall. Por ironías de la vida, lo patrocina la Compañía Calíope, benefactora de los Bromistas, y al frente del proyecto tienen a un empresario llamado Bob McKendrick. Kesey y McKendrick y

tres miembros de la Compañía Calíope, Paul Hawken, Michael Latón y Bill Tara, se reúnen en uno de los áticos de un edificio destartado de Pine Street, todo tablillas y ventanas saledizas. Salvo un colchón tendido en la sala, no hay muebles. El sol entra a raudales. Kesey está sentado en el colchón, y los demás en cuclillas en el suelo. Excepto McKendrick, que está de pie en medio de la sala y parece bailar sobre un hornillo. Lleva pantalones negros ceñidos, mocasines negros y puntiagudos, jersey ligero negro y camisa con el cuello abierto... Un atuendo de *beatnik* acomodado, en suma. El violento sol quiebra su figura

en multitud de trozos, todos ellos inquietos, en vilo...

—Mira, Ken —está diciendo—, tú eres un líder, un profeta podríamos decir, y tienes un mensaje importante que transmitir, y yo lo entiendo, ¿sabes? Y lo respeto... Pero yo tengo que pensar en este asunto en otros términos. Soy responsable de montones de personas, y hay mucho dinero por medio...

¡Quebrado en multitud de trozos! Un manojo de nerviosos trocitos. ¿Es que nadie se da cuenta de que, para un empresario, el baile de disfraces del California Hall es una auténtica oportunidad de oro? Kesey, sentado en el colchón, sigue «trabajándole»,

insistiendo: ¿Cuánto va a tardar en ver cómo van a ser las cosas en el futuro? ¡Por el amor de Dios, tío...! Une tus fuerzas a las de los Bromistas. Participa en el espectáculo de Winterland, copatrocínalo. Si no lo haces..., la gente del... rollo se va a ir a Winterland de todos modos... Y tú y la fiesta del California Hall vais a ser barridos de la escena. McKendrick está muy excitado. Sus pantalones negros se agitan inquietos en la viva luz. McKendrick, decida lo que decida, intuye el desastre. ¡Dejad que me calme un poco! Todo el mundo fija la mirada en él. ¡Aquí no hay más que sol y miopía! Por fin da su conformidad. Se retira del California

Hall, libera de su compromiso a los Grateful Dead, se viene abajo, se desmorona...

... un manojito de pequeños trozos que refunfunan. Los adictos presentes empiezan a murmurar acerca del «juego de poder» de Kesey. *El juego de poder de Kesey*. En cuanto a los Grateful Dead... ¡Llevan una trayectoria magnífica! Desde las primeras Pruebas del Ácido representan *algo*, son los pioneros del nuevo sonido, el rock del ácido, y las compañías discográficas empiezan a rondarles :::: hummmmm :::: ¿qué va a suceder a continuación? Qué diablos importa. Ahora están todos en el mismo barco: Winterland.

Es viernes por la noche y los Bromistas deciden dejarse caer por el Fillmore. Bueno, en fin..., es viernes por la noche. Kesey, Cassady, Babbs, Page..., como una docena de ellos en monosbandera. Y Cassady lanzando el martillo. El Fillmore es a esas horas todo un espectáculo. La sala de baile está en medio de un gran suburbio negro, en la confluencia de Fillmore y Geary, y es viernes por la noche y hay montones de jóvenes negros con sus sombreros de ala estrecha deambulando por las calles, como todos los viernes por la noche, y viejas mujeres negras comprando la comida del fin de semana... Hay tiendas de licores, y *drugstores*, y coches que

circulan despacio..., y caras negras por todas partes... Y justo en medio de todo ello, un grupo de *freaks* blancos. Jovencitos con atuendos psicodélicos, parloteando entre ellos camino del Fillmore... ¡Poder Coloreado! Los chicos tienen ese rollo, de acuerdo... Kesey y los Bromistas suben las escaleras de la sala de baile, que está en la segunda planta. Kesey habla con el que vende las entradas y con el que las pide en la puerta. Conferencian. El encargado de recogerlas va arriba. Y vuelve..., bueno, parece que hay muy malas vibraciones... No pueden entrar a menos que paguen la entrada. Graham..., malas vibraciones, un jodido insulto, de

hecho. Los Bromistas salen a la calle a estudiar la situación. En la puerta de atrás de Fillmore hay una valla metálica, y al otro lado un jodido perro policía con cara de pocos amigos..., Graham..., Cassady se va, y al cabo de unos minutos vuelve.

—Me he encontrado con Bill Graham —dice—. Estaba ahí fuera, en la calle, mirando los neumáticos para ver si había monedas encajadas entre las estrías. Y le digo «Bill...», y me dice «Mira, Neal, estamos en dos mundos diferentes. Tú eres un *hippie* y yo soy un “cabeza cuadrada”». ¡*Un cabeza cuadrada!* Y ha hecho así. —Cassady traza un cuadrado en el aire con los

dedos índices para ilustrar lo que dice —. «Tú eres un *hippie* y yo soy un “cabeza cuadrada”», me dice. «Yo me apeé del tren en 1955, pero tú aún sigues en él. Estamos en dos mundos diferentes. Tú eres un *hippie* y yo un “cabeza cuadrada”.» Y créeme, jefe —le dice Cassady a Kesey—, me han entrado sentimientos negativos. Recuerdo lo que dijiste de los sentimientos negativos, pero he sentido unos sentimientos muy, muy negativos.

Kesey se echa a reír, pero...

Los Bromistas trabajan como locos todo el sábado. Están poniendo a punto el equipo necesario: micrófonos, focos, amplificadores, altavoces,

estroboscopios, e incluso un artilugio de música electrónica; el equipo utilizado en las Pruebas del Acido y algunas nuevas adquisiciones. No pueden entrar en Winterland hasta el domingo para los preparativos, ya que la sala tiene programado un espectáculo el sábado por la noche. Sea como fuere, trabajan a destajo todo el sábado, hasta avanzada la madrugada... A las cinco de la mañana del domingo, estalla el escándalo. Al abogado de Kesey, Rohan, le despierta el teléfono en su casa. Lo descuelga y es Graham, que, muy excitado, le explica centenares de cosas a velocidad de vértigo.

En el despacho de Graham, en el

Fillmore, ha estado teniendo lugar una reunión «caliente». Lleva desarrollándose toda la noche. Graham ha estado debatiéndose con multitud de sentimientos negativos. También él conoce esta expresión. De memoria... Y Chet Helms, y los Grateful Dead, y el Servicio de Mensajeros Quicksilver, y tantos otros más :::: montones de gentes del mundo del ácido están presentes, dice Graham, están por todas partes, hasta encaramados en las paredes... Todo el mundo está que trina. ¿Vamos a permitir que Kesey lo haga? ¿Que desencadene tal desastre? Ir :::: *más allá del ácido*, sea lo que sea lo que esto signifique..., algo, en cualquier

caso, que no nos beneficia a ninguno de nosotros... Han expuesto todas las versiones que circulan: el escaqueo, el juego de poder, la forma en que forzó a McKendrick a aceptar sus planes, el DMSO..., ¡el DMSO! ¡Exacto! Dios, Bill, ¿te das cuenta...? Están presionando a Bill Graham para que se eche atrás en el trato... Me tienen cogido de brazos y piernas..., como si cuatro grúas tiraran de mí a la vez hacia los cuatro puntos cardinales... Cuanto más hablan, más urgente se hace *hacer* algo, Dios, porque si no para qué diablos llevamos aquí toda la noche... La esperanza se incubaba en el cálido y mullido hueco de cada axila... Helms ha

dado en el clavo. Kesey tiene mentalidad militar. Piensa en términos de diferenciales de poder. Está jugando al zorro del desierto..., atrae al enemigo a su campo de batalla simulando haber vuelto para decirles a los jóvenes que dejen de tomar LSD, y cuando tenga congregados a millares de jóvenes «normales», los «meterá» en el mundo del ácido. Kesey está poniendo en práctica el engaño táctico, el juego de la «fachada»... Cada cual va desgranando sus argumentos. Y los Grateful Dead: ¿Por qué hemos de perder por Kesey lo que tan duramente hemos ganado? Como dice el columnista Ralph Gleason, «Kesey nos va a arruinar el rollo de San

Francisco...». Y Graham: Me he encontrado con Cassady en la calle. Blandía ese martillo hacia mí como con intención de romperme la cabeza si no le seguía la corriente... Muchos sentimientos negativos. Kesey es un Elmer Gantry, dice Graham... ¡Eso es! Elmer Gantry, el demagogo evangélico. Un jodido desastre, hagamos lo que hagamos. Si Kesey acaba con el movimiento, nos hundimos con él. Y si tiene éxito, se hace con el control de todo el movimiento psicodélico y lo lleva a su terreno: el rollo de Elmer Gantry, el rollo del Divino Padre, de Papaíto Gracia, de Cagliostro, del limbo de los charlatanes, de la teocracia del

martillo, del fandango fascista fluorescente, del rey Herodes dejando cojos a los Niños de las Flores... Oh, ¡Sexo y Corrupción!, ¡Llanto, Rechinar de Dientes!, Elmer Gantry Cagliostro Nerón de Day-Glo... ¡Detened a Kesey! Graham, en suma, rompe el trato y no habrá Licenciatura de la Prueba del Ácido en Winterland.

Última hora de la tarde en el Almacén... Dios, ¡qué atmósfera más deprimente! El lugar siempre está hecho una ruina, por supuesto, pero ahora el sentimiento de desánimo está sedimentando como un lógamo. Los

bichos están reconquistando el territorio... ¡Los piojos! ¡Los parásitos de las palomas! ¡Las cucarachas! ¡Las ratas! ¡La sarna! ¡El impétigo! ¡La blenorragia! ¡Las almorranas! ¡El herpes!... Brotan en la basura como forúnculos... Faye, Montañesa, Babbs, Gretch, Black Maria, Page, Doris Delay, Stewart Brand, Lois, el Eremita, Roy Seburn, Barriga, el ex Ángel del Infierno, el hermano de Kesey, Chuck, el Colgado..., todos vagan por la penumbra gruñendo entre dientes, pero ya no son gente-bandera, han arrumbado los trajes como al final de una guerra... Están agrupados formando un corro, sentados en sillas plegables y en viejas

butacas de teatro, a un lado del autobús... LA LICENCIATURA DE LA PRUEBA DEL ÁCIDO... El letrero sigue desplegado sobre un costado del autobús... Bien, qué mierda... Kesey, de nuevo con su camisa de ante, entra en el corro con un enorme sillón —¡relleno de pequeñas plumas!— encima de la cabeza, y lo posa en el suelo con el respaldo contra el autobús, y se sienta... —es como un sillón que estuviera mudando de pelaje—, y los Bromistas van formando un nuevo corro en torno a él. Kesey se queda mirando un bloc de notas que tiene en las manos, y luego empieza a hablar con voz tan suave que al principio apenas alcanzo a oírle...

Habla de lo que ha pasado..., de Danny Rifkin y algunos otros que vinieron a decirle que se retiraban de la fantasía de Winterland.

—No tardé mucho en darme cuenta de que no iban a cambiar de opinión — dice—. No van a cambiar de opinión porque han metido mucho dinero en el asunto... En cuanto se marcharon me tumbé en la cama y me puse a pensar en ello, y entonces caí en la cuenta de que aquí tenemos todo lo que necesitamos.

¿AQUÍ MISMO?

—... en este Almacén, y aquí es donde vamos a organizarlo. Celebraremos aquí la Licenciatura; éste será nuestro escenario. Hay ciertas

personas a quienes queremos tener cerca, y esas personas vendrán y todo será mucho mejor que en Winterland...

SILBIDOS DE APROBACIÓN

—... Aquí estamos en nuestro terreno, y podemos hacer lo que nos venga en gana, crear nuestro propio rollo, y no tendremos que volver a hacer politiqueros ni componendas... Lo haremos todo a nuestro modo, y seremos los Superhéroes de la Bahía...

EL ÚLTIMO AGUJERO EN EL JOVEN CIELO

—... Una de las razones por las que no ha resultado es que era demasiado grande y demasiado arriesgado, y la gente se asustó. Todos quieren ser

águilas, pero no quieren actuar como águilas, así que vamos a tener que hacerlo nosotros solos. Hemos tratado de hacerlo de la otra forma, pero ellos no han querido... Así que vamos a limitarnos a la gente que está dispuesta a hacerlo de la mejor forma posible. Será gente que, si tiene algo que decir, lo dirá a las claras, podrá decirlo abiertamente, saldrá de ellos, y nadie podrá impedirlo. Ésa es la fantasía esencial. Lo vamos a trasladar todo aquí, a la Choza Cutre.

A LA CHOZA CUTRE

Entonces la voz de Kesey se hace más enérgica y empieza a asignar tareas: Page montará el escenario y colocará las sillas. Roy Seburn decorará el local con

profusión de colgaduras. Faye y Gretch se encargarán de la comida y la bebida. El Eremita sellará los agujeros de las paredes. El Colgado confeccionará la lista de invitados...

¡LOS ELEGIDOS!

La fantasía es elaborar una lista de invitados y contactar con todos ellos, estén donde estén, ahora, esta tarde, esta noche, por teléfono, por mensajero, por cualquier medio... Y todo el mundo empieza a pensar en la gente realmente cercana para

LA MARAVILLOSA AVENTURA
para invitarle a la última
concentración... ¡Brillante idea!

¡OS ACORDÁIS

de todos los Bromistas que se fueron? ¿A un sitio o a otro...? June la Mema, Marge la Falúa, X la Sensual, la Anónima, Norman Hartweg...

—¡Alquila una ambulancia para traerlo de Ann Arbor! Dios, qué recuerdos... La gente de Perry Lane... Sandy LehmannHaupt...

PORQUE, PESE A TODO, ÉL ESTABA CON NOSOTROS CUANDO el «pastel» se puso más sabroso...

—¡Hugh Romney!

—¡Bonnie Jean!

Y Paul Sawyer y Rachel Rightbred..., y toda aquella gente chiflada y desmadrada que estuvo *en el autobús* en su ruta dorada, aquí o allá o

donde fuera...

—¡Mary Microgramo!

—¡Aquel tipo pequeño que escribió el poema a la marihuana!

Y toman nota.

—¡Aquel otro de las orejas, aquel bicho raro! —dice Babbs.

Y toman nota.

—¡Aquella pareja de Portland!

Y toman nota.

—¡Aquel chico indio tan guapo de Haight Street!

Y toman nota.

—¡El Químico Loco!

¡SÍ! OH, MIERDA. ¿OS ACORDÁIS?

—¡Big Nig!

PAGADME EL ALQUILER

—¡Culley!

—¡Owsley!

SUPERVIVENCIA

—¡El tipo de la cárcel!

—¡La Chica «¿A Quién le

Importa?»!

¡RA-A-A-A-AY!

—¡Ray!

—¡Pancho Almohada!

—J. Edgar Hoover!

Y toman nota...

MIRAD CÓMO LOS POBRES

PERSEGUIDOS...

—¡Gaylord!

—Jim Fish!

—¡El Agente Número Uno!

¡MARICONES!

—¡Cosmo!

Cosmo

Oh, mierda, qué flujo de hace siglos en La Honda a través de la longitud y la anchura y la suavidad y la sordidez y todo vuelve torrencialmente a borbotones como la cresta de una ola y si pudieran sentarse encima y cabalgar y cabalgar y cabalgar aquí en la penumbra y hacer retroceder a esas diminutas ladillas con trajes de hombres rana seis pequeños brazaletes de neopreno para cada patita de ladilla que merodea camuflada de mínima postilla en el cerebro la jodida plaga del desastre, el taciturno pensamiento se halla

acurrucado en algún lugar de cada cerebro hasta que sale al exterior a través de la desnuda euforia de la fiesta, Page es quien lo expresa claramente y en voz alta en el sarnoso sumidero del Almacén, la antigua voz de por-favor-no-me-engaños:

—Qué maravilla poder participar en la mayor masturbación de todos los tiempos...

¡Y (maldita sea) sin embargo! La noche siguiente, Halloween, el instante mágico tan esperado... Apenas puedo creerlo: los Bromistas han transformado el lugar. Hay que admitirlo. Deben de

haber trabajado como mulos de carga. Persiste aún cierta pestilencia, estando como está el Almacén entre edificios, ya entienden, pero hay entusiasmo en el ambiente, y esplendor Cutre. Lo mejor de todo es un inmenso paracaídas anaranjado y blanco, una cosa gigantesca (sólo la tela, sin las cintas y demás arreos) colgada del techo por el vértice y desplegada hacia los puntos más alejados de lo alto del recinto, a modo de aquellos majestuosos toldos de las fiestas campestres de Luis XV en el invernadero de naranjos del palacio de Versalles. ¡Resplandece! *Grand luxe!* Un paracaídas —según sabremos luego— idéntico al utilizado por los

astronautas en los amerizajes...
Hummmmmmm... Sí... ¡Todo un espectáculo! Los Bromistas han vuelto a convertirse en gente-bandera, con sus monos hechos con banderas norteamericanas. Montañesa, embutida en el suyo, está sentada junto a la calle Sexta, y comprueba si los recién llegados figuran en la lista de invitados que se ha fijado en la puerta (y que exhibe la escritura Dios Rotor de Paul Foster). Montañesa se abre el mono con la leyenda «No Podéis Detenerlos» y da de mamar a Sunshine mientras los elegidos, los fieles..., los ¡no tan pocos! ..., van pasando a su lado... Llevan la cara pintada con vórtices *art nouveau*;

también se han pintado los sombreros Napoleón, y las máscaras, y se han teñido el pelo de colores y tonos extraños. Hay pijamas chinos bordados, trajes hechos con banderas norteamericanas, trajes de *Flash Gordon* de diáfano polietileno, vestidos de vinilo de supermercado y de colchas estampadas indias, chales, chaquetones de cosaco, abrigos de pieles sin mangas, galones, alamares borbónicos, bordados, sarapes, pareos de Malasia, saris, cintas de cabeza, lazos, escudos heráldicos, chalecos, levitas, ropas talares, doctorales, charreteras, faldones, látigos, botas Hookah, botas harén, botas Mexicali, botas Durango,

botas gnomo, botas hidalgo, botas *mod*, botas Day-Glo, botas Wellington, botas Flagelación, cuentas, abalorios, medallones, amuletos, tótems, huesos pulidos, cráneos de paloma, esqueletos de murciélago, tórax de rana, fémures de perro, tibias de lémur, la rótula de un coyote... Todo un abigarrado circo, en suma. Un muestrario carnavalesco. Un espectáculo panóptico. Llegan los Angeles del Infierno con sus distintivos desplegados, las cazadoras con la calavera, el atuendo «de gala», las barbas recortadas y peinadas... Terry el Vagabundo, Pete el Piloto, Ralph de Oakland, y sus chicas respectivas, con minifalda y medias color frambuesa...

Chocolate George... ¡Caos! ¡Maldición!
Chocolate George no ve su nombre en la lista, y su chica no para de decirle: «¿Qué pasa, George? ¿Es que no vamos a poder pasar?», hasta que Montañesa lanza una risotada y les invita a pasar. Un niño de unos diez años asoma la cabeza a la calle Sexta y grita: «¿Quién anda fumando hierba por aquí?», con la voz más imperiosa que uno pueda imaginar... Pequeño diablo agresivo. Dentro se ha habilitado incluso una guardería, y los Bromistas tienen que estar todo el tiempo alejando de allí al Eremita. Kesey está en un extremo; viste un mono de bandera y mira a su alrededor sin decir gran cosa, y escucha

a un Ángel del Infierno de Oakland que lleva camisa y corbata, ambas de lunares, debajo de la cazadora negra («Ken, me he puesto camisa y corbata porque esta noche es Halloween»)... *Rock and roll* por los altavoces instalados por todo el Almacén, en las paredes de los costados, en el techo, sobre el ápice del paracaídas... Micrófonos, cámaras de cine, cámaras de televisión... Sí... ¡Los elegidos y los fieles! Aunque la noticia del evento en el viejo y sarnoso Almacén se ha extendido por toda la ciudad como una información de primera plana. Como algo irresistible, por supuesto... Tres cadenas de TV tienen desplazados

varios cámaras, cuatro emisoras de radio han enviado reporteros con micrófonos y magnetófonos... Herbert Gold, el novelista, aparece con su sonrisa de loción para después del afeitado. Y Pia Lindstrom, la hija de Ingrid Bergman... ¡Oh, dulce arrebatado de adrenalina! ¡Aquí es donde está...! ¿Qué..., podría tratarse de... *la nueva ola*? ¿Dónde...? Ahí llega el corresponsal en San Francisco del *Women's Wear Daily*, Albert Morch, un pequeño y descarado personaje con una Rolleiflex al cuello... Catherine Milinaire, de *Vogue*, con una cámara miniatura en su bolso de noche de cota de malla, entre Angeles del Infierno,

drogotas y jovencitos de la Generación de la Libertad Vigilada, como una principesca pinzón real... Larry Dietz, el escritor de revistas de Los Angeles... Y yo... Kesity mira a su alrededor y no dice nada, y... se pregunta... Hummmmm... Los Elegidos y los Fieles y todo el santo planeta... Una fiesta en toda regla, sí señor... Pero ¡santo cielo...! Los atuendos no son los propios de una velada de Halloween, sino de algún acto encaminado a la liberación de las ánimas... Son vestiduras eclesiásticas, no hay duda...

¿Estamos ciegos?... Oblación... Consagración... Comunión... Bien... Los Artistas Anónimos de Norteamérica

suben al escenario... Son como malditas hadas salidas de *El sueño de una noche de verano*, con sus camisas de duelista y sus largas túnicas —de unos fosforescentes tonos pastel jamás vistos hasta entonces— y sus mascarillas mortuorias de Day-Glo refulgiendo ante los instrumentos... La música, de pronto, inunda el recinto a través de los innumerables altavoces..., es como un tornado soprano..., todo electricidad, amén del sintetizador Buchla, generador de una música electrónica que atruena el espacio como un lunático lógico...

En medio del Almacén, bajo el inmenso dosel-paracaídas y la luz de los focos, navegando por la alfombra de

lana barata, Doris Delay de los Bromistas, con su mono de gente-bandera, y Terry el Vagabundo de los Angeles del Infierno, con chistera de risco de las Ozark, gafas oscuras, barba Ángel del Infierno, descomunal jersey a rayas pardas y negras —similar a la piel de un mapache—, cazadora sin mangas con la calavera a la espalda, vaqueros azules, botas de *motero*... Dios, ahí tenéis vuestro baile de presentación en sociedad, Doris Delay y Terry el Vagabundo... Van de un lado para otro dando taconazos y ejecutando una especie de danza de figuras, aunque con su propia y chiflada lógica interna... Siguen bailando durante un minuto, y

entonces la multitud irrumpe en la pista como una marea: parejas con los ropajes de fantasía habituales en los adictos al ácido, que bailan *rock and roll* desafortadamente, colgados hasta las cejas, que brincan, que agitan los brazos al aire, que lanzan la cabeza atrás, que giran, que levitan..., que están en un estado... de éxtasis... Gary Goldhill mira desde un costado. Lleva una enorme chaqueta de pi jama china de un rojo intenso, con un dragón bordado en oro... El Almacén le causa cierta aprensión... ¡Moho y humedad! ¡Un lugar de locos! ¿Son amigos o espíritus? Bien..., la Tierra puede ser Cielo e Infierno, y él decide correr el riesgo... y

se mete la mano en el bolsillo del pantalón y saca una poción y se la bebe...

Ya hay algunas risas extasiadas en la multitud... Dicha embelesada, de labios húmedos... Los alucinados resplandecen, con los ojos abiertos como nódulos de plástico... El Chico Telepático está tan alto, sonríe tan húmeda y rutilantemente, que se diría es un gran orgasmo psíquico a punto de abrirse y exfoliarse y convertirse en... un lirio de agua... Un chico rubio, con chaqueta blanca a lo Nehru y un gran colgante de plata en el pecho, está arrodillado ante la banda de *rock and roll* con las manos alzadas en ademán de

orar y tal absoluta dicha de ácido en el semblante que los dientes le chisporrotean..., una olla de perlas hirvientes... Babbs y Gretch y Page y unos cuantos Bromistas más se suben al escenario, que está electrificado por completo, y acometen la música china de ciencia ficción más extraña y estentórea del planeta, y ponen en funcionamiento el sintetizador Buchla y brota la música electrónica, y al poco el aparato, sin necesidad de ser manipulado, se sumerge en el más insondable rincón acústico, en el último recodo del laberinto de circuitos integrados, y emite un aullido puro, de dimensiones topológicas... Es hora de «echar el

resto», de llevar al límite los vatios, de poner en funcionamiento todo el equipo. Kesey sigue a un lado del Almacén, en silencio, entre sombras..., en el... Control Central; se ha quitado el mono de gente-bandera y está desnudo de cintura para arriba; lleva sólo unos leotardos blancos y una capa de satén blanco anudada al cuello y una banda roja, blanca y azul cruzada en diagonal en el pecho. Es... ¡el Capitán América! ¡El *Flash*! ¡El Capitán Marvel! El Superhéroe, en una palabra...

De pronto, en el cénit del frenesí reinante, se apagan las luces, el sonido cesa y todo se reduce a un mero foco que ilumina el centro del recinto. Chuck,

el hermano de Kesey, está entre las vigas del techo manipulando las luces. Se oye a Babbs y a Peleón hablar por los micrófonos mientras van de un lado a otro en la oscuridad. Dicen en tono zumbón:

—Peleón, ¿crees que despejarían el centro de la sala si se lo pidiéramos?

—Sí, seguro que sí... Van a despejar el centro de la sala antes de que termines de decirles que despejen el centro de la sala...

Pero la gente, atrapada en el apagón, sigue arremolinándose en el centro de la sala. Babbs dice:

—Si no despejan el centro de la sala, es porque son unos completos

imbéciles.

¡Bien, pues ensayemos el método directo!

Salen de la elipse de luz del foco, y Kesey se adentra en ella desde la oscuridad. Se ha quitado la capa y la banda del pecho. Demasiado engorrosas, supongo. Lleva tan sólo las mallas blancas de *ballet*, y exhibe su musculatura de luchador. Bajo las mallas se le adivinan unos breves calzoncillos..., justo el toque preciso... aquí en la Choza Cutre... Tiene un micrófono a la altura de los labios... Kesey en leotardos; el retazo de luz ante él; los adictos al ácido agolpados en torno a la elipse luminosa abierta en la

oscuridad... Todo muy adecuado, muy teatral..., de un modo harto extraño... Algunos adictos captan la cosa de inmediato. Sin despegar los labios, empiezan a echar cosas al interior del espacio iluminado: terrones de azúcar, cápsulas, papeles de fumar, un par de porros, abalorios, amuletos, cintas de cabeza y toda suerte de talismanes y objetos totémicos de la psicodelia... Es un... altar... Kesey empieza a hablar por el micrófono con su habitual acento rústico de tierra adentro:

—Cuando estuvimos en México aprendimos mucho sobre ondas. Pasamos seis meses aprendiendo cosas acerca de las ondas. Hasta en la

oscuridad pueden sentirse las ondas...

Es como una violenta torsión..., esa voz..., ¿qué diablos es esto? Hasta ahora... estábamos en una fiesta, en un frenesí. Y de súbito estamos en otro nivel completamente diferente..., de una naturaleza... que no sabemos precisar. Los equipos de las cadenas de televisión tratan de acercarse, de situarse estratégicamente para la grabación... ¿Ahora va a decirles que dejen de tomar LSD? Que es precisamente lo que hemos venido a oír... ¿*Ondas*?

—Creo que el hombre está cambiando... de un modo básico y radical... Las ondas se están agrupando, y cada vez que se agrupan se hacen más

fuertes. Nuestro concepto de realidad está cambiando. Ha estado sucediendo aquí en San Francisco... Creo que ahora existe una generación de jóvenes absolutamente nueva. Caminan de otro modo... Lo veo en la música... Antes era: vida... *muerte*, vida... *muerte*, pero ahora es: muerte... *vida*, muerte... *vida*...

Los equipos de las televisiones tratan de pasar los micrófonos a los adictos que están a unos palmos de Kesey: quieren que los acerquen a él para registrar mejor sus palabras. Se lo ruegan, medio se lo ordenan en teatrales apartes. Los adictos muestran su disgusto. Se limitan a mirarlos fijamente.

Kesey lanza unas cuantas imprecaciones en dirección a los técnicos... Esos cabrones y su empeño en... *tomar posiciones*... Lo único que quieren es utilizarte un rato... Son pinchazos en el dirigible, son flatulentos soplos en el corazón, son... Los miembros de los equipos televisivos también están irritados. ¡Mocosos drogadictos! Cubrir la información se ha convertido en algo hartamente enojoso aquí en la Ciudad Límite. No pueden hacer su trabajo, pero no pueden dejar de hacerlo..., en buen lío están metidos...

—... Durante un año hemos estado en el Jardín del Edén. El ácido nos abrió la puerta de ese paraíso. Fue el Jardín

del Edén y la Inocencia y una Fiesta. El ácido te abre esa puerta y entras y te quedas allí un rato...

En ese preciso instante —¡misterios de la sincronía!— cuatro policías, cuatro figuras corpulentas y uniformadas de azul, entran por la puerta de la calle Sexta. Empieza a correr la voz como la pólvora en medio de la oscuridad: ¡La poli! ¡La poli! ¡Una redada monstruo para poner broche a la catástrofe! La gente corre, trata de escabullirse en la negrura del recinto, los cuerpos chocan contra las paredes del garaje como gigantescas ratas disfrazadas en busca de los agujeros de sus madrigueras... ¡Larguémonos de aquí! Es la Generación

de la Libertad Vigilada, claro está, la multitud de jovencitos en libertad a prueba, bajo el firme apercibimiento de no asociarse con drogadictos notorios... Han de escapar: se desesperan, buscan las salidas más inverosímiles... Los cuatro policías avanzan a paso lento, miran a un lado y a otro. Cassady está al micrófono detrás de Kesey, a unos metros, sobre el escenario, y comienza a parlotear sobre la llegada de los polis:

—Cuatro agentes con traje a medida, ya entendéis, en busca de alguna buena alhaja entre los porqueros...

—¿Está aquí la policía? —dice Kesey. Parece perplejo.

—Agentes de la comisaría de la

zona.

—También llegan en «ondas» —dice Kesey—. Es un patrón que se repite...
¡Sí, señor!

Para entonces los agentes se han parado al borde de la multitud, en la oscuridad, y se limitan a mirar a su alrededor.

—Hay polis y hay policías —dice Kesey—. Los polis dicen: «No hagas esto. Está prohibido y no hay más que hablar.» Y el policía dice: «Puedes hacer esto, pero si vas demasiado lejos vas a salir perjudicado.» El policía es la doble línea que separa los dos lados de la carretera. Estoy hablando de nuestro interior.

De pronto se enciende un foco, y encierra a Cassady en un pequeño cono de luz.

—Es como Ken decía una vez — dice Cassady—: Si haces caso omiso de un poli durante veinte años, un buen día deja de existir...

—Jua! Jua! Jua! —ríen los Ángeles del Infierno en un rincón...

Los cuatro agentes inspeccionan el lugar de la reunión con la mirada, y al cabo se dan media vuelta e inician la retirada. Cassady sigue parloteando:

—¡Sí! Violencia, ya entendéis... Aquí no va a haber ninguna violencia. Si quisiéramos violencia, tendríamos aquí a algunos tipos que podrían

proporcionárnosla...

—Jua! Jua! ¡Sí! ¡Síííí! *¡El buen poli es el poli muerto!*

—*¡El buen poli es el poli muerto!*

Pero los policías siguen andando hacia la puerta con el mismo paso despacioso, y atraviesan un grupo de Angeles del Infierno como si no existieran. Los polis, pues, ya se han ido, pero la atmósfera ha quedado de nuevo «lacerada». Kesey trata de restañar la herida, y vuelve a emplear los tonos suaves, pero el progreso es lento. Aborda el asunto de la visión, la visión de Más Allá del Acido, y explica cómo vio las líneas de luz que surcaban la bahía en Manzanillo, la línea de la

hierba...

—... Yo he fumado Oro de Acapulco, por cierto...

Vitores en la oscuridad. ¡La hierba Oro de Acapulco! Oh, mierda, somos drogotas esotéricos y conocemos la mejor de todas las marihuanas... Pero la maldita «herida» persiste. Kesey pasa a explicar toda la visión: la línea del ácido, el círculo que exige ser cerrado, las pequeñas luces que surcan la bahía... Es una explicación metafórica, alegórica, y los cerebros de los presentes empiezan a empantanarse... El *rock and roll*, el frenesí, las cámaras de televisión, la oscuridad, los polis, y ahora... *esto*... Lo que acaba de decir

Kesey sigue rebotando de nivel en nivel... ¡Mierda! ¿Qué diablos está... *haciendo* Kesey? Finalmente habla de la línea con el gancho..., completar el círculo sin llegar a cerrarlo por completo... Se lo está contando todo, pero... ¿qué diablos...?

—Hemos estado entrando por esa puerta y quedándonos un tiempo breve en el otro lado, y luego hemos salido por la misma puerta... Pero hasta que, llegados a ese punto, no empecemos a ir más allá, no vamos a llegar a ninguna parte, no vamos a experimentar nada nuevo...

Se sienten incómodos, se meten y se sacan los faldones de la camisa; hay

muchos pinchazos en el globo, y los cerebros están confusos... Los malditos chacales de la televisión esgrimen los micrófonos a diestro y siniestro como si estuvieran grabando el ahorcamiento de Lenny Bruce...

—Averigüemos dónde estamos. Y movámonos de ese punto. Brinquemos...

Las luces vuelven, vuelve la música, vuelve el color, todo vuelve a girar como una peonza. Goldhill está ya colgado. La música fluye a través de sus ganglios nerviosos como una oleada de alivio... ¡Amor! ¡Bendito sea! ¡Bendito sea! ¡Brillantes luces! Los Ángeles del Infierno vuelven a aporrear el suelo con sus botas por todo el garaje, todo el

mundo baila. Pero la cosa no dura mucho. Kesey se ha plantado en medio de la multitud. La gente se agrupa a su alrededor. La música cesa. Kesey parece un tanto colgado, pero vuelve a su discurso, decidido a retomar el control de aquel caos. Tiene un trozo de hielo en la mano. Lo besa, se lo lleva a la boca, muerde un trozo y le pasa el resto a Cassady. Cassady lo besa y se frota con él el pecho desnudo. Es la *cosa* del hielo... Los cámaras de televisión y los reporteros de radio tratan de acercarse. Pero les alejan a empujones. Las imágenes se tambalean, dan vueltas. Kesey y Cassady están sentados en el suelo, en comunión a

través del hielo. Los Bromistas y algunos adictos más están formando un círculo en el suelo con Kesey y Cassady... Se ponen en la postura del loto... Gary Goldhill se sienta con ellos. Está preparado. El chico de los dientes chispeantes se sienta a su lado, colgado..., y adopta la postura del loto. Tiene la espalda recta, se mantiene rígido en su chaqueta de Nehru. Está ensimismado. La olla de perlas bulle y bulle. Se cogen todos de la mano y cierran los ojos..., un círculo comunal... Cierran los ojos con más y más fuerza, a la espera de... *la energía*. ¡Está llegando! ¡Está llegando! Un fuerte y agudo ruido se alza del corro... ¡Lo

oís? Es extraño... La mitad de la gente que contempla la escena está anonadada, siente *embarazo*. ¿Qué es esto, una fiesta de Halloween o una sesión de los Holy Rollers^[89]? Dios... Albert Morch, del *Women's Wear Daily*, le dice a Catherine Millinaire: «¡Oye, anoche cuando te conocí no sabía que fueras hija del duque de Bedford!» ¡Un converso! Los Angeles del Infierno están inquietos. Se mantienen en el borde externo del círculo. «¡Eh, que empiece la música!» En el corro, Kesey y Cassady y los demás... empiezan a hablar sin orden ni concierto... El chico de los dientes chispeantes «oye la voz». Sigue con los ojos muy apretados.

Sonríe, está radiante. «Un pinzón muerto», dice. «Una carretera llena de baches y un pinzón muerto.» Su voz se halla al borde del delirio y de las lágrimas..., o puede que en cualquier momento estalle en una risa vesánica y aguda... «Un pinzón muerto y una carretera llena de baches y, tendida en el polvo, una *equivocación...*, una *equivocación*, pero no es *importante...* Cometer una equivocación no es *importante...*, es el contexto en el que se comete lo que importa... Una carretera llena de baches y un pinzón muerto y cuatro gasolineras, blancas y asépticas, abasteciendo en mitad del aire a coches aerodinámicos de hombres

gordos con gafas de sol que no ven la carretera llena de baches ni el pinzón muerto...»

Goldhill sigue sentado, absorto... Ondas de energía emanan de todas partes... Son como... ¡espíritus negros! Kesey y Cassady..., ¿qué es lo que tratan de hacer con mi mente...?, se pregunta Goldhill. *¿Atraparme?* ¿Atraparme en la Gran Espera? ¿Espera de qué? ¿De una idea?, ¿una revelación?, ¿el amor?, ¿un sentimiento?, ¿una ruptura... hacia qué?, o es

UNA BROMA

¡Le están gastando una broma! ¡Le están tomando el pelo! Pero... la *idea*

que todos esperamos..., él puede *sentirla*, sí, físicamente; va abriéndose paso a través de... Mira en lo más hondo de sí mismo a fin de describirla

PRESQUE VU!

¡Una diabólica alucinación colectiva! Mira a su alrededor... Todo se tambalea, todo da vueltas...

UN CIRCO O UN INFIERNO

En torno a él, los torturados y los condenados, las almas muertas para siempre... Se levanta irradiando fuegos de artificio chinos del dragón de su pijama, y se encamina hacia la puerta de la calle Sexta, pero se topa con... ¡los Muertos y los Condenados! ¡Rostros!

ÁNGELES DEL INFIERNO

Los Angeles del Infierno se apiñan
en el pasillo que conduce a la puerta,
listos para la

MASACRE

Vuelve a mezclarse con la multitud,
se hunde en una distorsión del tiempo...
Como si su vida fuera una cinta que se
riza y se riza de forma interminable...
Los espíritus negros siguen borboteando
en los más ancestrales pozos de
detergente de regaliz

TRAMPA

¡Sí! Haré Krisna Haré Krisna Krisna
Krisna Haré Haré Haré Rama Haré
Rama Rama Rama Haré Haré, y a
medida que canta se convierte en...
¡Krisna!..., ¡en Cristo!..., ¡en Dios!... Y

sale de la distorsión del tiempo y entra en la neblina plateada de... la Mente Universal...

—Hemos estado cerca —dice Kesey, abriendo los ojos por primera vez—. Podríamos haberlo conseguido. Hay mucho ruido aquí...

Pero es como si la nube hubiera pasado ya.

La gente se arremolina aquí y allá; empieza a marcharse. Se siente desconcertada e incómoda. ¿Qué jodida clase de fiesta ha sido ésta...? Los Ángeles del Infierno inician la retirada, y los equipos de televisión, y Herbert Gold, que ya ha tenido bastante..., y Albert Morch. Pronto serán las tres de la

madrugada... La gente mira hacia el escenario, pero no hay indicio alguno de que vaya a haber más música... ¿Se ha acabado todo? ¿Estás en el autobús? ¿Estás en el ajo?

Kesey vuelve a la carga. Las luces se apagan otra vez. Ahora la «torsión» es total. Es algo... totalmente distinto. Kesey va hasta el otro lado del local y se sienta. El foco lo ilumina. Los Bromistas empiezan a llegar de todos los rincones del garaje: Montañesa, el Eremita, Babbs, Gretch, Doris Delay, Page, Peleón, Cassady, Black Maria, el Colgado, Barriga, George Walker, Ram Rod, Stewart Brand, Lois Jennings... van congregándose en torno a Kesey.

Peleón tiene un micrófono de mano y empieza a decir en la oscuridad:

—Todos los que están con nosotros, todos los que están con nosotros en esto, que se acerquen más. Si no formáis parte de esto, si no estáis con nosotros, es hora de que os marchéis... Podeis acercaros y entrar en esto o podéis marcharos, porque... ha llegado el momento...

¡Fulminante! Se acabó: quienes sentían cierto temor por el giro que iba tomando la velada, estaban ahora absolutamente espantados. Se encaminaron hacia la puerta de la calle Sexta, haciendo gestos y cuchicheando. Los Bromistas, entretanto, siguen

acercándose —pasando entre la gente, por encima de la gente— y sentándose y apiñándose en torno a Kesey. Otros adictos van llegando a través de la oscuridad hacia el coño de luz que ilumina la *cabeza*, y la espalda de Kesey. Kesey parece muy conmovido. Alza la mirada hacia la luz. Tiene un micrófono de mano. Hace un gesto, como diciendo: dejad que se acerquen...

—Conozco a esa gente —dice—. ¡He estado con esa gente! La Alegoría, toda la Alegoría... Un cuadro de las Llanuras de...

El círculo íntimo lo rodea de cerca, y un poco más allá está el círculo

externo; y luego un puñado de viejos camaradas de Perry Lane; y luego varios adictos al ácido muy metidos en el ajo, como Goldhill y el Chico de los Hirvientes Dientes; y más y más anillos —niveles de fe— cada vez más alejados... Hay también unos grupitos que se apoyan contra la pared, gentes sin la menor fe pero demasiado colgada o curiosa para marcharse. Cassady llega y pasa por encima de los que están acucillados, en la postura del loto, sentados... y avanza hacia el círculo interno. Kesey alza los ojos hacia él, y parece marearse y venirse abajo... La cabeza le da vueltas...

—¡Adiós, Neal! —dice. Parece a

punto de desmayarse. Cassady se acerca más. Kesey se encorva sobre el micrófono—. Están diciendo: «Míralo..., el prometedor novelista..., un día rodeado de tantos y tantos... y ahora tan sólo de estos pocos. Pero puedo...»

... calla, deja pasar el pensamiento. Todo está tranquilo y a oscuras, a excepción del pequeño foco que ilumina a Kesey...

—Traed a Faye y a los niños... — dice.

Silencio. Luego se oye el frufrú de Faye que llega a través de la gente, seguida de la niña, Shannon, y del niño mayor, Zane, y con Jed, el benjamín, en

ouija:

—El... niño... está... lloran... do...
Haced... algo... por... el... niño...
antes... que... nada...

Kesey guarda silencio. Tiene los ojos cerrados, muy apretados. El sonido agudo y penetrante se alza del círculo, y se entrelaza en él el grito del niño. *El fantástico poder mental crepita...* Goldhill acusa la energía...

ESTÁN CASI... Pero la chica de los espondeos no cesa:

—Haced... caso... al... niño... Hay un... niño... lloran... do... Eso... es... lo... úni... co que... suce... de... Un... niño... está... lloran... do... y na... die

le... hace... ningún... caso...

CASI LO CONSIGUEN...

PRESQUE VU!

—¿Por qué... está... lloran... do
el... niño...? ¿Es que... no le...
impor... ta a... nadie?

¡SENTIDLO! ¡EL NIVEL DE
VIBRACIÓN!

Kesey alza la mirada. El foco le da
en la cara. Los Bromistas se sueltan la
mano. La música vuelve a sonar. Los
Artistas Anónimos de Norteamérica
tocan una versión *rock and roll* de
Pompa y circunstancia, con muchas
fiorituras de percusión.

LA LICENCIATURA DE LA
PRUEBA DEL ÁCIDO La multitud, para

entonces, se ha reducido a unas cincuenta personas. Las luces vuelven a iluminar tenuemente las inmediaciones del escenario, pero el resto del garaje sigue a oscuras. Cassady está en el escenario, ante un micrófono. No lleva encima más que un pantalón caqui a la altura de las caderas y un birrete de los utilizados en las licenciaturas. En una mano sostiene un montón de diplomas. Está revolucionado como una moto, lanza patadas, se agita, hace movimientos crispados, convulsos con piernas, codos, cabeza... Y suelta una deslumbrante catarata de palabras. Los Artistas Anónimos de Norteamérica siguen actuando a su espalda. Cada vez

que la jovencita rubia de la batería da un buen vapuleo a tambores y platillos, Cassady se queda rígido, como presa de un espasmo, como si alguien le hubiera dado una patada en la rabadilla. Habla y habla y muestra los títulos de Licenciatura de la Prueba del Acido. Por fin ha llegado el momento..., ahora..., ¿cuándo? ¿Qué hora es? Las cinco de la madrugada, o... ¿quién diablos sabe? Kesey está en la penumbra, hundido en el gran sillón. Algunos de los... *licenciados* están presentes (la mayoría son Bromistas). Se ponen gorras negras y túnicas y suben de un brinco al escenario y reciben los diplomas de manos de Cassady... Una

especie de rollos apergaminados confeccionados por Paul Foster y el Dios Rotor...

Barriga, el Ángel del Infierno, al oír su nombre lanza un grito de regocijo y ejecuta una breve danza. Muchos de los licenciados no están presentes. La Chica «¿A quién le importa?», por ejemplo...

—La Chica «¿A quién le importa?»... —anuncia Cassady—. Bueno, la Chica «¿A quién le importa?», no ha podido estar aquí con nosotros esta noche, ya entendéis, ha tenido que asistir a los ensayos del coro del manicomio, doscientas voces perfectamente sincronizadas para gritar el nombre de un *cowboy* llamado Ray,

que tampoco, ya entendéis, podrá estar con nosotros..., ejem, porque está por ahí perdido en una fábrica de tiritas limpiando con A-200 las tapas de los retretes... y los tambores redoblan y Cassady se pone rígido y da un respingo y se retuerce y los Bromistas se apresuran a subir al escenario: Peleón, Babbs, el Colgado, el Eremita, Montañesa, Gretch, Paul Foster, Black Maria, Page, Walker, Hagen, Doris Delay, Roy Seburn... suben y bajan del escenario con sus ropones negros..., *licenciados*... en sea lo que fuere lo que se atisba allá en el horizonte..., mientras el alba va filtrándose por la rendija de la puerta de detrás del escenario en

forma de frías astillas de plata... La luz va anegando el garaje, que se tiñe de una coloración anaranjada y sórdida, y el silencio es perfecto, y el mundo va perdiendo sus aristas como si fuera... de metacrilato... Y el calor del nuevo día se cuele en el interior del garaje, y, como segregados por el hedor y los olores almizclados y las manchas de grasa Cutre..., vuelven a la vida los acáridos, las chinches, las ladillas, las pulgas, los mosquitos de la fruta, los gusanos, los gorgojos, los microbios y las larvas..., y empiezan a bullir y a retorcerse y a emponzoñar y a mortificar y a pulular por todas partes... El mundo convencional despierta, toma aliento,

tose, siente náuseas como si se le hubieran atravesado espaguetis en la glotis y fuera presa del pánico...

Entre los adictos al ácido de San Francisco hubo dos o tres días de disección *post mortem* de la situación, tras el fiasco de la fantasía Bromista de Winterland y la extraña noche en el Almacén. Pequeños golpes de pecho aquí y allá... Oh, ¿claudicamos ante el Miedo y las Dudas, algo que un adicto que se precie no puede permitirse hacer...? ¿Impedimos, al hacerlo, que un tipo valiente sacara adelante su *cosa*...? Pero, como afirmaban muchos, Kesey pretendía que dejaran el ácido, o escaquearse a costa suya, y

afortunadamente se habían dado cuenta... Y la mente comunal, no queriendo mostrarse en contra del abandono del ácido, se adhirió a la teoría del escaqueo. Kesey, en los últimos tiempos, habría tratado de eludir sus responsabilidades, de librarse de la cárcel. Y ello ponía en evidencia, además, otro exceso de los Bromistas: el engorroso rollo «sobreacelerado» en que andaban metidos siempre..., su juego de hacerlo todo como impulsados por un motor de 400 caballos, su juego de las ondeantes banderas norteamericanas, su juego del Day-Glo, su juego de ser siempre «positivos», su horrible juego del neón, su juego... del

superhéroe, todo ello entretejido y conectado a la red y amplificado en un estallido lúdico-electropastelcromado... No eran Buda, no, ni por asomo. La vida es una mierda, dijo Buda, una prisión de malos *karmas*, y el *satori* es pasivo, tumbarse y deleitarse y *penetrar* el sentido de la Mente Cósmica y dejar fuera de ello a Teddy Roosevelt. La Gracia habita en un país lejano llamado la India... Oh, el arte de vivir de la India, hermanos... Y qué más da si no hay instalaciones de fontanería y si las calles están sucias... Los indios son maestros en el arte de vivir...

Los Bromistas habían limpiado el Almacén y habían sacado sus cosas para

que pudiera volver a instalarse en él la Compañía Calíope. Habían amontonado sus pertenencias en el solar vacío de al lado y se habían ido al Spread, la vieja casa de Babbs en Santa Cruz. Las cosas de los Bromistas quedaron, pues, en el solar contiguo al Almacén: un enorme y singular montón de objetos heterogéneos, de partes y elementos de trajes y disfraces, de máscaras, de piezas de madera pintadas de Day-Glo, de grandes retazos de grueso papel de envolver con extrañas leyendas fluorescentes..., todo apilado y abandonado y agitándose al viento durante el día..., una enorme masa que por la noche... *brillaba*. Un verdadero

baldón en el «escudo de armas» de Harriet Street. Los vecinos de la calle, industriales japoneses y otros moradores, eran gentes humildes, pero tenían su orgullo y habían enviado una delegación al Ayuntamiento para insistir en la necesidad de mantener limpia la calle y alrededores. Las autoridades municipales vieron en ello un ejemplo de dignidad vecinal capaz de regenerar la ciudad, pues si era factible insuflar el buen espíritu ciudadano hasta en un barrio tan humilde como el Tenderloin... Así que el alcalde prometió total cooperación, y se convirtió en un ceremonial periódico la visita al barrio de funcionarios acompañados de

personal de la concejalía de Sanidad y de las cámaras de TV. El municipio, pues, colaboró con los buenos ciudadanos de Harriet Street en la destrucción también ceremonial del estrafalario montón de desechos de los Bromistas... *Sólo Dios sabía qué generaciones de degenerados dementes y borrachos* habían llegado a confabularse para enseñorearse de aquel pobre y olvidado barrio hasta casi convertirlo en una selva de basura. Pero el fluorescente Day-Glo siguió escupiendo su chisporroteo de destellos hasta el mismísimo final...

La Compañía Calíope celebró una Prueba del Ácido en el Almacén, y

Cassady, que se paseaba por San Francisco en su nuevo coche, oyó hablar de ella y se presentó la noche del evento en el garaje. Entró por la puerta de Harriet Street —ahora, con los nuevos tiempos, había cambiado de numeración: se le había adjudicado el número 69— gesticulando como un poseso, aprestándose, con la ayuda del *speed*, a una inminente encarnación de Joe Cuba... Estaba ciego de *speed*, como los treinta o cuarenta adictos veteranos presentes pudieron fácilmente colegir por la forma en que le brincaban de un lado para otro los ojos, tic, tac, toe, toe, toe, tac, toe, tac, toe, tac, toe, tic, tic, tic, tic, tic, tac, toe, tac, toe, tic, tic, tic, tic,

tic, toe, tac, toe, tac, toe, tac... Bien esto... o bien se quedaba absolutamente pasmado ante aquella Prueba del Ácido. No había luces: sólo las más lentas y fluidas proyecciones luminosas; no había ruidos: sólo el más melifluido de los sonidos estereofónicos... *Qué coño era...* ¿Sitar? ¿Sitar? ¿Sitar?... El garaje estaba fregado y limpio como una patena, decorado con las más escogidas colgaduras, colchas indias estampadas con delicados y profusos dibujos y teñidas con tintes vegetales puros, macrobióticos... Unos cuantos cristales suspendidos en el aire captaban los tenues haces de luz uno por uno, como... joyas... Y los buenos adictos al ácido

alucinaban en un silencio perfecto, apoyados en las paredes o tumbados, ensimismados en sus cosas íntimas, receptáculos del Buda, el huésped del Todo-Uno, el invitado que podría haber entrado en aquel garaje en cualquier momento y haberse sentido en su propia casa, en el 485 antes de Cristo o en aquel instante mismo..., el...

... vaya mierda... Cassady no puede creerlo... Habla a dos kilómetros por minuto, pero nadie le hace el menor caso. Se quedan mirándole con sus grandes ojos de amatista, llenos de tolerancia y compasión, mientras los ojos de Cassady se mueven como centellas y sus hombros se bambolean y

brincan...

—¡Eh! ¿No os apetece *hacer* algo..., montar algo bueno..., ya sabéis, animar un poco el rollo?

Y ellos, beatíficos niños, luminiscentes joyas violetas, se quedan mirándole como un hatajo de jodidas monjas, llenos de paz y piedad y tolerancia..., mientras él se da la vuelta sacudiendo cabeza y hombros y se agita y se descoyunta camino de la puerta y sale a Harriet Street...

Oh, Dios, otra jovencita en las palpitaciones, en los neblinosos vapores de los padecimientos del

descubrimiento. Tiene abiertos los ojos como dondiegos de día, los labios húmedos y brillantes, una sonrisa de monja en trance, y le empiezan a centellear los dientes..., y se aferra al sostén de la caja torácica. Alza la cara hacia la tuya, hacia la de todo el mundo, y dice embargada por el éxtasis del descubrimiento:

—Estoy..., estoy..., estoy..., *¡lo estoy captando todo!* Estamos... todos *aquí*, ¿no es eso? ¡Estamos todos aquí! ¡Estamos... *aquíííí*...!

Y su mano se extiende en abanico para asir la Fantasía del cosmos primigenio..., que en realidad no es sino un local llamado El Granero, situado en

Scotts Valley, a unos quince kilómetros de Santa Cruz. El Granero es el primer local nocturno psicodélico de Scotts Valley, un antiguo granero luego convertido en teatro y finalmente reconvertido en una sala psicodélica regentada por León Taboory, primer y último vecino de Scotts Valley que ha oído gruñidos de protesta de la iglesia situada al fondo del valle y de la policía y vecindario y periódico locales..., pero dejemos eso a un lado... Para la jovencita es el primer barrunto del mismo Cielo, y está colgada en LSD, y es su primer viaje...

—Estoy... ¡lo estoy captando todo!
¡Estamos aquíííí y podemos hacer lo

que queremos!

... les hace estas revelaciones a Doris Delay y al Colgado. Doris, como buena y solidaria camarada, le dice:

—Así es. Estamos todos aquí y todo marcha a las mil maravillas y tú estás perfectamente.

La chiquilla se hunde en su silla plegable, contigua a la de Doris, y le lanza una mirada.

—No me debería fiar de ti...

—La fase de la paranoia —le dice Doris al Colgado.

Me encanta contar la historia...

—... porque estoy muy colgada...

—Lo sé —dice Doris.

... contar la vieja, vieja historia...,

del amor y la gloria que ahora brota por primera vez en el lugar donde habitas, Scotts Valley...

Unos ochenta adictos locales y alguna gente *hip* y un puñado de fanáticos del *jazz*... están en El Granero escuchando a un trío de *jazz* llamado Las Nuevas Dimensiones: Dave Molinari, Andrew Shushkoff y un tipo pequeño y robusto que toca el bajo. El tipo pequeño lleva un sombrero ostentoso..., lo lleva mientras toca —es su firma, ya entiendes—..., y unas gafas de sol tipo cubano, de las que te rodean toda la cara, por mucho que el local esté a oscuras —que es lo lógico en un local nocturno—, a excepción de unos cuantos

juegos de luces que le dan un toque... psicodélico..., y..., hummmmm..., el tipo manosea y palmea y hace fintas con el bajo de un modo que evoca los felices días de Slam Stewart. *Las Nuevas Dimensiones...*, tiene gracia, ¿sabes? Ken Kesey y los Alegres Bromistas no pueden reprimir una sonrisa al oír el nombre del trío. Están en un costado del Granero, a la espera de que les toque el turno para actuar, preparando los instrumentos, las guitarras eléctricas y los bajos y el órgano Hammond de Gretchen la Bella y la batería de Walker y un endiablado y reluciente embrollo de cables, diales, amplificadores, altavoces, auriculares, micrófonos... —

probando, probando—... Las Nuevas Dimensiones... Sí... El trío es como una vuelta a finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta, cuando el *jazz* era, bueno, la *forma final*, *funky* y hermosa... Molinari —¿o es Shushkoff? — acomete un increíble solo improvisado..., oh, Dios, ¿te acuerdas...?, al piano, con la cabeza sumergida en lo más hondo de las profundidades *delfunky* y del alma de la época... Despierta tanta... bueno, nostalgia... Una banda de Scott Valley reviviendo la Norteamérica *hip* de la posguerra de la Segunda Guerra Mundial... Los Bromistas han colocado sus altavoces por todo el local, y Babbs

está probando los micrófonos, atento a los saltos de la aguja en los diales... Lleva puesta su fantasmal máscara de Day-Glo, que brilla en la oscuridad, y su camisa Shazam y un pantalón con muchas franjas y colores, y sopla en los micrófonos y tararea un poco y vigila las agujas, y entona un ronroneo, y canturrea a media voz, y le agrada cómo suena, y ensaya como un gañido, y le suena aun mejor, y al poco está canturreando y siguiendo los meandros de sonido de Las Nuevas Dimensiones, y su voz se inmiscuye en la música del trío como un fantasma colgado en el flujo de las ondas... Kesey está sentado en una silla plegable en el Centro de Control, y

prueba los auriculares. Cassady tiene en la mano la Cutre-guitarra, ahora pintada de infinidad de colores y sin una sola cuerda... Doris Delay sigue en su papel de amorosa tía carnal de la chiquilla colgada que «lo está captando todo»...

Las Nuevas Dimensiones han terminado su actuación, y están hechos una furia, como es lógico. Por el amor de Dios..., ¿quién era el... *cabeza cuadrada* que les había «colado» aquel retazo de aullidos en uno de los temas? Los tres bajan en tromba del escenario y se dirigen hacia los más que presuntos sospechosos, los Bromistas, guiados por el tipo robusto del sombrero y las gafas oscuras. Se planta ante Babbs y dice:

—Oye, tío, ¿quién ha estado haciendo todo ese...?

—¿Haciendo qué? —dice Babbs.

—¿Qué? Pues... *eso*, no me vengas con «¿haciendo qué?»...

Sabes perfectamente a lo que me refiero, tío... A unos... —¿Es que alguien ha estado haciendo algo?

—O sea, a unos... ¡a *eso*! ¡Sabes muy bien a lo que me refiero! A unos..., ¡unos... *chirridos*!

— ¡Ah, te refieres a esos *ruidos raros*! Seguro que era el *feedback*^[90].

—¡Seguro! ¡El *feedback*!

—¡Sí! ¡Sí! ¡Eso es! ¡Eso es! ¡Eso es!

No hay por qué preocuparse..., podría arreglar el asunto con una sola

mano. El tipo está furioso. Intenta encontrar palabras para expresar el odio que siente.

—O sea, tío, meter esa puta mierda en lo que está tocando otro tío... ¡Es... tan de... CABEZA CUADRADA!

¡Al fin! ¡Lo ha dicho! ¡El peor insulto que conoce! Luego, lo que viene a continuación... Kesey se acerca a templar gaitas.

—No lo estaba haciendo *en contra* tuya. Intentaba hacer música *contigo*.

El tipo pequeño y robusto se queda mirando a Kesey, pero no dice nada. Se limita a repetir a gritos, al vacío, su insultante hallazgo:

—¡Es... tan de... CABEZA

CUADRADA!

—¡Sí! ¡Sí! ¡Eso es! ¡Eso es! ¡Eso es!
—dice Babbs—. ¡Y allí tienes al que lo
ha hecho!

Y apunta con el dedo hacia Cool Breeze, que está sentado en una mesita y que, inclinado sobre un papel, a la luz de una vela, se dedica con intensidad a un dibujo propio de un colocón de methedrina.

—Ahí va —dice Babbs, prosiguiendo con la idea—. Hace falta ser una especie de fantasma para poder dar caza a una «Brisa Fresca», ¿lo coges?

Y sigue con otras chanzas... Una tomadura de pelo, en una palabra...

Nunca te fíes de un Bromista...

Y el trío Las Nuevas Dimensiones se retira, muy disgustado. Se niegan a volver a actuar y empiezan a recoger sus instrumentos, lo cual deja a Taboory, el gerente del Granero, en una situación muy comprometida. No sabe a ciencia cierta a quién culpar. Kesey es un gigante..., y Las Nuevas Dimensiones, por su parte, saben tocar... Pero ya es tarde para solucionarlo. Las Nuevas Dimensiones salen del Granero dedicando un corte de mangas a todo el local. Los Bromistas van a dar comienzo a su actuación. Preparan los auriculares. Los auriculares están conectados a un sistema de intervalo variable, de modo

que en un instante dado no oyen lo que están tocando sino lo que acaban de tocar hace un segundo... Los Bromistas componen su propia armonía, quiebran toda progresión armónica conocida, y sólo ellos pueden oír... la orquestación total, toda una sinfonía en sus cortezas cerebrales, la música de los Bromistas..., ah, hummmmm... Pero el joven público del Granero no sabrá de qué se trata. Será una actuación un tanto... *extraña*. Los Bromistas se ponen los auriculares y cogen los instrumentos: Kesey una guitarra eléctrica, Peleón otra, Babbs el bajo eléctrico, Gretch se sienta al órgano eléctrico y George Walker a la batería... Parece que van a

empezar a tocar, pero no sucede nada. Esperan... a que la... *energía*... se acumule, a que les llegue crepitando a través de los auriculares..., a que surja el estallido espontáneo..., pero la cosa no funciona. Alguien del grupo aventura unos acordes, pero nadie consigue seguirle, y continúan de esta guisa y pronto se hace evidente que ninguno de esos tipos de aire chiflado va *tocar* instrumento alguno, salvo el batería..., y que además no *interpretan canciones* sino que van haciendo las cosas sobre la marcha. Kesey, el líder, el tipo musculoso, canta:

—¡Es... un mapa de carreteras!... Debería decir cómo llegar al límite del

tiempo... sobre un caballo volador con
arreos rojo tungsteno...

Y el tipo enmascarado del bajo
canta:

—... oleadas de gritos en la playa
en los bombardeos de los
ensangrentados arcos iris... Está oscuro
y pierdo la visión...

Bien, los jovencitos empiezan a
levantarse... ¿Qué diablos...?

Babbs eructa en el micrófono, y
arranca unas carcajadas. Pero ¿eso es
arte? Kesey ladra como un perro.
George Walker dice a través de su
micrófono:

—¿Adónde va ese perro? He oído
un... ¡perro!, aquí abajo, ¡a mis propios

pies!

Hacen una pausa. Peleón se pone a cantar por su micrófono, que sólo está conectado a sus auriculares. Sólo los Bromistas pueden oírle.

—Empezadlo como lo empezamos nosotros... al principio... Hacedlo como lo hicimos *nosotros*... al principio... Al principio..., al principio...

... un canto para la exclusiva red de los Bromistas.

Pero la pausa, el «bajón», ya son definitivos... Los jóvenes se marchan ahora en cascada. Los Bromistas se quedan solos... Se instala en el local una atmósfera de absoluto tedio...

Resulta... excesivo... para... cualquier mortal...

Hasta los Bromistas empiezan a levantar el campo... Abandonan el entresuelo, bajan a la planta baja... Hagen sacude la cabeza.

—Esto parece un velatorio...

Es la exhausta cascara de las oscuras horas de la madrugada. Black Maria encuentra un colchón en un trastero y se echa a descansar... Cassady, que no está colgado en absoluto —está más bien bajo—, se ofrece a llevar a una chica en coche a su casa... Tan sólo quedan Kesey con su guitarra y Babbs con su bajo, que siguen tocando, acoplándose —ellos y los

auriculares— a la secuencia sonora de instrumentos y canciones en intervalo variable... Ni el propio Taboory, gerente del Granero, puede soportarlo más...

—Cerrad bien la puerta cuando os vayáis —le dice a Kesey. Y se marcha.

Las luces están todas apagadas. Sólo queda el débil fulgor de los diales del Centro de Control de los Bromistas... Kesey y Babbs tienen los ojos cerrados, y rasguean despacio guitarra y bajo, solos en el centro de la vasta penumbra del Granero... El mundo se contrae, se hace más próximo, más profundo, y se cuele dentro de los auriculares, y rebota en intervalo variable en las altas horas

de la madrugada, y Kesey canta acompañado de su guitarra, que se estremece y vibra:

—... y de cuando en cuando puedes oírla: expulsa anillos de humo por la boca, y rodea con ellos una nube, y trata de atarse el cordón del zapato...

Y Babbs:

—... y el mensaje se propaga y empieza a conocerse un poco, pero... cesa...

Y Kesey:

—Es más bien difícil tocar el violonchelo con una aguja hipodérmica y un bate petrificado como arco...

Y Babbs:

—Sí, es difícil trabajar con esos

materiales sin que las sonrisas se te caigan de las rodillas...

Y Kesey:

—... y los soldados piensan en las humildes pulgas...

Y...

—... las letrinas se desbordan y me llegan hasta las rodillas...

—Así que instalémonos aquí en esta destartalada chabola humana y pensemos en las cosas que hemos hecho...

—... Sí..., allá en Mississippi, aquella zorra que nos follamos en los campos de algodón...

—Y sin embargo... quieres coger el primer metro para el Cielo...

—Si lograra conseguir un nuevo

juego de balanzas, me largaría de este tercer carril... —Y diciendo esto, se levantó y sintió náuseas y miró el carril, del que salían chispas, y largas babas (babas llenas de pelos) de varios sabores, de un oscuro pardo intestinal...

—... y los dientes se le caían por docenas y Hitler y sus infectos primos empezaron a cultivar en el sótano una especie de nuevo maíz híbrido y los cuervos no osaban tocarle...

—... y allá en el carril, el viejo True Blue se limpió la nariz en la ropa de su tío...

—Tomé pseulobin y fue un «polvo» muy largo...

—¡LA FASTIDIAMOS!

—... Diez mil veces como mínimo...

—¡LA FASTIDIAMOS!

—... tantas, tantas veces...

—¡LA FASTIDIAMOS!

—... justo cuando empezabas a pensar: «Voy a apuntarme un tanto»...

—¡LA FASTIDIAMOS!

—... pero hay más cosas en el horizonte...

—¡LA FASTIDIAMOS!

—... si pudiéramos librarnos de esos cupones que entorpecen el libre comercio de la mercancía...

—¡LA FASTIDIAMOS!

—¡Diez millones de veces como mínimo!

—¡LA FASTIDIAMOS!

—... fue perfecto, así que, ¿qué más puedes hacer?

—¡LA FASTIDIAMOS!

—... perfecto...

—¡LA FASTIDIAMOS!

EPÍLOGO

Tres semanas después, el 30 de noviembre, Kesey compareció en juicio en San Francisco acusado de posesión de marihuana (la detención en la azotea). El proceso se saldó en división del jurado: ocho frente a cuatro en su contra. El nuevo juicio, que se celebró en abril

del siguiente año, terminó de modo parecido: otro jurado dividido: uno a su favor y once en su contra. El tribunal, sin embargo, prefirió no juzgarle por tercera vez, y le permitió alegar *nolo contendere* y hacer frente a una acusación menor: «Estar deliberadamente en un lugar donde había marihuana.» Fue condenado a noventa días. En mayo perdió la apelación contra la sentencia del condado de San Mateo en su primer proceso por posesión de marihuana (la redada de La Honda). La condena, en este caso, fue de seis meses en una granja de trabajo del condado, una multa de 1.500 dólares y tres años de libertad vigilada. Se le

permitió cumplir la otra condena, los noventa días, mientras cumplía la más larga.

Antes de cumplir la condena, Kesey subió al autobús y viajó a su pueblo natal, Springfiel, Oregón, con Faye, los niños y Ram Rod. Los Bromistas habían iniciado un proceso de dispersión. George Walker y Cassady se fueron a México. Montañesa, con su hija Sunshine, se unió al grupo de los Grateful Dead. Black Maria y Paul Foster se fueron a la Hog Farm^[91], la comuna de Hugh Romney cercana a Los Ángeles. Babbs y Gretch se fueron a San Francisco. Y también el Eremita.

En junio Kesey empezó a cumplir su

condena en la granja penitenciaria, situada a pocos kilómetros de su antigua morada de La Honda. Trabajó en el taller de sastrería. Fue liberado el pasado noviembre, tras cinco meses de reclusión. Volvió a Oregón, donde él y Faye se instalaron en una cabaña de la granja de su hermano Chuck, al final de un camino de grava del sur de Springfield. A la cabaña la llamaron la Casa de la Estufa Espacial, en honor de una estufa de gas que al encenderse lanzaba un llameante chorro parecido al de un reactor.

En febrero, Neal Cassady apareció muerto junto a una vía férrea de las afueras de San Miguel de Allende, en

México. Unos norteamericanos residentes en el lugar contaron que Cassady llevaba dos semanas tomando cantidades ingentes de anfetaminas, y que al ir caminando una noche junto a las vías del tren el corazón le había fallado. Otros decían que estaba muy desanimado, que sentía que se hacía viejo, que atravesaba por una larga depresión y que cometió el error de tomar alcohol *encima* del *speed*. Su cuerpo fue incinerado.

En la primavera, varios Bromistas..., Babbs y Gretch, George Walker, Mike Hagen, Peleón, Black Maria... empezaron a ir a Oregón de cuando en cuando. Kesey había vuelto a

escribir, y trabajaba en una novela. Y el autobús estaba allí, aparcado junto a la Casa de la Estufa Espacial.

NOTA DEL AUTOR

Una nota sobre la redacción de este libro... He procurado no sólo contar lo que los Bromistas hicieron sino recrear la atmósfera mental o la realidad subjetiva implícita en sus actos. Creo que, sin esto, no podría entenderse su aventura. Todos los hechos, detalles y

diálogos que he reseñado son lo que vi y oí yo mismo o bien lo que me contaron gentes que estuvieron presentes o bien lo que fue grabado en cinta o filmado o registrado por escrito. Fui afortunado al contar con la ayuda de numerosas personas particularmente inteligentes y dotadas del don de la palabra. En especial, el propio Ken Kesey. Los Bromistas dejaron constancia de gran parte de su historia en los Archivos de los Bromistas: innumerables cintas, diarios, cartas, fotografías..., y una película de cuarenta horas del viaje en el autobús. Kesey fue asimismo muy generoso al permitirme utilizar sus

cartas a Larry McMurry (las partes referidas a su huida a México). Gran parte del diálogo y de la utilización de las cursivas de los Capítulos XXI y XXIII están tomados de esas cartas.

Para los Bromistas, como he tratado de mostrar en este libro, los acontecimientos narrados fueron, a un tiempo, una aventura de grupo y una indagación personal. Muchos alcanzaron un alto grado de conocimiento en ambos niveles. Recuerdo muy especialmente mis conversaciones con Montañesa, Peleón, Black María, Stewart Brand, Ken Babbs, Page Browning, Mike Hagen, Doris Delay, Hugh Romney, el

Colgado, George Walker y Neal Cassady. Sandy Lehmann-Haupt me habló de sus días de Bromista de un modo particularmente detallado y penetrante.

Hubo varios excelentes escritores, además de Kesey, que participaron en la saga de los Bromistas. El dramaturgo Norman Hartweg narró sus experiencias para mí en una serie de cintas. Ed McClanahan me proporcionó información sobre varias fases de la andadura de los Bromistas, y Robert Stone me contó muchas cosas sobre los días de fugitivo de Kesey en México.

Hunter Thompson me permitió el acceso a varias cintas que había

grabado mientras trabajaba en su obra Los Ángeles del Infierno, y las partes del propio libro que trataban de los Bromistas y de los Ángeles del Infierno me fueron también de gran ayuda.

También me considero afortunado por haber conocido a gente como Clair Brush, que me relató en 3.000 palabras su experiencia en la Prueba del Ácido de Watts. En mi reseña de esta Prueba he utilizado grandes retazos literales de su relato. De las muchísimas personas con quienes hablé o mantuve correspondencia, quiero mencionar especialmente a Vic Lovell, Paul Sawyer, Paul Krassner, Pat Hollinan, Brian Rohan, Paul Robertson, ferry

García, Gary Goldhill, Michael Bowen, Anne Severson, Paul Hawken, Bill Tara, Michael Latón, Jack el Buena Potra, Bill Graham, John Bartholomew Tucker, Roger Grimsby, Marshall Efron, Robín White, Larry McMurtry, Larry Schiller, Donovan Bess, Cari Lehmann-Haupt, y al señor Fred Kelsey y a su esposa.

A modo de epílogo a esta edición española

En 1990 la editorial Plexus publicó *On the Bus*, un libro a cargo de Ken Babbs y Paul Perry, para conmemorar los veinticinco años de las primeras aventuras de los Bromistas, recogidas en el libro de Tom Wolfe.

Con motivo de la nueva edición española de este libro, nos ha parecido oportuno recoger los dos prólogos de la edición de Plexus: uno a cargo del desmadrado periodista gonzo Hunter S. Thompson, el autor de *Los Ángeles del Infierno*, *Miedo y asco en Las Vegas* y *La gran caza del tiburón*, y otro de Jerry García, el líder de los Grateful Dead.

También se añade «Adiós a Neal Cassady», testimonios sobre los últimos días de la legendaria figura de la generación beat, a quien inmortalizó Jack Kerouac en su novela *En el camino*.

EL EDITOR

HUNTER S. THOMPSON

**NO HABÍA NORMAS, NO
SE CONOCÍA EL MIEDO,
DORMIR ERA
IMPENSABLE...**

Hace veinticinco años. Es increíble.

Parece como si hubiera sido hace veinticinco meses. Como mucho. Qué tiempo, amigos... Delirante. Eran los buenos tiempos de verdad. Tocábamos la vida con la punta de los dedos. San Francisco, en 1965, era el mejor sitio del mundo donde se podía estar. Todo era posible. Los locos tomaban las riendas, la locura zumbaba en el aire, y el rey de los locos, el peso pesado entre todos ellos, era un rústico chico de La Honda llamado Ken Kesey.

Tenía la panda más loca de todo el Oeste. El LSD-25 no estaba prohibido en aquellos tiempos, y la gente de Kesey le estaba «dando al asunto» de verdad. Era un mundo absolutamente nuevo. El

lema era «hazlo ahora», y las cosas no «desnudas» no estaban bien. Las mejores mentes de nuestra generación se las arreglaron para coincidir todas en La Honda, y Kesey tenía sitio para todos. Su rancho de la ladera del cañón se convirtió en la capital mundial de la locura. No había normas, no se conocía el miedo, dormir era impensable...

¿Cómo me vi yo envuelto en el mundo de esa gente? Es una historia larga y extraña. Había escrito un artículo sobre los Ángeles del Infierno para *La Nación*, y en cuanto se publicó me gané el acceso al «club». Desde aquel momento, para los Ángeles del Infierno yo era un «tío legal».

En cuanto a Kesey, siempre me había gustado lo que escribía, y pensaba —y sigo pensando— que era uno de los escritores realmente buenos de nuestro tiempo. Además había estado en una de las reuniones de los Bromistas en La Honda y me lo había pasado estupendamente.

Así que coincidió que tenía un pie en cada sitio, y lo que hice, a fin de cuentas, no fue sino actuar de maestro de ceremonias y mezclar un poco de Ángel del Infierno por aquí y un poco de Bromista por allá para ver lo que salía... Lo hacía por diversión, por supuesto, pero también por propio interés porque buscaba algo de enjundia

sobre lo que escribir. Pero para escribir sin riesgos..., bueno, tienes que mantener el control sobre las cosas..., y a mí el control se me escapó de las manos enseguida.

En favor de Kesey y los Bromistas hay que decir que estaban demasiado locos para tener miedo. Kesey invitó a la gente a La Honda para una «movida» en toda regla, con bandadas de Ángeles del Infierno dándose cita en busca de rapiña, LSD y pollo frito. Le dije a Kesey que si llevaba a cabo aquel plan merecía ser fusilado por criminal de guerra. Y recuerdo que pensé: «¿Qué coño he hecho? Acabo de echar por tierra todo lo que se suponía que, como

mínimo, debía tratar con guante blanco.» Me opuse al plan, pero no había tiempo para oponerse, sólo había tiempo para poner en marcha la grabadora.

Recuerdo a aquellas hordas enmarañándose en la carretera y congregándose en masa ante la gran pancarta de bienvenida que los Bromistas habían extendido de parte a parte de la verja. Allí, en la entrada, les esperaban aquellos jóvenes inocentes, deseosos de brindarles su concepto tribal de la hospitalidad.

Fue todo un espectáculo. La gente ardía de entusiasmo allí donde miraras. Había altavoces por todas partes, entre la espesura de los árboles, y grandes

altavoces de intervalo variable en el barranco, con sus cables desplegados y cruzados por la carretera. Y había unos seis coches de policía con luces centelleantes aparcados en el arcén, y polis por todas partes, polis que podían verlo todo desde la otra orilla del riachuelo. Y los Ángeles de Infierno seguían llegando por la carretera, y se les iba recibiendo con grandes muestras de calor y de dicha. Ya el mero hecho de que no se estuviera produciendo una carnicería resultaba algo asombroso, pero lo realmente increíble era el espectáculo en sí mismo.

Sí. Así era Tío Ken. No sabía reírse más que cuando iba a toda velocidad, y

entonces no le oías porque el viento hacía que sus labios aletearan sin ruido, como si fueran de goma.

Pero algo que él nunca pudo saber es lo que es volver de su casa a la mía a lomos de una BSA 650 Relámpago en treinta y tres minutos escasos. Para hacer noventa kilómetros en treinta y tres minutos hay que ir muy, muy rápido. Pero en aquel tiempo no había limitación de velocidad en la Autopista Uno de California, y la mayoría de las noches no había tráfico. Lo único que tenías que hacer era meterle caña y aguantar el tipo. Y si eras capaz de hacerlo era como si te dispararan al otro lado del espejo. Era más rápido que un

cerebro lleno de DMT^[92], uno de los más poderosos alucinógenos jamás creados por el hombre (como Grace Slick comentó una vez: «El ácido es como si te succionaran por un tubo, pero el DMT es como si te dispararan con un cañón»).

Puede que, andando el tiempo, haya podido ir más rápido en ocasiones, pero siempre me ha parecido que iba lento.

JERRY GARCÍA

AL VOLANTE CON NEAL

Cassady hizo algo que cambió mi vida. Fue después de la Prueba del Ácido de Watts. George Walker estaba aparcando el autobús porque Neal Cassady estaba demasiado hecho polvo

para seguir al volante. Neal llevaba toda la noche conduciendo, de vuelta de San Francisco, intentando llegar a tiempo para la Prueba del Ácido, pero cuando llegaron todo estaba casi terminado y recogíamos ya las cosas para marcharnos.

Fue una noche en la que todo el mundo estaba superpasado. Neal tuvo que darse prisa para ponerse a tono. Para la salida del sol ya no llevaba puesta la camisa. Ni los zapatos. Sólo llevaba encima aquellos pantalones informes grises. Y —quién sabe por qué— no hablaba. A veces llegaba a ese *lugar* más allá de las palabras. Pero, aun sin hablar, Cassady estaba *allí*, con

nosotros, totalmente. Ahora le hacía señas a George para ayudarlo a aparcar. Estábamos en Wavy Gravy's, y el sitio que le estaba indicando estaba justo delante de la casa. Así que George iba asomándose por la ventanilla del autobús y Neal, a su espalda, le iba diciendo que fuera un poco hacia la izquierda, un poco hacia la derecha, todo por gestos, con tan mala fortuna que hizo que el autobús diera directamente contra una señal de *STOP* y la arrancara de cuajo del suelo.

Neal la levantó de inmediato y trató de volverla a clavar en su agujero. Por la calle venían dos menudas ancianitas camino de la iglesia. Neal se alejaba ya

a toda prisa del letrero, que se había mantenido derecho unos segundos y empezaba ya a ladearse, y justo antes de que cayera al suelo llegó Neal y volvió a levantarlo y lo puso de nuevo en su sitio. Entonces las ancianas le vieron: ¿se trataba de un borracho aborrecible o de alguien de una ralea semejante? Neal no abre la boca, pero decide remediar en lo posible lo que ha hecho, y lo que hace es tratar de esconder el letrero a su espalda hasta que las damas pasen de largo. Son como unos pasos de un *ballet* elegante, físico, a lo Buster Keaton. No venía demasiado a cuento, no fue una experiencia verbal. Y acabó, sin más. Pero ilustra el modo en que Neal se

movía en el espacio. Sin esfuerzo, con perfección. Y en absoluto dissociado de aquellas ancianas damas. Las había tenido en cuenta.

Le tenté para que volviéramos juntos a casa en coche, y resultó que al final nos vimos él y yo solos en aquel viejo Ford sedán de color marrón que utilizábamos para llevar cosas. Y, claro, conducía él, y todo fue muy extraño porque normalmente, cuando ibas con él y él se ponía al volante, el viaje se convertía en una especie de aventura. Pero aquella vez salimos del aparcamiento y enfilamos la calle despacio, y se puso a conducir a unos quince o veinte kilómetros por hora y

siguió a esa velocidad sin que ninguno de nosotros dijera ni una palabra al respecto. De cuando en cuando me miraba, y sentí que había una extraña intimidad entre nosotros. Y eso fue todo. Difícil de explicar hoy, después de tantos años, pero en aquel entonces fue perfecto. Aquella sensación de extenuación después de toda una noche en ácido. El al volante, y en un estado único. No había nadie fuera, las calles estaban vacías... Cuando no sientes la menor necesidad de hablar con la persona que está a tu lado todo es realmente *limpio*. Cuando vas en coche con alguien, tiene que haber algo muy especial para que no te sientas forzado a

charlar de algo, para no tener que mantener el entretenimiento mutuo.

Era el amigo Neal, un «colega», un tipo como todos nosotros. Pero había en él algo misterioso. Y aquella vez tuve la impresión de haber asistido a una especie de lección...

Para mi Neal constituía el modelo de hasta dónde se puede llegar en el plano personal, en el sentido de que uno no iba a *tener* un trabajo sino que iba a ser él mismo el trabajo. Un trabajo en tiempo real, algo muy parecido al trabajo de un músico.

En aquel tiempo yo me sentía algo indeciso. Al principio había estudiado Arte y ahora vacilaba entre la

concepción de «un hombre, un trabajo» y el albur de enrolarme en algo dinámico y progresivo y no necesariamente ceñido a un solo campo..., algo en lo que, además, no fueras el único que aportara algo.

Decidí implicarme en algo vivo y dinámico, algo en lo que participara más de una mente.

Y la decisión que tomé fue meterme en una actividad de grupo, a saber: en los Grateful Dead. Y en eso sigo.

ADIÓS A NEAL CASSADY

Neal Cassady murió en 1968 — aproximadamente un año después de la última Prueba del Ácido— a unos metros de las vías de tren que atraviesan la ciudad de San Miguel de Allende, en México. Dado que su forma de morir constituyó todo un símbolo de su forma

de vivir —despliegue de enormes cantidades de energía, apuramiento de las propias capacidades hasta el límite—, las circunstancias de su muerte han acabado cobrando una dimensión mítica.

El escritor Steve Dossey viajó a San Miguel de Allende para entrevistar a la gente que conoció a Neal Cassady y tratar de desvelar el misterio de su muerte. Y elaboró la siguiente reconstrucción de los hechos, que —según cree— se acerca mucho a lo que sucedió realmente.

STEVE DOSSEY

Los últimos días de Neal Cassady

A finales de enero de 1968, Neal pone una conferencia a su mujer Carolyn desde la frontera mexicana. Sigue repitiendo el estribillo: «Vuelvo a casa.» Ella le aconseja que se vaya a México, porque se arriesga a que las infracciones de tráfico que tiene pendientes hagan que lo enchironen en San Quintín. Es la última vez que hablan.

Neal tropieza con problemas en la frontera, pero al final pasa disfrazado de miembro de un equipo de rodaje. Su visado de turista está fechado el 30 de enero de 1968. Neal se baja del tren en San Miguel de Allende, pero su equipaje sigue por error hasta Celaya, a unos cuarenta minutos de tren. Neal recorre la carretera de tierra que lleva a San Miguel y en el camino ve que un escarabajo negro ha quedado clavado en las espinas de un erizado cactus. Entra en la plaza principal, contempla las agujas barrocas de la catedral y parte en busca de la casa colonial de teja roja donde le espera su amigo JB.

El 3 de febrero Neal y JB discuten y

se enfadan. Neal abandona la casa con cajas destempladas. El cuello le arde como el motor de un viejo Oldsmobile. El sol se esconde tras las colinas. Se dirige a la estación para coger el tren e ir a Celaya a recuperar el equipaje. Camina por el adoquinado de San Miguel y va a dar a una avenida polvorienta partida por una línea de palmeras desgredadas. El aire se agita y propaga un olor de orina de burro, y las moscas se arremolinan en el porche de una pequeña tienda con letreros de Coca-Cola, y Neal hace un alto en el camino para comprarse una botella de cerveza.

San Miguel se halla a 2.100 metros

de altitud, y por la noche hace mucho frío. Junto a la estación de tren hay una vieja iglesia de adobe coronada por tres cruces. Neal ve que está teniendo lugar un convite de bodas, y, como el tren nunca llega a su hora, se une al festejo. Bebe pulque y tequila con los hombres de tez oscura y pantalones de color crudo. Se hace tarde. El tren aún no ha pasado, y Neal no anda sobrado de dinero. Dice «a tomar por el culo» y decide irse andando hasta Celaya por las vías.

A unos cuatrocientos metros se siente terriblemente cansado y se adentra entre los arbustos para echarse a dormir. El frío y la depresión y el

alcohol y la larga fatiga obran su efecto fatal, y Neal ya no recobra la conciencia. Unos campesinos encuentran su cuerpo inerte, lo cargan en la trasera de una camioneta y lo llevan a la casa de Pierre Delattre, un viejo amigo de Neal cuya dirección —garabateada en un trozo de papel— han encontrado en su cartera.

El cuerpo es conducido a un pequeño hospital de San Miguel. Un testigo recuerda hoy que la cara de Neal se asemejaba a la de una deidad maya tallada en piedra. El cuerpo viaja a México capital y es incinerado. El certificado de defunción señala una «congestión generalizada» como causa

de la muerte.

Tras una insufrible espera, Carolyn recibe las cenizas de Neal de manos de un JB absolutamente anonadado. Nadie conoce con precisión las circunstancias de la muerte de Neal, ni sus palabras o pensamientos últimos. Y acaso es mejor así. Nos quedan los recuerdos, las novelas, la mitología que rodea a ese hombre que en cierta ocasión dijo: «Puedes meterte en cualquier cosa, sí, pero ¿cómo te las arreglarás luego para salir de ella...?»

WILLIAM S. BURROUGHS

Dos recuerdos

Hay dos cosas que recuerdo de Neal: su extraña identificación con los coches y su capacidad de silencio. En cierta ocasión fuimos de Texas a Nueva York en un *jeep* destartalado. Nos pasábamos hasta seis horas sin hablarnos, y sin embargo él mantenía una atenta y puntual conciencia de cuanto le rodeaba en cada momento, y era capaz de repetir de memoria los

letreros de los lugares por los que habíamos pasado. El *jeep* estaba en tal estado de desahucio que sólo Neal podía conducirlo, pero jamás tuve que sufrir ni un solo instante de sobresalto mientras él estuvo al volante. Era un conductor nato, en sintonía total con cada átomo del vehículo que llevaba entre las manos, que llegaba a convertirse en una prolongación de su persona. Y era también una de las personas más apacibles y con las que uno se sentía más cómodo que yo haya conocido en toda mi vida. Y todo gracias a una autosuficiencia innata.

LAWRENCE FERLINGHETTI

Telegrama a propósito de Cassidy

AL MIRAR LAS FOTOS DE
CASSADY VEO QUE NEAL JAMÁS
DEJÓ DE CORRER NO AFLOJÓ
NUNCA LA MARCHA DEBIÓ DE SER
EN AQUELLA VÍA DE TREN DE SAN
MIGUEL DE ALLENDE DONDE AL IR
CORRIENDO SE LE TERMINÓ LA
VÍA Y ASÍ NUNCA HA TENIDO QUE
ENVEJECER Y SIEMPRE SE
PARECERÁ A PAUL NEWMAN EN *EL*
BUSCAVIDAS SIEMPRE SERÁ EL

COWBOY PERDIDO EN LOS
PERDIDOS PASTOS CONVERTIDOS
EN AUTOPISTAS SUS CABALLOS
ERAN COCHES Y NUNCA SE
PARABA EN LOS SEMÁFOROS Y
SÓLO AMINORABA LA MARCHA
ANTE LOS AMANTES QUE HABLAN
SIN DESCANSO EN LA NOCHE Y
OIGO SU MONÓLOGO ALADO Y LE
VEO PASAR COMO UN RAYO Y
ACELERAR SOBRE LA COLINA CON
UN FULGOR EN EL CRÁNEO
SIEMPRE SERÁ JOVEN Y
ATRONADOR EN NUESTROS
VIEJOS CORAZONES

LEE QUARNSTROM

Neal era un hombre increíblemente brillante. He leído crónicas revisionistas sobre aquel tiempo que atribuían sus asombrosas proezas mentales —como su facultad para ensamblar diez cosas diferentes en un solo juego de palabras— a su uso del *speed*. Pero yo no creo que el *speed* fuera el motor de su intelecto. Lo verdaderamente asombroso era su mente. El *speed* no le servía más que para seguir despierto.

ROBERT STONE

Neal era muy parecido a aquel personaje interpretado por Marión Brando en *El salvaje*, el genuino *hipster* de los años cuarenta. Recuerdo que era capaz de hacer cosas como sacar un cigarrillo sin sacar el paquete del bolsillo. Una «maña» auténticamente carcelaria. (Recuerdo haberla visto en marineros que no querían tener que invitar a un pitillo a todo el mundo.) Neal era sin duda un tipo que había

conocido los mundos marginales de Norteamérica.

GORDON LISH

Cuando Kesey mejor definía a Neal era cuando le llamaba superhombre. Porque eso es lo que Neal era. En lo relativo a la realización práctica de cualquier iniciativa humana que se me pudiera ocurrir imaginar, siempre consideraría a Neal Cassady un tipo fantástico y extremo. No era en absoluto un intelectual, pero era inteligente en un

sentido casi prodigioso. Aunque la cualidad que probablemente hacia de él un amigo tanpreciado era sencillamente la de poseer el corazón más entrañable que yo haya encontrado jamás en un ser humano.



TOM WOLFE, nacido en Richmond (Virginia) se reveló en los años sesenta como genial reportero y agudísimo cronista. Fue el impulsor y teórico del llamado «Nuevo Periodismo», al que definió como el género literario más vivo de la época. En Anagrama se han publicado las siguientes obras de este

autor: *La Izquierda Exquisita, La banda de la casa de la bomba, Los años del desmadre, El Nuevo Periodismo, Lo que hay que tener, La palabra pintada, ¿Quién teme al Bauhaus feroz?, Las Décadas Púrpura.* En nuestro tiempo *La hoguera de las vanidades.*

Reseña de la edición original

TOM WOLFE (Richmond, Estados Unidos, 2 de marzo de 1931) es un periodista y escritor estadounidense, padre del llamado Nuevo Periodismo, una revolucionaria tendencia en el

campo de la prensa, que nació en los Estados Unidos en los años sesenta a raíz de la publicación de *A sangre fría* de Truman Capote.

Hijo de un agrónomo y una diseñadora, estudió literatura y periodismo en la Universidad Washington and Lee tras rechazar la oferta de ingresar en la Universidad de Princeton. Tras graduarse en 1952 intentó dedicarse al béisbol pero desistió al declararse sin condiciones para ello. En sus inicios fue un colaborador de *The Washington Post*, *Enquirer* y *New York Herald*.

Wolfe, quien se ha definido políticamente como «un demócrata a lo

Jefferson», ha expresado en varias oportunidades ser un «reivindicador de Balzac», desde un punto de vista cultural y estilístico, lo que le ha llevado a ser calificado como «El Balzac de Park Avenue».

Acerca de su obra, afirma que su objetivo como escritor de ficción es retratar a la sociedad contemporánea de acuerdo al realismo, siguiendo la tradición literaria de John Steinbeck, Charles Dickens, y Emile Zola, usando técnicas adoptadas del periodismo. De hecho, las primeras obras de Wolfe consistían en ensayos críticos y no fue hasta 1987 que escribió su primera

novela, a la cual tituló *La Hoguera de las Vanidades*.

Respecto a dos de sus novelas, *La hoguera de las vanidades* y *Todo un hombre* ha comentado que ambas afirman la necesidad de novelas que surjan del realismo, y en su caso, sus propias raíces provienen de una búsqueda cuidadosa o del reportaje, dando importancia al entorno social de sus personajes como medio para explicar sus ideas y conductas, explorando los temas de sexo, raza, dinero e ideología como elementos divisorios y al mismo tiempo integradores de la sociedad

estadounidense.

La obra de Tom Wolfe ha pasado por varias etapas marcada en los años sesenta por una defensa de la llamada cultura pop y en las décadas siguientes por radicales polémicas en contra del narcisismo de los 80 y atacando políticamente a los liberales, así como cuestionando al mainstream intelectual estadounidense en cuestiones como la arquitectura, el arte moderno o la propia literatura. En 2001 recibió la National Humanities Medal.

Wolfe se ha declarado ateo y en el año 2007 afirmó que en las elecciones presidenciales del 2004 votó por la

reelección del presidente estadounidense George W. Bush, de quien se declaró admirador. Una de sus costumbres características es aparecer siempre vestido con un traje de color blanco en sus apariciones públicas.

Wikipedia

Notas

[1] Cool Breeze: Brisa Fresca. (*N. del T.*)

<<

[2] Satori: en el budismo zen, iluminación. (*N. del T.*) <<

[3] *Hip*: «enterado», que está al tanto, al día. (*N. del T.*) <<

[4] *Wasp*: siglas de *White Anglo-Saxon Protestant* (blanco, anglosajón, protestante). (*N. del T.*) <<

[5] *Dig*: entender (literalmente, cavar); *scarf*: comer (lit., ensamblar); *split*: largarse (lit., dividir); *later*: hasta luego (lit., más tarde). (*N. del T.*) <<

[6] *Freak, freaky*: loco. (*N. del T.*) <<

[7] Juego de palabras (*day*: día; *delay*: retraso). (*N. del T.*) <<

[8] *Fraternities*: selectivas asociaciones de estudiantes universitarios. (*N. del T.*)

<<

[9] *Hassler*: Peleón. (N. del T.) <<

[¹⁰] *Freewheeling*: libre, a su aire. (N. del T.) <<

[¹¹] *Hell's Angels*: Ángeles del Infierno: grupo urbano norteamericano marginal y violento, de adeptos a la moto, especialmente Harley-Davidson. (*N. del T.*) <<

[12] *Outnigger*: literalmente, «superaren negrura». El negro, al ver que Kesey lleva un diente más historiado que el suyo, se ha sentido superado en algo muy propio de los de su raza. (*N. del T.*)

<<

[13] Sangha: orden monástica del budismo. (*N. del T.*) <<

[14] *Joint venture*: tiene el doble significado de «empresa conjunta» y «empresa del porro». (N. del T.) <<

[15] *Drive-in*: restaurante, cine o banco donde los automovilistas son atendidos sin bajarse del vehículo. (*N. del T.*) <<

[¹⁶] *Shazam*: palabra (acróstica) mágica utilizada por el Capitán Marcel. (N. del T.) <<

[17] Juego de palabras entre *fog* (niebla), *smock* (bata) y *smog* (niebla espesa con humo). (*N. del T.*) <<

[18] *Übermensch*: superhombre. Término utilizado por Nietzsche en *Así hablaba Zaratustra*. (N. del T.) <<

[19] Cómicos norteamericanos que se hicieron muy populares con la película *He Izapoppin (Loquilandia)*. (N. del T.)

<<

[20] *Speed*: anfetaminas. (N. del T.) <<

[21] Versión «ácida» o «bromista» de *Further*: «Más allá». (*N. del T.*) <<

[22] Juego de palabras entre *wahe up* (despertad) y el nombre del oasis, Wikieup. (*N. del T.*) <<

[23] Greyhound: conocida compañía norteamericana de autobuses de líneas regulares de larga distancia. (N. *del T.*)

<<

[24] DMT (Dimethyltryptamine): poderoso alucinógeno de la familia química del LSD (ácido lisérgico). (*N. del T.*) <<

[25] Haoma: en el zoroastrismo, planta sagrada y bebida que se hace de ella. (*N. del T.*) <<

[26] Unitarios: adeptos del unitarismo o unitarianismo, doctrina que niega el dogma de la Trinidad y no reconoce en Dios más que una sola persona. (*N. del T.*) <<

[27] *Presque vu* (en francés en el original): casi visto. (*N. del T.*) <<

[28] Mahavira: fundador del jainismo. (*N. del T.*) <<

[29] *Bluenose* (literalmente, nariz azul): puritano; *ojos rojos*: apasionamiento. Se mantiene la literalidad para respetar la antítesis «narices azules, ojos rojos» (puritanismo, pasión) con la que el texto va a jugar en los párrafos siguientes. (*N. del T.*)<<

[30] *God is red* (Dios es rojo) rima con *God is dead* (Dios está muerto). (*N. del T.*) <<

[31] Juego de palabras intraducible entre *No left turn unstoned* (no girar hacia la izquierda sin ir colocado) y *le ave no stone unturned* (no dejar piedra por mover, revolver Roma con Santiago).
(N. del T.) <<

[32] Confusión entre *haré* y *hairy* (peludo) por su similitud fonética. (N. del T.) <<

[33] *Mamma* o *mama*: en la jerga de los Ángeles del Infierno y otras pandillas de «moterros» norteamericanas, mujer que pertenece al grupo y que es promiscua sexualmente con ellos. (TV. *del T.*) <<

[34] Nostalgia del lodo. En francés en el original. (*N. del T.*) <<

[35] Después del diluvio. En francés en el original. (*N. del T.*) <<

[36] Juego de palabras entre *Kelp* (varec, un tipo de algas) y *Help!* (¡socorro!). (TV. *del T.*) <<

[37] *Heavy*, en la jerga negra y de la contracultura, «tipo estupendo». Literalmente, «pesado». (*N. del T.*) <<

[38] *Cow Palace*: literalmente, Palacio de la Vaca. (*N. del T.*) <<

[39] *Ting*: vasija ceremonia) china para ofrendas de alimentos. (*N. del T.*) <<

[40] *Peacenik*: pacifista. De *peace* (paz) y la desinencia *nik* (practicante o partidario de lo que el sustantivo raíz expresa). *Bircher*: seguidor de la John Birch Society, grupo de extrema derecha. (N. del T.) <<

[41] *Jug band*: grupo que utiliza todo tipo de utensilios improvisados (jarras, tubos...) para interpretar música *folk*, *jazz*, *blues*, etc.. (N. del T.) <<

[42] *Spread*: literalmente, extensión. (*N. del T.*) <<

[43] Negro Grande. (*N. del T.*) <<

[44] *Daddy* (Papi) Grace: Charles Emmanuel Grace, célèbre predicador norteamericano. (N. del T.) <<

[45] *Welthassle*: combinación de la palabra alemana *welt*: mundo, y la inglesa *hassle*: jaleo, trifulca. El jaleo (o la trifulca) del mundo. (*N. del T.*) <<

[46] *Nolo contendere*: figura del derecho procesal anglosajón por la cual el acusado acepta una declaración de culpabilidad sin declararse él culpable. (N. del T.) <<

[47] *Underground*: literalmente, subterráneo, clandestino. Nombre o adjetivo aplicado al mundo y actitudes del movimiento contracultural de la época. (N. del T.) <<

[48] Barry Goldwater, candidato ultraconservador a las elecciones presidenciales de 1964. (*N. del T.*) <<

[49] *Management:* dirección,
administración, gestión. (*N. del T.*) <<

[50] Centro de Ayuda a la Juventud. (*N. del T.*) <<

[51] Second City Company: compañía teatral de Chicago célebre por sus métodos de improvisación. (*N. del T.*)

<<

[52] Luz negra: radiación ultravioleta, invisible al ojo humano, que puede excitar la fluorescencia de ciertos cuerpos y producir diversos colores. (*N. del T.*) <<

[53] Líder de los Musulmanes Negros.
(*N. del T.*) <<

[54] *Beard*: barba. (*N. del T.*) <<

[55] UCLA: Universidad de California, campus de Los Ángeles. (*N. del T.*) <<

[56] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<

[57] Sunset Strip: tramo de Sunset Boulevard (Los Ángeles) frecuentado por drogadictos, prostitutas y marginados. (*N. del T.*) <<

[58] *Weltschmerz*: penas, sufrimientos del mundo. (N. del T.) <<

[59] *Lamb*, en inglés, significa «cordero». (N. del T.) <<

[60] Juego de palabras entre *eat alley* (callejón donde se come) e *Italy* (Italia).
(*N. del T.*) <<

[61] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<

[62] Rayo de sol. (*N. del T.*) <<

[63] *Haoma*: bebida embriagadora del ritual mazdeísta; *Vohu Manah*: uno de los seis «Inmortales benefactores» del mazdeísmo. (N. del T.) <<

[64] *Ramrod*: baqueta de arma de fuego.
(N. del T.) <<

[65] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<

[66] Salamandra. (*N. del T.*) <<

[67] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<

[68] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<

[69] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<

[70] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<

[71] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<

[72] *La carta robada*: cuento de Edgar Allan Poe en el que una carta buscada por todos los rincones de un despacho está donde a nadie se le ocurre mirar: a la vista de todos, encima de la mesa. (N. del T.) <<

[73] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<

[74] Congreso para la Igualdad Racial.
(N. del T.) <<

[75] *Mustang*: coche deportivo de la casa Ford. (N. del T.) <<

[76] *Cool*: sustantivo y adjetivo (literalmente: fresco, frescor...) con multitud de usos y matices en las jergas contraculturales y negras (marginal, jazzística, etc.): tranquilidad, temple, control, desapasionamiento; estupendo, agradable, correcto, «en la onda»... (*N. del T.*) <<

[77] *La banda de la casa de la bomba y otras crónicas de la era pop*, Tom Wolfe, Anagrama. (N. del T.) <<

[78] *Anchovy*: boquerón, anchoa. (*N. del T.*) <<

[79] *Love-in*: reunión de jóvenes de la contracultura (*hippies*, especialmente) con el fin de amarse y comprenderse, tomar drogas, etc. (*N. del T.*) <<

[80] *Be-in*: gran concentración de jóvenes (especialmente *hippies*) en la que no se hace nada en particular, salvo dar rienda suelta a la espontaneidad y al deseo de estar juntos en paz. (*N. del T.*) <<

[81] *Gestalt*: en psicología, término aplicado a unidades organizadas de experiencia y de conducta, que poseen propiedades específicas no derivables de las partes y sus relaciones. (*N. del T.*)

<<

[82] Director del FBI, y verdadera institución en la historia de este organismo (Oficina Federal de Investigación). (*N. del T.*) <<

[83] Víspera del Día de Todos los Santos.
(*N. del T.*) <<

[84] *Popper*: nitrito de amilo o butilo.
Yellow jacket: Nembutal (barbitúrico);
literalmente, «chaqueta amarilla» o
«avispa». (*N. del T.*) <<

[85] Juego de palabras que combina *torrent* (torrente, turbión) y Lawrence (de Arabia). (*N. del T.*) <<

[86] Eero Saarinen: arquitecto y diseñador norteamericano de origen finlandés. (*N. del T.*) <<

[87] *Ivy League*: literalmente, «liga de la hiedra». Grupo de las más prestigiosas y elitistas universidades de la Costa Este norteamericana (Harvard, Yale, etc.) .
(N. del T.) <<

[88] Fusión de Psicodelia y Filadelfia.
(*N. del T.*) <<

[89] *Holy Rollers*: secta muy minoritaria de los Estados Unidos y Canadá que se caracteriza por el frenesí y alto grado de exaltación alcanzados por sus adeptos en sus reuniones rituales. (N. del T.) <<

[90] *Feedback*: retroacción originada en un sistema de amplificación. (*N. del T.*)

<<

[91] *Hogfarm*: granja de cerdos. (*N. del T.*) <<

[92] Dimetiltriptamina. (*N. del T.*) <<